UIT ESPAGNOLE

TIEMPO de HISTORIA

AÑO VIII
NUMS. 92-93
250 PESETAS

ASI FUE LA POSGUERRA

SUMARIO



AÑO VIII • NUMS. 92-93 • JULIO-AGOSTO 1982 • 250 PESETAS

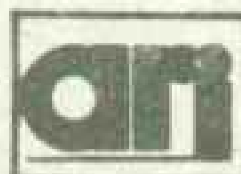
ADIOS A TODOS

Este número especial es el último de TIEMPO DE HISTORIA. Nuestra revista comenzó a publicarse en diciembre de 1974; termina en julio de 1982. Explicamos entonces nuestro propósito de relatar unos hechos que hasta entonces habían sido tergiversados, manipulados, deliberadamente utilizados para sostener una determinada política; y el de aportar testimonios personales, relatos de testigos, análisis de nuestra más reciente etapa —la guerra civil, sus antecedentes, sus consecuencias—, completados por los de otros tiempos y otros países. No garantizabamos que fuese posible toda la objetividad y toda la falta de prejuicios que deseábamos porque en primer lugar estaba nuestro deseo de humanizar la historia, y hasta de personalizarla en sus protagonistas. Quizá esta misión se ha agotado en sí misma, al cabo de casi nueve años. Probablemente ya no sea necesaria, y aún a muchos puede parecerles indiferente. Lo cierto es que TIEMPO DE HISTORIA no tiene suficientes lectores para sostenerla, en relación con el crecimiento continuo del coste de su producción. Tampoco ha tenido nunca un soporte de publicidad. Para que sobreviviera habría que subir su precio de una manera astronómica, y entonces quedaría fuera del alcance de nuestros lectores. Decimos, por lo tanto, adios: no sin dolor. Llegar a este final quizá sea, también,la última lección que nos da la Historia.

Quede aquí nuestra gratitud para quienes nos han leído a lo largo de estos años, para los que se han mantenido hasta el último momento y para nuestros colaboradores: ellos han hecho posible, con sus trabajos, que lo que nos habíamos propuesto al principio haya podido ser una realidad.

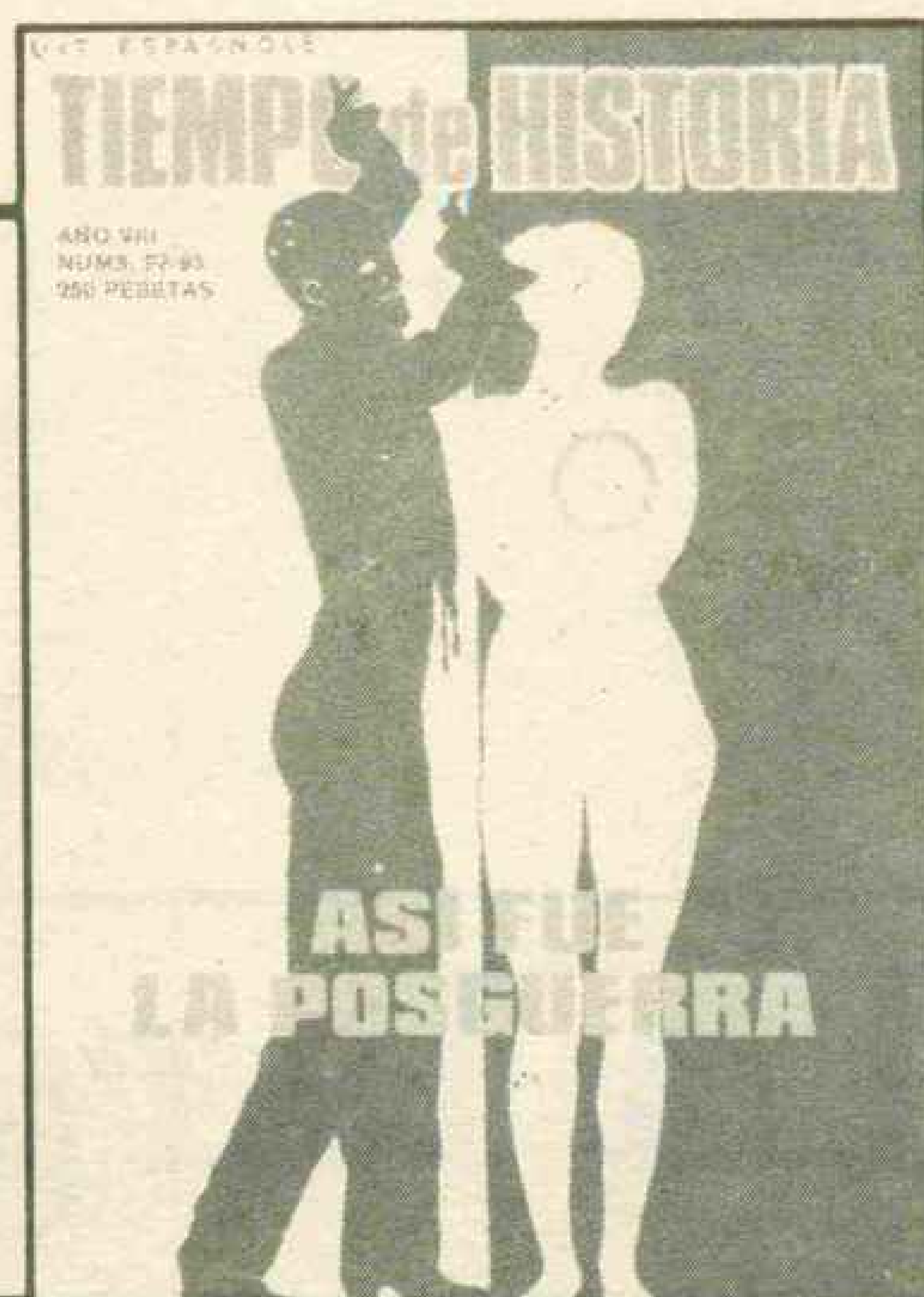
PORTADA:
«Noche española» cuadro de Picabia (1922).

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN**. SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA**. CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: Prensaper. **ADMINISTRACION:** CEMPRO, Fuencarral, 96. Teléfonos 221 29 04-05. MADRID-4.**PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA, Joaquín Moreno Lago, Rafael Herrera, 3, 1.° A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 29. MADRID-16. Emilio Becker, Av. Príncipe de Asturias, 8, pral. 1. Teléfonos: 218 42 55 y 218 41 71. BARCELONA-12. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, kilometro 13,350. MADRID-34. **FOTOCOMPOSICION:** TECPRO, Sagasta, 12, MADRID-4. **IMPRIME:** Gráficas Aragón, S. A. Polígono Industrial Los Angeles , Getafe (Madrid). Depósito Legal: 350 M. 36.133-1974. **ISSN** 9210-7333. **EJEMPLARES ATRASADOS:** 150 pesetas. Las peticiones de ejemplares de números atrasados deberán ser acompañadas por su importe en sellos de correos.



TIEMPO DE HISTORIA es miembro de la Asociación de Revistas de Información, ARI, asociada a la Federación International of Periodical Press, FIPP

La larga posguerra de España



ALGUIEN dijo: "Ha estallado la paz"; alguien dijo "La paz empieza nunca"; y alguien dice, todavía, refiriéndose a aquel momento, «No ha llegado la paz, sino la victoria». Con su eterno, siempre cumplido, "vae victis": lo escribió por primera vez Tito Livio, y hay temas en la historia que sirven para siempre. Hay que decir que entonces los vencidos lo estaban también moralmente. No porque hubieran dejado de creer en lo que creían, sino porque la derrota les llegaba con una fuerte carga de sentimiento de culpabilidad para consigo mismos y sus compañeros. Para muchos, la historia de la derrota comenzaba casi el mismo día de la proclamación de la República, cuando vieron una cierta debilidad, una cierta indecisión en un momento en que se esperaba nada menos que un cambio de era para una España que no había salido de las mismas manos hereditarias desde la Reconquista, que no había sido penetrada por las ideas del humanismo en el Renacimiento, que había rechazado la ciencia, la técnica de la Revolución Industrial y el viento renovador de la Enciclopedia. Si se examina ahora, a esta larga distancia, la obra de la República en solo cinco años parece mucho más extraordinaria, mucho más rica y positiva de lo que pareció a quienes, desde abajo, habían ayudado a traerla. Y es porque tenemos la óptica de los cincuenta años pasados desde entonces, en los que los ideales europeistas y regeneradores de entonces se han vuelto mucho más atrás de donde estaban en el punto de partida de la República, y aún estos cinco años nuevos de democracia no han conseguido llevarnos a aquel mismo punto. La República no solo no aprovechó su fuerza popular de entonces, sino que no tuvo voluntad de aprovecharla. Pretendía otra cosa: pretendía que no era preciso desmontar a la fuerza —la fuerza de una razón— a las fuerzas contrarias, sino que debía convencerlas, asimilarlas, integrarlas. Era un empeño digno; pero era, también, un desconocimiento de sus adversarios. La República fué demasiado débil para sus bases populares, demasiado dura para sus enemigos. En estos se producía una doble sensación: la encontraban en efecto débil en cuanto a fuerza y capacidad de hacerse respetar, y fuerte y dura en cuanto a lo que suponía contra sus propios intereses. Eran las dos condiciones objetivas necesarias para atacarla. Y lo hicieron. Había, naturalmente, otras cosas. Una reacción burguesa que se corregía a sí misma: si ayudó a la República para defenderse de las castas dominantes que todavía procedían de la Reconquista, la combatió después para defenderse de las clases bajas que reclamaban sus derechos. Había, también, la situación mundial: el radicalismo de la derecha hacia el fascismo y el nacismo, el de la izquierda hacia el comunismo. La vieja pobreza de España ayudaba a estos radicalismos. Cuando la República fué asaltada, luchó durante tres años y perdió: en esa guerra se produjeron todos los problemas internos de un bando, todas las desconfianzas mutuas, los distintos conceptos de por qué se estaba luchando y que era lo que se quería ganar.

Cuando terminó la guerra, una gran parte de los vencidos tuvieron la sensación de que habían perdido porque lo habían hecho mal; porque no habían sabido utilizar sus propios soportes, su capacidad de pensamiento, sus condiciones de movilización. Las derrotas producen siempre dos reacciones en los pueblos vencidos (en las poblaciones civiles, al margen de las clases dirigentes y del sentimiento militar): una, de la que la resistencia debe continuar, la de que no todo está perdido. Otra, la de que merece la pena una

La larga posguerra

adaptación, una comprensión del vencedor. Sobre todo si se trata de una guerra civil, donde el vencedor no es un extranjero. Aparte de esa voluntad de resistir que quedó en los guerrilleros, en los partidos y el gobierno en el exilio —donde se reproducía siempre la misma dificultad de entendimiento— y en los movimientos clandestinos, una enorme mayoría hubiera querido sumarse a la nueva experiencia. No tuvo ocasión. Pronto se comprendió que la victoria equivalía a una ocupación extranjera: los vencedores traían nuevos dioses, nuevos ídolos, nuevos lenguajes (parecía el mismo castellano, pero era otro muy distinto); otros conceptos de la historia, de la estética, de las relaciones humanas, de las costumbres de la sociedad. Aún así, algunos hubieran hecho el esfuerzo de ir hacia ese nuevo concepto —¡tan antiguo que volvía a ser nuevo!— de la sociedad española. No les dejaron. Se encontraron orillados por las depuraciones, por los castigos, por los recelos y las sospechas: cuando no por la cárcel y las diarias penas de muerte. Era evidente que no había comunidad posible. Franco tuvo en esos momentos la verdadera oportunidad de crear un país nuevo. No estaba ese país nuevo en su ánimo. Lo que entendía, lo que entendían los vencedores que le rodeaban y que habían hecho de él un símbolo y un ejecutor de sus ideas, era que había que borrar lo que ellos mismos llamaban "anti-España" (convirtiéndose, por eso solo, ellos mismos en anti-España, en extranjeros para muchos españoles) en un baño de sangre. Hubo, por lo tanto, dos errores graves en aquellos momentos: el de quines creyeron que podían sumarse al esquema de civilización y de cultura que traían los vencedores, y el de los vencedores que creyeron que podrían destruir para siempre unos impulsos, unas ideas, unas situaciones. Algunos de los que habían dejado perder la guerra con la esperanza de que la paz les absorbería comprendieron pronto que no se trataba de eso. Sobre esas dos tendencias se produjo la posguerra. El propio Franco creó la más peligrosa resistencia contra él: la de esa misma burguesía rechazada, excluída, vigilada. Más peligrosa que los guerrilleros en las Sierras, más que las organizaciones clandestinas, más que el riesgo exterior —que ya se vió lo que no daba de sí—, la resistencia a compartir el régimen por parte de aquella inmensa mayoría a la que el régimen no había dejado otra solución y que regresaba por la fuerza natural de su propia esencia a los ideales que habían sido su impulso. Podría decirse que Franco ganó la guerra, pero perdió la posguerra. Unamuno lo vió en los primeros días de julio, en el escaso tiempo que medió entre el estallido de la guerra y su propia muerte física: "Venceréis, pero no convenceréis". En Unamuno podría verse ese ejemplo claro de quien quiso sumarse y no pudo; tenía que perder su "yo" —ese "yo" que defendía a ultranza— para entrar en la nueva civilización que se le ofrecía, y que no era tal sino solamente fuerza y viejos espectros. Podría decirse que Unamuno fué el primer español de la posguerra.

El no convencimiento que quedaba como una maldición clavada en el costado de los vencedores ha ido viviendo, nutriéndose, creciendo durante los largos años de la posguerra. Lo que sucedió cuando Franco murió fué un restablecimiento natural y simple de la ideología anterior a Franco, que no fué nunca desarraigada ni convencida. Venía ya de muchos años antes: con Franco el régimen se había ido demoliendo, minando, pudriendo. Tuvo, también, más tiempo que ningún otro sistema conocido en la historia de España para demostrar su capacidad. Aún con un siglo por delante, todo hubiera sido inútil: no valía. Era un sistema de fuerza y mie-

de España



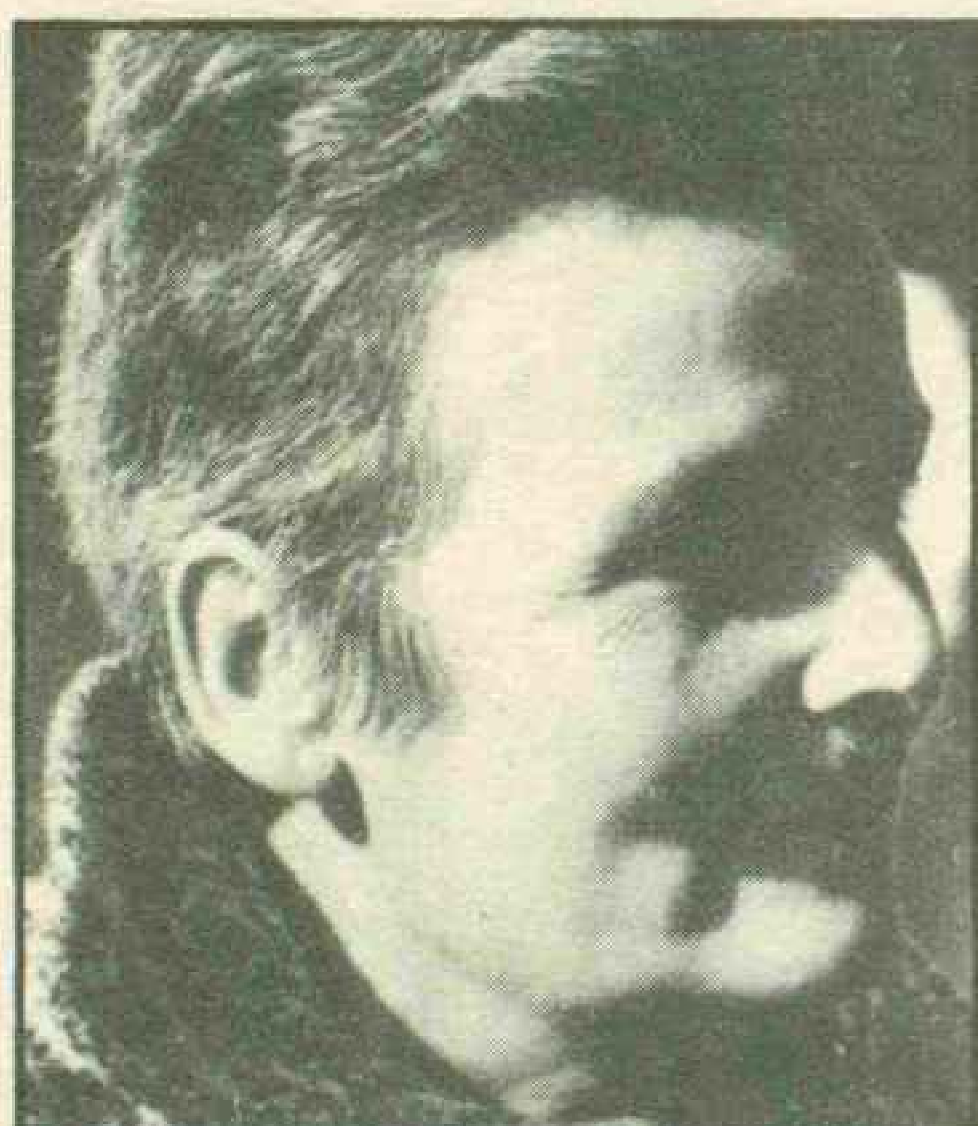
do, basado en unos castigos y recompensas. El aspecto ideológico que tuvo se quedó seco en los primeros tiempos, cuando las ideologías afines cayeron en la guerra mundial y dejaron al descubierto su vacío y su horror. Las propias escaramuzas, sus legalizaciones y sus instituciones, sus "familias políticas", sus "tercios familiares", su "democracia orgánica" eran cascarones vacíos. El esfuerzo que tiene que hacer para convencer quien no tiene razón ofrece un resultado inverso: las censuras, los machaqueos de las consignas, los discursos, los juramentos y las tomas de posesión, los intelectuales del régimen, no consiguieron más que convertir en fósiles las ideas que trataban de aportar y sostener. Poco a poco, todo se vino abajo. Al régimen de Franco no le vencieron las guerrillas, las clandestinidades, los gobiernos en el exilio y las presiones de las democracias extranjeras: le vencieron los vencidos que no supo convencer ni asimilar. Claro que para convencerlos tenía que haber ideado otro régimen que no fuera el suyo.

Es difícil determinar cuando empezó la posguerra y cuando ha terminado, y si realmente ha terminado. Utilizando la misma aparente paradoja de antes, la de que la derrota empezó en la República, se podría ahora decir que posguerra comenzó también con la República. Es decir, con el descubrimiento de lo posible —ya no era imposible crear una comunidad de hombres libres mentalmente— y con el fortalecimiento de unas mentalidades y de unas fórmulas de convivencia: unas actitudes que han traspasado todos los acontecimientos nacionales y mundiales y, después de la travesía del desierto, llegan casi intactos a nuestro tiempo. Lo cual no quiere decir que se pueda señalar el final. La muerte de Franco no es concluyente. Todavía después de ella, durante un año, el gobierno Arias Navarro-Fraga se empeñó en defender las últimas posiciones; todavía la creación de UCD en forma de movimiento residual, y sus sucesivas evoluciones hasta ahora, han intentado mantener dentro del vocabulario y de las reformas institucionales un sedimento de franquismo regenerado. El 23 de febrero de 1981 fué un acontecimiento de posguerra; en las sentencias por la sublevación militar de aquel día todavía encuentran muchos un latido de franquismo.

Algunos creen que comienza a vivirse la otra posguerra: la posguerra de los vencedores de entonces. Con una infinita suavidad. Sus periódicos, sus propagandas, sus discursos, tienden a mostrarles precisamente como vencidos no convencidos ni siquiera resignados: son ellos mismos los que se sitúan en esa posición para trabajarse una reacción, quienes dibujan —como se ha hecho en el mismo proceso— una situación caótica de España para regresar al mismo punto de partida, el del 18 de julio de 1936.

No se regresa nunca. Las ideas vencidas en 1939 han traspasado los años, pero no son las mismas ni pueden serlo: los partidos o los hombres que han pretendido mantenerlas intactas y exactas están perdiendo, borrándose. Las ideas que produjeron el 18 de julio se esfuerzan en depurar algo permanente, algo aplicable a las nuevas condiciones de vida: no lo van a conseguir. Pero todo ello prolonga esa sensación angustiosa y dura de la posguerra, esa inseguridad. Toda posguerra mal tratada y regulada puede convertirse en una preguerra. Ese sería nuestro destino si no nos prestásemos a reflexiones más profundas, más actuales. Mostrar como fué la larga posguerra de España —propósito de este número— puede hacernos, tal vez, un poco más fuertes y más vivos en el trabajo de cerrar definitivamente las posguerras y comenzar la paz. ■

Dimensión y significación



Teresa Pámies

EL equipo de *«Taurus Ediciones»* que elaboró *«la única geografía existente de la emigración de 1939»* (1) se vio desbordado por la cantidad, la diversidad y la calidad de los datos y testimonios acumulados. José Luis Abellán escribió en la presentación de la obra que: *«la necesidad de poner los pies en la tierra obligó a reducir nuevamente el proyecto hasta dejarlo en unas dimensiones razonables»*. Aún así fueron cuatro los tomos publicados, un millar de páginas que incluyen lo «reducido»: testimonios, análisis, cifras y documentos que abarcaron los temas esenciales. Sin embargo no se ha escrito todo sobre nuestro exilio. Es verdad que los estudiosos cuentan ya con una bibliografía y documentación considerables pero un análisis riguroso del fenómeno exige mayor distancia de los acontecimientos. Quienes vivimos el exilio durante más de treinta años sólo podemos aportar experiencias personales aunque el valor del testimonio dependa de *cómo* se asumió y con qué perspectivas.

Antes y después del encomiable esfuerzo de *«Taurus Ediciones»* que yo tuve el honor de presentar en la librería «Mirador» de Barcelona, se habían editado, y se editarían, ensayos o biografías, Memorias y crónicas de exiliados, testimonios de lo que fue la emigración republicana en su conjunto y en sus particularidades. Yo misma escribí, a mi llegada del exilio el año 1971, un libro sobre el tema cuyas peripecias me permito contar a modo de preámbulo.

(1) **"El exilio español de 1939"**, *Taurus Ediciones S. A. 1976 Madrid*

MINISTERIO DE INFORMACION Y TURISMO

DIRECCION GENERAL DE CULTURA POPULAR Y ESPECTACULOS

mr

ORDENACION EDITORIAL

RECIBIDO 13 ... 1972 Cont: ....

Núm. 12337-72

En contestación a su consulta de fecha 24-10-72 se le comunica que no es aconsejable la edición de la obra titulada "LA ESPAÑA ERRANTE".- Teresa Pamies

Dios guarde a Vd. muchos años.

Madrid, 9 de noviembre de 1972

P. EL DIRECTOR GENERAL DE CULTURA POPULAR Y ESPECTACULOS,

Mod. 751 - 13.245

Sr. D. MARTINEZ ROCA.-

Fotocopia del oficio de ORDENACION EDITORIAL desaconsejando al editor la publicación de "LA ESPAÑA ERRANTE".

PINTORESCA CENSURA Y PINTORESCOS CENSORES

Mi libro se titulaba: *«La España errante»*. Un editor barcelonés envió el manuscrito a «Ordenación Editorial», que así se llamaba el tinglado montado en el Ministerio de Información y Turismo, Dirección General de cultura popular y espectáculos, encargado de «aconsejar» o «desaconsejar» (no de prohibir, Dios nos libre) la publicación de cualquier obra en cualquier lugar de la multinacional España. La respuesta, cuya fotocopia adjunto, *desaconsejaba* la edición de mi manuscrito. Era el 9 de noviembre de

del éxodo republicano

1972. Insistí un año después presentando el mismo libro con el título de «*La España que se fue*» y añadiéndole nuevos datos, casi todos relativos a defunciones de ilustres emigrados que no podían volver ni siquiera a morir en su tierra. El 8 de febrero de 1974, mi editor recibía respuesta a la «consulta previa»: *desaconsejada*. El 22 de mayo de 1974 escribí una carta al señor Ricardo de la Cierva, a la sazón director general de Cultura Popular, extraña denominación para un departamento del que dependía la censura disfrazada de paternal asesoría. Me permito citar los párrafos esenciales de la carta por lo mucho que explica, sugiere y denuncia.

Barcelona, 22 de mayo de 1974

Sr. D. Ricardo de la Cierva
Director General de Cultura Popular
Madrid

Excelentísimo señor: Acaba de comunicarme la Editorial «Martínez Roca» de esta ciudad que, por segunda vez, ha sido desaconsejada desde Madrid la publicación de un manuscrito del que soy autora, titulado: «LA ESPAÑA QUE SE FUE», (espediente 133/74). Digo «por segunda vez» porque hace dos años conoció la misma suerte con el título «LA ESPAÑA ERRANTE».

No ha habido únicamente cambio de título; el manuscrito ha sido redactado de nuevo, reservada la segunda parte relativa a la emigración laboral, despojado de algunas reflexiones acaso desplazadas en nuestra época y puesto al dia con noticias de fallecimientos de ilustres compatriotas en el exilio, como el académico doctor Planelles, el poeta catalán Ambrosi Carrión o el ex alcalde de Sabadell, Josep Moix. También hubo que incorporar al libro el homenaje al gran poeta español León Felipe en la capital mexicana, homenaje al que se sumó esa Dirección General de Cultura Popular.

Al rehacer el manuscrito procuré evitar toda evocación susceptible de remover heridas de aquella guerra civil o de atizar rencores que tan funestas consecuencias podrían tener para nuestro futuro, el de todos, el de los que perdimos la guerra y el de quienes la ganaron. Pretendo, sencillamente, dar a conocer el destino del éxodo español de 1939 a través de personajes conocidos y de todas las tendencias cuyo comportamiento personal y profesional merece el respeto de la España que quedó y de los españoles que nacieron en el destierro o los que nacieron en el hogar de desterrados españoles.

He seguido con atención esperanzada todo lo que Vd. ha declarado, ha escrito y ha hecho para rescatar lo que queda de la España que se fue. Como dice «TRIUNFO» del 18 de mayo, pág. 73: «Ricardo de la Cierva, que desde la Dirección General de cultura popu-

MINISTERIO DE INFORMACION Y TURISMO

DIRECCION GENERAL DE CULTURA POPULAR Y ESPECTACULOS

nd

ORDENACION EDITORIAL

Núm. 133-74

RECIBIDO
13 MAR. 1974
Conf.:..........

En contestación a su consulta de fecha 4 Enero 1974 .... se le comunica que no es aconsejable la edición de la obra titulada .... LA ESPAÑA QUE SE FUE.- Teresa Pamies

Dios guarde a Vd. muchos años.

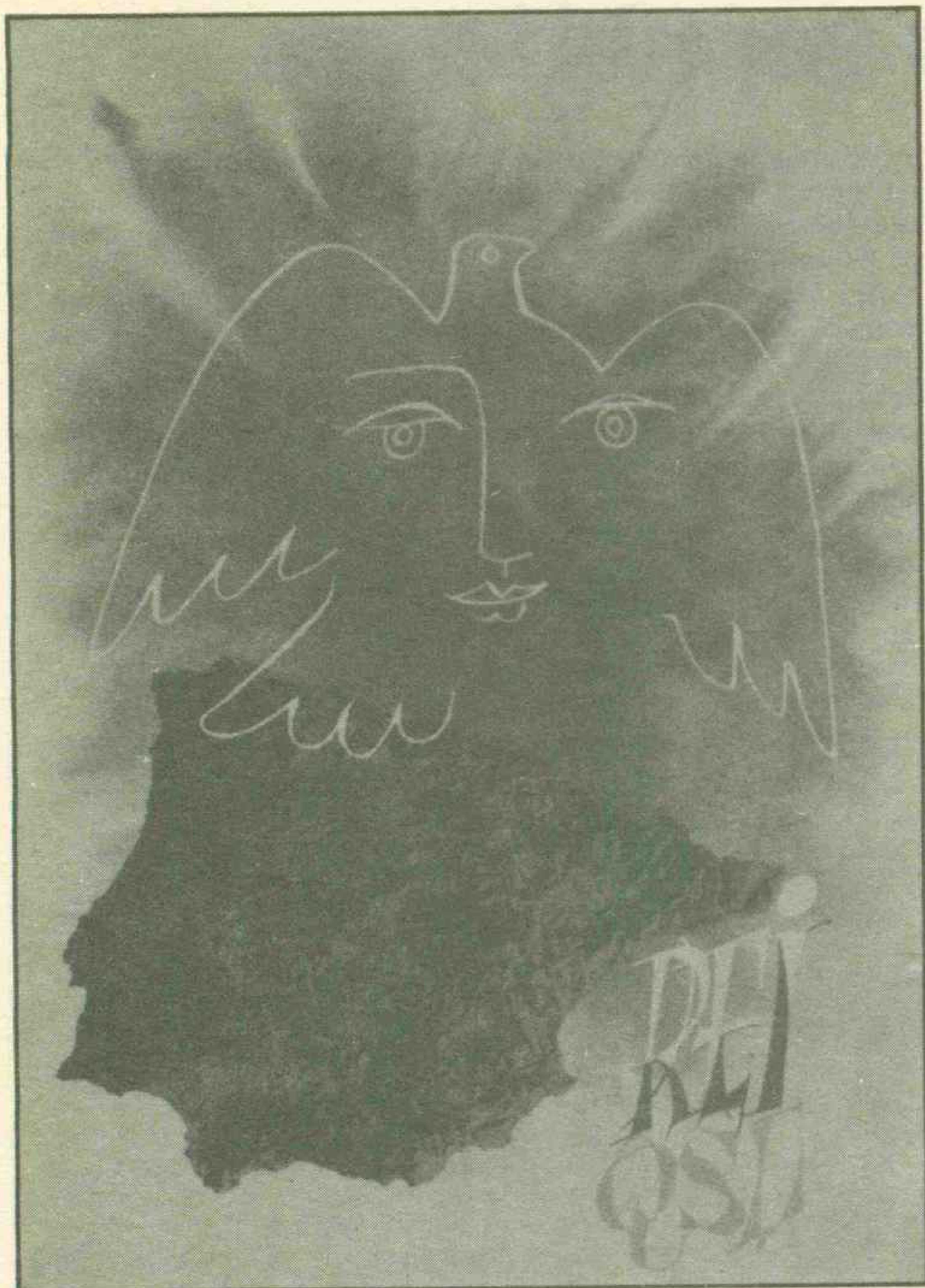
Madrid, 8 de Febrero de 19 74

P. EL DIRECTOR GENERAL
DE CULTURA POPULAR Y ESPECTACULOS,

Mod. 751 - 13.245

Sr. D. MARTINEZ ROCA

Fotocopia del segundo oficio



Tarjeta editada por "Radio España Independiente" solicitando noticia de recepción. Dibujo de Picasso-Composición Josep Renau.

lar está dirigiendo este desbloqueo de fondos testimoniales y documentales, como una iniciación a algo que puede ser enormemente importante si prosigue, si no se desvirtúa; el conocimiento de unos hechos que pueden tener un valor preventivo y político, es decir, no solamente como referencia al pasado que describen, sino con respecto al futuro».

No pretendo manipular con fines personales esta visión del papel que le atribuyen en «TRIUNFO». Lo aplaudo y lo celebro incluso en el caso de que no se aplique en mi caso».

En esta carta omití que me habían «desaconsejado» otros manuscritos, por ejemplo: «*Crónica de la Vetlla*» y «*Mujer de Preso*». Me parecía más urgente y oportuno el tema del exilio. La carta proseguía:

«LA ESPAÑA QUE SE FUE» no es el único manuscrito «desaconsejado». Hoy me limito a solicitar fuego verde para «LA ESPAÑA QUE SE FUE» porque estoy convencida de que encaja perfectamente en esa línea de recuperación de los exiliados que usted se ha marcado y que corresponde a una necesidad de nuestro país. Si el permiso exigiera la supresión de algunas frases o conceptos, estoy dispuesta a considerar las propuestas que se me hagan al respecto.

No creo que a Vd. le extrañe ni le escandalice mi insistencia. Soy una de las españolas del éxodo que durante años y años llamó a las puertas de los Consulados de mi país hasta obtener el pasaporte español que me permitiera volver y quedarme. Aquí estoy. Por lo que hasta ahora me han publicado le consta que no he vuelto con ánimo revanchista ni con turbios propósitos. Asi lo han comprendido miles de lectores de «*Testament a Praga*», «*Va ploure tot el dia*» y «*Quan erem capitans*». La publicación de estos libros ha hecho un bien enorme, no sólo a los que hemos vuelto sino a quienes han tenido la audacia y la inteligencia de dejarlos publicar. Cuando existe esta confianza en la apertura es que no hay temor a afrontar serenamente la Historia.

A la convivencia dinámica y creadora de los españoles no le interesa que la España que se fue regrese de rodillas o muda a una patria remozada y rebosante de vitalidad, que puede permitirse, no sólo recibir al hijo pródigo sino hacerle un sitio en la obra que ha de ser de todos y para todos, fundamentalmente para nuestros hijos. Y yo me he traído también a los hijos, señor de la Cierva.

Perdone la parrafada pero ya habrá notado Vd. que es una tendencia que procuro corregir. En todo caso estoy segura de que sabrá captar lo que hay de esencial entre las frases. Tampoco me cabe la menor duda de que recibiré respuesta. Con todo respeto y admiración: *Teresa Pàmies*, dirección y Teléfono.

Me equivoqué: no hubo respuesta. También se frustraron las esperanzas de «TRIUNFO» expresadas en su número del 18 de mayo de aquel año de 1974.

¿QUIEN TEME A LOS EXILIADOS?

Reincidí, pese a todo. Modifiqué por tercera vez el título y añadí nuevos datos, no sólo del

éxodo republicano sino del clima oficial en torno al tema. El libro se tituló «LOS QUE SE FUERON» con el subtítulo: «LOS QUE NO VOLVERAN». Ni el editor ni la autora de la publicación tuvimos más problemas que la advertencia verbal de un posible secuentro de la publicación. La editorial puso el asunto en manos de abogado, «sondeó» personas influyentes y concertó una entrevista de la autora con el funcionario de «Ordenación Editorial», señor Cruz Hernández. Me recibió en Barcelona en el curso de una de sus visitas mensuales para «dialogar» con autores «desaconsejados». Fue una entrevista surrealista cuyo relato no se creería nadie. Franco se estaba muriendo y los altos funcionarios andaban desconcertados por la vida. Tendría que morir el general para que el libro saliera de la imprenta, sin haber recibido el papelito reglamentario «aconsejando» su edición. (2)

Había muerto Francisco Franco pero el tema exiliados seguía siendo confictivo. La emigración republicana era la «anti-España»; los exiliados políticos seguíamos siendo los «malos españoles» aunque la mayoría recibíamos pasaporte para regresar, obligados, no obstante, a presentarnos a las Comisarías de policía donde se practicaban interrogatorios humillanes e inquisitoriales. La siniestra «Causa General» seguía siendo la ficha de referencia para aceptar, rechazar o encarcelar, a los españoles que volvían.

No estábamos autorizados a informar sobre las causas del éxodo, la calidad moral e intelectual de los exiliados y su contribución al conocimiento y prestigio de España en los países que les dieron asilo. Se fomentaba, a bombo y platillo, el regreso de ancianos ilustres y algo cansados. Tanto mejor si chocheaban al hacer declaraciones públicas ante micrófonos y cámaras de televisión, y si además despotricaban contra los comunistas, miel sobre hojuelas. A la anciana Dolores Ibárruri se le negaba el derecho a volver invocando su «seguridad». Fraga Iribarne, ministro del interior del primer gobierno post-Franco, dijo que «Pasionaria» no podía regresar a España porque «no tengo bastante policía para protegerla». (3) Unos meses despues, Dolores Ibárruri ocuparía un escaño en las Cortes españolas.

¿Cómo explicar actitudes tan irracionales e incluso ridículas? El régimen impuesto por la guerra civil no consiguió legitimizarse ante el mundo porque, entre los cuatrocientos mil españoles que tuvimos que huir, contingentes importantes cuantitativa y cualitativamente, no se dieron por vencidos. El «Comunicado de la Victoria» firmado por el Generalísimo Franco el 1 de abril de 1939 no nos afectaba en el sentido de que no éramos «cautivos» aunque sí «desarmados». La libertad relativa del exilio nos permitía seguir luchando. Cuando hubo que hacerlo en las condiciones del terror fascista

---

(2) **"Los que se fueron. Los que no volverán. Los que vuelven"**, *Teresa Pámies, Editorial Martínez Roca, abril 1976, Barcelona. La primera edición se agotó el Día del Libro. En mayo salió la segunda.*

(3) El dia 2 de febrero de 1976, el señor Manuel Fraga Iribarne, Ministro de Gobernación, Vicepresidente del gobierno de Arias Navarro, se refería a «Pasionaria» cuando un periodista del diario francés "Sud-Ouest" le preguntaba:

—El número de exiliados, ¿es del orden de cien mil o de varias decenas de millares?
—Más bien de algunos millares. Yo añadiría que para algunos es preferible que se queden fuera de nuestras fronteras.
—¿Por ejemplo?
—"La Pasionaria". Es mejor que no entre porque su vida estaría constantemente en peligro. Yo estaría obligado a hacerla proteger permanentemente y esto podría ser una provocación.



Febrero de 1939: el éxodo republicano. Foto Agustí Centelles que estaba en el campo de concentración de refugiados españoles en Brams.

impuesto por los nazis ocupantes de Francia y agresores de la U.R.S.S., emigrados españoles volvieron a ser soldados o guerrilleros en combates mucho más sangrientos y demoledores que los del Jarama, Teruel o el Ebro. Miles de españoles de la emigración republicana murieron en la resistencia francesa, en las batallas de la Europa que derrotó a Hitler y a Musolini desde Dunkerque a Stalingrado. Y lo hicieron conscientes de seguir combatiendo a Franco.

Miles de españoles fueron exterminados en los campos nazis o perecieron de hambre y agotamiento en las colinas francesas de Africa y Asia. la emigración republicana del 39 dejó tumbas por todo el mundo. ¿Por qué traer sus restos a España? habría que dejarlos en paz bajo la tierra que les dió cobijo y la posibilidad de seguir luchando contra el fascismo o de vivir sin abdicar de sus convicciones. Esas tumbas, como la de don Antonio Machado en Collioure, son testimonio estremecedor del contenido universal y humanista del éxodo español, un éxodo sin precedentes en la Historia.



Febrero de 1939: éxodo de la población civil. Paso de los Pirineos.

La voluntad de superar la derrota militar aferrándonos a la razón política y a los derechos humanos, nos permitió recomponer fuerzas maltrechas en la desbandada y promover múltiples iniciativas, actividades informativas entre la opinión internacional para que no aceptase el desenlace del llamado «conflicto español» y repudiase activamente al régimen franquista pese a su legalidad formal. En el empeño, no exento de voluntarismo, encontramos la vitalidad moral que nos ayudase a sobrevivir dignamente la espantosa derrota en un exilio no deseado. Un examen objetivo de la realidad nos habría desmovilizado y, en definitiva, nos habría desmoralizado a la hora de afrontar lo que un largo exilio nos reservaba.

Los vencedores creyeron haberse desembarazado de la gran masa de oponentes que podían amargarles la victoria. Proclamaron que propiciarían el retorno de todos aquellos y aquellas *que no tuvieran las manos manchadas de sangre*. La mayoría de los exiliados que aceptaron la invitación se vieron sometidos a largas y humillantes verificaciones de identidad, antecedentes y careos que desembocaron en detenciones, condenas y algún fusilamiento. El mero hecho de haber huído con las «hordas rojas» era motivo de investigación, fichaje y vigilancia policíaca durante años.

EN LEGITIMA DEFENSA

La mayoría escapamos y emprendimos lo que algunos han calificado de «aventuras» en varios continentes. No dejaríamos que el mundo se acostumbrase al estado de cosas impuesto a sangre y fuego en nuestro país. No aspirábamos a otra cosa y treinta años perseverando en esta línea nos justifican. Nuestro hostigamiento al régimen franquista desde el exterior influyó cada vez más en el interior: el fascismo no podía arraigar en las generaciones de posguerra pese a disponer de todos los medios de adoctrinamiento ideológico, poderes represivos y coercitivos, incluído el pacto del hambre a «rojos» y a sus familiares y el monopolio de todos los medios de información. Nosotros, los emigrados republicados, conseguimos montar emisoras destinadas a España. La Pirenaica fue la más constante y la de mayor audiencia pero se emitieron programas en castellano desde todos los países socialistas, especialmente dedicados a combatir el franquismo. Desde Londres y París y con la participación directa de escritores y locutores exiliados, se hablaba a diario para España en la misma línea antifascista y esclarecedora. Asi se rompió el monopolio de las ondas detentado por los vencedores de la guerra civil.

Desde Madrid se acusaba el golpe y la reacción oficial era el rollo de siempre: complot internacional contra España, traición de los malos españoles vendidos al extrajero, envidia de nuestro sol, virtudes y hombría, etc. etc. La existencia de la emigración política les molestaba entre otras razones porque ponía en evidencia su fracaso.

MUTACIONES EN LA COMPOSICION Y CARACTER DEL EXILIO

A mediados de los años cincuenta, centenares de miles de jornaleros de las zonas más pobres de España emigraron, por razones económicas, a las fábricas, campos, obras en construcción y servicios de los países más prósperos de Europa en los cuales, amén de un trabajo bien remunerado, dispusieron por primera vez en su vida de derechos sindicales, beneficios sociales, libertad de expresión y de reunión que



El éxodo 1939. Un niño mutilado por los bombardeos.

serían utilizados, no sólo en defensa de sus derechos laborales sino en el combate político contra la dictadura franquista. Miles de obreros españoles nacidos de la posguerra ingresaron en los partidos comunistas y socialistas que habían sobrevivido a la derrota del 39, se agruparon en torno a centros culturales de signo democrático o crearon sus propias asociaciones de emigrantes en las cuales aprendían a ejercer derechos cívicos elementales y a conocer sus propias raíces.

En las décadas del sesenta y setenta se celebraron mítines y concentraciones masivas de españoles que diferían esencialmente de los actos eufóricos de finales de los cuarenta, como el de Toulouse tras la victoria de los aliados sobre el nazismo. Predominaban los nuevos emigrantes que disponían de pasaporte español en regla y no estaban fichados por Comín Colomer. Muchos de ellos iban de vacaciones a la tierra con maletas de doble fondo repletas de propaganda antifranquista y misiones políticas que, durante años, fueron exclusivas de militantes del exilio quienes las llevaban a cabo en condiciones mucho más difíciles y peligrosas, cruzando los Pirineos a pie y exponiéndose a ser torturados y fusilados, como lo fueron Jesús Larrañaga, Jaume Girabau, Cristino García, Numen Mestre, Pedro Valverde, Julián Grimau y tantos otros.

Por otro lado, la emigración republicana se veía remozada con exilios de nuevo cuño, forzados al destierro por una represión que ya no se ensañaba unicamente con los rojos de la guerra sino con gente que, por su edad o antecedentes políticos y de origen social, ni empuñaron las armas en la guerra civil ni se sintieron identificados con los vencidos.

El exilio republicano experimentó una transformación que tenía su propia dinámica. Se estableció, sin que nadie lo decretara, un vínculo cada vez más operativo entre la emigración de la guerra y la resistencia al régimen fascista dentro del país, incluyendo en esta resistencia, el descontento y la frustración de nuevas promociones intelectuales que se asfixiaban en el clima mediocre y cavernícola de la España franquista. Era una relación dialéctica que, a la vez, sacaba a flote contradicciones entre los viejos emigrantes atascados y los nuevos que empujaban, entre la tendencia al repliegue para reanudar la batalla en el punto que quedó el año 39, y planteamientos más audaces entre los cuales detacaría dos: 1) La renuncia a crear sindicatos clandestinos y la decisión de actuar en los verticales. 2) La elaboración y aplicación de la política llamada de reconciliación nacional.

No todos los partidos de la emigración dieron ese viraje. Fuimos los comunistas los impulsores *aunque no sus inven-*



Concentracción de españoles en el exilio, 1971. Parque de Montreuil. Vieja y nueva emigración.

tores. Sólo interpretamos los signos ya visibles que lo aconsejaban.

Se acusó a los comunistas de claudicantes, oportunistas y camaleónicos. En las propias filas del partido hubo resistencias y no pocos traumas personales pero el nuevo enfoque respondía a unas necesidades históricas y encontró apoyo entre los sectores jóvenes más conscientes del movimiento obrero y de la intelectualidad españolas.

Cada vez era más difícil marcar la línea divisoria entre exilio republicano y exilio de posguerra; entre emigración exterior y exilio interior, entre emigrados económicos y resistentes dentro de España.

A iniciativa de grupos y personalidades exiliadas y con apoyo de organizaciones y personajes políticos, sindicales, artísticos y cívicos de Francia, Inglaterra, Italia, EE.UU., países escandinavos, Bélgica, Alemania o de Hispanoamérica, se celebraron frecuentes encuentros en las principales capitales a fin de mantener viva la resistencia internacional al franquismo pese a sus intenciones «aperturistas» de cara al mundo occidental, eufemísticamente llamado «mundo libre».

Aquellos actos multitudinarios iban más allá de la solidaridad económica para con presos políticos de la guerra o salvar vidas de antifranquistas condenados. La amnistía que el mundo reclamaba afectaba a los nuevos combatientes nacidos en la paz, denunciaba situaciones de opresión nacional y de genocidio cultural. Cualquier efemérides era ocasión para organizar coloquios o «Semanas», mesas redondas o seminarios en torno al tema. Los Juegos Florales de la lengua catalana prohibidos por el franquismo se celebraron puntualmente cada año, en distintas ciudades de América o Europa. Al principio eran sólo los catalanes de la emigración republicana y algunos de la vieja emigración económica animadores de «Casals» tradicionales. A partir de los sesenta, participaron en su organización y como concursantes, jóvenes intelectuales de Cataluña con nombre y apellidos, asumiendo los riesgos y contribuyendo a rejuvenecer la ancestral institución cultural de los catalanes. El centenario de Pompeu Fabra fue ocasión, en 1968, de una semana de cultura catalana en París que reunió en la misma tribuna a intelectuales conocidos en Barcelona, como María Aurelia Capmany, José María Castellet, Joan Triadú, el historiador Termes, la cantante Guillermina Mota y otros, y a viejos políticos e intelectuales de la emigración republicana, como el poeta Ambrosi Carrión, el político Josep Tarradellas y militantes comunistas y anarquistas que envejecieron en el exilio. En mi libro «*Si vas a París, papá*» hice la crónica precisa de esa *Semana* memorable que coincidió con el mayo francés.

UN PRESTIGIO BIEN GANADO

La emigración antifranquista se ganó el respeto de la parte más dinámica de los países de asilo. Ese prestigio, conquistado con actitudes éticas y una notable superación profesional, fue vía de introducción y de promoción de numeros talentos españoles de posguerra, literatos, pintores, músicos, cineastas, dramaturgos y pedagogos que se asfixiaban en el clima represivo, en el cretinismo y la mediocridad imperante en la España franquista. Sin la intervención directa de los exiliados republicanos prestigiosos e influyentes, difícilmente se habrían dado a conocer internacionalmente algunas de la figuras que honran las letras, las artes, el pensamiento y la investigación españolas.

El prestigio y la autoridad moral de los exiliados de la guerra y de los que fueron agregándose a ellos por la persistencia del régimen dictatorial en España, permitió promover campañas de solidaridad sin precedentes en la historia por la cantidad de personas que movilizaron y los ingentes medios económicos que reunieron. Ni siquiera la causa de los patriotas vietnamitas lograría levantar y alimentar tantas consciencias ni recaudar millones de

ayuda a los presos políticos y a sus familiares, incluídas vacaciones para las criaturas, becas para escolares, atención médica para centenares de excarcelados de salud maltrecha por largos años de cautiverio, torturas y privaciones. Ese tipo de ayuda material se prolongó durante lustros. Llegó un momento en que ya no quedaban «niños de presos» de guerra y la solidaridad se extendió a sus nietos y a los hijos de obreros y mineros que nacieron en la paz, perseguidos, torturados, encarcelados por huelgas y acciones derivadas de la lucha de clases que no terminó el año 39, contrariamente a lo que afirmaban los ideólogos del Movimiento.

No cesó el esfuerzo solidario con España. Miles de franceses, ingleses, italianos y alemanes, norteamericanos y argentinos, mexicanos y brasileños, chilenos y auruguayos, hicieron del antifranquismo activo su propia batalla. Y cuando entramos en la etapa democrática tras las elecciones de 1977, una amiga mía francesa que nos había ayudado durante treinta años, me escribió: «¿Qué voy a hacer ahora sin «mis españoles», sin la lata que me dabais con vuestras reuniones, rifas, maletas y buzones?» Se había quedado huérfana de causa.

Cuando parecía que en el mundo remitía la solidaridad con el antifranquismo y la imagen de España mejoraba a los ojos de millones de turistas del «boom», un acontecimiento imprevisto volvía a poner en vilo a la opinión mundial con el grito de España en las bocas, en las primeras páginas de los diarios, en las pantallas de televisión y en los pasillos del «Metro» de París: la defenestración de Julián Grimau, el proceso de Burgos, el asesinato de Txiqui... Ya no eran los exiliados republicanos los impulsores y organizadores de aquellas masivas campañas solidarias. La causa del antifranquismo en el mundo tenía su propia base en las nuevas generaciones y en nuevos ideales


Eramos la España diversa. Jóvenes refugiados vascos bailando en una manifestación en París. (Foto Boix).

que seguían conectando con el NO PASARAN del Madrid republicano. Los viejos exiliados ya no podían encabezar largas marchas por las calles, ni soportar «ocupaciones» de consulados o «sentadas» ante las Embajadas de España pero iban sus hijos y sus nietos. Iban, sobre todo, los jóvenes no españoles que nacieron y crecieron en una época que se adaptaba a todo menos a la permanencia del franquismo en España.

Los medios de comunicación respondían sin reticencias a los requerimientos de los organizadores y promotores de cualquier acción de denuncia del franquismo. España seguía siendo la causa justa, la única susceptible de unir esfuerzos e iniciativas de personas que discrepaban en todo lo demás. A la luz de lo que ocurre hoy en aquellos países también ellos podrían decir: «Contra Franco luchábamos mejor».

LA VERDADERA UNIDAD DE ESPAÑA

El éxodo republicano, por sus características, en su primera fase y en su desarrollo, tuvo la virtud de unir en el mismo drama y esperanza, a españoles procedentes de todas las regiones y nacionalidades que componen España. Nos encontrábamos en el mismo barco obligados a navegar contra viento y marea huyendo del enemigo común, al que habíamos combatido juntos por razones que nos afectaban como españoles y también como catalanes, vascos, gallegos, asturianos o andaluces... Al defender la república contra los militares sublevados y los fascistas españoles y extranjeros que se sirvieron de ellos, defendíamos, a la vez el Estatuto de Cataluña con su gobierno autónomo, los vascos defendían el suyo y los demás, el derecho a tenerlo. El mundo veía en nostros la España leal que había resistido treinta y dos meses al fascismo ante el cual claudicaban otros pueblos. Como España nos presentabámos sin perder en absoluto nuestra identidad de catalanes, vascos, gallegos o andaluces. La lucha por rehacer nuestras vidas en lo personal nos unía en lugar de separarnos. Nos necesitábamos más que nunca y sin una consciencia clara de lo que éramos como fenómeno colectivo —la España leal exiliada— no habríamos logrado mantener y desarrollar nuestra *especificidad* como catalanes y vascos.

Por otro lado, la solidaridad internacional que suscitaba nuestra presencia en tantos países y en aquella época, se habría dispersado y debilitado consi-



Francesc Boix, fotógrafo catalán exiliado en 1939 a la edad de 18 años. Internado en el campo de Mauthausen, trabajó en el laboratorio fotográfico y ocultó negativos de fotos tan comprometedoras para los nazis que serían decisivas como »pruebas de delito« en el Proceso de Nüremberg. Sobrevivió pocos años a Mauthausen. Murió en París como reportero fotográfico de L' Humanité.

derablemente si la emigración republicana se hubiese fragmentado en regiones o nacionalidades. El folklore de los pueblos de España, riquísimo por su variedad, fue, para nosotros, vía de cohesión y de conocimento mutuo. Para el extranjero, lo español era la «Carmen» de Merimée-Bizet pero nosotros, los refugiados, sin ser profesionales, logramos presentar, con éxitos delirantes, la diversidad de los cantos y bailes de la España plurinacional. Yo fuí rabiosamente aplaudida en Praga cuando canté, a dúo con un muchacho vasco llamado Citores, la hermosa canción castellana:

«Los cordones
que tú me dabas
ni eran de seda
ni eran de lana».

Nos aferrábamos a los orígenes a través de nuestras canciones, las más idóneas para ser interpretadas colectivamente, las más populares y hermosas, ya fuesen asturianas o castellanas, catalanas o vascas. Algunas de esas canciones llegaron a convertirse en himnos de la emigración en su conjunto y a través de ellas, vinculamos a nuestros hijos a la España que no conocían. «Asturias, patria querida» llegó a ser himno de toda la España errante y, «Desde Santurce a Bilbao» llegó a ser tan entrañable para los andaluces o catalanes como para los vascos. Los no catalanes cantaban, con la misma naturalidad, «Baixant de la Font del Gat / una noia i un soldat».

Nuestras fiestas, manifestaciones, celebraciones y conmemoracions, eran amenizadas por grupos folkloricos constituídos por jóvenes emigrados procedentes de diversas regiones españolas. Los improvisados coros y orfeones de nuestro exilio, formados por una necesidad vital en los campos de concentración de Argelers o en los mercantes que nos llevaban a América, incluían en su repertorio desde:

«Ya se van los pastores
a la Extremadura
ya se queda la sierra
triste y oscura»

hasta nuestra «Santa Espina». Y nadie veía en ello una amenaza para la unidad de España. Por el contrario, sentíamos que eramos parte de todo aquello, una comunidad basada en el respeto a la diversidad, no a la diversidad del folklore —que esto ya lo admitía el franquismo— sino de especificidades más esenciales que los catalanes y vascos pudimos desarrollar con la república, hermanados a los demás pueblos de España. Y así, unidos en la diversidad nos veía el mundo. Y por esto nos ayudaba.

Un exilio de tales características fue la escuela donde aprendí lo que significa ser una catalana de España o una española de Cataluña. Lo tengo tan claro que no me confunden ni el centralismo español ni el separatismo catalán que todavía actúan en la escena política, no sólo entre la derecha sino en la izquierda.

VOLVER, VOLVER... A TIEMPO

A partir de 1970, los actos multitudinarios en el exilio eran, en realidad, mítines de españoles no exiliados, actos políticos generados desde la entraña de España que revelaban la descomposición del régimen impuesto con la guerra, su fracaso estrepitoso puesto que no había conseguido, con cuarenta años de poder absoluto, ninguno de los problemas que le sirvieron para justificar la guerra civil y lo que vino después. Ni pudieron liquidar el comunismo, ni asegurar pan y vivienda para cada español, ni construir «España una, grande y libre». Los comunistas eran más numerosos que antes y para oír a sus dirigentes —supervivientes de la derrota y las represiones— acudían centenares de miles de trabajadores que ganaban el pan en el extranjero y estudiantes sometidos, desde su infancia, a lavados de cerebro sobre la patria, el complot judeo masónico, el Imperio y otros conceptos culturales de signo fascista.

Yo me despedí del exilio el mes de junio de 1971 en un acto multitudinario celebrado en el inmenso parque de Montreuil, con decenas de miles de compatriotas procedentes de todos los países de Europa, incluída España, obreros en su mayoría, con sus mujeres e hijos, la tortilla de patatas y la bota de vino compartida, en espera de oír a «Pasionaria», con los franceses que seguían ayudándonos en el combate contra el franquismo. El combate iniciaba, ya, la fase decisiva, la que un gran poeta del exilio republicano, Gabriel García Narezo, anunciara con un bello poema: (4)

(4) Gabriel García Narezo ganó el "Juán Boscán" con esos versos el año 1967. Participó en el prestigioso certamen celebrado en Madrid desde su exilio en México.

"España en nuestra sangre
corre gritando,
y salta hacia los labios
como lenguas de llama.
¡Pueblo, cómo esperamos
el instante
en que tu libertad nos dé la
[patria.

El acto de Montreuil anunciaba «el instante». Tres años después, sería Ginebra el escenario de la prodigiosa simbiosis de la España errante y la que empujaba desde dentro. Entre los autocares que transportaron a Suiza decenas de miles de españoles para ver a «Pasionaria» —sólo verla, puesto que le prohibieron cantar las autoridades helvéticas— los había con matrícula de Barcelona o de San Sebastián, de Gerona o de Madrid. La fatídica brigada-social se veía desbordada. El fichaje policíaco devenía imposible o ineficaz.

Desde Madrid seguían proclamando que no había emigración política española, que «el jaleo» lo armaban cuatro tránsfugas y delicuentes comunes, que todo español bien nacido podía volver a la patria, etc. etc.

La emigración republicana dejó de existir como tal el día que Juan Carlos saludó, en México, a la viuda del presidente de la última república, Manuel Azaña. No fue un encuentro casual ni un gesto de humildad por parte del rey de España, nieto del Borbón que la segunda república destronara, fue un acontecimiento que iniciaba una nueva etapa en nuestra historia. No quedaría en un mero apretón de manos. El gesto del rey iría acompañado de medidas concretas para superar la guerra civil, *que no había sido una guerra entre monarquía y república sino entre fascismo y democracia*. La primera medida iba a ser la aministía verdadera, incompleta sin el reconocimiento de los derechos de mutilados de guerra republicanos, pensiones para las viudas de «rojos» fusilados y rehabilitación, a todos los efectos, de funcionarios y maestros del periodo republicano. Y esas medidas se tomaron y se llevan a cabo pese a la resistencia activa o pasiva que encuentran en ciertos departamentos oficiales en los cuales quedan residuos de franquismo.

Volvíamos. Volvieron incluso los recalcitrantes aunque, por razones familiares o de salud, todavía quedan algunos en los países que les acogieron. Su exilio ya no tiene el mismo carácter. España —la de dentro y la de fuera— dispone de las condiciones que permiten superar el cataclismo desencadenado por la sublevación militar en 1936.

A partir de la nueva situación, que el exilio republicano había contribuido a impulsar, el combate, se plantearía en otros términos. Y en ello estamos los que emigramos el año 39, supervivientes de la derrota y del largo exilio, y los que nacieron después, en la «paz» de España o en el destierro. El último dato es importante aunque no pueda contabilizarse para saber si los que volvimos hemos sido más numerosos que los que se fueron. No hay estadísticas sobre el fenómeno. Yo dejé mi padre enterrado en Praga pero volví con cuatro hijos. A miles de compatriotas de mi edad les ocurrió lo mismo. Al volver multiplicados no substituímos a los que ya no volverán pero, en cierto modo, es una prueba de fidelidad a los orígenes, de auténtico apego a la tierra; fidelidad y amor que fundamentaron el éxodo republicano de 1939. ■ T. P.

DON SALVADOR DE MADARIAGA PIENSA VOLVER A ESPAÑA EN PRIMAVERA

DON RODOLFO LLOPIS REGRESARA A ESPAÑA ESTE MES

Alberti: Si vuelvo...

Josep Tarradellas: FORCES POLITIQUES, «Penso tornar, però amb dignitat»

No es fácil volver

El invierno romano de Dolores Ibarruri

Don Rodolfo Llopis hace las últimas gestiones para su vuelta a España

Y volver, volver, volver...

Don Rodolfo Llopis volverá a España para ver de cerca el cambio

«LLEVO 40 AÑOS DESTERRADO POR FIDELIDAD A LA DEMOCRACIA»

GARCIA LOPEZ Y PRADOS ARRARTE ENTRE OTROS DESEAN QUE SANCHEZ ALBORNOZ REGRESE A ESPAÑA

El regreso de don Salvador

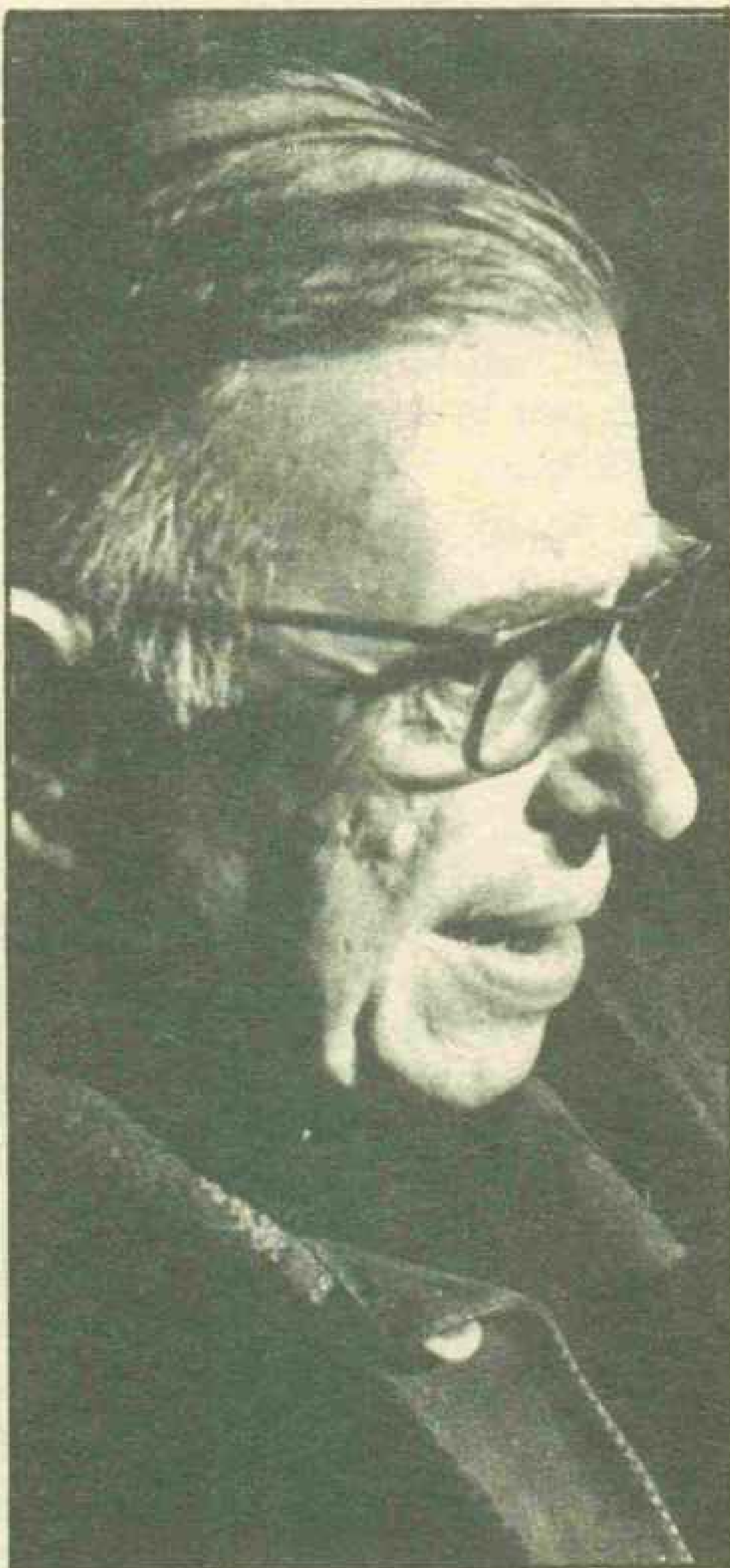
Tierno, Aranguren, García... ¿Regreso a las c...

Podían volver pero no todos...

El final de

A finales de enero de 1946, un escritor español anónimo hizo un relato de la resistencia al franquismo en sus primeros años; y del desfonde de las esperanzas cuando, terminada la guerra mundial, las democracias vencedoras sostuvieron ese régimen. El relato fue publicado por primera vez en la revista de París "LES TEMPS MODERNES", 1950. Fue una conmoción. Poco después fue editado en libro por Julliard, de París; Sartre puso como prólogo unas conmovidas líneas. La firma es un seudónimo: "JUAN HERMANOS". Nunca se ha sabido la verdadera identidad del autor.

Prefacio



Jean Paul Sartre

UNA noche, durante la ocupación, estaba reunido con unos amigos en la habitación de un hotel. De pronto, una voz desconocida pidió ayuda en la calle. El sonido de la voz era tal que, sin ponernos de acuerdo, bajamos corriendo. Hallamos la calle desierta, recorrimos la manzana de casas y no encontramos a nadie. Volvimos a nuestro trabajo pero, durante toda la noche, aquella voz no dejó de gritar en nuestros oídos. Una voz sin rostro, sin nombre, que gritaba para todos. En aquel tiempo de miedo, todos esperábamos una ayuda lejana, un socorro que tardaba. Y cada uno se preguntaba si lo que había oído no sería su propia voz. Es esta misma voz la que me ha parecido reconocer cuando leí por vez primera *El final de la esperanza*. Es la que, desde Madrid, lanzó esta llamada a finales de enero de 1946. Entonces decía: "Casi es demasiado tarde". Y la llamada nos llega en 1950. Cuando la

Juan Hermanos

LA O. N. U.

Ana era una bonita muchacha de diecinueve años cuando la conocí en uno de los barrios más miserables de Madrid. Uno no puede hacerse una idea de lo que son esos barrios. La gente vive allí enterrada en agujeros con un pedazo de tela tendido por encima para protegerse del sol o de la lluvia. Se dedican a la explotación de los desperdicios de la ciudad. El dinero es allí casi desconocido. Se fuman colillas, se visten trapos cosidos o simplemente atados por las esquinas. Los niños menores de diez años van totalmente desnudos durante el verano. En general, uno de los miembros de la familia trabaja para todos. O roba lo que puede y lo vende a precios inverosímiles, sin relación con el valor real, a los propietarios de tiendas sospechosas. O bien realiza chapuzas aquí y allá. Con unas doce pesetas diarias de garbanzos viven a menudo siete u ocho personas. La promiscuidad es allí pavorosa. En el agujero común duermen los chicuelos junto a la pareja que hace hace el amor. Y todo en medio de la suciedad más nauseabunda. Estos barrios no son continuos como el cinturón de París o de Londres, sino que se agrupan por colonias, separadas entre ellas por grandes distancias, en un radio de dos a tres kilómetros desde la última casa. Descubrimos allí espectáculos más horribles, como, por ejemplo, una criatura de pecho medio roída viva por los gusanos, por haber guardado, aplicada sobre la piel y durante una semana, la misma paloma muerta que debía protegerle de quién sabe qué enfermedad.

Para nosotros, no se trataba de ejercer allí una acción política cualquiera, sino de realizar, pura y simplemente, el papel de enfermeros o de asistentes sociales. Nos dedicamos a la

la esperanza

publicamos en *Les Temps Modernes*, recibimos cartas. Nos preguntaban: "¿Quién es Hermanos? ¿Dónde se encuentra?". Yo respondía: "No sé". Ofrecían dinero, ayuda. Yo respondía: "Es demasiado tarde".

Cuando comencéis la lectura de este libro, os parecerá que se habla de vosotros mismos. Las personas, las detenciones secretas, la lucha clandestina, la distribución de panfletos, el miedo, la escucha ansiosa de la radio inglesa. Nosotros conocimos todo eso. El autor ha escogido muy bien su seudónimo; esos españoles son nuestros hermanos. Esperaban apasionadamente nuestra liberación porque nuestra liberación era también la suya. Luego, llegó la liberación; y no era su liberación. Lo que nosotros vivimos en la alegría ellos lo vivieron en la angustia, la decepción y el estupor. Volviendo una página, nuestros recuerdos se transforman en remordimientos. Hemos entregado a nuestros hermanos. La voz cambia, se convierte en *la voz de otro*, de un hombre al que hemos asesinado. Ella vive todavía, vibra por primera vez en nuestros oídos, y él, según todas las apariencias, está muerto. Muerto en la desesperación. ¿Podéis comprender lo que estas palabras significan? No se trata solamente de morir, sino de morir de vergüenza, en el odio, en el horror, lamentando haber nacido. Es el Mal radical, y no imaginéis que ninguna victoria podrá jamás destruirlo. Del mismo modo que entregamos a España, podríamos buscar a Hermanos y a sus compañeros desde Barcelona hasta Málaga. Han desaparecido. España está vacía de ellos como desierta estaba la calle nocturna. No hay nada que hacer, mucho menos que borrar, mucho menos que modificar, en las últimas palabras del libro: «Esto es lo que han hecho de todos nosotros todos los puercos reunidos, las democracias y los camisas azules». Son las postreras palabras de un moribundo, y no podemos cambiar una sola letra. *Es demasiado tarde.*

Era, sin embargo, necesario que escucháseis este grito de vuestra víctima. Este grito que precede en un segundo al degüello final: el grito del fin de la esperanza. Esta voz no ha sido asesinada desde hace veinte años. Era la de los judíos alemanes, luego la de los austríacos, la de los españoles, la de los checos, la de los polacos. Murieron unos tras otros y, cuando caían, otros venían a relevarles y gritaban a su vez. Nosotros nos tapábamos los oídos. Ahora, el libro está aquí. Los últimos que gritaban están muertos. Quedan palabras impresas. Es preciso que las leáis para aprender cómo se grita el final de la esperanza, porque pronto nos llegará nuestro turno. Después, no habrá nadie para gritar. Ni nadie para taparse los oídos.

JEAN PAUL SARTRE

---

tarea enseguida, pero sin grandes resultados. Aquellas personas nos preguntaban siempre qué interés perseguíamos y qué queríamos de ellas. Darles medicamentos para que renunciasen a sus repugnantes remedios medievales; enseñar a leer y escribir a los niños; tratar de inculcarles algunas reglas de higiene; procurar persuadirles para que aceptasen algún trabajo remunerado, todo les parecía tan extraordinariamente absurdo que se burlaban de nosotros con una torpe ironía que debíamos aparentar ignorar. Aquello acabó un día en que, sin saber por qué, una banda de energúmenos nos lapidó a pedradas. Hubiera sido necesario, para remediar aquel estado de cosas, un serio apoyo de las autoridades y una ofensiva general, una escuela oficial obligatoria, ayudas sistemáticas, enfermeras e, incluso llegando a lo mejor, la edificación de barracones para tratar de devolver a aquella gente el sentido de la vida. Y no es sólamente alrededor de las ciudades donde se ve ésto. Aconsejo a los turistas abrir bien los ojos a lo largo de de las carreteras o de las líneas de ferrocarril. En toda España existen estas colonias de trogloditas. Pero si no atrae su atención, los visitantes no comprenden lo que significa una chiquillería desnuda alrededor de una caverna. He hablado con muchos extranjeros. Les he mostrado muchas cosas y han quedado estupefactos por no haber visto antes nada semejante. Es preciso saber abrir los ojos y comprender que, si el gobierno no hace nada (después de la enérgica campaña de los republicanos para dar una solución a este problema), es porque en ello encuentra interés. Estas masas embrutecidas constituirían una grave amenaza para el fascismo si se les proporciona conciencia de miseria.

Conocí a Ana cuando formaba parte de un grupo de jóvenes católicos que, de buena fe, venían a tirar por tierra nuestro trabajo. Se trataba para ellos de explotar el lado supersticioso de aquellas pobres gentes para que se convirtieran en

un instrumento al servicio del gobierno. Aquello era muy hábil. Los desdichados jóvenes no sabían lo que hacían. Para ellos, era un apostolado. Para sus jefes, se trataba de preparar, contra la república española que vendría, una Vendée con hombres fanatizados por la Iglesia, de la misma forma que lo habían sido los Chuanes contra la naciente república francesa.

Ana y sus compañeros, como imbéciles, habían caído en la trampa. Y de forma evidente se preocupaban mucho para mantener a aquellos pobres peleles en su miseria inculcándoles el fervor religioso. Para ello utilizaban los elementos más estúpidos e inocentes de las juventudes católicas, que no eran capaces de ver más allá de sus narices. Gracias a ésto, nos resultaba bastante fácil ocultarles nuestros verdaderos fines y, al no poder estorbarles, los tolerábamos. Estaban muy contentos al no encontrarse solos.

Entre ellos se contaban algunos elementos inteligentes. Ana me agradó desde el momento en que la conocí. Su entusiasmo, su gracia, un encanto especial que incluso suavizaba a las arpías del barrio. No sé lo que ella vió en mí. Pero a partir del día en que nos encontramos en uno de los tugurios del barrio, pasamos tres meses sin separarnos. Lo que nos unía era a la vez el esfuerzo realizado en común, y la certeza de encontrarnos ante un enemigo digno de estima. Esta doble situación de aliados y de adversarios nos convertía en inseparables.

Sólamente existía entre nosotros una barrera infranqueable. Ella actuaba de buena fe, pero si no estaba a favor del régimen (demasiado inteligente, se había negado siempre a entrar en la Falange), se encontraba sin embargo en contra nuestra, lo que a fin de cuentas venía a ser lo mismo. Fue ella quien cedió primero. Un buen día recibí una carta en que me explicaba que sentía flaquear todas sus convicciones, que necesitaba recobrarse y, para ello, no verme más. Había solicitado cambiar de barrio. Supe por amigos comunes la desesperación en que le había sumido esta resolución. Más adelante, recibí de ella dos cartas, desesperadas ambas pero de una fanática firmeza. En el mundo en que vivimos, la lucha es despiadada. Hay que dejar a los novelistas de antaño los emocionantes relatos de reconciliaciones por amor. Hay que comprender que estamos en un atolladero y que la cuestión de uniforme tiene prioridad. Estuve afectado durante un mes, pero no cambió en nada mis actividades. Comprendía que no podía ser de otra forma, pero no me resignaba a perderla. Dos años más tarde, le telefoneé una noche en que no podía más. Apenas le había dicho algunas palabras, sin mencionar mi nombre, cuando oí una especie de gemido en el aparato, y luego un clic. Había colgado. Ni ella ni yo olvidábamos. Pero había entre nosotros una cuestión de uniforme.

Luego vino el tiempo de nuestra última esperanza y de nuestra última desilusión: la reunión de la O. N. U. Creíamos en ella como un niño cree en Papá Noel, con una buena fe conmovedora. El país se preparaba para la gran lucha; los dos bandos estaban definitivamente delimitados. El número de indecisos disminuyó en provecho nuestro en el curso de las últimas semanas. Y esperábamos un milagro. Se bien que no habíamos recibido arma, que Franco estaba apoyado por todos los capitalistas, todos los burgueses, todos los cobardes, todos los católicos devotos, todos los jesuítas y todos los tartufos del mundo que temblaban ante la idea de una revolución social. Pero para la O. N. U. se trataba de una cuestión de prestigio. Si su primera intención no era la de liberarnos, jugaba perdiendo desde el principio. Sólamente una acción enérgica podía asegurarle la adhesión de las masas, la confianza de los pueblos libres, la fidelidad de las clases obreras, el apoyo moral de los demócratas sinceros.

La liberación de España, durante tanto tiempo prometida, borraría la debilidad de la Sociedad de Naciones. Era una tarea fácil, urgente y necesaria. Al primer ultimátum, antes incluso de reunir a las fuerzas internacionales, antes de aplicar severas sanciones económicas, Franco debía ceder. Se trataba de mostrarse resueltos y fuertes. La existencia de la O. N. U., la eventualidad de una próxima guerra, la edificación de un mundo nuevo, iban a depender de un sólo éxito bien explotado.

Aquí, los planes fueron establecidos una vez más con frenesí. El enloquecimiento de los falangistas causaba placer. En los medios gubernamentales, no se hablaba más que de pasaportes para Portugal o Argentina. Esta vez era realmente el final de la esclavitud.

Las maniobras se aceleraron.

Estábamos colgados de nuestras radios.

Cada mañana devorábamos los periódicos.

El día de la discusión del caso español una efervescencia ganó de hora en hora a todos los medios sociales. Se decía: «¿Qué estarán haciendo? ¿Lo habrán decidido ya?».

Aquella noche lo esperábamos todo. Los grupos estaba preparados. Con sangre fría, nos apercibíamos del carácter teórico de nuestros planes si no disponíamos de suficientes armas.

Aún admitiendo el éxito y el hecho de que a la mañana siguiente pudiésemos intentar el golpe, si el gobierno no cedía, seríamos expulsados en pocas horas de nuestras posiciones. Y sería una carnicería. Sin embargo, era probable que el gobierno no se atreviese a resistir y aceptase el hecho consumado. Al menos una fracción considerable de los altos mandos, viéndolo todo perdido, se



El avance de los ejércitos de Franco empuja, desde las primeras semanas del año 1939, a millares de españoles hacia la frontera francesa. **Más de medio millón de fugitivos cruzarían la línea hasta el momento de la finalización de la lucha. En la imágen, soldados franceses vigilan los campos de concentración donde se hacinan los huídos.**

declararían solidarios de la revolución a fin de poder volver sus armas contra sus camaradas y apelar enseguida al papel que habrían jugado. Si estas precisiones no se realizaban, es decir, si el gobierno no se dejaba intimidar o si los Aliados no apoyaban su ultimátum con una acción directa, estábamos maduros para el pelotón de ejecución.

Las noticias nos llegarían a medianoche. Teníamos toda la noche libre. Los detalles más mínimos estaban preparados con antelación. No había más que esperar. Era preciso, sobre todo, calmar los nervios antes del gran día.

A las ocho de la tarde, volví para cenar. No tenía hambre. A las nueve, estaba de nuevo en la calle. Nadie salía esa noche. Después de la sesión de cine que terminaba a las nueve, la gente volvía precipitadamente a casa. Vi vaciarse las calles. Me quedaban al menos dos horas hasta la cita con Miguel. La *Gran Vía*, arteria principal de Madrid, estaba desierta. La iluminación, muy disminuída a causa de las restricciones de electricidad, hacía más punzante la tristeza. Abandoné la avenida para introducirme en las calles adyacentes. Se evidenciaba que la ciudad estaba ocupada militarmente. Por todas partes, coches de policía vacíos, emboscados en los rincones oscuros; los hombres debían estar emboscados en los patios. Ví dos autos detenerse ante Correos y dos secciones de la Gestapo que entraban en el edificio. Un minuto más tarde, los autos habían desaparecido y la calle había quedado nuevamente desierta.

La plaza que está ante Correos constituía un privilegiado campo de tiro, y controlaba cuatro importantes arterias. El asunto era muy serio. No ví nada más por el momento. Cada embajada estaba guardada por una sección completa, al menos la embajada de Francia, que estaba muy cercana de allí, y a donde corrí enseguida. Evidentemente, existía el temor de que los dirigentes hubiesen de refugiarse allí al conocer las decisiones de los gobiernos y actuar en consecuenia.

Mientras erraba por la ciudad, comenzaban a cerrar las puertas de las casas. Mientras, se producía un extraño fenómeno. En casi todos los porches aparecieron luciérnagas, y recordé que en el regimiento nos enseñaban a camuflar las hebillas de los cinturones porque en la noche brillan y son visibles a muchas decenas de metros. En el paseo que se llama La Castellana, donde me parecía estar sólo, avanzaba entre una doble fila de hebillas de cinturones. Al lado de un árbol, ví un resplandor, no amarillo sino azulado. Se me cortó la respiración: era el cañón de un fusil ametrallador.

Se habían tomado todas las precauciones.

Encontré a una camarada que deambulaba por allí, inspeccionando a su vez la calle. Por extraño que pueda parecer, la gente de la Gestapo la dejaba pasar sin lanzarle todo su repertorio de groserías, como tenía por costumbre.

Mi camarada pasó cerca de mí y me hizo una mueca poco alegre. La embajada de Inglaterra, la Casa Americana, la embajada de los Estados Unidos, estaban completamente rodeadas por la policía. Miguel,

la O. N. U. enviaba un requerimiento directo a España, **apoyándolo por una amenaza** de acción directa.

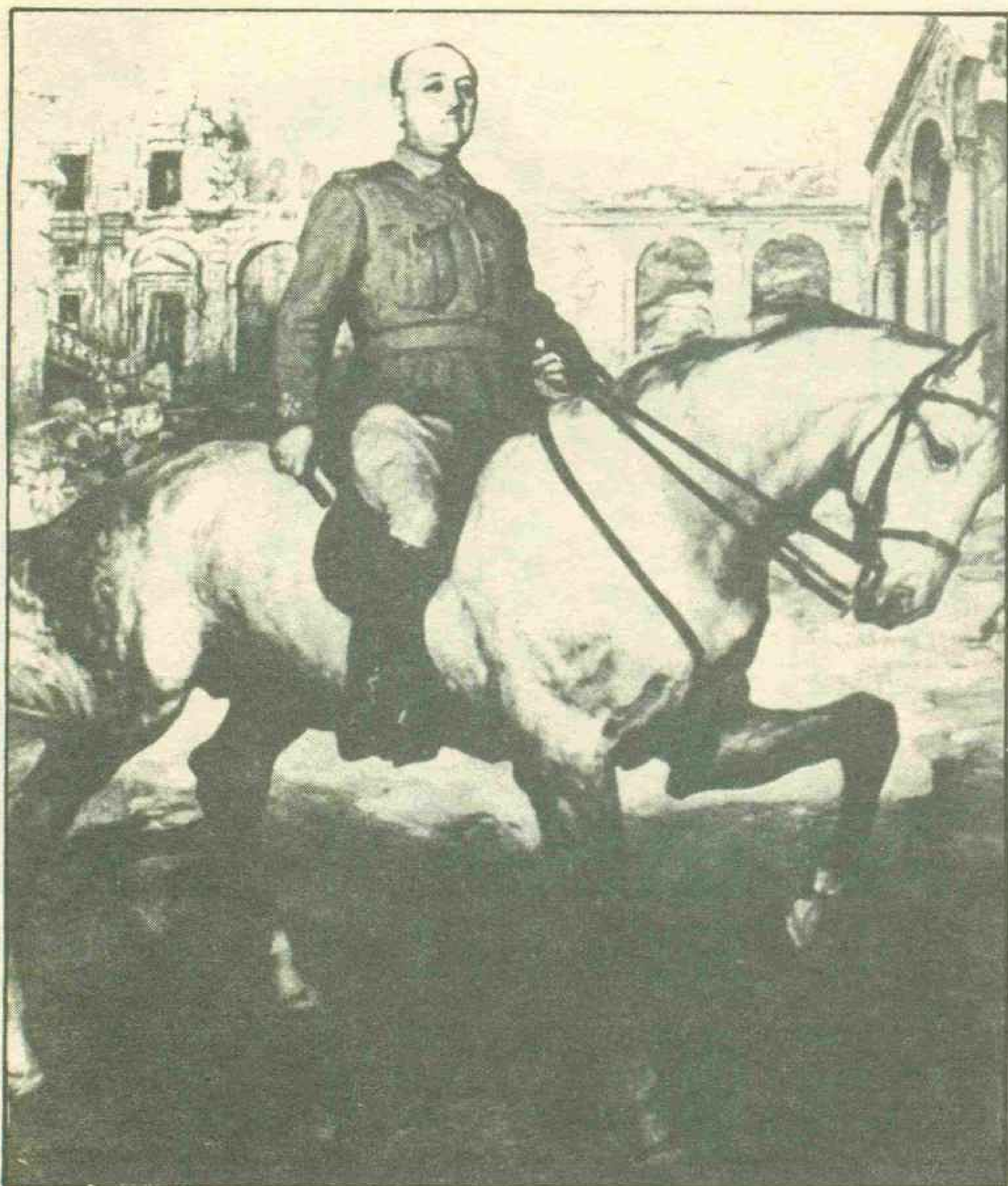
Hacía bastante tiempo que habíamos comenzado a recibir armas y a procurar para el gobierno republicano el reconocimiento con el mismo título con que lo habían sido los gobiernos de todos los países ocupados por los fascistas. Pero al menos, si íbamos a jugarnos el todo por el todo, sin armas, en un esfuerzo desesperado, era necesario que existiera al menos alguna posibilidad de éxito.

Miguel pensaba que con algunos revólveres podíamos abatir por sorpresa a algunos policías y, en la confusión, apoderarnos de sus armas. Cada uno tenía un fusil y un revólver. Por cada enemigo abatido, armaríamos a dos hombres. Siempre contando con la sorpresa y la rapidez que nos proporcionaba un plan bien madurado, podíamos llegar a tener ciertas posibilidades. A partir de ahí, ya nada era previsible. Seríamos rechazados y eliminados en muy poco tiempo, si el gobierno se ocupaba en ello, antes de que el país se diese cuenta de lo que pasaba. Si, por el contrario, el desorden reinase, a la noche siguiente tendríamos a toda la ciudad con nosotros. Miguel calculaba que en el curso de la tarde, habría las primeras barricadas.

No se nos ocultaba que teníamos una posibilidad sobre diez de triunfar, pero hubiera sido criminal no intentarlo. Si la O. N. U. se limitaba a emitir una declaración de principio, sin intimación... pero nosotros no queríamos creer en esa hipótesis.

La radio daba las noticias en inglés. Sólamente Miguel y yo las entendíamos. Tomábamos cada uno un papel y un lápiz. Los demás jadeaban.

Las noticias se sucedían. No se hablaba de España. Los otros se impacientaban. Miguel, con la mano, les indicaba que se callasen. Miraba su



Visión triunfalista del vencedor en la guerra civil. Por espacio de treinta y seis años, el general Franco será el máximo centro de referencia de la vida de España.

que encontraba evidente placer en hacer tonterías, recorría tranquilamente la calzada bajo la suspicaz mirada de los agentes. Estos seguían con mucho interés los movimientos del cigarrillo de Miguel. Mi amigo me detuvo al pasar y se puso a charlar acerca del tiempo. Luego me ofreció un cigarrillo y fue conmigo a preguntar ingenuamente aun policía por qué se habían tomado esa noche tantas precauciones. Demasiado desconcertado para reprendernos, el hombre nos respondió que se trataba de medidas de protección. Tras esta vaga fórmula, Miguel se deshizo en agradecimientos. El policía más cercano tenía la mano sobre su revólver y se acercó para ordenar que circulásemos. Miguel me arrastró: «Ya está bien, dice, estos chulos están tan nerviosos que no son capaces de apuntar antes de tirar un sólo disparo. Soltarán el cargador de su revólver al azar y, si lo piensan, utilizarán su fusil como porra en un cuerpo a cuerpo. Pero se desmoralizarán antes.»

Le comuniqué mis temores acerca de la ocupación de los puntos estratégicos por la Falange. Esto, a su modo de ver, era más grave. Por nerviosos que sean, los hombres apostados tras las ventanas se sienten más seguros que los tunantes expuestos en la calle a servir de blanco bajo los porches de las casas.

A las once estábamos en casa de Miguel.

Una vez reunidos todos, hubo una hora de discusión. José quería ejecutar el plan previsto, pasase lo que pasase. Pedro, por vez primera, dudaba. Jorge, Miguel y yo estábamos de acuerdo al pensar que el juego sólo valía la pena si

papel. Yo le miraba a él. Pensaba: «Si hubiera pasado cualquier cosa, lo hubieran dicho. Quieren sofocar el asunto.»

Miguel elevó los ojos y me miró.

Pensábamos lo mismo.

Los nervios aflojados.

Habíamos perdido. Estaba terminado.

Rápido los lápices. Escribir, escribir... Los embajadores... proposals of... Estaba terminado.

Me levanté. Creo que estaba muy pálido.

Me senté con el rostro descompuesto. Debía estar lívido. Miguel se incorporó lentamente. Me miró. Miró a los demás. Habían adivinado. Y Miguel dijo con una voz gutural que dificultosamente emitía: "Estamos fastidiados muchachos."

Entonces hubo un estallido.

—¿Qué han dicho?

—Maldita sea, pero ¿qué han dicho?

—No existe todavía una decisión. Se examina una propuesta de llamada de los embajadores, Pedro es testarudo. Pregunta aún:

—¿Rompen las relaciones diplomáticas y comerciales? ¿O las diplomáticas sólamente?

—Ni unas ni otras. Es sólo un gesto.

—Pero no pueden dejarnos reventar.

—Van a dejarnos reventar.

—Los cobardes, los cobardes.

Consejo de guerra. Campaña de panfletos. Esperar más. José protestó. «Vayamos enseguida, que nos revienten de una vez por todas.» Pedro ha perdido los estribos. Está de acuerdo.

Tratamos de calmarles. La revolución es, ante todo, una cuestión de sagre fría. Nosotros teníamos el espíritu, pero no se puede hacer matar a gente por nada. Es preciso esperar y ver venir las cosas. Comenzar una violenta campaña de panfletos y esperar. Eran las siete de la mañana cuando nos separamos.

El teléfono debía estar vigilado. No había medio de alertar a la gente. Hubiera podido hacerse por medio de una consigna en caso de acción. Porque luego, de todas formas, estábamos al descubierto. Era necesario ser de nuevo prudentes.



El dibujante gallego Castelao reproduce en su obra las escenas de la represión. Extendida con el final de la guerra a todo el país, la dictadura militar había puesto en práctica el terrorismo institucionalizado ya a partir de 1936 en las zonas que sucesivamente iban siendo ocupadas por sus fuerzas.

Por la mañana, la consigna pasó. Era el toque de ánimas de nuestra esperanza.

Algunos quedaron casi aliviados. Curiosa reacción. ¿Por qué estaban con nosotros?, se preguntarán ustedes. No se sabe. Los años de espera les habían corroído. Noté que se sentían aliviados y, no obstante, esta noche se hubieran batido como leones. Pero en esta noche habían agotado su reserva de valor.

Las democracias han hecho algo peor que dejarnos caer. Nos han colgado con armas y pertrechos. Han hecho desaparecer la moral para siempre. Miguel tenía razón: "Estamos fastidiados."

Creo que en los días siguientes ni miré los periódicos. Pasábamos una inimaginable crisis de depresión. Todos se aflojaban. Los Aliados se tiraban simbólicamente sus embajadores. No hubo ni armas ni apoyo. Los Aliados continuaban enviando hierro, lana, algodón. A cambio de irrisorias concesiones, suficientes para la supervivencia del fascismo, se compraban las conciencias de las Naciones con toneladas de aceite, con toneladas de naranjas. Pero ésto, fue más tarde.

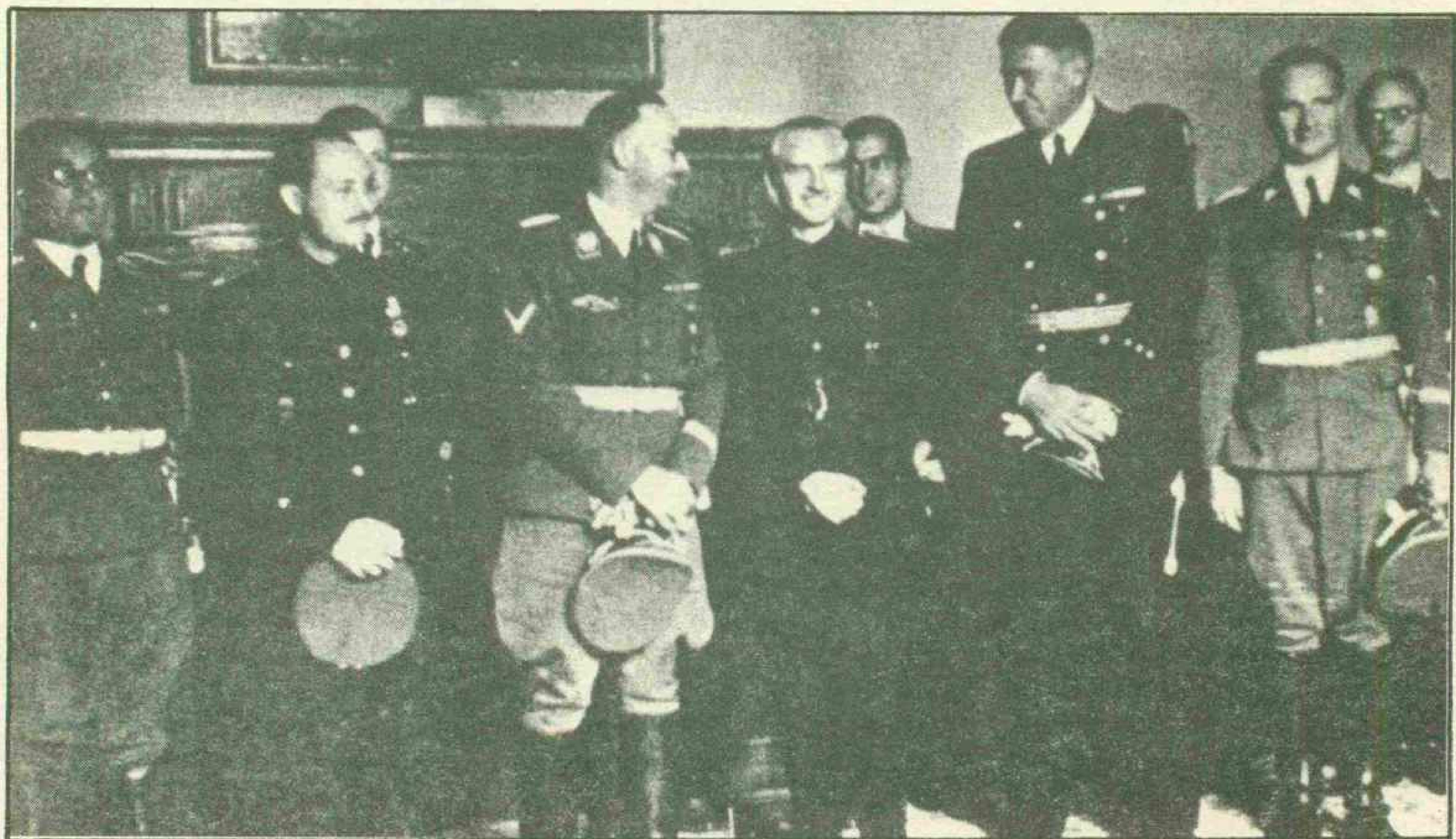
La versión oficial afirmaba que toda España protestaba en nombre de su independencia contra la intervención de la

O. N. U., mientras que en realidad no queríamos otra cosa. Para reforzar esa tesis, fue organizada una solemne manifestación. Fue precedida de preparativos destinados a confundir a la gente de dentro y fuera del país. Se trataba, de España, de hacer creer al pueblo que la discusión de nuestra situación ante las Naciones Unidas era un ultraje al honor nacional, y que si los españoles «querían un régimen u otro, eran suficientemente mayores para escogerlo». Estas tonterías electrizaron no sólamente a la minoría franquista, sino que hicieron estragos entre los temerosos no encuadrados aún y que, desconociendo las circunstancias accesorias de una eventual sublevación, se declararon dispuestos a participar en ella, pero sólamente para demostrar al extranjero que no éramos niños y no necesitábamos nodriza. Esta hábil propaganda, que no alcanzaba en nuestras filas más que a los simples, tenía un segundo rostro más allá de las fronteras. En el fondo, no era una manifestación de amor propio, sino de adhesión al régimen. Para apoyarla, comenzaron a hacerse visitas a domicilio. Os pregunto me digais quién hubiera podido negarse, en un país donde, para encontrar un empleo, es necesario obtener de la comisaría de policía un certificado de lealtad, simple formalidad que por otra parte no se niega más que a quienes están señalados por propósitos o actos hostiles al régimen informados por los espías. Hubo sin embargo, abstenciones en la lista. Eran las gentes que no pensaban viajar y no quería pasaporte, que tenían un empleo seguro y no pensaban cambiarlo, que tenían un pasado que respondía por ellas si ahora se hubieran vuelto antifranquistas. En fin, también gentes que habían tocado el fondo de la desesperación y a las que no les importaba ya nada. Todos los demás firmaron bajo la amenaza de perder el trabajo o los pasaportes, y de encontrarse entre cuatro muros o en la cámara de tortura un buen día, sin más razones.

El carácter, no franquista, sino de vanidad nacional, fue explotado enérgicamente por la propaganda. Una lluvia de panfletos y de carteles proclamaba que no éramos una colonia, que no queríamos ser protegidos.

¡Dios mío! Estábamos ocupados y todavía había personas que se dejaban prender con esos gestos.

El día de la manifestación, las órdenes eran estrictas. Cada uno debía acudir a su trabajo. A las diez, el delegado falangista de cada tienda, de cada taller, de cada oficina, debía llevar al personal a la plaza de Colón desde donde se desfilaría hasta el Palacio Real. Allí, Franco tomaría la palabra. A pesar de las dificultades que presentaba la evasión en tales circunstancias, hubo delegados (antiguos falangistas que no estaban de acuerdo con el partido oficial, pero continuaban pagando su cotización) que no dijeron nada. Hubo también muchos enfermos aquella mañana. En fin, todos los que pudieron, sin hacerse notar demasiado, escaparon por las calles adyacentes. El fastidio es que, en una multitud tal, no se ve a nadie y se ve a todo el mundo. No se sabe nunca si, a dos metros, hay un falangista conocido que por azar te va a ver largándote. El temor dete-



Visita a Madrid del jefe supremo de la SS alemanas, Heinrich Himmler. En la fotografía aparece acompañado por Ramón Serrano Suñer, ministro de Asuntos Exteriores, y por el conde de Mayalde, director general de Seguridad. La importación de las técnicas represivas del Tercer Reich serviría muy eficazmente al régimen de Franco para conseguir el aplastamiento de cualquier actitud oposicionista.

nía a la mayor parte de la gente. Conozco a cientos de personas que han dicho que, una vez embarcadas hacia allá, tuvieron miedo de irse. Otras, que eran libres de ir o no a casusa de su profesión, fueron a ver lo que pasaba, pero ocultándose lo más posible ante el temor de ser vistas. Por otra parte, después de haber sabido que toda esperanza estaba perdida, no odiábamos más a los que cambiaban de chaqueta que a los que lo abandonaban todo. No teníamos la fuerza suficiente para odiarlos.

La plaza del Palacio Real se llenó como un vaso de agua. Hasta los bordes. ¿Cuánta gente habría allá? ¿150.000? ¿200.000?. Sobre una ciudad de un millón de habitantes a la que se había querido arrastrar por la fuerza, la abstención, oficialmente reconocida, de las tres cuartas partes, podía pasar por un éxito. Aquel día pudimos decir que todas las personas válidas que no estaban decididamente en contra del régimen, habían salido a la calle. Ante todo, por vanidad nacional, luego, porque se forzó a todo el mundo, finalmente, por aburrimiento, por inercia, y en último lugar, por convicción. Todos los que, costase lo que costase, no querían derribar a Franco, se manifestaron. Digo bien: todos los que no querían derribarle definitivamente. Es decir, en la manifestación se contaba a tímidos, miedosos, personas fáciles de manejar o los que, por una u otra razón estaban en contra del régimen. A estos no los cuento con nosotros. Haced también la cuenta de los soldados que fueron enviados a manifestarse bajo orden. Hay también, en último lugar, un tercio de la población como máximo sobre el que no se puede calcular, sean cuales sean sus convicciones. Quedan dos tercios que han demostrado en ese día, en pleno desastre, que no cederán.

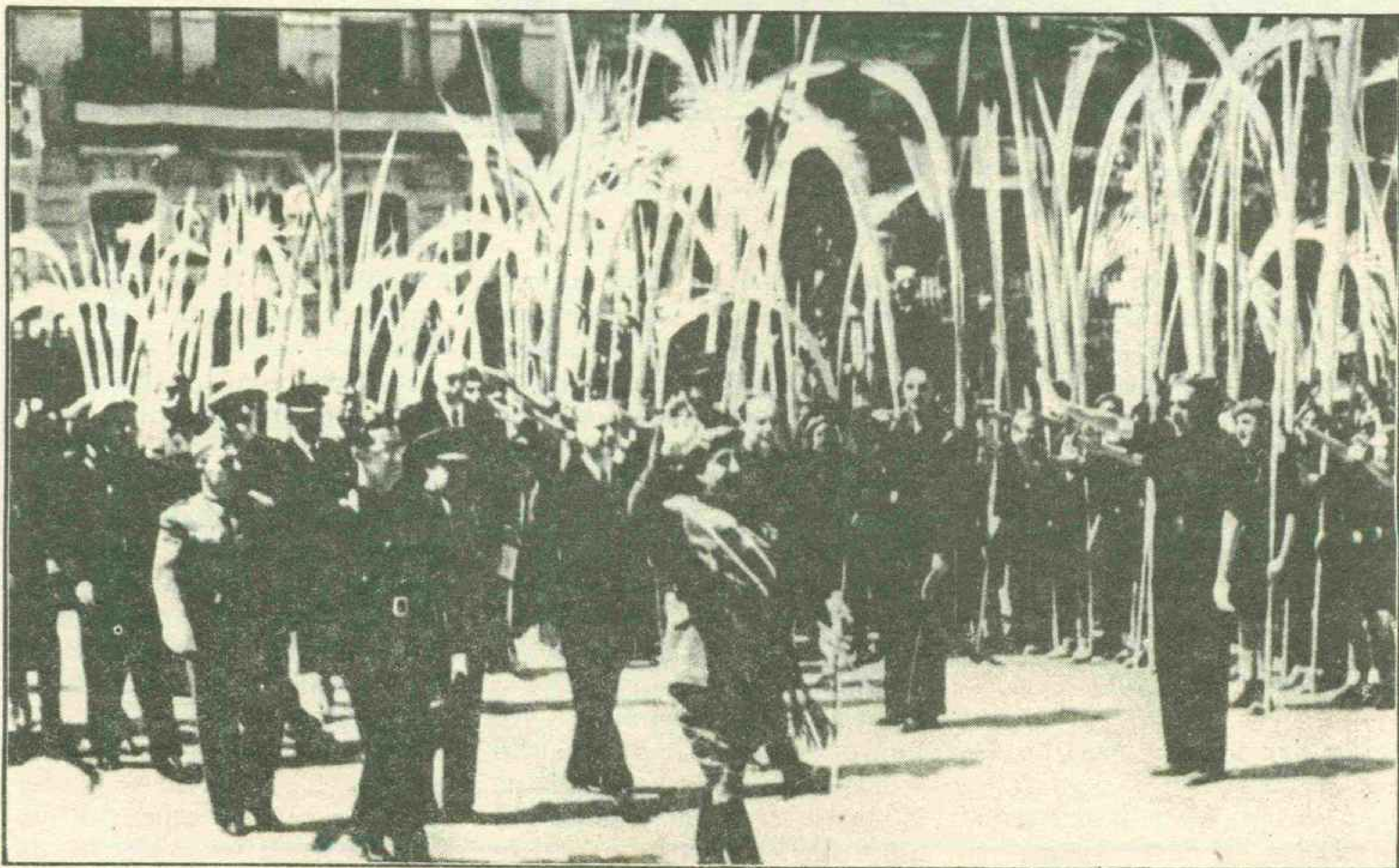
Ahora, decidirlos a actuar, es otra cosa.

De la misma manera que Franco no pudo disponer más que de una ínfima fracción de este tercio de la población, nosotros habíamos perdido, bajo los golpes repetidos y de cara a las tradiciones más abyectas de nuestros aliados, el espíritu combativo que nos lanzó a la batalla durante tantos años y que condujo a tantos de nosotros a la prisión y a la muerte.

La manifestación contra la O. N. U. nos reveló la debilidad de Franco. No nuestra fuerza. A pesar de los gritos de victoria de la prensa y de la radio, a pesar del espectáculo en los noticiarios cinematográficos de una impresionante masa de 200.000 personas, sabíamos bien que está masa es todo lo que tiene, e incluso mucho más que lo que tiene con él en Madrid.

El resto está con nosotros. Pero en lo sucesivo están muertos. Ya no hablan. Ya no hacen proyectos. No se oye más que una palabra por todas partes: emigrar, emigrar, irse a donde sea.

Pero la xenofobia de ciertos círculos influyentes franceses es bien conocida. El porcentaje de emigración de españoles a los Estados Unidos está cubierto por siete años. Inglaterra es quien primero nos ha dejado caer. ¿A dónde ir? ¿Dónde pue-



Con el régimen personificado en el general Franco tomaría forma lo que ya Miguel de Unamuno había previsto como combinación de mentalidades de cuartel y sacristía. Arriba, el Caudillo es aclamado ante la iglesia de Santa Bárbara, en Madrid, poco antes de ser consagrado por las más altas jerarquías de la iglesia española como dirigente supremo de la Nación. Es el 20 de mayo de 1939



Durante más de veinte años, algunas zonas del territorio español conocen la lucha de la guerrilla. Perseguidos como delincuentes, los miembros del maquis caerán uno tras otro en los enfrentamientos con las fuerzas oficiales. Reproducción de un cartel difundido por el partido comunista durante aquellos años.

den ir esos millones de *desesperados* dispuestos a todo, salvo a ceder, y que pagan con su sangre desde hace diez años su amor por la libertad?

Y vosotros, vosotros nos respondéis presentando balances comerciales, intereses capitalistas y el plan Marshall.

EL FIN DE MIGUEL

¿Os han llegado estas líneas escritas de prisa?

La suerte de este manuscrito comienza a interesarme a medida que va engrosando. ¿Qué será de mí y de todos nosotros cuando lo leáis? Es casi curioso que haga esta pregunta. Por mi parte, la lucha esta acabada. Entendámonos, la lucha a la que habéis asistido. Todo ha sido destruído. La red inmovilizada no ha recobrado su anterior vida. Cada uno ha marchado por su lado. Algunos, como José, se han afiliado a partidos. Otros, muy pocos, como Pedro, han optado por el maquis. La mayoría, como yo, ha quedado disponible. No hemos roto con el pasado —estas líneas son la prueba de ello— pero estamos fuera del alboroto, en las tribunas de la plaza. Que otros jueguen con el toro. Yo quedo como un teléfono al que se hubiera cortado la corriente. Unos minutos antes, era un instrumento vivo. Vibraba. Hablaba. Ahora si descolgáis y no escucháis ni el clic ni el ronroneo familiar. Es de esta forma desde que Miguel marchó.

Miguel es el único personaje vivo de esta historia. El siempre encontraba tiempo de vivir, de amar. Daba valor a todo el mundo. Su amor por María Rosa era la única cosa bonita que iluminó aquellos años.

Miguel decía: «Me sentí joven el día en que comprendí que no soportaba el peso de una civilización de 1947 años, sino sólamente de treinta años. Con esta idea en la mente, a los veintisiete años siento que acabo de nacer.»

Si no hablé antes de María Rosa es porque no quería escribir una historia de amor. Espero que la hayáis sentido por encima de nosotros como un ángel tutelar, pequeña hada de la Revolución, adorable muchachita lanzada al mundo de emociones mientras que no era más que una niña. Había descubierto al mismo tiempo el amor y la batalla. Estuvo a nuestro lado sin desfallecer, hasta el final, calmando nuestras inquietudes, transmitiéndonos mágicamente su confianza con su encanto. Siempre perfecta, incluso cuando me decía: «Sabes, tengo aspecto de valiente, pero tengo miedo. Si supieras qué miedo tengo, no sólamente miedo de la muerte, la muerte creo que podría aceptarla sin traicionarme. Pero escucha, tengo tanto miedo de las torturas.»

Esta es la razón por la que el mundo se hundió para mí cuando un día vinieron a verme, ella y él, muy serios, muy graves. Comprendí de pronto que los perdía, que ya los había perdido.

Me explicaron con algunas palabras.

María Rosa esperaba un niño. Parecía inverosímil y un poco milagroso que esta muchachita fuera a crear vida.

Nunca había parecido más pura, más casta. Encontraba esto extraño, o sería que estaba emocionado, o quizá decepcionado.

Esto les había preocupado mucho durante este tiempo. Un niño era la esperanza, era el porvenir. No podían abandonar la partida, no podían a causa de él. Y, sin embargo, todos sabíamos que ya no había nada que hacer. Estábamos traicionados por todas partes. Por dentro, la Gestapo, el miedo, la indiferencia. Por fuera, el abandono, el egoísmo. Estábamos bien arreglados. Entonces, comprendí que no había más que una solución: marchar a la montaña en Francia, pasar a Portugal, al norte de Africa, no importa donde, pero marchar antes de que fuese demasiado tarde. Ellos sabían esto y habían venido para decírmelo.

Y luego, todos callamos.

Miguel, por última vez, me hizo un esquema de la situación.

—Su propaganda ha obtenido una gran victoria; no han convencido, pero han llegado a disgustar a la gente. Todo lo que decían estaba tan lejos de la realidad que la gente se irritaba más por la maniobra misma que por el propio fin. Según la versión oficial, los demócratas eran basureros, países en donde la misma acción se agotaba contra los muros constituídos por el parlamento y las garantías legales. Y, en efecto, cuando la gente vió el problema español sometido a esos retrasos y a interminables discusiones por esas mismas democracias, ha comenzado a doblegarse. Unos se han dejado llevar por la resignación; otros no han comprendido que ciertas ideas políticas tratan de enmascarar la presencia de intereses y que, para las *democracias*, es la realización de estos intereses lo que importa. Al mismo tiempo, es necesario no confundir las palabras con los hechos, ni las promesas con las realidades.

Han embrutecido a los españoles. Hay demasiados esbirros, demasiados garrotazos. Miedo de la policía y de sus torturas. Miedo de la Iglesia y de su infierno. Todo este innoble chantaje religioso dirigido por gente sin escrúpulos que construyen iglesias en España y mezquitas en Marruecos con el único deseo de desarrollar no importa que fanatismo y oscurantismo religiosos. Y son los puercos quienes son designados por la jerarquía como apóstoles, porque en la península protegen a los curas y hacen condenar los libros hostiles al clero, pues éstos, ayudando a pensar, perjudican tanto al régimen como a la Iglesia.

Entonces Miguel me dijo:

—Deberías escribir todo esto. Yo me encargo de hacer lo posible por publicarlo. Donde esté, en Francia, en América o en los países escandinavos, hasta donde llegue, envíame el relato de todos estos años. Es preciso que el mundo sepa. Lo publicarás con seudónimo. Llegará un día en que la verdad se manifieste.

Comprendí entonces que no todo estaba terminado. Que podía y que debía continuar la lucha. Una lucha diferente. Ante esta realidad, el desaliento desapareció. Miguel me ofrecía la posibilidad de lanzarme de nuevo a la batalla y, ¿qué significaban ahora el peligro, el miedo y la indiferencia? Arriesgar nuevamente, nuevamente ocultar papeles, escribir a escondidas, tocar el bolsillo o palpar la doblez cada diez minutos para comprobar si está todo en orden. Siento de nuevo en mí este feliz sentimiento del hombre que comprende la razón de su lucha, que deja en libertad su espíritu y no teme las amenazas, pues participa de nuevo en la lucha común. Por esto comencé a escribir.

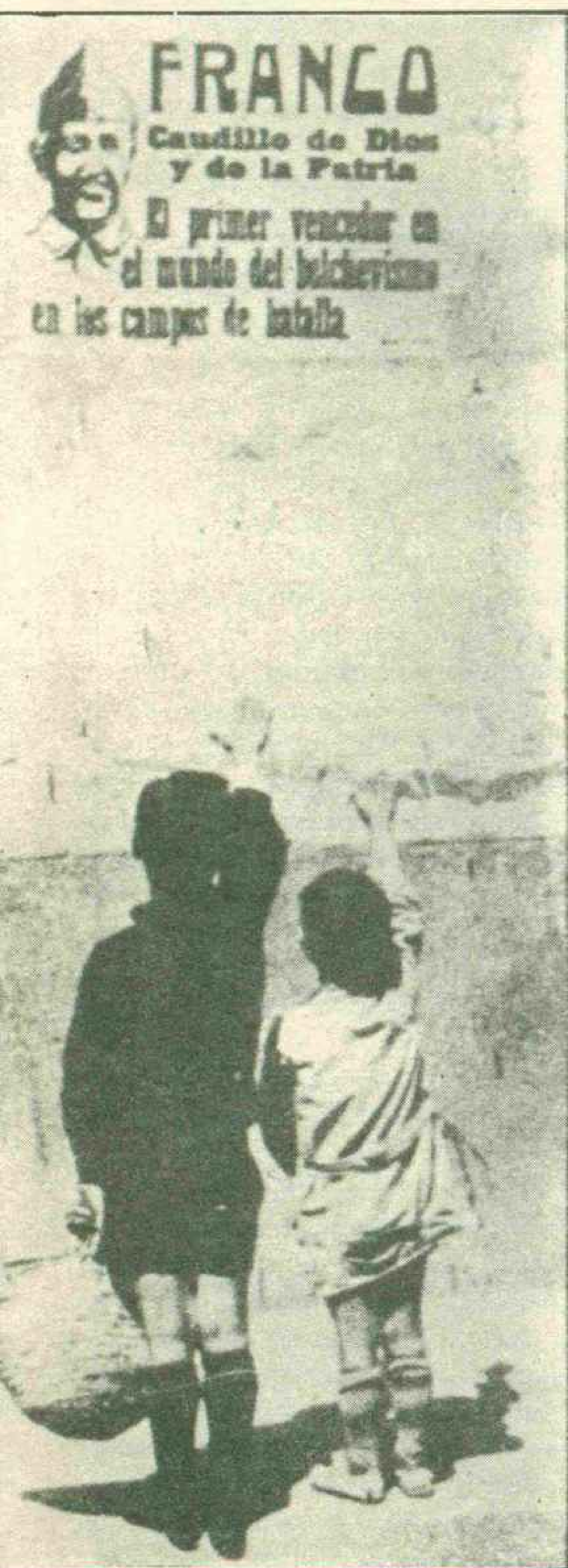

COMISARIA GENERAL
DE
ABASTECIMIENTOS Y TRANSPORTES
Colección de Cupones
de
RACIONAMIENTO
TERCERA CATEGORIA
Primer Semestre 1952
N.º 850010
Serie

En la Espana de la postguerra se produce una estrecha amalgama de miseria general y corrupción de una minoría, tácticamente tolerada y fomentada desde el poder. Reproducción de la portada de una cartilla de racionamiento, emitida ya en 1952, trece años después de terminada la guerra.

En el medio en que vivo, hay bastante gente joven, estudiantes universitarios que me escuchan porque ya he terminado mis estudios y soy mayor que ellos. Me hablan mucho de sus ideas, de sus proyectos. Les guío. Les hago sitio. Les hablo de Miguel. Son jóvenes, generosos. Muchos de ellos poseen un verdadero entusiasmo, pero les faltan muchas cosas. Educados en un mundo fascista, existe en ellos cierto miedo que no son capaces de eliminar. Los mejores apenas sienten el gusto del sacrificio. Para ellos, la revolución es un juego un poco morboso. Tienen miedo de no estar a la altura, y continuamente me hablan de sus dudas: ¿No supone asumir una gran responsabilidad? ¿Y luego, que pasará? Esta generación está fastidiada.

Tenían diez años al final de la guerra civil. Tienen diez años de fascismo sobre las espaldas. ¿Qué queréis que hagamos? ¿Cómo se va a poder contar con estos pobres chiquillos? En general, hablan mucho y actúan poco. Sus crisis de descorazonamiento les incapacitan para emprender algo definitivo. El sentimiento de impotencia, debido a nuestro aislamiento, les domina. A cada señal de peligro, lo descomponen todo. En lugar de adoptar medidas de prudencia y de aminorar la marcha en caso de riesgo, actúan a tontas y a locas y siempre están comenzando de

nuevo. Por supuesto, muchos de ellos son detenidos. Se les aplican diez años de prisión; no son peligrosos. Lo que no evita que diez años sea algo duro. La prensa juega un papel esencial en este embrutecimiento de los jóvenes. Hábilmente, deja entrever que las democracias están lanzadas a una serie de vanos movimientos revolucionarios. Huelgas en Francia; huelgas en América; huelgas en todas partes, salvo en España, evidentemente, donde todo se organiza amigablemente gracias a la benevolencia del Caudillo y de las Cortes, es decir, bajo el signo de un amor paterno. «El Caudillo ha sido enviado por Dios para salvar a España» (sic). Si la gente no estuviese impregnada de filosofía occidental y cristiana, Franco sería considerado como un verdadero Mikado.



Expresiva imagen de la penetración forzada de la ideología y los símbolos oficiales en todos los niveles de la sociedad española. El temor, el retraimiento y una cierta acomodación progresiva a una realidad que no puede ser cambiada, serán los sentimientos dominantes durante la mayor parte del transcurso de la dictadura.

Y en efecto, en lugar de huelgas y de movimientos obreros, en España tenemos un orden perfecto. Siempre según la prensa, los obreros están muy contentos de las leyes que el Caudillo y las Cortes tienen la amabilidad de promulgar para ellos. El ministro de Trabajo da el ejemplo más perfecto; la legislación obrera ya ocupa toda una biblioteca. Llueven los reglamentos particulares a quienes cuecen los ladrillos, a quienes los transportan, y quienes los colocan.

Simplemente, es lamentables que los salarios fijados por estos reglamentos sean tan bajos. Es necesario recurrir a suplementos para poder llevar una vida cara. La clase obrera no alcanza a poder comer con estos salarios y o bien debe trabajar sin descanso, o dedicarse al mercado negro. Y, a pesar de todo, la prensa financiera del país, exulta: el montante de las cuentas corrientes en banco alcanza cifras record. Los beneficios de de las empresas de crédito aumentan. Las reservas de las sociedades no cesan de crecer. El hecho salta a la vista: la riqueza está tan desigualmente repartida que es escandaloso. Una ínfima minoría detenta toda la riqueza del país. La razón esencial del marasmo económico español es la ausencia, en el mercado, de un poder de compra más extendido. La mayoría de la gente gana lo justo para vivir y no puede llevar una vida libre del temor ante el futuro.

Los jóvenes viven con el recuerdo de las experiencias que han conocido. España ha atravesado un periodo histórico de diez años en una atmósfera de guerra, sea la guerra civil o la larga represión con sus cientos de millares de hombres fusilados o muertos de hambre en la cárcel. La represión fue terrible: la tortura con aceite de ricino, los malos tratos, el aspecto medieval. Las continuas persecuciones han sido durante largo tiempo la única política interior del régimen. Los falangistas, los policías, los jóvenes partidarios del régimen, los prohitlerianos, todos ellos se transformaron en espías. En la calle, en los cafés, en los trenes, en resumen, en todas, estaba igualmente prohibido leer el *Times* o el *Figaro*. (Por absurdo que pueda parecer, el tono político del periódico importaba menos que el idioma en que estaba escrito). Si se veía a alguien leyendo alguno de estos periódicos, se le linchaba. El miedo había creado un sexto sentido entre nosotros. Desconfiábamos de todas las personas desconocidas, incluso de quienes se decían de izquierda. Los esbirros del régimen no bromeaban.

Y día a día, en la prensa, en los bancos de la Universidad, las ideas democráticas eran deformadas, ridiculizadas. Se jugaba con las palabras: Libertad igual a libertinaje. La libertad, en España, es la voluntad de Franco, encargado por Dios y por el Destino de asumir la voluntad de su pueblo, mientras que el deseo de los obreros de ver realizado su deseo no es más que puro libertinaje. Esta es la razón por la que se organizó la comedia del sindicalismo falangista. Los representantes son nombrados por el gobierno a fin de que los obreros no se desvien y no confundan la libertad con el desorden. La corrupción organizada, la riqueza desigualmente distribuída, el abandono de las democracias, el miedo acumulado durante años hacen de nosotros personas desconfiadas, llenas todavía de deseos de lucha, pero sin un sólo amigo que nos sostenga, sin una luz

que nos guíe. La fe sobrevive en nosotros, en nuestra noche interior, dispuesta a resurgir, pero nada ayuda a impulsarla.

El interés del pueblo es abiertamente contrario al del gobierno. Cuando más pierde el país, más gana el enemigo. Todo el mundo lo sabe. Aquí nadie tiene ningún poder, y todos lo aceptan así, incluso los jóvenes camaradas. Los revolucionarios de hoy llegan a preguntarse si existe alguna otra solución más que la renuncia. Esto es lo grave. Y ya hemos llegado a ello.

He recibido noticias de Miguel. Incluso allá, la vida es dura con él. Pero su hijo nacerá en un suelo libre en donde se puede luchar abiertamente. Ya es mucho. Todos se van. Después de Miguel, todos los viejos luchadores, cientos de jóvenes luchadores, cientos de jóvenes y hombres pasan la frontera. Pertenecen a toda clase de organizaciones: comunistas, socialistas, chicos de la F. U. E. No saben bien a donde van. Algunos incluso ya han aprendido aquí el ruso, el checo, el sueco, ¡qué sé yo! Pase lo que pase, esperar pedir la hospitalidad de cualquier país. Yo, por el momento, me quedo; tengo todavía cosas que hacer. Miguel acabó bien. Terminado el partido, abandonó el estadio. Y vuelve a comenzar allá. Existen personas que no tienen suerte; mi papel es el de rezagarme aquí hasta que me cojan, soplando sobre cenizas, desesperando de todo. El impulso debe venir de los que están fuera. Yo, aquí, debo facilitarles las cosas para que comiencen de nuevo.

Mientras escribía, volvió. Emilio me telefoneó:

—Ven enseguida, va a haber jaleo.

—¿Dónde estás?

—Ante la Facultad de Medicina.

—¿Qué pasa?

—Vamos a pedir la cabeza de los culpables, detenidos por el asunto del pan.

—No habría que pedir la cabeza de los culpables detenidos, sino la de los culpables que no van a ser detenidos.

—Bueno, así no se hace nada. Ven enseguida.

Cuelga. Mientras saltaba a un tranvía, reflexionaba un momento acerca del asunto. Por vez primera, la corrupción se manifestaba con un buen escándalo. El trigo argentino con destino a España había sido vendido durante un año, incluso antes de ser desembarcado, a consumidores extranjeros, proporcionando un buen beneficio. Aquí, la falta de pan se dejaba sentir desde hacía tiempo. El gobierno se había envanecido mucho con ese tratado de comercio con Argentina, que nos permitía colmar nuestro déficit de grano. Y ahora los mismos jefes de los servicios de reparto hacen su pequeño mercado negro y desnutren al pueblo. 200 millones de pesetas, afirma el rumor público. El gobierno argentino ha dejado hacer. Y luego se ha indignado, porque este tratado le ha costado caro y no admite que otros manejos le sustraigan el beneficio al que había renunciado. En esta ocasión, no ha habido manera de evitar el



Durante las primeras etapas del regimen, la presencia del falangismo oficial ofrecerá la nota externa determinante. A cambio de su aportación ideológica y formal, la Falange —aparte de casos excepcionales— obtendrá una beneficiosa situación en el nuevo orden

escándalo. Los argentinos ya habían difundido el asunto. Había una única solución: aumentar todavía más las proporciones del escándalo, para poder volver a controlarlo. El gobierno detuvo a dieciocho panaderos y grandes molineros, entre ellos al jefe del sindicato. Era necesario abrir el fuego y sacrificar algunos amigos para salvar a otros. Entonces, se desarrolló una magnífica comedia: el gobierno condenó a los culpables a restituir 30 de los 200 millones robados, y enseguida organizó una manifestación de carácter falangista para pedir sus cabezas. Algo muy fuerte. Así, oficialmente, somos un pueblo libre y el gobierno, respetuoso con la voluntad del pueblo que exige que se haga justicia. Mañana, en los periódicos, veremos bajo grandes titulares: "Cediendo al deseo de la nación..."

Unicamente, que no contaban con el pueblo. Se habían preparado muy bien las fuerzas que debían ser dirigidas por la multitud, y las pancartas decían: "¡Muerte a los prevaricadores!". Pero tomo el mundo se dió cuenta del embuste. Cuando llegué a la Facultad de Medicina, Emilio me esperaba. Le pregunté:

—¿Ha prendido ésto?

—¡Qué te piensas! Todo el mundo sabe que sólo es una broma.

En efecto, los estudiantes salían a la calle y, entre risas y empujones, obedecían a las consignas del S. E. U. (la falange universitaria), pero les obedecían tan bien que, muriéndose de risa, imitaban a los indios por los senderos de la guerra. Gritaban cadenciosamente: «Sangre, sangre, sangre». Esto no era lo previsto por las autoridades. (Los estudiantes) habían tenido que ir allí, pues los delegados habían entrado en las clases, y dado a los profesores la orden de suspender la explicación y de llevarse a todos. Pero nuestra revancha transformaba en carnaval el 14 de julio. Dije a Emilio:

—Habría que transformar esto en una verdadera manifestación.

No creo que fuese difícil.

—¿Tú crees? ¿No ves que estos pequeños sólo tienen ganas de divertirse?

—Mientras, las fotografías de los diarios no hablan, y los noticiarios cinematográficos muestran sólamente lo que quieren. Tendrán sus fotografías de gente amotinada y todo.

—¡Bah! dice filosóficamente, en el momento en que estamos... Ven, vamos a seguirles. El ministro de Trabajo va a hablar.

—¿Pero no está ya claro que ésto es una farsa frustrada?

—Seguro. Para estimular a la gente, los delegados lo han contado todo. Y así, mucha gente va por curiosidad a oír lo que Girón va a decir.

Fuí con ellos. Girón habló. Pero enseguida no se oía más que lo que la gente cantaba con la música de esta canción infantil, conocida en todos los países del mundo:

Dónde está la harina, matarile
rile rile
Dónde está la harina...

Siguiendo religiosamente el plan previsto, los periódicos publicaron fotografías edificantes, subrayando que el ministro había calmado a los manifestantes, prometiendo que se haría justicia.

Yo ví los efectos en provincias, en donde no se sabría la verdad. El papá conservador diciendo a su hijo revolucionario:

—Ves, tú que hablas siempre de las democracias. Cuando hay una manifestación por algo justo, no se encierra a nadie en la cárcel, y el gobierno cede más fácilmente que en Francia o en Inglaterra. Unicamente son intolerables las manifestaciones, sin pies ni cabeza, de forajidos que sólo saben robar.

Y si el hijo trata de protestar, le dirá:

—Mira los periódicos, desgraciado, ¿pueden ser fotos trucadas? ¿Han pintado a estas fuerzas?

Un bonito juego de manos. Bien entendido, los que van a pagar los platos rotos son culpables y merecen ser colgados; lo que no impide que los peces grandes hayan escapado a la redada, y que no se les pesque tan rápidamente. Un golpe maestro. Se han salvado y figuran como héroes justicieros. La prensa no cesa de hablar de ellos. Pero el asunto estaba tan manipulado que, a pesar de discursos y promesas, los culpables no recibieron más castigo que la multa.

Luego se pregunta uno para que pueden servir estos ejemplos. Todo el mundo sabe que durante la carestía de materias grasas, la policía descubrió por error un tren entero cargado de bidones de aceite, que estaba registrado como transporte de madera o qué sé yo. Tomados los datos, era un general quien enviaba aceite a los traficantes. El asunto fue ocultado, pero poco tiempo, pues los inspectores, muy orgullosos de su olfato, se envanecían de su éxito. Para cualquiera del gobierno todo está permitido. Para los otros, incluso su misma honestidad al denunciar los abusos es considerada como un crimen. La denuncia se convirtió en moneda corriente. Como entre dos fracciones no se perdona nada, los que pueden eliminar a un enemigo lo hacen. Personas muy honradas, simplemente un poco cómodas, no dudan en enviar informes sobre sus amigos si creen lo que imaginan. ¿Por qué luchar entonces? Estamos sólos. Estamos desesperadamente sólos. Después del *Anschluss*, después de Munich, en 1939 las democracias nos abandonaron. No quisieron empezar otra guerra. Eso es comprensible, pero, entonces, ¿por qué tanta hipocresía? Falta energía, falta buena fe, falta perseverancia, falta sinceridad. Aquí, el Gobierno lo sabe y lo aprovecha. Hay un buen juego. Tuvo el descaro de


Durante dieciseis años, el falangista José Antonio Girón de Velasco, como ministro de Trabajo, dirige una demagógica política de atracción de las clases populares.

declarar oficialmente que no había más de 2.000 prisioneros políticos en sus mazmorras. Esto, hace dos años. Luego liberaron (libertad provisional que aquí se llama libertad condicional) a cerca de 100 prisioneros cada semana para hacer sitio. A este ritmo, en cinco meses, las cárceles estarían hoy vacías; y sin embargo, siempre rebosan prisioneros. Los famosos calabozos subterráneos de la Seguridad están llenos de desgraciados que son golpeados y martirizados hasta que confiesan cualquier cosa. Los policías de la gestapo falangista se jactan de sus métodos. Las pequeñas vendedoras de tabaco al por menor (tráfico ilícito) escapan cuando los policías parecen ligeramente excitados. En épocas normales, pasan a su lado sin verlas, ya que todo el país hace mercado negro oficialmente. Pero ellas han aprendido a reconocer de lejos si están de bueno o malo humor. No es raro asistir en los barrios bajos a cazas de mujeres. Chiquillas, jóvenes, ancianas corren enloquecidamente ante los hombres de gris. Cogen a la primera que cae bajo su mano y la arrastran. En algunos casos, son chiquillas de diecisiete años que gritan, lloran, piden socorro. Muerden los puños que las aprietan. Mañana, estarán de nuevo en su puesto con sus cigarrillos al por menor a cinco céntimos, con las facciones tensas, pálidas, los dientes apretados, tratando de ganarse la vida al precio de una eventual nueva violencia. Y nadie se mueve. Yo he asistido a cazas de este tipo. Nunca he tenido miedo, pero ellos tienen revólveres y no dudan en utilizarlos. ¿Hacerse matar tontamente, sin resultados, para salvar a una muchacha que ya ha sido cogida el mes anterior, y que puede ser que mañana lo sea de nuevo? Sí, lo que aquí domina es la indiferencia. Bastante tenemos todos con juzgar a los Don Quijote, destrozándonos unos tras otros contra esta fuerza ciega, absurda y malsana que nos rompe irremediablemente, hagamos lo que hagamos, en medio de la indiferencia de las naciones que se dicen civilizadas y a las que no importamos. Estas mismas naciones se indignaban ante los métodos de la propaganda alemana. ¿No serán propaganda sus películas sentimentales en dónde la muerte del héroe, una actriz rubio platino solloza porque es feliz al sacrificar a su amado a la justicia y al mundo futuro? Pero, maldita sea, ¿es que os negáis definitivamente a ver claro, o es que sois una banda de cerdos o de mentirosos? ¿Es que realmente estáis decididos a dejarnos reventar?

La cólera nos sube a la garganta. No se puede mentir así. Es imposible, al final.

Estamos muy fatigados. Ya es demasiado. Ya casi es demasiado tarde. Y aquí, ¿quién prosigue todavía la lucha? Este manuscrito es mi último intento. Con él, me despido de la vida activa y de la esperanza. Hasta el final, he hecho todo lo que he podido. Si me cogen esto en el bolsillo, si lo pierdo, o se llega a conocer el autor, estaré perdido. Realmente, ya no puedo hacer más.

En el curso de estas páginas, habéis asistido a acontecimientos que hubiéseis creído imposibles en un país de sangre caliente como España: el ascenso de la indiferencia y el aprendizaje del miedo. Diez años, pensad en eso: toda la duración de los estudios. Tres años de escuela primaria, seis años de estudios secundarios, y un año más para el preuniversitario. Somos los bachilleres del miedo. Ahora, nuestra sombra y nuestra voz nos espantan. Permitimos que pobres mujeres sean perseguidas en la calle, y nos marchamos lo más rápidamente posible para no oír sus gritos. Lo cuento porque me da vergüenza.

El miedo planea sobre el país. El es quien obliga cada día al abandono de las organizaciones clandestinas por parte de nuevos miembros. Pero no sólamente el miedo, sino también la indiferencia. Los mejo-



La doliente España de la postguerra. Millares de españoles sufrieron cautiverio o perdieron la vida a manos de un régimen que precisaba de la más dura represión para su consolidación en el poder. En la fotografía, formación de prisioneros en el patio de uno de los muchos centros carcelarios que se extendieron sobre nuestro suelo.

res únicamente quieren una cosa: emigrar. Los demás, incluso son indiferentes a ésto. Les resulta suficiente que se les permita vivir tranquilos y ganar miserablemente su pan. Este país ya sufrió una terrible pérdida, cuando todas las personas de valor salieron de España en 1939 ante la victoria fascista. Hoy, perdidas todas las esperanzas, las personas de valor de la nueva generación, los que llegaron a hombres entre 1939 y 1948, piensan en emigrar. Muchos marcharon por la montaña y ya deben estar en Francia, a menos que, desde allí, no hayan continuado viaje a otros continentes, fuera de Europa. Otros, intentan marchar por todos los medios. Son bastantes, y se comprende. Nadie puede lanzarles la primera piedra, ya que han heho todo lo que han podido contra este miedo gigante. Abandonados por todos, estamos completamente desarmados.

Y ahora, para terminar, voy a contar lo que pasó este mes en la Universidad.

Un joven vino a verme a casa.

Un chico de diecinueve años, Eduardo, que sólamente piensa en la acción directa y trata de agrupar a sus compañeros para reconstruir focos de resistencia en la Universidad. Viene a consultarme porque supongo que soy para él un viejo cargado de experiencia. Como es muy escrupuloso, me preguntó:

—¿Crees que si nos pusiésemos en huelga para hacer anular algo que hubiésemos aceptado antes, sería legal?

Eduardo me divierte por su seriedad. Ante un asesino que le amenazase, trataría de consultar el código penal para saber si el caso corresponde adecuadamente a la legítima defensa. Para ver a donde quería ir a parar, le respondí:

—Si habéis aceptado una obligación, no es legal romperla por la fuerza.

—Sí, pero verás de qué se trata. Hace cinco años, se declaró obligatoria la asistencia a los cursos, así como un examen de fin de estudios que comprendía todas las materias estudiadas en el curso de los años precedentes. Y ahora, queremos ponernos en huelga para anular ésto.

—Eduardito, una vez se ha aceptado una obligación al inscribirse en la Universidad, no es legal ponerse hoy en huelga en contra de ella. (Eduardo se ensombreció). Pero como no existen diputados ni control, y la nación no tiene ningún poder para refutar una ley, la única solución es responder con una negativa apoyada en una huelga a un decreto impuesto por medio de los fusiles. Eduardo marchó radiante, y yo esperé los acontecimientos.

El viernes a mediodía, mi joven amigo llegó triunfante:

—Ya está, es la huelga —y me contó de un tirón.— Esta mañana, al llegar a la facultad, empezamos a decir que no era preciso ir a clase, y a difundir lo que me dijiste el otro día. Y ha dado un magnífico resultado. Nadie ha entrado en los anfiteatros y hemos telefoneado a los profesores para advertírselo. Y durante toda la mañana, hemos estado gritando en los pasillos.

«Lo mejor es que la gente del S. E. U., que siempre trata de calmar los ánimos, ni siquiera vino. Luego salió el decano para preguntarnos que queríamos. Roberto, un chico que ni siquiera está afiliado, se adelantó y le habló. Estuvo magnífico. Había mil muchachos tras él, y esto le hacía intocable. Dijo que la huelga era el único modo de acción. Cuando el delegado del S. E. U. protestó, Roberto le hizo callar:« ¿Qué representa hoy el S. E. U.? ¿Qué estudiante, afiliado a la fuerza, te ha confiado un mandato?»Todos estuvieron de acuerdo. Como tú sabes, para inscribirse en la Universidad, es necesario inscribirse en el S. E. U. Entonces, los responsables del S. E. U. se retiraron y Roberto dijo que el S. E. U., en lugar de representar a los estudiantes, se había convertido en una oficina de funcionarios del gobierno. Fue aclamado, y el decano prometió hacer lo posible para satisfacer nuestras peticiones. Luego, bajamos a la calle y continuamos gritando. Dos grupos de Falange se dispersaron sin combatir, al no saber que les enviaban contra nosotros. Fue necesario llamar a las fuerzas de orden público. Mientras, nosotros detuvimos a los coches oficiales, rompimos los cristales y llamamos "ladrones y traficantes" a sus ocupantes. Hace años que, en público, me retengo; pero qué no les habré dicho esta mañana. Luego, llegó la gestapo. Hubo un alboroto y nos dispersamos al grito de "¡Viva la huelga!" ¿Qué me dices?

—Digo sólamente una cosa. Esta mañana habéis tenido éxito por la sorpresa. Mañana, sábado, durará todavía la impresión. Luego, volverá el miedo. Ya empieza, con seguridad. Muchos piensan: «Con tal que no me hayan visto esta

mañana...» Después vendrá el domingo. Cada uno irá a divertirse. Y se recogerá en la indiferencia y en la pasividad descorazonadora. Me molesta decepcionarte, Eduardo, pero el lunes entrarán todos como ovejas. El país está agotado. Un esfuerzo de tres días, una crisis de rabia enfermiza, es lo único de lo que es capaz.

—Eres pesimista, porque no les has visto esta mañana. Estaban desencadenados. Cuando Roberto habló del S. E. U., todos estaban con él.

—Escucha, pequeño. Aquí, sustituyo a Miguel y debo hablarte como Miguel lo hubiera hecho. No confíes. Continúa trabajando para prolongar la huelga, y continúa trabajando igualmente cuando la huelga se haya fustrado.

—Si lo que dices es cierto, ¿para que continuar?

—¡Y yo que sé! ¿Por qué continúo yo? Nada más que para efectuar el relevo. Hemos tenido diez años, y no vamos a abandonar la brecha.

—Al tiempo, dice Eduardo. Esta historia de hoy puede hacer mucho ruido. Puede ser decisiva. Es la primera vez que un grupo de estudiantes presenta cara a la Falange.

No le respondí. Para qué. Pero tengo confianza en estos jóvenes educados entre el miedo. No aguantarían el golpe. Podemos esperar su desfallecimiento un día u otro. Un fracaso algo grande, o una desilusión, y será necesario volver a empezar con ellos. Y nosotros, nosotros estamos tan cansados.

Ni relevo, ni municiones, ni esperanza, ni apoyo.

Ni juventud, ni amor, ni ilusiones.

Así es como estamos.

El martes por la noche, Eduardo llegó abatido, taciturno. Tuve que arrancarle las palabras, ya que no quería hablar.

—¿Qué pasó?

—Todos han vuelto a entrar.

—¿Y la huelga?

—Ya no hay huelga.

—¿Habéis conseguido lo que queríais?

—Nada.

—¿Y ahora?

—Ahora, nada.

Hubo un silencio. Eduardo miraba hacia afuera. Luego, tras unos minutos, me dijo:

—Lo abandono todo.

De nuevo, un largo silencio, y luego:

—No hay esperanza, Miguel bien lo decía. Sin ayuda exterior, nada podemos... Y en el fondo, ¿qué les importa? ¿Qué puede importarles que aquí reventemos? Inglaterra ha dejado reventar a millones de hindús durante durante siglos, y nosotros probablemente no somos más desgraciados que algunos negros en los Estados Unidos. Entonces, si han permitido ésto en su propia casa, ¡cómo quieres que les importen veinticinco millones de españoles!

No contesté nada. También estaba cansado. Eduardo prosiguió rabioso:

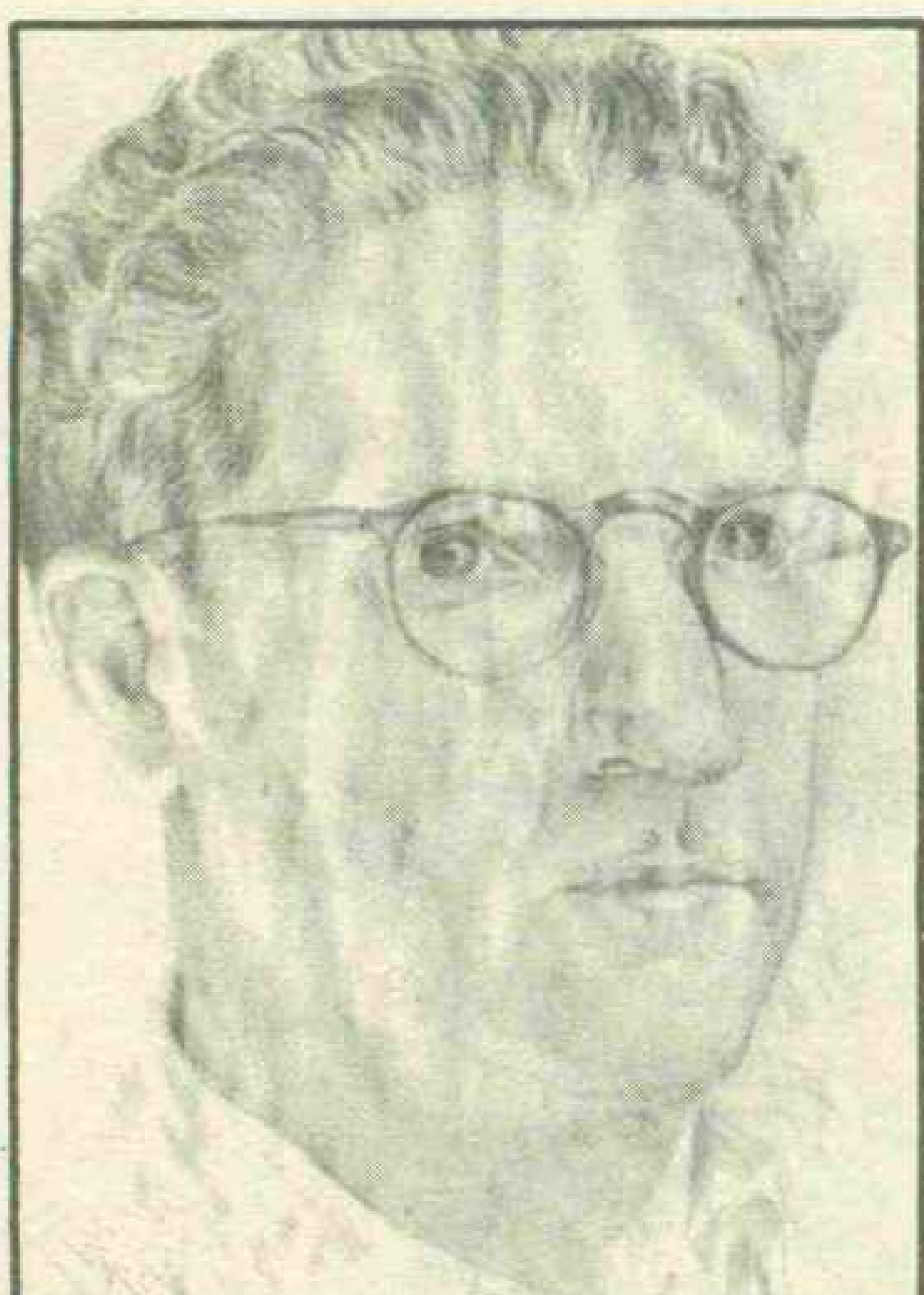
—Roberto, el que organizó la huelga, ni siquiera es de izquierda. Es monárquico. El viernes, tenía a toda a toda la Universidad con él. Cuando habló, todos le aplaudieron, y hoy todavía tiene a la gente tras sí. Las personas no cambian así como así de un día para otro. Esta mañana, diez falangistas de uniforme vinieron a la Universidad. Lo agarraron ante todos y lo golpearon en un pasillo. Lo dejaron medio muerto delante de todos, y nadie ha respirado. Nadie. Yo tampoco. Por eso me voy. Soy un cobarde, somos unos cobardes. No hay esperanza. Estamos fastidiados. Esto es lo que han hecho de nosotros después de diez años de dictadura, con sus discursos y su policía, sus promesas y sus ocultaciones. Esto es lo que han hecho con el pueblo más valiente de la tierra, el más fanático, el más entusiasta. Esto es lo que han hecho con nuestros héroes, con nuestros guerrilleros, con todos los que han arriesgado la piel durante diez años. Esto es lo que han



Desde el balcón del palacio de Oriente, el Caudillo saluda a la multitud congregada para aclamarle. A partir de 1946, el régimen utilizará, en momentos de crisis, este método que, en su opinión, le dotaría de una legitimidad directamente expresada por el pueblo. La plaza de Oriente llegaría a convertirse en el símbolo de una supuesta comunión entre el dictador y sus súbditos.

hecho con la vanguardia del progreso, con los últimos vestigios del pensamiento español. Esto es lo que han hecho con todos nosotros, todos esos puercos reunidos, demócratas y camisas azules. Esto es lo que han conseguido hacer de nosotros: COBARDES. ■ **J.H.**

(Versión castellana de José María Solé Mariño)



Eduardo de Guzmán

El terror

TODAVIA hoy, seis años y medio después de la muerte de Franco, hay quienes consideran su prolongada permanencia en el poder como prueba irrecusable de unas dotes políticas, más que excepcionales, milagrosas. Son por regla general gentes que movidas por intereses personales exaltan hiperbólicamente todo lo que el franquismo pudo tener de positivo mientras silencian, olvidan y niegan en forma colérica que tuviese nada de negativo. Quienes así hablen, dejando a un lado las razones egoístas que puedan impulsarles, ignoran o fingen ignorar de una manera deliberada que la duración del mando de un dictador no entraña en modo alguno la presunción de unas dotes carismáticas, ni la complacencia del pueblo que le sufre, ni menos aún las excelencias de un sistema caprichoso, absolutista y autoritario. En el curso de la historia son muchos los tiranos que se mantienen lustros enteros a la cabeza de sus países respectivos, sin que la posteridad encuentre luego el más ligero pretexto para glorificar su memoria. Suelen ser todos ellos hombres habilidosos, astutos, crueles, carentes de escrúpulos que recurren a cualquier medio con tal de seguir mandando. Algunos ofrecen extraordinarias semejanzas con Franco no sólo por estar dominados por la pasión de mandar, sino por los medios utilizados para alcanzar el poder y los tortuosos procedimientos de que se valen para conservarlo.

Para el mantenimiento de Franco en el poder —contra la voluntad del pueblo como demuestran los referendums de 1976 y 1978 y las elecciones de 1977 y 1979— mucho más eficaz y efectivo que la ayuda de la iglesia ultramontana, del capitalismo nacional e internacional y de los sectores más reaccionarios del país, es una terrible represión cuya crueldad, duración e intensidad resultan muy difícil de concebir hoy incluso para los que hubieron de padecerla en sus propias carnes. Aunque ignoremos aún el número exacto de víctimas, pasan indudablemente del millón los españoles que entre 1936 y 1975 penan en los infinitos presidios, cárceles, comisarías, cuartelillos, campos de concentración, destacamentos de trabajo y batallones de fortificaciones o castigo organizados por el franquismo en toda la geografía nacional. Si en carta que dirige el 27 de mayo de 1943 al conde de Barcelona el propio Franco habla de *"más de cuatrocientos mil procesados"*; si a Charles Foltz, corresponsal de la Associated Press en España le dicen en 1945 de una manera extraoficial en el Ministerio de Justicia que entre el 1 de abril de 1939 y el 30 de junio de 1944 ha habido en las prisiones españolas *192.684 muertos* (lo que equivale a más de cien diarios durante cada uno de los 1.917 días que siguen al final de la guerra civil, comprenderemos perfectamente el efecto intimidartorio que este ininterrumpido lustro tras lustro (recordemos que el 27 de septiembre de 1975 Francisco Franco ponen los últimos cinco enterados a otras tantas sentencias de muerte) produce en el ánimo popular. Con un número infinitamente menor de fusilamientos dictadores tan odiados por sus pueblos como los Duvallier en Haití y Pinochet en Chile continúan en 1982 disfru-



El general Mola.

desde el poder

tando del poder en sus países respectivos.

BARBARIE PERFECTAMENTE PREPARADA

Acaso más estremecedor que el número de víctimas de este terror sea que no se trata de algo imprevisto protagonizado por un grupo de incontrolados e irresponsables dominados por la sed de venganza en el curso de una encarnizada y sangrienta pelea. Existen pruebas sobradas de que la barbarie es perfectamente preparada con anterioridad al comienzo de la guerra y friamente ejecutada más tarde a lo largo de años interminables. Que ha sido organizada con toda precisión antes de que suenen los primeros disparos lo prueba fuera de toda duda una de las instrucciones reservadas del general Mola —"El Director" de la conspiración— que ya en el mes de abril de 1936 dice a los elementos dirigentes del futuro alzamiento: «Se tendrá en cuenta —indica textualmente— que la acción ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible a un enemigo fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos desafectos del movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas». Las instrucciones de Mola se cumplen al pie de la letra apenas iniciado el Alzamiento. Así el 19 de julio de 1936 en el bando preparado y firmado por el general Fanjul declarando el estado de guerra en Madrid y bajo un encabezamiento que afirme que «El Ejército Español, dispuesto a



Ilustración que acompaña el texto de Miguel Hernández: "Un año de guerrillas en Galicia".

salvar a España de la ignominia y a que no sigan gobernando bandas de asesinos ni organismos internacionales» ordena y manda entre otras cosas: «Serán considerados como rebeldes o sediciosos los que traben combate con la fuerza pública y cuantos uniformados o sin uniformar lleven armas», «los porteros serán considerados como autores de auxilio a la rebelión, cuando hayan permitido la entrada en las fincas a personas que hayan realizado actos de lesión a la fuerza pública»; «queda prohibida la publicación de todos los periódicos y revistas de cualquier clase que sean, necesitando para ello permiso especial mío. Las radios no publicarán más noticias que las que ordene mi autoridad y al principio y fin de las emisiones terminarán con la "Canción de los Soldados"; se constituirá en esta División con carácter permanente un Consejo de guerra para juzgar y condenar a quienes realicen actos de los indicados y a los que no han sentido en el fondo de su alma el santo estímulo de la defensa de España»; «quedan disueltos todos los sindicatos marxistas que serán clausurados, incautándose el gobierno de la documentación»

Lo que se dice en los bandos no queda por desgracia en letra muerta, sino que se lleva a la práctica de una manera implacable. Se demuestra el mismo 17 de julio, día inicial de la sublevación, en la ciudad de Melilla y en esa noche en Ceuta, Tetuán y Larache, donde las



El general Queipo de Llano durante una de sus charlas por Radio Sevilla, durante la guerra civil.



Tropas del Ejército republicano, prisioneras de los soldados de Franco.

autoridades militares —el general Romerales y el teniente coronel Lapuente Bahamonde entre otros muchos— son fusilados inmediatamente. Igual sucede pocas fechas después en Andalucía, Galicia, Aragón, Navarra y Castilla en que son fusilados —sentenciados en consejos de guerra sumarísimos o sin compadecer ante ningún tribunal— los generales Batet, Caridad Pita, Salcedo, Núñez del Prado, Mena y Campins y el almirante Azarola por mantenerse fieles al gobierno legal que les ha nombrado, así como la casi totalidad de los diputados del Frente Popular, de los gobernadores civiles y de las figuras más conocidas de los sindicatos obreros y de los partidos marxistas, republicanos o liberales, perpetrándose crímenes tan execrables como las de Blas Infante en Sevilla, García Lorca en Granada, Luis Rufilanches en Galicia, Leopoldo Alas hijo de "Clarín" en Oviedo o el compositor Antonio José en Burgos.

De perfecto acuerdo con las instrucciones de Mola en los primeros meses del Alzamiento no se ocultan los crímenes en la zona nacional; se dejan los cadáveres abandonados en lugares más o menos frecuentados y en algunos sitios —Valladolid, por ejemplo— las ejecuciones se convertían en espectáculo público al que concurren centenares de curiosos. Se persigue con ello un efecto intimidatorio que se consigue en muchos de los casos. El mismo objetivo tienen las charlas radiadas del general Queipo de Llano, dando cuenta noche tras noche de las barbaridades perpetradas en la jornada y ya el 23 de julio de 1936 afirma amenazador e insultante: «Las mujeres de los rojos han aprendido que nuestros soldados son hombres de verdad y no milicianos capones». Veinticinco días más tarde afirma por la radio: «El ochenta por ciento de las familias andaluzas están de luto y no vacilaremos en recurrir a medidas más extremas». En 1937 se cree obligado en cierta forma a justificar las numerosas ejecuciones y lo hace en la forma siguiente en su



Viernes 31 de Marzo de 1939
III AÑO TRIUNFAL

6 páginas
15 céntimos

Año 86 :-: Número 35.599

El Norte de Castilla

DIARIO INDEPENDIENTE DE VALLADOLID
FUNDADO EN 1854
EL QUE MÁS CIRCULA EN LA REGIÓN CASTELLANA

Las notas cambiadas entre Francia e Italia

VALENCIA Y ALICANTE FUERON AYER OCUPADOS POR EL GLORIOSO EJERCITO ESPAÑOL

LA CANTIDAD DE POBLACIONES Y TERRENO CONQUISTADO ES ASOMBROSA Y LOS PRISIONEROS :-: HECHOS SE APROXIMAN A CINCUENTA MIL, SIENDO INCALCULABLE EL BOTIN DE GUERRA :-:

PARTE OFICIAL DE GUERRA — DIA 30 DE MARZO DE 1939

Nuestras tropas han continuado hoy la ocupación de la zona recién liberada, recorriendo nuevos pueblos.

Las tropas nacionales llegan a Valencia

Cabecera de "EL NORTE DE CASTILLA", del 31 de marzo de 1939.

alocución radiada del 7 de marzo: «Nos vemos obligados a fusilar a mucha gente en Málaga, pero siempre tras ser juzgada en consejo de guerra. Hay que tener en cuenta que los que son condenados a muerte son ejecutados inexorablemente, ¡porque no tenemos la intención de imitar a los débiles gobiernos de 1934!».

De los crímenes cometidos en los primeros meses de la contienda civil sobran testimonios y ejemplos. Tanto gentes que han luchado en el bando franquista como el comandante Ansaldo y los que han permanecido unos meses en su zona como Antonio Bahamontes, jefe de propaganda de Queipo, el juez burgalés Villaplana o el párroco de Alsasua nos informan de hechos que si en un principio pudimos considerar exagerados al final tuvimos que admitir como veraces y exactos. Del trágico alcance de la brutal represión granadina nos enteramos muchos años después de ocurridos los hechos cuando los trabajos de investigación en torno al asesinato de García Lorca demuestran que el poeta sólo es uno más entre los millares de ejecutados. De Logroño, ciudad de la que nada se ha dicho y donde el alzamiento triunfa sin encontrar resistencia, sabemos hoy que sólo en un cementerio clandestino cerca del pueblo de Lardero están enterrdos los cuerpos de 2.000 asesinados. Algo parecido sucede en multitud de lugares repartidos por toda la geografía peninsular; la insular asimismo porque de Baleares conocemos por el católico francés Bernanos lo que en Mallorca se hace y en Canarias hemos sabido algo de los presos arrojados a las simas volcánicas. Un testimonio fehaciente nos lo ofrece, persona tan poco sospechosa de simpatías marxistas como el primer ministro de Instrucción Pública de Franco, don Pedro Sainz Rodríguez que en la página 326 de su libro de reciente publicación "Testimonio y recuerdos" dice hablando



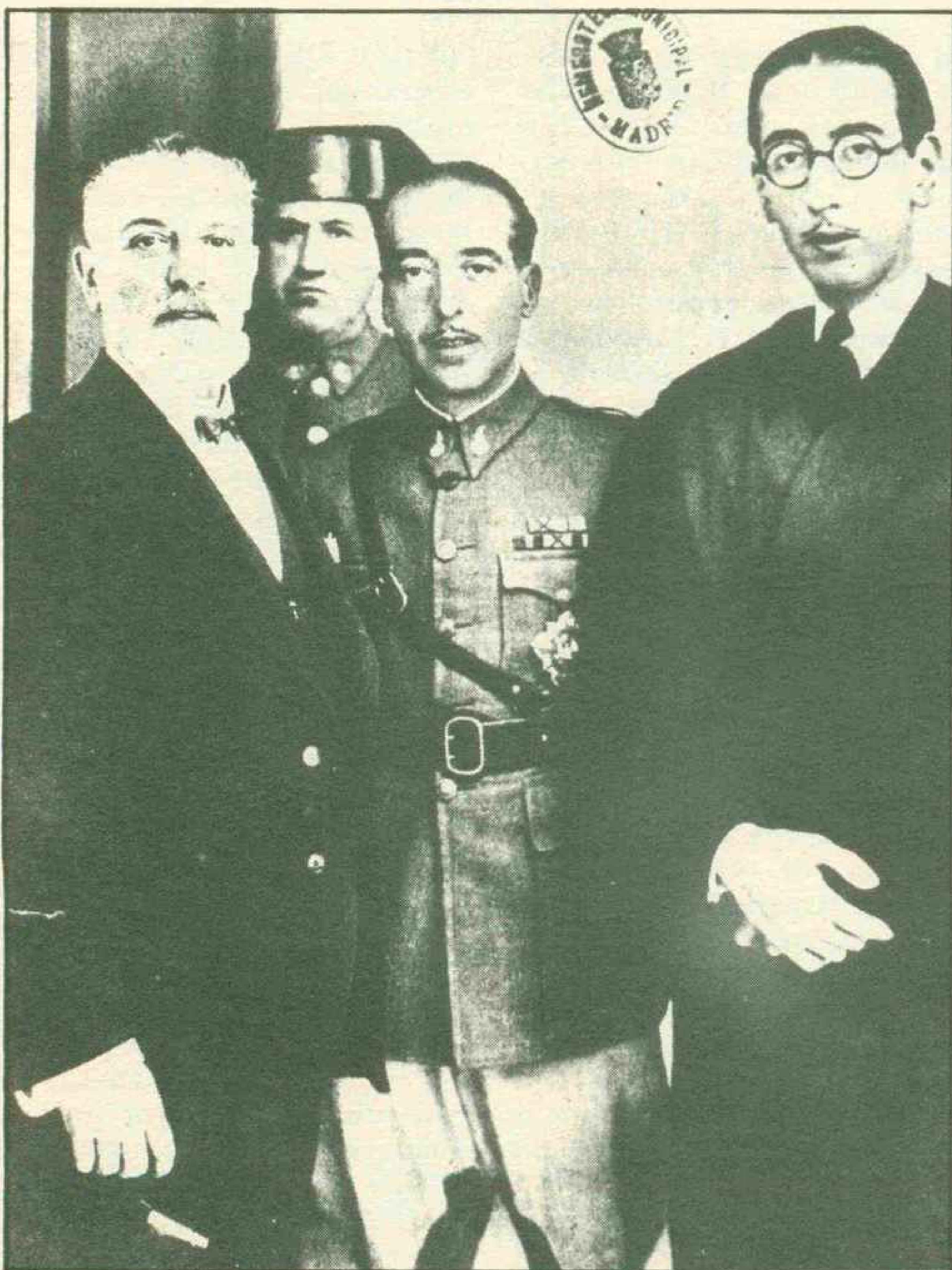
Fuerzas de la Falange desfilando por las calles de Madrid, trás su ocupación por el Ejército de Franco.

del mes de septiembre de 1936: «Yo sabía, que Franco estaba en Cáceres y las dificultades que había habido en Extremadura. Cuando atravesé el puente sobre el Guadiana, todavía me acuerdo como si lo estuviera viendo: en ambos pretiles había cadáveres asomados sobre el río». Robert Brasillach, nazi francés fusilado como colaboracionista con los alemanes en 1945 y corresponsal de prensa en España en 1936 escribe que por parte de las tropas moras «la violación de mujeres y la castracción de hombres al ocupar las localidades de Andalucía y Extremadura, son operaciones de género casi ritual». Marc Junod presidente suizo de la Cruz Roja Internacional escribe que en agosto de 1936, encontrándose en Aranda de Duero, su acompañante el conde de Vallellano le dice: «Esta es Aranda la roja; lamento decirle que hemos tenido que encelar a todos sus habitantes y que ejecutar a muchos». El mismo Junod cuenta que tras llegar a un acuerdo con el gobierno Giral para un amplio intercambio de presos y prisioneros políticos, el general Mola rechaza indignado la sugerencia exclamando colérico: «¿Cómo puede usted esperar que vayamos a cambiar un caballero por un perro rojo? Si libertase a mis prisioneros, mi propio pueblo me consideraría un traidor. Ha llegado usted demasiado tarde, señor. Esos perros han destruído ya los valores espirituales más gloriosos de nuestra patria».

Las autoridades franquistas no han dado nunca datos ni cifras oficiales de los asesinados en los primeros meses de la guerra. Si al iniciarse la lucha, siguiendo las órdenes de Mola y con la finalidad de amedrentar al adversario, se alardea de los rojos ejecutados, después se tiende un espeso velo de silencio sobre estos hechos, negándose cínicamente que hayan podido producirse. En cambio, durante largos lustros se habla a diario de las barbaridades perpetradas simultánaneamente en zonas republicanas elevando considerablemente su número. En realidad si es evidente que en una y otra parte se cometen excesos, atropellos y matanzas, preciso y lógico es señalar una diferencia esencial entre los dos bandos: que mientras en un lado los crímenes y ejecuciones se perpetran por individuos que escapan al con-

trol de los gobernantes porque estos no cuentan con los elementos precisos —dada la sublevación no solo de parte del ejército y de las fuerzas armadas, sino incluso de la policía, la magistratura y la maquinaria estatal— para impedirlo, en el otro son las autoridades de hecho quienes cometen los mismos hechos siguiendo un plan meticulosamente trazado. En efecto, si en la zona republicana cesan por completo los paseos y los asaltos a las cárceles tan pronto como el gobierno dispone de los instrumentos necesarios para imponer su autoridad, en la otra continúan a lo largo de muchos años. Y si en agosto de 1938 el gobierno republicano suspende la ejecución de toda sentencia de muerte, los franquistas siguen cumpliéndolas inflexiblemente hasta finales de septiembre de 1975.

¿Cuántas son las víctimas ocasionadas en una y otra zona por este terror inicial? Lo ignoramos a ciencia cierta por no existir estadísticas fiables y totales de cualquiera de los dos campos en lucha. Durante siete lustros el franquismo —al que nadie puede contradecir— sostiene que son más abundantes en el territorio republicano que en el suyo propio. Sin embargo, la lógica más elemental lleva a un convencimiento diametralmente opuesto. No sólo porque en un campo el terror no es en ningún momento tan generalizado y sistemático como en el otro, sino por la simple duración del mismo y la seguridad republicana de contar con el apoyo y respaldo de la inmensa mayoría de la población, mientras sus adversarios consideran que la hostilidad de las grandes masas obreras y campesinas únicamente puede ser vencida merced a una serie ininterrumpida de castigos de sobrecogedora dureza. En cualquier caso y con auténtico rigor especulativo cabe achacar la totalidad de los atropellos y desmanes a quienes preparan, organizan y dan comienzo a una guerra civil, que siempre es la más bárbara e incivil de todas las guerras.



El capitán Rojas condenado en 1939 por la matanza de Casas Viejas y protagonista de la represión granadina de 1936.

LAS CIFRAS DE PRESOS Y FUSILADOS

Cuando el 1 de abril de 1939 cesan las hostilidades, el franquismo tiene perfectamente organizada la maquinaria política, policial, jurídica y administrativa para controlar el país y disfrutar durante largos años los frutos su victoria. La Junta Nacional de Defensa primero y los sucesivos gobiernos del Caudillo después tejen una complicada red de organismos diputadores de los que difícilmente podrá librarse ninguno de los adversarios del régimen, especialmente los moradores de las zonas que han estado en manos de la República. La organización represiva montada desde el principio del movimiento, ampliada y probada en las distintas provincias y regiones que sucesivamente van ocupando —Extremadura y parte de Castilla la Nueva primero, Málaga y el Norte después, Aragón en 1938 y Cataluña, Levante, Murcia y Madrid en 1939— alcanza un grado extremado de eficacia. Aparte de la reforma del Código militar que convierte todos los consejos en sumarísimos y de urgencia, se invierte la norma universal de derecho según la cual el que acusa debe probar y, tomando la simple denuncia como prueba fehaciente, corresponde al acusado

demostrar su inocencia. Junto a estos consejos de guerra permanentes funcionan otros tribunales especiales en virtud de las leyes de responsabilidades políticas, de masonería y comunismo y de bandidaje y terrorismo en virtud de las cuales y por un mismo supuesto delito una persona puede ser condenada a muerte o largos años de presidio por una causa y por otra a la incautación de todos sus bienes, a la prohibición del ejército profesional, al destierro o a muchos años de presidio más. En todos los organismos estatales, provinciales o locales, así como en la totalidad de los colegios profesionales, sociedades culturales, recreativas, benéficas y deportivas se nombran juntas dependientes de las autoridades militares que realizan un escrupuloso expurgó de funcionarios, socios o beneficiarios que excluye en el acto y sin posibilidad de apelación a cuantos consideran desafectos al régimen o sospechosos de simpatías hacia otras ideologías. El hecho de haber trabajado durante la guerra en ciudades o pueblos de la zona adversaria constituye motivo suficientes para un despido, igual que triunfar en unas oposiones o alcanzar un puesto destacado entre 1931 y 1936. Una pregunta y una respuesta que llegan a hacerse famosas en la posguerra son las siguientes: "¿Quién es masón?" "El que está delante de tí en el escalafón".

Paralelamente y para ocupar las plazas dejadas vacantes por muertos, exiliados, presos o suspendidos, se organizan unos famosos "exámenes patrióticos" merced a los cuales en muy corto tiempo, cualquier bachiller que haya combatido en las fuerzas nacionales se convierte en médico, abogado, ingeniero o arquitecto. Sin necesidad de título universitario alguno, los millares de alféreces provisionales ingresan en la burocracia del estado o en cualquiera de los abundantes organismos paraestatales. Dada la abundancia de presos y de establecimientos penitenciarios, varios centenares de ellos ingresan en 1940 en el cuerpo de prisiones.

Mientras figuras prestigiosas de la ciencia que por no haber tenido actividades políticas se creen libres de toda medida sancionadora se ven excluidos de sus cátedras e incluso del ejército, de la medicina, la abogacía o cualquiera de las profesiones liberales, se designan a dedo a quienes les sustituyan. Algo parecido sucede en todos los aspectos de la actividad laboral. Los caballeros mutilados, los condecorados o los simples combatientes tienen preferencia para ocupar desde los puestos más altos hasta los más modestos. Excombatientes no sólo son los funcionarios públicos, los policías y los guardias municipales, sino también los taxistas, los serenos, los porteros y hasta los humildes avisadores de coches. Los rojos —y en principio lo son todos los moradores de todas las provincias en poder de la República— tropiezan con enormes dificultades para encontrar trabajo; y han de aceptar con agradecimiento puestos inferiores a sus conocimientos y someterse a una explotación indecorosa de aprovechados empresarios. Ni que decir tiene, por otra parte, que la concesión de licencias de construcción, de la apertura de nuevos comercios, de las licencias de importación de lo que



Ultima fotografía de D. Julián Basteiro, tomada en el patio de la cárcel de Carmona, le acompaña Carmelo Antomás.

sea y del estraperlo en gran escala, están durante muchos años en las mismas manos.

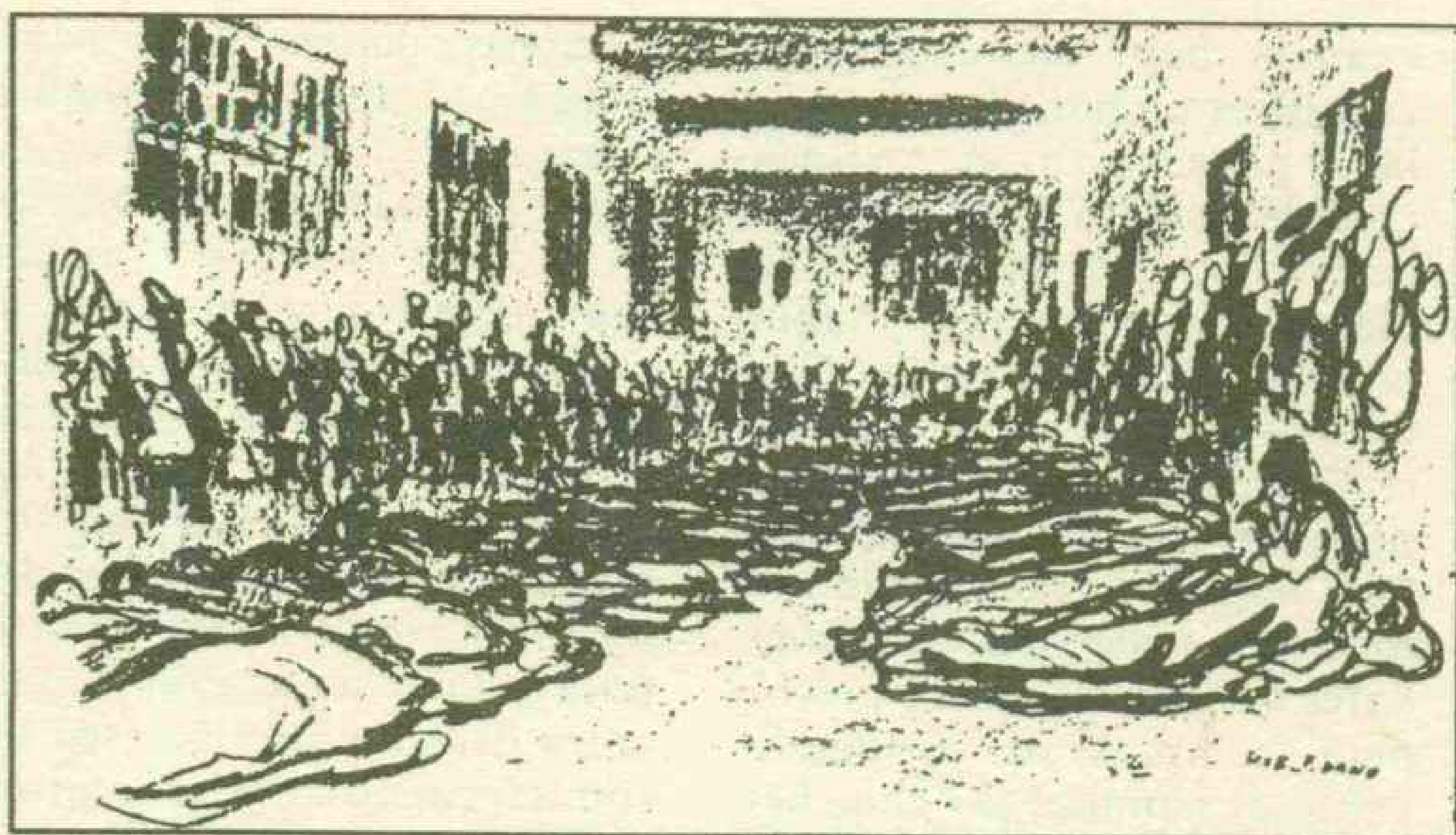
Los excombatientes republicanos, aunque no lo hayan sido por voluntad propia sino por la movilización de sus quintas, pasan indefectiblemente por los campos de concentración en los que se aparta y selecciona a cuantos han ostentado mandos, pertenecido al comisariado o distinguido por su entusiasmo, valor, inteligencia o habilidad en las unidades castrenses. Todos ellos, así como los militantes de partidos políticos u organizaciones sindicales, son conducidos a comisarías, cuartelillos y lugares de interrogatorio antes de comparecer ante los correspondientes consejos de guerra. Cuando no se encuentra en ninguno de los casos anteriormente citados y son menores de veintitres años han de continuar en filas y repetir el servicio militar, ahora en batallones de trabajo, fortificaciones o castigo. De los que nada se sabe son enviados en situación de libertad provisional a sus pueblos de origen con salvoconductos que no les permiten apartarse de la ruta fijada para el viaje y presentarse inmediatamente a las autoridades —que han sido avisadas previamente de su llegada—por si en el pueblo hubiese presentada alguna denuncia contra ellos.

Durante más de treinta años las autoridades franquistas han tenido un cuidado exquisito en no proporcionar cifras oficiales de exactitud comprobable del número de fusilados con posterioridad al final de la guerra ni de los presos y detenidos políticos. Oficiosamente se ha dicho y publicado que estos últimos ascienden a 92.413 en 1939, suben a 247.487 en 1940, descienden a 216.640 en 1941 y en años sucesivos bajan con lentitud y paulatinamente hasta 33.541 en 1948. Pero éstas no son todas las personas privadas de libertad por motivos políticos a lo largo de la década que sigue al cese de las hostilidades. De un lado, porque esas cifras no incluyen a las mujeres presas, que en los años señalados suman muchos miles ni tampoco a los que se hallan en campos de concentración, batallones de fortificaciones y castigo que suman muchos más; ni siquiera a los que están detenidos y son interrogados en los innumerables cuartelillos y comisarías. En las estadísticas tampoco aparecen los muchos millares en situación de prisión atenuada o libertad vigilada, que en poco diferencia de el encarcelamiento afectivo ni los desterrados que obligatoriamente han de vivir en lugares muy alejados de sus familiares con la obligación inexcusable de presentarse a las autoridades cada siete o quince días.

Con mayores dificultades aún se tropieza para tratar de averiguar el número de muertos violentamente en el mismo periodo de tiempo. La diferencia existente entre los censos anteriores a 1935 y los posteriores a 1939 puede señalar a grandes rasgos las mermas sufridas por la población en el curso de la guerra y de la inmediata posguerra. Existen dos factores, sin embargo, que quitan toda credibilidad a los resultados de este tipo de investigación. De un lado el número exacto de personas exiliadas y la fecha del regreso de no pocas de ellas. De otra porque los censos posteriores a 1939 están considerablemente incrementados como consecuencia de los racionamientos de víveres, tabaco, gasolina y una larga serie de productos. La posesión de una cartilla de racionamiento significa una posibilidad de no pasar tanta hambre y hay millares de personas que tienen una cartilla en su pueblo de origen y otra en su lugar de residencia. Las familias procuran no dar de baja a ninguno de sus miembros aunque esté muerto, se encuentre preso, haya cambiado de domicilio o se halle en el extranjero. Aparte de esto, millares de proveedores y explotadores del mercado negro disponían de abundantes cartillas falsas o duplicadas cuya aparición en los censos de los años cuarenta aminoran considerablemente el número de muertos en las guerra o de fusilados después de ella.

Mucho más aproximado resulta un cálculo basado en las muertes violentas reflejadas en los datos consignados anualmente en los estadillos del Instituto Nacional de Estadística. Si de los datos referentes a 1935 —último años de paz— se desprende que mueren violentamente —accidentes laborales y de tráfico, crímenes, suicidios, etc.— 7.289 personas en el conjunto de la nación, bastará multiplicar su número por diez para tener el total de los que fallecen violentamente en el transcurso de una década normal lo que nos da una difra de 72.284. Como esas mismas estadísticas nos dicen que en los diez años que van de 1939 a 1948, ambos inclusives, el número de muertes violentas se eleva a 196.433, la diferencia entre ambas cifras —exactamente 124.149— constituye excelente indicio para conocer toda la dureza inhumana de una terrible represión.

Aunque la cifra pueda parecer exorbitante es indudablemente menor que la real. Por una razón suficiente: que en 1939 se restablece la utilización de una vieja ley de 1870 en virtud de la cual, y para evitar a los descendientes de las personas ejecutadas como castigo de sus crímenes la vergüenza de su muerte infamante, dispone: «El fallecimiento producido por pena capital se inscribirá en virtud del testimonio judicial de la ejecución que hará referencia al parte facultativo de la defunción y se evitará que la inscripción refleje la causa de la muerte». Así como en las cárceles suelen certificarse como infartos o asistolias las muertes por hambre, en buena parte de los registros civiles se anota la defunción de muchos fusilados como debidas a simples hemorragias. Persona tan simpati-



Una de las miles de salas, galerías o brigadas de las cárceles franquistas. Robledano dibujó la de Valdenoceda en 1941.

zante con el franquismo como el conde Galeazo Ciano, ministro de Negocios Extranjeros de Italia y yerno de Mussolini, visita oficialmente de península varios meses después de terminar la guerra y escribe textualmente en su "Diario": «Sería inútil negar, sin embargo, que sobre España pesa todavía un sombrío aire de tragedia. Las ejecuciones son aún muy numerosas; sólo en Madrid, de 200 a 250 diarias; en Barcelona, 150 y 80 en Sevilla que en ningún momento estuvo en manos de los rojos». Incluso el mismo generalísimo en el texto de la carta dirigida a don Juan de Borbón en 1943 deja entrever bastante de ésto al escribir textualmente: «¿Es que no tiene trascendencia para Vuestra Alteza la obra de liquidación del problema de la justicia que da comienzo con más de cuatrocientos mil procesados para acabar, a fuerza de generosidad, pero sin claudicaciones ni mengua de la ejemplaridad, reducida a menos de setenta mil presos, autores principales de crímenes o con gravísimas reponsabilidades?». Si tenemos muy presente que el propio Caudillo asegura solemnemente que la liquidación de la contienda fratricida «no debe hacerse a la manera liberal con amnistías monstruosas y funestas más bien son engaño que gesto de perdón», que cumple celosamente su palabra y no da una sola amnistía en los treinta y nueve años de su mandato, cabe preguntarse con fundado pesimismo: ¿Cuántos de los trescientos treinta mil procesados de los que habla en su carta y que ya no están recluidos en 1943 fueron ejecutados con anterioridad a esta última fecha? La respuesta no tiene lógicamente nada de agradable.

LAS CARCELES FRANQUISTAS

De lo que son las cárceles y presidios franquistas en los años más duros de la represión no necesito recurrir a testimonios ajenos porque los conozco a fondo por una dolorosa experiencia personal. El día 1 de enero de 1940, nueve meses justos después del cese de las hostilidades, hay en las numerosas prisiones madrileñas —Porlier, Torrijos, Ventas, San Antón, San Lorenzo, Santa Engracia, Barco, Comendadoras, Ronda de Atocha, Conde de Toreno, Yeserías, Claudio Coello, Duque de Sesto, Santa Rita, Príncipe de Asturias, Miguel de Unamuno, Cisne, etcétera— alrededor de 65.000 presos políticos. A ellos hay que sumar otros ocho o diez mil encerrados en las cárceles de Alcalá de Henares, Colmenar, El Escorial y Aranjuez, aparte de doce o catorce mil más que integran los llamados batallones de trabajo, de fortificaciones y de castigo. Unidos a los que todavía permanecen en los diversos campos de concentracción suman por encima de las cien mil personas en una población total que dificilmente alcanza el millón de habitantes.

Otros varios millares, cuyo número exacto resulta muy difícil precisar han sido juzgados y condenados en los doscientos setenta días transcurridos desde la "liberación" de Madrid. En la capital de España funcionan de manera ininterrumpida cinco consejos de guerra sumarísimos y de urgencia, ante los que comparecen entre ciento cincuenta y doscientas personas diarias, excepto los domingos y fiestas de guardar. Abundan las penas capitales y rara es la semana que no hay tres, cuatro y hasta cinco "sacas" en cada una de las prisiones. Los condenados a penas menores y los indultados integran frecuentes y nutridas expediciones con destino a los viejos penales de Burgos, Ocaña, Chinchilla, El Dueso, San Miguel de los Reyes, Figueras, Cartagena y el Puerto de Santa María, así como a los improvisados precipitadamente en fortalezas, conventos, monasterios o fábricas abandonadas en Celanova, Valdenoceda, Porta Coelis, Osera, Dueñas, Palencia, San Cristóbal, San Fernando y otros cien lugares más.

Estoy en la prisión madrileña de Yeserías, al final del paseo de las Delicias, desde el 3 de agosto de 1939 en que llegué, luego de cuarenta y nueve días de pesadilla en los centros policiacos de Almagro, 36 y Alcalá 82. (De las treinta personas que, procedentes de los campos de concentracción de Levante. interrogatorios y veintitrés más rias el 16 de junio anterior, cinco mueren en el curso de los interrogados y veintitres más somos condenados a muerte, de las cuales dieciocho son ejecutados.) Yeserías es un edificio moderno construído para asilo y recogida de mendigos que antes de la guerra suele albergar entre sesenta y setenta cinco mil

indigentes. Convertida en prisión al concluir la lucha civil, pasan de cinco mil los reclusos que se hacinan en su interior cuando ingreso y de seis mil en marzo de 1940 cuando soy trasladado a la cárcel de Santa Rita en Carabanchel Bajo. En cada una de las salas donde solían dormir en tiempos de paz seis u ocho personas, hemos de hacerlo luego entre trescientas cincuenta y cuatrocientas que apenas tenemos sitio para sentarnos en el suelo.

Por falta material de espacio no se admiten colchones, almohadas, maletas o equipajes. Lo máximo que se permite a los presos es un macuto o una bolsa pequeña en que guardar una muda o algo de comida y un abrigo o una manta para envolverse al dormir. Disponemos de treinta y cinco centímetros de ancho y metro y medio de largo para descansar y hemos de hacerlo materialmente incrustados unos en otros, durmiendo de lado y con las piernas dobladas. Para darse la vuelta durante el sueño tenemos que hacerlo a un mismo tiempo los setenta u ochenta integrantes de cada una de las cuatro filas que ocupan totalmente el suelo de la galería. Peor todavía es la situación de los recién ingresados que tienen que permanecer toda la noche en el cuartito de los lavabos y los retretes. Durante el día apenas podemos movernos y sin tropezar unos con otros. Los patios también resultan insuficientes y sólo salimos a ellos dos o tres veces por semana poco más de una hora en cada ocasión.

En Yeserías como en todas las cárceles pasamos hambre. Nuestra alimentación consiste en un trozo de pan negro que nunca sobrepasa los ochenta gramos de peso, un cazo de un líquido negruzco y caliente que llaman malta por las mañanas y otros dos cacitos de caldo —uno al mediodía y otro al anochecer— de olor, color y sabor indefinibles en los que cuando hay suerte solemos encontrar un puñadito de muelas o guijas, un trocito minúsculo de boniato y alguna raspa de corvina ("el bacalao de las clases menesterosas", según palabras paternalistas del Caudillo). Una vez por semana comunicamos con la famiia y podemos recibir un paquete. Por desgracia, en la calle está todo racionado y nuestras familiares carecen del dinero preciso para comprar de estraperlo. Junto al hambre, los chinches, los piojos y la sarna —que casi todos padecemos como fruto lógico del hacinamiento y la falta de higiene— constituyen una obsesión angustiosa.

Todas las tardes, excepto los sábados, salen de Yeserías entre veinte y treinta reclusos en dirección a las Salesas para ser juzgados a la mañana siguiente y retornar luego a la prisión, una mayoría condenados a la última pena. Constantemente hay en la prisión de trescientos a cuatrocientos sentenciados a morir por fusilamiento, repartidos en las diversas salas hasta que deciden reunirlos a todos en una sola —la séptima— con objeto de tenerlos más vigilados. Tres, cuatro y hasta cinco noches por semana se producen otras tantas "sacas" en que un número variable de condenados son conducidos a Porlier para ser fusilados al amanecer en las tapias del cementerio.

Como seis noches por semana se reunen en las Salesas unos centenares de presos de las distintas cárceles madrileñas, a la tarde siguiente los que retornan de Consejo traen notas, informaciones y recados de otras prisiones. Estamos perfectamente enterados de lo que sucede en todas y conocemos con unas horas de retraso los nombres de los compañeros, amigos o simples conocidos de cualquiera de ellas fusilados en los días precedentes. En todas las prisiones se respira una atmósfera similar a la de Yeserías y son iguales, el hambre, los piojos, el hacinamiento, la dureza del trato y las tres formaciones diarias para pasar recuento, cantar los himnos falangistas y dar los gritos de rigor. Aunque una mayoría de reclusos deben estar procesados son mayoría los que ignoran exactamente por qué, ya que nadie se ha tomado la molestia de comunicárselo. Como me sucede a mí, muchos han firmado una declaración policial sin leerla siquiera ni otro propósito siquiera que salir cuanto antes del infierno dantesco de comisarías, cuartelillos, centros de Falange y otros cien lugares de detención e interrogatorio. Con todos sus sinsabores la peor de las cárceles es un paraíso comparado con los sitios por dónde casi todos hemos pasado antes de llegar a ellas. Unos pocos han sido visitados en las prisiones por los jueces que instruyen sus procesos; generalmente, sin embargo, los jueces tienen tanta prisa que, como le sucede al mío, juez especial de prensa y antiguo redactor de "El Debate", les falta tiempo para leernos las declaraciones firmadas contra nuestra voluntad y tras unos minutos de hablar se marchan para volver.

LOS CONSEJOS DE GUERRA

—¡Eduardo de Guzmán Espinosa: preparado con todo para Consejo!

Tampoco para hablar del desarrollo de los millares de consejos de guerra sumarísimos de urgencia que celebra el franquismo en la interminable posguerra española, tengo necesidad de enterarme por lo que otros cuentan. Me basta con relatar brevemente lo sucedido en el que hube de ser condenado, ya que todos se parecen entre sí como unas gotas de agua a otras.

Cuando a las cuatro de la tarde del 17 de enero de 1940 vocean mi nombre en Yeserías es la primera noticia que tengo de que, terminada la instrucción de mi proceso, voy a ser

juzgado a la mañana siguiente. Exactamente igual les sucede a otros dieciseis reclusos de la misma prisión que media hora después, convenientemente esposados y custodiados por varias parejas de la Guardia Civil, montamos en un camión descubierto con rumbo a las Salesas. Hacemos un breve alto en la Ronda de Atocha de la que salen otros catorce presos más y poco después de las cinco y media entramos sin bajarnos en los sótanos del Palacio de Justicia.

Es un día glaciar del más crudo invierno. Sopla un viento helado que se mete en los huesos y del cielo encapotado cae una fina llovizna entremezclada con pequeños copos de nieve. Las calles están casi desiertas; no obstante, tanto en las cercanías de las cárceles como a la entrada de las Salesas hay grupos de mujeres, familiares nuestros, que aguantan impertérritas todas las inclemencias del tiempo con la remota esperanza de ver a sus deudos o poder avisar a las familias de quienes van a ser juzgados a la mañana siguiente.

En el rastrillo de entrada al ancho pasillo de los calabozos nos obligan a descender y nos cuentan luego de quitarnos las esposas. Antes que nosostros han llegado camiones de la cárcel de mujeres de Ventas, de Santa Engracia, San Lorenzo y San Antón. En el curso de la tarde van llegando otros con más reclusos del resto de las prisiones. En total, somos más de doscientos a los que distribuyen en seis o siete calabozos mientras las mujeres habrán de dormir tiradas en el suelo del pasillo.

A las ocho reparten una cena tan escasa y poco alimenticia como la que recibimos en las cárceles. Media hora después con el pretexto de lavar el plato, beber agua o ir a los retretes —situados al fondo del pasillo— podemos salir de los calabozos un momento y hablar con los traídos de otras prisiones. Encontramos a muchos compañeros, amigos o simples conocidos de la guerra, de los campos de concentración a las comisarías por que todos hemos pasado. Entre ellos está Miguel Hernández al que conozco hace años. Me sorprende al terminar la lucha armada. Lamento que no sea así y se lo digo; igual le sucede a él con respecto a mí, ya que ninguno de los dos podemos hacernos ilusiones acerca de la suerte que nos espera.

Dos años más joven que yo y ocho o diez centímetros más alto, Miguel Hernández es un hombre de fuerte contextura física, aire sereno y mirada franca. Está sin abrigo y viste unos pantalones de pana y un grueso jersey con cuello de cisne. Unos minutos hablamos de suerte de amigos y conocidos mutuos; yo le doy noticias de Ascanio, Girón y Mesón recluidos en Yeserías y él de Aselo Plaza y otros compañeros encerrados en Conde de Toreno.

—¡Ya está bien de cachondeos! —grita de pronto irritado unos de los guardias que nos vigilan— ¡A los calabozos todo Cristo! Me van a meter un paquete y antes que eso...

De regreso en el calabozo hablo con quienes comparten mi encierro de lo que hemos podido saber por los procedentes de las otras prisiones. Luego nos tumbamos en el suelo para procurar dormir. Hace mucho frío porque por un ventanillo pegado al techo entra un frío helado. Algunos que han traído mantas pueden combatirlo con cierta eficacia; yo no he traído más que un abrigo y aunque procuro envolverme con él no consigo que los pies entren en calor...

—¡Daros prisa en lavaros — nos despiertan los guardias apenas amanece por los consejos comienzan a las diez y una hora antes...!

Nos sobra tiempo, no sólo porque ninguno pierde demasiado tiempo en acicalarse, sino porque los consejos se retrasan, A las diez empiezan a llamar a los que han de comparecer en el primero de los cinco que se celebran esta mañana. Pasa de las diez y media cuando oigo mi nombre.

—Ponte en esa fila —ordena un guardia que lleva una lista en la mano cuando salgo del calabozo.

Formados en fila de a dos estamos las personas que vamos a ser juzgadas a un mismo tiempo. Vigilándonos con los fusiles en la mano, una docena de guardias civiles. Nos ponemos en marcha unos



El dictador, rodeado de miembros del clero, trás su victoria militar sobre una parte de la Nación.

minutos después mientras siguen llamando a los que han de ser juzgados en otros Consejos. Vamos hacia el rastrillo, pero no llegamos a él. A la derecha del pasillo hay una puerta cerrada. La abre uno de los guardias que van delante y le seguimos todos. Somos veintinueve en total. Entre los que van en cabeza distingo a Miguel Hernández. La puerta conduce a una escalera estrecha por la que subimos. Arriba, en el descansillo hay otra puerta más lujosa que la de abajo. La cruzamos y salimos a una de las salas del Palacio de Justicia.

—Sentaos ahí. Cuando entre el tribunal poneros en pie, en posición firmes y sin hablar una sola palabra. ¡Al que abra siquiera los labios...!

Ocupamos dos largos banquillos colocados ante el estrado. Tras de nosostros, los guardias ocupan otro, sin soltar los fusiles, vigilando nuestros menores movimientos. Aunque no nos permiten volvernos oímos entrar a quienes acuden a presenciar el acto. Por su escaso ruido no deben ser muchos.

Por orden de los guardias nos ponemos en pie cuando por una puerta del fondo entran uniformados los componentes del tribunal y se situan tras una larga mesa. También hacen lo mismo, el fiscal y el defensor que dejan sobre sus mesitas respectivas montones de papeles. Toma asiento el presidente, le imitan los vocales y hacen lo mismo fiscal y defensor. Son las once de la mañana del jueves 18 de enero de 1940 cuando reunido el Consejo de Guerra Permanente número 5 de la plaza de Madrid da comienzo el juicio en que se deciden nuestras vidas.

Con la lectura del apuntamiento da comienzo el Consejo. El relator lee con rapidez, con el gesto de quien realiza una labor mecánica, aburrida y pesada. Ni levanta la voz ni da la debida entonación a las palabras. Aún estando tan cerca del estrado perdemos frases y



Una rara foto de una partida de maquis, durante la inmediata posguerra.

aún párrafos enteros. Lo que lee no parece interesar a los miembros del tribunal, que escuchan con gesto ausente y ditraído, enfrascados en pensamientos que ninguna relación guardan con lo que se ventila en la sala. Tampoco el fiscal y el defensor le prestan demasiada atención. Uno y otro repasan los papeles que tienen sobre la mesa y de vez en cuando tachan o corrigen algo de lo que serán sus informes.

La lectura se prolonga veinte minutos largos. Es una relación de nombres, casi totalmente desconocidos para mí, seguidos de una serie de graves imputaciones. A unos les acusan de formar parte del comité del pueblo; a otros de haberse incautado de una tierras o de una empresa; a la mitad de haber pertenecido como voluntarios al Ejército Popular; a unos cuantos de participar en el asalto de los cuarteles, de incendiar iglesias o de hacer guardia en la chekas. Miguel Hernández y yo figurábamos en último lugar, lo que en este trance y circunstancias no significa precisamente un honor.

Miguel está sentado en el primer banquillo; yo en el segundo pegado materialmente al ocupado por las guardias. Los cargos contra los dos guardan ciertas semejanzas. A Hernández le culpan de haber sido comisario y pertenecer al Partido Comunista, intervenir en mítines y conferencias y realizar una intensa y constante propaganda contra las fuerzas nacionales. A mi de ser militante de la Confederación Nacional del Trabajo, haber sido redactor-jefe del periódico izquierdista "La Tierra" y director de "Castilla Libre" en cuyas columnas se realiza una campaña alentando a una resistencia criminal cuando la guerra está perdida, pretendiendo convertir en victorias las derrotas rojas, siendo responsable moral de toda clase de tropelías y desmanes.

Cuando termina el relator,

uno de los miembros del tribunal anuncia que iba a comenzar el interrogatorio de los procesados; pero el supuesto interrogatorio no pasa de ser una simple formalidad. Ya antes de nombrar al primero advierten que no podemos hacer otra cosa que contestar si o no a lo que nos pregunten sin hablar de nada que no se relacione directamente con las preguntas; añaden que todo lo que pudiéramos alegar en nuestro descargo figura ya en las declaraciones prestadas durante la instrucción del sumario y no tenemos por qué repetirlo.

El interrogatorio de los procesados se desarrolla con velocidad vertiginosa. A medida que van nombrándonos tenemos que ponernos en pie, sin accionar con las manos que deben permanecer como los brazos pegados al cuerpo. Con nadie pierden el tiempo y a ninguno le consienten más que contestar con monosílabos a unas preguntas de trámite. Es inútil que algunos quieran matizar o explicar sus respuestas. Apenas pronunciadas dos palabras, le cortan imperativos:

—¡Siéntese...!

No queda más remedio que sentarse porque de no hacerlo en el acto los guardias obligan a cumplir la orden. Concluidos los interrogatorios se inicia un pequeño descanso al objeto de que tanto el fiscal como el defensor consulten sus notas y preparen las conclusiones definitivas. Los miembros del tribunal se levantan y abandonan la sala. A nosotros también nos gustaría levantarnos, pero los guarias advierten:

—¡Quietos, sentados, sin moverse nadie, hablar ni hacer señas...!

Ni siquiera podemos volver la cabeza para tratar de descubrir si entre el público existente al acto están algunos familiares. Uno de los presos sentado a mi lado pregunta en voz baja y en tono respetuoso a los guardias cuando comparecen los testigos.

—Aquí no tienen porque venir; ya han declarado ante el juez.

La pausa se prolonga media hora. Al cabo los miembros del tribunal regresan a sus puestos y se reanuda el Consejo.

—Tiene la palabra el señor fiscal.

El fiscal empieza a hablar y lo hace durante veinte minutos en tono duro, agresivo, hiriente. Las palabras chusma, horda, criminales, salvajes y asesinos se repiten una y otra vez con machacona insistencia. En su informe abundan más los adjetivos que los sustantivos. Nos llama canallas, chacales, ignorantes, analfabetos, cobardes, resentidos e infrahombres. Pero acaso más ofensivo que los vocablos sea el aire de abrumadora superioridad propia y de absoluto desprecio hacia nosotros con que se pronuncian.

Su apasionada disertación tiene dos partes perfectamente diferenciadas. En la primera, que dura seis o siete minutos, acusa a veintitantos de los procesados de todas las barbaridades habidas y por haber, atribuyéndolas a los malos instintos y a la crasa incultura de sus autores, cuya incapacidad para distinguir el bien del mal les convierte en una peligrosa amenaza para la sociedad. En la segunda, que dura justamente el doble echa sobre los hombros de los restantes —Miguel y yo— todas las culpas de los demás sumadas a las nuestras propias.

Según el fiscal nuestra máxima culpabilidad estriba precisamente en no ser analfabetos, incultos ni ignorantes; en la capacidad de comprender dónde está el bien e inclinarnos resueltamente por el mal; en haber permanecido en zona roja durante la guerra, escribiendo en defensa de una causa maldita, excitando con nuestra propaganda la resistencia contra las armas nacionales. Y al final, cuando se derrumba el edificio que nuestras mentiras contribuyeron a levantar, intentando eludir la acción de la justicia: yo marchando a Alicante para tomar barco; Miguel buscando refugio en Portugal, en cuya frontera es rechazado, y acogiéndose más tarde a una embajada extranjera.

Cuando se cansa, al fin, de acumular culpas sobre nuestras cabezas, cambia de tono y con frialdad impresionante empieza a calificar los hechos y solicitar condenas. Todos los procesados estamos incursos en delitos de auxilio y adhesión a la rebelión. Para los primeros —tres o cuatro— pide penas de doce años y un día a veinte años de reclusión. Para los segundos veinte años y un día, reclusión perpetua o muerte. No es fácil llevar la cuenta de las distintas penas solicitadas dado nuestro estado de ánimo; creo, en cualquier caso, que las peticiones de última se elevan a diecisiete; entre ellas están, naturalmente, las solicitadas para Miguel Hernández y para mí.

—Puede informar el señor defensor.

El defensor —al que no hemos nombrado ninguno, con el que no hemos cambiado una sóla palabra cuyo nombre ignoramos en este preciso instante es un hombre joven, ponderado y sereno que hace con absoluta buena fe e indudable voluntad todo lo que puede en favor de los procesados. Como más tarde dirá a los familiares de algunos, recibe los veintinueve expediente la tarde anterior y no ha podido leerlos. Sin tiempo material para estudiar cada caso, teniendo qe informar sobre la marcha con todas las limitaciones que imponen los consejos de guerra sumarísimos de urgencia, su labor tropieza con enormes dificultades. En realidad, apenas puede hacer otra cosa que contestar al fiscal con sus propios argumentos.

Admite que, como ha dicho el fiscal, una parte de los inculpados sean ignorantes e incultos, incluso enfermiza morbosidad. Pero entiende que nada de ésto puede ser considerado como agravante, sino como

eximente; en el peor de los casos, como atenuante. El analfabetismo pocas veces es culpa de quienes lo padecen, sino del ambiente familiar y en último término de la sociedad. En cuanto a los enfermos, todavía existen razones más sólidas para reducir al mínimo el castigo.

Considera que Miguel Hernández es un buen poeta; de temperamento ardoroso y exaltado, pero excelente persona. Contra él no hay más que sus versos políticos, su labor en el comisariado y su adscripción al comunismo marxista; pero nadie le imputa una acción deshonesta o sanguinaria. En cuanto a mí estima que me he limitado a cumplir lo que consideraba mi deber, dada la significación política que tenía con anterioridad a la guerra, y que por grande que fuese mi responsabilidad, empezaba y concluía con mi labor periodística.

Respecto a las sentencias, el defensor solicita que sean rebajados en un grado las penas pedidas por el fiscal. Los acusados de adhesión debemos ser condenados, de acuerdo con lo señalado en el párrafo segundo del artículo 238 del Código de Justicia Militar a cadena perpetua.

Finaliza el Consejo con las alegaciones de los procesados. En realidad ésta última parte del Consejo es puramente nominal y teórica porque a ninguno le dejan hablar arriba de dos minutos. Hay un poco de desconcierto cuando uno de los inculpados pregunta por qué le han condenado a muerte cuando ni el relator ni el fiscal le han nombrado para nada, excepto ese último al solicitar las condenas. Le contestan con aspereza que todavía no le han condenado a nada porque todavía no se ha dictado sentencia. Y en cuanto a los motivos de la petición fiscal, han sido expuestos con absoluta nitidez.

—Si estaba usted dormido o no entiende el castellano, la culpa es suya.

El juicio termina pocos minutos después. Los componentes del tribunal dejan sus asientos para abandonar la sala. Los guardias nos obligan a lenvantarnos para ganar la escalera que conduce a los calabozos. Puedo volver la cabeza y mirar al público. La concurrencia ha sido muy escasa. La constituyen menos de cincuenta personas, probablemente familiares de los procesados, fuera de ellos, no parece que nadie se preocupe ni interese por nuestra suerte.

—Es ya la una menos diez,— dice uno de los civiles que nos conduce hablando con un compañero.

Hago un cálculo fácil y rápido. El Consejo ha durado menos de dos horas. Descontando el descanso de media hora, ochenta minutos escasos. Ochenta minutos en que se ha decidido la suerte de veintinueve personas, más de la mitad de las cuales acaban de ser condenadas a morir fusiladas.

En el ancho pasillo de los calabozos reina cierto barullo cuando bajamos. Otros dos consejos han terminado casi al mismo tiempo y estamos confundidos y revueltos mas de un centenar de los que han comparecido en ellos. Los dos juicios restantes no tardan en concluir y otro centenar de presos viene a aumentar la confusión reinante. Los guardias imponen orden a gritos y empujones.

—Que cada uno vuelva al calabozo en que dejó sus cosas —ordenan- porque no tardarán en llegar los camiones para devolverlos a sus cárceles.

Entro en el calabozo en que pasé la noche anterior. Están ya de regreso catorce o quince de los presos de Yeserías y Ronda de Atocha. La atmósfera es sombría. Para la mayoría los fiscales han solicitado penas de muerte y casi todos piensan, como yo mismo, que tienen muy escasas posibilidades de salvarse.

No hay que darle vueltas —dice un hombre cuarentón con aire de campesino al que vi por primera vez la tarde anterior al subir al camión que nos traía—. ¡Nos matarán a todos!

Recoge la manta porque hace frío y va a tumbarse en un rincón. Regresan en este momento los que han comparecido en el último de los consejos. Uno de ellos resume lo sucedido diciendo:

—De treinta y cinco, veintidos "pepas".

Un coche celular viene a recoger a las mujeres y queda despejado el pasillo. Media hora después unos camiones se llevan a los presos de Comendadoras, Conde de Toreno, Santa Engracia y San Antón. Nuestro camión se retrasa mas de la cuenta. Cerca de las tres de la tarde viene el guardián del rastrillo metiéndonos prisa. Uno de los vehículos que debía llevarse a los presos se ha averiado y otro tiene doble trabajo.

—Salid rápidos que el camión tiene aun que hacer varios viajes.

Salimos al pasillo, pero dentro del calabozo queda tumbado el individuo que hace hora y media aseguraba que nos matarían a todos. Creyendo que está dormido, un guardia entra furioso a despertarle. Tira de la manta y exclama disgustado y colérico:

—¡Lo único que nos faltaba esta tarde...!

Nos acercamos para ver lo que sucede. El hombre permance tumbado inmóvil con las ropas manchadas de sangre.

—Se ha cortado las venas de la muñeca.

Está muerto. Acude, el sargento y varios guardias más que comprueban que no alienta. El sargento reacciona violento contra nosotros. Tras hacernos formar nos increpa a voces:

—¡Sois una partida de hijos de puta...! No pensaís mas que en joderme. En cuanto me descuido, suicidios... ¿Porqué no os mataís en la cárcel antes de venir aquí...? Levároslo, llevaroslos antes de que pierda la cabeza y empiece a tiros con

estos cabrones... ¡Fuera de aquí!

Los guardias nos empujan hacia el rastrillo donde aguardan los civiles mientras el sargento continúa vociferando a nuestra espalda. Atravesamos el rastrillo de dos en dos y van esposándonos a medida que salimos. Un cabo nos cuenta, compara nuestro número con el que aparece en unos papeles que tiene en la mano y comprueba que falta uno. ¿Dónde está?

—Se suicidó cortándose las venas.

El cabo se encoge de hombros, indiferente. Le preocuparía si en el momento de suicidarse hubiera estado bajo su custoria. Pero no le basta que se lo digan de palabra; necesita un justificante escrito de por qué devuelve un preso menos. Nos hacen subir al camión y esperamos. El cabo de la Guardia civil atraviesa el rastrillo y habla con el sargento de Seguridad. Los dos juntos desaparecen de nuestra vista discutiendo. Diez minutos mas tarde el cabo regresa guardándose unos papeles.

—Asunto resuelto. ¡Vámonos!

EL TERROR QUE NO CESA

Las sentencias dictadas por el Consejo de Guerra Permanente número 5 de la Plaza de Madrid son aprobadas por el ilustrísimo Auditor de Guerra con fecha 25 de enero de 1940. Una mayoría de los condenados son fusilados en el primer semestre del año. Una minoría somos indultados. Miguel al final de la primavera de 1940; yo el 21 de mayo de 1941. (Es tal la situación y la política represiva del régimen que yo debo el continuar vivo o permanecer un año más condenado a muerte, con todo el espanto que esto significa. En efecto, apenas indultado Hernández es conducido en unión de varios centenares más a la cárcel de Palencia donde se amontonaban cuatro veces más presos de los que puede contener; el invierno del 40 al 41 es duro y penoso en toda España; en la cárcel de Palencia el hambre es espantosa y cada día fallecen varios reclusos víctimas de la falta de alimentación y de las enfermedades carenciales derivadas de ella. Muy alejado de su familia, Miguel enferma; cuando en gracia al temible "turismo penitenciario" —ideado por don Máximo Cuervo, propagandista católico y director de la Biblioteca de Autores Cristianos para mayor castigo de rojos— es trasladado a Ocaña ya la tuberculosis muerde en sus pulmones; una nueva condución ordinaria le lleva al Reformatorio de Adultos de Alicante, donde ingresa mas muerto que vivo. En esta prisión fallece el 28 de marzo de 1942. Yo logro sobrevivir porque permanezco dieciseis meses en celda de condenado en la prisión de Santa Rita, donde los miles de reclusos han decidido espontánea y generosamente renunciar a un poco del escaso rancho que reciben para que los sentenciados a morir fusilados reciban un poco más de comida.

Con el transcurso de los años el número de presos va disminuyendo por la muerte de muchos, el cumplimiento de condenas y los indultos —nunca amnistías— que muy espaciados entre sí va concediendo el franquismo. Se cierran muchas cárceles y se inauguran otras como la nueva Cárcel modelo de Carabanchel. Pero en el fondo y la forma, la situación sigue siendo la misma, amontonamiento de presos, falta de condiciones higiénicas, escasez de comida y trato inhumano de los reclusos. Los presos que van siendo liberados —mi certificación de libertad definitiva tiene fecha de 15 de diciembre de 1948— van siendo sustituidos por los acusados de delitos posteriores al final de la guerra, de la reorganización clandestina de partidos políticos y sindicatos obreros o por haber combatido en el maquis —donde la lucha se prolonga hasta bien entrados los años sesenta— con varios millares de muertos y doble número de prisioneros. El terror franquista persiste durante durante la vida entera de su fundador. Sus últimos consejos de guerra sumarísimo y de urgencia tienen lugar en el verano de 1945 y terminan con los fusilamientos de cinco antifascistas el 27 de septiembre de 1975.

Con absoluta certeza puede afirmarse que el terror sistemático es, aquí como en todas partes, el principal y casi único sostén de todas las dictaduras. Y lo que justifica, por encima de todos los argumentos que sus partidarios puedan esgrimir los muchos años que don Francisco Franco Bahamonde ocupa el poder en el estado español. ■ **E. G.**



Monumento a las víctimas de la Barranca de Lardero, obra del escultor Rubio Dalmat. Memoria viva de un pasado que no debe repetirse.

El telón de silencio

EL siguiente artículo apareció por primera vez en la revista «Esprit», de París, número de septiembre de 1956. En 1959 fue reproducido en el libro «Apologie de la Censure», de Laurent Goblot, en las Editions Subervie. Se mencionó en «Esprit» que el texto, enviado desde España, no podía aparecer firmado. Esta es la primera vez que se publica en su idioma original.

A veces el Ministro de Información y Turismo, don Gabriel Arias Salgado, piensa. Son momentos importantes en la vida del Ministerio. Los pasillos se tapizan de silencio, los ujieres montan guardia en torno al despacho y espantan como a moscas a los funcionarios suficientemente insensatos como para pasar silboteando la melodía triste e histórica del himno imperial descubierto por el padre Otaño —musicólogo del régimen— en el archivo de Salamanca: ese himno que desde entonces martillea varias veces al día el oido de los españoles cuando precede al boletín de información de Radio Nacional al que en el lenguaje popular se sigue llamando «el parte», como en la guerra.

Los ujieres son antiguos combatientes de las JONS. Están mal contenidos en su uniforme de paño azul con los galones del Cuerpo de Porteros Civiles: ha sido su único botín de guerra. Se llevan el dedo a la boca para indicar lo que el momento tiene de anormal:

—¡Su Excelencia está pensando!

Don Gabriel Arias Salgado no ejerce frecuentemente esta facultad intelectual. Sin embargo el conjunto de sus discursos y textos ha llegado a formar un libro, aparecido recientemente, con trescientas largas páginas, titulado «Doctrina de la Información». Citas habilmente breves e imprecisas de los Papas y los Padres de la Iglesia, referencias exactas a las palabras de Franco, comentarios escépticos acerca de la libertad de prensa, estadísticas apresuradas y parciales, forman el cuerpo principal de este libro por cuyas páginas se pasea a su placer la doctrina personal de Su Excelencia acerca de la Información. Si alguien se permitiese faltar al respeto que inspira la enfática grandeza de Su Excelencia resumiría sus doctrinas con pocas palabras: la Autoridad tiene siempre razón por el hecho mismo de tener autoridad; el ciudadano medio no tiene, evidentemente, los elementos de juicio que posee la Autoridad para comprender los problemas nacionales. El sentido común habría requerido que se compensase esa debilidad de ese ciudadano proporcionándole más elementos de juicio. Pero el señor Ministro no tiene un sentido demasiado común, y escoge un camino más cierto: convencer al ciudadano de que, menor de edad y de estado, lo mejor que puede hacer es mostrarse respetuoso y obediente hacia la autoridad. Para eso, la Autoridad —el señor ministro— dispone de periodistas, de escritores. La misión de éstos consiste en callar lo que la Autoridad quiere callar, a difundir todo lo que la Autoridad quiere decir. Si alguna vez el ciudadano tuviera la tentación de alzarse contra la Autoridad sería porque su visión es corta y su ignorancia inmensa: el periodista debe sacarle de su error. La prensa debe estar «orientada». Esta es la clave de Don Gabriel Arias Salgado. La Autoridad, en este caso, se convierte en el mismísimo Oriente; el primer rayo de sol que ilumina al periodista al comenzar su dura labor. Este periodista no necesita buscar la verdad, ni debe intentar buscarla, puesto que él mismo carece de la autoridad necesaria: la verdad se le entrega ya encontrada, ya definitiva.

Existe incluso un cuerpo de especialistas para la preparación de las verdades: el Cuerpo de Técnicos de la Información, a cuyas oposiciones de ingreso no tienen acceso los periodistas profesionales. Ese cuerpo ha sido concebido y creado para la elaboración de las «consignas», incluyendo la redacción de artículos y comentarios que se envían a cada periódico acompañados por la mención «de inserción obligatoria», e incluso con indicaciones acerca de la confección tipográfica y de las dimensiones de la titulación. Hay dos formas de verdad: la objetiva y la subjetiva. La objetiva carece generalmente de valor en la doctrina del Ministro. Es un hecho descarnado, arrancado de su contexto y sus circunstancias. La verdad subjetiva, en cambio, emana de la Autoridad que la matiza, la completa, la ayuda a convertirse en una verdad bien perfilada. Un ejemplo: decir que en el norte del país ha brotado una serie de huelgas es una verdad objetiva falta de calidad y peso. Por el contrario, decir que han sido registradas algunas ausencias del trabajo, motivadas por «ciertos elementos enviados desde el extranjero con instrucciones de provocar» constituye una verdad subjetiva, una verdad orientada.

Don Gabriel Arias Salgado, gran caballero, pálido y bonda-



doso, austero y sencillo, con los ojos iluminados por los reflejos de sus gruesas gafas de estudio, resultado de nueve años de aplicación en el seminario de los padres jesuitas, cree en la validez de su propia teoría con la fé del carbonero (sin que esta comparación manche su noble sillón en el Consejo de Ministros). Cuando recientemente alguien le dijo, con el respeto debido, que las artes y oficios de la expresión sufrían como consecuencia de la práctica de sus doctrinas, Don Gabriel dejó aparecer en su rostro la sonrisa melancólica de la Autoridad que sabe, y dio esta razón sorprendente:

—Diga usted lo que quiera, pero le voy a hacer una revelación. Antes de que implantásemos estas nuevas normas de orientación el noventa por ciento de los españoles iban al infierno. Ahora, gracias a nosotros, sólo se condena el veinticinco por ciento de los españoles...

Cayó un silencio admirativo tras estas palabras, y don Gabriel dejó brillar aún más su sonrisa. Después, continuó:

—Puedo dar algunos detalles más concretos... Tengo en mi poder estadísticas relativas a los vicios solitarios en las escuelas. Si se comparan estas cifras con las de la época de la República se observa una disminución notable, incluso espectacular. ¿Qué puede usted oponer a ésto?

Nada. Nadie podía oponer nada. Como no pudo nada tampoco un antiguo secretario de Arias Salgado a lo que éste le había dicho unos años antes. Arias Salgado era entonces Gobernador de Salamanca y por su cargo disponía de un palco permanente en el teatro. Un día, su secretario se atrevió a preguntarle:

—Señor Gobernador, ¿asistirá usted esta noche al teatro?

Seco y cortante:

—No. ¿Por qué?

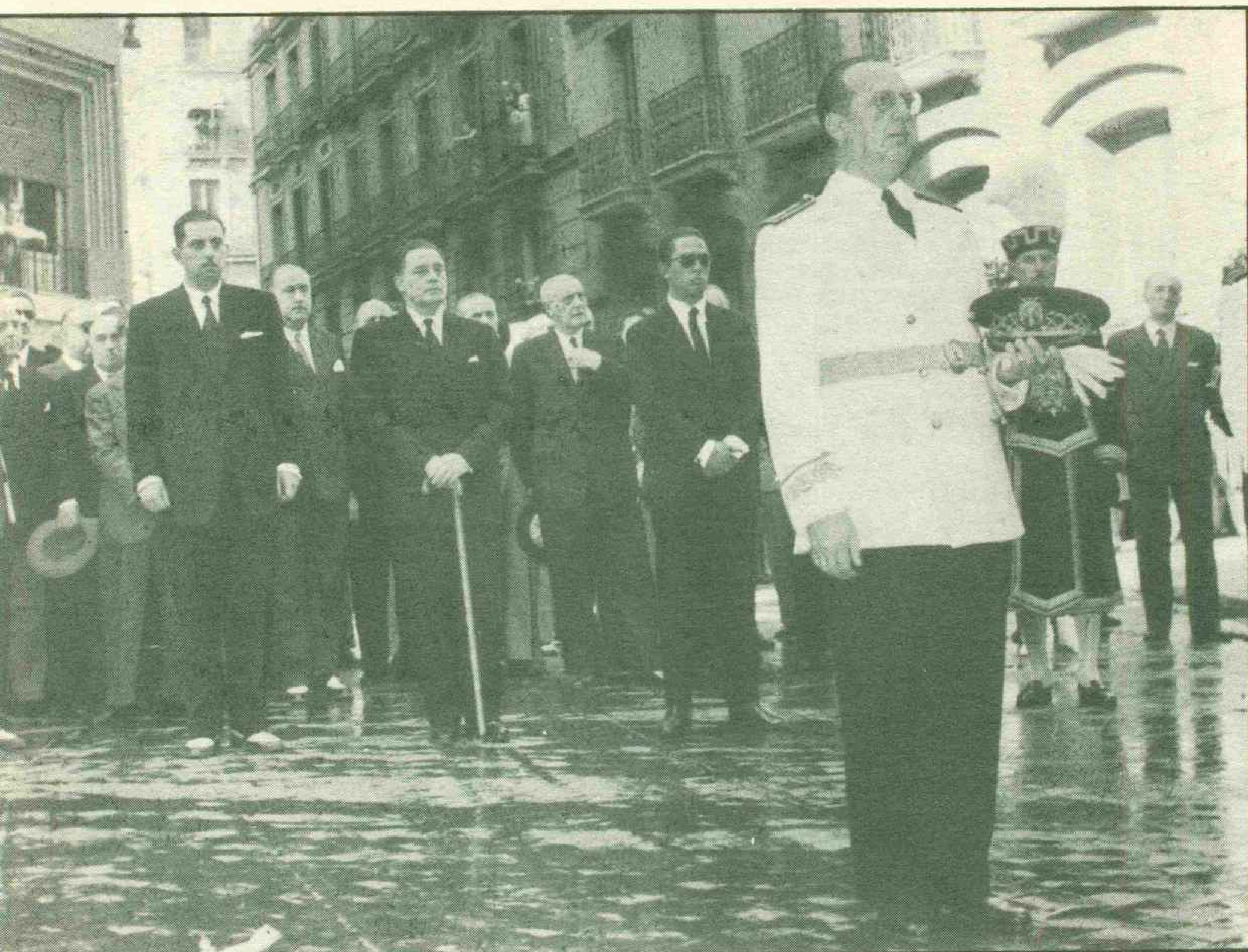
—Porque si usted no utilizase su palco, yo me permitiría...

Arias Salgado le miró tristemente y después, con una voz cansada, débil, bondadosa, susurró:

—Entonces, hijo mío, usted es una de esas personas que van al teatro...

Si se piensa que Don Gabriel es hoy el ministro del teatro —porque ese arte perseguido a través de los siglos depende del ministerio de Información y Turismo—, esa respuesta puede hacer meditar acerca del vigor de la escena española.

De esta forma se ha acabado por instituir en España una serie de medios de información y de expresión bien orientados, según las consignas de la verdad subjetiva. La prensa española responde exactamente a las esperanzas puestas en ella. Y, sin embargo, nuestra Autoridad ha perdido su batalla. Don Gabriel Arias Salgado, sobre quien pesa hoy el dolorido fantasma de la destitución en la primera crisis que haya,



Gabriel Arias Salgado, Ministro de Información y Turismo de 1951 á 1962.

ha sido vencido: no ha sido capaz de encontrar lectores para sus anémicas y aburridas publicaciones. Una información publicada recientemente por la UNESCO cita a España entre los últimos países de la lista de lectores periódicos: sólo Grecia y Turquía ocupan lugares más bajos. Incluso naciones de alto coeficiente de analfabetismo, como Egipto, presentan mayor número de periódicos en relación con los habitantes. Un ejemplo lo explica todo: uno sólo de los grandes diarios madrileños de antes de la guerra, «El debate», o «El socialista», vendía más ejemplares de los que suman todos los diarios madrileños de hoy, cuando la población de la capital se ha duplicado. Los siete diarios de Madrid venden normalmente en las calles de la ciudad unos 250.000 ejemplares. Muchos de entre ellos ofrecen probablemente las más bajas cifras de tirada de las capitales europeas. «Arriba», órgano oficial de la Falange, apenas alcanza los diez mil ejemplares diarios, aunque su tirada oficial sea más alta puesto que cuenta con las suscripciones oficiales y un elevado número de ejemplares se distribuyen gratis a los afiliados a Falange en todo el país. «El Alcazar», fundado en Toledo durante el sitio de la escuela militar, y transferido ahora a Madrid como periódico de la tarde, ha descendido a tres mil ejemplares diarios. En provincias hay algunos periódicos que no pasan de los mil ejemplares diarios.

¿Cómo, con esas cifras de venta, pueden continuar existiendo esos periódicos? En primer lugar, reduciendo sus gastos. La prensa española no puede disponer de grandes servicios mundiales de información y de colaboraciones. Lo esencial de cada publicación esta suministrado por la traducción clandestina de artículos de la prensa extranjera, la colaboración de los aficionados, las notas y los discursos oficiales, las fotografías de publicidad cinematográfica y las que distribuyen los agregados de prensa de las embajadas extranjeras: todo ello constituye una contribución eficaz a la cultura del aburrimiento vigilada por la censura. Para lo demás, la Agencia EFE es suficiente. Dirigida por el teórico de asuntos exteriores del gobierno, Pedro Gómez Aparicio, esta agencia se nutre exclusivamente de las informaciones que le suministra la agencia norteamericana United Press deplorablemente traducidas. La

primera «orientación» para modificar ese material corresponde personalmente a Gómez Aparicio; lo cual no excluye las intervenciones ulteriores y oficiales de la censura: la del Ministerio de Información, la del Ministerio de Asuntos Exteriores, cada una de ellas independiente de la otra.

Cuando las noticias llegan a publicarse no solamente han perdido su «verdad objetiva», sino también su actualidad. Ninguna agencia extranjera — ni France Presse, ni Reuter, ni Associated Press— ha conseguido vencer ese monopolio, a pesar de la oferta reiterada de contratos superiores a los de United Press. Fue en vano que llegasen incluso a aceptar que las noticias fuesen retocadas de acuerdo con las instrucciones del Ministerio: no han conseguido nada.

Mientras don Gabriel Arias Salgado elabora conscientemente y minuciosamente su «Doctrina de la Información», alguien, en otro despacho del mismo ministro, se encarga de su realización efectiva. Don Juan Aparicio López, director general de prensa, es, podría decirse, el escudero de Arias Salgado. Físicamente los dos personajes recuerdan una caricatura de Don Quijote y Sancho, aunque sus cualidades morales sean diferentes. Alto, delgado, ligeramente inclinado por el peso de la Autoridad sobre sus espaldas, el Ministro es idealista. Pletórico, exaltado, pequeño y audaz, don Juan Aparicio tiene la misión de dirigir los asuntos del periodismo en esta baja tierra. Distribuye sanciones y premios, tiene sus favoritos sus enemigos. La cabeza pelada, el vientre potente, la mano en el chaleco, cultiva un cierto parecido con Napoleón Bonaparte. Una enorme mesa en su despacho está cubierta de un zoo de cristal: colecciona miniaturas de animales. Y extravagantes corbatas. Es un hombre que escapa a lo ordinario. Dotado de una prodigiosa memoria que cultiva y exhibe con orgullo, Aparicio guarda en su cerebro los datos de cada uno de los dos mil periodistas españoles: vida íntima, artículos publicados, situación económica, no duda en utilizar estos informes cuando lo juzga conveniente. Sus ideas personales acerca de la libertad de prensa difieren de las del Ministro en que cree que él se puede conceder a sí mismo la libertad completa de escribir, pero no a los otros. Arias Salgado no se concede ni siquiera a sí mismo la libertad total.

Del despacho de Juan Aparicio salen diariamente las reglas de la censura. Determina el lugar y la dimensión que deben ocupar las noticias en cada periódico. Fija los temas de los que no se puede hablar y aquellos que, por el contrario, deben ser exaltados y comentados. Organiza las campañas que deben ser orquestadas en los diferentes periódicos del país. No hay un sólo tema, por pequeño que sea, que escape a su perspicacia. Por ejemplo, hace poco dio a los directores de los periódicos la orden de hablar abundantemente —con artículos y fotografías— de un concurso de habaneras organizado en la ciudad de Torrevieja, en la provincia de Alicante.

La habanera es una canción que combina los ritmos y los temas españoles con los de las Antillas; es el último recuerdo de la guerra de Cuba. Don Juan Aparicio acababa de comprar una finca en ese pueblo, con la modesta pero sólida fortuna que ha podido acumular durante sus años de servicio a la Autoridad y no soportaba que un acontecimiento de tanta importancia sentimental como el concurso de habaneras pudiese quedar ignorado del mundo. Esta misma pasión que Aparicio puede poner en satisfacer un tema personal la reserva también para temas más distantes y extraños de la realidad española. Así se empeña en demostrar que Eisenhower no está tan enfermo como parece: así demuestra la afiliación de Pierre Mendes-France a la masonería.

La sagacidad desplegada por Juan Aparicio para evitar que los españoles vuelvan a caer — por ignorancia— en algún tema peligroso le ha hecho célebre. Se tardó un cierto tiempo en comprender por qué las noticias relativas a la caída de Perón fueron discretamente limitadas por los servicios de la censura. ¿No era Perón un enemigo del catolicismo? ¿No se había mostrado, durante los últimos años de su dictadura, enemigo del régimen español? Ciertamente: pero en la caída de Perón el pueblo podía imaginar la caída posible de Franco. Las fotografías mostrando cómo las estatuas de Juan Domingo y de Evita se arrastraban por las calles de Buenos Aires no pudieron jamás publicarse en la prensa española. Algo parecido se reprodujo con la noticia de la muerte de Stalin. «No hay que darle demasiada importancia», aconsejó Aparicio a los directores de periódico. «Títulos de cuerpos pequeños, y nada de fotografías, nada de biografías. No intenten especular con lo que pueda ahora suceder en Rusia». A quienes, estupefactos, preguntaban las razones de esta orden, Aparicio les respondía con una verdad subjetiva:

—Si por desgracia Franco muriese, los periódicos rusos no publicarían ni biografías, ni fotografías, y no considerarían el acontecimiento como extraordinario. Nosotros debemos adoptar la misma actitud.

Pero la verdad objetiva era otra: por una parte, no convenía mostrar que la URSS podía cambiar de política y admitir la «détente»; por otra parte no convenía dejar ver al pueblo que la muerte de un sólo hombre con poder absoluto puede cambiar la vida en un país. Incluso ahora la prensa española se obstina a demostrar que nada ha cambiado en la URSS.



Pedro Gómez Aparicio en el momento de la jura de su cargo como Vocal del Tribunal de Apelación de Etica Profesional Periodística., en la década de los sesenta.

A propósito de esta acción de Aparicio un periodista americano ha contado que, algún tiempo después, Franco recibió en audencia privada al periodista Francisco Casares, secretario de la Asociación de la Prensa de Madrid, el cual se atrevió a exponer tímidamente la mala situación de los periódicos españoles. Franco dijo, más o menos:

—Como siempre, ustedes dirán que es por culpa de la censura. Y no tendrán razón. Lo que pasa es que los periodistas españoles no conocen su oficio. Un ejemplo: acaba de morir Stalin. Era una gran ocasión para los periodistas. Y he visto que se han limitado ustedes a publicar una pobres noticias: ni una fotografía, ni una biografía... ¡No irá usted a decirme que es por culpa de la censura!

Francisco Casares, evidentemente, no se lo dijo.

Juan Aparicio es probablemente el político más sagaz del régimen. Ha descubierto que la peor amenaza para la situación española está en la sucesión de las nuevas generaciones. Los periodistas supervivientes de la guerra o de la posguerra tienen numerosas razones para aceptar la dictadura de la dirección de la dirección general de prensa. Aunque en España se cultive la gerontocracia, el reino de la senilidad, como un estimable valor político, la renovación de la profesión periodística es inevitable. Para proveer, Aparicio ha creado —y es su obra preferida— dos escuelas de periodismo, una en Madrid y otra en Barcelona. La legislación del Ministerio obliga a los directores de periódico a reclutar su personal exclusivamente entre los periodistas en posesión de un diploma oficial que entrega la dirección general, que firma Aparicio y que ratifica la firma de Arias Salgado. Hay, además, una disposición paralela que bloquea la distribución de títulos y que desde hace años se reserva exclusivamente a los alumnos que salen de la Escuela. Para ingresar en la Escuela se exige, además del título de bachiller, un certificado de antecedentes penales negativo, un certificado de adhesión al régimen y una autobiografía completa caligrafiada por el aspirante. Durante los cursos se vigila cuidadosamente a cada estudiante. Una forma ligeramente liberal de considerar los problemas, la publicación de una novela o de un libro de poemas que, aún aprobados por la censura, no hayan recibido la bendición personal de don Juan Aparicio, una conversación demasiado libre en un café, son elementos suficientes para provocar la expulsión. Ocurre a veces que un alumno no sepa por qué un profesor le suspende reiteradamente, aunque conozca a fondo la asignatura: es que ese profesor ha recibido de Aparicio la orden de actuar de tal manera que el alumno no tenga acceso a los cursos superiores y abandone la profesión. Los profesores son nombrados directamente por el director general de prensa, sin ningún examen previo, sin concurso ni oposición. De la misma manera pueden ser expulsados sin necesidad de abrir un expediente administrativo.

Se calcula que aproximadamente el ochenta por ciento de alumnos que ingresan en la escuela no llegan a terminar sus estudios: han sido eliminados por sus tendencias personales, culpables de diferir de las del director de la escuela y de la prensa, Juan Aparicio.

Este sistema de prensa no permite ni siquiera utilizar la tensión o la emoción por temas que incluso favorecerían al régimen, puesto que la polémica está prohibida, sea cual sea su causa. No hay ninguna posibilidad de discusión entre católicos practicantes, o entre falangistas militantes, dado que la Autoridad no puede admitir las «rupturas de unidad»; y entiende por «unidad» las reglas que ella misma emana. La atonía nacional instaurada así repercute de manera angustiosa, estos últimos años, sobre las otras artes y medios (u oficios) de la expresión. Más grave que la censura en sí —que un escritor con oficio y experiencia puede siempre bordear, como lo hicieron los clásicos españoles del tiempo de la Inquisición— es la *atmósfera de censura*. Ya el lector tiene

miedo de la letra impresa: sosecha en ella o propaganda o balbuceo. Cualquier traducción extranjera se vende más en España que cualquier libro nacional. Ciertamente existe también una censura para las traducciones, pero es mucho más cómoda que la que atormenta a los escritores españoles, porque se entiende siempre que los escritores extranjeros expresan problemas de *los otros*. Escritores católicos como Graham Greene o Bruce Marshall son tolerados —pero no recomendados— porque tratan de cuestiones que conciernen a los católicos del extranjero, no a los de España, puesto que un español no necesita plantearse dudas ni problemas, si uno de esos escritores hubiera nacido en España, o sus personajes fuesen españoles, y los acontecimientos relatados referidos a España, esos libros no aparecerían jamás. Lo mismo sucede con el cine.

Después del periodismo, el cine es el arte más perseguido. La persecución está calculada directamente según el número de personas que la especialidad alcance. Periodismo y cine son populares. Después viene el teatro, muy abandonado estos últimos tiempos por los espectadores. Vienen a continuación la novela y el ensayo. Se puede afirmar que para la poesía la censura apenas existe. Es el lujo del Ministerio de Información y, al mismo tiempo, su trampa. Los poetas españoles se han separado del pueblo por la posguerra. Se vio desaparecer las formas populares de poesía: la canción, el romance, los estilos de Lorca y de Machado; se regresó a una manera culterana y preciosista de componer el verso. Garcilaso y Góngora fueron los modelos de la juventud de 1939; el soneto y el alejandrino sus armas de expresión. En esta forma excesivamente perfecta habitaba el vacío; todo lo más, algunas ideas metafísicas o teológicas, algún amor platónico cantado en adivinanzas o galimatías. El pueblo se encontró sin poetas, y los poetas sin pueblo.

Ahora un libro de poemas tiene una tirada máxima de quinientos ejemplares, a veces doscientos cuando no son cien, o incluso cincuenta... Si se hace un censo de los poetas, su número sobrepasa al de ejemplares de un libro de poemas. Es decir que la poesía española se reduce a un movimiento interprofesional, poetas leyendo a poetas, poetas que escriben para poetas aislados de la realidad nacional y de su sensibilidad. A veces y paradójicamente, esta situación favorece a la poesía, que se beneficia de la tolerancia desdeñosa de la censura; eso ha permitido una resurrección espléndida. España puede ahora contar con poetas libres de gran envergadura y de intención generosa.

El teatro ha sufrido la devastación por la acción directa sobre el público. Se ha desacostumbrado al público. Después de la guerra se ha favorecido un teatro grosero y vulgar como no lo ha habido en ningún país del mundo, y se ha acostumbrado a los espectadores a aceptar un humor vacío y unas escenas grotescas que no se relacionan en nada con la realidad. Poco a poco las circustancias han modificado ese teatro hasta reducirlo a una finura de lenguaje y de situaciones que mantenían siempre el vacío. Hay un círculo vicioso: el escritor tiene la impresión de escribir para un público indiferente, desprovisto de cultura: como los precios de las localidades son muy altos y los horarios no se acomodan a los del trabajo, los espectadores constituyen una selección blanda y burgesa susceptible de horrorizarse por cualquier escena fuerte o por cualquier problema planteado con claridad. Es así como el autor está obligado a nivelar por abajo el contenido de su obra. El círculo se cierra por el hecho de que el espectador consciente, descontento de esa falta de intención, cansado de no reconocerse jamás en la escena, abandona las salas y cesa de ejercer su presión sobre los autores. Pero hubiese sido mejor construir esa frase en pasado, porque desde hace un año se observa una reacción considerable. Y esa reacción viene del público: más exactamente, viene de los jóvenes espectadores, de estudiantes que sostienen en estos momentos uno de los más espectaculares impulsos de España. Los estudiantes van en masa a los estrenos; si la obra está muerta, hecha de concesiones y de nada, los estudiantes protestan, manifiestan su opinión por ruidosos por ruidosos pateos. El pateo es una vieja tradición del espectador español: hubo, a principios de siglo, una famosa «Partida de la Porra» que destruía con gritos y pateos las obras menos convincentes; y a veces rompía las butacas y amenazaba con incendiar el teatro. Resurge, ahora, con los universitarios como protagonistas. A partir de la guerra civil esta costumbre un poco escandalosa desapareció. Resurge ahora protagonizada por los univeristarios. El año pasado el gerente de uno de los teatros de Madrid que se había distinguido más en presentar obras sin contenido no quiso admitir que los estudiantes rompiesen una obra que había montado con grandes ilusiones financieras: se lanzó sobre uno de los muchachos y le pegó. La reacción estudiantil tomó envergadura enorme. Durante tres días consecutivos el teatro tuvo que estar cerrado porque los estudiantes lo invadían apenas se abrían sus puertas. Hubo manifestaciones en las calles, se lapidó el edificio de un periódico que se había permitido dar una versión errónea del suceso, los carteles anunciadores de la obra fueron rasgados y quemados. Se enviaron consignas a otras ciudades para que los estudiantes bloquearan las compañías que el mismo empresario mantenía en gira. El conflicto se hizo tan violento que el desgraciado empresario fue obligado a escribir una



Gabriel Arias Salgado durante un acto Oficial, en su etapa ministerial.

carta abierta en la que pedía perdón en un estilo muy humilde, y el Gobierno le infligió una fuerte multa para calmar a la opinión pública. Los estudiantes cesaron entonces su bloqueo, pero la obra había perdido todo su prestigio y salía de cartel (1).

El problema más grave del teatro español, en este momento, reside en la falta de facilidades para los autores nuevos. Los empresarios continuan pensando que el nombre de un autor consagrado es una garantía comercial, y rechazan las obras de los autores jóvenes. En principio, las novelas pueden acudir a los concursos oficiales. Pero los jurados de esos premios buscan obras de «interés nacional» o por lo menos con argumentos que no perjudiquen la falsa atmósfera de «nunca pasa nada», tan laboriosamente establecida por el Ministerio de Información. Como los autores jóvenes no obedecen estas reglas los concursos se desarrollan generalmente sin concursantes válidos, o bien el premio se divide entre cuatro o cinco autores anodinos. Cada vez que un jurado ha coronado una obra del tipo llamado «constructivo», el público ha rechazado absolutamente su elección.

Como las condiciones comerciales de la novela son malas, puesto que una novela no tiene una tirada superior a dos o tres mil ejemplares, los editores están mejor dispuestos hacia la juventud. Esta apertura necesaria para revitalizar la edición ha permitido la aparición de unos cuantos novelistas muy interesantes que escapan como pueden de los imperativos oficiales de Juan Aparicio, que ataca duramente a los novelistas realistas en su periódico «El Español», y desde la altura de su semanario «La Estafeta Literaria», mantenidos los dos por el presupuesto público. Estos escritores no tienen capacidad de respuesta, porque la censura la prohibe, por suave que sea: las cabezas de la prensa española son inatacables.

Con respecto al cine se ha producido una reacción popular parecida. Hasta la «era Bardem» el cine español sufría realmente muy poco la censura directa: un guión llegaba a la realización absolutamente censurado después de haber pasado por las manos de todos los lectores oficiales. El sistema de producción cinematográfica estaba astutamente concebido. En primer lugar, el Sindicato del espectáculo concede un préstamo considerable a quien quiera producir una película: basta con presentar un expediente en el que se encuentra el guión completo, el reparto y un presupuesto provisional. Si el Sindicato lo aprueba —primera censura— concede inmediatamente una ayuda financiera importante a la producción. Generalmente los productores presentan un presupuesto ficticio, muy elevado, con el fin de que los préstamos concedidos por porcentaje sean muy altos y cubran los gastos totales de la película. Después de ésto, una Junta de Clasificación, sin ingerencia política visible, disimulada bajo una apariencia exclusivamente estética, clasifica las obras presentadas en varias categorías: la más alta es la llamada «de interés nacional». Esta Junta puede primar películas, con una prima que tiene el aspecto de un simple permiso comercial. Consiste en conceder al beneficiario el derecho de importar una película extranjera y de distribuirla y explotarla en el país. Cuanto mejor está clasificada la película, más permisos de importación recibe. Un permiso de importación de una película americana se vende en el mercado negro al precio aproximado de un millón de pesetas. No es necesario acentuar, por lo tanto, que el verdadero objeto de esta Junta es político y que actúa, de hecho, como una censura. Este sistema de presiones económicas hace que cuando la futura película llega en forma de guión a la censura oficial y en forma de bobinas a las salas de proyección ha sufrido ya todas las operaciones que garantizan su asepsia perfecta. El trabajo de los censores profesionales consiste únicamente en realizar los pequeños detalles que habían escapado a la fantasía de los guionistas, directores y productores más leales. Ejemplo: en

(1) El empresario a que se refiere el autor fue Arturo Serrano, del Infanta Isabel de Madrid.

una película, un automóvil huye rápidamente por una carretera, la pareja de la Guardia Civil, sorprendida por la rapidez del automóvil, reacciona tarde y sus disparos no alcanzan al vehículo que desaparece tras una curva. Escena cortada por los censores. El comentario de éstos decía así: «Cuando la Guardia Civil dispara, alcanza siempre lo que apunta».

Con las películas extranjeras se realizan extraños arreglos. Raras son las películas que tienen la oportunidad de ser proyectadas como lo fueron en sus países de origen. En el momento del doblaje se organizan modestas modificaciones, la más sencilla, que afecta sólamente a la imagen, consiste en reducir el tiempo de duración de los besos: en el instante más patético de la escena sentimental la cabeza de El se acerca a la de Ella, e instantáneamente se separan: las tijeras del censor han cortado unos cuantos metros. Antes el público asistía con resignación a estas mutilaciones. Ahora el siente humillado, tratado con la severidad con que en otros países no se trata ni a los niños, y protesta ruidosamente. Las reformas que se realizan con el diálogo, en el rodaje, consisten principalmente en modificar el estado civil y la situación de los personajes. Generalmente, la mujer adúltera deja de serlo y el marido se convierte en el hermano: como la película «Mogambo», ¿Por qué razón Grace Kelly no podía unirse a Clark Gable y ser feliz con él? Símplemente, estaba prometida cn Gran Bretaña a un mutilado de guerra, y a los mutilados de guerra no se les puede abandonar en la víspera de su matrimonio. En «El puente de Waterloo» *(Waterloo Bridge)* el drama consistía en que un aristócrata británico se enfrentaba con la oposición de su familia que no le consentía casarse con una joven prostituta francesa. Semejante profesión femenina no podía ser



Juan Aparicio durante un acto en la Escuela Oficial de Periodismo. Fue Delegado Nacional de Prensa entre 1941 y 1945, y Director General de Prensa entre 1951 y 1957.

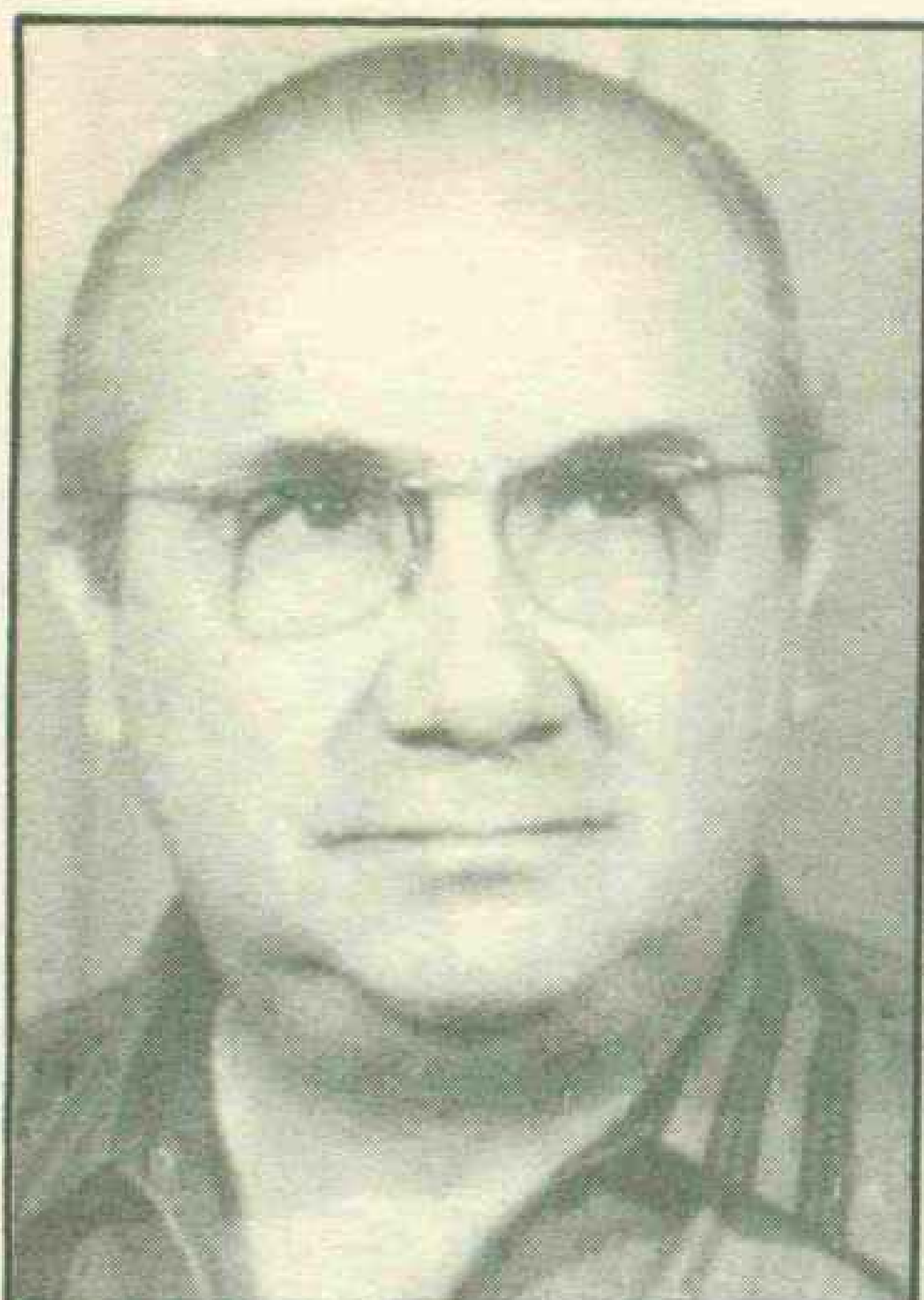
mencionada en los periódicos, el teatro, en el cine o la literatura españoles. Los censores transformaron los diálogos en el doblaje y consiguieron que el matrimonio siguiese siendo imposible porque la jovencita había sido bailarina. Pero como, a pesar de todo, la verdad objetiva se hacía transparente, la película fue retirada pocos días después de su estreno para no volverse a ver jamás.

La censura española no tiene leyes ni reglas. Es un poder personal y coyuntural, ejercido a partir del Ministro de Información, cuyos ejecutantes directos, los censores, llevan al extremo límite para evitar ser sancionados ellos mismos. Saben que, en la duda, cortar no supone para ellos ningún riesgo. La censura española es algo más que una serie de decretos y de organismos. Es una atmósfera, una creación de tipo canceroso que comienza en las escuelas y que el ciudadano sigue encontrando en su casa por la pesadez de la radio oficial, de los periódicos, del cine, de los libros; que pretende deformar al hombre hasta hacerle admitir que la vida es una cosa y la expresión otra, y que no hay ninguna relación entre las dos. La censura española no se propone únicamente evitar que se sepa; trata de evitar que se piense e incluso que se imagine.

Es fácil comprender que la misma enormidad de su intento impide su realización. Este estado de censura perfecta no puede mantenerse más que durante un tiempo muy corto, incluso si se beneficia de circustancias favorables. Al final de la guerra civil los supervivientes de la catástrofe que se había llevado un millón de vidas españolas deseaban descansar o regresaban dispuestos a aceptarlo todo, incluso vivir con el miedo perpetuo de ser considerados como enemigos del nuevo régimen: no podían reaccionar contra el ambiente que creaba. Muchos de entre ellos no reaccionarían jamás, incapaces desde entonces de escapar a la condena moral. Se han instalado sin siquiera saberlo. Ignoran lo que se produce actualmente en España, no comprenden la revolución de la juventud frente a un sistema mental en el cual no participa. Se ha cometido una terrible violencia; tan grave que esta juventud que accede ahora al terreno de expresión y de la opinión no sabe todavía como situarse y que es lo que quiere exactamente. Pero sabe muy claramente lo que no quiere, y los primeros rasgos de su unidad se revelan en esta convicción. ■

La post-guerra en el

En enero



Carlos Sampelayo

ESTA era la consigna que en los primeros meses del exilio republicano de América circulaba entre los españoles, una masa ingente que iba llegando a México en barcos portugueses —los "Sinaia", "Serpa Pinto", "Ouanza"— o de otras nacionalidades —"Winnipeg", "Cuba", "Ipanema", "Méxique"— fletados por el archigeneroso gobierno mexicano para llevar a su país a todos los derrotados que lo quisieran, y nacionalizarlos en ocho días si lo quisieran también, a fin de que tuvieran una personalidad jurídica y civil por el mundo.

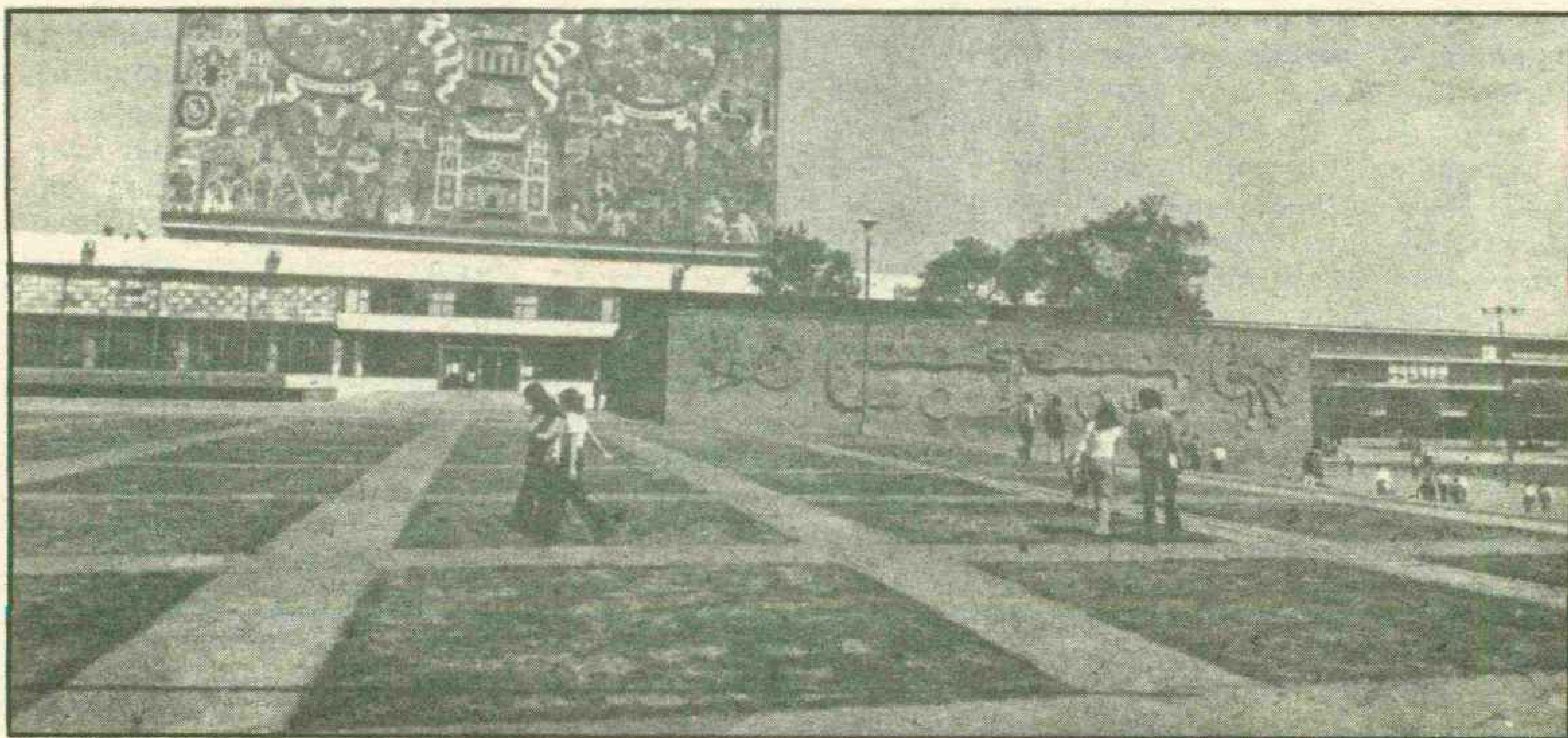
Hay que empezar por México en este repàso o recuerdo de la España fugitiva en la posguerra, porque México, con esas manos abiertas fue el país que más derrotados albergó. Las cifras flúctuan, según qué investigadores, entre la desproporción de 160 mil a 15 mil. Me inclino a creer más en la cercanía de la primera por cuanto el español nuevo se encontraba en todas partes del extenso país, en aquellos años 40 de nuestra posguerra.

Naturalmente, las condiciones de entrada y asentamiento fueron muy distintas en los diferentes países americanos. Mientras México abría las Universidades, los periódicos, las fábricas a los refugiados, según su extracción social, otros países con posibilidades de vida y trabajo, como Colombia, Venezuela, Argentina, Chile, ponían "pegas" a veces insalvables, para entrar. Había que echar mano de la influencia, de la claudicación o del soborno.

LA CALLE DE ALCALA

Cuba era accesible para quienes tenían familias reclamantes, las familias más cercanas en la antiguedad. Pero en Cuba no había ni una peseta por ganar aquellos años del segundo golpe batistiano, cuando "Batista se disfrazó de Batista" y se presentó en el cuartel de Columbia para desbaratar la intentona que se cernía sobre él.

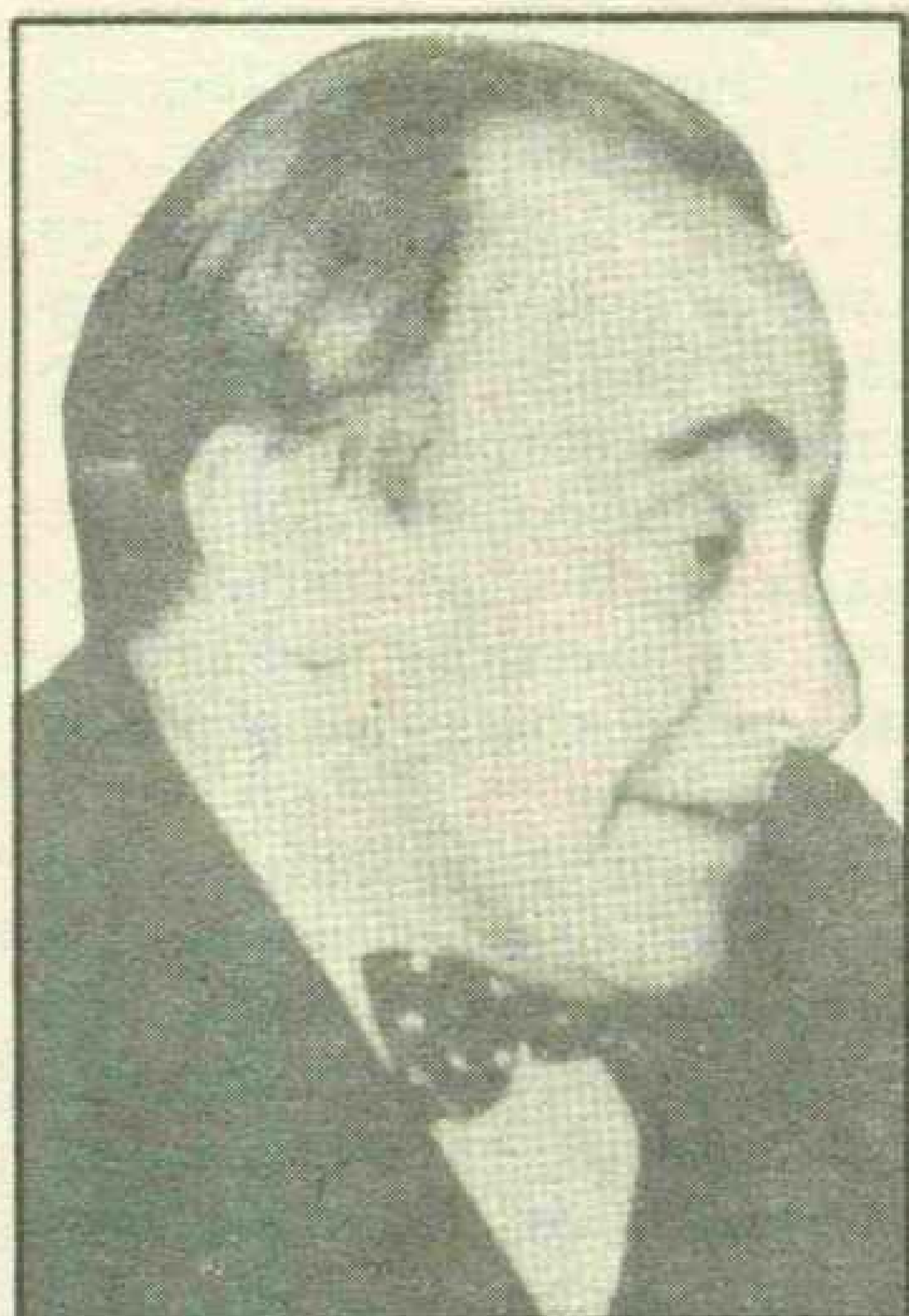
Así la verdadera posguerra de los españoles huídos, sus efectos, se pasaron en México. Para esparcir la masa y controlarla mejor, el gobierno Cárdenas daba toda clase de facilidades al que quisiera cultivar la tierra, ofreciendo grandes precios en el Estado de Chihuahua, al norte del país. La JARE (Junta de Ayuda a los Republi-



Ciudad Universitaria de México, en cuya construcción colaboraron arquitectos españoles del exilio republicano.

exilio de América:

"Juan Tercero"



Félix Gordón Ordas, uno de los jefes del Gobierno republicano español en el exilio.

canos Españoles) controlada por Indalecio Prieto tra el tejemaneje del barco "Vita" (antiguo "Giralda" de Alfonso XIII) hizo una recomendación con acentos dictatoriales, una casi disposición de que todos los refugiados se fueran a Chihuahua, pero ninguno le hizo caso. Todos querían vivir en el Distrito Federal, en la misma ciudad de México, por los cafés, por las cantinas (tabernas), por los centros políticos o sindicales, contándose sus casos.

En Colombia, país de vida difícil, yo quería ir a México por recuperar el ambiente, en los últimos meses del 39. Mi amigo y compañero Capuz me lo quería quitar de la cabeza:

—No, hombre, no; no vayas a México. Aquello parecerá ahora la calle de Alcalá. Te encontrarás a las mismas gentes, con los mismos rencores y partidismos, no habrá trabajo para todos...

En efecto, era "la calle de Alcalá". Por la avenida Juarez se encontraba uno a todos los conocidos, como si no hubiese salido de Madrid, y había partidismo y rencores... y comida. Unos a otros se echaban la culpa de haber perdido la guerra; el rechinar de dientes se notaba. "Si yo tiro de la manta..." No había mantas de que tirar porque todos tenían la suya.

Ha habido refugiados españoles en México que se han pasado la prolongada vida de la posguerra en el país sin dar golpe. Viviendo a trancas y barrancas, claro, pero planchándose el traje todos los días bajo los colchones, y pidiendo pitillos a los amigos, pero sin trabajar y sin que los moleste nadie, sin documentación incluso, diciendo todos los años: "En enero, Juan Tercero". Porque el primer año, desde mayo hasta diciembre lo creía todo el mundo a pie juntillas. Más luego, todos los años, la frase se decía en cachondeo.

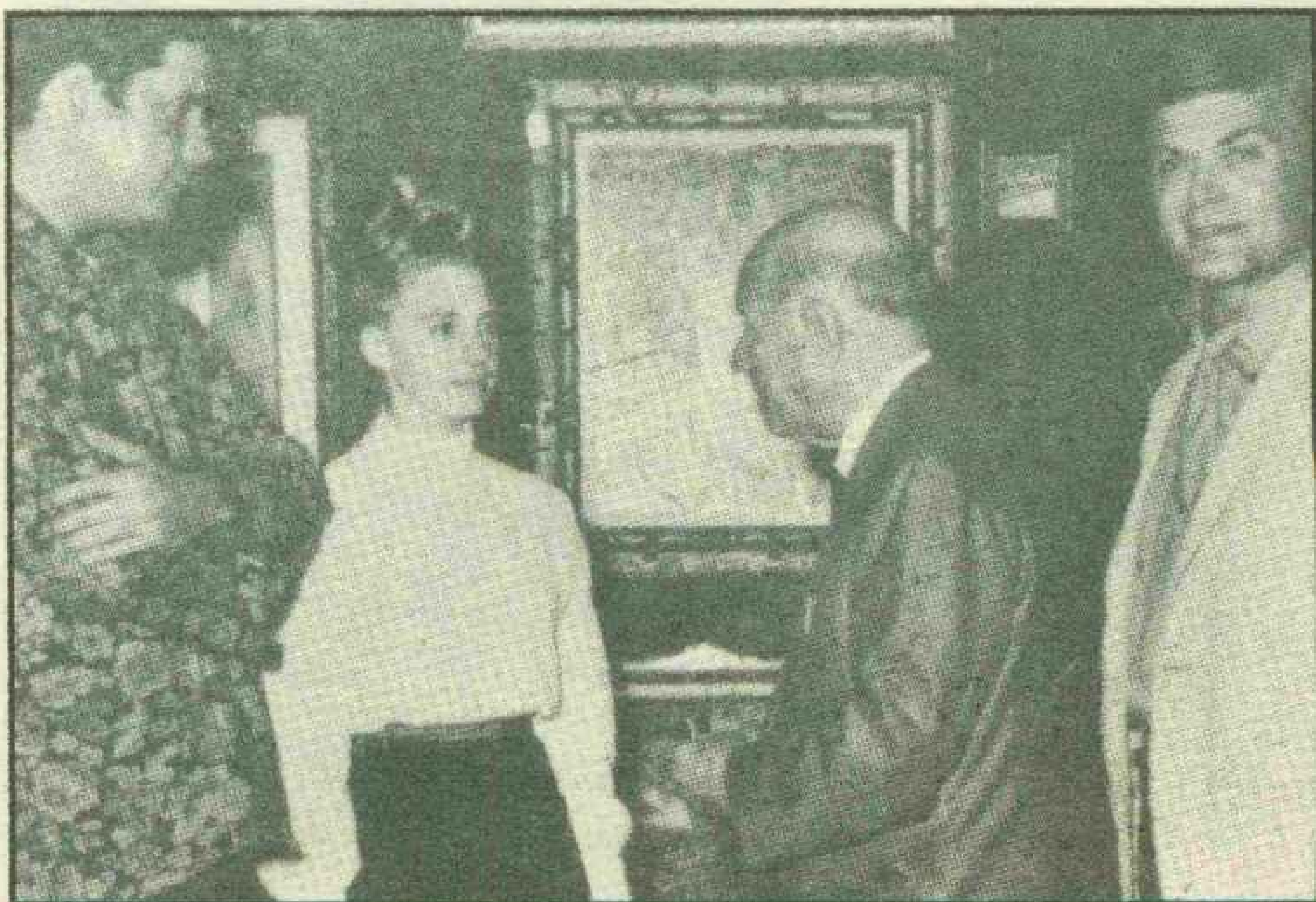
LA TORRE DE BABEL

Decía un juez de Murcia, inteligentísimo y humorista, dos cosas afines:

—A mí me liberó Franco.

Y tanto. Había dejado en España a una señorita de provincias, de familia reaccionaria, que le echaba una bronca al marido cada noche que volvía del casino habiendo perdido al "poker". No cuando había ganado. En el exilio nadie le impedía ni le pedía cuentas cuando jugaba al poker, que era todas las noches que conseguía algún dinero. Y no tenía que juzgar ni condenar. La "dolce vita" del exilio.

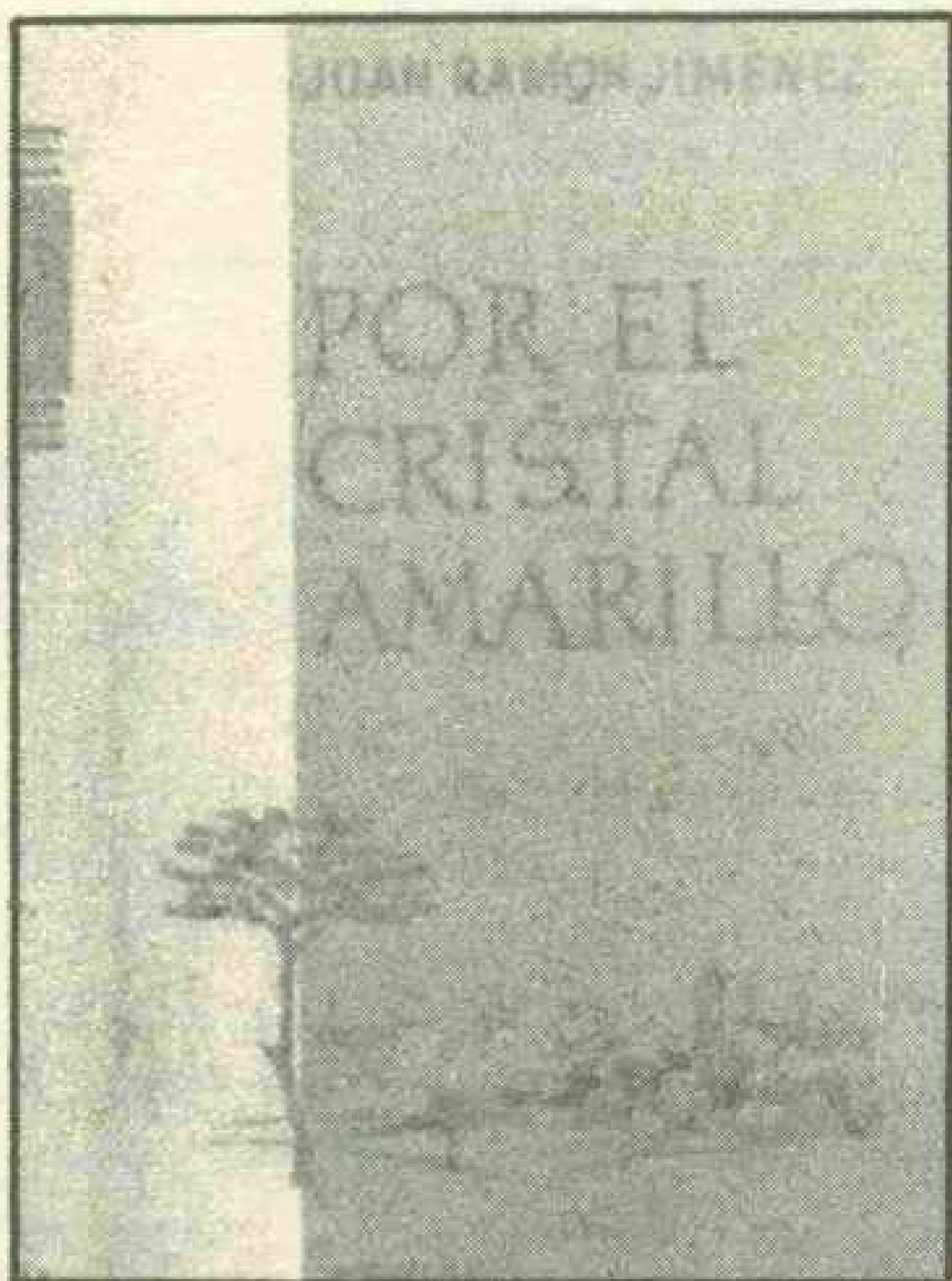
Si no se confundían todas las lenguas, porque no había más que una, grande y libre, nuestra posguerra en América, confundió todos los quehaceres. Todas las actividades y aficiones, los proyectos, las suposiciones. Se acabó el porvenir. El labriego se hizo escritor y el escritor



Pablo Casals, uno de los epígonos de la postguerra española en América, charla quí con los artistas caribeños de una exposición pictórica en Puerto Rico.

labriego. El militar comerciante. El abogado actor de teatro. La meretriz se convirtió en gran señora y la gran señora fregó platos en las tabernas. El rico fue pobre y el pobre poderoso. El poeta vendía vinos. El policía era corredor de medicinas. El periodista vendía leche. Hubo unos años en que una gran mayoría de españoles refugiados vendía varilla *corrugada* para la construcción. Un país en gestación constante como México necesitaba construir, y aquel producto era de venta fácil a comisión. Todo el mundo hispano hablaba de varilla *corrugada*. Era una lata.

Al principio los mexicanos se alborotaron y hubo altercados y encuentros como en los partidos de fútbol. Los españoles venían a quitarles el pan. Poco a poco se fueron calmando los ánimos y estalló la convivencia. Había para todos. El humorista



"Por el cristal amarillo", uno de los libros de Juan Ramón Jiménez escritos en la postguerra, desde su refugio de Puerto Rico.

Antoniorrobles decía: "Los mexicanos ¡*no pasarán*!" Y el caricaturista Ernesto Guasp dijo una vez: "Lo malo de este país, es el el que busca trabajo lo encuentra."

"GACHUPINES" Y "REFUGACHOS"

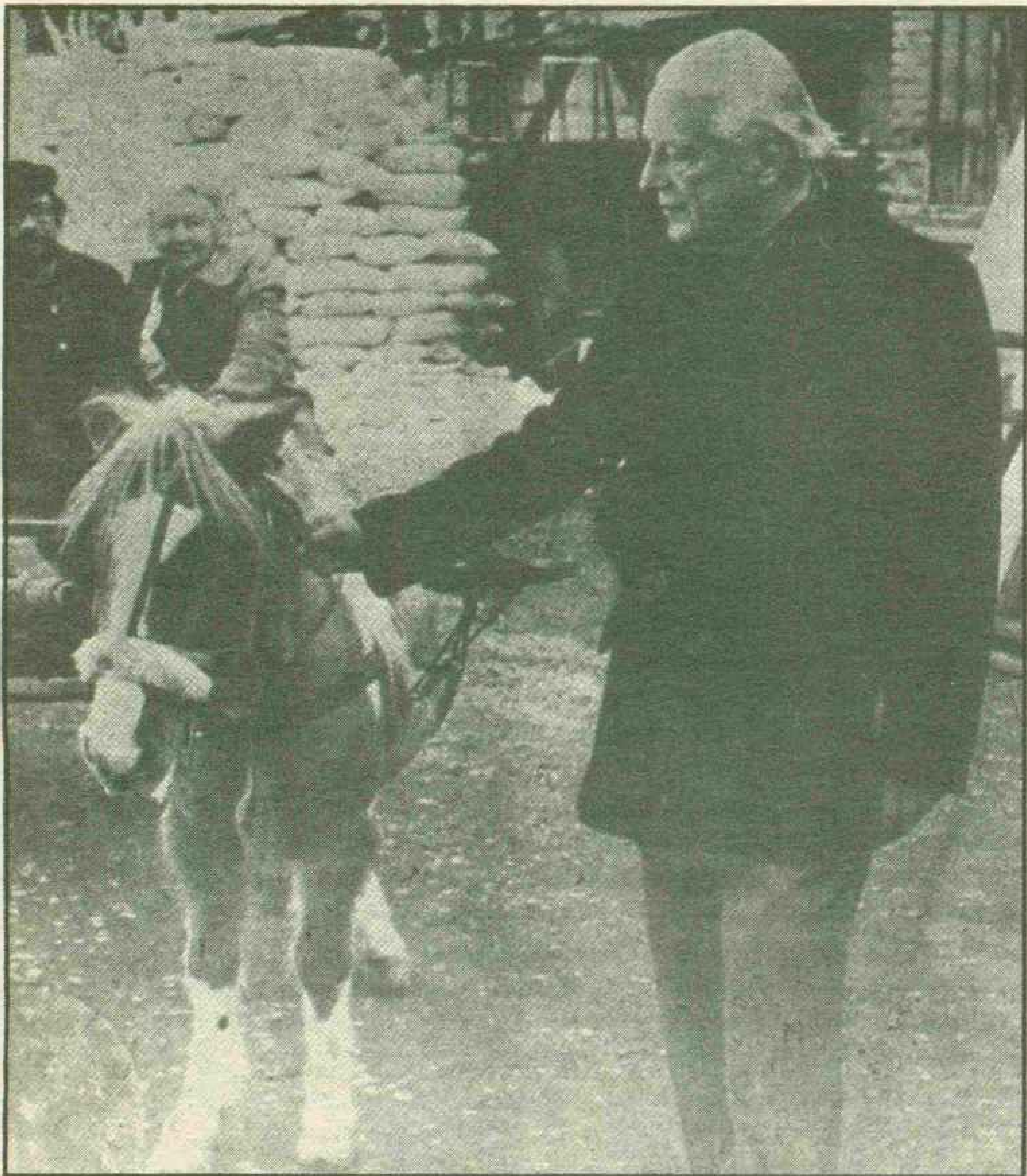
Si digo que en veinte años de exilio americano no he visto un refugiado español como tal obrero —albañil, carpintero, metalúrgico, minero— no exagero nada. Quizá la mayoría de la emigración forzosa la constituyó el elemento más o menos intelectual o de profesiones liberales. Es verdad que en toda vida de refugiado hispano en América se ha pasado algunos días aislados sin comer o comiendo poco —dos, tres— pero siempre había algo a que agarrarse, o una ayuda generosa, sin necesidad de abandonar la corbata y el traje planchado.

Aguantar el machismo del mexicano que como revancha a la invasión hacía elogios de Franco y de los otros dictadores auropeos, en presencia de los *refugachos*, como nos llamaban, incitaba a la sonrisa y la sorpresam con lo bien y lo libre que se podía uno mover en aquella tierra inagotable.

Sin embargo, no se llamen a engaño. Aquellos tiempos de nuestra posguerra en México han pasado con mucho, aunque para otra emigración forzosa española, para la segunda diáspora todavía hay sitio.

Cuenta *Tisner* (Avelí Artis-Gener) tan magnífico escritor como agudo dibujante, que algunas veces había hecho quitar a fuerza de persuasión, la banderita de la cruz gamada, a algún automovilista mexicano. Sólo tenía que decirles que los alemanes habían hundido al petrolero de México *Potrero de Llano* para que desapareciera del coche la enseñita ominosa (1). El Patriotismo sobre todo. Pero la mayoría de las veces el *patrioterismo*.

Aquellas inquinas se habían unido a los recelos y aires triunfalistas de la Honorable Colonia Española —llamada así por

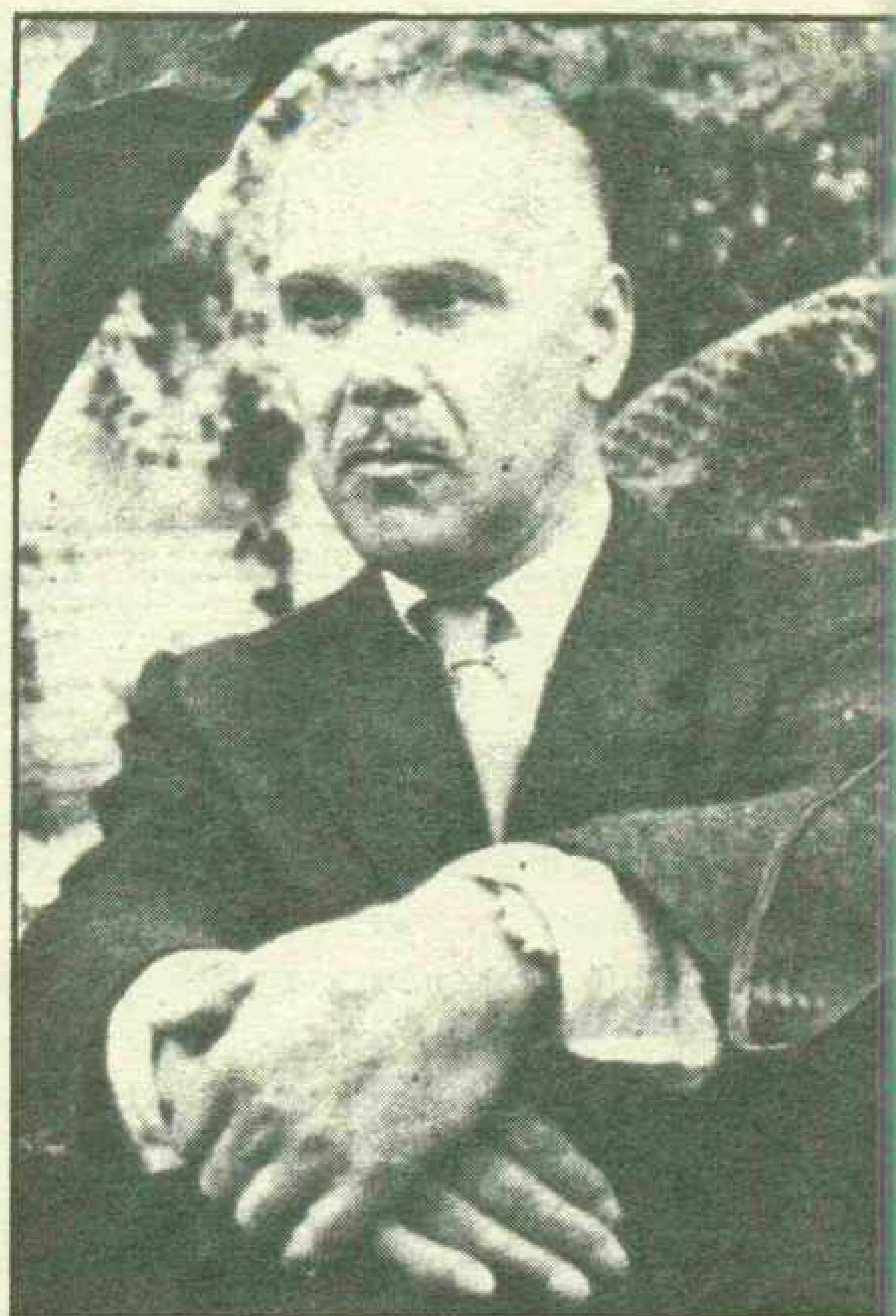

Alberti durante su postguerra en Italia. Al fondo su compañera, la otra gran exiliada, María Teresa León.

(1) *Aveli Artis-Gener, "La diáspora republicana". Plaza & Janes, Barcelona 1978.*

el gobierno mexicano— de los españoles viejos, los "gachupines" —llamados así a su vez por el pueblo— que habían dejado el terruño cuarenta años antes huyendo del servicio militar y ahora de ancianos eran millonarios. Ellos eran los que representaban paradójicamente a la España de Franco, los proveedores de dinero y barcos llenos de chamarras, zapatos, vituallas para el ejército llamado impropiamente nacionalista. Pero los "gachupines" comenzaron a buscar trabajadores entre los refugiados o "refugachos" por aquello de la mano de obra más apta y responsable y por encontrar esposos para sus hijas y nietas que tuvieran sangre española total. Este complejo de raza propició el braguetazo de algunos refugiados jóvenes y menos jóvenes que se dejaron querer sin darse cuenta de que aquello no era "hacer la América" sino uncirse al yugo... con flechas. Y abandonaron el matrimonio a poco de consumado, importándoles *madre* (para decirlo en mexicano) la moral católica y la otra, pues a los suegros no había quien les sacara un centavo. Naturalmente, por eso eran millonarios.

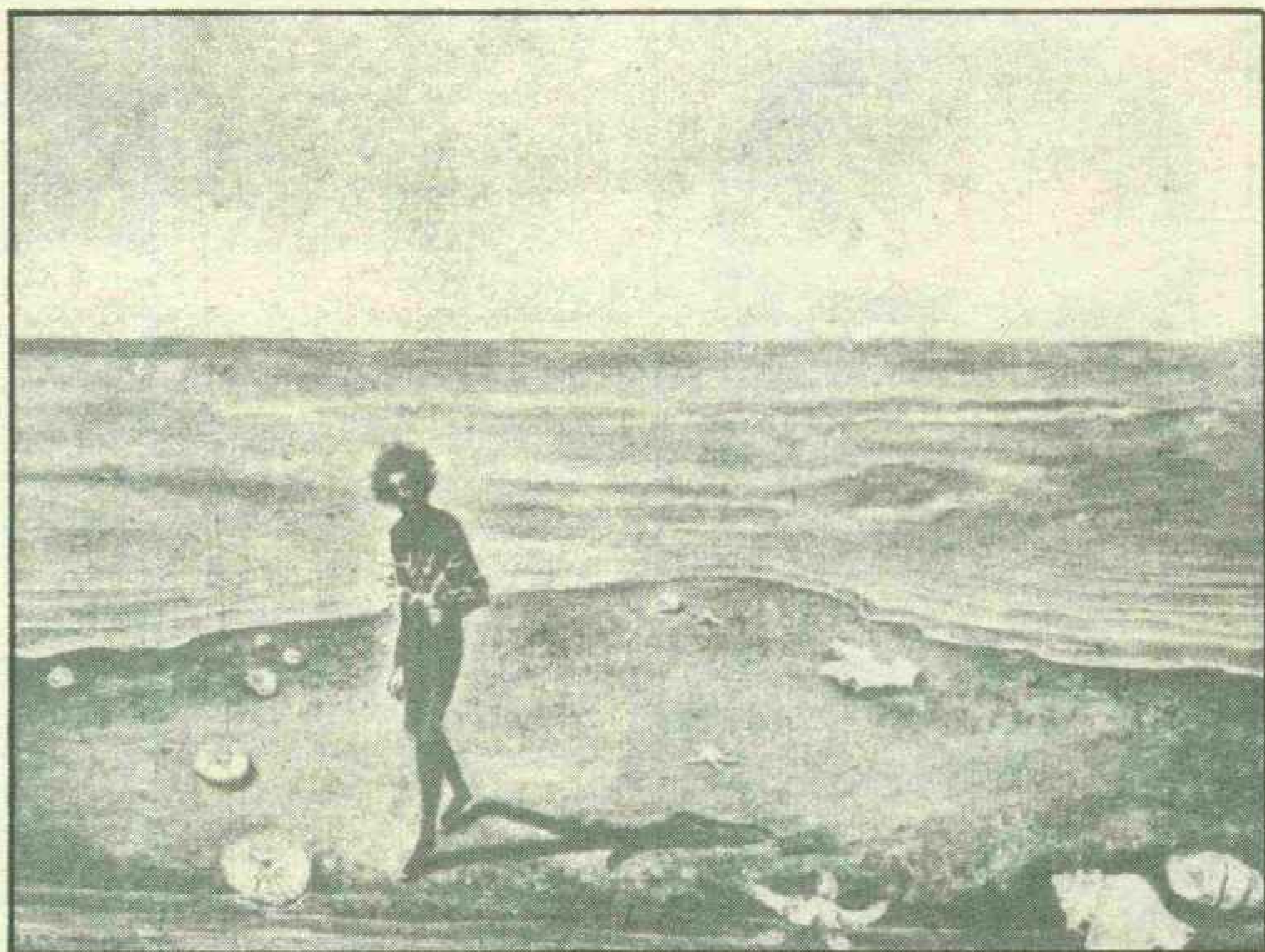
LA "SEGUNDA VUELTA"

Debo recalcar que la mayoría de los refugiados de posguerra no pensaban en enriquecerse en América. Pensaban en volver, y volver si no triunfantes del todo, con el enemigo derrotado —"en enero Juan Tercero"— y a ser posible pidiendo cuentas. "Tiene que haber segunda vuelta", decían algunos comparando la guerra con un campeonato de fútbol. Esperaban la hora de la venganza y sólo pensaban en subsistir hasta entonces. «Yo no he venido a América de *gachupín*, por voluntad propia, me han traído. He venido por no ir a la cárcel o al paredón», se oía decir también. Y no había ninguno que por crítica o consecuencia no conllevara el sentimiento político en las venas, la discusión o la marcha de la militancia política... todavía. Dejar un momento la maleta de los muestrarios para acudir a la *tenida* o a la reunión de célula o al Centro Ibero-Americano de la calle Carranza donde se alojaba la CNT, era como una obligación moral para el abogado o simplemente para el alegre ocioso. Continuaba abierta la espita ideológica; no se podía



Otro poeta "del éxodo y el llanto", Luis Cernuda, desembocó en EE.UU. y México durante la postguerra, como en una nube...

remediar. Y vencía el compañerismo después del rechinar de dientes.



"Yo y mi Sombra Angulo Recto, yo y mi Sombra Libro Abierto". Oleo sobre masonite de la pintora Paloma Altolaguire, hija del poeta de la generación del 27 y de la poetisa Concha Méndez, del mismo grupo. Paloma llegó a Cuba con sus padres en el 39. Uno de aquellos alevines que pronto se revelaron como estupendos artistas.

NO ESTAN TODOS LOS QUE SON

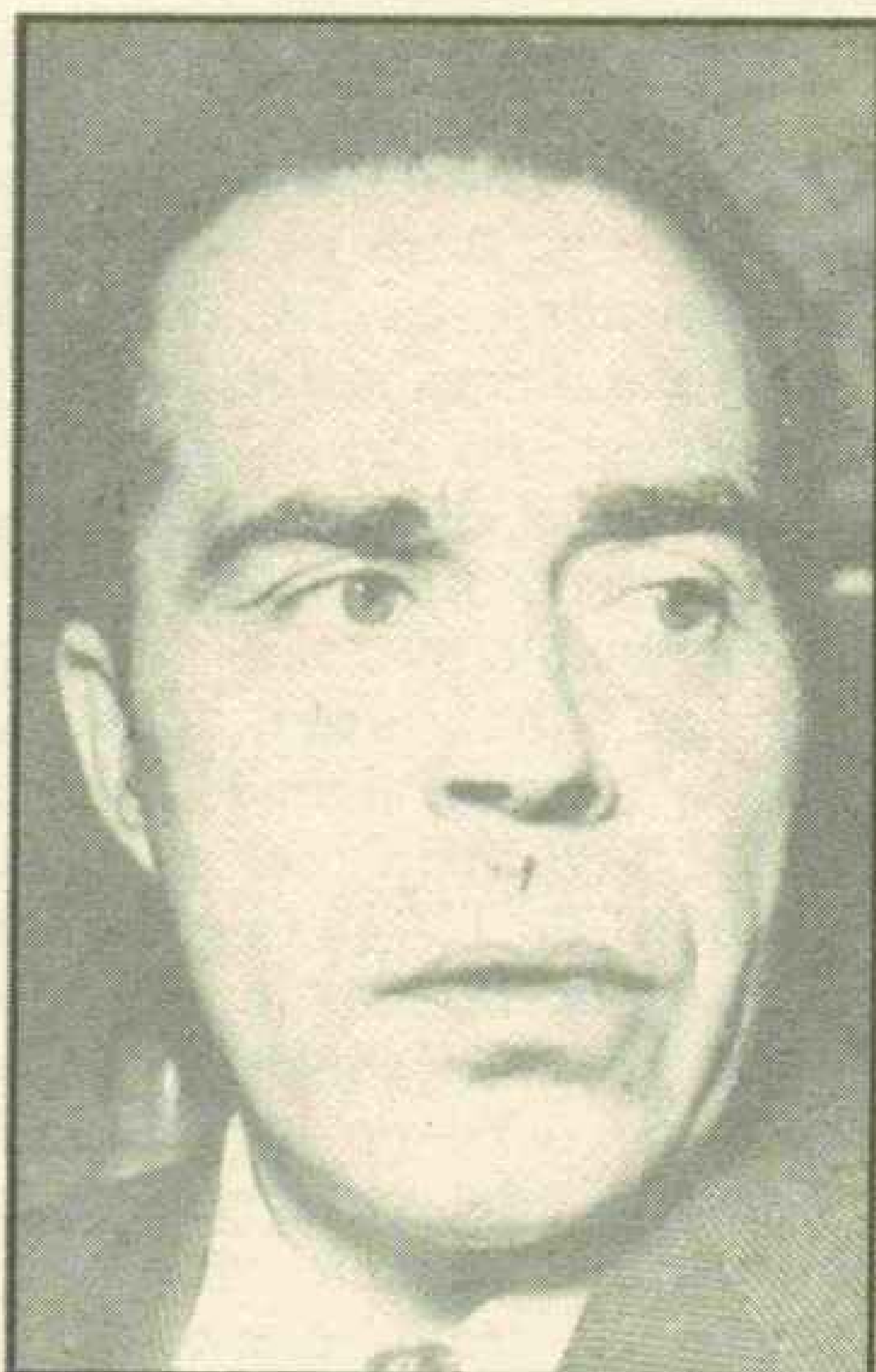
Muy poco se ha hablado en la España recuperadora del movimiento intelectual y artístico del exilio en la posguerra. Muy poco. Se han recuperado —o descubierto— a Sánchez Albornoz o Max Aub, desorbitando los valores, porque en el franquismo había muy pocos. En cambio no se ha hablado por desconocimiento de novelistas y ensayistas como Simón Otaola o Alvarito Albornoz —cada cual su estilo— un humorista hijo de don Alvaro —de cuyos libros en el destierro tampoco se ha hablado— y a quienes Luis G. Berlanga definió en una interviú como el inventor del humorismo español de nuestra época. Quizá una opinión desproporcionada, pero no del todo injusta. Alvarito —designación amistosa obligada por determinante de su personalidad— había publicado en España inmediata-

mente antes de la guerra, dos novelas de las que nadie se acuerda porque el horno no estaba para bollos, pero que fueron comidilla de mediatizados cotarros literarios: "Doña Pabla" y "Vampireso español". Durante la guerra publicó un delicioso libro de cuentos, "Matarile", cada uno dedicado a un amigo, y en la posguerra una novela titulada "Las niñas, los niños y mi perra", y varios tomos de "Revoleras", libros inesperados. Libros para gente con imaginación: Proust, Ramón, Schwob, Sterne, Quevedo. Otaola ha publicado en México unos diez o doce ensayos y novelas. Para mí los mejores "Los tordos en el Pirul", "En el lugar ese..." y "El hijo de la chingada". Antonio Ros "Los ciegos de la Biblia" y otros muchos, escritores y poetas desconocidos prácticamente para la España que no se movió, y cuya enumeración sería problemática para tan poco espacio.

No hablemos, porque no podemos tampoco por la misma causa, de la obra plástica en el exilio posguerriano. Aparte Renau el andariego —otros redescubierto sin embargo— Climent, Antonio Rodriguez Luna, un cordobés a quien alguien ha comprado con Goya, Espert, Ramón Peinador, Guasp, Salvador Bartolozzi, el *Tisner* antes mencionado... Había que poner asimismo el etcétera por no alargarse en el espacio disponible y en el propósito.

En el arte de la ficción esplendió desde el primer momento la madrileña Ofelia Guilmain, que de la mano de Benito Cibrián —un actor ya conocido anteriormente en España— debutó en el Bellas Artes de México ha poco de llegar, como *amateur*, y ha llegado a configurarse como la mejor actriz dramática del teatro que se hace hoy en aquel país.

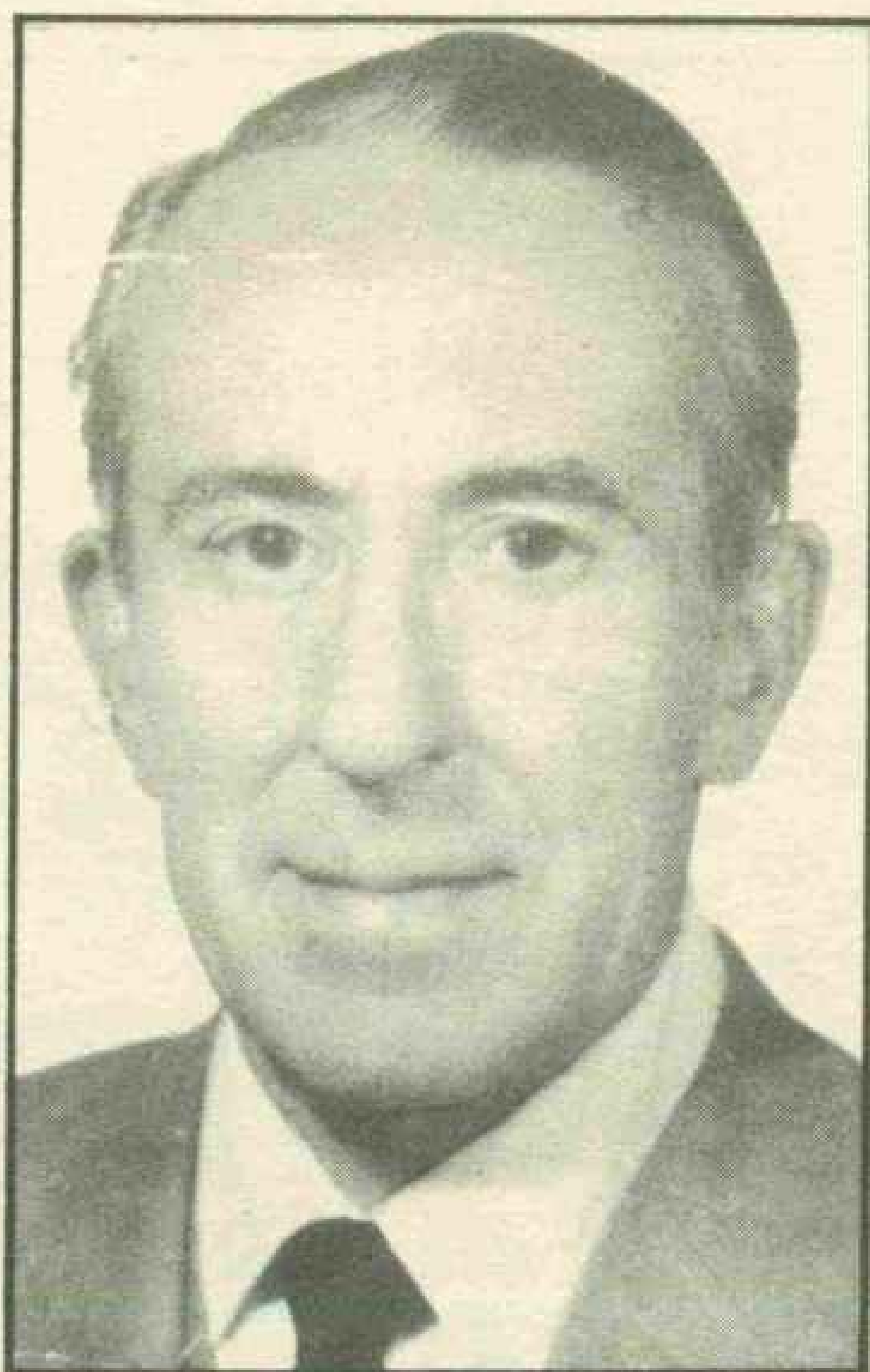
En el periodismo Ricardo del Río, subdirector del colosal diario "Novedades"; Octavio Alba, dirige después de varias



Juan Rejano, poeta y periodista, cordobés de España. Como poeta alcanzó gran consideración en la postguerra sufrida en México. Como periodista realizó una de las más bellas revistas literarias: "Romance".

brillantes actividades en el ramo, un periódico de los más leídos día a día en el mismo país: "Cine Mundial". Y Luis Suárez, que ha llegado a jefaturar la gran revista "Siempre!" y publicar varios libros de reportajes resonantes.

En Buenos Aires, los periodistas españoles de la posguerra



Alvaro de Albornoz y Salas, sorprendente humorista escritor, que publicó varios libros en la postguerra, durante el exilio en América. Humorista de ley, a lo Ramón, a lo Quevedo...

reanudaron sus actividades profesionales a renglón seguido: Manuel Fontdevila, que había sido el director de "Heraldo de Madrid", Juan González Olmedilla, Mariano Perla, Ramón Sampelayo, Clemente Cimorra, Francisco Madrid, Carlos Rodríguez... Menos el último, todos fallecidos ya. También ha muerto Eduardo Borrás, que dejó el periodismo por el teatro con un último gran éxito: "La cigarra no es un bicho". Y Gerardo Ribas, que siguió sus mismos pasos hasta en el punto final.

Aunque no están todos, imposible dejar en el bolígrafo a Manuel D. Benavides, autor de "El último pirata del Mediterráneo", ácida biografía de Juan March, y libros en el exilio concernientes a nuestra guerra como "La escuadra la mandan los cabos", el mayor éxito y difusión.

LA AÑORANZA

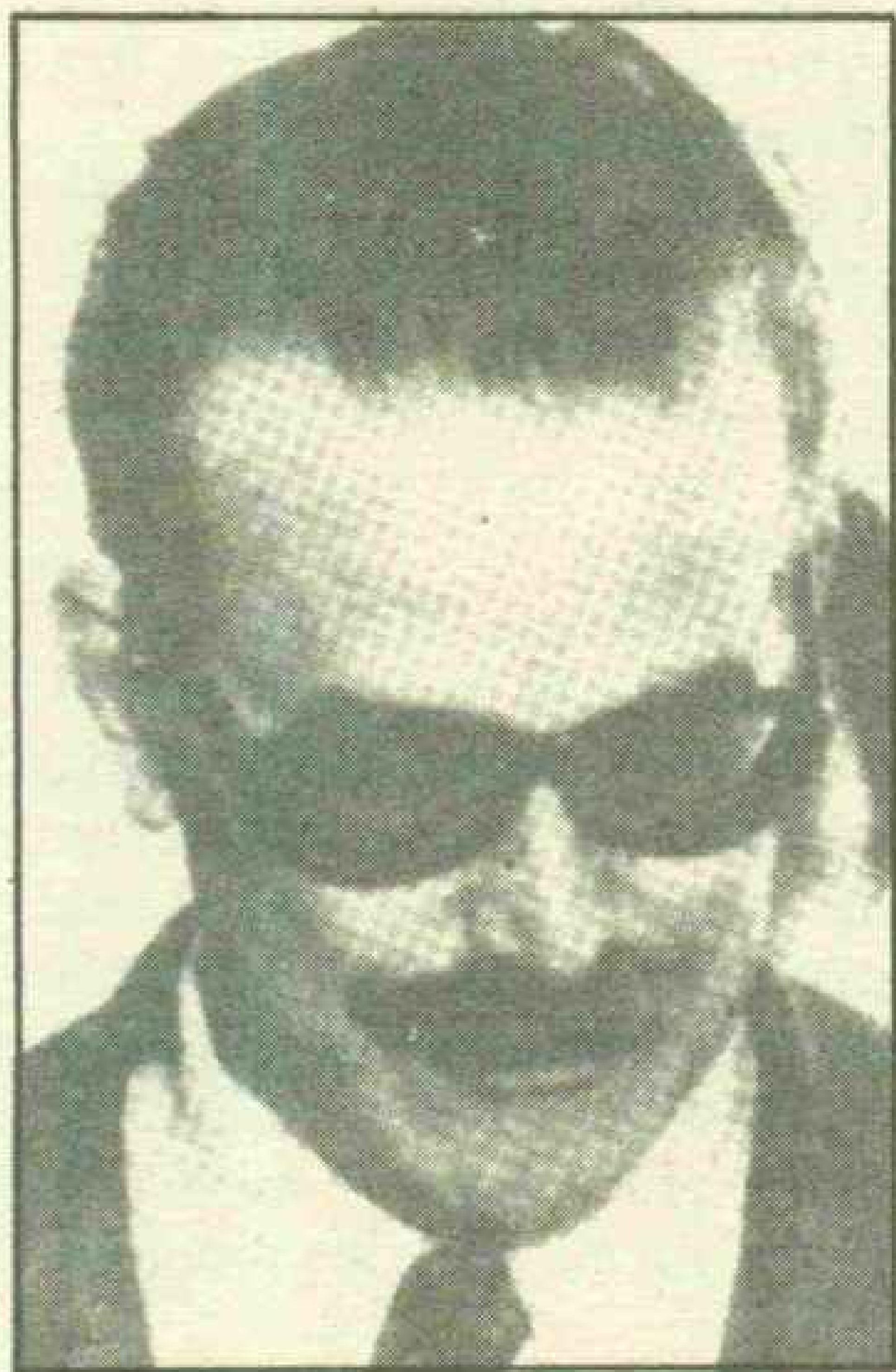
—Como me lo hacían a mi en Albacete...— empezaba siempre el profesor Navarro negando con la cabeza la excelencia de un arroz abanda, cocinado a la alta escuela gastronómica del Prendes, el restaurant español de más fama en México.

Era el espejismo de la añoranza, que acometió a todos sin excepción en los primeros días, y aún años, de la posguerra en el exilio.

—Estoy que me "pinchan"— decía un boticario de Badajoz al ver a un caraqueño jugar con una cuchara voladora en una terraza nocturna de la plaza Bolivar.

Estaba que "lo pinchaban". No sabía donde ir. Ya no le importaban los horribles motivos que le habían hecho saltar de España. Estaba dispuesto a afrontar la cárcel, la "pepa" incluso, mejor que recapacitar y sentirse a gusto en ambiente libre y emprender un trabajo sin penas.

O:



Enrique Loubet, otro magnifico periodista español hecho en la postguerra del exilio.

—Me habeís hecho desgraciado sacándome de España— clamaba también Gabriel Trillas Blazquez, director de "Las Noticias" de Barcelona, que seguramente hubiera pagado con la vida su militancia comunista.

Habíamos hecho lo indecible, lo milagroso, por haberlo llevado hasta Colombia, donde en Bogotá se hizo rico con el tiempo, siempre llorando y suspirando por las Ramblas, que habían presidido la infancia y la juventud suyas. Nunca había salido de España.

Hasta entonces no pudo calibrar la falta de espíritu del español de su época. Reflexionaba yo en aquellos conquistadores precursores y llegaba a la conclusión lógica. Casi todos eran fugados de presidio que preferían las torturas del sol a las de la inquisición. Y también —pobres ingenuos republicanos— creían que la venganza fascista española no iba a ser tan dura. Una vez más se perfilaba la división del alma hispánica en dos calidades opuestas.

Y... "en enero Juan Tercero", o "como me lo hacían a mí en Albacete..."

—Pero, hombre de Dios —le dijo en Buenos Aires don Angel Ossorio y Gallardo en una comida de 14 de abril en Buenos Aires— no me va usted a decir que este *churrasco* que nos estamos comiendo se lo hacían mejor en Albacete...

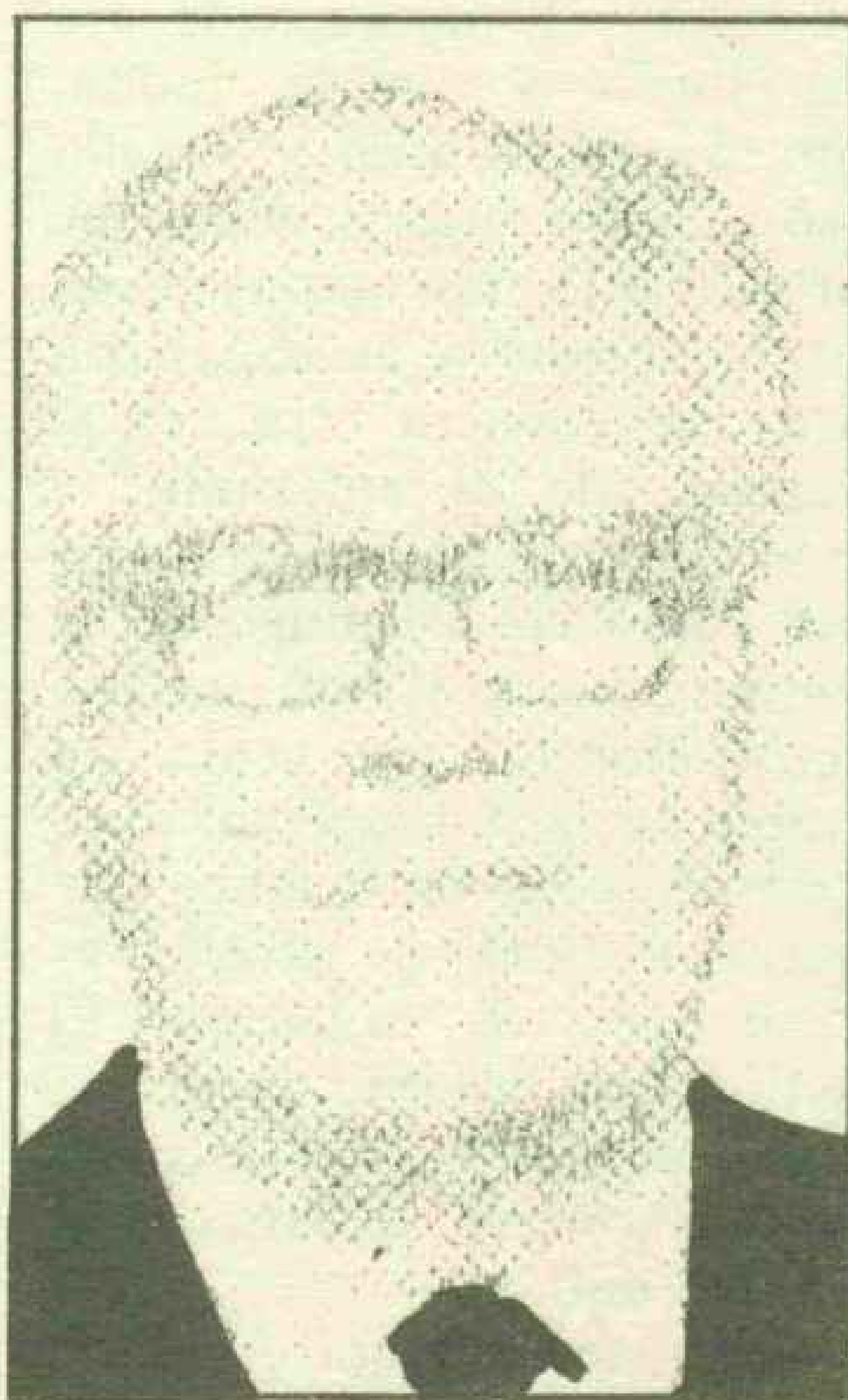
—Sí... No está mal, pero la verdad, a mí la carne, como...

—¡Basta!

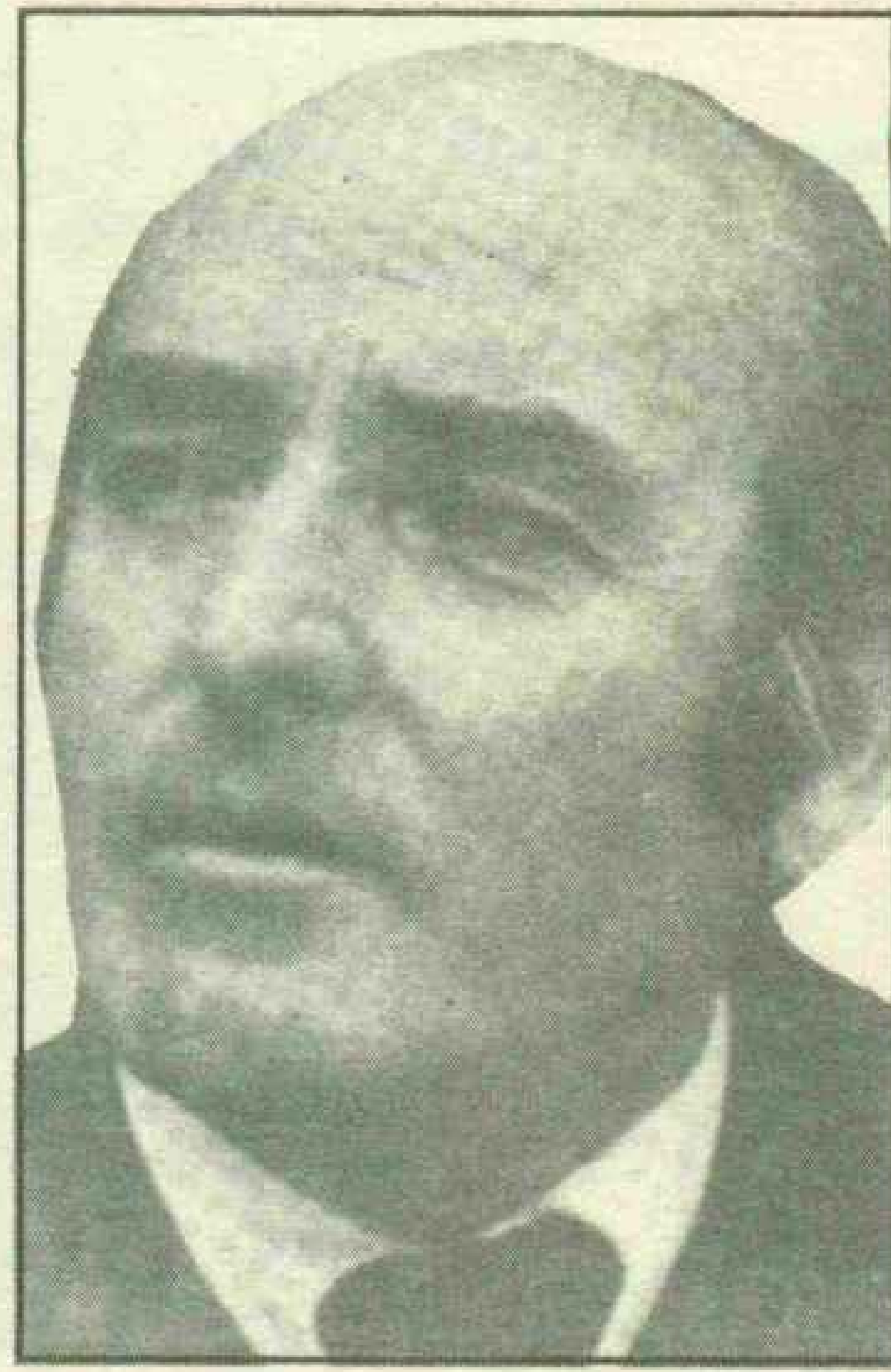
El profe Navarro saltaba de un país a otro. Todos saltábamos de un país a otro, buscando algo que nos disipara la añoranza. Y la verdad es que sólo lo conseguimos en ese México en que al final nos confundimos con aquel pueblo que al principio nos había recibido con hostilidad.

LOS ARQUITECTOS Y LOS MEDICOS.

Me remito otra vez a *Tisner*: «Claro está que el generalizado deseo de volver era más agudo en los primeros tiempos de exilio: después, a medida que transcurrieron lustros y décadas, la gente empezó a sospechar que lo del retorno no se había hecho para su generación y, lógicamente, miraron con más insistencia el negocio familiar que no el cerro de maletas apiladas en el *closet*, el armario empotrado, en espera de aquella feha que jamás llegaría.»



Antonio López Fernández, ayudante del general Miaja en la guerra civil, montó en México un negocio editorial durante la postguerra.



Luis Suarez, un gran periodista español hecho en la postguerra del exilio, redactor jefe de la revista "¡Siempre!".

Sí; el "enero Juan tercero" fue apagando su consecuencia. Ya daba vergüenza repetirlo.

Y se fue produciendo la simbiosis y tanto el puerto de Veracruz en México, como los edificios de Luis Lacasa en Moscú —buen apellido para un arquitecto— fueron construidos por españoles refugiados, y se laboró con acento paternalista en muchos. Había que situarse al principio, conforme se iba perdiendo la esperanza de volver de pronto. Había que ponerse a trabajar.

Aparte los arquitetos, no se sabe porque la emigración republicana fue tan copiosa en médicos. Quizá porque la mayoría eran socialistas. Algunos regresaron pronto a España y lo pasaron mal, pero la mayoría decidieron desde el primer momento quedarse en América fiados en que su profesión es necesaria en cualquier meridiano y llegaron a establecerse. Hoy han muerto muchos allí.

A Colombia, Venezuela y México fueron a parar la mayoría de ellos; pero donde mejor se desenvolvieron fue en México, que no les exigía someterse a una reválida del título profesional.

La medicina y cirugía españolas siempre habían tenido un gran prestigio en las Repúblicas



En esta foto de una boda principesca en París, vemos a la derecha y casi de espaldas a Fernando Martínez Dorrien, que había sido presidente de la Junta de Compras para el Ejército de la República Española durante la guerra y que al final fué a pasar la postguerra a Colombia viviendo como un potentado.

hispanoamericanas, y los médicos fueron recibidos por la población doliente con una esperanza que tenía mucho de sugestión malinchista. Tanto que los numerosos médicos autóctonos preveían una desigual competencia, y en algunos países de escasa población se tomaron medidas al respecto, para evitar que en la capital acaparasen la clientela los refugiados españoles.

Pero ellos llegaban en son de paz, ajenos a aquella sugestión por una parte y a los recelos por otra que habían despertado, y se encontraron por ejemplo en Bogotá, con una campaña de Prensa hostil y discriminatoria.

LOS NUEVOS CONQUISTADORES

Me ocurrió un caso relacionado indirectamente con esta pugna. Yo vivía en casa del periodista también español Miguel Capuz —muerto en Barcelona hace unos años—que tenía tres hijos de corta edad. La criada era madre de un niño de dos con el que habitaba su cuarto en la casa, un piso interior de reducidas proporciones. La mañana de un domingo el niñito amaneció muy enfermo. Llamamos a un médico particular y nos dijo que la enfermedad era sarampión y que convenía ingresar al pequeño en el Hospital Infantil para que no se contagiaran los otros que había en la casa.

La criada subió a un taxi que le proporcionamos, y con el niño en los brazos llegó al Hospital Infantil, donde no se lo admitieron alegando que era domingo y los domingos no se admitían enfermos.

Cuando la madre, que era una joven y tímida indita, regresó con su niño y aquella razón en los brazos, a mi me pareció ésta tan monstruosa que me presté a acompañarla para que volviera otra vez al hospital con el enfermito, y pude comprobar que era verdad: como era domingo no le querían admitir al hijo, incluso reconociendo que tenía un sarampión bastante avanzado.

Hablé con el médico de guardia tratando de hacerle ver la sinrazón de la *razón*. El médico, un hombre joven de rasgos europeos, me escuchó con una sonrisa sarcástica, y al final me dijo:

—Es usted español, ¿no?

—Sí.

—¿Refugiado?

—Sí.

—Y, ¿no sabe que ya se acabó la época de los conquistadores?

Caí en la cuenta. Eso era lo que nos creían a los que huíamos de España: conquistadores, como nuestros antepasados, los padres de los conquistados.

En Venezuela, el miedo a los médicos en la segunda mitad del 39 y primera del 40, tenía otro cariz. A Venezuela fueron más médicos que a Colombia, entre ellos el ilustre dermatólogo catedrático de la Facultad de Madrid, doctor Sánchez Covisa. ¡Lástima que haya por ahí un *facha* con los mismos apellidos!

No reaccionó aquella docta población médica como la colombiana en los primeros momentos. Covisa fue recibido con toda reverencia, así como otros médicos de menos categoría y fama, y todos ellos, acogiéndose a las leyes liberales del país, se establecieron y adquirieron en seguida clientela. Sobre todo el que acabo de nombrar, considerado en justicia verdadera eminencia. En sus consultas había cola, y los clientes acudían de distintos puntos de la nación como los peregrinos a La Meca. A pesar de todo, en esto intervenía en gran parte la sugestión de que antes hemos hablado, ya que en Caracas, donde ocurrió el caso,



Margarita Xirgu, símbolo de la postguerra española en América

hay y había muy buenos médicos venezolanos.

Cobrar consulta en Bolívares, moneda que entonces estaba a 3'20 por &, era un negocio muy productivo aún dado el nivel de vida cara de Venezuela. Covisa se contenía un poco, quizá avergonzado de ganar el dinero tan fácilmente.

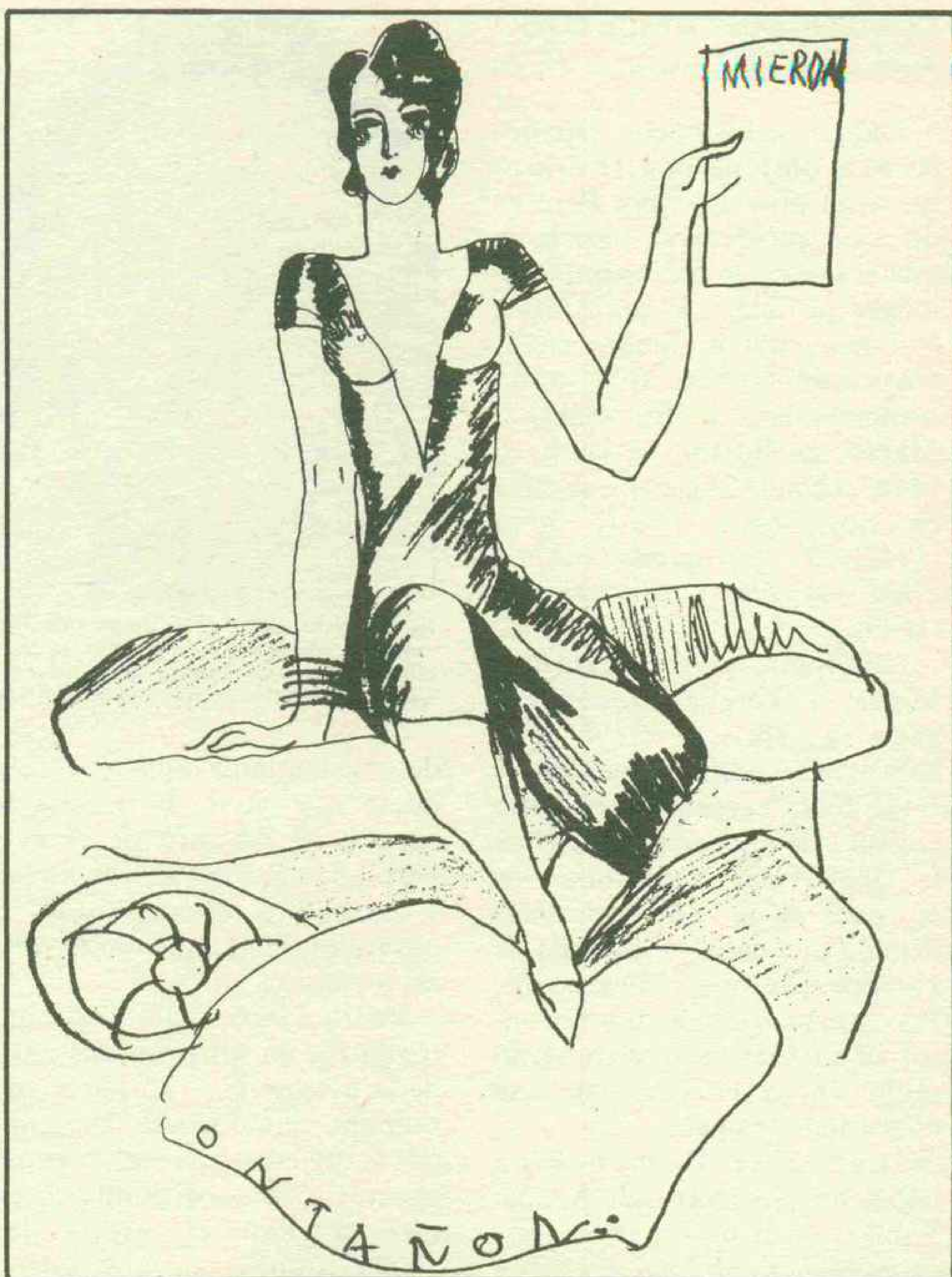
LA SEGUNDA CONQUISTA

De pronto surgió allí también el instinto defensivo y apareció una disposición ministerial obligando a los médicos extranjeros a someterse a un ejercicio de reválida como requisito para ejercer la profesión. Covisa en realidad se resistía a ejercer ante el run-run de protestas despertadas.

No pasó por las armas de la reválida. Era un hombre de una timidez y una discreción absolutas. No quería ninguna susceptibilidad ni exponerse a reprobar; interferirse en los intereses de hombres que habían estudiado su misma carrera. Le dolían las reservas mentales que pudiera haber en torno a su persona. Desdeñaba el dinero que se le ofrecía pródigo y honórico por su ciencia. El no había ido a "hacer la América"; había llegado a aquellos confines por otras causas lejanas de su voluntad. Pero era médico y tenía una misión ineludible ante el dolor. Además era preciso ganar lo necesario para vivir. Lo necesario. Eso le dió la clave de su conducta. Nada más ni nada menos que lo necesario.

Fue una decisión irrevocable que tranquilizó su conciencia y libró de escrúpulos su ética profesional. El doctor Sánchez Covisa anunció que sólo atendería cinco consultas diarias a 50 bolívares cada una. Era lo necesario para vivir, sin que nadie le pudiera echar en cara que le quitaba el trabajo a los demás.

Limitarse a ganar 250 bolívares diarios constituía un sacrificio, no lo duden ustedes: porque aquel hombre, si hubiera querido habría podido atender veinte consultas diarias y cobrarlas mucho más caras.



Dibujo de Santiago Ontañon —inédito— quién resolvió su postguerra en Buenos Aires como escenógrafo de Margarita Xirgu, y en Perú como director de un teatro oficial.

Otros médicos conocidos que arribaron a Venezuela en exilio fueron los hermanos Martín Antonio, uno de los cuales, fallecido allí, había sido diputado radical-socialista en las legislativas republicanas. Estos se fueron a ejercer al interior del país, donde había mucha malaria y pocos médicos, y se ganaba bastante más dinero que en Caracas todos los que decidían irse a los Estados estaban exentos de la reválida. Lo que quiere decir que lo único que temían los profesionales venezolanos era la competencia en la zona privilegiada de Caracas.

La perspectiva de irse al interior les atemorizaba a algunos de los que se fueron. Es el temor español a lo desconocido, que luego nos resulta tan familiar.

Y así fue. Una segunda ola colonizadora, bordada sobre fondo de riqueza como en la primera llamarada de la Conquista.

En México no hubo problema. Los médicos, como los abogados, podían ejercer libremente con sólo mostrar un título de una Universidad española. Al descargar allí la emigración masiva dió proporcionalmente el mayor número de médicos también; pués como todos sabemos la entrada en México era más fácil que en ningún otro país de América.

LOS POETAS "DEL EXODO Y EL LLANTO"

Hablar de los poetas españoles en la postguerra del exilio es un tema muy manido. Pero es un tema que debo consignar en este resumen lo más completamente posible. De entre ellos conviene citar a algunos cuyas trayectorias han sido poco mencionadas: Pedro Salinas. Muerto en Boston en 1951, su obra, acabada la guerra, se cifra en tres libros. *Poesía junta* (1942). *El contemplado* (1947) y *Todo más claro y otros poemas* (1949)

Un buen poeta catalán, Miguel y Vergues, recién llegado a México creyó que comenzaba una nueva vida, y revalidó la carrera obteniendo el título de doctor en Letras de la Univerisdad Autónoma, en la que unos años después explicó una cátedra llamada de Independencia Mexicana. Pocos eruditos podrían encontrarse en México que supieran tanto como él sabía de esa época independista.

Juan José Domenchina había sido secretario de Azaña. Publicó en América tres libros de poesía: *Exul Umbra* (1948), *Perpetuo arraigo* y *La sombra desterrada* (1950). Estaba casado con Ernestina de Champurcin, también poeta o poetisa. Al emigrar, se encontró el matrimonio con que ninguno de los dos tenía una profesión de la que vivir. El poseía la carrera de maestro de escuela pero no la había ejercido nunca y andaban desorientados, pasándolo mal con sólo la poesía a cuestas.



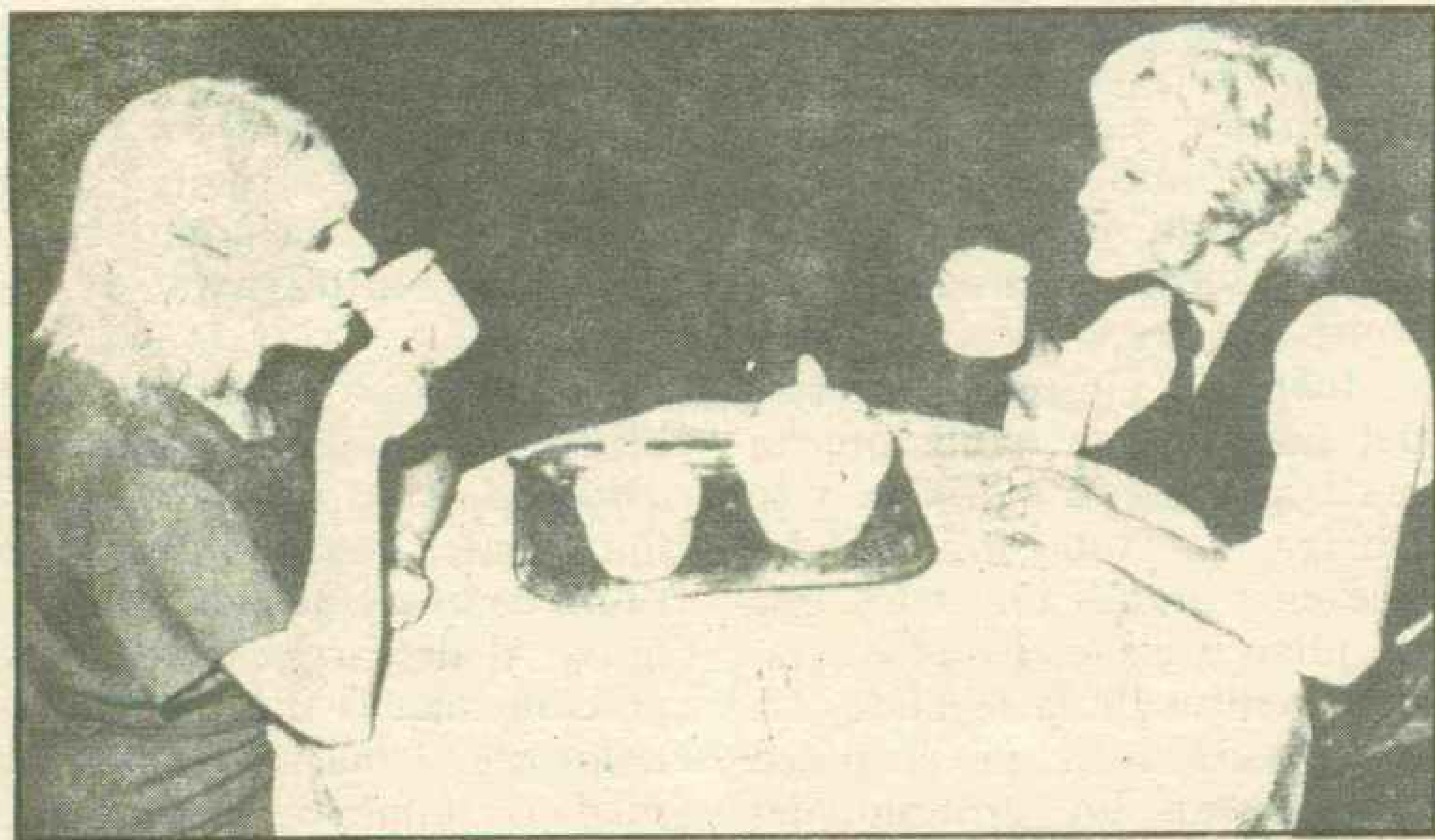
Rafaél Banquells, primer actor y director teatral y empresario, para quien la postguerra le hizo encontrar en el exilio mexicano su definitiva consagración artística.

Pedro Garfias: Publicó cuatro libros en los primeros años de la posguerra. Tan buen tipo humano como poeta, sus amigos le tuvieron que recluir en un sanatorio de esos donde dicen que quitan el vicio del alcoholismo.

¿Qué de que vivía? Es más fácil explicar de que bebía, pues al "trago" estaba invitado siempre. Todo lo más que le costaba era recitar de vez en cuando una poesía propia. La vida, lo que se llama la vida, aunque los flamencos no coman, ya es más difícil. *Poesías de la guerra española* (1942), *De soledad y otros pesares (1948).*

Emilio Prados. Emigrado también de los del 39, estuvo en Francia y Suiza antes de situarse definitivamente en la tierra argentina para dedicarse a trabajos editoriales. La licenciatura de Filosofía y Letras también le sirvió a Prados para defenderse económicamebte allí. Asimismo una revista literaria bonaerense llevaba su marchamo inconfundible. Estrechó más sus relaciones con Alberti hasta en el sufrimiento político. Con Manuel Altolaguirre —su paisano— que se quedó en la Habana y fundó una editorial que fue un fracaso—, tuvo Prados alguna correspondencia al principio, y proyectos comunes, que se fueron dispersando en la turbulencia de la vida del primero.

Juan Rejano, poeta puro llegó a México con el oleaje humano que llevó el "Sinaía". Presentó un proyecto de revista literaria —"Romance"— en una editorial y le fue aceptando. Juan Ramón Jiménez dijo en una interviú que aquella publicación era lo mejor que se había hecho en esa materia por los refugiados españoles en América.



En la postguerra española en América, se revela asimismo una dramaturaga de gran fuerza intelectual, Maruxa Vilalta, llegada a México de niña, con sus padres. En la foto una escena de su farsa trágica, "Esta noche juntos, amándonos tanto", centenaria en representaciones.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

Cuando acabó la guerra, Enrique Diez-Canado, miembro de la Real Academia Española, era embajador en la Argentina. Hombre sencillo y realista, mitad por mitad de poeta y crítico, reunió al personal de la Embajada y le habló claramente:

—Señores —dijo—. Les aconsejo que cada uno de ustedes tome el rumbo que les dicten sus ideas o sus sentimientos. Yo he acabado mi misión, y paso a ser sólo un amigo de todos. El que se quiera marchar a España puede hacerlo. Que

nadie se considere ligado por ningún compromiso con mi actitud, de la misma manera que yo considero lógica y natural y la respeto profundamente, la actitud que engendre el sentimiento político de cualquiera de ustedes. Les estoy muy agradecido a todos por sus servicios prestados.

Después de este "speach", Canedo lió sus bártulos para marcharse a México. Estaba dispuesto a acompañarlo el primer secretario de la Embajada, Oños de Plandolit. Pero a este fue a visitarlo un padre jesuita poco antes de la partida, hablaron largamente, y después, Oños se excusó ante Canedo, y se fue a España.

Sólo cinco años más de vida le quedaban a aquel excepcional escritor, crítico y poeta. Murió en México el 44, a los 65 años de edad, sin ocuparse ya de nada, escondido y casi ignorado. Parecía más viejo, tanto por su actividad reatraída como por su semblante, coronado por escasa cabellera completamente blanca.

Lo mató la labor dura, irresistente, poco dúctil, del exilio. Si en lugar de México se hubiera ido a Francia, se habría destacado más su personalidad, porque allí le es más difícil rechazar homenajes a un extranjero capaz de mostrarle al país sus propios valores olvidados. Este era el caso de Canedo. Pero Francia no estaba entonces para ser refugio de intelectuales.

La última vez que le vi fue en un restaurant modesto, sentado frente a una taza de "consomé". Yo hice como "que el no me había visto", para evitarle el embarazo de saludarme. ¡Qué sección de comentarios habría hecho el crítico en esos años finales, si algún diario mexicano se hubiera dado cuenta de que el poeta, cuando es buen poeta, es un estúpido periodista, capaz de adaptarse a la noticia viva de cada día con más emoción que nadie!

Le acompañaba su hijo, espíritu creador y emprendedor —a diferencia en lo segundo del padre— donde se ha engarzado el talento de éste que se fue a la eternidad a seguir leyendo.

EL ESCENOGRAFO FONTANALS

Este es el caso de un hombre que en plena guerra se fue a México acompañado al elenco teatral de Josefina Díaz y Manuel Collado —el primer Collado— con el autor Alejandro Casona.

Fontanals llegó a México en un momento propicio para el mercado cinematográfico de aquel país.

Una juventud de esfuerzo y amarguras fue compensada al fin en la posguerra mexicana, al comenzar la lucha por la vida, con un matrimonio feliz contraído con una hija de la condesa de Subervielle, destacada dama de la aristocracia francesa, que tantos miembros tiene radicados en México.

De su esposa decía Fontanals:

—Encontré esa mujer que sólo se encuentra en las novelas optimistas.

Y era verdad. El tópico de la mujer ideal se desarrolló en este caso. La mujer del artista que sabe entenderle, y lo que es más difícil aún interpretar sus gustos.

Aprovechando una vieja finca cortesiana de Coyoacán, Manuel Fontanals reconstruyó una hermosa casa con potrero y jardín, de amplias salas decoradas al buen gusto clásico, sobrio, colonial; pero de un colonial sin florituras, severo y cómodo, como las casas de aquel pueblo fundado por Hernán Cortés, que recuerdan la claridad de los patios y las estancias extrañas.

Su primer trabajo en México fue presentar una comedia de Casona para debut de la compañía Díaz-Collado. La empresa estaba parca de dinero y Fontanals le daba vueltas a su magin para que todo saliese lo más barato posible. En el comedor del hotel donde se hospedaban había sobre las mesas unas tarjetas describiendo el "menú", muy originales, en las que campeaba un raro dibujo de tipo cubista. Manolo pensó que aquellas tarjetas diseminadas por el telón de fondo del decorado de la obra produciría un efcto de gran impresión desde el público. Sólo les faltaba algo así como un redondel en el centro para producir incluso una sensación de relieve. Y, de pronto... ¡ah, pues allí estaba el



José Baviera, otro de los actores españoles que triunfaron durante la postguerra en América, aparece aquí, a la derecha, interpretando la obra de Luis G. Basuto "Con la frente en el polvo", quien aparece a la izquierda encarnando a uno de los personajes.

efecto completo! Agarró el tapón corcholata de la botella de cerveza y la colocó en el centro de la tarjeta. Justo. Manolo pidió al "Maitre" unas cuantas tarjetas del "menú" y se llenó los bolsillos de tapones corcholatas. Clavó estos sobre aquellas en el telón que figuraba a pared frontal del escenarios, y cuando Casona entró en la sala antes de comenzar el ensayo general, se quedó asombrado:

—Eres un artista, Manolo. ¡Qué bonito está eso!

—¿Verdad?

—¡Magnífico!

—Pués no ha costado ni un céntimo.

—¿Por qué?

—Sube y lo verás...

Casona subió al escenario, y al ver de lo que se trataba torció el gesto. Cambió por completo su entusiasmo:

—No, no Manolo. Esto no puede ser.

—¿Cómo? Pero, no te gustaba tanto desde las butacas? ¿Se nota desde el público lo que es?

—No, pero... Yo no puedo permitir que una obra mía se presente así...con estas miserias...

Josefina Díaz y Manolo Collado se pusieron tristes. ¡Con el poco dinero que tenían y lo barato que les había salido aquello! Y Fontanals, rojo de ira, se encaró a Casona:

—¿Sabes lo que pasa? —le dijo. —Que tu eres de profesión maestro de escuela, y eso... ¡se paga!

AUTORES VARADOS

Muchos autores teatrales republicanos emigrados en América tuvieron que dedicarse también a otros menesteres que, unas veces se derivaban de la profesión autoral y otras divergían por completo. También los había que tuvieron que dedicarse al santo ocio par falta de adaptación, o simplemente de posibilidades de trabajo. En la Argentina murió a poco Jacinto Grau, el hombre que

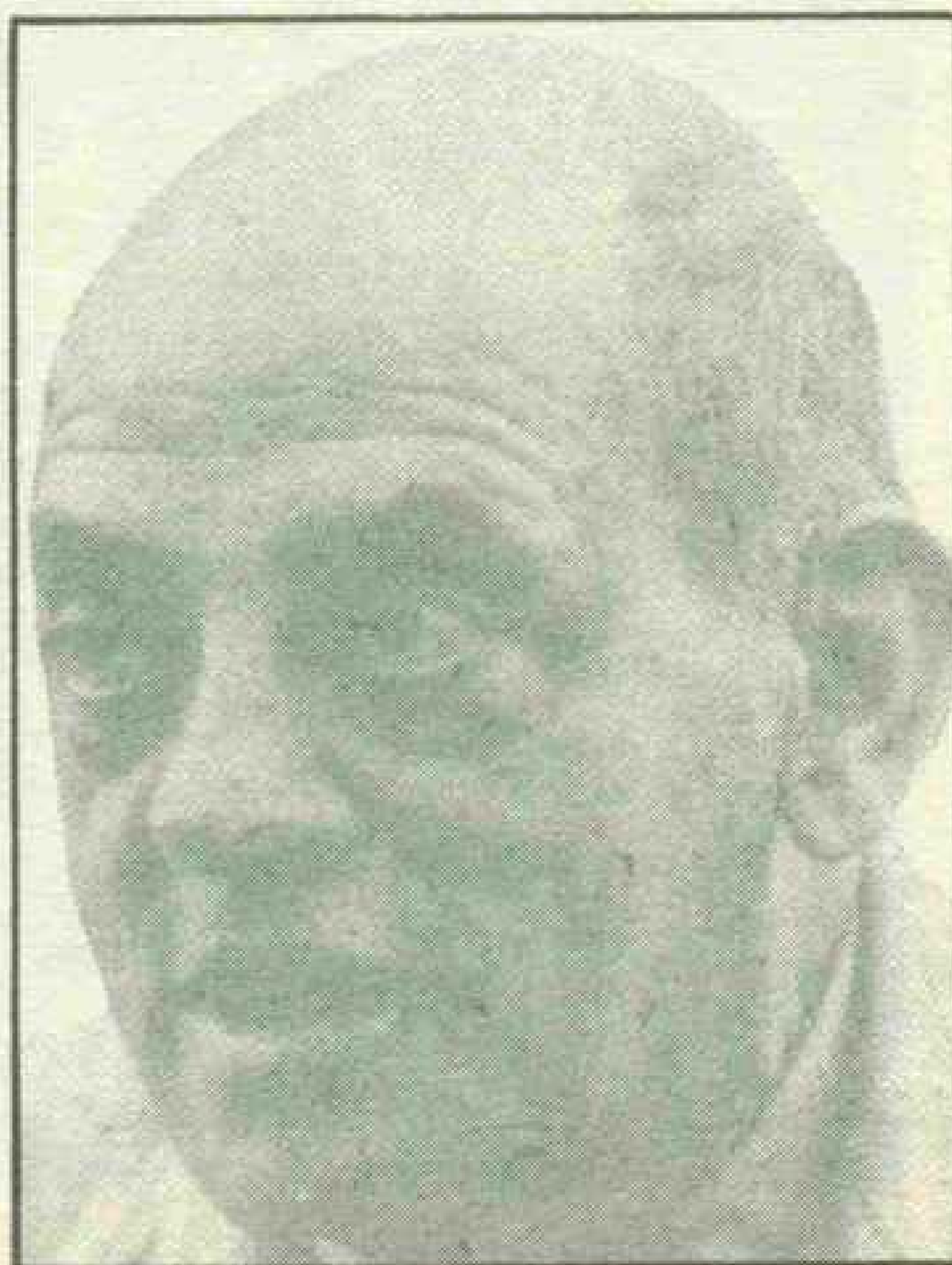


Lorenzo de Rodas, un primer actor surgiendo en México con fuerza y talento, llegó al país de niño, como tantos otros. Fruto de la postguerra en el exílio.

cargo siempre con el sambenito de su "jettatura". En Chile vivió al principio sus alegres días Joaquín Montero, de la escuela vernácula catalana, en compañía de su yerno "Amichatis", también autor.

A México los autores españoles llegaron, naturalmente, en mayor número: Leandro Blanco, Alfonso Lepana, Magda Donato, León Felipe, Alfredo Muñiz, el maestro Penella, José L. Mayral, Arturo Mori, Eduardo Ugarte, Víctor Mora, Avelino Artis —padre de "Tisner"— y algunos otros en receso.

A Cuba llegaron dos autores olvidados, Fernando de la Milla, sevillano, y Enrique López Alarcón, malagueño. Este comenzó a vivir en La Habana mal pagado, redactando una página diaria de un periódico, dedicada a España y las cosas españolas. La Universidad le rindió homenaje publicado en limitada edición de lujo un tomo con doce sonetos suyos, que el fue enviado a los amigos de diferentes países, en dedicatoria de afecto. Aunque lo pasaba muy mal económicamente, si alguien le dijo:



Luis Buñuel reafirma su calidad en la postguerra en América.

—¿Por qué regalas ese libro tan primoroso? Si lo vendieras sacarías algo con que remediarte...

El, contestó:

—¿Cómo voy a vender una cosa que no me ha costado nada?

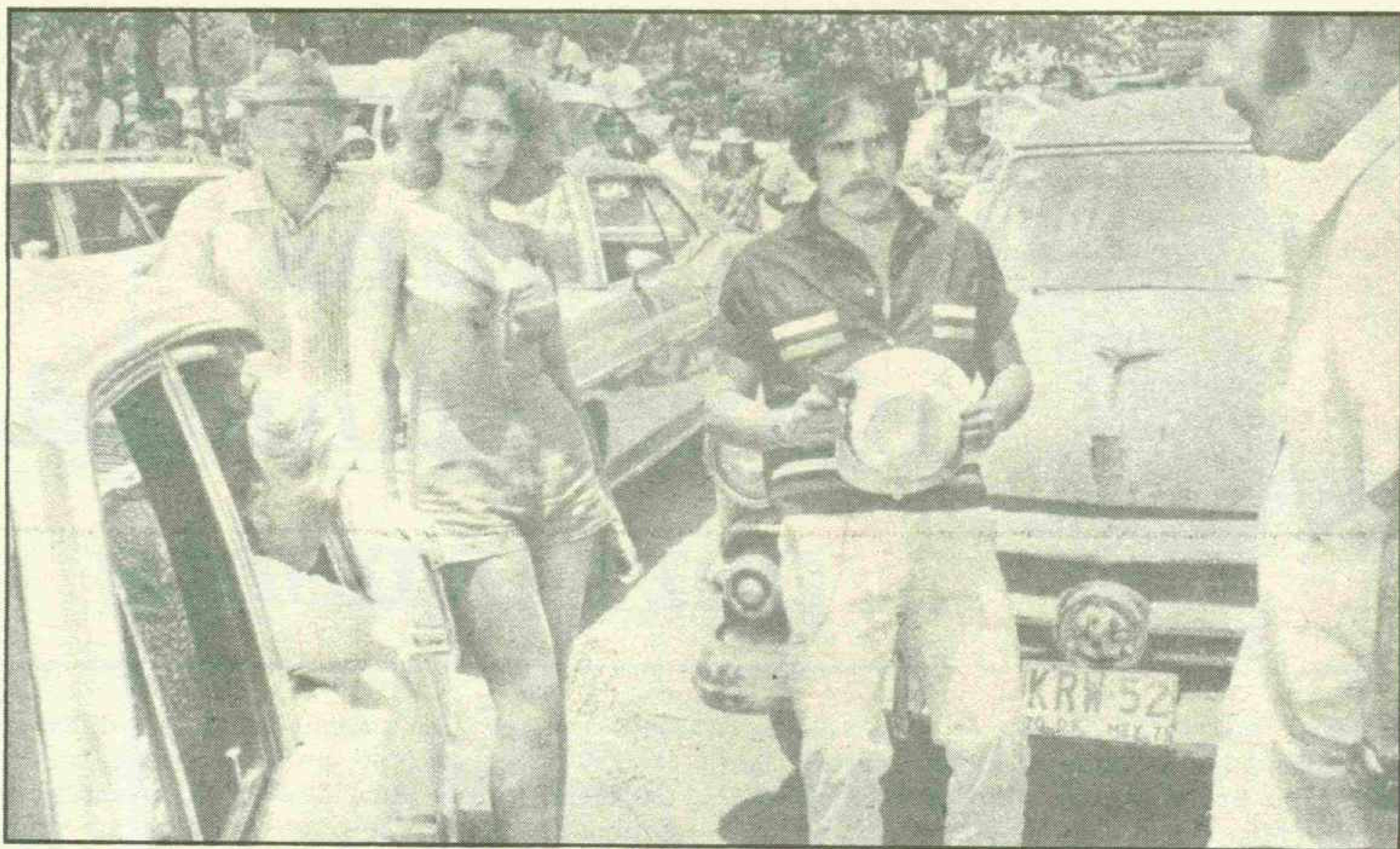
En aquel periódico habanero arremetió contra todos los españoles derrotados por haber hecho tan mal la guerra: republicanos, socialistas, comunistas, anarquistas. Esto le creó en torno una cierta ojeriza y le aisló de aquel cotarro que al principio de la emigración se extendía por todos lo países de América.

Lo corriente en los "indianos", me atrevo a decir que lo natural, es que envíen dinero a sus familias en España, como consecuenia de la facilidad que supone —o mejor suponía— ganarlo allí. Pero la profesión ya impecune del poeta se agrava en América por el exceso de competencia. A López Alarcón le mandaba algún dinero su madre desde Málaga, para ayudarle a subsistir. Pasaba angustias en aquella ciudad de españoles inmensamente ricos, ante los que él era "inmensamente pobre".

REMEDIOS HEROICOS

Prieto, al llegar, se fue a vivir a un hotelito de la avenida de Nuevo León donde recibía a un grupo de amigos. Comenzó escribiendo artículos para el diario "Excelsior", la revista "Siempre!" y algún otro periódico.

Se decía que don Inda era accionista de las dos publicaciones mencionadas o de una de



Un fotograma de "Mecánica Nacional" una de las peliculas de Luis Alcoriza, gran director sucesor de Buñuel, que aprendió el oficio en la postguerra.

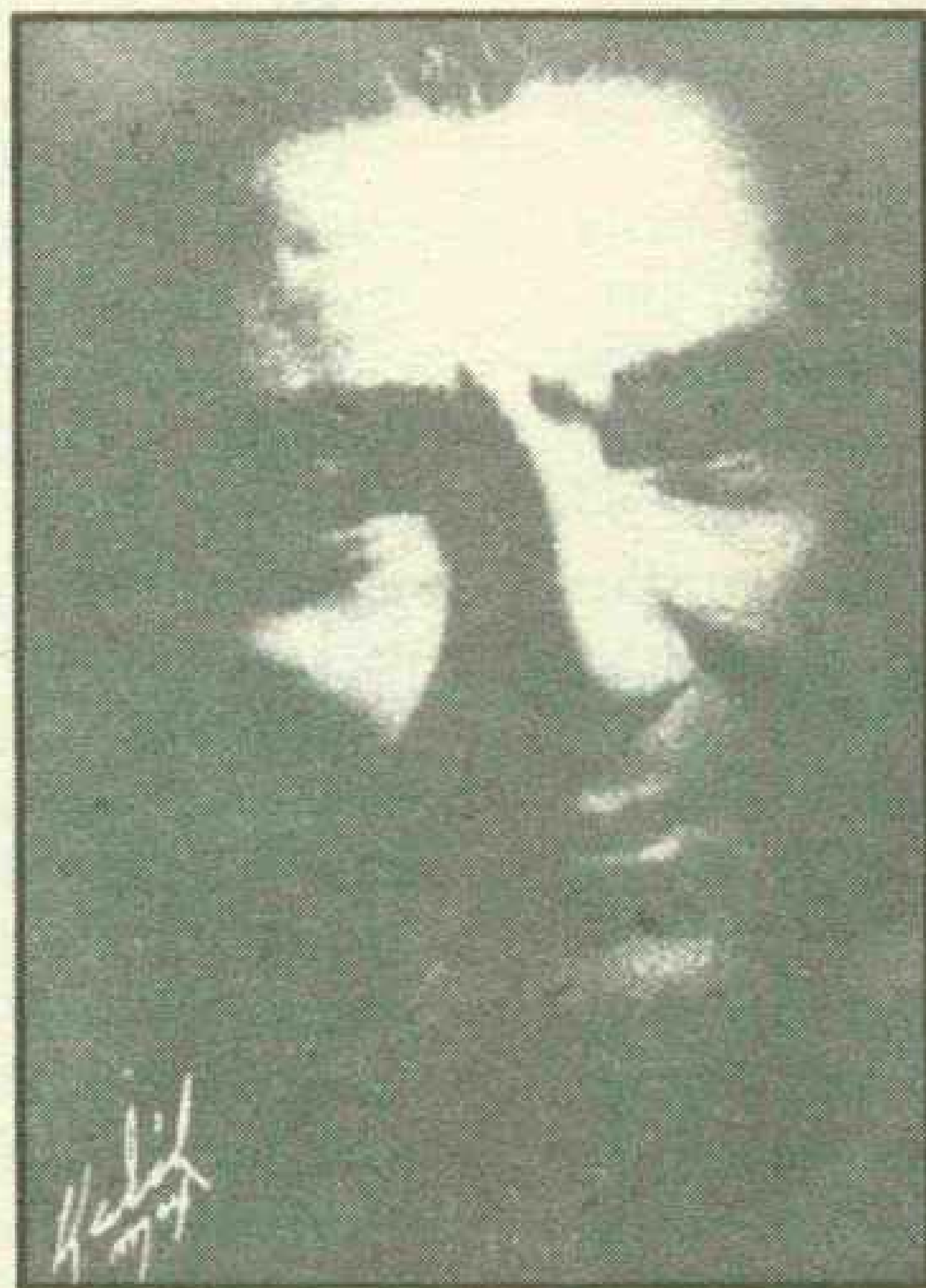
ellas, "Excelsior". La verdad era que la forma de vivir de aquel hombre no suponía precisamente la de ser accionista de cualquier empresa.

Cuando Prieto llegó a México, navegaba viento en popa hacia ese hermoso país el yate de recreo denominado entonces "Vita". Quizá sea reiterativo contar la historia, pero es una historia de inmediata posguerra y es periodístico contarla aquí.

El "Vita" iba pilotado por un comandante de navío apellidado Ordorica, al mando de un comisario político que se llamaba —se llamaba porque se murió mucho antes que Prieto— Vicente Puente Abuin, y llevaba, además de una exigua tripulación, un importante cargamento de alhajas y otras cosas de valor, camuflado en latas de galletas de diversos tamaños, y consignado al Dr. don Juan Negrín, quien tenía sus representantes en el puerto de Veracruz, con autorizaciones en regla para hacerse cargo del valioso botín.

La discordia entre Prieto y Negrín se volvió pelea en París una vez terminada la guerra, durante una reunión en que si no se tiraron los trastos a la cabeza fue porque no había trastos a mano. Prieto se fue a México. El otro se quedó en París. Y cuando el "Vita" navegaba con viento favorable alguien le dio el "chivatazo" al primero, con todo género de detalles.

La astucia, la sagacidad, el conocimiento de la mayoría de sus gentes, siempre fueron características relevantes de don Inda; y haciendo uso de ellas, puso un radiograma al "Vita" en alta mar, ofreciendo a Vicente Puente Abuin 100.000 pesos mexicanos si cambiaba la dirección y consignación del barco.



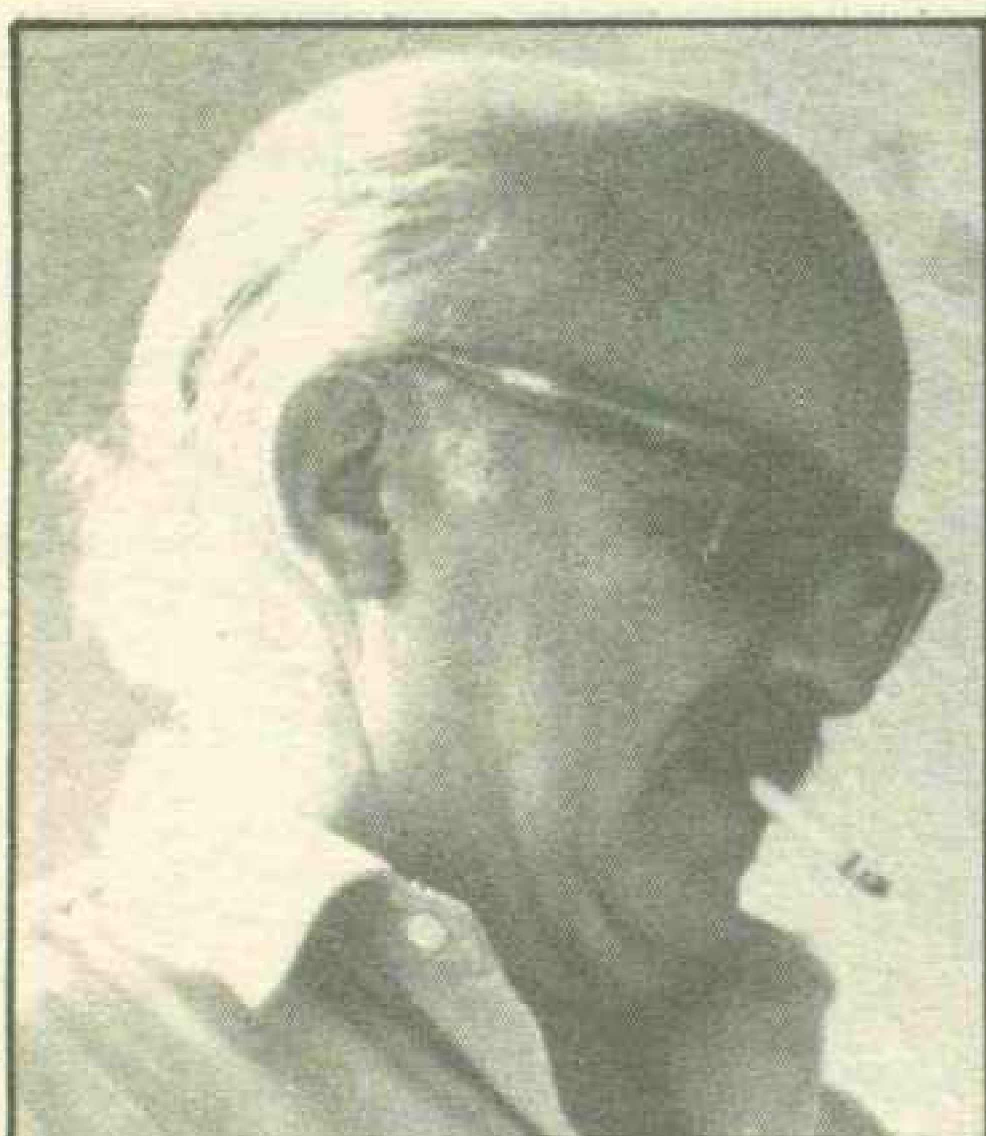
Para el pelotari Guillermo Amuchastegui, la postguerra fué encumbrarse al n 1 del "Jai-Alai" en los frontones de La Habana, México, Miami y Shangai.

Por consiguiente, en las latas se borró el nombre de "Don Juan Negrín" y la consignación "Veracruz", escribiéndose sobre estas palabras, otras que decían respectivamente: "Sr. Indalecio Prieto y Tuero", "Acapulco".

En Veracruz quedaron sentados esperando el barco los representantes de Negrín.

La descarga se hizo sin dificultad en Acapulco, desde el barco a un camión que esperaba en el pequeño muelle de Icacos, de acuerdo con los aduaneros, que en el país mexicano suelen ser liberales, y contra lo que digan algunas gentes, muy poco interesdos.

Las obras benéficas en favor de los refugiados españoles con tal tesoro fueron numerosas, hasta que al gobierno de México se le ocurrió incautarse del sobrante. ■ C. S.



R. Muñoz Suay

Fragmentos de una clandestinidad permanente

TAL vez fue mi generación y no sólo en España sino en otros muchos lugares la que ha vivido más años de clandestinidad. Me refiero a los que integramos desde los primeros años de la década de los treinta la entonces llamada "vanguardia estudiantil". Permanecer a los grupos, con frecuencia minoritarios, del **estudiantado revolucionario** llevaba consigo el paso habitual de la legalidad a la clandestinidad. Si ahora debo reflexionar sobre mi vida política —que, en realidad, nunca fue una excepción en aquellos tiempos— debo reconocer que desde casi siempre estuvo marcada por un proceso que iba deteriorando poco a poco y sin ser consciente de él, el sentido real de la vida. A mí, como a tantos otros, ese proceso de vivir en una permanente clandestinidad me obligó a una singlatura biológica en la que no sólo dejé en más de una ocasión el pellejo sino que me orientó hacia una mecanización política que me separó, más de una vez, de la Historia, pese a que uno creyó siempre que la íbamos transformando a nuesestro modo.

"Entré" en la clandestinidad desde muy joven, cuando todavía estaba en los últimos cursos del bachillerato. Por otra parte debo confesar que mis recuerdos familiares —a los seis años conocí a la Guardia Civil llevándose de mi casa a mi padre— establecen una continuidad que me condujo, como la más natural, al ingreso en el Partido Comunista (en aquel 1932 éramos tan pocos en Valencia que la organización juvenil no tenía organismos independientes de la de los adultos). Muy pronto conocí cierta clandestinidad pues con el triunfo derechista de las elecciones de 1933 los comunistas debíamos iniciar trabajos que si bien en aquellos tiempos republicanos no eran peligrosos sí rozaban esas zonas en las que ciertas actividades "no legales" iban configurando nuestra mentalidad. La revolución de octubre de 1934 nos movilizó a los dirigentes en Valencia, aunque el reflejo de ella en la ciudad fue escaso. Ya a partir de aquel año, hasta las elecciones de 1936, nuestras actividades se desdoblaron y la vida legal en la Universidad conllevaba (entre detenciones, registros y reuniones subterráneas) esa otra vida que iba formándose dentro de cada uno de nosotros: la ilegalidad como una forma más de nuestra "misión revolucionaria", de nuestro diario enfrentamiento con el Fascismo.

La terrible guerra civil, en los primeros momentos vivida como un gran caos repleto de acontecimientos y en los que la rotura con muchas costumbres tradicionales no era sino una puerta que se abría a la gran aventura, nos movilizó con las armas en la mano "contra el Fascismo", sublevado militarmente contra esa misma República con la que, entonces, tampoco estábamos de acuerdo. Pero esa guerra significó el abandono de nuestras actividades semiclandestinas y el inicio no sólo de una completa legalidad sino la ocupación de la dirección política del país.

La guerra, en mi zona republicana, fue vivida por los que nos habíamos convertido en "líderes" estudiantiles como una gran aventura "legal" que nos iba a conducir a la victoria del Partido (por encima de otras consideraciones bélicas). Pero unos veintitantos días antes de la derrota final, ya tuve que buscar refugio, más o menos clandestino, huyendo de la furia de los "casadistas". No fuí todavía consciente de que esa transitoriedad iba a adquirir en pocas semanas una vivencia adherida constantemente al esqueleto de uno, como forma de huir, como forma de permanecer en la vida y en la lucha, como transformación de la naturaleza de un joven que ya no fue ni joven ni de una sola pieza, desdoblado diariamente por las exigencias de la clandestinidad.

En el puerto de Alicante, en abril de 1939, ya cercados por los franquistas, asistí como representante del Comité Nacional de las Juventudes

Socialistas Unificadas a una reunión de la dirección central del P. C. E. Se debatió, en esa atmósfera de la derrota, la rendición o la resistencia. Se optó por la entrega sin lucha y a partir de ese instante en el que las muertes violentas, voluntarias o no, nos aproximaban a la realidad dramática circundante, fuí consciente de que tenía que escapar de una inevitable sentencia mortal. Ya en el Campo de Concentración de Albatera todavía pudimos algunos cuadros de la dirección estudiantil cambiar impresiones sobre nuestros destinos. El mío, tras varias semanas de pasar inadvertido cada vez que las delegaciones falangistas nos visitaban para descubrir a los sañudamente buscados, logré jugando una vez más con el transformismo físico (hacía tres meses que había regresado de Norteamérica y unas espléndidas hojas de afeitar me rejuvenecieron adecuadamente) y con el falseamiento de la documentación legal abandonar aquel campo que por razones de avituallamiento y de seguridad ya no podía albergar a los excesivamente viejos y a los todavía menores de edad.

Al salir de Albatera, en un tren de vagones de ganado, desvencijado y repleto de refugiados famélicos, opté por acercarme a Valencia donde vínculos familiares me ofrecían seguridades inmediatas. Los pocos kilómetros del recorrido fueron cubiertos en cerca de veinticuatro horas. Cuando llegué a la estación valenciana y al enfrentarme con una muchedumbre distinta a la que durante la guerra había conocido, un reflejo probablemente equivocado me obligó a ponerme unas gafas de sol. Al poco entré en una casa familiar que abandoné la misma noche para buscar otra más segura en la que permanecí un año al cabo del cual entré en otra en el que unos camaradas me habían construido, ladrillo a ladrillo un buen refugio. Cinco años pasé en esta otra casa familiar. Creo que en el primer año de

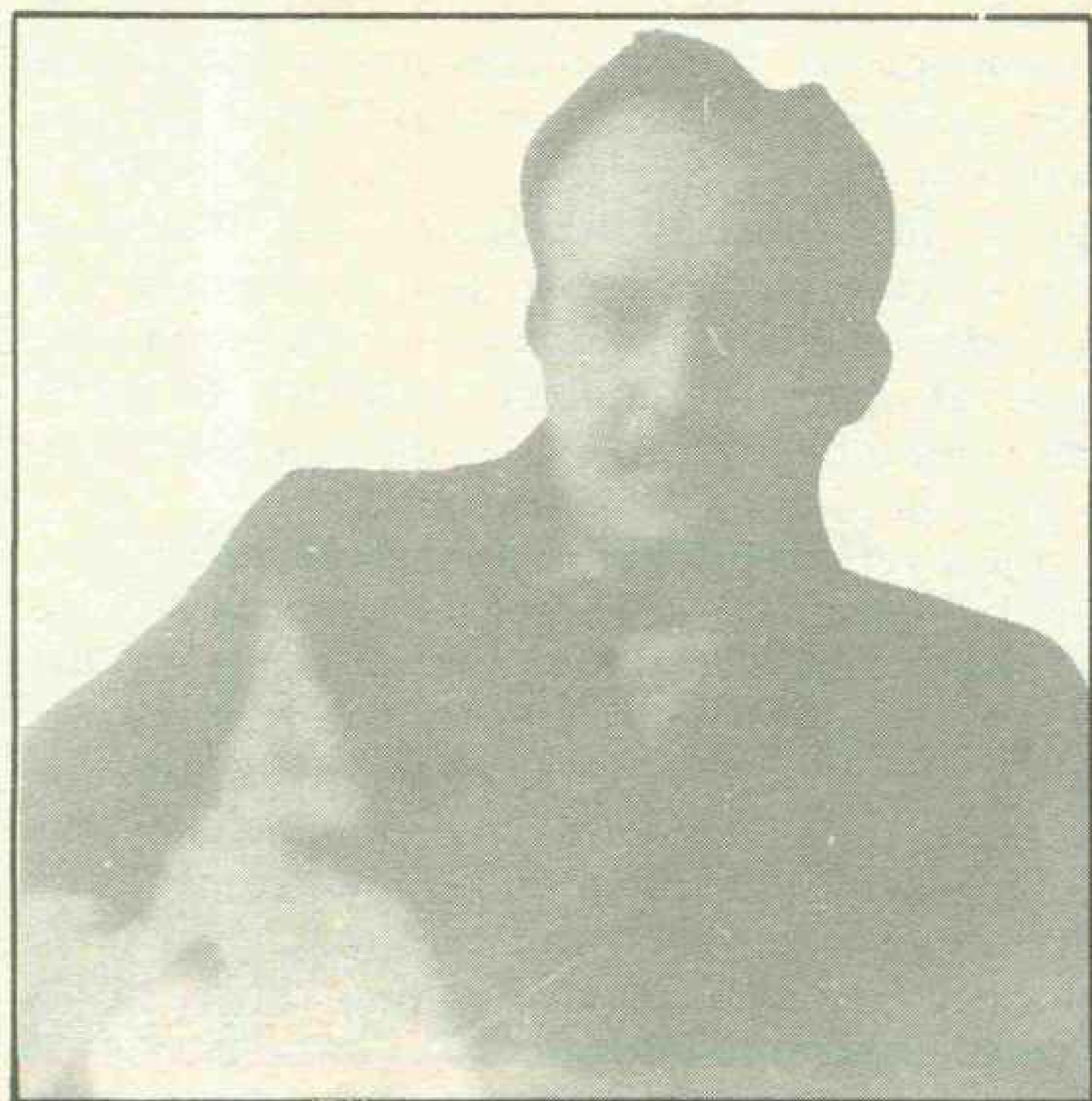


Foto "clandestina" hecha en 1940 y que debía servir a Muñóz Suay para su documentación "legal".



Foto de Muñóz Suay y Ramón Piñeiro, dirigente galleguista, en la prisión de Yeserías de Madrid, 1948.

mi vida monacal los contactos con el exterior sólo fueron conducidos por familiares. Desde el primer día lo que más me preocupaba era conocer la situación de los compañeros, sin pensar todavía en una reorganización del aparato conspirativo pero sí con la seguridad de que a la larga habría que iniciar el trabajo clandestino que, por otra parte, no podía durar mucho tiempo porque el fin de Franco no iba a tardar (según los pesimistas, entre los que yo militaba, iban a ser unos diez años todo lo más).

De mayo de 1939 a junio de 1945, como una débil tela de araña fuimos tejiendo de unas casas a otras y, más adelante, de una ciudad a otra, los contactos. En los dos primeros años de la posguerra, sólo con la ayuda personal y física de dos compañeros, logré no sólo conservar el anonimato sino que pudimos con elementales y primitivos aparatos de "ciclostil", construidos por nosotros mismos, editar algunos números de "La verdad", órgano del PC valenciano y alguna otra publicación a las que titulábamos con etiquetas "patrióticas". Recuerdo que en aquella especie de vida inmóvil, inmerso en la campana pneumática de mi escondite, que se prolongó durante seis años, nuestro pequeño núcleo resistente que, poco a poco, se fue ampliando, siempre débilmente, logró transformarse en una tímida dirección estudiantil. La caída en manos de la policía de uno de mis dos asiduos colaboradores no nos obligó a cambiar de refugio ni cortar unas actividades que en aquella época no dejaban de ser arriesgadas.



Jorge Semprun y Ricardo Muñoz Suay en una mesa literaria (1980).

La vida de "topo" imprime al que la vive unas características especiales. Las cuatro paredes del encierro poseían una permeabilidad voluntaria que no tienen las de una prisión impuesta. Y el problema era la transformación que se sufría al enfrentarse uno con una sociedad que o se adivinaba o se inventaba, pero que ya era vivida teóricamente. La lectura me ocupaba muchas horas diarias. Si por una parte los libros ayudaban a conservar la actividad intelectual, eran los periódicos, devorados diariamente, los que se analizaban para descubrir en ellos las claves de la esperanza. Pero, sobre todo, era la información oral de los compañeros, no siempre aceptada pero sí siempre buscada y exigida, la que contenía más interés. Conocer la suerte de los amigos y compañeros, verificar los comentarios de la calle y, en especial, interpretar los testimonios, en esos años en los que la represión era terrible, nos obsesionaba. La vida personal, las incidencias íntimas, se doblegaban a la vida "misional" dando poco margen a las emociones particulares.

Desde mi escondite íbamos intentando reconstruir, pero las celdillas de la colmena ideal en muy pocas ocasiones eran habitadas por activistas, temerosos con razón por una parte y aislados otros del contexto nacional y preocupados por sus situaciones económicas.

En 1945, ya establecida una frágil organización estudiantil (la U.F.E.H., organismo nacional de las F.U.E. locales, mantenido por nosotros dada nuestra "legalidad" orgánica desde 1935) y en una reunión celebrada en mi escondite con miembros venidos de fuera, se decidió el que yo, con todas las documentaciones "legales" que me consiguieron los camaradas del Partido, me trasladara a Madrid. El viaje, en un W. L., acompañado de un familiar, al cabo de seis años de inactividad física, no fue nada cómodo, aparte del control policiaco de los viajeros que no tuvo mayores dificultades que el sobresalto previsto.

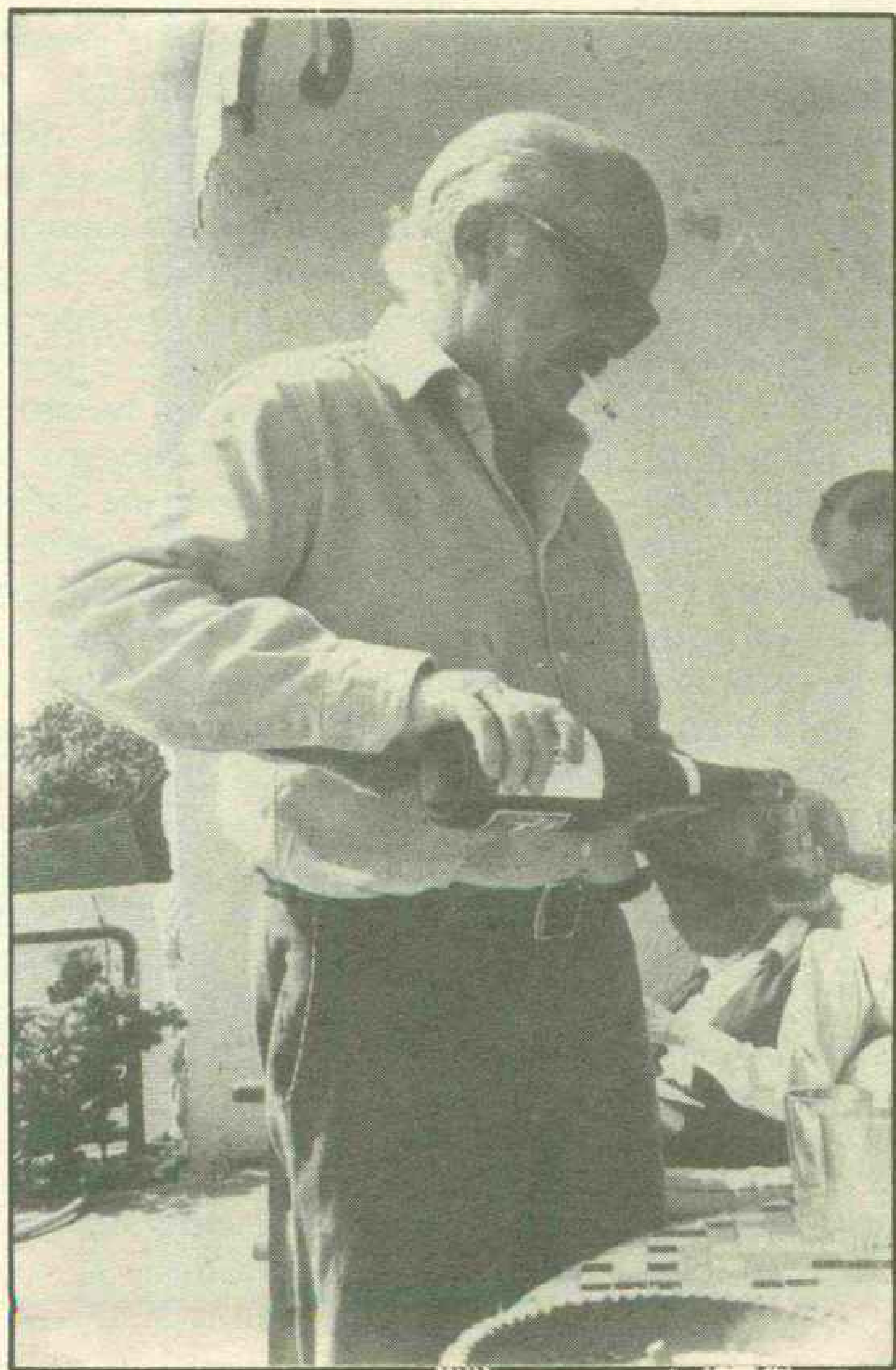
Madrid, en aquel verano de 1945, con la victoria de los aliados y la esperanza de los antifranquistas callejeando, pronto me fue, de nuevo, familiar. Fue una época en la viviendo en diversas casas, los contactos con otros clandestinos del Partido menudeaban y casi siempre, con obstinada torpeza, se celebraban en el Parque del Retiro. Fue en aquellos meses cuando al caer la dirección encabezada por Zapiraín y Santiago Alvarez, tuve que refugiarme en casa de un conocido dirigente estudiantil del sindicato franquista, el S.E.U. En los primeros meses de 1946, por otra parte, celebramos una reunión "nacional" de la U.F.E.H. En realidad más que organizaciones teníamos en algunos lugares del país delegados, casi siempre antiguos militantes de la federación universitaria. Casi todos ellos, y nosotros mismos dirección nacional, estábamos alejados, por unos u otros motivos, de los centros de enseñanza y poco conocedores de la vida universitaria que iba desarrollándose por cauces muy distintos de los que vivíamos los profesionales de la clandestinidad. Sin embargo, dentro de unos límites no extensos, fuimos creciendo. En Septiembre de 1.946 cayó un compañero que vivía en Córdoba y que para eludir ante la policía sus vinculaciones con la guerrilla andaluza confesó sus enlaces estudiantiles con Madrid. En pocos días fuimos cayendo uno tras otro los componentes del Comité Nacional de la U.F.E.H. Varios años de cárcel vinieron a sumarse a los de la ocultación. Ahora era en la cárcel —en aquellas cárceles franquistas todavía perduraban las ejecuciones, aunque más esporádicas— en las que tuvimos que volver a ciertas prácticas conspirativas y clandestinas, para proseguir la vida política fuera del alcance de los funcionarios de la prisión.

Cuando volví a la calle juzgué que mi "caída" en el 46 había sido debida, entre otras razones, a mi situación de "permanente" y que mis reacciones diarias habían estado constantemente acompañadas por preocupaciones motivadas por la constante clandestinidad. Había que iniciar otra etapa y la calle y la consolidación franquista me aconsejaban adquirir una profesión. Fue el cine la que escogí por vocación y por facilidades. Y a partir de esa opción fuí un profesional cinematográfico por una parte y a partir del verano de 1.953 otra vez un clandestino, ya habituado a esa ambivalencia.

En el verano del 53 fue el inicio de mi clandestinidad más intensa. Llegué a París el 14 de julio y pronto fuí detectado por la dirección del P.C.E. y casi inmediatamente volví a ver, tras cerca de 15 años de separación, a los que durante toda la guerra civil habían sido mis compañeros en la Juventud. En un comedor de uno de esos hogares franceses que a partir de entonces me fueron tan familiares, tras varias jornadas de mutua información, Santiago Carrillo me presentó, por su verdadera indentidad, a Jorge Semprún. Quedamos Jorge y yo citados

para unas semanas más tarde en Madrid. Y así iniciábamos la no siempre fácil tarea de ir agrupando a los intelectuales comunistas. Partiendo de un núcleo constituido por gentes más o menos vinculadas al cine, fuimos desparramando nuestra actividad. Muy pronto se desgajó de nuestro núcleo primitivo el sector universitario que representó poco tiempo después un papel muy destacado. Las tareas nuestras, por otra parte, ya no fueron sólo las derivadas de la captación sino las de ampliar la presencia del Partido entre los medios intelectuales, preferentemente literarios y cinematográficos. Y, de vez en cuando, una "caída" en Madrid o provincias ponía en tensión los dispositivos clandestinos y en ocasiones el consabido traslado a otra casa más segura.

El tiempo, la influencia del Partido entre los intelectuales (menos efectiva su riguroso término orgánico pero suficientemente consistente en el ambiental) fueron debilitando en muchos casos la rigurosa vida clandestina y en más de una ocasión se entremezclaban problemas personales con los políticos. Pero lo que sí era cierto para mí es que cada día debía dedicarme a mi profesión y, al mismo tiempo, a las labores del Partido. Los viajes al extranjero, debidos a necesidades profesionales, contribuían a establecer contactos con las direcciones de nuestro Partido y con algunas de los "hermanos".



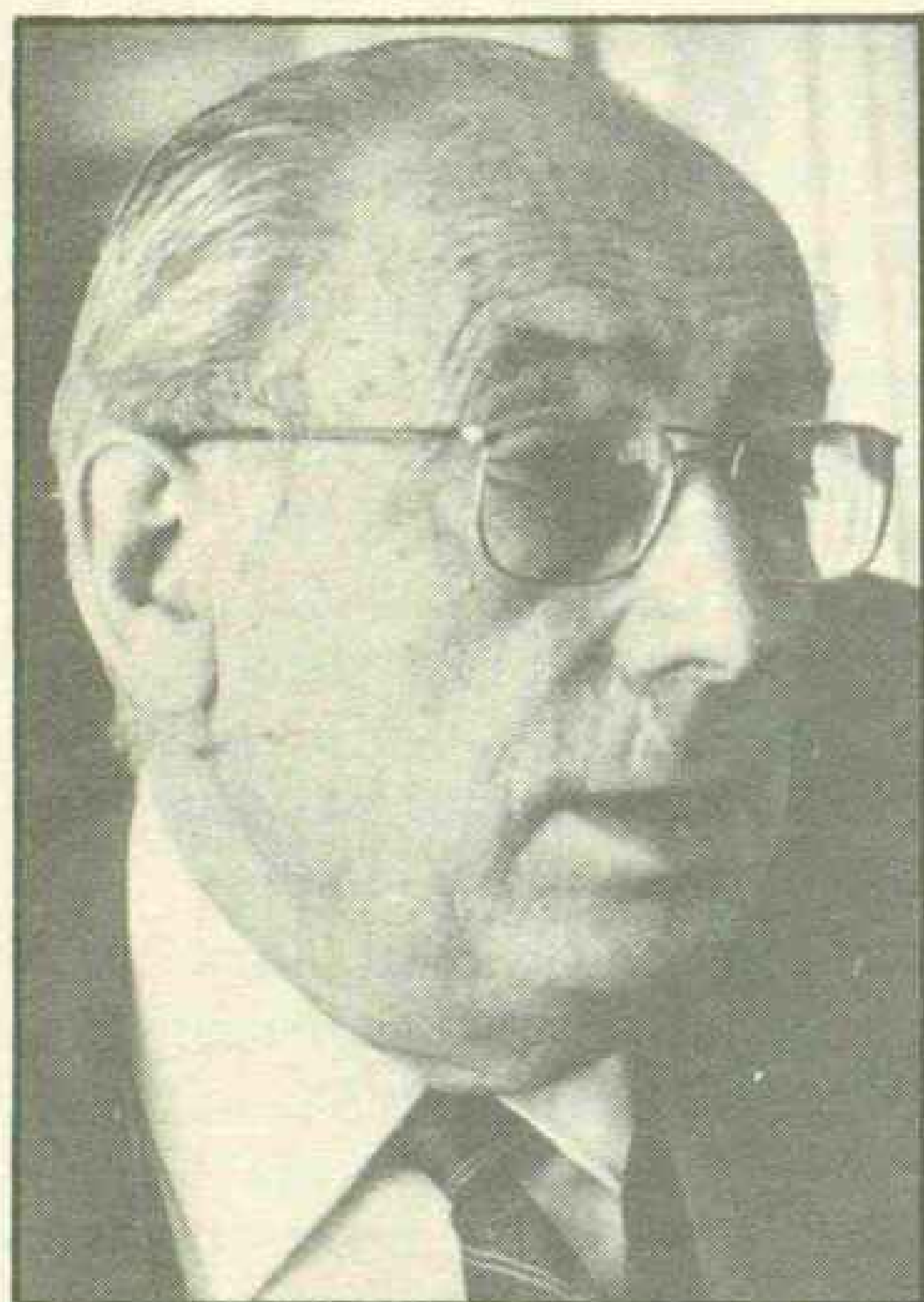
Ricardo Muñoz Suay, en la actualidad.

Hasta 1962 fuí miembro del organismo dirigente de los trabajos del Partido entre los intelectuales. Y además de tareas de organización redactábamos informes, textos para nuestras publicaciones y para la radio, etc. Además de mis "relaciones públicas" con personalidades no comunistas. Fue una época en la que el Partido de una u otra forma estaba presente en muchas ocasiones e, incluso, en bastantes acontecimientos. El núcleo de Madrid tendió ramificaciones en otros lugares y aunque "las condiciones objetivas" eran las que mandaban, la verdad es que nuestra organización distaba mucho de los modelos clandestinos de otros países que habían sufrido las ocupaciones nazis. Entre nosotros siempre existían, como es natural, bastantes flexiones y no pocos problemas personales.

En 1962, *cansado* pedí libertad para mí y *dimití* de mi cargo, de bastante responsabilidad. Una serie de acontecimientos personales, profesionales y, sobre todo, *subjetivos* —calificación en la época bastante herética —me condujeron al alejamiento del Partido. Hecho que, como era de esperar, desencadenó una serie de difamaciones, de excomuniones y de reacciones personales y poco políticas. Pero mi decisión fue firme. Yo había iniciado mi alejamiento de la clandestinidad influido sobre todo por problemas no enteramente políticos, pero a medida que transcurrían las semanas y ya inmerso en esa espiral a la que nos conducen nuestras herejías bajo el martilleo incesante de los ortodoxos, pude ir liberándome de una serie de mitos y, sobre todo, me liberé de ese caparazón que treinta años de militancia y muchos de clandestinidad habían sepultado no sólo mi carácter sino mi propia vida. A partir de 1962, ya atrás la larga y pesada clandestinidad, inicié otra etapa en la que liberado de tantas trabas, seguí —sin ningún lazo orgánico— mi compromiso con la sociedad. Fue entonces cuando pude reflexionar y alcanzar lo que tantas veces suponía una terrible realidad: habíamos sido muchos, muchísimos, los que en nuestra época habíamos entregado mucho a un sistema que era sencillamente una espantosa tiranía. El XX Congreso soviético no fue sino la cristalización de algunas dudas relampagueantes que pronto disipábamos. Pero algún tiempo después ya fueron muchas las desazones que sufríamos. Romper con la propia vida de uno no me ha sido nada fácil.

En otros papeles escribí, hace unos años, que las crisis del intelectual-militante desembocan, en muchos casos, «en el binomio más perfecto intelectual-comprometido, posición que permite una independencia generadora no sujeta a la "praxis" partidista.» Pero lo terrible en esta terrible España es que seguimos abocados a situaciones que en cualquier momento nos pueden convertir, de nuevo, en clandestinos. Y mi vocación clandestina, de verdad, ya hace veinte años que me la saqué de encima. ■ **R. M. S.**

La Historia no es el



Enrique Tierno Galván

A veces se rompía la vida de conversación y de reflexión sobre los temas políticos y universitarios por alguna que otra incursión a los teatros o a los cines que nos atraían, bien por lo que considerábamos escándalo, o porque nos parecían, las obras que presentaban, de nivel intelectual superior al de los tópicos más manidos. Pero, pese a todo, notábamos lentitud en la historia. Sólo al final, muy al final del período republicano, percibimos la aceleración histórica y tuvimos la previsión de que algo irremediable iba a pasar, aunque esta previsión implicase la vivencia de que lo inevitable se estaba constituyendo en un hecho. A pesar de que el conflicto era previsible, el conflicto en sí mismo nos sorprendió. Sin embargo, entre libros y conversaciones el tiempo de la historia se deslizaba lento y, pese a todo, sereno.

No me atrevería a decir que sabíamos lo que queríamos. Sabíamos lo que podíamos querer. Queríamos la igualdad, la libertad y la utopía en la tierra. Pero en nuestra conciencia estaba claro, aunque no lo confesáramos, que podíamos quererlo, pero no me atrevería a decir que de verdad lo quisiéramos. Sólo cuando la guerra estalló supimos lo que queríamos, y para ello hubo de transcurrir algún tiempo, hasta comprender que la Historia no es el camino de los cangrejos, y menos cuando lo hombres tienen prisa. En el tiempo de preguerra vivíamos, pese a todo, despacio. Quizá nos diéramos cuenta inconscientemente de lo que se aproximaba y gozáramos del tiempo que vivíamos desde ese peculiar nivel académico en el que algunos participábamos con plenitud, aunque los que estaban metidos en la acción lo ignorasen.

No es que careciéramos por completo de acción. Anduvimos tanteando, otros compañeros y yo, por diversas organizaciones estudiantiles, pero el desengaño, precedido a veces del engaño, hizo que todos concurriéramos de nuevo al seno de la casa madre de los estudiantes liberales, a la FUE. Nos solíamos encontrar periódicamente en algún local del sindicato. Yo iba con frecuencia a unos salones que había cerca de la Plaza de España, en el edificio en el está hoy la Asociación de la Prensa, y ahí oía, absorto y admirado, lo que decían algunos universitarios que estaban acabando la carrera o que ya la habían terminado. Empleaban expresiones que por sí mismas infundían respeto.

Recuerdo que uno de los dirigentes de la FUE se refería constantemente a nosotros como el "auditorio" y decía también, a menudo, "en este foro" y cada vez que pronunciaba la palabra "foro" para nosotros, jóvenes estudiantes de Derecho se abría un horizonte amplísimo de connotaciones históricas respetables que nos hacía ponernos muy serios y tener mayor sentido de

> Aquellos dos años de Biblioteca Nacional, de vivir entre libros y de discusiones teóricas, fueron realmente dos años académicos. (*).
>
> ---
>
> *(*) NOTA DE EDITORIAL: Este texto es el capítulo 7 del libro* **Cabos sueltos,** *cedido gentilmente por don Enrique Tierno Galván (Editorial Bruguera. Barcelona. 1981.)*

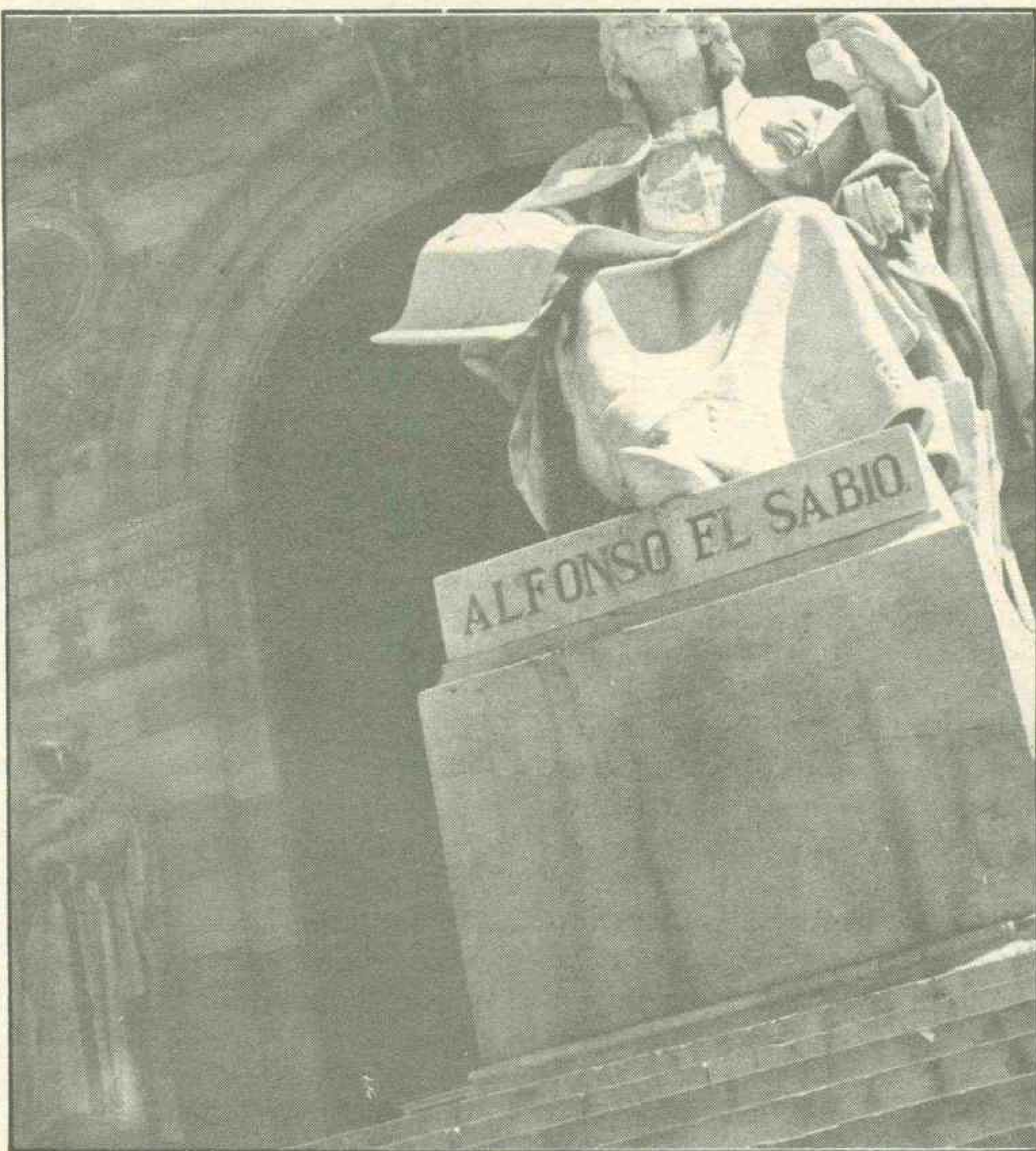
la responsabilidad frente a algo impreciso pero existente. Aquello impreciso pero existente no era, en resumen, más que el respeto académico que se ha ido perdiendo y no ha sido sustituido.

Recuerdo bien los muchos comentarios a las actitudes y los discursos de Largo Caballero. Algunos le tachaban de exagerado, apresurado y, con frecuencia, revolucionario, e incluso había quienes le acusaban de querer perturbar el orden necesario para que España sobreviviera. Otros le defendían. Yo no le conocía entonces personalmente salvo por la presencia en los mítines y en alguna conferencia, pero siempre me pareció un hombre íntegro que luchaba contra sus propios deseos. A mí me daba la idea, y aún hoy me ocurre así, de que Largo Caballero hubiera sido feliz de haberse mantenido como un obrero más luchando por la utopía, pero la carga del poder, que reduce siempre la utopía a lo posible, le mutiló. Luchaba contra su propia mutilación con un esfuerzo por quedar bien ante sí mismo que pocas veces tuvo el premio que merecía.

Los dos largos años de preguerra los recuerdo con intensidad y agradecimiento, porque nunca existió para mí la tentación escéptica ni hubo el menor desmayo. Visto desde hoy, preguntándome por lo que caracti-

camino de los cangrejos

zaba aquel período de juvenil madurez, me respondo a mí mismo que la característica mayor era la continua mezcla entre política y cultura. Cultura académica, primaria, secundaria y terciaria, pero cultura académica a través de libros, conferencias, seminarios y política. Lo que se oía en el Ateneo, se escuchaba en el teatro, se leía en los periódicos, las personalidades que nos servían de modelo y referencia estaban impregnadas de elementos políticos que a su vez se realcionaban estrechamente con los supuestos culturales. No existía alejamiento y mucho menos separación. Estar en la Universidad suponía por principio vivir la política, aunque no se fuese protagonista. Es exactamente lo contrario a lo que ocurre hoy. Por una división del trabajo que nace más del deseo de no comprometerse que de las exigencias de nuestra estructura social, los políticos se han profesionalizado y como tales profesionales no quieren saber apenas nada de la cultura académica en cualquiera de sus niveles. Sólo algún rato, cuando descansan, leen una novela u hojean un libro que les han dicho que bueno y que deben leer. Mala señal, en cuanto es propia de todas las insolidaridades.



Entrada a la Biblioteca Nacional de Madrid.

La separación entre cultura y política es en sí misma perversa. Destroza el equilibrio de la sociedad y oculta la conciencia de lo universal, que son imprescindibles para que una comunidad no se corrompa y sus miembros no se dejen coger por la indiferencia y la despreocupación respecto de todo lo que no sean ellos mismos.

Nuestra obligación como políticos, me refiero a los políticos de esta hora, sería volver a enlazar cultura y política. Es difícil, sobre todo cuando no existe en general, la conciencia de la necesidad de entremezclar una y otra. Pasados unos años aparecerá claro otra vez, a nuestros ojos, que no se pueden separar. En cualquier momento de creación se ve nítidamente que nada es ajeno a nada en el orden de las teorías, en el de las ideas o en el de la convivencia. Pero ahora que no estamos en un período de creación, sino de declinación de pequeñez y ramplonería, todo es ajeno a todo y en estas ajenidades, la más profunda y peor es la que separa la cultura de lo que en términos generales se llama política y en términos concretos, el saber de los políticos.

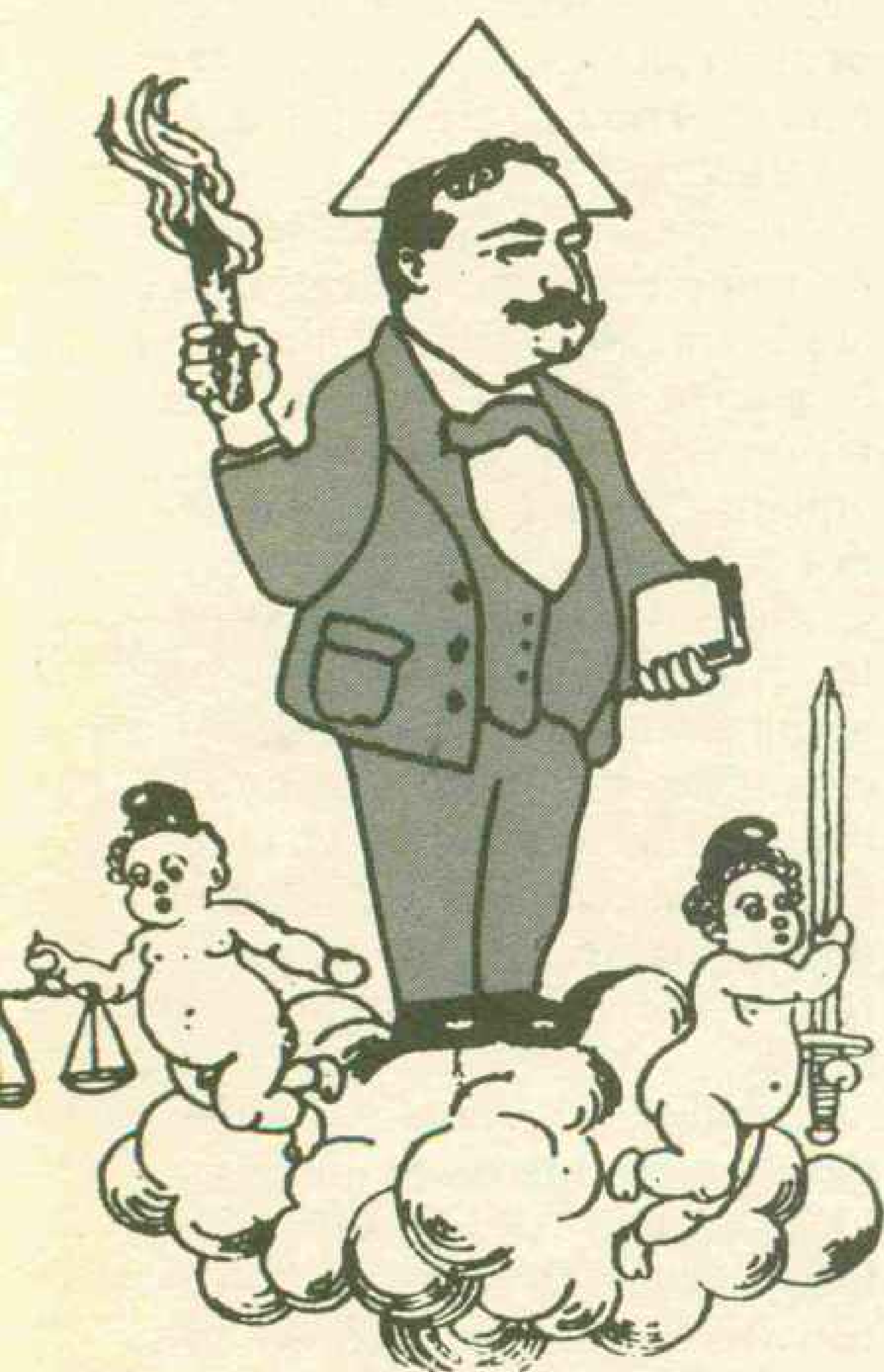
Es tan clara esta diferencia, que he estado buscando entre los estudiantes de uno y otro sexo, modelos que pudieran indicar que había reaparecido el viejo y necesario esquema, pero no los encuentro. Encuentro al titulado indiferente que busca colocación o al político profesionalizado que quiere hacer carrera dentro o fuera de los partidos.

Los años a los que me refiero no rompieron con la llegada de la guerra. No obstante, cuando la guerra empezó teníamos la visión de las referencias de aquellas grandes personalidades respecto de las cuales nos sentíamos inferiores y obedientes. Algunos nos decepcionaron muchísimo. Recuerdo la decepción que me causó Unamuno cuando me enteré de la carta que había escrito a los rectores de las universidades extranjeras, y de su propia actitud inicial.

Durante la guerra y después de la guerra fueron cayendo los ídolos; pero si los ídolos se hundieron, los libros se salvaron. Es cierto que durante los veinte primeros años de dicta-

dura franquista sólo quedaron como guía las obras de la generación del 98 y de los que estaban en torno a esta fecha, pese a todas sus imperfecciones y vicios. Quizá no convenga simplificar tanto. No eran sólo las gentes del 98, también sus coetáneos quedaron. Se leía a Blasco Ibáñez, Palacio Valdés y algunos más recientes. De éstos hay algo que es de suyo angustioso, me refiero a la "generación perdida". No se si emplear el plural y decir "generaciones perdidas".

Cuando repaso las colecciones de "La novela de hoy", del "sábado" y otras más de las que siguiendo el ejemplo de Sáinz de Robles habrá que ocuparse que recogían los ensayos de quienes iniciaban su vida literaria o a los conferenciantes del tiempo y los primeros tanteos de científicos incipientes, siento como algo personal el vacío de aquella generación desaparecida. Sobre todo si pienso en mis amigos muertos en la guerra. Imagino que algún día habrá quienes se ocupen de aquellos jóvenes de veinte, veinticuatro o veintiocho años, que murieron en la contienda cuando apenas empezaban a escribir literatura, a investigar y trabajar en la especulación científica. Alguna vez habrá que pensar, de acuerdo con la práctica y la reflexión, cuáles han sido las consecuencias de no haber tenido un eslabón que capitanease la cultura entre la generación anterior y la posterior a la guerra. Pero es cierto que no sólo por razones de desaparición física faltó el eslabón, sino también por la torpe persecución franquista. Después de la guerra continuamos dependiendo de la generación del 98. No teníamos nadie nuevo a quien referirnos, salvo excepciones. Seguían presentes don Blas Cabrera, don Ramón Menéndez Pidal, don José Ortega y Gasset, Baroja, Azorín, etc.


Alegoría satírica de Vicente Blasco Ibáñez.

Como no aparecieron grandes innovadores, se notaba el vacío que dejaron aquellos que debían haber sido un puente entre los que, en términos generales, llamaremos noventaochistas y nosotros. De aquí que, admitámoslo o no, somos hijos de la generación del 98, aunque históricamente se nos considere nietos. Por otra parte, nosotros tampoco hemos hecho nada o casi nada, me refiero a los que tenemos ahora alrededor de los sesenta años. Somos culpables de que las traducciones tengan más importancia para los jóvenes españoles que lo que inventan y escriben en lengua vernácula sus compatriotas. Se que la culpa es fundamentalmente del régimen autoritario, pero, en rigor, hemos de admitir que también es de nosotros, repetidores eternos de viejos conceptos. Se percibe esto en nuestra independencia y arbitrariedad, a veces también en nuestra falta de sistema. Me parece que en los políticos es perceptible la falta de ese eslabón en la cadena, porque los jóvenes falangistas y jonsistas que sobrevivieron no eran un eslabón de nada, es más, muchos de ellos se consideraban "noventa y ocho" al pie de la letra, mucho más que los pocos de entre los "rojos" que nos esforzábamos por salir de la cárcel intelectual de la herencia que nos dejaron los pensadores del primer tercio del siglo.

Un ejemplo espléndido de todo esto puede ser Dionisio Ridruejo. Yo le conocí tarde, diría que muy tarde, porque más o menos el conocimiento ya maduro se produjo con relación a lo que fue el escándalo de Munich. Le conocía de bastante antes, aunque la madurez de nuestras relaciones llegó con este conocimiento. El año 53 le había tratado por primera vez y en el 55 andaba en la modesta, y en cierto modo para él heroica, conspiración de aquellos meses. En el 57 estuvimos unos días juntos en la prisión de Carabanchel. Esto me bastó para interpretarle. Su entusiasmo respecto de Machado y su incuestionable liberalismo, el ser Ridruejo de Soria y pertenecer yo también de modo muy hondo a la misma región, me permitían entender mejor su intimidad e incluso su conducta.

El Dionisio Ridruejo falangista, uno de los prohombres circunstanciales durante la guerra, se anulaba en las contradicciones propias de un discípulo del noventa y ocho a distancia. Sus esfuerzos por ser del presente estaban siempre condicionados por su irremediable permanencia en el pasado. Particularmente porque era un esteta. A quienes no teníamos ambiciones literarias ni artísticas y cultivábamos el Derecho, la Sociología, la crítica linguística o la filosofía, nos era más llevadera la situación de ambigüedad y duplicidad y creo que se nos notaba menos la ambición de sobresalir, que es la expresión más alta de la ambigüedad y también su manifestación más perceptible. Pero en casos como el de Dionisio Ridruejo, la situación y al mismo tiempo las actitudes eran siempre difíciles porque resultaban irónicas, un falangista, que seguía siendo un

observador liberal y escéptico, como la mayor parte de los del noventa y ocho y, a la par, un hombre atropellado por la guerra y desorientado que buscaba su norte. Ambas cosas, que eran reales, se disimulaban y cobijaban detrás del antifaz de convencimientos y radicalismos absolutamente falsos. Por eso hizo muy bien Ridruejo al dejar la falsedad radical, buscar su propio destino y aprovechar la ocasión que deparó la caída de Serrano Súñer para salir de la trampa y saber qué podía querer y qué quería. Lo que podía querer las circunstancias se lo mostraron, pero lo que quería lo aprendió tarde. La lucha interna y exterior en Dionisio Ridruejo nos sirvió a muchos de buen ejemplo para ver claro y nos permitió reflexionar mejor desde los mismos u otros supuestos. Tendré nuevas ocasiones de hablar de Dionisio Ridruejo, pero no me parece conveniente, ahora ni después, añadir qué problemas gravísimos me contó una vez, durante un largo paseo, estando ya relativamente próxima su muerte.

Todo cuanto llevo, acumulado hoy en la memoria, me hace ver más claro respecto de aquella oquedad que la guerra abrió y que no se llenó con nada, porque los cadáveres no llenan huecos de la historia; al contrario, los hacen más grandes.

Mas volvamos al hilo de lo que puede entenderse como narración principal. A la biblioteca de la calle del Duque de Medinaceli concurría con menos frecuencia, pero no pasaba semana sin que fuera a visitarla. Era una biblioteca no muy grande pero selecta, que para los estudios de letras, sobre todo literatura y filosofía, resultaba mucho más cómoda y mejor que la propia Biblioteca Nacional. Allí no había tertulias, las conversaciones eran cortas y en la puerta de la calle. Veía, sobre todo, a alguna muchacha de mi propia clase de Literatura o Introducción a la Filosofía, que por entonces daba don Vicente Gaos. Recuerdo a una, buena conocedora del griego, que se sentaba junto a mí y solía ayudarme en los pasos difíciles. La recuerdo con sumo gusto y mucho agradecimiento, pués me enseñó a manejar bien los diccionarios clásicos, los grandes diccionarios críticos alemanes, para orientarme en el mundo laberíntico de las ediciones de los filósofos griegos.

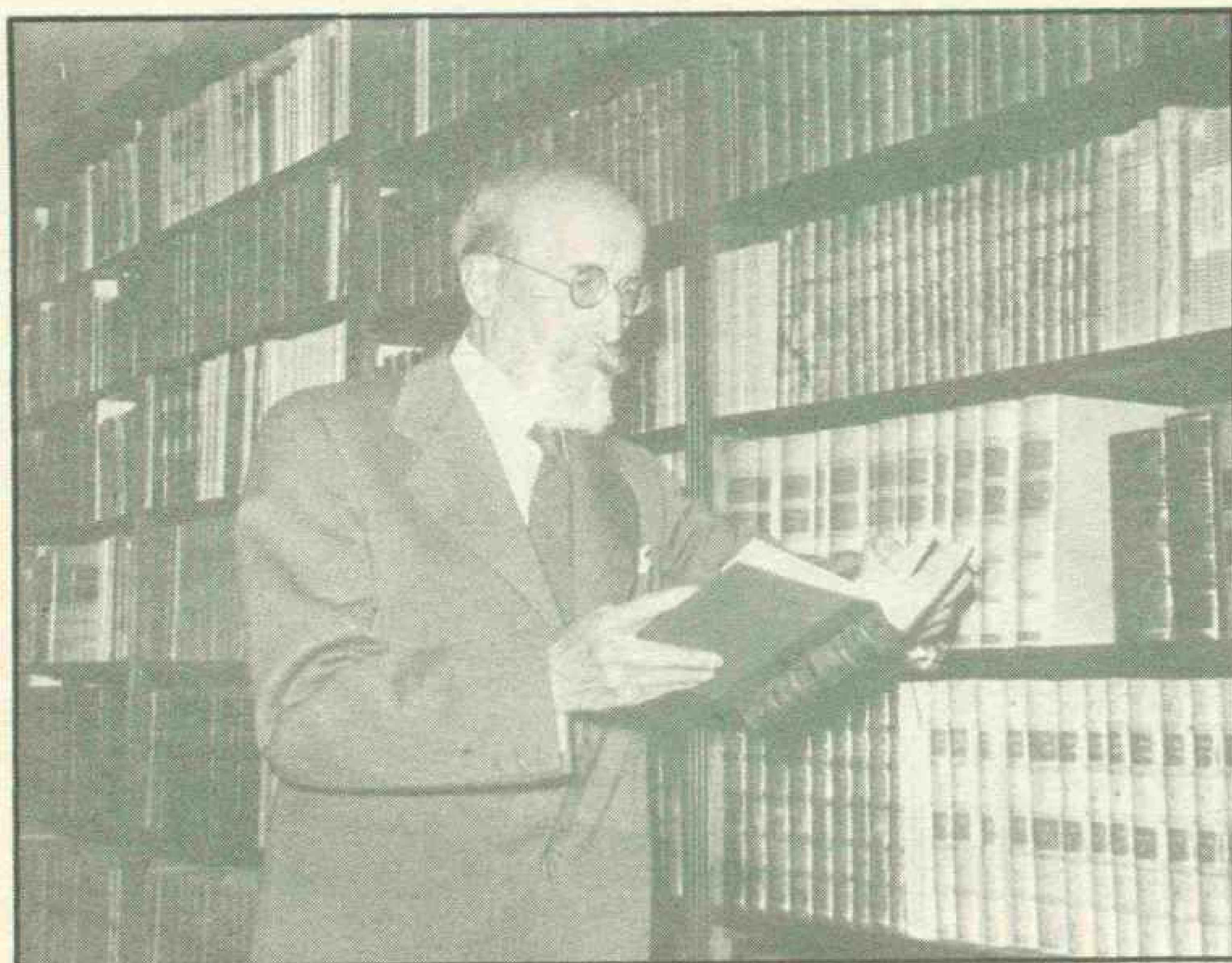


Francisco Largo Caballero.

Había otra, una muchacha que estudiaba en el mismo curso, el primero de comunes, y tenía una enorme predilección por las preguntas de carácter metafísico referente a temas en que muchas veces la pregunta no tiene más sentido que la propia intención del preguntar. Sin embargo, me complacía acompañarla un largo trecho, que podía llegar hasta el Retiro, bordeando gran parte del parque. Otras veces íbamos hasta casi el antiguo Hipódromo. Escuchaba sus opiniones, intentando penetrar en el significado de preguntas como ¿qué es el ser?, ¿qué es la vida?, y otras análogas.

El espectáculo de aquella inteligencia fina y sedienta buscando respuestas propias y acabadas, resultó sumamente aleccionador. Yo creo que las conversaciones con mi compañera de estudios que, repito, se daban en paseos muy largos, a veces enriquecidos por pausas, sentados en los bancos o aliviados con algún café tomado para sobrellevar el frío, aprendí a desconfiar respecto de lo que creemos descubrimientos valiosos en el ámbito intelectual, que apenas tienen más alcance que el de renovar las preguntas y exigir más respuestas. Algo parecido a un escepticismo ponderado que, sin excluir la necesidad de inquirir, me ha hecho vacilar siempre antes de quedar satisfecho con las respuestas. Quizá desde entonces he tenido dificultades para embarcarme en ninguna concepción del mundo sistemático, elaborada metódicamente, con un criterio metafísico que se despliega desde el hallazgo de unos fundamentos inconmovibles.

En la Biblioteca Nacional aprovechaba el tiempo con mis compañeros para leer, sobre todo, de temas jurídicos, particularmente los que se referían a Derecho Político. Don Nicolás Pérez Serrano, con su gran capacidad persuasoria, su método claro y notable habilidad de comentarista y glosador, nos permitía sacar consecuencias de las consecuencias e impulsaba a todos a estudiar la Constitución del 31, analizar su alcance y encontrar las compa-



Ramón Menéndez Pidal.

raciones mayores y más sobresalientes con otros textos análogos.

A don Nicolás le debo el primer impulso de estudiar con especial interés la disciplina que constituye el Derecho Político o Derecho Constitucional a la que, pasados algunos años, me dedicaría con mayor empeño.

El estudio universitario no tenía nada de abstracto, de lejano ni de exclusivamente académico. Se vivía todos los días en la práctica, y cuando nos ponían un caso práctico podíamos confirmarlo en las sesiones del Parlamento, a las que asistí como estudiante alguna vez y que me causaron siempre una impresión sumamente penosa. Tuve que luchar contra mí mismo para no incurrir en la crítica acerba del sistema parlamentario, porque me pude dar cuenta de que, aunque malo, era realmente el medio del que disponíamos para avanzar por el camino del progreso y de la igualdad, no sólo política, sino también social.

En el Parlamento oí grandes y buenos discursos y pude valorar las distintas clases de oratoria política. Aprendí entonces, o creí aprender, que la mejor oratoria en un Parlamento, lo mismo que en la clase, es la que fija las ideas y sujeta al auditor sin permitirle distracción alguna. Dos clases de parlamentarios había desde el punto de vista de la oratoria, hablando en general y excluyendo los matices. Quienes hacían preguntas normalmente retóricas y quienes formulaban el discurso reflexionando sin preguntar. Los que preguntaban enlazaban con la tradición parlamentaria clásica y quizá fuesen los que más llamaban la atención, aunque por lo común tenían menos contenido. Por el contrario, quienes seguían su propio discurso empeñándose en una reflexión en la que parecían ignorar al auditorio, formulaban las opiniones con mayor densidad y exigían mayor atención, aunque el propio orador no la reclamase con el tirón de la pregunta.

De los oradores reflexivos y capaces, Azaña quizá se llevase el premio. De los que eran dados a las preguntas, había muchos. Casi todos ellos de menor calidad que don Manuel.

En el Parlamento no sólo encontré la dificultad de que no era fácil creer en sus virtudes, sino que tuve la experiencia, yo diría que intuida más que percibida con la práctica y en sosiego, de lo que el político es en cuanto llega a poseer los caracteres de un profesional. El político que se interpreta a sí mismo y a los demás como personas atareadas en un sólo quehacer, incluido en un ámbito propio del que no puede salir, porque aparecería desleal e irresponsable, acaba perdiéndose para la generosidad e, incluso, en muchos aspectos para la honradez.

Las grandes personalidades me parecía que no eran propiamente políticas. Unos eran científicos, otros literatos o profesores, pero los que practicaban la política como una profesión se hacían cada vez más pequeños en estatura moral y más rígidos en sus concepciones. A veces lo comentaba así con algún amigo, que subía y se sentaba en la tribuna a oír las intervenciones. Nos fijábamos con curiosidad en los jóvenes, por lo común vestidos de oscuro, muy ajetreados, que dejaban su asiento para hablar con personas de mayor edad, tratándolas con respeto y simpatía aparente y buscando su aprobación.

Cuando muchos años depués he ido al Parlamento y no sólo a contemplarlo desde la tribuna pública, he comprobado que aquella inicial y casi infantil experiencia era verdadera. Esto me ha empujado a huir siempre que he podido de la actividad política en cuanto actividad profesional y también a eludir llegar a la cumbre de la profesionalización, haciendo de la política un medio de vida. De este modo he intentado evitar la pequeñez y la rigidez. Es una lección que me alegra, aún ahora, haber aprendido tan pronto, pues permite conservar la generosidad y un horizonte amplio intelectual e incluso sentimental.

Entretanto, en la calle —prosigo mi discurso— crecía el desorden, no tanto por los tiros y las muertes, como por el convencimiento moral que teníamos quienes vivíamos en Madrid, de que el desorden no se iba a detener. No se veía su fin por medios pacíficos.

Ya he dicho que cuando esta-

lló la guerra estaba impregnado de este convencimiento e incluso tenía la previsión, más o menos difusa, de que había de sobrevenir algún autoritarismo.

Con la muerte de Calvo Sotelo, la conciencia de lo irremediable se hizo más profunda. El recuerdo no intelectualizado, sino puramente sensorial, lo vinculo al calor y a las canciones populares que se oían con mucho ruido por todas partes, y al uso excesivo de radios puestas con volumen muy alto. El recuerdo fonético y casi epidérmico de la temperatura alta lo mantengo irremediablemente asociado al fin de la República y el comienzo del gran desorden.

Me viene a la mente, ignoro la razón, una persona notable de la que algo quiero decir, que me permite establecer una comparación que tiene en sí misma importancia por la propia distancia temporal de los términos que se comparan. Me refiero a Gil Robles, porque entonces conocí a Gil Robles. y después he conocido a don José María Gil Robles. Quiero decir que la notoriedad política conlleva la familiaridad y la vida privada la distancia; en el teatro con el común de las gentes.

Gil Robles era entonces una persona relativamente gruesa, con apariencia de quien tiene más aspecto nervioso que la condición de nervioso. De oratoria fluida y respuesta ágil, reflejaba una inteligencia rápida y al mismo tiempo algo que se asemeja a una profunda insatisfacción. Quizá me equivoque, pero entonces e incluso después de la guerra, he tenido la idea de que había algo que le obligaba y que soportaba, pero de lo que no estaba satisfecho. A mi juicio, don José María nunca tuvo la oportunidad de ser un estadista que trabaja por el Estado y por la Nación, sino un político condenado a trabajar por intereses muy concretos de clase y de partido. Esto debía repugnar a Gil Robles. Me parece que se sentía profundamente descontento. Es una apreciación que después, en cierto modo, he confirmado, ya que cuando tuve ocasión de volverle a ver por los años 57, y accedió a firmar una carta que enviamos a Francia por un procedimiento secreto, encontré que coincidía más consigo mismo que aquella otra personalidad de la República que hablaba con firmeza y agresividad en el Parlamento. Sospecho que los muchos años de exilio, el sufrimiento, la certeza de no haber comprendido bien a otros y de no haber sido comprendido bien por los otros, le daba una tranquilidad que nacía de la independencia y de la posibilidad de reflexionar e incluso arrepentirse. Me parece que sus limitaciones durante el período republicano le impedían vivir así y le producían un enorme descontento que, sin traslucirse, se percibía en ocasiones. A mí, al menos, me pareció percibirlo.

Todos pasamos, en muchísimo menor grado, la experiencia de Gil Robles. Según nos acercábamos a la guerra se hacía más difícil la convivencia ponderada con los compañeros, con los amigos e incluso con los vecinos. Sin embargo, pasé bien esta prueba, sin grandes dificultades. Las asperezas en la convivencia nacen muchas veces de la excesiva preocupación por los modos de convivir. El estar más o menos distraído o abstraído y no conceder al hecho de convivir nada más que la importancia que los otros, en cuanto personas, merecen, me sustrajo a muchas preocupaciones. A veces, la demasiada importancia que con absoluta falsedad nos concedemos a nosotros mismos hace que mengüe nuestra independencia y sosiego.

El agradecimiento psíquico y mental del desorden es peor que el desorden mismo aunque, si bien se mira, había razón de sobra para estar tan preocupado por los hechos como lo estaba entonces el ciudadano medio. La medida del desorden era la inquietud creada por el rumor, las noticias deformadas, el convencimiento profundo de que las dificultades ideológicas para entenderse unos con otros se convertirían abiertamente en hostilidad y agresión y que, cualquiera que fuese el grado de



Dionisio Ridruejo en compañía de Gonzalo Torrente Ballester.

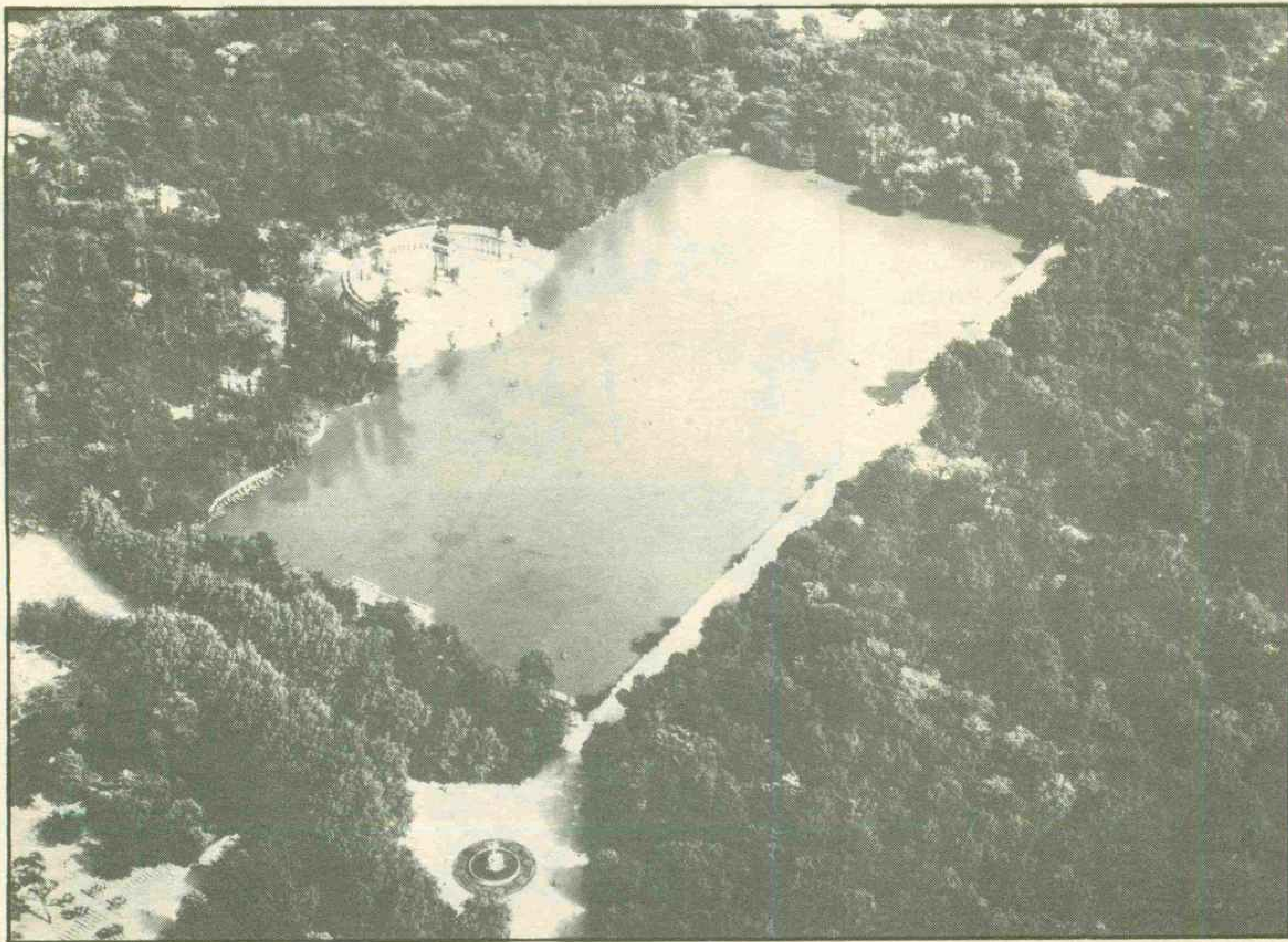
violencia real violencia mayor y más temible. En cierto modo, lo contrario de lo que se está viviendo cuando escribo estas páginas. Ahora, el nivel de ambivalencia entre pesimismo y optimismo es relativamente alto, mucho más de lo que era entonces. El Estado está mejor organizado y el miedo provoca mayor espanto y hace víctimas en sectores que, pese a todo, no ven otra salida racional que la de continuar. Tenemos hoy la conciencia de que viajamos en un barco que no permite el trasbordo.

De lo que entonces pasó, refiriéndolo a la clase dirigente con algún ejemplo, basta el que he citado del asesinato de Calvo Sotelo. La otras referencias descienden de pronto apuntando a algún militar de graduación media. Las demás se resolvían en querellas, a veces mortales, entre militantes de uno y otro partido, que no descollaban especialmente. Los atentados como el de Jiménez de Asúa no se repitieron en exceso. Sin embargo, la conciencia de la proximidad de la violencia grande, colectiva e inevitable, era mucha.

Contribuían a crear esta conciencia generalizada de desorden las leyes del gobierno republicano que alteraban la situación social heredada de la monarquía, fundamentalmente del canovismo. Leyes como la de la reforma agraria, que provocan desconfianza, miedo y reacciones de hostilidad entre la burguesía del campo. El divorcio, que ponía en juego las respuestas convencionales de la clase media. Las leyes relativas a materias de culto y clero que implicaban también reacciones de violencia contenida o explícita en una gran parte de la población rural y urbana.

Muchas veces se ha comentado el vacío que existía entre los republicanos, teóricos de laboratorio que concibieron el modelo de una España alejada de la realidad social definida por la ilustración de la clase liberal dirigente tal y como estaba reflejada en la Constitución y las aspiraciones del proletariado insurgente. Este hecho convertía a la Constitución en una norma casi quimérica, pues quimérica tiende a ser cualquier Constitución que no expresa la realidad social y económica. La España bella y lúcida pero irreal, sellada por el texto constitucional, no encajaba en el tejido vivo de la convivencia. De este modo, el texto de 1931 se parecía al de 1812 en cuanto los dos tendrían que esperar tiempo para que el proceso de la historia forjase una sociedad a la que fuese posible aplicarlos.

La Constitución de 1931 ha necesitado cuarenta años largos de tristezas y falsa abundancia para que la sociedad española tenga la suficiente flexibilidad y modernidad que le permita



Vista aérea del estanque del Retiro.

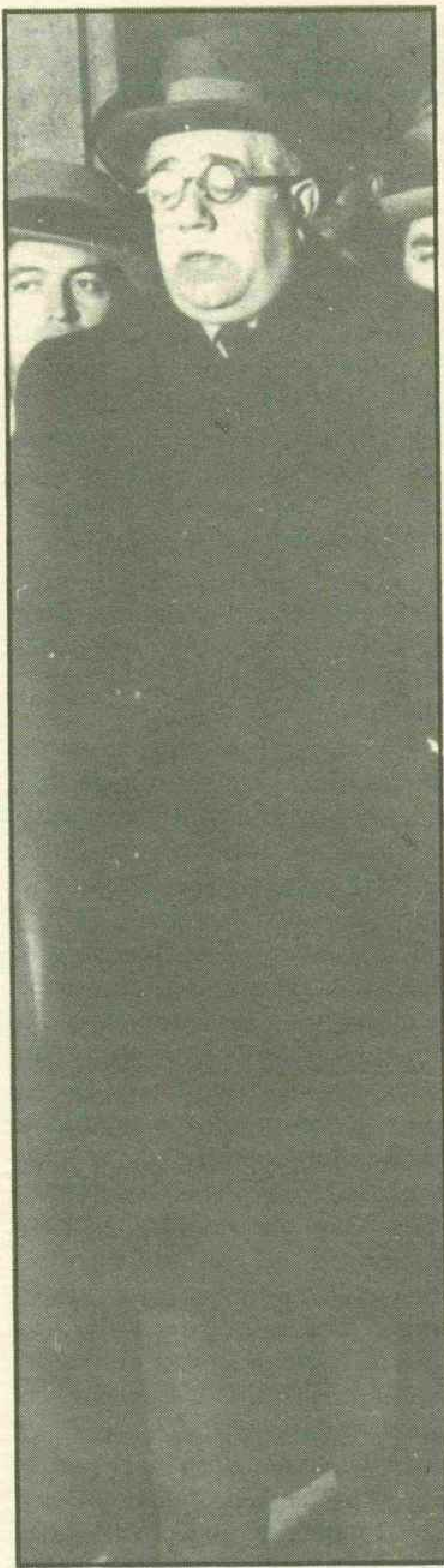
recibir los principios constitucionales que, expresados con menos lucidez, se recogen en la Constitución de 1978. Es notable la tendencia quimérica de las Constituciones que establece paralelos tan incuestionables como el que hay entre la Constitución del 12, en cuanto "constitución del futuro" y la del 31, como "constitución futurable".

De los grandes temas el que más se discutió por la clase media, pero no por lo que llamaríamos convencionalmente el proletariado ni, según lo que recuerdo y he leído después, por la alta burguesía, fue el divorcio.

Para la clase media, incluyendo en esta expresión una franja muy ancha de la sociedad española, acepta el divorcio era admitir que por parte de la mayoría se había perdido sacrificio personal, tiempo y, también, que las pocas cosas inmutables que se admitía que quedaban iban desapareciendo irremediablemente. No hubo resignación ante la pérdida de lo que se consideraba inmutable o permanente. No existía conciencia tan profunda como la de lo perecedero ni tan profundo esceptismo como el de hoy.

Muchos no caímos en el esceptismo absoluto por la sencilla razón de que no se puede ser escéptico con entusiasmo; al menos con un entusiasmo hondo y real, no fingido. Cuando se han perdido los entusiasmos y se puede ser plenamente indiferente, aunque con amargura inconfesable. Aceptar en aquel tiempo de entusiasmos el divorcio era para la clase media tanto como aceptar que se estaba perdiendo el apoyo personal y colectivo de los miembros de un grupo, que se fortalecía respondiendo a sus propias exigencias. Hoy la clase media está mucho más desperdiciada y menos definida de lo que estaba entonces.

Los comentarios que oía fuera de los ámbitos académicos eran casi todos condenatorios del divorcio. Sólo los más progresistas aceptaban la idea, Decir sí suponía una declaración atrevida de liberalismo sospechoso, teñido de tendencias revolucionarias, excluyendo, como es lógico, las excepciones.


Manuél Azaña.

De mis recuerdos entresaco el de un profesor de música a cuya clase asistía para que me enseñase violín, que nos advirtió que se iba a divorciar. Perdió alguno de sus alumnos, particularmente alumnas, porque sus madres, asustadas, las retiraron.

Cuando la ley de divorcio se promulgó y se aplicó hubo bastante gente que se acogió a ella, pero no demasiada. No porque no existiría en la conciencia de muchos el convencimiento de que para su propia felicidad, para la felicidad de la otra persona e incluso para los hijos, el divorcio era bueno, sino por el miedo a los demás, el miedo al "qué dirán", fortísimo siempre en España.

Nuestro desarrollo en el orden de las formas de vida y de los modos de convivencia se puede medir razonablemente por el menosprecio cada vez mayor al "qué dirán". Incluso en los pueblos, lo que los demás opinen empieza a tener menos importancia. Esto significa un cambio profundo, porque en España tradicionalmente se llamaba honra a la respuesta personal respecto de la opinión de los otros, hasta el extremo de depender de ella.

Mantenía yo relaciones continuas con personas de diferentes estratos de la clase media y a través de los periódicos me informaba de la opinión de otros sectores. Esto contribuía a que la conciencia de desorden psíquicamente ampliado a la que he aludido antes fuese en mí grande y poderosa. Por otra parte, metido en el ámbito familiar, sin demasiados contactos con organizaciones políticas o sindicales, mantener una actitud predominante de observador, aunque sin negarme nunca al compromiso, era fácil.

Recuerdo que, a pesar de las inquietudes y algarabías de gentes que gritaban una u otra cosa, de las manifestasciones, de los grandes desfiles de obreros con pañuelos rojos y alpargatas, que marchaban con tono amenazador en grandes formaciones, vivía tranquilo en mi casa en la que sólo el ceño de preocupación de mi padre y sus mutismos cada vez mayores ponían un dejo de alarma, que rara vez se formulaba en una

opinión explícita. Se avecinaban días de gran entusiasmo mezclado con mucho sufrimiento. Los jóvenes teníamos fe.

En las guerras, al menos así fue en la guerra civil española, hay siempre un foco de lozanía, entusiasmo y generosidad que hace que la corrupción, el egoísmo, la deslealtad parezcan circunstanciales, excepcionales y siempre extrañas al propio proceso. Después, los términos de la relación se alteran y lo que llega a ser extraño y excepcional es la honradez y la lealtad.

No quiero concluir este capítulo sin hacer otra reflexión porque, pese a lo que acabo de decir, cuando la guerra concluyó permanecía intacta la fe de muchos de los jóvenes en las ideas y en los hombres.

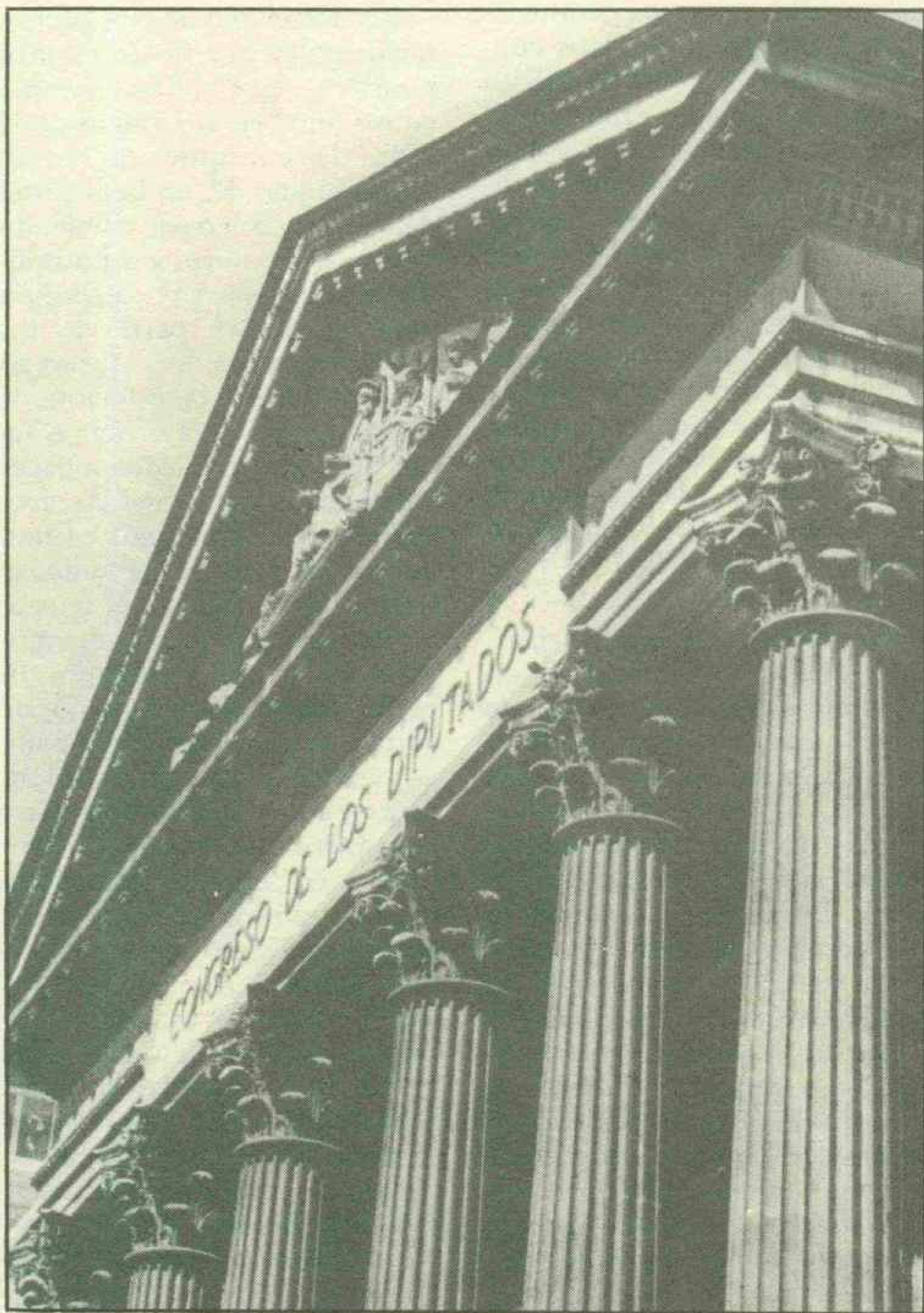
Se ha extendido la especie de que acabamos la guerra absolutamente faltos de capacidad de respuesta, escépticos y persuadidos de que nos habían embarcado en una estúpida aventura. Eramos muchos los que teníamos algunas razones para que se inclinasen en este sentido nuestros pensamientos y, sin embargo, seguimos convencidos de que nos había derrotado una coalición de poderes prácticamente invencible. Conservábamos el entusiasmo y la conciencia muy clara de que, antes o después, la Razón, que en este caso equivalía a nuestras razones para luchar y mantenernos en nuestros principios, acabaría por triunfar. De no haber sido así, nos hubiéramos metido todos en la penumbra de la vida privada y neutral respecto de los acontecimientos políticos, y poca o ninguna inquietud hubiera tenido el general Franco y los que le servían.

Crecieron durante la guerra tópicos que después impondría el nuevo régimen, Tópicos nacionales e internacionales. Los nacionales son de sobra conocidos por casi todos, porque hasta hace pocos años han subsistido, aunque desgastados y sin vigor. Los internacionales también, e incluso yo diría que más, porque, en cierto modo, aún subsisten. Significa esto, a mi juicio, que había una red profunda de intereses que definía la posición de España en el mundo y, en cierto modo determinaba lo que políticamente había de ser.

Creció el tópico de la maldad comunista. Creció el tópico, parejo, de la bondad de los países occidentales y democráticos. Este último con algún esfuerzo, porque se le oponía el tópico contrario de la grandeza de los fascismos particularmente de la grandeza y fortaleza del Estado alemán y, en términos generales, del pueblo alemán.

En nosotros, los jóvenes derrotados, se producía una nueva contradicción y, en cierto modo, un conflicto más entre nuestra propia experiencia y lo que de nosotros exigía la Historia. La Historia nos pedía que defendiésemos la posición norteamericana, la francesa y la inglesa y nos enfrentásemos con las posiciones totalitarias, lo que era tanto como enfrentarse con el régimen español, y ése era, sobre todo y particularmente, nuestro deber. Pero la Historia que nunca está exenta de ironía, nos pedía algo que nos repugnaba, porque o ignorábamos que nuestra derrota había sido acuñada por los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, es decir, los que iban a ganar la segunda gran guerra y los que la propaganda quería convertir en nuestros aliados y protectores. Sabíamos, y la experienia lo fue demostrando, que no era sí, y que sólo querían tenernos por aliados en función de intereses muy concretos; no en defensa de los que habían sido vencidos y que, en principio, eran los más próximos ideológicamente a los que los países democráticos decían defender.

Esto creó en muchos de los que habíamos quedado en España e intentábamos de un modo u otro mantenernos firmes en nuestras posiciones políticas y en nuestra concepción del mundo, una situación extrema de perplejidad intelectual e inquietud psíquica, ya que los grandes países democráticos a los que teníamos que vincularnos si queríamos tener posiciones claras, eran los que sostenían el régimen de Franco. Hay que hacer una excepción con los comunistas, que entonces no eran muchos, los cuales tenían menos perplejidad y menos inquietud porque seguían una línea recta y clara. La perplejidad crece con la ambigüedad y el Partido Comunista no ha entrado en la ambigüedad hasta que, arrastado por consideraciones estratégicas y tácticas de importancia, se ha convertido en lo que comúnmente llamamos eurocomunismo. Pero más allá de la perplejidad, del desconcierto, quizá, sobre la propia ironía de la Historia, estaban los convencimientos profundos. Me atrevería a decir, que, sobre todo y particularmente, entre quienes sostenían, o mejor dicho se sostenían sobre supuestos ingénuos pero claros, como eran los principios anarquistas. Esta ingenuidad y los principios —de ahí la fuerza del anarquismo— no eran propiamente políticos, sino morales. De una moral que impregnaba una concepción del mundo y tenía una gran salud, en cuanto era una moral utópica. De esta moral tardamos en curarnos, algunos no nos hemos curado nunca de ella. Pero al poco de acabar la guerra se planteó el problema de la práctica y de acercarse a los hechos de tal manera que no se nos escapasen, de un método suficiente para conducirlos según nuestros intereses. De aquí que muchos tuviéramos que optar por partidos y entrar en el juego de éstos sin el distanciamiento ni el olímpico desprecio que el anarquista suele adoptar hacia las formaciones políticas en grupos. Para poder hacer algo era necesario hacerlo con los demás, con disciplina y en conexión recíproca los diferentes partidos. Esto se tardó en



Fachada del Palacio del Congreso de los Diputados.

conseguir, más por unos que por otros. Algunos ni siquiera lo intentaron. En términos generales se demoró bastante, porque si bien la ilusión de los que estaban dentro de las cárceles era firmísima, para los que estábamos fuera de ellas la certeza no era tan firme, en cuanto a la próxima caída de los que habían ganado la guerra. La derrota nos dio un sentido práctico, como suele ocurrir con todas las derrotas en cuanto atañe a los vencidos. El vencedor puede gozar de las ventajas de defender quimeras de un modo u otro, porque siempre tiene la fuerza de la victoria. Pero los vencidos, si quieren hacer algo, tienen que someterse a la práctica y olvidarse de muchas de las ideas generales y de los paraísos soñados. Era esto cierto en general y en cada caso particular.

Hubo quienes se aplicaron a los negocios, los más absurdos negocios. Quienes se entregaron simplemente al estudio, quienes se ocultaron en el campo y allí trabajaron; pero nadie escapó de la práctica. Fue una gran lección, que aprendimos poco a poco: que los vencidos tienen que convertirse en amantes de lo concreto y saber vivir entre las cosas, lo mismo en los campos de concentración de Francia que en el Madrid cotidiano de posguerra. «El hambre —dice uno de nuestros proverbios— es buena maestra de la vida.» Las lecciones del hambre son siempre lecciones prácticas. Luchamos incluso para conseguir los libros que no teníamos y seguir aprendiendo los idiomas cuyo aprendizaje habíamos iniciado o perfeccionado durante la guerra. Se nos veía con el diccionario en la mano, intentando completar lo que no habíamos podido aprender. Situación difícil, porque apenas cabía salir fuera de España y, por otra parte, el quehacer durísimo de ganar para vivir no permitía demasiado tiempo para estudiar. Este no fue mi caso en concreto, pero por lo general ocurría así.

Pocas veces, me parece, la juventud ha visto de un modo tan claro que para sobrevivir hay que dejar de soñar en el futuro y quedarse a solas con el presente, y pese a todo, los vencidos, a solas con el presente, no dejábamos de tener una gran confianza en el futuro. Imprecisa, indeterminada a veces, esta confianza se mantenía, pero disminuyó hasta casi extinguirse cuando nos percatamos de que el general Franco continuaba, no tanto por su voluntad y firmeza o por sus amenazas, como por ser una pieza necesaria para los planes de los aliados.

Aunque después quizá insista en ello —no sé si volverá a surgir—, quiero adelantar que durante un año o año y medio por lo menos, muchos de los jóvenes derrotados, los que no nos fuimos y estábamos en libertad, vivimos de la ayuda de nuestras familias, dedicándonos al estudio y sin demasiadas esperanzas en tener un puesto cómodo en una sociedad casi exclusivamente definida por la clasificación política.

Mucho habíamos visto en este sentido durante la guerra y mucho habíamos remediado, pero apenas era comparable con lo que veíamos después del triunfo de los nacionalistas. Se era rojo o azul. Rojos clasificados como tales había muchos, pero que lo dijesen o no lo negasen, muy pocos. Quiero



José M Gil Robles y Quiñones.

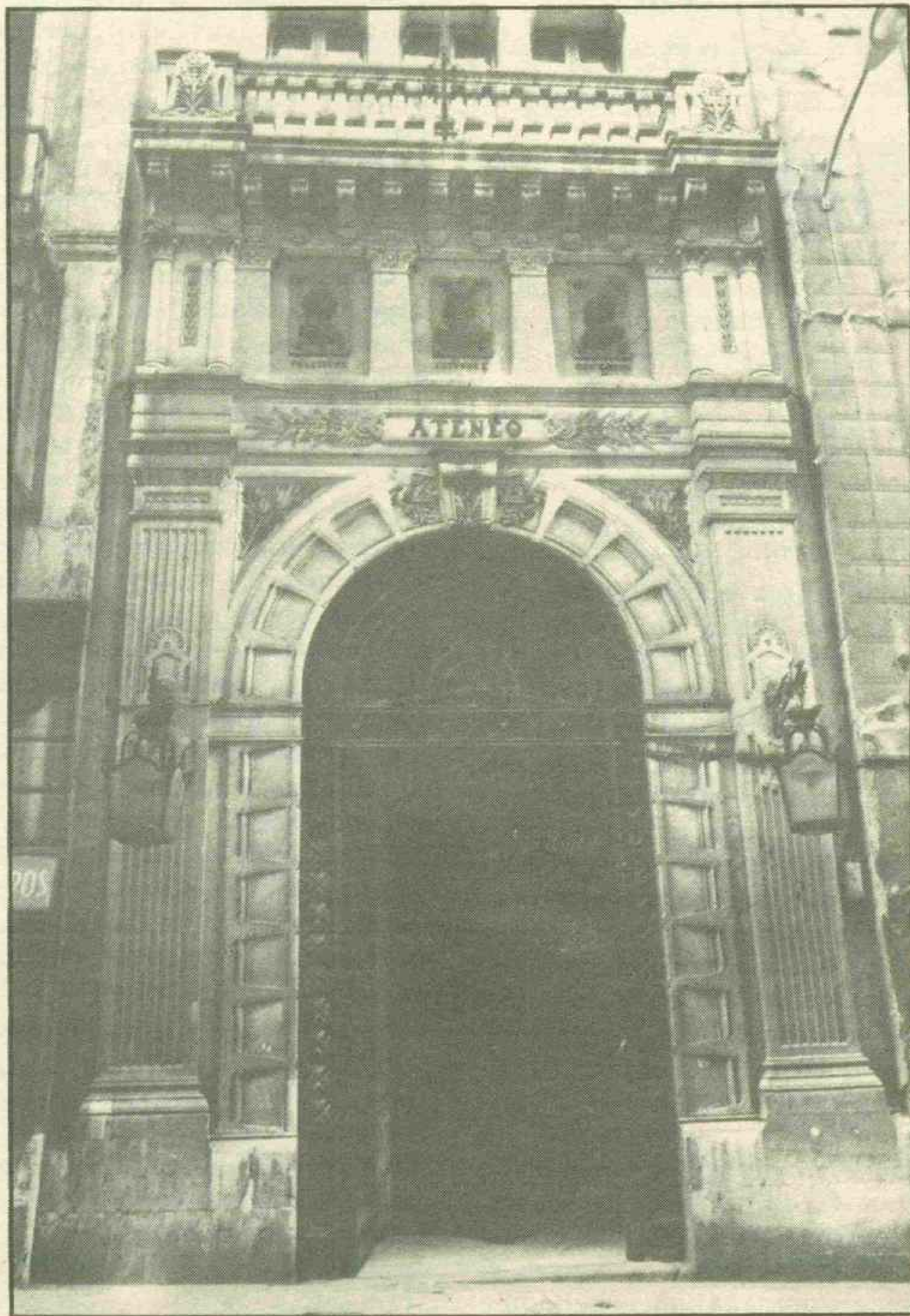
decir que los que no ocultábamos nuestro pensamiento teníamos poquísimas posibilidades de salir adelante. Sin embargo, recuerdo ese período como una etapa muy grata, de lecturas y conversaciones ocultas, de pasarnos papeles con el sentimiento de que hacíamos algo de extrema importancia cuando en realidad era muy poco o muy poca nuestra contribución a que cayera el régimen de Franco. Sobre todo, recuerdo aquella época como de privacidad casi absoluta. Me parece que los que entienden bien lo que la vida privada son los que han sido vencidos y apenas tienen espacio para llevar una vida pública: horas de lectura en el Ateneo y muy poco esparcimiento alguna vez que otra al cine, pocas posibilidades de comprar libros y largas veladas en familia, sentados alrededor de una mesa y de un brasero que nos calentaba, leyendo hasta pasada la medianoche, cada cual enfrascado en su libro y quizá metido en sus propios temores e inquietudes y también en su propio fracaso. El hecho es que tiene mérito, y a mi juicio grande, que muchos de los jóvenes derrotados saliéramos adelante y nos mantuviéramos firmes en nuestros convencimientos. Menos mérito tenían los adultos. La actitud de los jóvenes, como suele ocurrir, era más digna. La condición de éstos resultaba menos propicia a la concesión y más capaz de sobrellevar una vida cuya hostilidad vemos impuesta. Eramos capaces de esta actitud y la sostuvimos bastantes, quizá porque no encontrábamos más que hostilidad, hostilidad y miedo. Al terminar la guerra se instauró el reinado del miedo y la mayor parte de la población vencida temía. Se temía mucho en Madrid pero más que se temía, quizá, en provincias. En Soria, de donde tengo mis mejores datos y razones para opinar con más acierto, el temor era grande, porque la represión innecesaria había sido extremadamente dura. Poco a poco, lentamente nos fuimos rehaciendo y nuestra vida, no la de todos pero sí de bastantes de nosotros, ha sido un esfuerzo porque no se hundiese por completo lo que con nosotros llevábamos de ilusión y esperanza. Lo único que merece la pena citar en mérito de los que dentro de España estuvimos años y años sin hacer apenas otra cosa que esperar, es el haber sabido esperar sin entregarnos psíquicamente a lo inmediato por falta de confianza en el futuro. Nos mantuvimos y sólo ese hecho es meritorio.

Haber conservado el optimismo y los convencimientos entre tantas dificultades, venciendo la decepción provocada por la derrota, es algo rigurosamente asombroso. Por mi parte, además de los convencimientos, fue la visión de las gentes modestas, su afán de trabajo, el inmenso espíritu de sacrificio, el esfuerzo permanente por sacar a los hijos adelante y, como una luz perdida en el fondo de todos los deseos y acontecimientos, el ansia de poder expresarse, decir sus pensamientos y defender sus intereses.

Recuerdo uno de esos hechos incidentales que no se olvidan nunca y que están siempre como hijos en el camino de la vida de cualquier persona. Hacia el año 42, en la plenitud del hambre colectiva, comiendo pan negro y duro, sin posibilidades de empleo o colocación para la mayor parte de los españoles vencidos, recuerdo que estaba en la estación de Antón Martín una mañana, sin que sepa ahora qué iba a hacer allí, quizá camino del Ateneo. Me senté un momento en uno de los bancos, esperando el tren. Junto a mí, en el banco, estaba una pareja que componían un padre y su hijo. El padre delgadísimo, moreno, de corta estatura, pero con un aire de viveza y energía sorprendente y con algo honrado en las facciones, que transmitía confianza. El chiquillo no tendría más de nueve años, también delgadísimo, se cogía con las dos manos en el borde del banco como si estuviese dispuesto a saltar en cualquier momento y marchar a hacer algo urgente. Yo, que estaba cansado, dejé pasar un par de trenes y mis acompañantes también. Al cabo, el padre, con voz tranquila, persuasiva y sin el menor matiz de humildad, me dijo: «¿Me puede prestar algún dinero? No tenemos trabajo. Mi mujer, un chico más pequeño y éste y yo hemos salido a ver si encontramos quehacer. No tenemos comida para hoy.». Yo llevaba en el bolsillo —nunca he usado cartera— un billete de 25 pesetas, que era cuanto podía gastar hasta que al día siguiente me volvieran a dar dinero mis padres. Llevé la mano al bolsillo del chaleco, saqué el billete y se lo di. Ahora que lo pienso debió ser un gesto natural que a ellos debió parecerles absolutamente lógico. Me fui sin hablar palabra y, por uno de esos azares que no se dan con frecuencia, al cabo de un mes o mes y medio, los vi pasar por la calle de Blasco de Garay y empujando con denuedo los

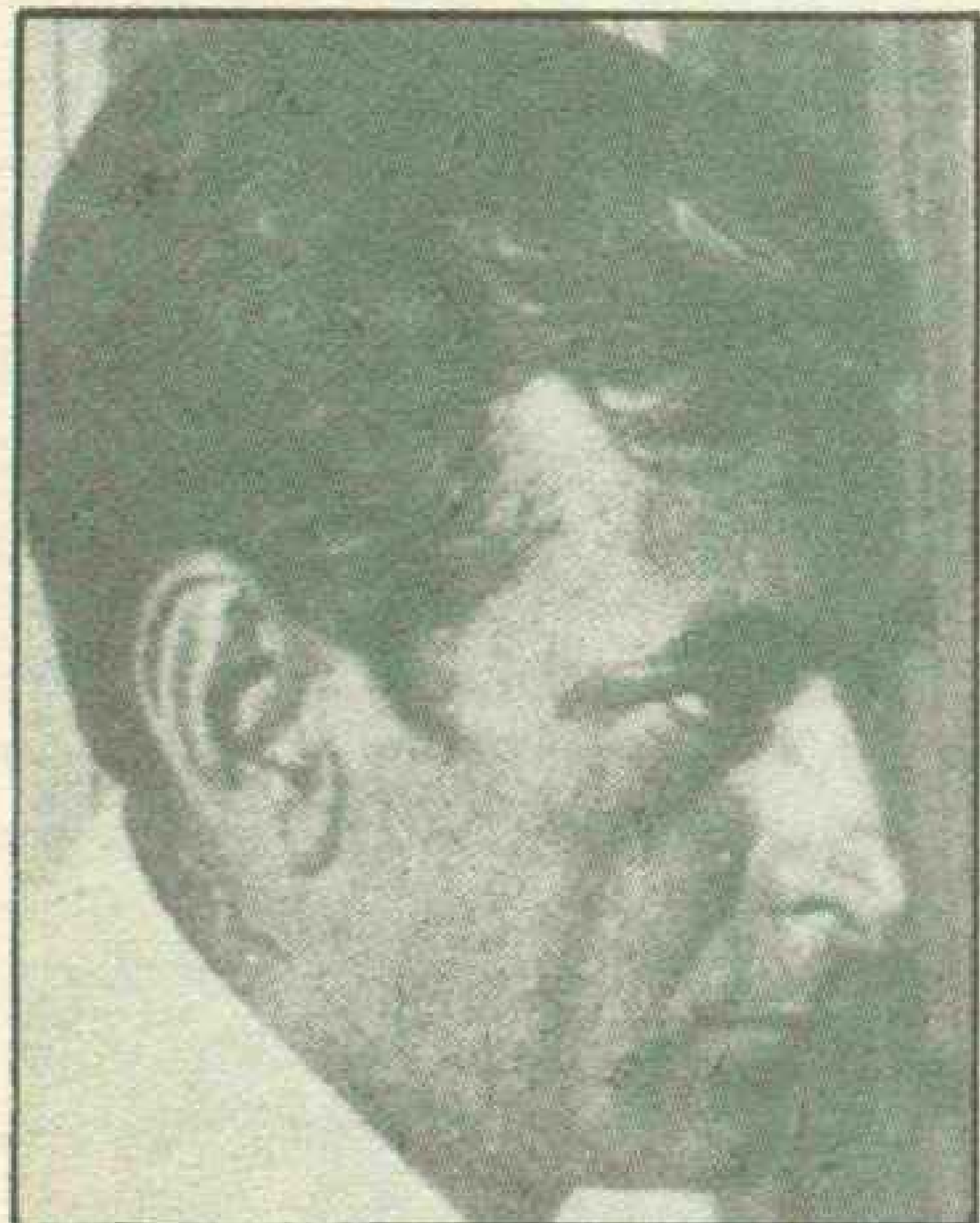
dos, padre e hijo, un carrito de mano en el se amontonaban unos muebles. El padre no me vio, pero el chico sí, y me hizo un gesto alegre y amistoso con la mano. Siempre que me piden un favor recuerdo el gesto de aquel muchacho y la pareja que formaba con su padre, como si fuese un símbolo universal de solidaridad y desgracia y, si puedo hacerlo, no dudo un instante. La miseria, la privación o la escasez también ayudaron a muchos a mantenerse sin claudicar.

Sin que alcance a explicar del todo el porqué, aquello me pareció un símbolo. Todas las gentes humildes trabajaban empujando su carro de mano, aspirando a llegar a más soportando el peso de la derrota, ya que la guerra fue la gran derrota de los que trabajaban sin utilizar a los demás y esperando, por otra parte, que la historia representada poco a poco por algunas gentes que aceptaron ese papel les ofreciera otra vez la oportunidad de decidir por sí mismos en algunos de los puntos esenciales que tocaban a sus intereses y a sus ideas. Con este y otros ejemplos se reanimó mi confianza en el pueblo tenaz, silencioso y honrado, con el que me sentía satisfecho y en el fondo igual, y eso me ha mantenido optimista hasta hoy. Sobre cualquier pesimismo está esa confianza profunda, irrompible, en lo que vagamente llamamos pueblo, pero que está compuesto por nosotros. Eso me llevó en su día a fundar un partido popular y hoy —y creo que igual será mañana— a posiciones de intransigencia en lo que se refiere a jugar con la confianza de los demás, o intentar ejercer una pura y simple administración sobre ilusiones que no se pueden administrar desde una oficina o a través de las relaciones de un aparato político. Sólo se pueden administrar las ilusiones adentrándose en la ilusión, participando de ella y corriendo con los peligros que cualquier ilusión, cuando es colectiva y tiene carácter político social, lleva consigo. Al fin y al cabo, la guerra me enseñó a mantenerme en actitudes firmes, también me enseñó paciencia, me entrenó para soportar, y me alejó de la deslealtad o del engaño. Sin embargo, el período franquista educó a mucha gente para el engaño, para el ofrecimiento sin base, para los discursos vacuos dirigidos a gentes que van a escuchar deseosas de creer, y torció el espíritu y la mente de muchos jóvenes. Quizá por mi condición de profesor creí —y desde entonces lo creo así— que lo más perentorio de la política es educar para la rectitud y el entusiasmo a los jóvenes que están empezando; porque cualquier desmayo en este quehacer es un retroceso de decenios en el proceso de la Historia de un pueblo. Cuando vemos la Historia compuesta de vacíos que se alternan con períodos llenos, o dicho en otras palabras, como un discontinuo cultural, cometemos el error de no apreciar el fundamento que se contiene en un término que hoy se emplea poco pero que es insustituible; me refiero al término "progreso". La guerra, y sobre todo el perder la guerra, aumentó en muchos de nosotros, los jóvenes que luchamos por nuevas ideas y nuevas instituciones, la fe en el progreso. ■
E. T. G.



Fachada del Ateneo de Madrid.

El exilio interior



Miguel Salabert.

"UN *titre excellent, épatant. Vraiment une trouvaille*", me dijo Philippe Grumbach, redactor jefe de *"L' Express"*, cuando le entregué, una mañana de la primavera de 1958, ya en los estertores de la IV República, el artículo que me había pedido, con unas horas de plazo, sobre la España de Franco. El artículo se titulaba *"L' exil intérieur" (El exilio interior)* y se publicó esa misma semana. Yo iba más seguro del título que del artículo, porque *"L' Express"* de entonces era un semanario de mucho "peso" y porque estaba yo haciendo mis primeros pinitos escribiendo en francés y todavía no las tenía todas conmigo en el uso de las preposiciones y otros yerbajos.

He olvidado lo que decía en el artículo, pero recuerdo perfectamente que el título brotó de él como un chorro, como una imperiosa necesidad. Consciente del hallazgo que suponía la expresión, lo fuí también de haber encontrado con ella el título exacto, necesario imprescindible, de la novela que, más que rondarme por el magín, andaba runruneándome por otros adentros. Sin embargo, estaba entonces muy lejos de suponer que la expresión haría fortuna —si llego a saberlo, la patento en Ginebra— hasta convertirse en un verdadero cliché, y mucho más lejos aún de imaginar que llegaría incluso a ser utilizada (¡cielos!) hasta por los propios franquistas, más o menos exonerados hoy por el prefijo ex, como, por ejemplo, Adolfo Suárez. En una de sus raras, y no por ello preciosas, intervenciones parlamentarias, Suárez se descolgó un día con eso del "exilio interior". Cuando un Adolfo Suárez u otro cualquiera de sus congéneres emplea una expresión de cuño literario, ya puede decirse que esta se ha convertido en un lugar tan común como un urinario público, aunque de mucha menos utilidad.

Escribí la novela en Copenhague y en París, con el placer añadido de darle un corte de mangas a la censura de Gabriel Arias-Salgado. Apareció en París, en 1961, bajo el título *"L' exil intérieur"*, en traducción de Claude Couffon, quien en su prólogo la entroncó, por su cuenta y riesgo, con la novela picaresca, a pesar de la deliberada ruptura de tono y forma que divide sus partes primera y segunda. La editó Julliard, en la famosa colección de Maurice Nadeau, *"Les lettres nouvelles"*. Entre 1961 y 1964 se publicó en Estados Unidos, por Simon and Schuster, en Inglaterra, en Rumanía y en Hungría, con el mismo título en sus diferentes traducciones.

A salvo de unas páginas publicadas, en 1961, en *"Los lunes de Revolución"*, de La Habana, *"El exilio interior"* sigue inédita en castellano, lo que supongo habrá que atribuir a mis bien patentadas pereza y desidia, las mismas que han permitido a los editores extranjeros embolsarse la mayor parte de mis derechos de autor. Cuestión sin importancia, pues yo me doy por bien pagado con que la novela gustara —al parecer bastante más que a mí— a Alejo Carpentier, a Maurice Nadeau, a Federico de Onís, a Sender y a algunos más.

Lo curioso es que el título se despegó de la novela y empezó a navegar con propulsión autónoma. Tanto que se subió en marcha a otros libros. Hace algunos años pude ver en un catálogo de una editorial francesa un libro de poemas titulado *"L' exil intérieur"*, y mucho más recientemente, hacia 1977 o 1978, la editorial de la revista *"Materiales"* publicó aquí una obra del psiquiatra francés Roland Jaccard titulada —¡adivina!— "El exilio interior". Esto revela o más bien confirma dos cosas: el largo viaje semántico realizado por el sintagma y la ignorancia de muchos de nuestros editores de esa literatura española paralela o descuajada, tan rica que es la del exilio... exterior. Habría bastado al editor de marras asomarse al ya antiguo libro de Marra López sobre la novela exiliada, o a la Historia de la Literatura, de Max Aub, para ver que *"El exilio interior"* era un título ya registrado. Espero que se entere ahora.

La generosa memoria de Haro Tecglen exhumó del olvido mi vieja novela juvenil, en febrero de 1975, en *"Triunfo"*, en un artículo en el que se preguntaba por qué no se había publicado todavía aquí. No estaba todavía el horno para bollos de esa harina, ni tal vez lo esté ahora ya para novelas de esta catadura. ¿La España franquista? Una vieja, una remota historia. De eso hace ya mil años, papá. *¿Franco? Connais pas.*

Me invita Haro Tecglen a sacar ahora del desván de mi pereza y a desempolvar unos



LA RECOGIDA DE NIÑOS MENDIGOS

Auxilio Social ha emprendido la recogida de niños mendigos, luchando con toda la fuerza de su magnífica y eficaz organización contra la explotación infantil. Una [illegible] de instituciones modernas e higiénicas, dirigida por un personal facultativo y docente, tiene la misión de ir convirtiendo a estos pequeños seres en una juventud alegre y sana moral y físicamente. He aquí dos niños, antes y después de su transformación, y al margen, unos fotogramas del "proceso" de

Esta portada de "ABC" del 9 de noviembre de 1940, refleja dramáticamente una de las realidades de la posguerra española, "la recogida de niños mendigos"...

Las Ramblas barcelonesas a principios de los 40

Las castañeras, escena típica de la España de los 40.

fragmentos de *"El exilio interior"*, y a acompañarlos de una introducción. Es lo que voy haciendo, pero llegado a este punto, me asalta la escandalilzada sospecha y con ella el egocéntrico rubor, de que voy descaminado, pues el exilio interior no es ni una vaina literaria, ni una ya fatigada muletilla para uso de políticos o periodistas. Es, fué, una realidad histórica. Una realidad que, en sentido lato y como contrapunto a la España descuajada y peregrina del exilio, comprendía a la España aherrojada, cautiva y marginada en su propio territorio físico, es decir, a todos aquellos españoles que resistieron pasivamente o cuya única colaboración con el franquismo consistió en no luchar activamente contra él. En sentido más restringido, exilio interior era el repliegue individual de la conciencia a la impura subjetividad, una conciencia inconsciente de que *«los hombres no son impotentes más que cuando admiten serlo»*, cuando éramos millones los que nos sentíamos, uno a uno, impotentes.

Exilio interior era constituirse en islotes dispersos, era coger el petate y acampar a extramuros de la "polis", era sumirse en la fascinante contemplación del propio ombligo o deleitarse cultivando margaritas en él, era abismarse en un curso de radio por correspondencia con la Escuela Maymó o desinfectarse con acicalados sonetos o con blasfematorios exabruptos, era comprarse un biombo y aislarse del mundo, era responder con una fuga hacia adentro a la agresión desde los muros y los periódicos de esa *»inmunda imagen que querían darnos de nosotros mismos»*. Era, en una palabra, el autismo social. Todas estas actitudes subjetivas de naúfrago, de sálvese quien pueda, eran, claro es, formas objetivas de colaboración. Por omisión e inhibición.

Era una época aquella, la de los primerísimos cincuenta, en la que salvo una ínfima minoría activa, la sociedad española se dividía, además de en clases muy marcadas, en dos categorías: la de los enchufados y la de los desenchufados. Los enchufados eran los que leían el célebre verso de Machado así: caminante no hay camino, se hace camino al *reptar*. Los desenchufados eran los que se desconectaban, como hacen a veces los sorderas con sus aparatos cuando quieren ponerse a salvo de las tonterías o de los vanos discursos del siglo.

No todos esos muros y biombos, levantados con la ilusoria intención de poner a buen recaudo la propia dignidad y la autoestimación, eran voluntarios. Los había también impuestos por la fuerza misma de las cosas. El más alto y espeso de ésos muros era el de nuestra ignorancia. Nuestra ignorancia era prodigiosa, verdaderamente enciclopédica. Nos habían robado dos generaciones de maestros —los mejores que ha habido jamás aquí—, y la España más próxima, la que teníamos más a mano, era nada menos que la de la generación del 98 o la de la metafísica polémica sobre "el ser y no ser de España" entre Américo Castro y Sánchez Albornoz.

Los oportunistas, los listos jóvenes de hoy, que así cabe



Otra visión de la España de los 40: las colas para conseguir víveres.

llamar a los que se ahorraron aquella época, difícilmente podrán comprender la situación cultural de esos años —baste decir que la literatura estaba bipolarizada por Vicky Baum y Lajos Zilahy— por mucho que pueda sorprenderles enterarse de que"*Sobre los ángeles*" o "*Marinero en tierra*", de Rafael Alberti, corrían de tapadillo, clandestinamente, entre los más enteradillos, que eran los menos. ¡Y qué decir de Sartre, de quien acabo de entrecomillar dos citas más arriba, que de habernos llegado antes nos habría ahorrado tantos años y meandros en busca de las evidencias más accesibles y manifiestas! Tuvimos que descubrir en la práctica, mucho antes de que él nos lo dijera, que "*El desvelamiento de una situación se hace en y por la praxis que la cambia*".

He rehuído hasta aquí, no sé si deliberada o subconscientemente, rememorar la vida cotidiana de entonces. Cotidiana, lo era, cierto, ¡y de qué modo! Lo que se dice vida...No, me faltan ganas y valor para rememorar aquí, a la evocadora luz de un candil de carburo marca Petromax, aquellos salvoconductos necesarios para ir a Avila; las cartillas de racionamiento y los purés marca San Antonio; los ayeos de Pepe Blanco; el estraperlo; la venta de colillas; Isabel la Católica y sus rutas imperiales; las dosis falangistas de aceite de ricino; las rifas de un kilo de tocino; la Niña de Fuego aquella a quien no había quien le apagara los ardores por causa de la pertinaz sequía; las puntas finolis del Pidux; los eternos noviazgos que se apolillaban en los cafés; los atildados poetas que rascaban testimonialmente sus liras a lo Garcilaso y otras bucolias; el negro porvenir de recuelo que se nos leía en los pardos pesos de la achicoria; los bigotitos finos y los ¿usted sabe con quién está hablando?; los certificados de pobreza, de bautismo y de buenas costumbres; las instancias, con sus correspondientes pólizas, en las que deseábamos a los jerarcas *ocupantes* que Dios les guardase la vida por muchos años; la omnipresencia del bicarbonato, estimulada por discursos, sermones y editoriales de prensa; en dos palabras, aquella inmunda, sofocante mediocridad.

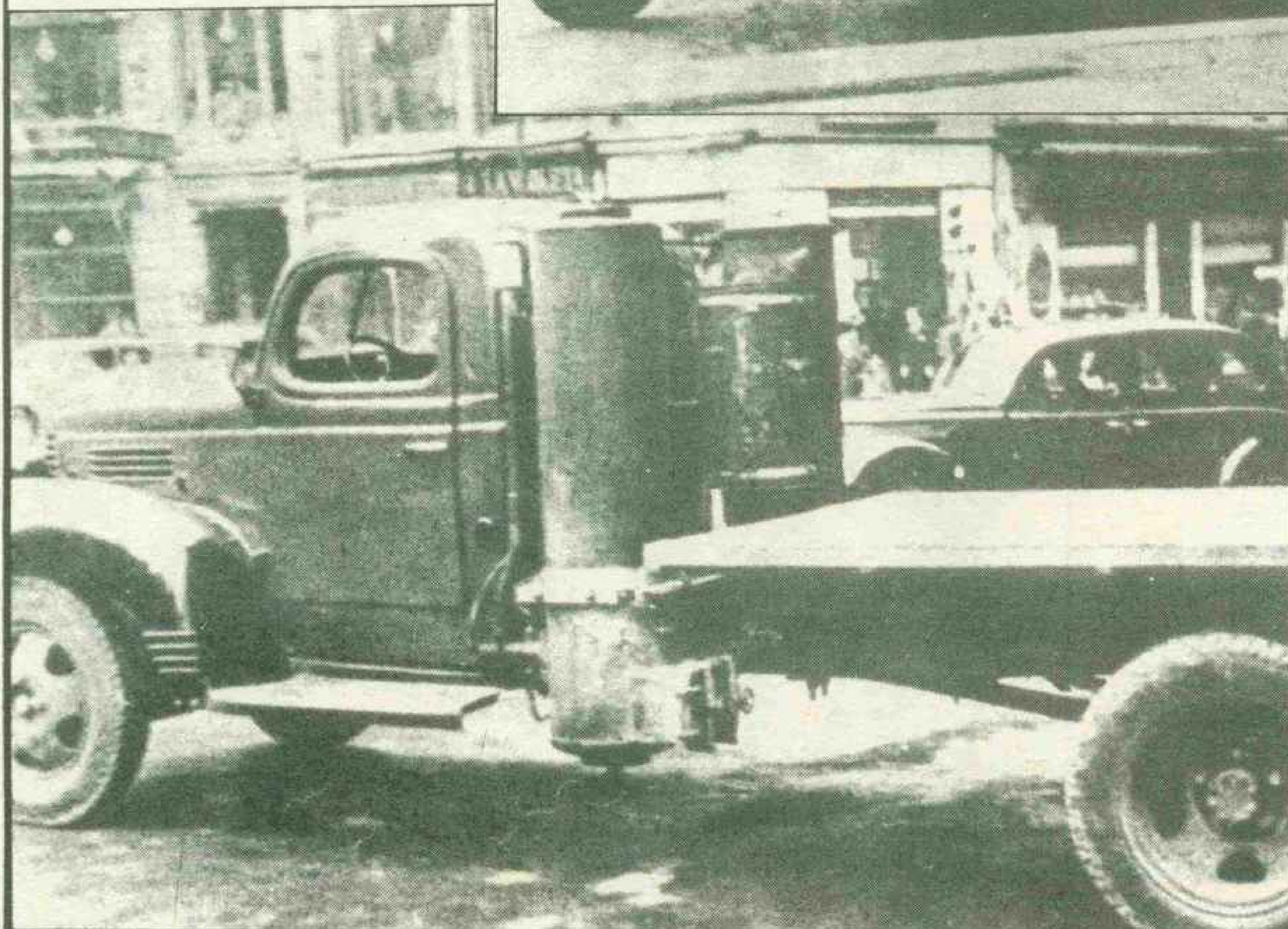
Ninguna otra generación ha merecido tanto como esa el calificativo de perdida. El franquismo nos robó la juventud y, al mismo tiempo, nos prohibió la vejez. ¿Qué queda en la vejez si se la priva del derecho a la nostalgia? ¿Quién, fascistas de mierda aparte, puede sentir nostalgia por aquella época de mierda? Queda el obligado recurso, cuando nos llegue el futuro, de convertirnos en viejos verdes, que tal vez sea la única forma digna y decente de ser viejo. Con la incógnita pendiente de si para entonces los medios podrán justificar los fines. Pero eso no tiene mayor importancia. Lo que importa de verdad es que la libertad arraigue de una vez y para siempre por estos pagos, y que podamos deportar definitivamente al pasado a todos los exilios, interiores y exteriores.



Los niños de "Auxilio Social".







La carencia de materias primas dió origen a soluciones tan "originales" como los gasógenos...

Los niños, perdedores de todas las guerras.

I

Todo lo que he dejado atrás es una huída. Los hay que viven la infancia. Otros, como yo, la huyen. Pues no era exactamente un viaje al porvenir, sino una fuga. El resultado puede parecer el mismo. Sea como sea hay que tirar hacia adelante. Pero no, no es lo mismo.

Esto lo he comprendido más tarde. Aquel día —quizá hace ya tres, quizá haga cuatro años— creía estar aún andándolo hacia mi cita inaplazable con el porvenir. He corrido tras él como el galgo en pos de la liebre en el canódromo. Sólo que al galgo no le dejan descubrir que la liebre es falsa.

Once años caben en un segundo. Mi entrada en la Facultad aquella mañana de Octubre estaba precedido de once años vividos en un desafío permanente. Once años de soledad en el esfuerzo. Los otros entraban "de la mano de



Vendedoras de agua en la Plaza Mayor de Madrid.



Las gentes, "bien" tomando el aperitivo en la calle madrileña de Serrano.

papá". Yo me conducía a mí mismo. Había una cierta embriaguez en repetírmelo. Y una emoción de víspera. Me confortaba pensar que salía de la soledad para integrarme a un medio. Me ilusionaba pensar que en él tal vez encontraría alguien en quien depositar esta palabra difícil: amigo.

¡La universidad! Sonaba alto eso. Yo era universitario. Cuando niño se me había declarado exento de porvenir. He aquí que yo me lo había ganado. Yo me preguntaba si la emoción del primero que puso el pie en América podía compararse a la mía. ¡La universidad!

Entré así en la Facultad. Todo esto, a la distancia, se llama ingenuidad. Me hace sonreir ahora. Y sin embargo, mi ingenuidad cohabitaba con una desconfianza subterránea. Pues había una sospechosa intensidad. La desconfianza se cuela de contrabando, se esconde en la intensidad, como el hombre que, atemorizado, cruza un bosque nocturno y acalla el miedo cantando.

Quizá hace ya tres años, quizá haga ya cuatro... y sin embargo me pilla mucho más lejos. Ahora que me he excluido, ahora que he enviado al diablo a la universidad, me parece enormemente lejana aquella manaña de Octubre, tan desvaída en el recuerdo como el sol que la ocupa.

Mi decepción no se deja escribir. Habría que biografiarla "al ralenti", asediar estrechamente al tiempo. Y aún se escaparía "el aire". No se puede enjaular el aire en palabras. La indignación no se deja escribir. Sacadla del grito, de la maldición, de la blasfemia, y se quedará en cueros, avergonzada, indecisa, boquiabierta. Y ocurre que he perdido ya hasta el grito.

¿De dónde sacan todos estos cretinos ese orgullo de ser universitarios? Universitarios ¿de qué Universidad? ¿Qué Universidad era esa en la que un profesor de filosofía tenía que interrumpir un curso sobre el pensamiento de Jaspers, por la protesta conminatoria de un obispo imbécil?

¿Qué Universidad es esta que da asilo en sus aulas a ese tipo que patalea contra el materialismo rociándonos de frases chabacanas, y a toda esta "cultura" rancia que apesta a sotana? Y a ese otro energúmeno que apostrofa desde su cátedra a los protestantes: "¡esos chupabiblias!"... ¿Qué hace este tipo aquí? ¿Qué hago yo aquí? ¿Es esto esa universidad a la que yo soñaba llegar?

—¡Santa ira! ¡Santa ignorancia! ¿Le oís? Aún queda ingenuidad en este mundo. ¿De dónde sale este varón virtuoso, este nuevo Catón? ¿Acaba de llegar del extranjero? ¿O nos cae de un planeta perdido para traernos una lección de humanismo? ¿No será el salvaje anunciado por Huxley para inquietarnos en nuestro mundo feliz? Rafael, examina su anatomía para ver si es normal...

Me contemplaban irónicamente, fingiendo un maravillado asombro. Finalmente, el llamado Rafael, un tipo feo con ferocidad, emitió su diagnóstico:

—Bah! Apesta normalidad. Lo único interesante en él es su curiosidad. Un tipo que pregunta estas cosas no se ve todos los días. Esto vale unos vasos.

—¿Tú crees que vale la pena iniciarle?

—Eh! ¿Qué os pasa? Bajad-



Penitentes en las procesiones, otra escena característica de los años cuarenta.

me un poquito ese tono. Yo he salido de otro cascarón que vosotros. Eso es todo. Vosotros os creeis que estais de vuelta, ¿no?

—¿De vuelta? No. La ida no valía la pena.

—Nosotros estamos de lado. En la orilla.

El tercer tipo, que había permanecido silencioso hasta entonces, habló con un tono normal.

—¿Dónde has hecho bachillerato?

—En ningún sitio. He estudiado solo y me he examinado siempre por libre. Os he dicho que vengo de otro cascarón.

—Ah! Eso explica todo.

—Pero, al fin y al cabo, has estudiado en los textos oficiales. Más o menos, debías estar al corriente, saber en qué país vives.

—Sí, respondí. En una "democracia orgánica" en la que todo lo que no es obligatorio está prohibido. No sé quien dijo esta frase un alemán, me parece.

—Hum! ¿De acuerdo en que "ser español es lo mejor que se puede ser"?

Yo iba entrando en el juego.

—Oh, eso es un pleonasmo.

—España es una "unidad grande y libre de destino en lo universal", ¿sí o no?

—¿Por qué no, si suena bien?

—"Contra los intelectuales, somos actuales", ¿de acuerdo?

—Si pudiera comprender lo que quiere decir eso...

—Ninguna importancia. Todas estas frases están hechas no para ser comprendidas, sino para todo lo contrario, para impedir pensar. Y bien, este rápido exámen ratifica mi asombro. ¿Qué es lo que puede asombrarte aquí?

—Yo creía que al menos la universidad habría escapado en algo a la quema... Yo creía que la función de la universidad era el respeto a la verdad.

Rafael rompió a reir. Usaba una risa desagradable.

—¿Oís? ¡La verdad! Aquí los profesores se limpian el culo con la verdad. Higiénica actividad mal pagada, además.

—¡Es indignante!

—Indignante... ¿Qué quiere decir eso? Al fin y al cabo, poner los cuernos a la verdad por escepticismo no es un delito mayor, ¿eh?

—Haría falta saber qué es la verdad.

—Digamos, repuse, que todas las tentativas de aproximación merecen ser estudiadas con objetividad...

Se echaron a reir escandalosamente, los muy cabrones.

Rafael dijo:

—Hay una verdad oficial, establecida "sub especie aeternitatis". Esta verdad queda resumida en el tomismo y su sucursal: el neo tomismo. Esta verdad es la que se nos enseña aquí.

—¿Tú no sabías que la cultura es un film del far-west? Hay los buenos (los escolásticos, los idealistas) y los malos (los materialistas). El combate acaba siempre en un "happy end". ¿Qué culpa tienen nuestros queridos profesores de que una tradición moral bien establecida exija que ganen siempre los buenos? No hay que darle vueltas. Al final de todo antagonismo, el gordinflón de Santo Tomás acaba siempre casándose —por la iglesia— naturalmente con la rubia verdad.

—Pero ¿creéis que son sinceros, al menos? quiero decir, ¿si

su enseñanza corresponde a sus convicciones?

—Son consecuentes. Para ganar una cátedra hay que firmar antes una confesión de adhesión al Régimen. Profesar luego principios opuestos sería una traición.

A Rafael le bailó de nuevo la extraña sonrisa que atormentaba su rostro:

—Hay una grandeza indiscutible, casi hegeliana, —su voz se dobló de ironía— en proferir traicionarse a sí mismo que traicionar al Estado. El Estado está por encima del individuo, ¿no?

—Y naturalmente, además de su adhesión al Régimen deben aceptar el estatuto de la Universidad. Carlos, tú que te lo sabes de memoria, con un soniquete de colegial.

—"Según la ley del 29 de Julio de 1943 sobre ordenación de la Universidad española... Bla-bla... Vivíamos momentos de crisis y ruina en que si la educación intelectual estaba desquiciada, habían sucumbido también en manos de la libertad de cátedra la educación moral y religiosa.

—¡Viva Dios! —gritó Rafael.

Un movimiento de miradas se convengió en él.

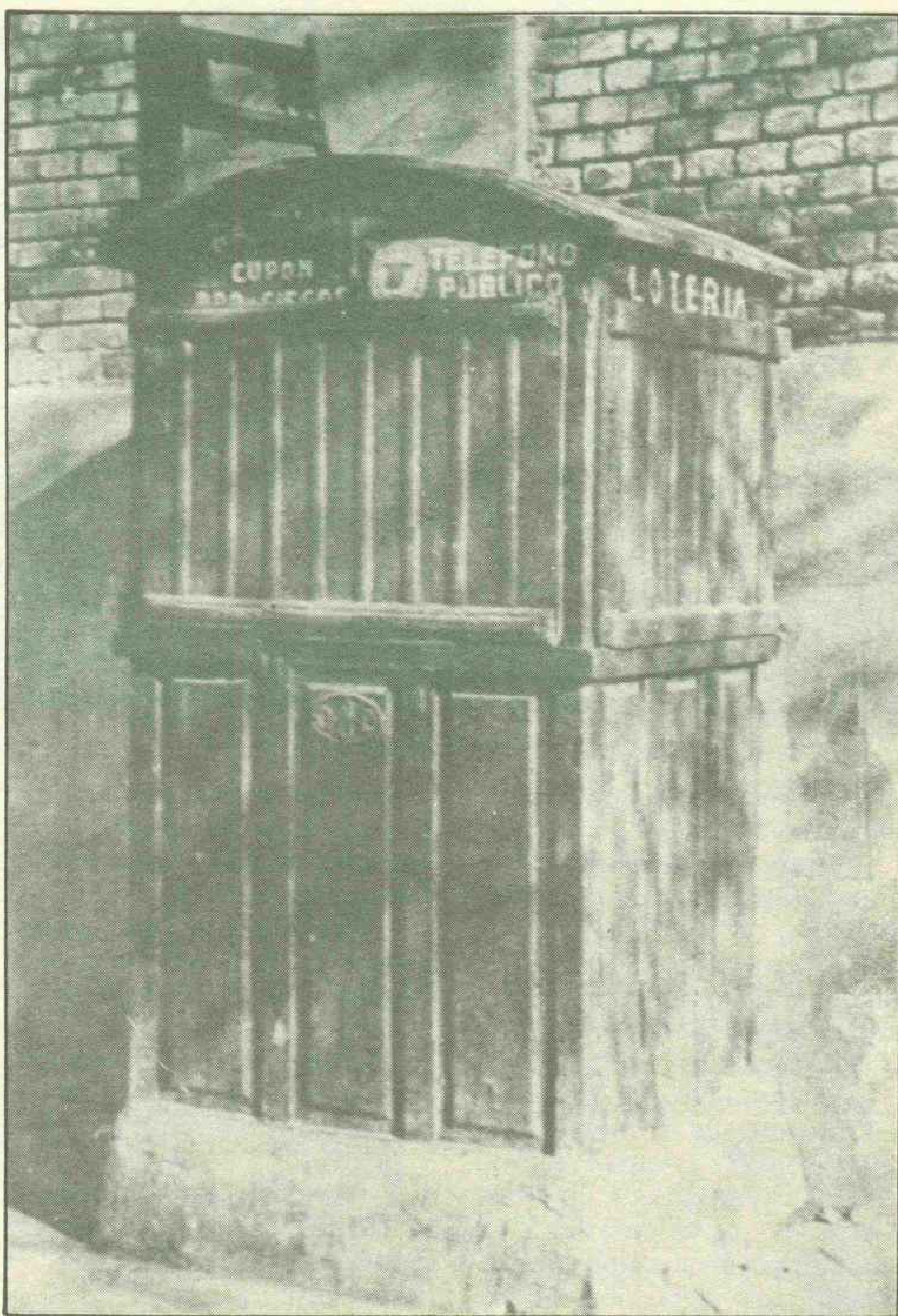
—..."Un clima pernicioso de liberalismo pedagógico... El patriotismo, ahogado por la corriente extranjerizante, laica..."

—¡Viva Cartagena! —gritó de nuevo Rafael.

—«La ley, además de reconocer los derechos docentes de la Iglesia en materia universitaria, quiere ante todo que la universidad sea católica. Todas sus actividades —la voz de Carlos subrayó el texto— tendrán como guía suprema el dogma y la moral cristianos y lo establecido por los sagrados cánones respecto a la enseñanza».

—¡Viva la hostia!

—«...Es imprescindible para una auténtica educación el ambiente de piedad que contribuya a fomentar la formación espiritual en todos los actos de la vida del estudiante... La ley



Una garita para la venta de lotería, el cupón pro-ciegos y el teléfono público, todo un símbolo de los años del hambre.

exige el fiel servicio de la Universidad a los ideales de la Falange... La exaltación de los valores hispánicos... Mantener siempre vivo y tenso en el alma de la Universidad el aliento de la auténtica España...». Uf! Esto va a costarme tres tintos. Es mi tarifa.

—Desconocías esto, ¿verdad? Pues bien, ahora ya sabes donde estás.

—En la auténtica España.

—¡Oh, luz de Trento!

—¡Oh, martillo de herejes!

—¡Oh, cuna de héroes y santos!

—¡Centinela de Europa!

—Amén.

Así es como les conocí. Poco a poco me uní a ellos. Nunca salían del "bar". Se les pasaba la mañana bebiendo vino y hablando de todo en un tono cínico y burlón.

—Hay que hacer algo con el ocio, ¿sabes?

—Yo conozco un tipo que suele hacer interminables discursos para predicar el silencio como única actitud coherente.

Carlos rió.

—Pero nosotros somos enormemente coherentes. No hablamos, croamos.

—¿Croáis?

—Sí. Aquí el tiempo se ha estancado. Esto es una enorme charca putrefacta. Habitantes de una charca, ¿qué otra cosa



"El mundo entero al alcance de todos los españoles"

más coherente que convertirse en ranas?

—¡Qué megalómano! En renacuajos, Carlos, corrigió Rafael.

—Afortunadamente, dijo Joaquín, el hombre tiene a su disposición la facultad de adaptarse al medio.

—Es formidable la vitalidad del instinto de conservación, dijo Carlos. Se es capaz de convertirse en renacuajos, en amebas, antes que de diñarla. Y te encuentras aún con tipos que te dicen que no se puede vivir sin principios. ¡Qué estupidez! Está demostrado que para vivir basta con estar vivo. Eso y la inercia hacen un hombre. Aquí estamos. Y mirad todos esos.

Una compacta muchedumbre de palabras se movía en el aire. El "bar" de la facultad estaba siempre lleno entre clase y clase.

—¿Los veis? Están viviendo su vida. ¿Por qué no van a vivir su vida? En el fondo, ¿qué es lo que pasa? Nada. No pasa absolutamente nada. Se buscan un rinconcito en la charca. Un título universitario, unas oposiciones y una silla segura pegada al trasero para toda la vida. Sí, la mayoría de todos estos, llegado el momento, se añadirán. Nosotros nos hemos ausentado ya del porvenir.

Fuí conociendo poco a poco a esta mayoría. Vivía en el esquema trazado por Carlos indiferentes al resto.

«Al fin y al cabo, no hay que exagerar. Aquí se puede vivir. Mientras no metas la nariz en política...».

«Al fin y al cabo, no se puede pedir grandes cosas a la vida».

«Al fin y al cabo, hay que vivir, ¿no?

Y para vivir, hay que ejercer la técnica del compromiso: la ignorancia, la indiferencia, el conformismo.

«Al fin y al cabo, no hay más remedio que adaptarse. ¿Para qué rebelarse? Lo único que se consigue es envenenarse la sangre".

Yo lo conseguí. Me envenenaba la sangre.

—¿Qué se puede hacer? Hay que hacer algo. No podemos quedarnos con los brazos cruzados.

Carlos reía.

—Cuando se vive en una charca inmóvil, no se puede nadar contra la corriente.

—Habría que inventar antes la corriente, dijo Joaquín, con su lógica y displicencia habituales

—Pues eso es precisamente lo que hay que hacer, crear la corriente.

—¡Qué juventud tan alborotada usas! gruñó Carlos. Nos fatigas.

—Menos mal que la juventud es efímera, intervino Rafael, sin dejar de dibujar.

—Pero ¿cómo se puede vivir así? ¿No os sentís en medio de una pesadilla? ¿Dónde acaba aquí la ficción y empieza la realidad?

Carlos alzó su vaso en un gesto distraído.

—La ficción es un estado de hecho. Ergo, la ficción es la realidad.

—Lo que da a la realidad, dijo Joaquín, el derecho a la viceversa.

—Y a la viceversa, el de la versavice, encadenó Rafael, sin alzar los ojos de su dibujo.

—Yo te diré lo único que se puede hacer, —dijo Carlos— lo único que vale la pena: desarrollar nuestra capacidad de repugnancia al máximo, para estar a la altura de los tiempos y de... nosotros mismos.

Rafael se anticipó a Joaquín que parecía querer decir algo.

—Yo estoy por el retorno al mono. Ha llegado el momento de sacar billete de vuelta. Claro es que este programa encontrará la oposición de los conservadores y de los progresistas. Y sin embargo, yo no conozco un objetivo más revolucionario que el que yo propongo: el regreso al mono. Revolucionario, sí. La etimología viene en mi ayuda. Yo no veo otra salida al hombre que el regreso al mono. Sí, por más vueltas que le doy... Mirad mi dibujo. ¿Qué os parece?

Un cristo en la cruz. Un cristo con el cuerpo terriblemente distorsionado, retorcido trabajado por el dolor hasta el tuétano. Pero el rostro denunciaba un placer intensísimo, como sacudido por un poderoso orgasmo.

—¿Os asombra? Era un masoquista.

XII

Su mirada recorría despaciosamente el cuarto de estar, se



El autor de "Exilio interior", durante la posguerra.

detenía en cada objeto, como si ensayara la lenta posesión de las cosas, o bien como si buscara su sitio entre ellas. Primer movimiento hacia la costumbre, primer gesto de penetración en la nueva atmósfera a la que debía acogerse, como un extranjero que caminara a tientas sus primeros pasos por el nuevo país. Retorno a lo desconocido. Regresado. Sus manos temblaban, cargadas de caricias urgentes, contenidas para retardar el contacto.

Un silencio denso, casi táctil. Había vivido tantos años la espera de aquellos minutos, que ahora no le parecían presentes, reales. ¿Intentaba expulsar de sí la memoria para vivirlos virginalmente?

Su mirada se clausuró tras los párpados, por unos segundos. Sus manos agarraron fuertemente el frutero, desde siempre injustificable sobre el aparador, como si exigiera del objeto la prueba irrefutable de la realidad. Sus manos se aflojaron, resbalaron, infinitamente lentas, y palparon torpemente el mueble, como un ciego en busca del eco de la evidencia. El tiempo se concentraba en el tacto. Ocho años insustituibles.

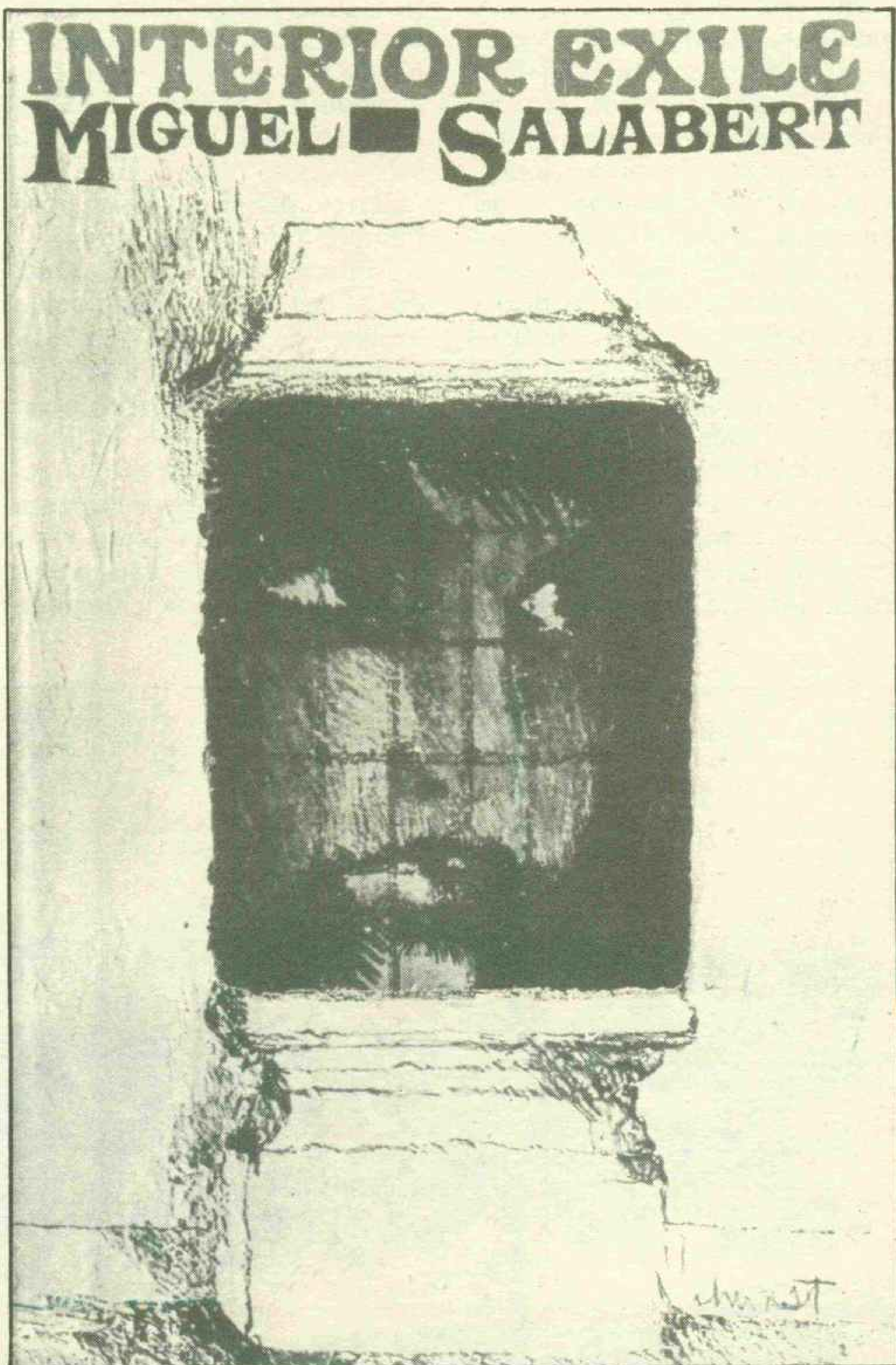
—¿Recuerdas?

Ella le señalaba la horrible figurita de porcelana. Una sonrisa furtiva denunció el reconocimiento. Un gesto como para espantarse el recuerdo. La memoria le hacía daño. Aquella estatuílla le llevaba demasiado atrás. Había que saltar ocho años. Su mirada huyó de la estatuílla, como abrasada, y recorrió las paredes. El reloj. El calendario. Los dos habían medido el tiempo. Un tiempo extranjero, un tiempo que había caminado otros caminos, un tiempo del que él había vivido exiliado. Nos miró, sobresaltado, como asombrado de encontrarnos contemporáneos.

Con paso vacilante se dirigió hacia el sillón. Se sentó, tímidamente.

Los brazos caídos, desmayados hasta las manos en las que los dedos traducían su emoción, nos miraba, como buscándonos más allá, más atrás de nosotros.

Ella parecía abandonarse a la silla en que estaba sentada, como fundiéndose con ella, estática, descansando de un largo cansancio. Vivía así los primeros minutos de la liberación de sus hombros. Andrea permanecía tranquila. Como siempre, era la única que se sentía cómoda en el silencio. Yo, sumido en una expectación casi frenética, casi intolerable. ¡Qué sobresalto ante su voz!



Portada de la edición inglesa de "Exilio Interior".

—Pero ¿cuándo va a llegar Emilio?

—Siempre viene tarde. El hace ya su vida.

Y de nuevo el silencio.

Había que hacer algo con el silencio. Había que poblarlo de palabras.

Era urgente recuperar el tiempo. Un padre caído como un aerolito, un padre recién nacido para su hijo, que le mira fijamente. El se defendía aún de la palabra, anclaba su angustia al silencio, se atrincheraba en él. Tenía que hacernos caminar su ausencia, llevarnos de la mano por ella para, al final del viaje, encontrarnos.

Su voz acometió súbita y rabiosamente el pasado. Luego, poco a poco, se fué apagando hasta hacerse monótona, impersonal, despegada, en un *yo* "conjugado" en tercera persona, un "yo" desvalido que no encontraba sus cimientos, un "yo" casi huérfano de humanidad. Memoria alucinante de los tres hombres golpeándole brutalmente. El dolor explotando el cuerpo hasta sus últimas posibilidades. Cada golpe avanzaba hasta el cerebro como una llamarada enloquecida para descargar en el grito. El grito en carne viva del hombre torturado. La precisión de los golpes, su sabiduría anatómica. Golpes cargados de experiencia, bien entrenados en el desprecio del hombre. No había nada que justificara estos golpes. Pues no descargaban la cólera, no transportaban el odio. Sólo el desprecio. Por eso lo que hacía daño no eran tanto los golpes como las sonrisas de los verdugos.

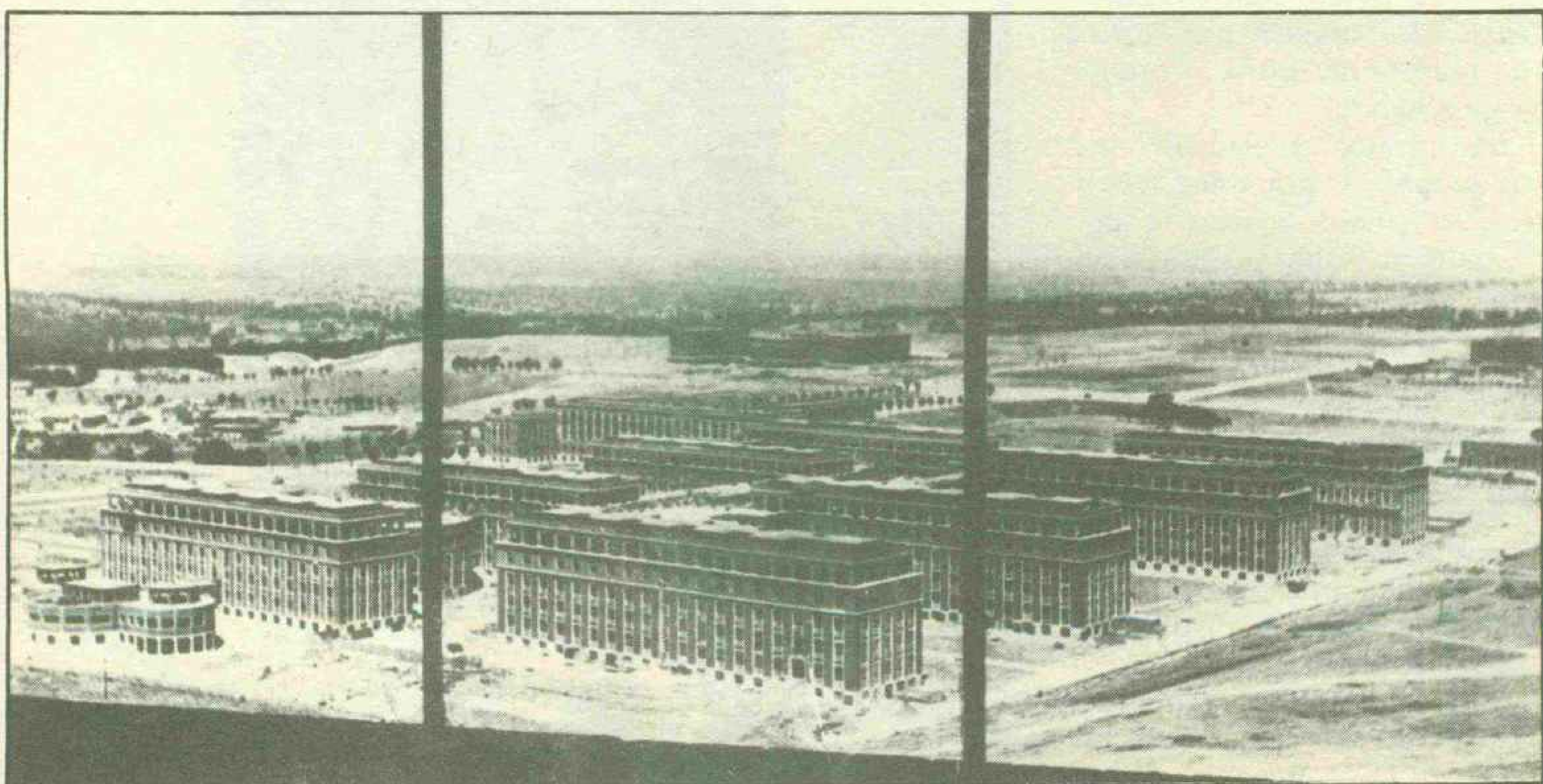
Una semana de tortura diaria. El cuerpo ya inerte, ya enloquecido. La carne en jirones, el alma devastada. Hasta la sonriente confesión de los verdugos. Todo había sido inútil. Los seis hombres habían sido encontrados y fusilados. ¿Inútil? ¿Qué sabían ellos del hombre? Su silencio inexpugnable había alzado la fraternidad y afirmado al hombre. Aquellos hombres no habían muerto solos. Esta fraternidad, estas muertes, daban testimonio del hombre ante los bárbaros.

Millares de hombres reducidos al instinto de conservación. Millares de hombres sometidos a un hambre cuidadosamente racionada, dosificada, enloquecedora. Millares de hombres muriéndose de hambre a racimos y facilitando así la agotadora tarea de los piquetes de ejecución. Millares de hombres con el alma muerta y el cuerpo enfermo arrastrándo penosamente lo que aún les quedaba de vida, los últimos restos. El hombre viviendo alrededor de su estómago, su centro de gravedad. Inútiles los esfuerzos del cerebro por evadirse.

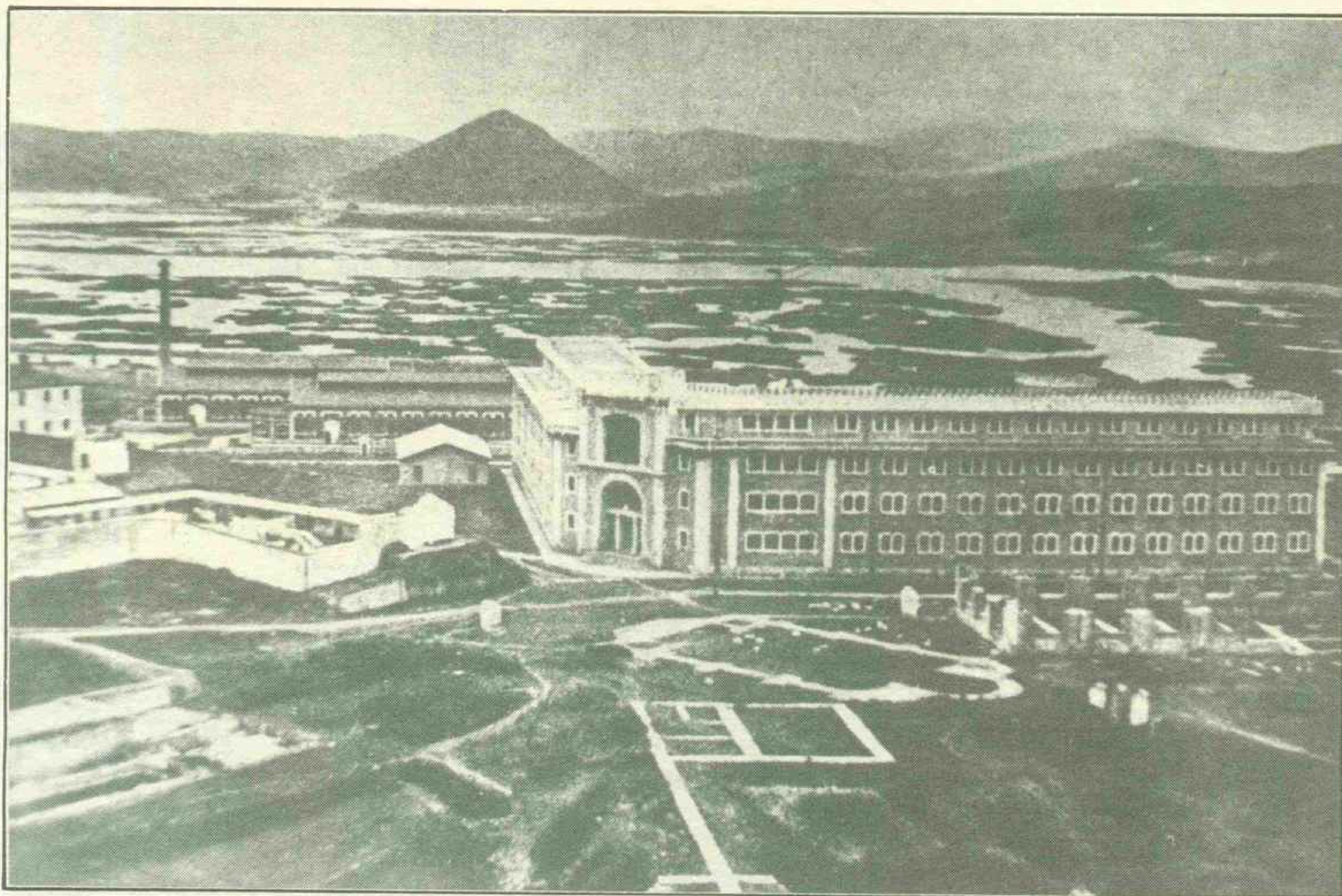
Diez hombres han decidido la huelga de hambre, del hambre absoluta como protesta contra el hambre envilecedora. Fusilados ante todos por su intolerable conducta. El hambre voluntaria no entra en juego. El hombre no existe. Toda tentativa de asumir libremente cualquier acto es un atentado al orden nuevo, el orden del desprecio.

Habrá que irse acostumbrando al orden nuevo. Primera lección: el individuo no tiene más valor que una bala. El centinela es recompensado por su celo con siete días de vacaciones. Pero hay tipos que ni tan siquiera valen una triste bala. En el patio, un falangista ha matado a porrazos a un hombre que ha tentado, de palabra, a su dignidad. El falangista, profundamente persuadido de que "el hombre es portador de valores eternos", no podía tolerar tal insolencia y expidió al imprudente a la eternidad.

No es suficiente. Hay que



La Ciudad Universitaria en 1936; la Facultad de Medicina y Farmacia, desde el Hospital Clínico.



El Penal del Dueso.

arrodillarlos, humillarlos hasta la última raíz de ellos mismos. ¡Qué hermoso cuadro estos millares de hombres cantando los himnos fascistas! ¡Ay de quien se niegue a cantar los himnos del orden nuevo!

¿Qué hace ese hombre que sale de las filas? Su testamento. Un grito: "¡Muera el fascismo!". Los verdugos no comprenden. ¡Cambiar la vida por un grito! Absurdo. El tipo es sin duda un intelectual. Esta vez, los verdugos están inmunizados contra toda remota posibilidad de remordimiento. Se trata de un suicidio, es evidente. De un suicidio tanto más estúpido cuanto que el tipo habría escapado probablemente con unos años de cárcel. La situación es clara. La obligación de un suicida es morir, la de un verdugo, matar. Los verdugos no comprendían que el grito de aquel hombre incomprensible significaba su voluntad de renunciar a la vida para no renunciar a sí mismo, puesto que la vida y el hombre son incompatibles en el orden nuevo.

Vuelta a la tortura. Se quiere arrancarle confesiones de crímenes sobre los que poder realizar la parodia de un juicio. Un rojo sin crímenes no es rojo. De nuevo el cuerpo recorre su calvario. ¿Para qué? A efectos finales, era igual declarar haber cometido los crímenes que ellos necesitaban. Pero para él había una pequeña diferencia. Acceder a sus deseos, aunque sólo fuera por ahorrarse la tortura, significaba convertirse de víctima en cómplice.

A efectos finales fué igual. Quince minutos para condenar a muerte a dieciocho hombres en bloque. El tribunal representó con toda seriedad su papel. El creía asistir a una comedia, a un guiñol grotesco. Al final, sus manos rompieron a aplaudir. Pero sus aplausos provocaron la cólera del tribunal. Extraños actores. Demasiado mosdestos.

Condenado a muerte. La expresión es extraña. El hombre que condena a muerte a otro ¿alberga la ilusión de quedar él excluído, exento? Condenar a muerte a un hombre es robarle su muerte, quitarle el derecho de morir por sus propios medios. Nada más personal, nada más íntimo que la muerte.

El compañero de celda que se ha ahorcado ha creído morir así de su propia muerte, morir de y por sí mismo. Pero es un error. No ha querido confesarse que su suicidio le venía de fuera, que no se suicidaba sino que *le* suicidaban. Nunca se suicida nadie en primera persona. No se puede decir "yo me suicido". Me suicidan. Es así.

Y era esta muerte extranjera la que venía al alba, la "saca" anunciada por la campanilla del cura. La campanilla sonaba con una alegría impertinente. El cura, funcionario del asesinato, traía la palabra del Cristo en la boca. El cura hablaba de la muerte a los condenados, con una escrupulosa precisión de detalles, anticipándoles los gestos que harían, el mecanismo del miedo... Los sacramentos eran las mejores muletas para vadear el fugaz segundo entre el más acá y el más allá. A pesar de todo, no se podía descartar

Redención

Un ensayo penitenciario, único en el mundo, debido a la iniciativa del Caudillo

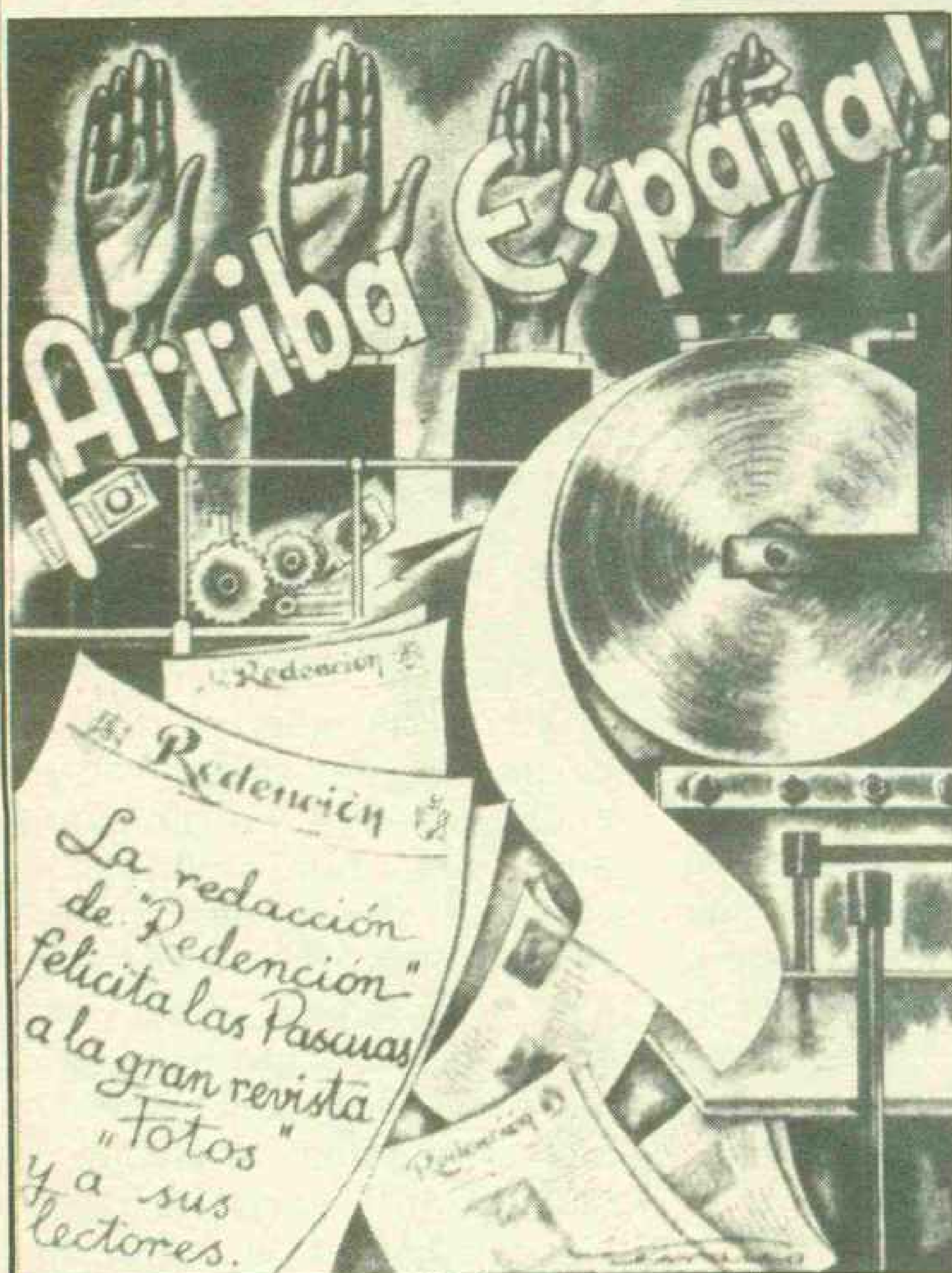
Los presos tienen su periódico y hacen su periódico, bajo la dirección del Patronato Central de Redención de Penas. Presos son los redactores, los corresponsales informativos, los corresponsales administrativos y los repartidores. Lo dirige el vocal de Propaganda de dicho Patronato.

Esta sola obra es una prueba de la eficacia y generosidad del nuevo sistema penitenciario español, pues *Redención* —verdadera rareza hemerotística— es el primer periódico del mundo hecho en estas condiciones y está despertando la curiosidad y la atención de las instituciones penitenciarias del Extranjero.

El reglamento de Prisiones, por una elemental exigencia de disciplina de todas las prisiones del mundo, impedía la entrada de Prensa en las cárceles. Pero el Patronato de Redención de Penas ha querido evitar que el preso viviera ausente de la historia actual de su Patria y aun de los mismos acontecimientos del Extranjero, y quiso, sobre todo, que llegaran a los reclusos ideas que tal vez desconocían y consuelos en las horas inacabables de tedio y soledad espiritual.



El vocal de Prensa del Patronato Central de Redención de Penas por el Trabajo, don José María Sánchez de Muniain, acompañado del director de la prisión, don Amancio Tomé



Dibujo hecho por un recluso y dedicado a nuestra Revista

Porque en este orden, como en tantos otros, la mejor manera de amar bien a España es conocerla bien.

Todo eso se ha logrado sin quebrantar la disciplina, dando, por el contrario, a ésta un suplemento precioso de adhesión interior.

Ni un cartel, ni una Gaceta oficiosa

Redención, el semanario de los presos y de sus familias, no es un cartel de propaganda, ni tampoco una árida Gaceta oficiosa. Es un resumen ameno, informativo y honrado, de los principales acontecimientos del mundo; es un portavoz de los ensayos y mejoras debidos a los funcionarios maravillosos, que sirve de estímulo y guía en todas las prisiones; es un orientador de todo lo que le interesa al preso en materia de legislación y de redención de penas; es un instrumento de difusión cultural a cargo de los mismos reclusos; es un consuelo, con sus acertijos, chistes y caricaturas, de los ratos de soledad, y es también un instrumento de formación individual en el orden religioso y patriótico.

Obra de Paz del Caudillo

El Caudillo dijo en sus declaraciones de Enero de 1938:

«... Para los presos redimibles fundaremos Prensa especial, crearemos entidades editoriales, dispondremos una propaganda noble y digna». *Redención*, cuadecilla de esa propaganda, responde, pues, al pensamiento magnánimo de reconquista espiritual de Franco, y es, originalmente, una obra suya.

Una bella coincidencia dispuso que cuando cierta rotativa de provincias lanzaba los primeros ejemplares del primer número, el clarín de la Radio Nacional mezclara su alegre sonido con el rumor poderoso de las máquinas, anunciando el Parte de la Paz. Era la noche del día 1 de Abril de 1939, y *Redención* aparecía con un título a toda plana, diciendo: «Yo quiero ser el Caudillo de todos».

La Redacción

Trasponemos los rastrillos de la Prisión de Porlier. Su director, señor Tomé, ha pegado en las paredes bellas máximas morales y patrióticas. Una fila de presos baja con toallas al cuello al aseo y la vaquería. Vemos junto a la cocina un corro de presos que pela patatas: ese trabajo les vale para la redención de la pena.

Arriba, en el segundo piso, hay [illegible] espaciosa y alegre [illegible] de escribir, una biblioteca [illegible] de toda España [illegible] fran-

Portada de "Redención", semanario confeccionado por los presos de la cárcel de Porlier.



Un domingo por la mañana en la cárcel de Porlier.

la posibilidad de que la infinita misericordia divina se extendiera incluso a los rojos. ¡Ah, incomprensible que esta gente no quiera ir al cielo! Estos hombres que han luchado para poder vivir, para vivir una vida habitable, no quieren morir. El cura no comprendía. Los guardianes tampoco. Cuando el condenado se echaba a llorar, le decían: "Hay que morir como un hombre". Ellos no sabían que lo humano es tener miedo, no querer morir más que de su propia muerte. El día no es una promesa, una luz para caminarla. Es la amenaza, es el alba escoltada por la campanilla y el coro de fusiles.

Ocho, doce, quince hombres, quince muertes diarias. Eclipse del mundo. Y en los que quedn, la terrible fatiga de resucitar otra vez a la espera, a estos segundos que enhebran la angustia de vivir desviviéndose. La angustia de auscultar cada segundo, de apoyar toda la vida en cada minuto. Angustia hasta no saber si lo que se quiere es prolongar la vida o precipitar la muerte. Los hay que gritan pidiendo que se les deje vivir y los que reclaman la muerte, más impacientes por librarse de la angustia que de la vida.

Los días van pasando, tensos como cables. Por su celda, los hombres pasan y se van. El continúa. Es uno de los veteranos de la galería. Pero continuar es una manera de decir. Para él se ha detenido ya el tiempo. La vida y la muerte le son ya extrañas, una y otra le son igualmente inútiles e incomprensibles, una y otra desaparecerán juntas, definitivamente en unos segundos. Ilusión la de creer matar en él a un hombre. No matarán más que una indiferencia cansada a la que el corazón presta aún sus latidos por pura costumbre. Testigo de sí mismo y de los otros. De Pablo, el hercúleo campesino que por encima de todo quería aprender a leer y que cuando le sacaron de la celda se obstinó en gritar: "¿Por qué... Por qué... Por qué?" ¿Quién podía responder a su pregunta? Uno de los guardianes le dijo: "no seas curioso, hombre", tal vez para vencer el malestar provocado por tan indiscreta pregunta. Testigo de Hernández, el humorista, el hombre que confesaba haberse acostumbrado a morir pero no a madrugar. A lo que añadía que era una broma de mal gusto matar a un hombre a las seis de la mañana. «Una hora tan imposible, escribió al director de la prisión, que yo no la conozco sino por referencias. Pues yo soy un hombre de buenas costumbres y no he madrugado jamás. Quisiera no tener que cambiar mis costumbres en el último momento, a malas horas, mangas verdes. A las seis de la mañana me es absolutamente imposible hacer nada, ni tan solo morirme. A esa hora no fusilarán en mí más que mi subconsciente. Por ello, me permito rogar de la reconocida bondad de usted, señor

director, cuya vida guarde Dios muchos años, que ordene me fusilen a mediodía. Si, me haría realmente feliz que me fusilaran a mediodía.

A Hernández no le perdonaron el madrugón. El director tenía un espíritu equitativo que le hacía rechazar todo privilegio. A pesar de todo, el "subconsciente" de Hernández salió de la celda bromeando. Uno de los guardianes rió y le palmeó amistosamente la espalda, como a un camarada con el que se sale a beber un vaso a la taberna de la esquina.

Testigo de Juan. De Juan que no se resignaba a irse de la vida sin haberla vivido Juan no podía creer en su muerte. Todos los días esperaba la conmutación de su condena con una seguridad tal, con una fé tan inamovible, que la hacía compartir a todo el mundo. A tres milímetros de las balas, todavía su fé debió agarrarse a la vida como una lapa, a la esperanza de que su bala fuese vegetariana. Pues en verdad, era imposible morir cuando se tenía veinte años, cuando la mirada estaba aún hambrienta de luz, cuando se creía aún que la vida debía estar hecha para algo. Sí, parecía imposible ese cuerpo vaciado, el brutal frenazo de un corazón abierto de par en par al porvenir, tanta vida impetuosa abortada. Un cuerpo joven, poderoso, con la vida en huelga y las últimas células esquiroles prolongando los últimos ecos del asombro...

Testigo de tantos, de tantos hombres desfilando con los rostros descompuestos.

Y un día, la noticia que no le llegó a Juan, la de la conmutación de su pena de muerte por la de reclusión a treinta años y un día. Acababa de nacer, le dijeron sus camaradas. Nacer ¿a qué? Estaba ya tan bien alojado en la indiferencia... Había que acostumbrarse otra vez a la vida, cuando ya ésta estaba anestesiada en él, habría que habitar de nuevo el tiempo al que él se había sustraído ya. Se le permitía vivir un futuro. Por



Una publicación de la época, alentada por la revista "Redención".

el momento, este era treinta años y un día de prisión. Con un poco de constancia lograría salir valetudinario. Pero vivo. Cualquier condenado a muerte habría acogido con alegría este futuro, la reclusión a perpetuidad. Todos aquellos hombres habían combatido por la libertad, habían ido al combate dispuestos a morir por la libertad. Y estos mismos hombres escogieron sin dudar ni un segundo la reclusión a perpetuidad por salvar su vida. ¿Paradójico? No. Era la muerte extranjera lo que ellos rechazaban. Los que habían muerto combatiendo habían *hecho* su muerte. Esta sí era una muerte habitable.

Treinta ños y un día de prisión. Diez mil novecientos cincuenta días. Muchos se morían indisciplinadamente antes de acabar su condena.

El preso normal vive de la esperanza. Para ellos no había esperanza. Sólo al final de la guerra mundial. Tras aplastar al fascismo en Europa, iban a rematarlo en España. Era una cuestión de días. La esperanza les alborotó el corazón a todos. La guerra civil no había terminado. Su sacrificio no había sido inútil. Ellos habían sido los primeros en combatir al fascismo. No podían ser abandonados. Era imposible. Dice usted que Truman no...?

Vamos, hombre! Recuperaron el uso de la alegría. Vivían en la ansiedad, en la impaciencia en vísperas del triunfo. Pero, incomprensiblemente, el tiempo fué pasando. La última cabeza de la hidra seguía asomado, temerosa, en la última charca de Europa. Primero fué el asombro, luego la cólera. Traicionados otra vez. Millares de hombres enjaulados y los que se habían echado a la montaña, escupieron a los vencedores.

Y de nuevo fué la muerte en el alma, la desesperación cotidiana. Las puertas de la cárcel no daban a la libertar. Todo el país era una cárcel inmensa. Pero había que descender de las grandes palabras.Libertad allí era la calle, lo que se escapaba a las miserias de la cárcel. La libertad era la "libertad vigilada" con la que iban saliendo algunos de los condenados por "adhesión a la rebelión militar" como cínicamente escribían los rebeldes. Aquella libertad por la que se había ido al frente había degenerado en esta miserable libertal entre comillas.

No, decididamente, ocho años no se dejaban contar. Ocho años... Se decía en un segundo. Pero si se les desmenuzaba minuto a minuto, el tiempo se escapaba a cualquier calendario de vida ordenada y buenas costumbres. Serían precisos otros ocho años para contarlo, y por el momento se iba haciendo hora de irse a dormir.

Sus últimas palabras se desmayaron en una sonrisa borrosa.

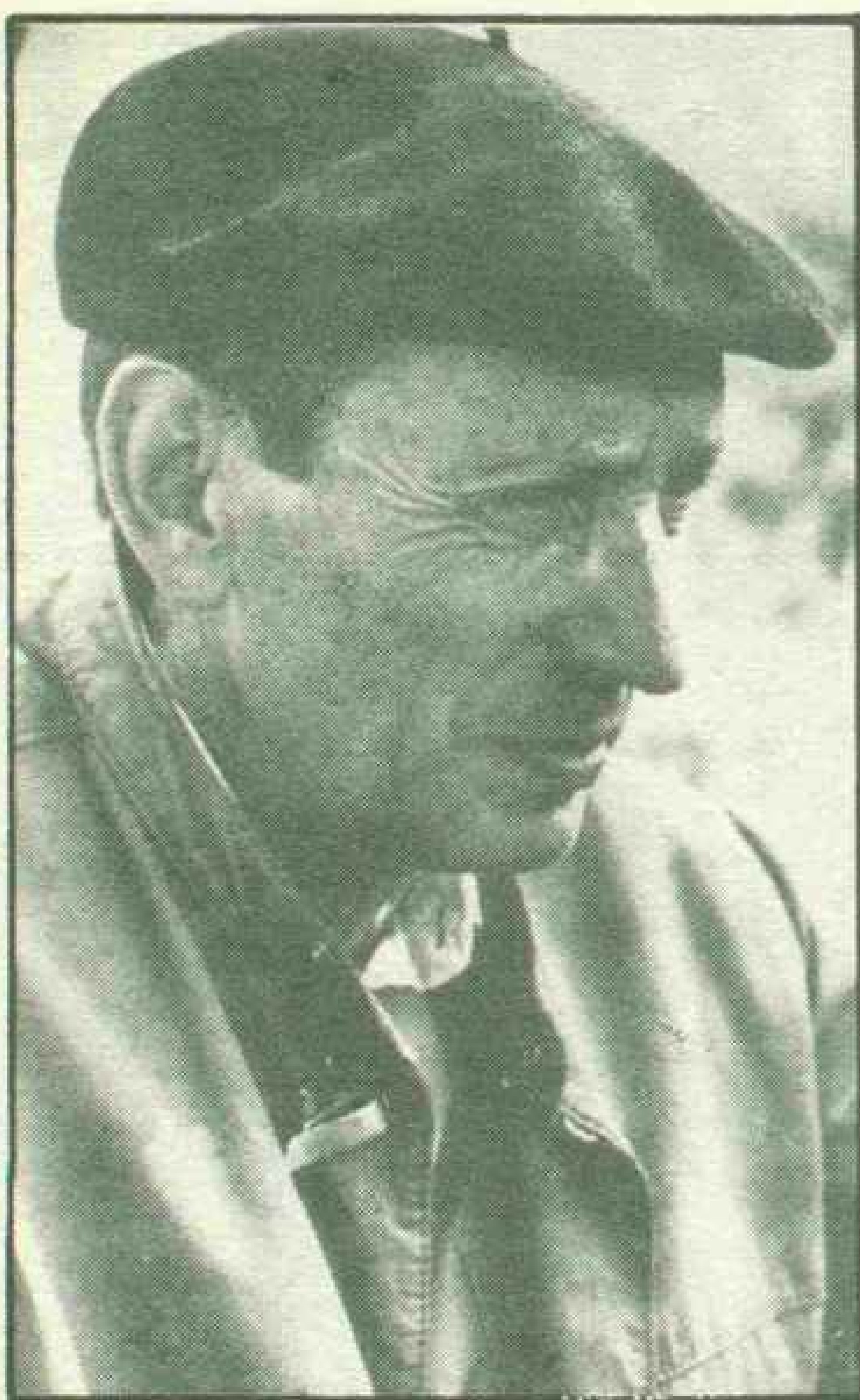
Ella suspiró y dijo: «Hay que olvidar esta pesadilla. Para empezar a vivir, para que todo sea como antes».

Andrea, los ojos cuajados de lágrimas, asentía.

El se encogió de hombros. Su mirada se detuvo en mis puños cerrados y luego en mi rostro contraído. Se vió continuado en mis puños cerrados y nuestras miradas declararon el encuentro. ■ **M. S.**



Escena de la semana santa madrileña, trás la victoria de las tropas de Franco.



Miguel Delibes

La prensa española en los años 40

EL "cuarto poder" se había desplazado de la Prensa a su Delegación Nacional. Con la misma desfachatez con que se imponía la inserción de un comentario sobre cualquier extremo, se prohibía entonces la mención de un nombre o de una información determinadas. Esta era otra de las facultades de que gozaba la Vicepresidencia de Educación Popular. Las más de las veces, estas limitaciones, obedecían a una finalidad tendenciosa, pero otras respondía a un mero capricho, o a complacer a un amigo y versaban sobre asuntos pueriles, siquiera el aire de secreto y misterioso en que se envolvían parecía querer insuflarles una trascendencia de la que, evidentemente, carecían. Vean algunas muestras de estas consignas prohibitivas: «Comunicación reservada a todos los directores de periódicos, que no deberá ser publicada en la prensa bajo ningún concepto. STOP. Se rectifica el contenido de las bases que convocaron a un certamen para el Decálogo del Campamento, en el sentido de que los trabajos que se presenten no sean publicados en los periódicos autorizados sino que se remitan a la Delegación Nacional del Frente de Juventudes, departamento de publicaciones, Marqués de Riscal, 16, Madrid, en dónde se seleccionarán los trabajos más atinados para poder otorgar el premio». «Ese periódico se abstendrá en lo sucesivo de publicar en la sección demográfica, los domicilios de los nacidos y fallecidos en esta capital». «Queda terminantemente prohibida la publicación de noticias relacionadas con madrinas de guerra para nuestros heroicos voluntarios de la División Azul». «Adjunto le remito para su publicación en el número correspondiente a mañana de ese diario, nota relativa a los ejercicios espirituales celebrados en Montemayor de Pililla».

La intromisión de la Vicesecretaría en la vida de los diarios españoles alcanza a veces límites increíbles como revela esta reprimenda por haber publicado una inocua nota de redación explicando el retraso de una crónica de su colaborador B.Calderón Fonte («y por ello, esta Jefatura Provincial apercibirá a la Dirección de «El Norte de Castilla» «con el fin de que en todo momento vigile con el mayor cuidado la oportunidad de publicar notas de redacción») o esta otra, verdaderamente bochornosa, que se distribuyó unos años más tarde entre todos los periódicos nacionales, con ocasión del fallecimiento de don José Ortega y Gasset, y que literalmente dice así: «Ante la posible contingencia del fallecimiento de don José Ortega y Gasset, y en el supuesto de que así ocurra, ese diario dará la noticia con una titulación máxima de dos columnas y la inclusión si se quiere, de un sólo artículo encomiástico, sin olvidar en él errores religiosos y políticos del mismo, y, en todo caso, eliminando siempre la denominación de «maestro».

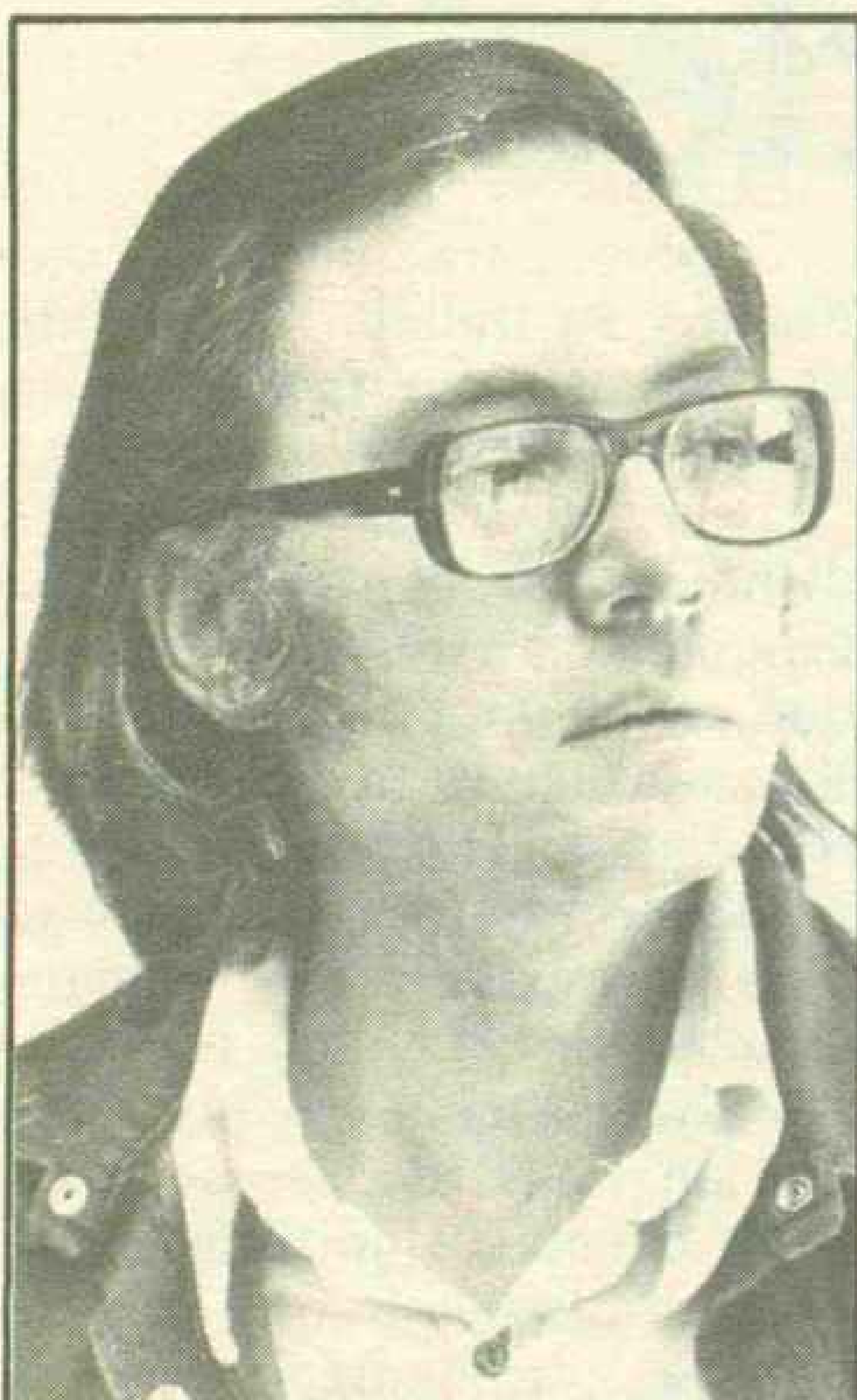
Ahora que tanto se habla de si la Falange detentó o no el poder a lo largo de los últimos cuarenta años parece oportuno traer a colación algunas consignas que aluden a actos celebrados por otros grupos que igualmente habían participado en la guerra a las órdenes de Franco y que, sin embargo, no podían encontrar en los diarios eco de sus conmemoraciones porque las instrucciones de la Vicesecretaría de Educación Popular en estos casos eran terminantes. Creemos que estas dos, la primera de febrero de 1943 y la segunda de marzo del mismo año, son suficientemente expresivas, con la particularidad de que en estas consignas, persuadido seguramente quien las dictaba de su arbitrariedad, se acentúan las medidas precautorias para que la prohibición no trascienda y el lector pueda estimar la deficiente información e inhibición o falta de interés de los propios directores. Veamos: «Para su conocimiento y más exacto cumplimiento a continuación le trascribo circular cifrada recibida por el teletipo de esta Delegación (la Provincial) en el día de hoy: los periódicos, salvo nueva orden, publicarán únicamente la referencia transmitida desde Madrid de los funerales que organizará el Gobierno en sufragio de D. Alfonso XIII, absteniéndose de cualquier otra información y de inserción de esquelas. Esta Delegación vigilará el cumplimiento de la presente orden. No creo necesario recordarle que esta noticia es de carácter SECRETO y por tanto no ten-

El escaso poder del "cuarto poder"

drá conocimiento de ella nada más que usted (el director) haciéndose responsable en caso de que por cualquier negligencia trascienda a otras personas. Por Dios, España, etc.». O esta otra, de la Delegación local: «Por el presente pongo en su conocimiento que con referencia a la fiesta de los Mártires de la Tradición sólo publicará ese diario la reseña de la misa que con tal motivo se ha celebrado en la iglesia de El Salvador, quedando por tanto suprimidos todos los comentarios relativos a la citada misa. Lo que le comunico para su conocimiento y más exacto cumplimiento.

Los diarios españoles, durante una prolongadísima etapa, quedaron relegados a una condición servil, donde no solamente la Vicesecretaría de Educación Popular tenía atribuciones sobre ellos sino que tácticamente, se las otorgaba a cualquier organismo, pequeño o grande, que disfrutara de alguna autoridad. Lo más grave de una dictadura, son las pequeñas dictaduras que genera, y ante las cuales toda persona, física o moral, queda inerme. A continuación transcribo una carta del Concejal Delgado del Servicio de Limpieza del Ayuntamiento de Valladolid en el año 43 —reveladora de un estado de hipersensibilidad, normal en aquella época en todo el que ocupaba cargos— que en términos imperativos invita al director de "El Norte de Castilla" a que rectifique una información publicada anteriormente en el diario: «Muy señor mío: Visto por esta Delegación del Servicio de Limpieza el suelto publicado en su periódico con fecha 4 del presente mes (la carta es del 5) con el título "Por decoro y por Higiene", esta Delegación invita al firmante de dicho suelto a visitar dichos parajes a que alude para comprobar la veracidad de lo que expone... No creo que el interesado de dicho suelto pueda hacerse asesorado debidamente de las condiciones en que se encuentran en la actualidad dichos parajes, ya que están en desacuerdo con lo que dicho señor manifiesta, puesto que en la (iglesia de la) Antigua se ha instalado después de verificar su limpieza adecuada, un foco eléctrico para facilitar vigilancia que un Guardia Municipal presta constantemente día y noche... En cuanto a las inmediaciones de la Casa de Cervantes se ha de hacer constar que no existen más que unos escombros que son debidos a una obra que se lleva a cabo en dicho paraje... Por todo lo expuesto, invito a ese periódico de su digna dirección, rectifique PUBLICAMENTE el suelto antedicho, toda vez que esta Delegación ha sabido subsanar con antelación a su suelto, los defectos aludidos en el mismo». En otra ocasión —27 de marzo de 1946— es la Fiscalía de Tasas la que se permite formar un expediente a nuestro diario con motivo de una información sobre la adulteración de la leche, por lo cual la Dirección de "El Norte" apela en estos términos ante el Fiscal Superior: «Hace tiempo publicamos una relación, dada por la citada Fiscalía, de lecheros castigados con multa y cierre de sus establecimientos, medida, ésta, que hizo temer al público por la escasez de leche. Estos últimos días se me han quejado los lectores por la escasez de este artículo y he podido comprobar que era cierta, y con el mejor deseo de evitarla y cooperar con la autoridad correspondiente, como lo prueban otros artículos anteriores, escribí el que acompañó. No le diré mi sorpresa cuando al día siguiente recibí un oficio del señor Fiscal, para que compareciera ante él para responder del artículo citado. Por deferencia al cargo que aquél ostenta y no por creer que un Fiscal de Tasas pueda pedir cuentas a un director de un periódico de lo que en él se publica... comparecí ante él exponiéndole primero con la mayor amabilidad cuanto se le ocurrió preguntarme. Creyendo que lo correspondía era una aclaración al concepto que da la Fiscalía a la palabra "cierre"... le ofrecí las columnas del periódico para su aclaración... Hasta aquí el motivo que si V.I. cree de su competencia sabrá juzgar; pero lo que más me interesa hacer constar ante V.I. es la forma violenta en que terminó nuestro diálogo y no por mi parte; y más aún, manifestarle, con el mayor respeto, mi protesta por la frase irreverente contra la Santa Hostia pronunciada ante mí, sacerdote (por estas fechas el director de "EL Norte" era un sacerdote impuesto por la Delegación Nacional de Prensa), por el señor Fiscal y en presencia del señor Juez de Tasas. Cierto que luego se arrepintió, pero la ofensa (por lo que así respecta está perdonada) creo merece al menos ser conocida por V.I., no como descargo de un expediente, ya que estoy persuadido de la inexistencia de la más leve falta, sino más bien como reparación y por prestigio del cargo que este Fiscal Porvincial ostenta». ■ **M. D.**

Memorias de un



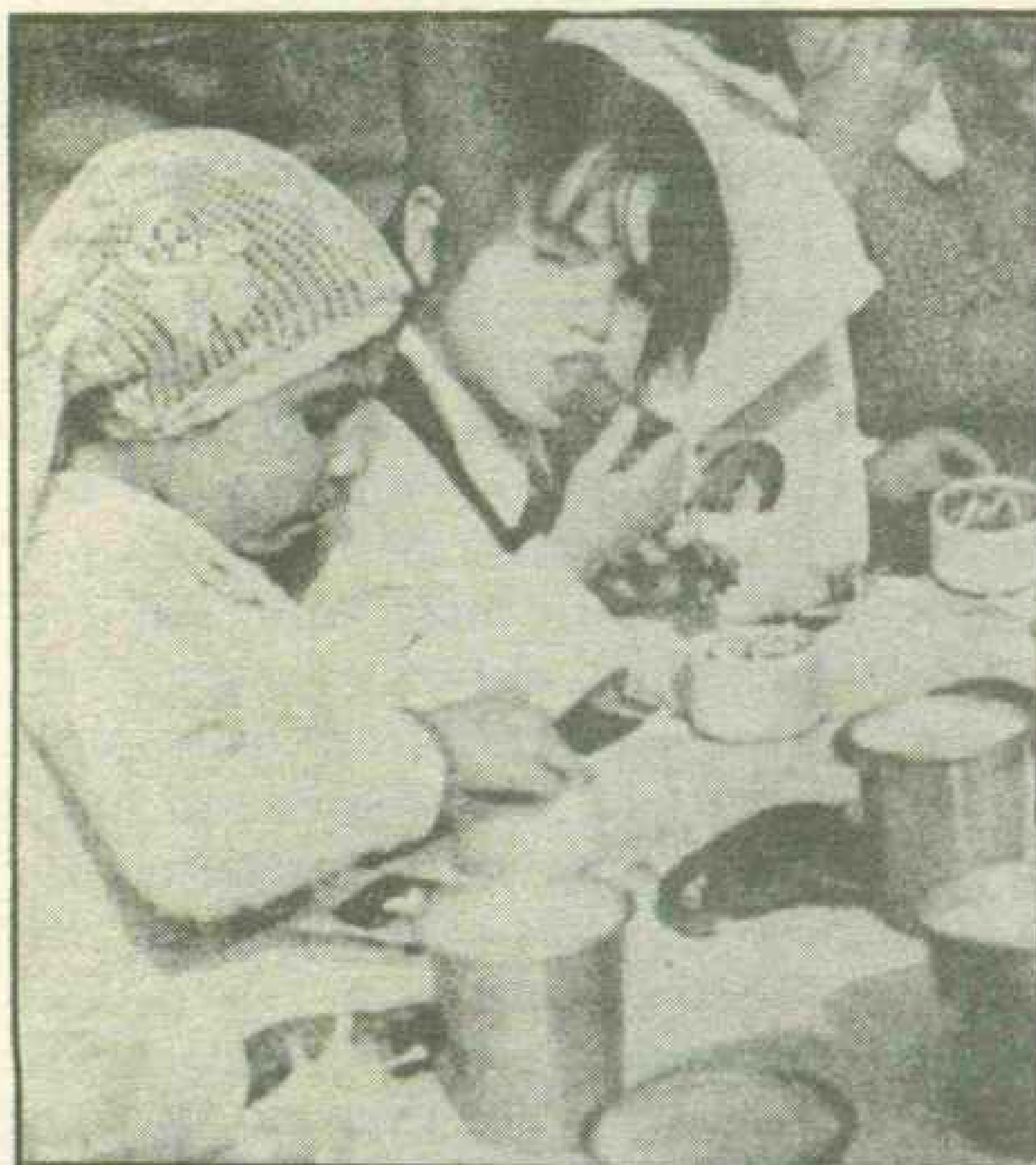
Francisco Umbral

PESE al personalismo del título y de cuanto uno escriba, debo advertir que yo no soy un torturado/atormentado/acomplejado/frustrado/castrado por la educación franquista, por las memorias de los cuarenta/cuarenta, que si vuelvo sobre el tema es porque me lo piden y porque la vida, como sin querer, nos va especializando, nos va monotematizando, con lo cual, a lo mejor, nos salva, o cuando menos, nos da, a falta de una personalidad, una insistencia (que viene a ser lo mismo). De modo que lo que uno puede contar hoy respecto de la formación/deformación "imperial" que sufríamos los niños de posguerra, está lleno de altruísmo sociológico, o de vibráfonos literarios, pero, en cuanto a la capacidad crítica, la reserva uno, poco o mucha, para causas más presentes y acuciantes. Y en cuanto al odio, en su forma social de resentimiento, la vida le va purgando a uno de eso, como el saber beber y orinar, toda una existencia, nos va limpiando el riñón, hasta que, como dijo Neruda, "mis riñones me escuchan".

FORMACION POLITICA

Si pierdo la memoria, qué pureza.
Pére Gimferrer.

Elijo esta cita de mi admirado y querido Gimferrer, no sólo por cuando explica el tema enunciado más arriba con el laconismo privilegiado de los poetas, sino porque precisamente Gimferrer es el primer poeta que, mediados los







LA COMUNION DE LOS NIÑOS

A millares comulgan en estos días de mayo, en las iglesias madrileñas, los niños de las escuelas públicas y de los grupos escolares de las parroquias. He aquí tres lindas fotografías que reflejan la alegría de los pequeñuelos cuando, después de haber cumplido con este deber de la Iglesia, son agasajados con el suculento desayuno que les sirven manos piadosas. (Fotos J. Muro)

La prensa franquista recogía, en la década de los cuarenta, noticias como ésta, de unos niños «agasajados con el suculento desayuno que les sirven manos piadosas...

niño de izquierdas

sesenta, nace a la fama libre ya del pecado original franquista/ antifranquista.

Hasta él, todo había sido poesía social, socialrealismo, prosaísmo, de Otero y José Hierro para abajo. La respuesta culta, natural y mecánica a una *formación política* de la guerra/ posguerra que entendía España como contienda y hablaba de una antiespaña tan difícil de entender para los educados como los anticuerpos de la física.

Gimferrer pierde la memoria histórica —qué pureza— y canta Venecia, el mar de los teatros, la cultura y la Historia como un presente (no hay otro más ancho, rico ni poblado que la cultura), como pérdida absoluta, voluntaria y ejemplar de la sucia y alienante memoria histórica inmediata. Aparte de cambiar para un cuerto de siglo, por lo menos, la poesía peninsular en dos lenguas, Gimferrer nos da permiso a todos los niños de posguerra —derechas o izquierdas, escritores o no— para olvidar la política, la formación y la Formación Política.

¿Cómo era esa Formación Política de los colegios? Una cosa donde Aurora Bautista (que luego me ha cogido del brazo en grandes manifestaciones madrileñas de izquierdas) se nos confundía con Agustina de Aragón, Juana la Loca e Isabel la Católica.

Y esta confusión revela ya que la iconografía generada por el Régimen de Franco era a su vez confusa, profusa, difusa, más movida por el horror al vacío histórico (vacíos que el propio Régimen producía) que a entender y explicar la Historia como *lo lleno*, el ámbito donde siempre está pasando algo, "desde los tiempos más remotos hasta nuestros días", como decía, eso sí, mi Enciclopedia infantil.

La Formación Política propiamente dicha, era una cosa que nos daban semanalmente unos jóvenes asténicos y enlutados, quizá maestrillos en paro, que iban por el colegio con los 29 puntos de la Falange en el bolsillo (me parece que eran veintinueve) y unas cuantas canciones montaraces para aliviar.

Encima de tí me pongo,
Puente de la Segoviana,
encima de tí me pongo
por ver cómo corre el agua.

Con el aire que llevas
cuando vas a lavar
el jabón de la ropa
te has dejado llevar,
te has dejado llevar,
te has dejado llevar...

(Aquí, en este estribillo obsesivo como un poema de Nicolás Guillén, es donde entrábamos nosotros, los escolares, magnetizados por el ritmo, habiéndolo hecho una lectura erótica al subtexto de la coplilla —erotismo ingenuo de todo el folklore—, golpeando rítmicamente los pupitres, con escándalo de tinta en los tinteros).

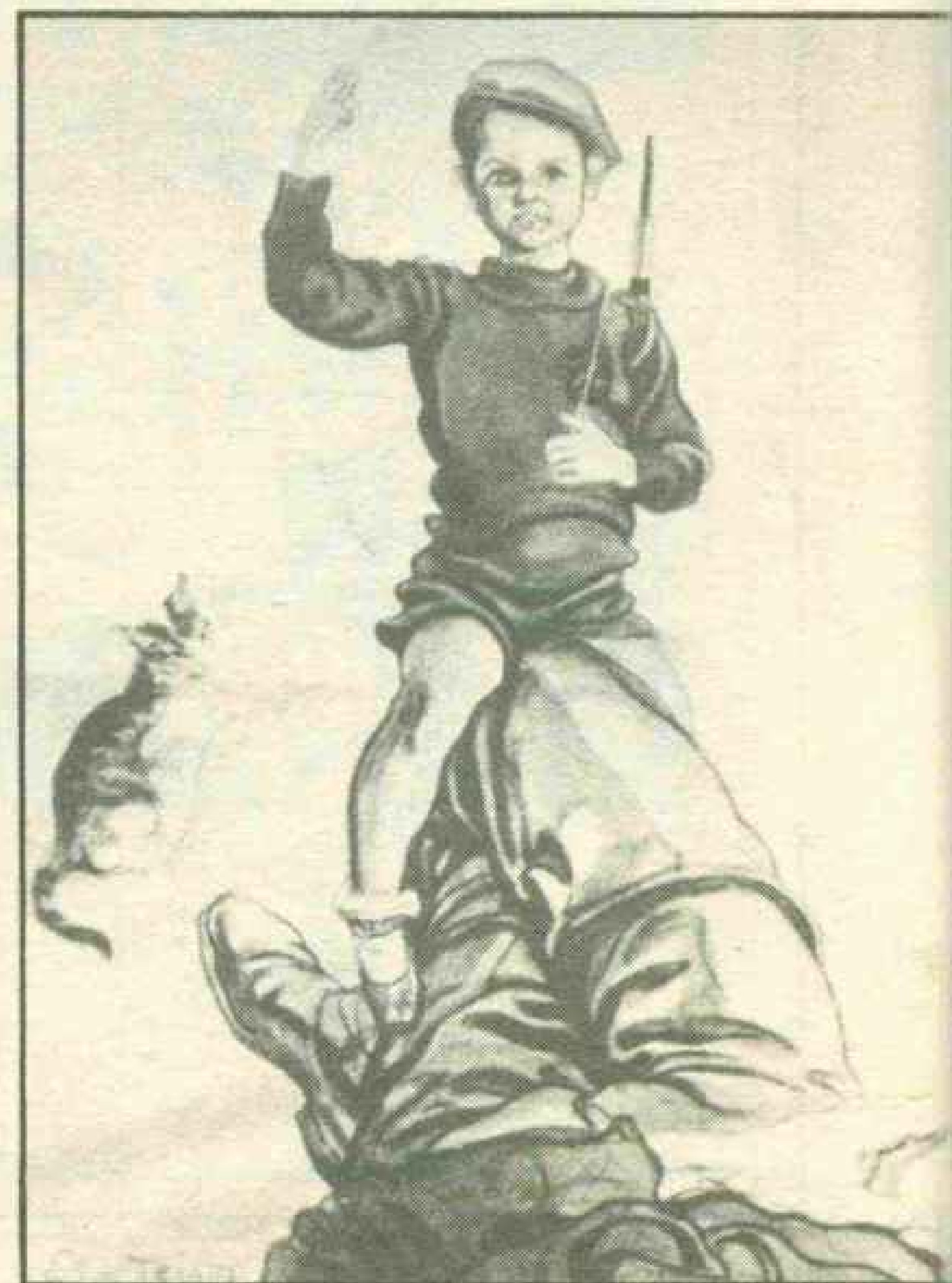
Más que el entusiasmo patriótico, habían conseguido nuestros instructores el entusiasmo tribal. Un poco asustados, acudían a dibujar en la pizarra un gran rostro de José Antonio Primo de Rivera, a tiza. Había un instructor bajito al que le salía muy bien, con aquel peinado tirante de José Antonio, a lo Blas Piñar.

Yo vi en seguida que lo único que sabía dibujar aquel señor era el Fundador de la Falange, y que de eso vivía, dibujándolo a tiza de grupo escolar en grupo escolar, como esos grandes dibujantes aficionados que sólo saben hacer el pato Donald, y siempre igual, como una calcamonía.

A la mañana siguiente, venía el maestro cotidiano y machadiano, que quizá era un predepurado, o casi, y borraba mansamente la cara de José Antonio, para dibujar el continente australiano. Ahí había terminado nuestra formación política de la semana.

Más tarde, cuando trabajé de botones en un Banco, nos daban una hora libre, los lunes, con desgana del interventor, don José Hernández (para la gran Banca, los falangistas eran rojos, o casi) y allí, en un galpón ocre, entre la guardia de asalto (cuartelillo), o Policía Armada, y los ciego del cupón, oficina, otros jóvenes pálidos y enlutados, alguno con camisa azul, nos daban asimismo Formación Política y, sobre todo, la revista *Juventud*, que era lo que yo iba buscando, porque venían las firmas de Manuel Alcántara, Salvador Jiménez, Leopoldo Panero, alguna vez, Francisco Alemán Sáinz y otros. Era como había que leerlo todo. Los enrolles de Gabriel Elorriaga era lo único que yo me saltaba.

O sea que uno ha tenido lo que se llama una Formación Política.



Dibujo de Carlos Sáinz de Tejada

Doctrina y ESTILO

Tus lecturas

Es bonito que un niño, que una niña, sin dejar, naturalmente, los juegos alegres y tradicionales, que recrean el espíritu y desarrollan el cuerpo, tengan también la afición de leer, de conocer libros nuevos, de devorar las lecturas propias de su edad. Conviene, sin embargo, tener mucho cuidado con las lecturas que [illegible] en las manos infantiles.

En primer lugar, importa no abandonar las cosas necesarias por las cosas útiles. Son necesarios aquellos que forman las materias de estudio durante el curso. Son necesarios los libros de texto, las lecciones que señala el profesor para cada día o para cada semana. Obra neciamente el niño, que se pasa las horas muertas leyendo cuentos y novelas, y apenas coge los libros que más le importa conocer, aquellos que le ayudan [illegible] realizar su formación y a tener un examen brillante al fin del curso.

No es que vayamos a condenar los



cuentos y las novelas. Hay libros educativos, libros científicos y libros recreativos: aquellos que tratan de cuestiones morales, del robustecimiento de la voluntad [illegible] vidas de los santos o las hazañas de los hombres grandes; aquellos que sirven para el estudio o para ampliar y completar los conocimientos de la escuela, como descripciones de viajes, reseñas de descubrimientos, noticias históricas o nociones técnicas; y aquellos finalmente que solazan el espíritu, halagan a la imaginación, entretienen y deleitan.

También éstos pueden ser útiles para los niños, pero leídos con moderación, con criterio, bien seleccionados. Los cuentos, las novelas y las historietas hacen que se despierte en su alma tierna la afición a leer, y además en ellos pueden aprenderse muchas cosas buenas; pero deben ser historietas limpias, sanas, moralizadoras; no relatos truculentos, cuentos de ladrones, hazañas de hombres perversos, escenas terroríficas, cuentos exóticos o idiotamente fantásticos. Todo esto ha sido prohibido recientemente en muchos países, y últimamente también en España.

Editorial de "Flechas y Pelayos", publicada el 14 de diciembre de 1941.



»Juanit-o es una flecha que el tiempo aprovecha . Historieta publicada en "Flechas y Pelayos". (Archivo Gasca).

FORMACION RELIGIOSA

La teología es una querella entre los hombres.
Camilo José Cela.

Aparte las continuas prácticas religiosas, padresnuestros de entrada y salida, comuniones y confirmaciones en masa, la Formación Religiosa propiamente dicha, o sea la Teología, nos la daba una sacerdote muy anciano, que llegaba de tarde en tarde con una lámina enrollada del triángulo y el ojo, y nos explicaba lo de la Santísima Trinidad con un puntero, quizá porque resultaba herejía señalar todo aquello con el dedo. A mí aquel sacerdote anciano que se traía el triángulo enrollado, como los otros se traían los puntos de la Falange, me parecía como si llegase del cielo, en una nube, con las últimas noticias sobre la Santísima Trinidad.

Quería yo ignorar ya, quizá, que el sacerdote iba de colegio en colegio, a pie, con su triángulo enrollado bajo la capa de la sotana, ganándose la vida como un sacamuelas con la lámina de muelas y raigones en escala muy aumentada.

Estos eran, más o menos, los empleos que daba el Régimen a sus buenos servidores peatonales.

La verdadera formación religiosa la había tenido yo antes, con unas monjas que tenían un libro muy hermoso, en un facistol, siempre abierto por algún desnudo, esos desnudos crudizos y perturbadores sobre los que da el sol entero de las Escrituras.

Entre el triángulo enrollado del anciano sacerdote y los grabados a todo color de las monjas, hechos como por un Miguel Angel gremial, yo me había decidido por la anatomía frente a la geometría. Por la narración frente a la abstracción. Por el mogollón frente al sistema. No es que no fuera religioso ni arreligioso.

Uno era el agnosticismo con las rodillas sucias.

Uno era un niño de izquier-

das sin ser ya un niño y sin saber muy bien lo que era la izquierda.

FORMACION PATRIOTICA

Mi infancia es mi patria
Mallarmé

El niño es, ante todo, el patriota de su propia infancia. Luego, ya de mayor, este patriotismo será deliberado y literario, como en Mallarmé. O como en Juan Ramón: «Infancia, isla de oro». O como en La Rocherfoucault: «Sólo nuestros primeros amores son involuntarios».

De ahí que la Formación Patriótica del franquismo fuera redundante. Nos subrayaban tanto la idea de Patria que no hacían dudar de ella, o llegaban a provocarnos el rechazo. Pues claro que el niño es patriota: naturalmente patriota de su pueblo, de su calle, patriota de su perro, de su gato, de sus padres, de sus amigos, de su geografía (la poca que he visto), y de la geografía cartográfica que habíamos visto en el colegio: las provincias estaban en un mapa, y cuando el maestro decía "La Coruña", por ejemplo, el alumno tenía que aplicar el extremo de un cable al botón incógnito de La Coruña, que figuraba sin nombre, como todas las demás provincias. Si se encendía la bombilla, es que estábamos en La Coruña. Si no se encendía nada, a lo mejor era que estábamos en Jaén.

Suspenso en todos los sentidos de la palabra, incluso en el extranjerizante de *suspense*.

No digo que, dentro de la pedagogía, no era conveniente una asignatura de Formación Patriótica (aunque ese patriotismo cultural, no beligerante, debiera desprenderse más bien del conjunto de los saberes, sin asignatura específica). lo que digo es que la Formación Patriótica o Formación Nacional, que es como la llamaban nuestros instructores, era mala, como toda la pedagogía franquista, era simplista como el franquismo en sí.

Los funcionarios más destacados en francología, habían decidido hacer de la Historia de España una línea recta (la distancia más corta entre dos puntos) que venía de Viriato a Franco, "el César Visionario", según poema y leyenda de Federico de Urrutia.

De la pelliza de Viriato al viejo cacharro volatín y heroico de Ruiz de Alda, todo era una continuum, pasando por el diente que perdiera Reina Isabel en cierta batalla, diente recogido por un capitán y engastado para sortija (delicioso fetichismo), por el centauro Cortés fecundando inditas y por la carga de los mamelucos contra aquellas hembrazas líricas y épicas que eran Clara del Rey y Manolita Malasaña.

Todo, un continuum que venía a resolverse en Franco. La Historia entero no había sido sino una larga preparación ("un largo rodeo", diría Nietzsche) para llegar a Franco. La Formación Nacional, por monotemática (Franco disfrazado de Juana la Loca, de Isabel la Católica, de Corocota, de Menéndez Pelayo, de cardenal Cisneros, de carlista (por Zuloaga) y de Mussolini (por Ridruejo), la Formación Nacional nos aburría.

Era como esos espectáculos del hombre/orquesta o del transformista, que al principio asombra, cuando sale de castañera, luego de zíngara, luego de Charlot y luego de Al Capone. pero en seguida vemos que siempre es él, el mismo, y nos aburrimos.

De Franco habían hecho los

Desde chiquitines ya saben los Flechas y Pelayos que un bote de
POLVOS higiénicos CALBER
es su mejor amigo: su uso diario les preserva de afecciones la piel.

Un anuncio político de los años cuarenta: Un Pelayo proclama las excelencias de una conocida marca de polvo de talco (Archivo Gasca).



Escena habitual en el Madrid de la inmediata posguerra.

de la Formación Nacional un hombre/orquesta. Un guiñol, claro, una cosa para niños. Pero es que los niños no son tontos.

Mayormente uno.

DEFORMACIONES

Hay que mirar por las rendijas de la cultura.

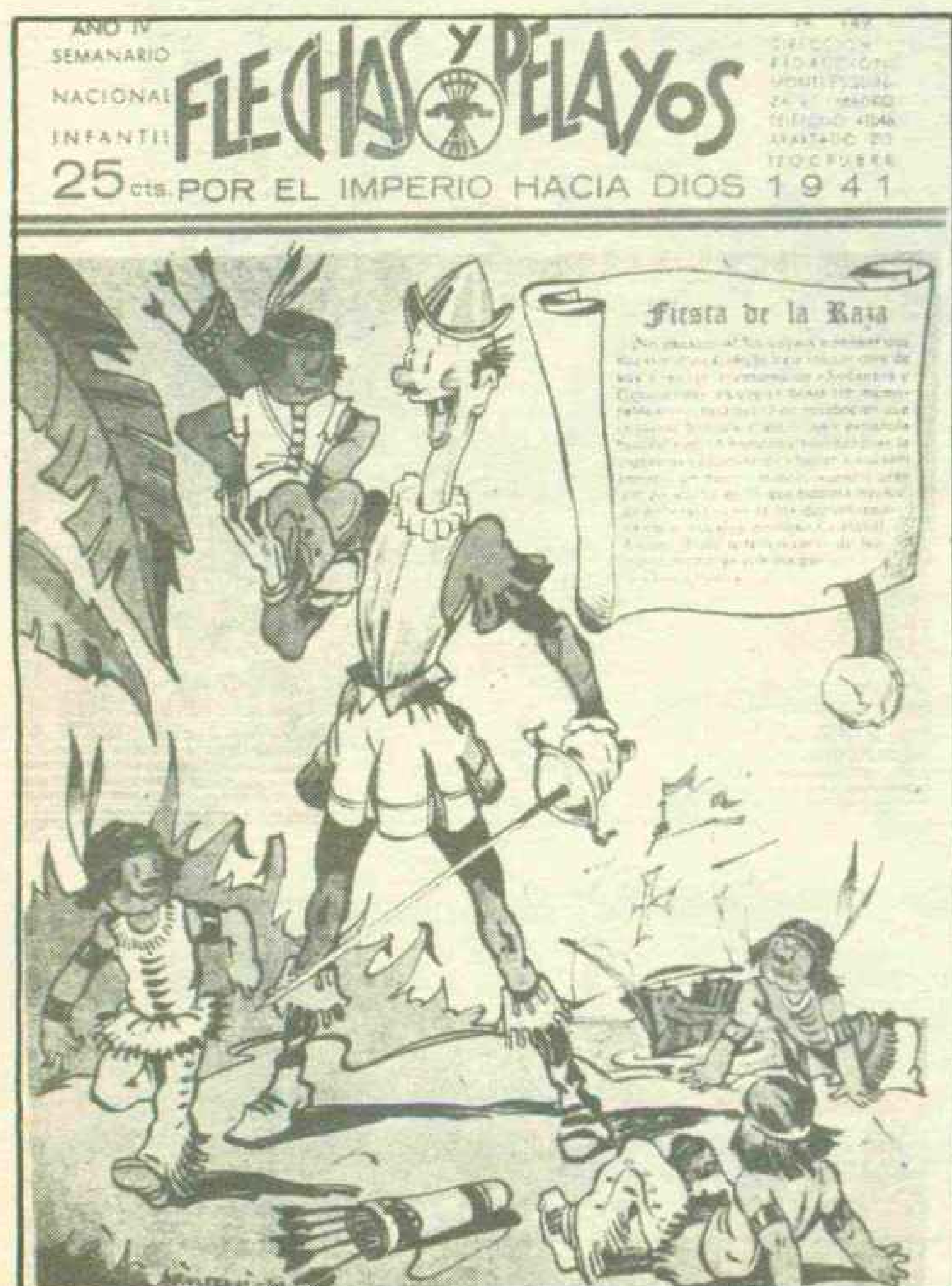
André Gide

Después de estas informaciones oficiales, a que he aludido, formaciones integrales del niño de los años cuarenta, habría que hablar un poco de deformaciones y deformidades, de cómo ese niño se iba deformando, contraformando, contra culturizando.

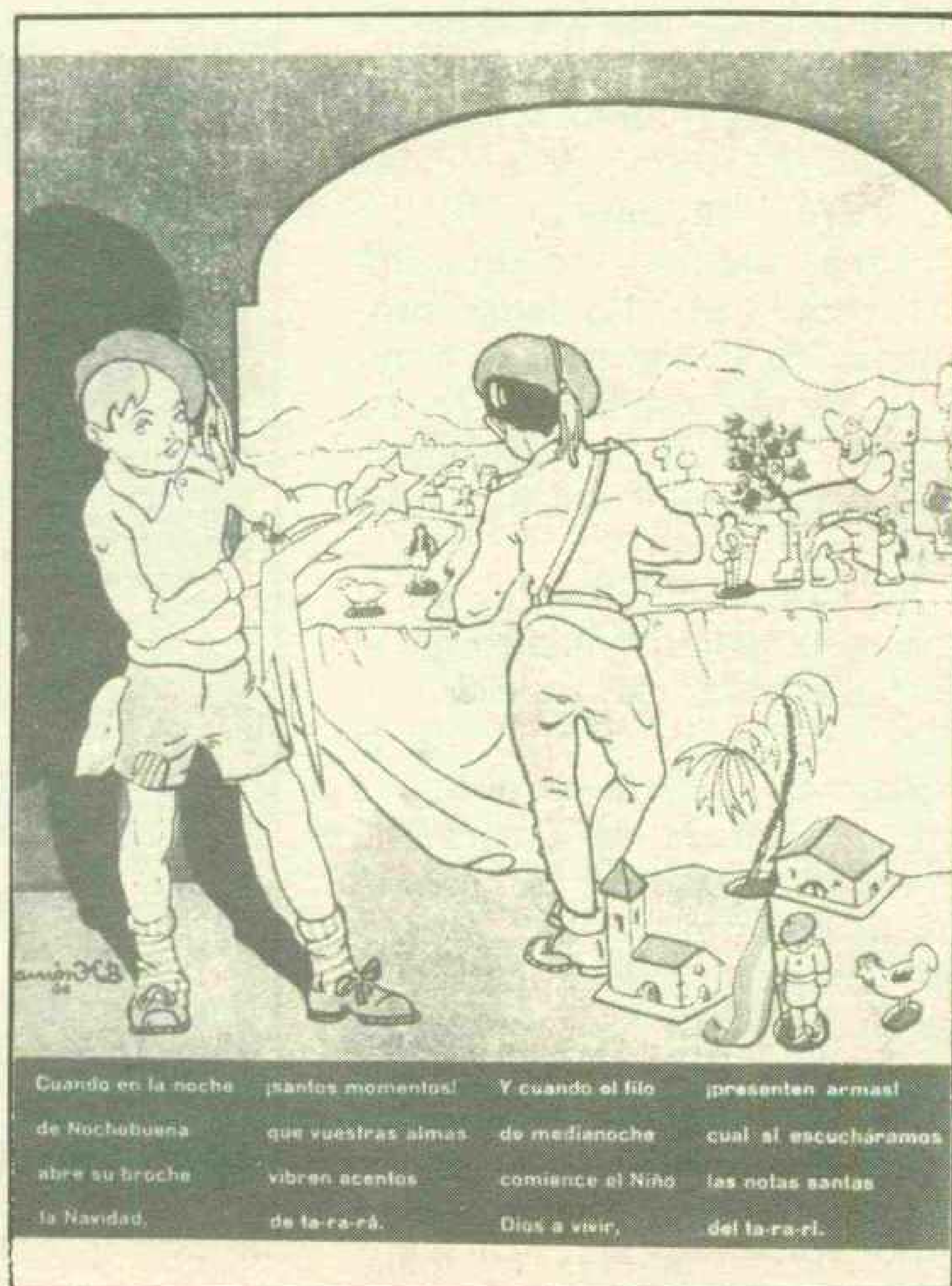
A la manera de Gide, mirábamos por las rendijas de la cultura oficial que nos daban, para ver la vida de verdad. ¿Cuál era la contracultura que llegaba a España en los primeros años de la dictadura? Somerset Maugham, Lajos Zilahy, Margaret Mitchel (la autora de "Lo que el viento se llevo", luego muerta en accidente), André Maurois (biografías y la novela *Climas*, de contrabando).

La cultura Europea de derechas era ya contracultura en España, algo que no podía leerse ni tolerarse. En cuanto a la prensa, a uno no le sería difícil datar el momento en que *ABC* decide ser la contestación democristiana. Incluso el *Arriba*, con los grandes escépticos de la derecha Sánchez-Mazas, d'Ors, Mourlane-Michelena, Ruano, más los grandes violentos de la Falange —Ismael Herráiz, García-Serrano (que siempre fué mucho más falanguista que franquista, aunque luego haya cambiado algo)—, incluso el *Arriba*, digo, iba forjando su contestación falangista al franquismo oficial y no sé si a Franco.

Todo esto lo leíamos los niños de izquierdas con una formación de derechas, mirando por las rendijas de la cultura (oficial), como quería Gide, y nos iba formando/deformando como oposición infantil y creciente (en estatura y conciencia) al Régimen.



Una versión infantil de la "Fiesta de la Raza". (Archivo Gasca).



Pelayos montando un nacimiento (Archivo Gasca).

LA GRAN RESPUESTA

Toda la formación franquista era, como digo, redundante, cacofónica, y ya, sólo por esto, mala. El político Francisco Fernández Ordónez recuerda en reciente libro que el colegio del Pilar, casa/cuna, mucho más tarde, del pilarismo democrático, era un sitio bastante liberal. Así y todo, la formación nacional, religiosa y política de los niños ricos resultaba tautológica, contraproducente por estragamiento, pues se les repetía en el colegio lo mismo que estaban escuchando en casa a todas horas.

Esto engendra la gran respuesta estudiantil en cuanto esos chicos llegan a la Universidad. Contestan al SEU o lo utilizan. Algunos, so capa cultural, manejan revistas de ideología franquista. Pero todavía conservan de entonces, en el alma, el correaje sentimental del SEU.

En cuanto a la infancia/adolescencia no universitaria ni bachiller, que es la más extensa en España, y por supuesto la mía, unos conceptos, como he dicho, nos resultaban redundantes, por obvios, como el de nación, y otros se despegaban absolutamente de nosotros, como la religión, el civismo de derechas y el buen porte y buenos modales que abre puertas principales y aquello otro de que "la limosna no se arroja: se besa y se da en la mano".

No queríamos un pedazo de pan asquerosamente besado/baboseado por un *niño-vestido-de-blanco*. Es mucho más digno coger el mendrugo al aire, como los perros, con la boca. Y así fue como nos sobrealimentamos. Si no, estaríamos muertos. Por entonces, Fraga y su futurible, o sea el cuñado Robles Piquer, eran "jóvenes vírgenes" y recubrían de almagre violento las líricas piernas de Rita Hayworth, en las carteleras de Madrid. En ellos sí que había fracasado la Formación Nacional, la Formación Religiosa, la Formación Política.

La formación, pues, que nos dieron o quisieron darnos, estuvo altamente ideologizada, en detrimento de una formación científica, humanística, técnica, de cuya ausencia se ha resentido luego la vida y la industria nacional, desde la enseñanza a la navegación. El sistema de oposiciones —memoria repetitiva en lugar de memoria crítica—, da lugar a que el político arriba citado, Fernández Ordóñez, denuncie ahora mismo la falta de 7.000 jueces en España. No es que nuestra justicia sea buena o mala: es que falta mano de obra, mientras hay tantos licenciados en Derecho que están parados.

Seguimos disfrutando, pues, la variada y confusa herencia de un sistema que, a falta de entidad histórica, sólo aspiraba a detener la Historia. ■ F. U.

ERA UN NIÑO COMO VOSOTROS....

Era un niño como vosotros y tenía doce años, pero era tan bajito que parecía menor. Tenía el pelo negro ensortijado y unos grandes ojos oscuros y brillantes. Se llamaba Manolo y vivía con sus padres en una humilde casita de una aldea gallega. Allí, en los verdes campos, ayudaba a sus padres en las faenas y apacentaba los ganados, y los domingos, vestido con su traje de fiesta que su madre sacaba del arcón y que olía a hierbas aromáticas, iba a la Iglesia a oír Misa y luego jugaba con sus amigos en la plaza de la aldea.

Manolo era feliz, era bueno y no sabía que en el mundo hay hombres de duro corazón, pero un día supo que los había y que esos hombres malos quemaban las iglesias, mataban a los hombres, mujeres y niños y querían apoderarse de toda España y llegar hasta sus tranquilos montes y valles, para convertirlos en un infierno. Manolo era un niño y no sabía demasiado lo que era la Patria, pero amaba aquellos campos donde nació y vivió,



amaba su casita y a sus padres y temeroso de que los hombres malos llegasen hasta allí, él quiso marchar también con los mozos de la aldea a la guerra para defender a su Patria. Y se escapó de su casa y se presentó ante un señor de uniforme que tenía en las mangas varias estrellas.

—¿Qué deseas?—le preguntó, mirándole con curiosidad.

—Quiero ir al Frente—contestó Manolo.

—¡Tú!... —y el militar soltó una estrepitosa carcajada— Si no tienes fuerzas ni para coger un fusil.

A Manolo le pareció muy mal aquella risa y a punto estuvo de echarse a llorar, pero él quería ir a la guerra y contestó:

—Soy chico, pero soy fuerte y no tengo miedo. Déjeme probar y ya verá cómo me porto tan bien como cualquier hombre.

El señor de las estrellas se puso serio y le miró con cariño.

—Tal vez tengas razón, pero no puedo darte gusto. Tienes que esperar un poco, por lo menos hasta que te empiece a apuntar el bigote—añadió sonriendo.

Pero Manolo no se dió por vencido y al día siguiente volvió a presentarse, llevando sobre su labio un bigotito pintado con carbón.

—¿Qué significa esto?—le preguntó el señor de las estrellas.

—Pues que ya puedo ir al Frente, pues me ha crecido el bigote.

Aquella vez el militar no se echó a reír y en cambio dió al chico una palmadita en la mejilla.



—Eres listo y testarudo y si te empeñas tal vez pudieras sernos útil; ahora aún no se trata de coger un fusil, pues eres muy chico para ello, pero hay otras maneras de servir a la Patria.

Y Manolo, aunque tuvo mucha pena, pues le hubiera gustado más ser un soldado, se contentó con lo que le ofrecieron. Y una noche, con un trajecillo viejo y remendado y llevando un bote en la mano para la comida, se pasó al campo enemigo, donde nadie desconfió de aquel pequeño mendigo y llegó a meterse pidiendo limosna hasta el mismo Cuartel General. Y allí vió a unos hombres que miraban con atención unos papeles, y aquel chiquillo no sé cómo se las compuso para cogerlos cuando estaban más descuidados y con ellos se presentó de nuevo al señor de las estrellas.



Su ángel de la guarda le había librado de todos los peligros, pero menudo susto que había pasado el valiente muchacho. Los papeles eran muy importantes y el señor de las estrellas se puso muy contento al verlos. ¡Como que eran los planos de la defensa de una ciudad que gracias a ellos pronto fué liberada!

Y Manolo, aunque aún no apuntaba, ni mucho menos, el bigote sobre su labio, consiguió como premio su gran ilusión de ser soldado y de marchar al Frente, y hoy es un sargento pequeñito pues su cuerpo es más chico que su alma.

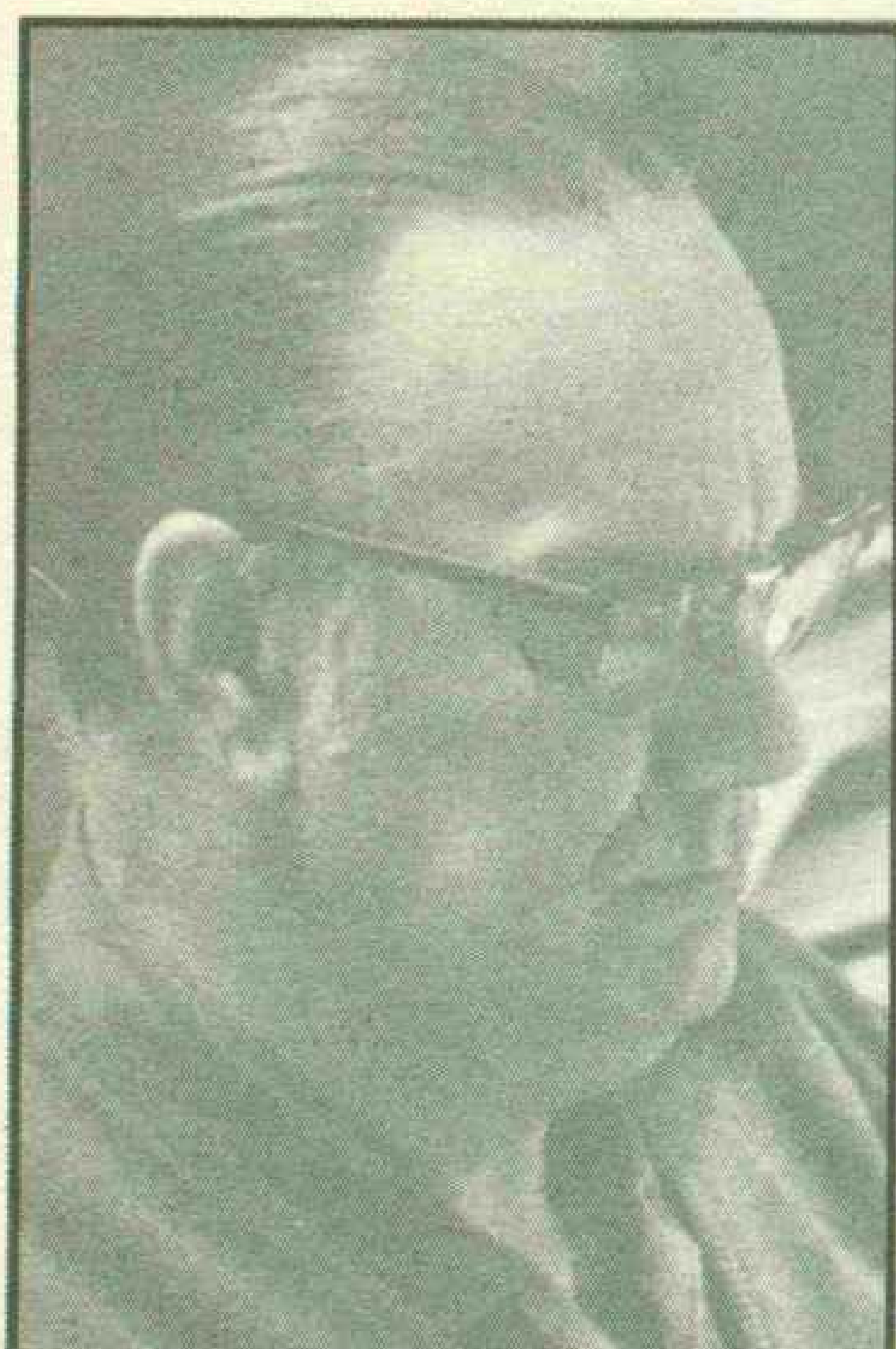
Esto parece un cuento, ¿no es eso?

Y, sin embargo, no lo es.

Manolo fué uno de esos niños amantes de España que dejó de jugar con los soldados de plomo y de ganar con ellos las batallas, ¡para ser un soldado de verdad!

Carmen Martel.

Una "precoz" y "aleccionadora" historia de aquellos años, firmada por Carmen Martel.



Camilo José Cela

La Colmena, una narración de la posguerra

NOTA DE EDITORIAL: Este texto es el capítulo final de "La Colmena", novela de Camilo José Cela publicada en Buenos Aires en 1951, que nos ha sido cedido gentilmente por el autor. La obra refleja magistralmente el ambiente de la vida española de la inmediata posguerra.

HAN pasado tres o cuatro días. El aire va tomando cierto color de Navidad. Sobre Madrid, que es como una vieja planta con tiernos tallitos verdes, se oye, a veces, entre el hervir de la calle, el dulce voltear, el cariñoso voltear de las campanas de alguna capilla. Las gentes se cruzan, presurosas. Nadie piensa en el de al lado, en ese hombre que a lo mejor va mirando para el suelo; con el estómago deshecho o un quiste en un pulmón o la cabeza destornillada...

Don Roberto lee el periódico mientras desayuna. Luego se va a despedir de su mujer, de la Filo, que se quedó en la cama medio mala.

—Ya lo he visto, está bien claro. Hay que hacer algo por ese chico, piensa tú. Merecer no se lo merece, pero, ¡después de todo! .

La Filo llora mientras dos de los hijos, al lado de la cama, miran sin comprender: los ojos llenos de lágrimas, la expresión vagamente triste, casi perdida, como la de esas terneras que aún alientan —la humeante sangre sobre las losas del suelo— mientras lamen, con la torpe lengua de los últimos instantes, la roña de la blusa del matarife que las hiere, indiferente como un juez la colilla en los labios, el pensamiento en cualquier criada y una romanza de zarzuela en la turbia voz.

Nadie se acuerda de los muertos que llevan ya un año bajo tierra.

En las familias se oye decir:

—No olvidaros, mañana es el aniversario de la pobre mamá.

Es siempre una hermana, la más triste, que lleva la cuenta...

Doña Rosa va todos los días a la Corredera, a hacer la compra, con la criada detrás. Doña Rosa va a la plaza después de haber trajinado lo suyo en el Café; doña Rosa prefiere caer sobre los puestos cuando ya la gente remite, vencida la mañana.

En la plaza se encuentra, a veces, con su hermana. Doña Rosa pregunta siempre por sus sobrinas. Un día le dijo doña Visi:

—¿Y Julita?

—Ya ves.

—¡A esa chica le hace falta un novio!

Otro día —hace un par de días— doña Visi al ver a doña Rosa, se le acercó radiante de alegría.

—¿Sabes que a la niña le ha salido novio?

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—La mar de bien, hija, estoy encantada.

—Bueno, buen, que así sea, que no se tuerzan las cosas...

—¿Y por qué se van a torcer, mujer?

—¡Que sé yo! ¡Con el género que hay ahora!

—¡Ay, Rosa, tú siempre viéndolo todo negro!

—No, mujer, lo que pasa es que amí me gusta ver venir las cosas. Si salen bien, pues mira, ¡tanto mejor!

—Sí.

—Y si no...

—Si no, otro será, digo yo.

—Sí, si éste no te la desgracia.

Aún quedan tranvías en los que la gente se sienta cara a cara, en dos largas filas que se contemplan con detenimiento, hasta con curiosidad incluso.

—Ese tiene cara de pobre cornudo, seguramente su señora se le escapó con alguien, a lo mejor con un corredor de bicicleta, quién sabe si con uno de Abastos.



Si el trayecto es largo, la gente se llega a encariñar. Parece que no, pero siempre se siente un poco que aquella mujer, que parecía tan desgraciada, se quede en cualquier calle y no la volvamos a ver jamás, ¡cualquiera sabe si en toda la vida!

—Debe arreglarse mal, quizá el marido esté sin trabajo, a lo mejor están llenos de hijos.

Siempre hay una señora joven, gruesa, pintada, vestida con cierta ostentación. Lleva un gran bolso de piel verde, unos zapatos de culebra, un lunar pintado en la mejilla.

—Tiene aire de ser la querida de un médico; los médicos eligen siempre queridas muy llamativas, parece como si quisieran decir a todo el mundo: "¡Hay que ver! ¿Eh? ¿Ustedes se han fijado bien? ¡Ganado del mejor!"

Martín viene de Atocha. Al llegar a Ventas se apea y tira a pie por la carretera del Este. Va al cementerio a ver a su madre, doña Filomena López de Marco, que murió hace algún tiempo, un día de poco antes de Nochebuena.

Pablo Alonso dobla el periódico y llama al timbre. Laurita se tapa, le da todavía algo de vergüenza que la doncella la vea en la cama. Después de todo, hay que pensar que no lleva viviendo en la casa más que dos días; en la pensión de la calle de Preciados donde se metió al salir de su portería de Lagasca, ¡se estaban tan mal!

—¿Se puede?

—Pase. ¿Está el señor Marco?

—No, señor, se marchó hace ya rato. Me pidió una corbata vieja del señor, que fuese de luto.

—¿Se la dio?

—Sí, señor.

—Bien. Prepárame el baño.

La criada se va de la habitación.

—Tengo que salir, Laurita. ¡Pobre desgraciado! ¡Lo único que le faltaba!

—¡Pobre chico! ¿Crees que lo encontrarás?

—No sé, miraré en Comunicaciones o en el Banco de España, suele caer por allí a pasar las mañanas.

Desde el camino del Este se ven unas casuchas miserables, hechas de latas viejas y de pedazos de tablas. Unos niños juegan tirando piedras contra los charcos que la lluvia dejó. Por el verano, cuando todavía no se secó del todo el Abroñigal, pescan ranas a palos y se mojan los pies en las aguas sucias y malolientes del regato. Unas mujeres buscan en los montones de basura. Algún hombre ya viejo, quizás impedido, se sienta a la puerta de una choza sobre un cubo boca abajo, y extiende al tibio sol de la mañana un periódico lleno de colillas.

—No se dan cuenta, no se dan cuenta...

Martín, que iba buscando la rima de "laurel", para un soneto a su madre que ya tenía empe-



zado, piensa en eso ya tan dicho de que el problema no es de producción, sino de distribución.

—Verdaderamente, ésos están peor que yo. ¡Que barbaridad! ¡Las cosas que pasan!

Paco llega, sofocado, con la lengua fuera, al bar de la calle de Narváez. El dueño, Celestino Ortiz, sirve una copita de cazalla al guardia García.

—El abuso del alcohol es malo para las moléculas del cuerpo humanos, que son, como ya le dije alguna vez, de tres clases: moléculas sanguíneas, moléculas musculares y moléculas nerviosas, porque las quema y las echa a perder, pero una copita de cuando en cuando sirve para calentar el estómago.

—Lo mismo digo.

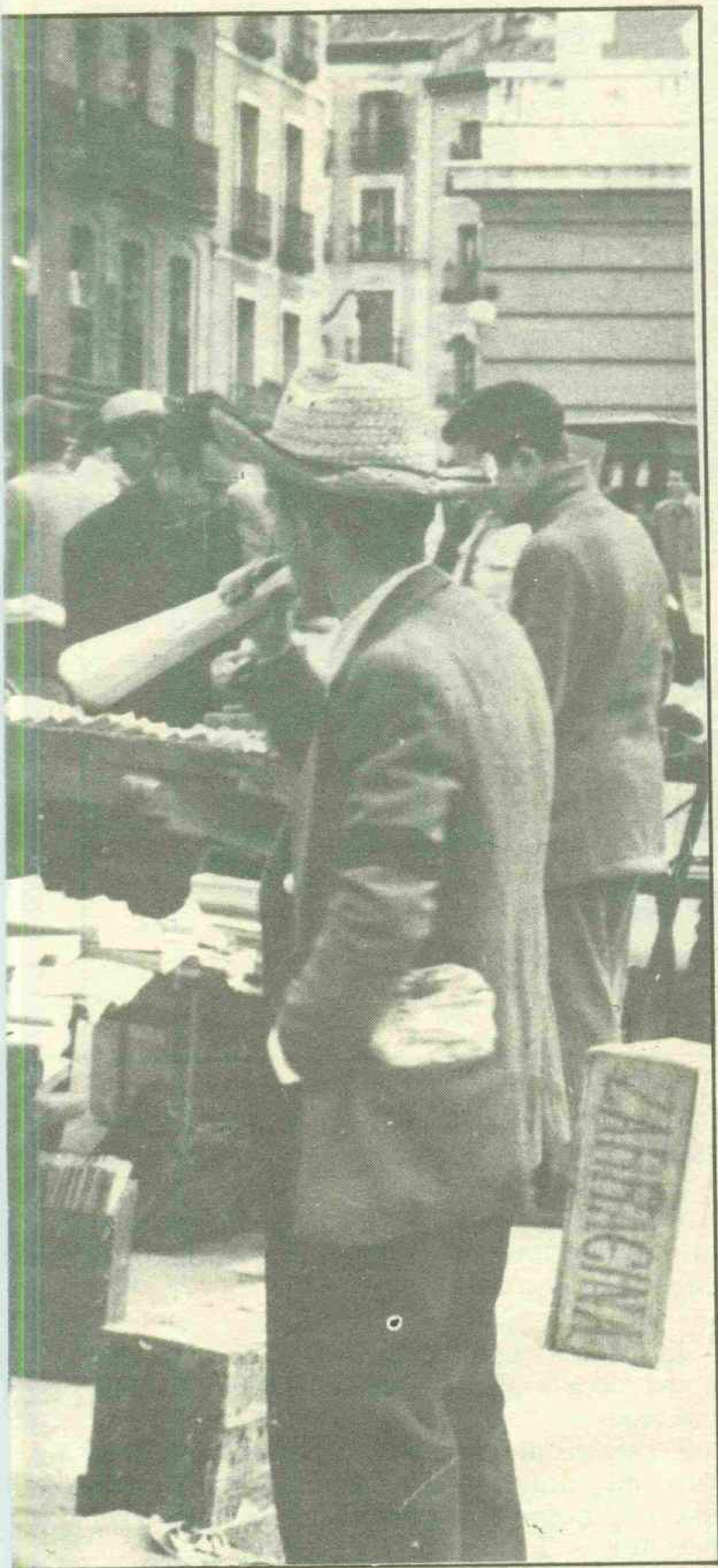
—... y para alumbrar las misteriosas zonas del cerebro humano.

El guardia Julio García está embobado.

—Cuentan que los filósofos antiguos, los de Grecia y los de Roma y los de Cartago, cuando querían tener algún poder sobrenatural...

La puerta se abrió violentamente y un ramalazo de aire helado corrió sobre el mostrador.

—¡Esa puerta!



—¡Hola, señor Celestino!

El dueño le interrumpió. Ortiz cuidaba mucho los tratamientos, era algo así como un jefe de protocolo en potencia.

—Amigo Celestino.

—Bueno, déjese ahora. ¿Ha venido Martín por aquí?

—No, no ha vuelto desde el otro día, se conoce que se enfadó; a mí esto me tiene algo disgustado, puede creerme.

Paco se volvió de espaldas al guardia.

—Mire. Lea aquí.

Paco le dió un periódico doblado.

—Ahí abajo.

Celestino lee despacio, con el entrecejo fruncido.

—Mal asunto.

—Eso creo.

—¿Que piensa usted hacer?

—No sé. ¿A usted qué se le ocurre? Yo creo que será mejor hablar con la hermana, ¿no le parece? ¡Si pudiéramos mandarlo a Barcelona, mañana mismo!

En la calle de Torrijos, un perro agoniza en el alcorque de un árbol. Lo atropelló un taxi por mitad de la barriga. Tiene los ojos suplicantes y la lengua fuera. Unos niños le hostigan con el pie. Asisten al espectáculo dos o tres docenas de personas.

Doña Jesusa se encuentra con Purita Bartolome.

—¿Qué pasa ahí?

—Nada, un chucho deslomado.

—¡Pobre!

Doña Jesusa lee a Purita unas líneas del periódico.

—¿Y ahora?

—Pues no sé, hija me temo que nada bueno. ¿Lo has visto?

—No, no lo he vuelto a ver.

Unos basureros se acercan al grupo del can moribundo, cogen al perro de las patas de atrás y lo tiran dentro del carrito. El animal da un profundo, un desalentado aullido de dolor, cuando va por el aire. El grupo mira un momento para los basureros y se disuelve después. Cada uno tira para su lado. Entre las gentes hay, quizás algún niño pálido que goza —mientras sonríe siniestramente, casi imperceptiblemente— en ver como el perro no acaba de morir...

Ventura Aguado habla con la novia, con Julita, por teléfono.

—Pero ¿ahora mismo?

—Sí, hija, ahora mismo. Dentro de media hora estoy en el Metro de Bilbao, no faltes.

—No, no, pierde cuidado. Adiós.

—Adiós, échame un beso.

—Tómalo, mimoso.

A la media hora, al llegar a la boca del Metro de Bilbao, Ventura se encuentra con Julita, que ya espera. La muchacha tenía una curiosidad enorme, incluso hasta un poco de preocupación. ¿Que pasaría?

—¿Hace mucho tiempo que has llegado?

—No, no llega a cinco minutos. ¿Que ha pasado?

—Ahora te diré, vamos a meternos aquí.

Los novios entran en la cervecería y se sientan al fondo, ante una mesa casi a oscuras.

—Lee.

Ventura enciende una cerilla para que la chica pueda leer.



—¡Pues sí, en buena se ha metido tu amigo!

—Eso es todo lo que hay, por eso te llamaba.

Julita está pensativa.

—¿Y qué va a hacer?

—No sé, no lo he visto.

La muchacha coge la mano del novio y da una chupada de su cigarro.

—¡Vaya por Dios!

—Sí, en perro flaco todas son pulgas... He pensado que vayas a ver a su hermana, vive en la calle de Ibiza.

—¡Pero si no la conozco!

—No importa, le dices que vas de parte mía. Lo mejor era que fueses ahora mismo. ¿Tienes dinero?

—No.

—Toma dos duros. Vete y vuelve en taxi, cuanto más prisa nos demos es mejor. Hay que esconderlo, no hay más remedio.

—Sí, pero... ¿No nos iremos a meter en un lío?

—No sé, pero no hay más remedio. Si Martín se ve solo es capaz de hacer cualquier estupidez.

—Bueno, bueno, ¡tú mandas!

—Anda, vete ya.

—¿Qué número es?

—No sé, es esquina a la segunda bocacalle, a la izquierda, subiendo por Narváez, no sé como se llama. Es en la acera de allá, en la de los pares, después de cruzar. Su marido se llama González, Roberto González.

—¿Tú me esperas aquí?

—Sí, yo me voy a ver a mi amigo que es hombre de mucha mano, y dentro de media hora estoy aquí otra vez.

El señor Ramón habla con don Roberto, que no ha ido a la oficina, que pidió permiso al jefe por teléfono.

—Es algo muy urgente, don José, se lo aseguro; muy urgente y muy desagradable. Ya sabe que a mí no me gusta abandonar el trabajo sin más ni más. Es un asunto de familia.

—Bueno, hombre, bueno, no venga usted, ya diré a Díaz que eche una ojeada por su Negociado.

—Muchas gracias, don José, que Dios se lo pague. Yo sabré corresponder a su benevolencia.

—Nada, hombre, nada, aquí estamos todos para ayudarnos como buenos amigos, el caso es que arregle usted su problema.

—Muchas gracias, don José, a ver si puede ser...

El señor Ramón tiene el aire preocupado.

—Mire usted, González, si usted me lo pide yo lo escondo aquí unos días; pero después, que busque otro sitio. No es nada, porque aquí

mando yo, pero la Paulina se va a poner hecha un basilisco en cuanto se entere.

Martín tira por los largos caminos del cementerio. Sentado a la puerta de la capilla, el cura lee una novela de vaqueros del Oeste. Bajo el tibio sol de diciembre los gorriones pian, saltando de cruz a cruz, meciéndose en las ramas desnudas de los árboles. Una niña pasa en bicicleta por el sendero; va cantando, con su tierna voz, una ligera canción de moda. Todo lo demás es suave silencio, grato silencio. Martín siente un bienestar inefable.

Petrita habla con su señorita, con la Filo.

—¿Qué le pasa a usted, señorita?

—Nada, el niño que está malito, ya sabes tú.

Petrita sonríe con cariño.

—No, el niño no tiene nada. A la señorita le pasa algo peor.

Filo se lleva el pañuelo a los ojos.

—Esta vida no trae más que disgustos, hija, ¡tú eres aún muy chiquilla para comprender!

Rómulo, en su librería de lance, lee el periódico. "Londres. Radio Moscú anuncia que la conferencia entre Churchill, Roosevelt y Stalin se ha celebrado en Teherán hace unos días."

—¡Este Churchill, es el mismo diablo! ¡Con la mano de años que tiene y largándose de un lado para otro como si fuese un pollo!

"Cuartel General del Führer. En la región de Gomel, del sector central del Frente del Este, nuestras fuerzas han evacuado los puntos de..."

—¡Huy, huy! ¡A mí esto me da muy mala espina!

"Londres. El Presidente Roosevelt llegó a la isla de Malta a bordo de su avión gigante Douglas."

—¡Qué tío! ¡Pondría una mano en el fuego porque ese aeroplanito tiene hasta retrete!

Rómulo pasa la hoja y recorre las columnas, casi cansadamente, con la mirada.

Se detiene ante unas breves, apretadas líneas. La garganta se le queda seca y los oídos le empiezan a zumbar.

—¡Lo que faltaba para el duro! ¡Los hay gafes!

Martín llega hasta el nicho de la madre. Las letras se conservan basante bien: "R.I.P. Doña Filomena López Moreno, viuda de D. Sebastián Marco Fernández. Falleció en Madrid el 20 de diciembre de 1934".

Martín no va todos los años a visitar los restos de la madre, en el aniversario. Va cuando se acuerda.

Martín se descubre. Una leve sensación de sosiego, siente que le da placidez al cuerpo. Por encima de las tapias del cementerio, allá a lo lejos, se ve la llanura color pardo en la que el sol se para, como acostado. El aire es frío, pero no helador. Martín, con el sombrero en la mano, nota en la frente una ligera caricia ya casi olvidada, una vieja caricia del tiempo de la niñez...



—Se está muy bien aquí —piensa—, voy a venir con más frecuencia.

No faltó nada para que se pusiera a silbar, se dio cuenta a tiempo.

Martín mira para los lados.

"La niña Josefina de la Peña Ruiz subió al Cielo el día 3 de mayo de 1941, a los once años de edad."

—Como la niña de la bicicleta. A lo mejor eran amigas; a lo mejor, pocos días antes de morir, le decía, como dicen, a veces, las niñas de once años: "Cuando sea mayor y me case..."

"El Ilmo. Señor Don Raúl Soria Bueno. Falleció en Madrid..."

—¡Un hombre ilustre pudriéndose metido en un cajón!

Martín se da cuenta de que no hace fundamento.

—No, no. Martín, estáte quieto.

Levanta de nuevo la mirada y se le ocupa la memoria con el recuerdo de la madre. No piensa en sus últimos tiempos, la ve con treinta y cinco años...

—Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea el tu nombre, venga a nos el tu reino, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores... No, esto me parece que no es así.

Martín empieza otra vez y vuelve a equivocarse, en aquel momento hubiera dado diez años de su vida por acordarse del Padrenuestro.

Cierra los ojos y los aprieta con fuerza. De repente, rompe a hablar a media voz.

—Madre mía que estás en la tumba, yo te llevo dentro de mi corazón y pido a Dios que te tenga en la Gloria eterna como te mereces. Amén.

Martín sonríe. Está encantado con la oración que acaba de inventar.

—Madre mía que estás en la tumba, pido a Dios... No, no era así.

Martín frunce el entrecejo.

—¿Cómo era?

Filo sigue llorando.

—Yo no sé lo que hacer, mi marido ha salido a ver a un amigo. Mi hermano no hizo nada, yo se lo aseguro a usted; eso debe ser una equivocación, nadie es infalible, él tiene sus cosas en orden...

Julita no sabe lo que decir.

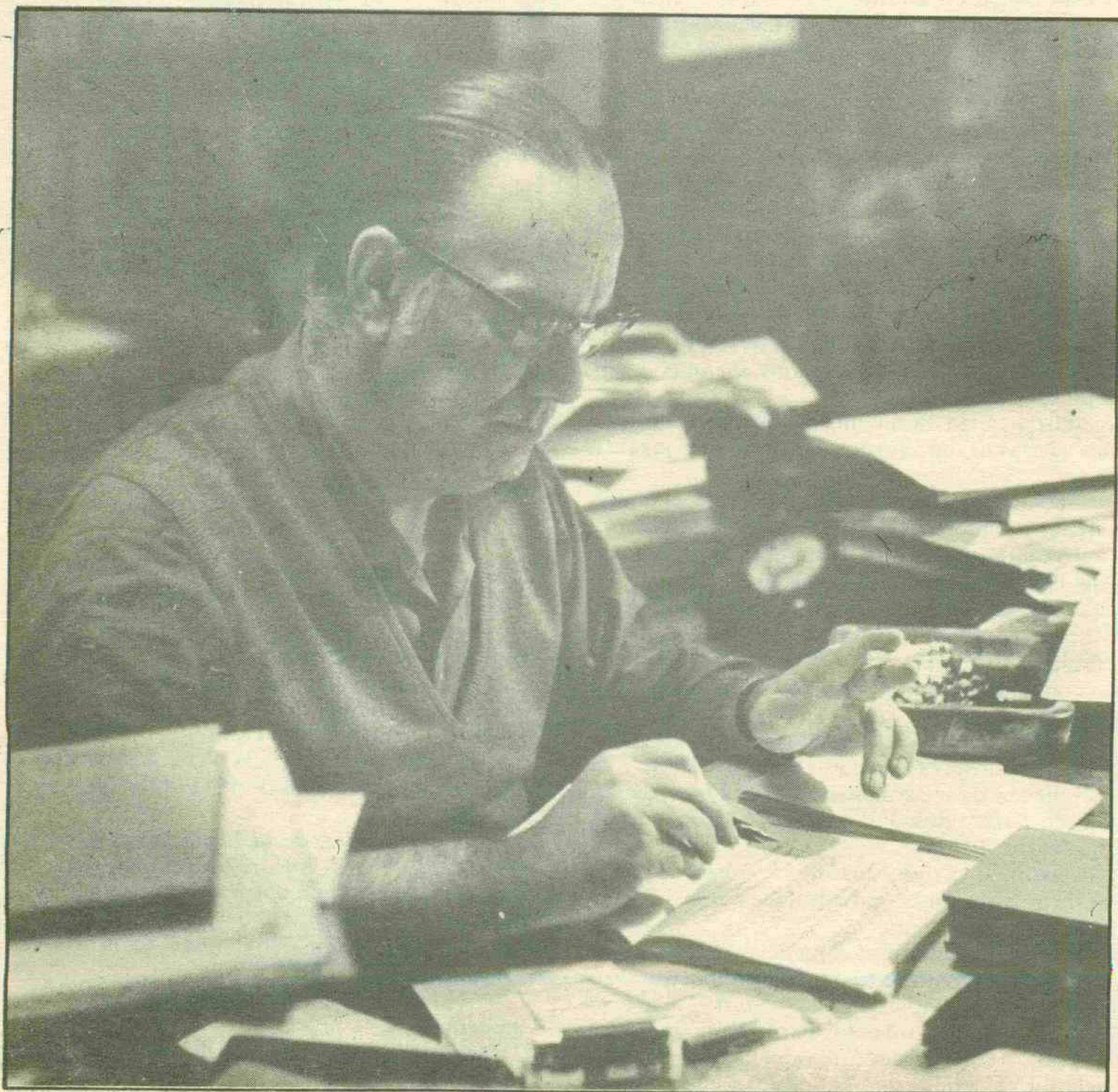
—Eso creo yo, seguramente es que se han equivocado.

De todas maneras, yo creo que convendría hacer algo, ver a alguien. ¡Vamos, digo yo!

—Sí, a ver qué dice Roberto cuando venga.

Filo llora más fuerte de repente. El niño pequeño que tiene en el brazo, llora también.

—A mí lo único que se me ocurre es rezar a la



Virgencita del Perpetuo Socorro, que siempre me sacó de apuros.

Roberto y el señor Ramón llegaron a un acuerdo. Como lo de Martín, en todo caso, no debía ser nada grave, lo mejor sería que se presentase sin más ni más. ¿Para qué andar escapando cuando no hay nada importante que ocultar?. Esperarían un par de días —que Martín podía pasar muy bien en casa del señor Ramón— después, ¿por qué no?, se presentaría acompañado del capitán Ovejero, de don Tesifonte, que no es capaz de negarse y que siempre es una garantía.

—Me parece muy bien, señor Ramón, muchas gracias. Ustes es hombre muy cabal.

—No, hombre, no, es que a mí me parece que sería lo mejor.

—Sí, eso creo yo. Créame si le aseguro que me ha quitado usted un peso de encima...

Celestino lleva escritas tres cartas, piensa escribir aún otras tres. El caso de Martín le preocupa.

—Si no me paga, que no me pague, pero yo no lo puedo dejar así.

Martín baja las laderitas del cementerio con las manos en los bolsillos.

—Sí, me voy a organizar. Trabajar todos los días un poco es la mejor manera. Si me cogieran en cualquier oficina, aceptaba. Al principio, no, pero después se puede hasta escribir, a ratos perdidos, sobre todo si tienen buena calefacción. Le voy a hablar a Pablo, él seguramente sabrá de algo. En Sindicatos se debe estar bastante bien, dan pagas extraordinarias.

A Martín se le borró la madre, como con una goma de borrar, de la cabeza.

—También se debe estar muy bien en el Instituto Nacional de Previsión; ahí debe ser más difícil entrar. Es esos sitios se está mejor que en un Banco. En los Bancos explotan a la gente, al que llega tarde un día le quitan dinero al darle la paga. En la oficinas particulares hay algunas en las que no debe ser difícil prosperar; a mí lo que me venía bien era que me nombrasen para hacer una campaña en la Prensa.

¿Padece usted de insomnio? ¡Allá usted! ¡Usted es un desgraciado porque quiere! ¡Las tabletas equis (Marco, por ejemplo) le harían a usted feliz sin que le atacasen lo más mínimo el corazón!

Martín va entusiasmado con la idea. Al pasar por la puerta se dirige a un empleado.

—¿Tiene usted un periódico? Si ya lo ha leído, yo se lo pago, es para ver una cosa que me interesa...

—Sí, ya lo he visto, lléveselo usted.

—Muchas gracias.

Martín salió disparado. Se sentó en un banco del jardinillo que hay a la puerta del cementerio y desdobló su periódico.

—A veces, en la prensa, vienen indicaciones muy buenas para los que buscamos empleo.

Martín se dio cuenta de que iba demasiado de prisa y se quiso frenar un poco.

—Voy a leerme las noticias; lo que sea, será; pero ya se sabe, no por mucho madrugar se amanece más temprano.

Martín está encantado consigo mismo.

—¡Hoy sí que estoy fresco y discurro bien! Debe ser el aire del campo.

Martín lía un pitillo y empieza a leer el periódico.

—Esto de la guerra es la gran barbaridad. Todos pierden y ninguno hace avanzar ni un paso a la Cultura.

Por dentro sonríe, va de éxito en éxito.

De vez en cuando, piensa sobre lo que lee, mirando para el horizonte.

—En fin, ¡sigamos!

Martín lee todo, todo le interesa, las crónicas internacionales, el artículo de fondo, el extracto de unos discursos, la información teatral, los estrenos de los cines, la Liga...

Martín nota que la vida, saliendo a las afueras a respirar el aire puro, tiene unos matices más tiernos, más delicados que viviendo constantemente hundido en la ciudad.

Martín dobla el diario, lo guarda en el bolsillo de la americana, y rompe a andar. Hoy sabe más cosas que nunca, hoy podría seguir cualquier conversación sobre la actualidad. El periódico se lo ha leído de arriba abajo, la sección de anuncios la deja para verla con calma, en algún Café por si hay que apuntar alguna dirección o llamar a cualquier teléfono. La sección de anuncios, los edictos y el racionamiento de los pueblos del cinturón, es lo único que Martín no leyó.

Al llegar a la Plaza de Toros ve un grupo de chicas que le miran.

—Adiós, preciosas.

—Adiós, turista.

A Martín le salta el corazón en el pecho. Es feliz. Sube por Alcalá a paso picado, silbando la Madelón.

—Hoy verán los míos que soy otro hombre.

Los suyos pensaban algo por el estilo.

Martín, que lleva ya largo rato andando, se para ante los escaparates de una bisutería.

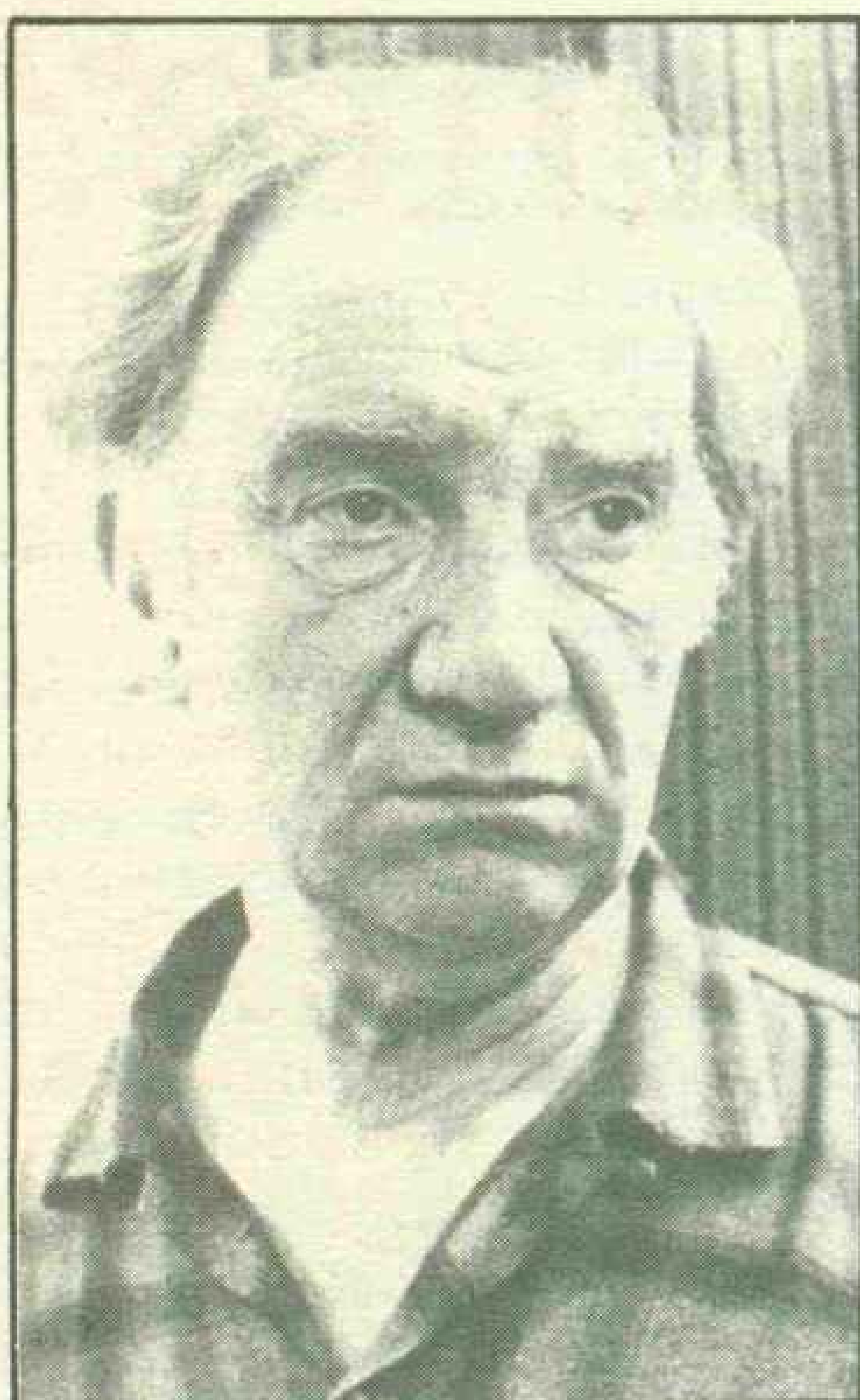
—Cuando esté trabajando y gane dinero, le compraré unos pendientes a la Filo. Y otros a Purita.

Se palpa el periódico y sonríe.

—¡Aquí puede haber una pista!

Martín, por un vago presentimiento, no quiere precipitarse... En el bolsillo lleva el periódico, del que no ha leído todavía la sección de anuncios ni los edictos. Ni el racionamiento de los pueblos del cinturón.

—¡Ja, ja! Los pueblos del cinturón. ¡Qué chistoso! ¡Los pueblos del cinturón! ■ **C. J. C**


Fernando Fernán Gómez

¿Qué fué

FERNANDO Fernán Gómez estrenó en el teatro Español de Madrid su comedia "Las bicicletas son para el verano": comienza en los días anteriores a la guerra civil y termina cuando llega no la paz, sino la Victoria, como dice uno de sus personajes. Precisamente en el momento en que empieza la larga posguerra de España. Relata en este artículo, que es en realidad un apéndice a su función, lo que fué de sus personajes principales en esa posguerra. Publicamos tras el artículo la última escena de la obra.

QUIEREN saber qué fue de aquella gente, de don Luis, doña Dolores, Manolita, Luisito, durante los años de la posguerra, años en los que nadie sabía lo que estaba siendo de nadie. Hoy se les llama los años del hambre. Entonces, no. No se sabía si aquello era para siempre. Ni si era bueno o malo. Se celebraban misas en acción de gracias. Se maldecía, se blasfemaba. No se sabía si aquello duraría un mes. Ni qué era aquello. Ni si duraría años.

Es difícil que la gente común conozca el pasado; siempre hay interés en deformarlo, en ocultarlo. En aquellos tiempos era imposible conocer el presente.

DON LUIS

Poco después de terminar la guerra, detuvieron a don Luis; permaneció escaso tiempo en el campo de concentración y pronto fue trasladado a la cárcel. Le juzgaron antes de concluir el año de la Victoria, en un juicio sumarísimo de urgencia. Les juzgaban de diez en diez, de veinte en veinte. A don Luis le tocó con algunos de los que habían constituido el Sindicato, con otro que se había incautado con él de las Bodegas, con dos periodistas, un obrero que había incendiado la iglesia de su pueblo con el cura dentro, uno que estuvo en una cheka...

En lo que escuchaba el informe del fiscal, crecían su perplejidad y su asombro. El fiscal era un joven capitán; parecía recitar una lección con un tono frío y un ritmo monocorde que desentonaban de los duros dicterios: asaltantes desalmados, horda inhumana, violadores de la propiedad, chacales, siervos del marxismo internacional...

Había absoluto silencio en el pueblo asistente a la vista. Un silencio que duraría años.

Don Luis buscó con la mirada a su mujer y a su hijo, que debían de estar entre el público. Al verles, intentó forzar una sonrisa, pero se le humedecieron los ojos. ¿Habría notado su hijo que tenía miedo? Luis estaba sentado en uno de los primeros bancos, junto a su madre, y permanecía impasible. Doña Dolores lloraba.

El fiscal pidió algunas penas de muerte, dos o tres cadenas perpetuas y varias condenas a doce años. Fue don Luis de estos últimos, los más afortunados: les salió lo que el fiscal había pedido: doce años. Que gracias a la redención de penas por el trabajo, se quedaron en muchos menos. Su trabajo redentor no fue demasiado desagradable. Construyó farolitos chinos y escribió versos que se editaban en una imprenta de la prisión. Estos versos convenía que fueran de tema patriótico —exaltación de la Cruzada, de Franco, de José Antonio— o de tema religioso, porque eran mejor acogidos por el cura que dirigía la publicación. También se podían escribir de «temas mundanos», pero siempre que se hubiera escrito de los otros. Optó don Luis por lo religioso; no se encontraba con ánimos para afrontar la exaltación de los vencedores, aunque había algunos presos que lo hacían. No tenía conocimientos ni vastos ni profundos sobre la materia, ni tampoco sobre el arte poético, pero se especializó en San Isidro Labrador, y dándole vueltas al Santo, a Iván de Vargas, a Santa María, a los bueyes, a los ángeles y al "nosequé" de Madrid, fue colocando romances y coplillas —algu-

de aquella gente?

nos de los cuales pueden encontrarse en el librito «Musa redimida» y son lo único que don Luis publicó en su vida—, que unidos a los farolitos chinos, justificaron la reducción de su condena.

Pasó mucha hambre en la prisión, además de otras calamidades, porque aunque el estraperlo estaba extendido entre los presos y los celadores, era para los que recibían dinero de fuera, y doña Dolores, Luis, Manolita, bien poco le podían dar.

Los años de cautiverio le dejaron nuevas amistades, el recuerdo de varios cientos de compañeros fusilados al amanecer y una bronquitis crónica. No consiguieron hacerle perder su sentido del humor, "sus cosas", como decían los amigos y los de la familia, pero sus ingeniosidades se mecanizaron; se limitaba a hacer constantemente chistes, juegos de palabras contra Franco, contra el régimen. Esta manía le entró cuando ya los aliados estaban a punto de ganar la guerra; antes no mencionaba la política ni en casa ni con los amigos. La guerra, la cárcel, las ejecuciones, la represión, los ocho o diez parientes muertos, eran temas que se prohibió a sí mismo.

A los cincuenta y cinco años no resultaba fácil encontrar un nuevo empleo, menos, si se llevaba en el bolsillo aquel papel que decía "ni adicto ni afecto". Se dedicó a agente de seguros, ocupación para la que era un grave inconveniente su bronquitis, que le hacía pasarse buena parte del día tosiendo y expectorando en el pañuelo. Trabajó bastante, pero los rendimientos quedaron por debajo del esfuerzo y no consiguió reunir una buena cartera. Viajaba por provincias, y en uno de los desplazamientos coincidió con su hija Manolita, que llevaba cuatro meses de gira por los pueblos; quizá en verano la compañía fuera a un teatro de Madrid. Pasó don Luis uno de los mejores días de su vida viendo la misma función, una de Ruiz Iriarte, por la tarde y por la noche, y después tomando café y una copas con los cómicos en el bar de la estación, aunque algo le decepcionó la charla de los cómicos: toda giró en torno a la cuestión alimenticia.

La vida en el Madrid de aquellos años le parecía muy distinta a la de antes de la guerra. Con restricciones de luz y de agua; sin nombres extranjeros en los establecimientos, salvo los italianos y alemanes; con muchas más cervecerías —había una de cuatro pisos, que se llamaba Cóndor—. Después del desembarco en Normandía, conforme las tropas aliadas iban penetrando en el continente, las nuevas cervecerías fueron desapareciendo y empezaron a aparecer boleras y cafeterías. La lucha desesperada contra el hambre, el estraperlo, la falta de fluido eléctrico, de agua, los sistemas para combatir el frío, eran los temas que preocupaban a la gente media y a la gente baja. Al fin y al cabo, los afectados directamente por la guerra habían sido una minoría: apenas un millón en un país que iba para los treinta. Los demás podían —debían— seguir viviendo.

Con el paso de los años, lo de la bronquitis iba de mal en peor. Don Luis tenía fiebre con más frecuencia, sobre todo al llegar la primavera, y entre tos y tos, esputo y esputo, se lamentaba "ay, recuerdos de mis prisiones".

Tuvo dos o tres pulmonías que le obligaron a guardar cama y a suspender los viajes. Cuando, gracias al nuevo descubrimiento, la penicilina, la enfermedad empezaba a ceder, don Luis elevaba los ojos al cielo y rezaba «Padre Fleming, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...» le recomendaron moderación en las comidas, lo cual en los años cuarenta era un sarcasmo. Le prohibieron fumar, a lo que se agarró doña Dolores para cambiar por leche la ración de tabaco de la cartilla. También le prescribió el médico —y así lo decía en la literatura de las medicinas— vivir en un clima marítimo o de bosques, con temperatura estable. Esto a don Luis le dio risa, y la risa le dio tos.

A veces, cuando le faltaba el aire y parecía que los ojos iban a saltarle de las órbitas, se acordaba de la cárcel y al recobrar el aliento preguntaba «¿Por qué me pasa esto, si mi condena no era de muerte?»

Un día, cercano ya el año 50, Nuestro Padre Fleming debía de estar distraído escuchando algún concierto de ángeles o pensando que a los querubines no se les podían poner inyecciones, y don Luis murió.

El día antes, al ver irremediable su final, comentó con su hijo Luis que lo que más rabia le daba era marcharse cuando estaba tan próximo el fin del régimen del Caudillo. Los aliados vencedores iban a traer a España la monarquía democrática con don Juan, o quizá la república, o lo que quisieran; no sería el mundo soñado por su sobrino Anselmo el anarquista, pero tampoco la miseria, el oprobio, la opresión, la injusticia. Estrechó la mano de su hijo Luis y con voz ahilada, casi inaudible, le felicitó por los años que tenía por delante.

Murió sin saber que los americanos estaban a punto de descubrir España.

DOÑA DOLORES

El día en que juzgaron a su marido, doña Dolores, en



Berta Riaza y Agustín González en una escena de "LAS BICICLETAS SON PARA EL VERANO", de Fernando Fernán Gómez.

cuanto oyó los primeros insultos en boca del fiscal, no pudo entender una palabra más. Cada palabra suelta que llegaba a sus oídos le traía recuerdos de los años pasados con Luis; crecía su congoja, le afluía cada vez más el llanto. Intentó cruzar una mirada con su hijo, sentado allí a su lado, pero él no tenía ojos más que para el fiscal, al que miraba sin parpadear, con una mirada que podía ser de asombro o de terror.

Nunca había visto doña Dolores con claridad la cuestión política, porque siempre había sentido desconfianza hacia los que creían poder solucionarlo todo. Después de la condena de su marido, era de izquierdas, rabiosamente de izquierdas, aunque no podía ir gritándolo por las calles. Le habían robado los mejores años de su vida. Tenían que haber sido —con los hijos ya mayores— los años que destrozó la guerra y los que después su marido habría de pasar en la cárcel. Luis, su hijo, le pedía que se contuviera cuando estaba en casa de doña Antonia, la vecina, que tenía otras ideas. Pero doña Dolores insistía. En su presencia no se podía mencionar a Franco. Era un hombre que había hecho todo —la guerra, las muertes, el hambre— por su interés. "Y a los demás que les parta un rayo". Años después llegaría a herirle la prudencia de su marido, cuando salió de la cárcel envuelto en una nube de silencio.

En los meses que siguieron al juicio no sabía doña Dolores que se reduciría la condena de don Luis; la amenaza de aquellos doce años de soledad le quitaba el sueño, y la angustia la asaltaba con frecuencia durante el día.

Se le llenaron el cuerpo y la cara de furúnculos. "Eso es de los sufrimiento, doña Dolores", decía doña Antonia, la vecina. "Es del hambre, mamá —opinaba su hijo Luis; a causa de la avitaminosis, los tejidos no tienen defensas". Alguna vez su hijo apartó de ella la mirada con repugnancia que no conseguía disimular. Vivían casi siempre solos Luis y ella con el nieto, porque Manolita andaba de gira por provincias y sólo pasaba en Madrid la épocas de parada. Era su hijo quien al inicio de la enfermedad le aplicaba las cataplasmas sobre las tumefacciones purulentas. Tenía la madre que vencer el pudor y el hijo la repugnancia. Poco después sería doña Antonia, la vecina, quien se prestase a la labor. Aprovechaba para hacer catequesis. Si doña Dolores rezara más, si fuera alguna vez a misa, sentiría más consuelo. En cueros y tumbada boca abajo y sin dinero para pagarse una enfermera, pensaba doña Dolores que no era momento de discutir. La furunculosis duró cerca de un año y como recuerdo dejó ocho o diez cicatrices en el cuerpo y cuatro o cinco en la cara.

En una de las visitas a la cárcel consultó con su marido lo del cambio de piso, porque aunque el alquiler era de antes de la guerra, no podían pagarlo; tendrían que olvidarse del sol que entraba por los balcones del comedor. El sueldo que Manolita ganaba en provincias, apenas le llegaba para los alojamientos, los vestidos y las pinturas, poco era lo que podía mandar para el hijo. La mitad de lo que ganaba Luisito como chico de los recados lo entregaba en casa, pero era una miseria. Doña Dolores se puso a coser para algunas tiendas; con todos esos pocos se iban defendiendo. "Del primer Año Triunfal" —dijo don Luis desde el otro lado de la reja—.

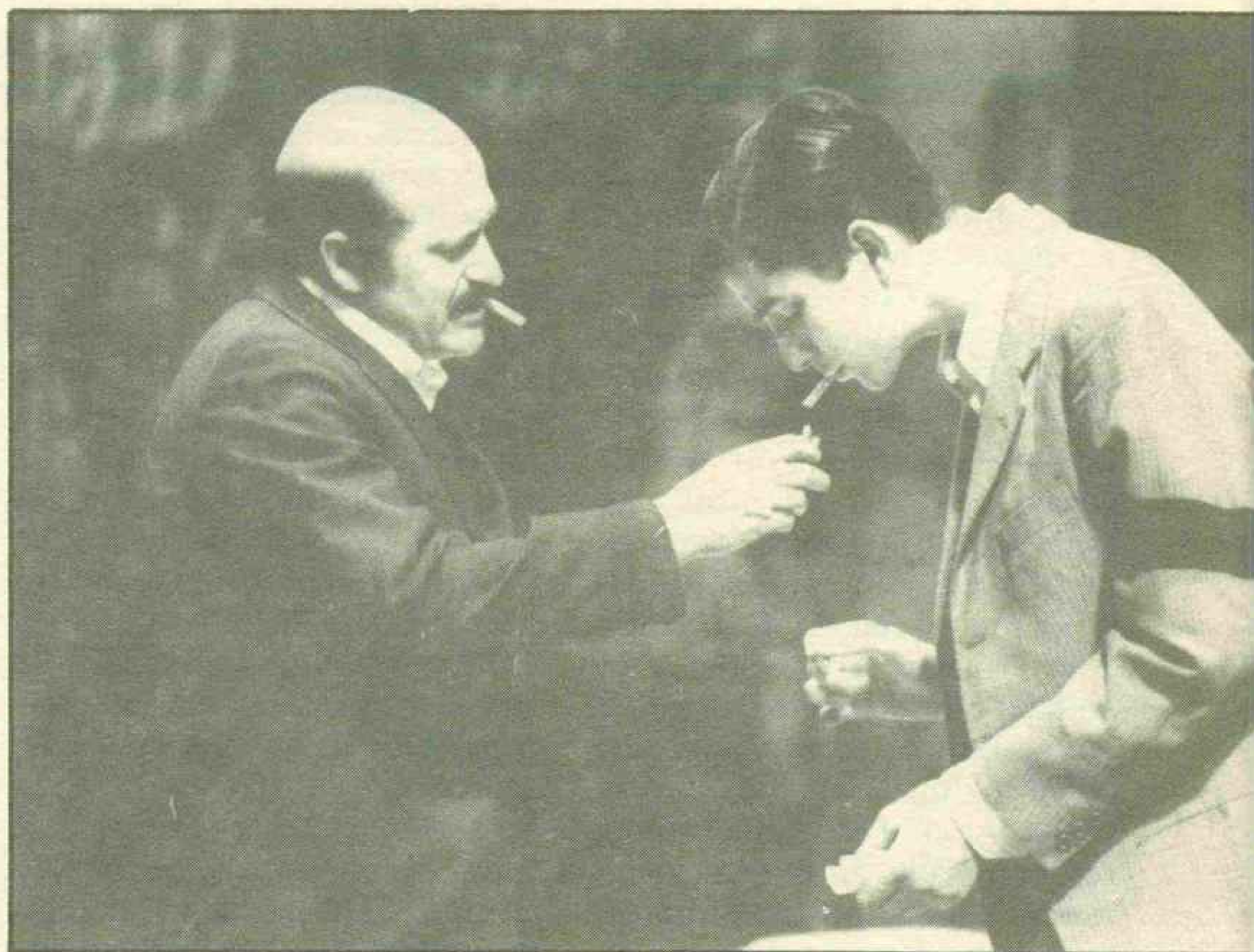
En la guerra mundial empezó a verse clara la victoria de las potencias democráticas, y don Luis salió de la cárcel mucho antes de lo pensado. Doña Dolores seguiría cosiendo para las tiendas hasta que él encontrase trabajo, y también después, al empezar don Luis con lo de los seguros, que al principio no daba nada porque hacía falta tiempo para relacionarse.

En los años que don Luis pasó en la cárcel, quizá como amoroso homenaje, como recuerdo a la época en que estuvo en las Bodegas, doña Dolores empezó a beber demasiado anís. Solía abusar un poco las tardes en que se encontraba sola con su nieto como único testigo. Cuando pasaba

de la segunda palomita sentía un alegre olvido, un abandono feliz, reía a carcajadas y bailoteaba por la habitación, pero con el paso de los años esta sensación dichosa empezó a durar poco; le sobrevenían en seguida ataques de furia, y antes de la vomitona, vociferaba, derribaba las sillas, se golpeaba la cabeza contra las paredes. Le entró un temblor en las manos y tuvo que dejar de coser para las tiendas. No hubo más remedio que internarla. Salió al poco tiempo muy recuperada. Sólo tomaba una copita de vez en cuando, si no la veían.

El día en que, de neumonía, murió don Luis, su hijo fue a la cocina, al sitio donde doña Dolores encondía la botella de anís, y le preparó una palomita. Doña Dolores, deshecha en lágrimas, tiró el vaso de un manotazo: "¡Quita eso; ahora tengo que llorar!"

Tras la muerte de don Luis —Luisito ya se había casado—, doña Dolores se encontró completamente sola. Con el nieto. Habló con doña Antonia, la antigua vecina, de irse a vivir con ella. No quería estorbar a Luisito y a su mujer.



Agustín González y Gerardo Garrido en una escena de "LAS BICICLETAS SON PARA EL VERANO".

LUIS

¡Qué espléndida fue en Madrid la primavera! La primavera del 39. Un suave vientecillo del Guadarrama mecía las copas de las acacias frente la "casa de los santos". Ondeaban como banderas de la Victoria. Un sol tibio doraba las aceras en las que las sombras eran transparentes pinceladas de acuarela. Los tristes ocultaban su tristeza, la alegría parecía contagiarse de un semblante a otro. Qué dulces eran las mañanas de los domingos, a la salida de misa, con las hijas de los vencedores bien vestidas, bien peinadas, proclamando su triunfo y su belleza del brazo de alféreces, tenientes, capitanes. Invadían el aire los sones de las típicas zarzuelas. También se escuchaba "Volverá a reír la primavera..." Y era cierto: la primavera reía.

¿Lo había hecho durante los tres años de guerra en el Madrid asediado? ¿Se poblaron de hojas las copas de los árboles? Nunca hubo primavera como la del 39. ¿Habían estado escondidas todas esas chicas tras los cristales protegidos de los bombardeos con tiras de papel? ¿Acababan de traerlas de Burgos, de Salamanca, de San Sebastián, de Sevilla? Aquel incitante estallido de belleza era el fruto de la Victoria. La Victoria de los señoritos y las señoritas. Y entrañaba la promesa de que con buena voluntad y esfuerzo común todos podrían llegar a ser señoritos. Luis quería serlo. Quería tener derecho a unas cuantas de aquellas señoritas.

Se quedó atónito al presenciar el juicio contra su padre. Los denuestos, los desprecios, las humillaciones, se le iban grabando uno uno. Pensaba: algún día tendré que olvidar todo esto. Su madre, al lado, era una fuente de llanto.

Mientras su padre estuvo en la cárcel, él sirvió a la Patria. Pudo compaginar el servicio militar con el trabajo en la oficina y así conservó el puesto. Ya no era el chico de los recados, era un empleado bastante apreciado por sus jefes, que cariñosamente le llamaban "el rojete".

Muchos de sus amigos se fueron a la División Azul. Algunos impulsados por sus ideales; otros por espíritu de aventura; otros para no perder puestos en el escalafón de sus empleos; otros para lavar la mancha de haber estado en la zona roja... Uniformes del Ejércitos, uniformes de Falange... Las chicas sólo querían ir con los de uniforme. La competencia era durísima. ¿No sería la División una oportunidad de acompañar a Hitler en su paseo militar por la U.R.S.S y volver con un uniforme? ¿Rebajarían la condena a don Luis si su hijo se iba con la División? Sólo fugazmente asaltaban estos pensamientos a Luis, que pronto los consideraba disparatados.

De todos sus amigos divisionarios sólo volvieron dos. Uno de ellos algunas noches se despertaba absolutamente ciego, se arrojaba de la cama, conseguía bajar a tientas la escalera, salía a la calle y corría de un lado a otro palpando las

paredes de las casas, los troncos de los árboles, sin dejar de gritar: "¡bombardeo, bombardeo!"

Seguían viéndose por las calles las señoritas de prieta cintura, amplias faldas y largas piernas que dibujaban Serny y Picó en "La Codorniz", pero no estaban al alcance de Luis. Se enamoró de una de ellas, que le presentaron sus jefes cuando le invitaron a pasar un fin de semana en "La Berzosa", un hotel a unos quince kilómetros de Madrid, con campo alrededor y piscina, en el que se tiraba a los pájaros, se nadaba y se bailaba a la caída de la tarde y que a Luis le pareció algo así como lo que debía de ser la Costa Azul. Pero aquel amor fue imposible. El era un joven pobre, y a ella no le resultaron seductoras las inacabables tardes ante un café con leche o en un cine de sesión continua, por más que a veces los placeres del tacto las igualaran al balcón de Verona.

La oficina de importación y exportación había prosperado. Los negocios iban bien; rozaban el estraperlo sin caer en él, aunque sí en el tráfico de permisos, que estaba autorizado y era muy rentable. El sueldo de Luis no era malo —menos malo de lo que decía en casa—, pero no le permitía ninguno de aquellos lujos que cada vez le atraían más. Sus jefes, que eran muy campechanos, muy demócratas, para agradecer eficiencia le habían llevado a Pasapoga, a Casablanca. El Villa Rosa de verano, con "las marimbas de El Salvador", con sus marquesas, sus artistas, sus putas de postín, sus banqueros, ministros, toreros, le deslumbró. Se aficionó a ir por las noches con unos amigos a las "salas de fiestas" de alterne. Las chicas de esos sitios no eran las de Serny y Picó, las hijas de los vendedores, pero estaban bien disfrazadas. Cuando se pasaba en las copas, recordaba los años de cárcel de su padre, lo mal que se vivía en casa, y le invadía un sentimiento de culpa.

Su afición a la literatura, su costumbre de escribir poesías a todas las niñas que le gustaban, se quedó en una veleidad de adolescencia. Un amigo le llevó a la tertulia del Café Gijón cuando se reunían los de la Juventud Creadora. Fue allí cuatro o cinco veces. Le llamó la atención que en la tertulia convivieran los de izquierdas y los de derechas; había falangistas, católicos, comunistas, algunos que acababan de salir de la cárcel, y a veces se hablaba de política con un descaro y una agresividad que le parecían sorprendentes, incomprensibles en aquella época de represión, de terror. Pero la sensación que prevaleció en él fue la de una enorme pérdida de tiempo. El necesitaba el tiempo para algo más, para prosperar, para ascender, para ser alguien, que le parecía el único modo posible, en aquellas circunstanias, de hacer algo parecido a vivir. Cerca de él tenía el ejemplo de sus jefes y de muchas más personas que trataba en los negocios y que —unos por ser ricos de antes y otros porque iban haciendo su fortuna pasando el recibo de los servicios prestados— vivían una verdadera vida.

Se consagró por entero a la oficina, prescindió de todo lo que no fuera el trabajo y una diversión moderada. Recibió su recompensa; sus jefes le enviaron con más sueldo a la sucursal que habían abierto en Barcelona para ocuparse de los asuntos del algodón. Allí volvió a enamorarse, esta vez de una chica de su clase pero de familia más acomodada, y se casó.

MANOLITA

Manolita pudo seguir trabajando en el teatro pero casi siempre en giras por provincias, que en los primeros años se alternaban con largos meses de parada. Nunca pensó que terminada la guerra le fuera tan difícil alimentar a su hijo. Creyó que con la paz abundarían la leche, la Maizena para preparar las papillas. Pocos meses antes nadie podía suponer que con la Victoria faltaría hasta el pan, ni que los boniatos, las castañas pilongas, las cáscaras de patata salvarían a media España de la inanición. Manolita se hizo muy amiga de la chica que vivía con Pedrito, el hijo de doña Antonia, la vecina; fue muy grande su pena cuando murió a causa del tifus exantemático, ¿recuerdan?, lo que la gente llamaba "el piojo verde" pero muy pocos sabían que en los libros de Medicina tenía un nombre más hermoso; tifus del hambre.

No tuvo mucha suerte Manolita en su oficio. No llegó en aquellos tiempos a ser una actriz prestigiosa. Pero los pequeños problemas del mundillo teatral llegaban a apasionarla y nunca perdió la esperanza de que el próximo contrato, el próximo papel, habían de mejorar su destino.

Se resistió a bautizar al niño. Le insistieron mucho. Si no creía en esas cosas, ¿qué más le daba? Tropezaría con inconvenientes cuando tuviera que mandar al niño al colegio. Consintió en bautizarle, pero no antes que don Luis saliera de la cárcel.

Estuvo en América cuatro meses con la compañía de la Heredia, y a su regreso notó doña Dolores que había vuelto a sus inquietudes políticas. ¿Cómo era posible que los españoles no hicieran nada, que estuvieran mano sobre mano soportando la humillación? Sí, estaban los "maquis"; pero ésos eran los de siempre, que habían vuelto del extranjero. ¿Aquí dentro no se podía hacer nada? Manolita en México, en Buenos Aires, había visto a los exiliados. Pronto la preparación de una nueva gira, el injusto reparto de los papeles de una comedia, la preocupación por el hijo, le disiparon aquellos pensamiento.

Manolita vivía con otro cómico. Un día, como se decía entre la gente del teatro "juntaron los equipajes". No era buen actor,



Mari Carmen Prendes, Berta Riaza y María Luisa Ponte, en una escena de "LAS BICICLETAS SON PARA EL VERANO".

pero sí guapo y con buena figura; iba para galán y no pudo serlo porque engordó. También fue mala suerte, con lo difícil que era en aquellos años. Era una excelente persona, buen amante, pero jugador. De vez encuando llegaba una buena racha y los dos lo celebraban comiendo mejor. Se daban prisa en desmaquillarse al terminar la función para llegar a tiempo de bailar los últimos boleros en la "boite" de la ciudad por la que pasaban. Giraba Manolita a Madrid para que durante unos días también su madre y Pepito comieran más. Otras veces la racha era mala. Entonces eran ellos los que se quedaban a media ración, porque el escaso giro semanal nunca podía faltar.

A Manolita le quedaban sólo unos meses para los treinta años. Una espléndida edad para la mujer; y más aún para la actriz. Se hablaba de que la compañía iba a actuar en Madrid, y en una de las comedias, la que tenía más posibilidades de gustar, el papel de Manolita era de mucho lucimiento...

PEPITO

Pepito es hijo de José Fernández, capitán del Ejército de la República, muerto en la sierra, y de Manolita, actriz. Es nieto de don Luis, empleado, y de doña Dolores, mujer de su casa. Aún no tenía dos años cuando terminó la Guerra Civil; sí los tenía cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Una vez le llevaron a la cárcel, a que viera a su abuelo. A que su abuelo le viera a él. Costó grandes esfuerzos y sacrificios alimentarle, vestirle, educarle, sacarle adelante. Como su madre andaba casi siempre por provincias y no podía llevarle con ella, se crió con sus abuelos. Su tío Luis paraba poco en casa y luego se casó.

Pepito fue al colegio, leyó "Flechas y Pelayos" y "Roberto Alcázar y Pedrín"; iba al cine del barrio a ver las toleradas. Leyó después las novelas de aventuras que su tío dejó en casa. Algunas eran del abuelo. Heredó esa afición, o manía, por la lectura.

Ante sus ojos, en aquellos años de máxima lucidez, pasaba la vida de su familia. Y la de sus amigos, sus vecinos. Y la de España.

Le esperaban la persecución, la clandestinidad, el exilio, las torturas, la prisión. Había sido testido y eligió la peor parte. ■

F. F. G.

LAS BICICLETAS

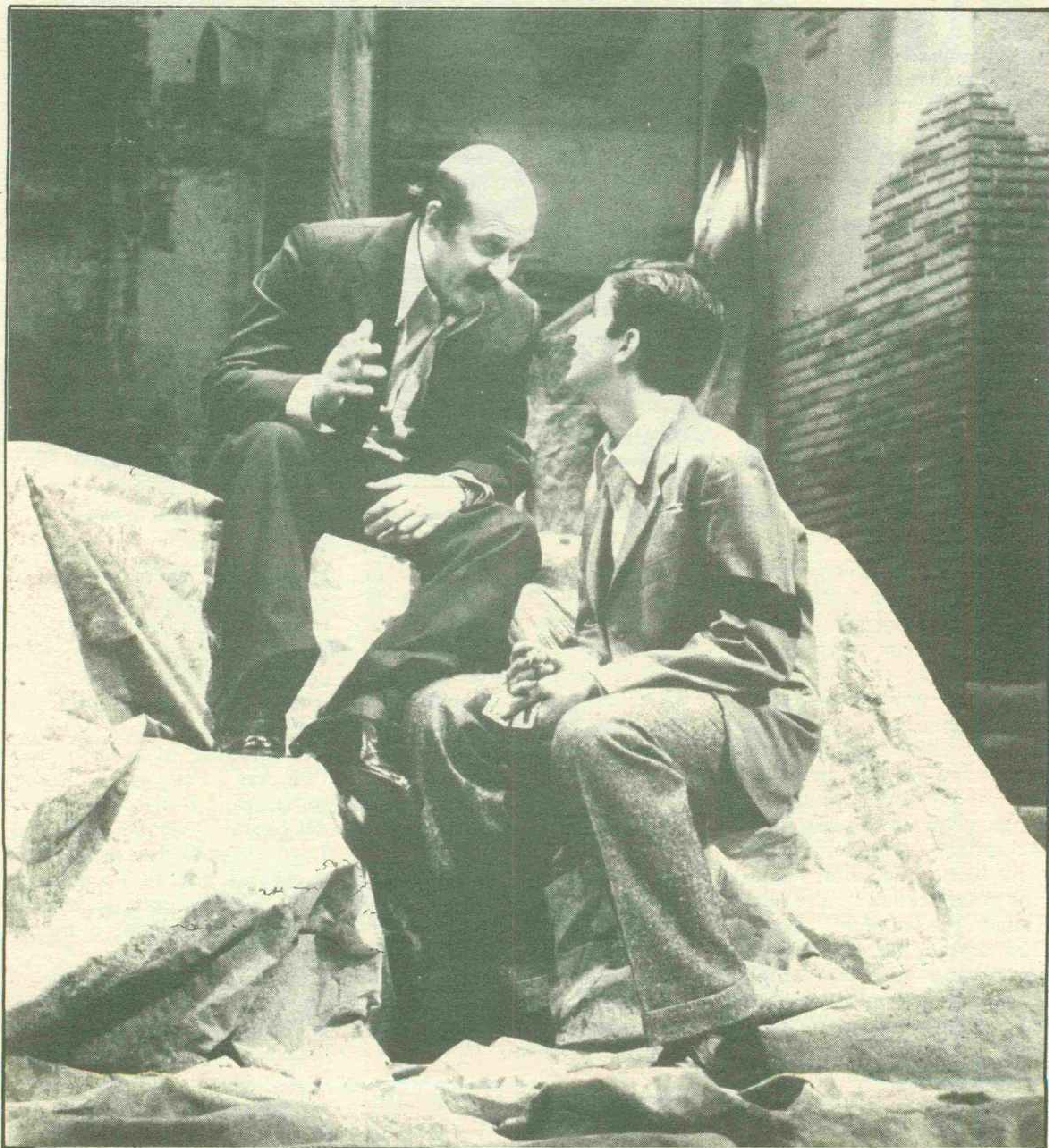
Campo muy cerca —casi dentro— de la ciudad. La luz de un sol pálido, tamizada por algunas nubes, envuelve las zonas arboladas y los edificios destruidos. Se oye el canto de los pájaros y los motores y las bocinas de los escasos coches que van hacia las afueras.

(Por entre las trincheras y los nidos de ametralladoras pasean Luis y su padre.)

DON LUIS.—Aquello era el Hospital Clínico. Fíjate cómo ha quedado.

LUIS.—Eso es una trinchera, ¿no?

DON LUIS.—Claro; te advierto que quizá sea peligroso



Una escena de "LAS BICICLETAS SON PARA EL VERANO".

pasear por aquí. Toda esta zona estaba minada.

LUIS.—Pero ya lo han limpiado todo. Lo he leído en el periódico. ¿Sabes, papá? Parece imposible... Antes de la guerra, un día, paseamos por aquí Pablo y yo... Hablábamos de no se qué novelas y películas... De guerra, ¿sabes? Y nos pusimos a imaginar aquí la batalla... Jugando, ¿comprendes?

DON LUIS.—Sí, sí...

LUIS.—Y los dos estábamos de acuerdo en que aquí no podía haber una guerra. Porque esto, la Ciudad Universitaria, no podía ser un campo de batalla... Y a los pocos días, fíjate...

DON LUIS.—Si, se ve que todo puede ocurrir... Oye, Luis, yo quería decirte una cosa... Es posible que me detengan...

LUIS.—¿Por qué, papá?

DON LUIS.—Pues... no sé... Pero están deteniendo a muchos... Y como yo fundé el sindicato... Y nos incautamos de las Bodegas...

LUIS.—Pero, ¿eso qué tiene que ver? Era para asegurar el abastecimiento a la población civil... Era un asunto de trabajo, no de política. Y aunque lo fuera: el Caudillo ha dicho que los tengan las manos manchadas de sangre...

DON LUIS.—Ya, ya... Si a lo mejor no pasa nada... Pero están deteniendo a muchos, ya te digo, por cosas como ésa... Yo lo que quería decirte, precisamente, es que no te asustaras... Creo que hacen una depuración o algo así...

LUIS.—¿Y eso qué es?

DON LUIS.—Pués... Todavía no se sabe bien... Llevan a la gente a campos de concentración...

LUIS.—¿Cómo a los de las últimas quintas?

DON LUIS.—Sí, algo así. Pero por estas cosas supongo que, al fin, acabarán soltándonos...

LUIS.—Papá, hablas como si ya te hubieran detenido.

DON LUIS.—Bueno, yo lo quiero decirte es que, si pasa, no será nada importante. Pero que, en lo que dure, tú eres el hombre de la casa. Tu madre y tu hermana calcula cómo se pondrían las pobres... Tú tendrías que animarlas.

LUIS.—Sí, no sé como.

DON LUIS.—Pués les dices que, estando yo parado, al fin y al cabo, una boca menos.

LUIS.—Qué cosas dices.

(Un silencio. El padre ha sacado un pitillo, lo ha partido y le da la mitad a su hijo. Lo encienden.)

DON LUIS.—(Dando una profunda bocanada.) Qué malo es, ¿verdad?

LUIS.—Sí, papá. Pero se fuma... Me parece que, te detengan o no, nos esperan malos tiempos, ¿verdad?

DON LUIS.—A mí me parece lo mismo, pero hay que apechugar con lo que sea.

LUIS.—Hay que ver... Con lo contenta que estaba mamá porque había llegado la paz...

DON LUIS.—Pero no ha llegado la paz, Luisito: ha llegado la victoria. He hablado con doña María Luisa. ¿Te acuerdas que alguna vez le llevé un kilo de bacalao?

LUIS.—Sí.

DON LUIS.—Prometió pagarme el favor. Por mí no puede hacer nada, porque hay que esperar a que me depuren... Pero dice que un amigo suyo a tí podría colocarte.

LUIS.—Bueno. Y al mismo tiempo estudio.

DON LUIS.—Eso habíamos dicho. Al principio te será fácil porque la Física la sabrás de memoria.

LUIS.—Sí, he estudiado bastante.

DON LUIS.—Pero, ¿has estudiado Física roja o Física nacional?

LUIS.—Y... ¿de qué me puede emplear el amigo de doña María Luisa?

DON LUIS.—(Antes de contestar echa una mirada de reojo al hijo. Duda un poco y contesta con un sonrisa:) De... de chico de los recados.

LUIS.—Ah.

DON LUIS.—No he encontrado otra cosa, Luis. Pero él dice que es de mucho porvenir. Están montando una oficina de importación y exportación. Y, de momento, no son más que tres o cuatro, todos de la otra zona. Tu serías el quinto.

LUIS.—Sí, el chico de los recados.

DON LUIS.—Compréndelo. Hay que llevar dinero a casa —del que vale, no de el de las estampitas ésas—. Si Manolita se mete en alguna compañía, lo que la den se lo va a gastar en trapos y en pinturas. Y lo de "chico de los recados" lo digo un poco en cachondeo. Es que dicen que al principio todos tendrán que arrimar el hombro, y habrá que llevar paquetes y cosas de un lado a otro.

LUIS.—Ya, ya.

DON LUIS.—Para ese empleo te vendría bien la bicicleta que te iba a comprar cuando pasase esto, ¿te acuerdas?

LUIS.—Ya lo creo. Yo la quería para el verano, para salir con una chica.

DON LUIS.—Ah, ¿era para eso?

LUIS.—No te lo dije, pero sí.

DON LUIS.—Sabe Dios cuando habrá otro verano.

(Siguen paseando.) FIN

Mi aburridísima

AL terminar la guerra, el refugio se quedó vacío. Fue una lástima. Lo habíamos pasado muy bien. Los chicos sobre todo. Me acuerdo todavía del olor de la tierra húmeda y del brillo de las velas en la pared. Cuando sonaban las sirenas, mis padres y yo bajábamos corriendo la escalera, cruzábamos la calle y nos refugiábamos en aquel agujero oscuro que habíamos excavado las gentes del barrio en medio del paseo. Allí nos acurrucábamos unos contra otros mientras caían las bombas sobre la ciudad. Mi abuelo, no. Mi abuelo prefería quedarse en casa metido entre dos colchones.

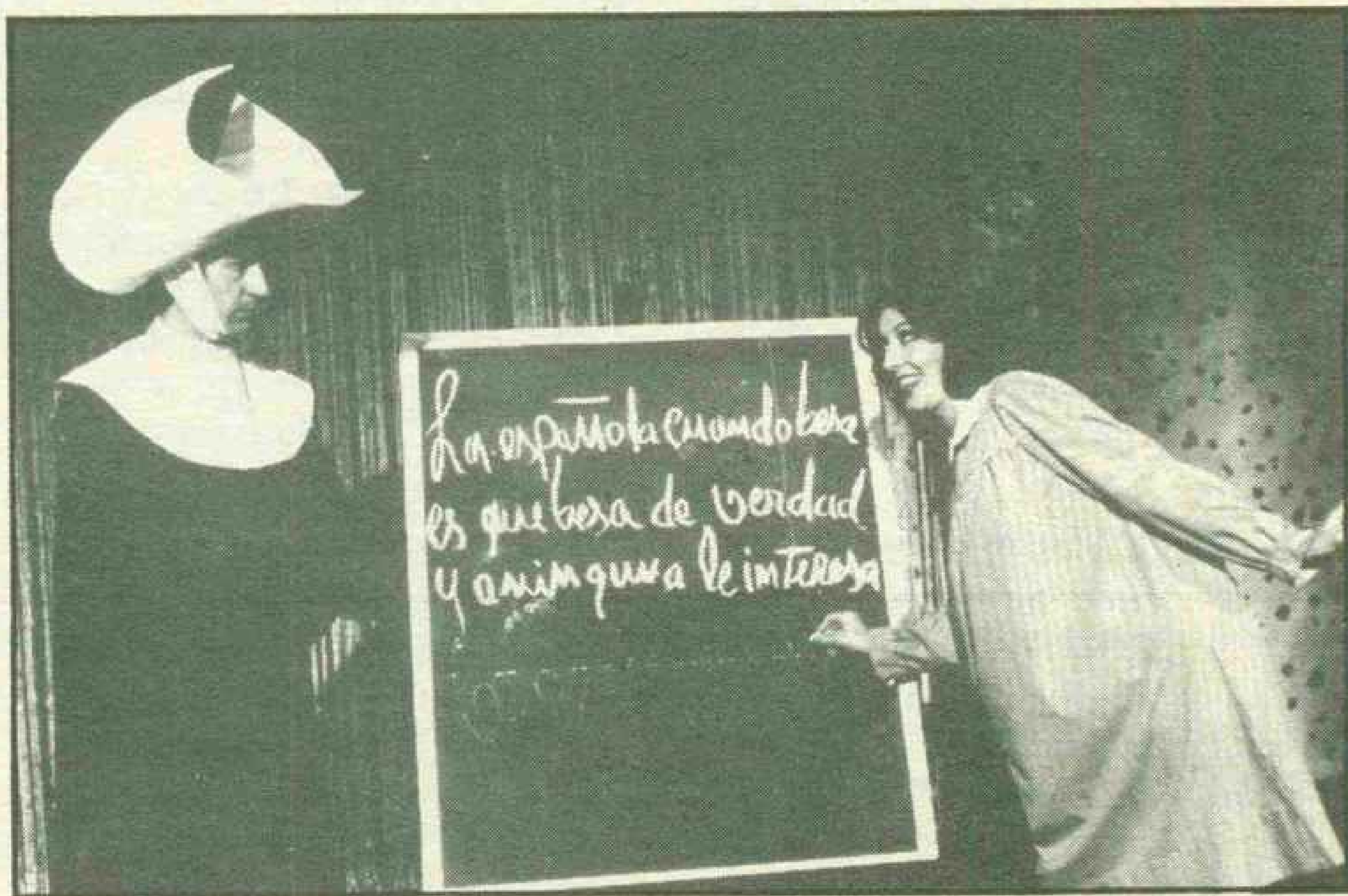
La guerra era una cosa divertida. Para mí, se entiende. Por ejemplo, lo de no ir al "cole" estaba chupado. Aparte de que, ¿con qué ánimo se podía exigir a un niño que se aprendiera la lista de los reyes godos cuando los obuses de la marina de Franco estallaban en el puerto? Nunca pensé que podían matarme. A los ocho años —esta edad tenía yo entonces en Barcelona— sólo se mueren los otros. Se pasaba un poquito de hambre, claro, pero la aventura, el riesgo y el peligro compensaban. Yo me sentía un héroe de hojalata en una guerra de pim-pam-pum.

El aburrimiento llegó con los "nacionales". Entraron por la Gran Vía. Y yo los ví. Venían muy contentos y las mujeres los abrazaban muchísimo. Los hombres gritaban vítores y en los balcones —no todos— lucían banderitas. Muy cerca de mi casa, sobre el asfalto, la noche antes seguramente, alguien había arrojado sus libros. Elegí uno al azar: los versos de Machado editados por la Residencia de Estudiantes. Como yo no sabía donde estaba Colliure, un teniente me regaló una tableta de chocolate.

El metro y el refugio no se podían ni comparar. Con el ruido de los trenes no había forma de dormir y el urinario, la verdad, apestaba. Además en el refugio estaba "ella". su padre tenía una tienda de comestibles y Nuria —se llamaba Nuria como todas las niñas que no se llamaban Montserrat— me regalaba a veces rodajas pequeñitas de salchichón. No las arreglábamos para sentarnos juntos y, cuando los estallidos de las bombas eran muy fuertes, nos tapábamos las orejas al mismo tiempo y su mano y la mía se tocaban a propósito. En el metro, en cambio, te pisaba mucho la gente al subir a los vagones. Era el veintialgo de enero de 1939 cuando vi desfilar a las tropas desde la boca del metro de la calle Rocafort.

Si yo hubiera sabido que aquel día empezaba la posguerra, a lo mejor me hubiera negado a seguir creciendo. Mi padre —que siempre fue republicano— estaba contento. No se si los libros explicaban bastante estas contradicciones. O si los que los leen pueden comprenderlas sin haberlas pasado antes por la piel. Para los adultos —y para los niños, aunque no lo supiéramos— la guerra fue un desastre. Y Franco representaba la paz. Era imposible saber la continuación. Ni yo mismo podía suponer que me iba a aburrir tanto.

Los comedores de Auxilio Social eran feos, pero la sopa estaba calentita. Mi infancia fue una sobresaltada peregrinación de las lentejas —"si quieres las tomas y si no las dejas"— a los garbanzos y a las algarrobas. Me hice "flecha" para ver si así, por el camino del Imperio, podía llegar al huevo frito. Mis padres hablaban —con mal disimulada envidia— de mi tía Nieves que cantaba cuplés en un cafetín del Barrio Chino y que tenía una amistad digamos interesada con un mandamás carabinero. Pertenecí a la centuria "Roger de Flor" y, de resultas, me dieron un pantalón negro, una camisa azul, una boina colorada y un chusco amoratado. Una vez me llevaron a Mallorca —llovía aquel invierno en el monasterio de Lluch— y otra a la capital. En Madrid sólo había entonces un chiringuito en Recoletos y una barquita verde en El Retiro. El



José Sacristán y Conchita Velasco en una escena de "YO ME BAJO EN LA PROXIMA ¿Y USTED?", de Adolfo Marsillach.

postguerra

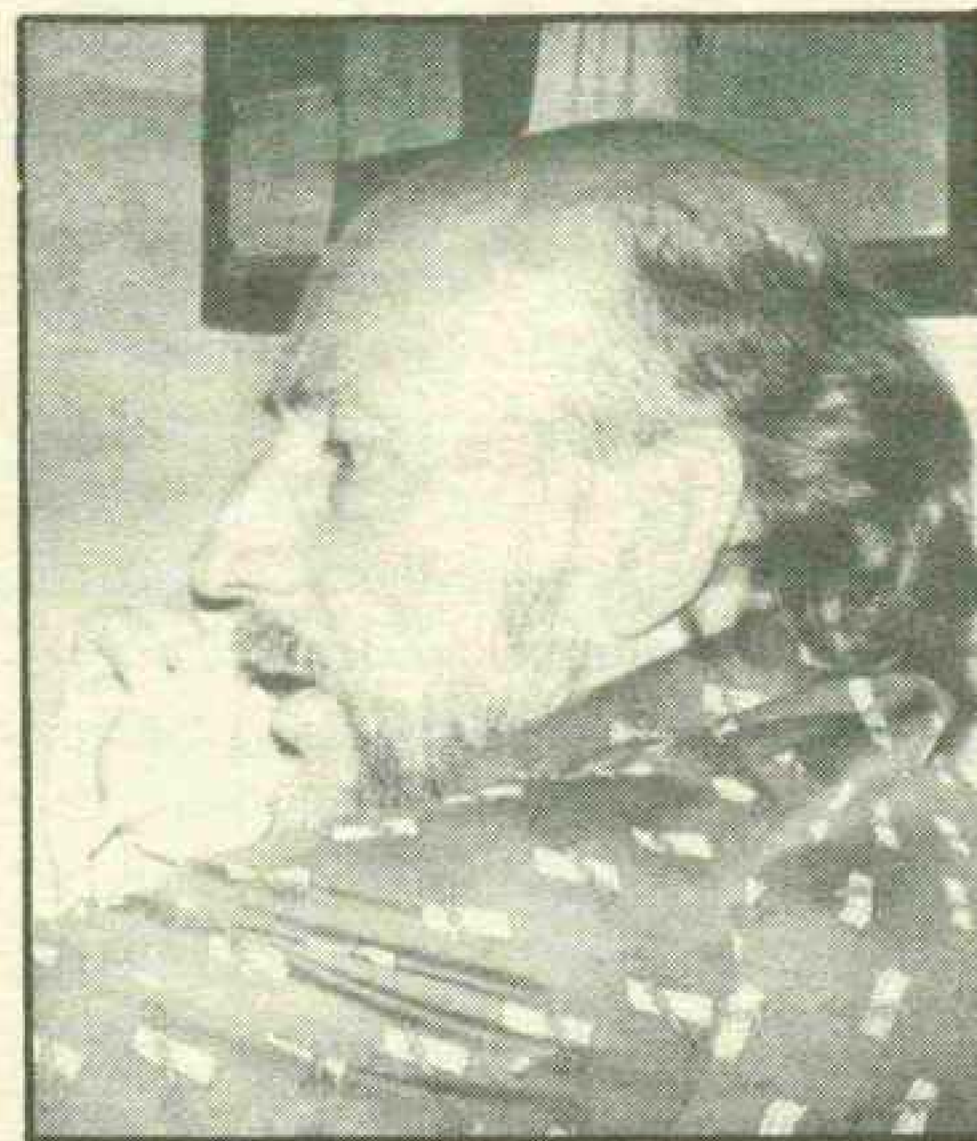
resto se lo estaba inventado González Ruano en ABC.

Menos mal que Hitler invadió Polonia y el asunto se animó. En el 36, el hijo de la portera era rojo y yo escuchaba Radio Sevilla; en el 39, yo me hice novio de Winston Churchill y el hijo de la portera, era germanófilo. La vida es así de estúpida. Me acuerdo del Conde Ciano. Apareció por el Paseo de Gracia en un coche descubierto y con el saludo fascista como si le hubiera salido debajo del brazo un golondrino. A su lado Serrano Suñer tenía una punta agridulce de enfermera. El Gobernador Civil de Barcelona era mariquita. Por eso, hacia la mitad del desfile, cuando los buenos mozos del Frente de Juventudes pasaron marciales, con las camisas arremangadas y los pechos al aire, delante de la tribuna de autoridades, al Gobernador los suspiros se le escapaban de su boca de fresa como en una sonatina de Rubén.

Me puse de parte de los aliados porque mi libro de cabecera lo había escrito Dickens y se llamaba "Los papeles póstumos del Club Pickwick", porque un tío mío había estado una vez en París y aseguraba que aquello era la pera y porque en el colegio me obligaron a estudiar alemán. Recuerdo que la profesora —que había nacido en Düsseldorf aunque acabara viviendo en Castelldefels— tenía unas piernas largas a lo Marlene que nos enseñaba generosamente para aliviar —supongo— el tedio de la gramática. Si lo de las piernas resultaba, lo demás era un desastre. Tenía muy mala leche y el día en que se enteró de que Ricardito, el guapo de la clase, había agarrado una purgaciones en una casa de puterío de la calle Robadors armó la marimorena con svásticas y todo.

Aunque nada parecido a la que se organizó la mañana en que se produjo el desembarco en Normandía. Tres compañeros y yo —que, además, acabábamos de descubrir a Baudelaire en una librería de viejo que estaba en Aribau casi esquina con Diputación— golpeamos los pupitres en señal de triunfo y la profesora —con las faldas prácticamente a la altura del muslo indoeuropeo— nos expulsó de clase. Fue un error. Al otro día, Francisco Franco declaraba en las primeras páginas de los periódicos que nuestro aparejamiento con los exaltados países del Eje nunca había pasado de una relación circunstancial. O sea que a España —como a Ricardito— le habían pegado unas purgaciones de chiripa.

Entre el 39 y el 45 pasaron cosas. Por ejemplo, seis años. Es decir que yo fuí cumpliendo doce, trece, catorce, quince, dieciseis y diecisiete sin darme cuenta. Bueno, sin dármela del todo quiero decir. Lo peor fue el principio. Justo en enero del 39, y como glosa de la Noche de Reyes, mi padre había escrito en "La Vanguardia" republicana un artículo dedicado a mi que terminaba con este párrafo: «Hijo, ¡ayúdame a conservar la fe en los hombres y en la grandeza de mi patria!. Si esta oferta de amor te reconcilia con los hombres, me sentiré aliviado en esta terrible angustia de haberte traído a un mundo tan cruel. Porque cuando estallan las bombas y clavas en mi unos ojos agrandados por el terror y el asombro yo no me atrevo a sostener tu mirada. Si tú no perdonases a los hombres de hoy, tampoco yo sabría perdonarlos nunca». Dejando a un lado, por delicadeza, mis sentimientos personales, yo no se si mi padre perdonó a aquellos hombres. Lo que si se —porque lo viví como un hecho objetivo— es que la Victoria le



Adolfo Marsillach

costó —como consecuencia de las líneas que acabo de transcribir— su puesto de periodista. De modo que los mismos que, "al paso algre de la paz" le saludaban en la Gran Vía fueron los que, un poco después, lo "depuraron". No se entiende. Nada de lo que sucedió entonces se puede entender. Lo malo de nuestra guerra es que sigue siendo incomprensible.

La depuración y el aval se convirtieron en las dos grandes palabras de aquellos días. De un lado estaban los vencedores con sus héroes; del otro, los vencidos con sus muertos. Entre las dos aceras, los supervivientes. Algunos iban al paredón; los menos sospehosos eran depurados. La depuración era una especie de muerte civil interpretada por Santacana. Los avales estaban por las nubes. A un individuo sin aval le podía suceder cualquier desgracia. La gente iba por las calles con los bolsillos llenos de carnés: desde el certificado de buena conducta del cura de la parroquia hasta el salvoconducto para trasladarse a Lérida a echarle un vistazo a la abuela Mercedes que se había vuelto tísica con el plato único. A los indocumentados se les enviaba de una patada en el culo a un campo de concentración. Yo, como es lógico, prefería ir al

cine a ver las películas de Shirley Temple.

Lo jodido era que nunca se pasaban seguiditas. Unas veces porque el fluído electrónico —como se llamaba entonces a la electricidad— se desahogaba por los plomos de los vestíbulos y otras porque, cuando el chico se disponía a besar a la chica, sonaba el Himno Nacional y había que ponerse en pie, el caso es que no había forma de ver un filmlete de cabo a rabo.

Menos mal que estaba Antonio Machín. Si no hubiera sido por él, la posguerra la habrían ganado los rojos, pero la gente canturreaba sus boleros mientras los cupones de las cartillas de racionamiento caían uno a uno en la interminable cola del tabaco. Machín se vino a Madrid a cantarle al Generalísimo que "se vive sólamente una vez" y Don Francisco le dijo que bueno, pero que él era novio de la muerte y que le fueran dando. La verdad del asunto es que a Franco no le gustaba bailar. A mi tampoco y a la chica con la que yo salía entonces —que se llamaba Angelines y era algo tetuda— mucho menos. Decía que lo mío eran las matemáticas. Se equivocó. Lo mío era Machín.

Angelines quería ser Fabiola y a lo mejor lo consiguió. Quien sabe. Tenía vocación. Cuando le metía mano en las zonas altas —ya he explicado que se desparramaba un poquito por esas latitudes— se iba corriendo a que la confesara Don Justo, un mosén de la iglesia de San José Oriol. Y es que la cosa sexual no estaba resuelta. Había tres opciones: las putas del Distrito Quinto, las pajilleras del cine Arnau o hacerse un nudo. Lo de Angelines, Fabiola y las poluciones nocturnas no funcionaba, de forma que el primer día que me acosté con una señora creí que me iba a hacer guardia en los luceros con la pata tiesa.

Realmente lo único que se podía hacer en la posguerra, con un mínimo de sentido, era pecar. El pecado es un gran invento. Cuando se habla mal de la Iglesia, convendría meditar antes sobre este asunto. Había pecados sexuales y políticos. Los primeros acababan en la blenorragia y los segundos en la cárcel Modelo. A un tío mío lo metieron en chirona por masón y mi padre estuvo a punto de acompañarle porque a alguien se le ocurrió decir que era budista. No era verdad. Lo que pasaba era que mi abuela paterna había sido teósofa y, cuando cayó enferma y se puso malísima, una vecina de la casa se encerraba con ella en su habitación, hablaban de no se qué y a la pobre se le quitaban los dolores. En los primeros años, después de la Victoria —yo la sigo escribiendo con mayúsculas por asi acaso— las gentes se denunciaban unos a otros que daba gusto. El denunciante hacía méritos y el denúnciado las pasaba canutas. La falsedad o la certeza de estas delaciones era lo de menos. De repente todo el mundo —o casi— se declaró franquista. La denuncia era una conga interminable en las que se empujaban unos a otros camino de la comisaría.



Adolfo Marsillach y Conchita Velasco en una escena de "YO ME BAJO EN LA PROXIMA ¿Y USTED?".

Yo estaba muy pendiente de un chico de la clase que tenía el padre panadero. Se forró. Allá por el año 45 ya se había comprado un chalet en Masnou. Nunca me invitaron, por supuesto, pero algunas veces me regalaban una barrita de pan blanco. A mi me hacía muchísima ilusión. Mucha más que la que compraba de tarde en tarde a unas mujerucas que las vendían en las Ramblas de la altura de la calle Escudilleras: se las sacaban de debajo de las faldas entre una pequeña lluvia de cartillas de tabaco rubio y paquetitos de azúcar. Eran las grandes parturientas de la abundancia del desarrollo. Hubiera debido pintarlas Pablo Picasso. Al panadero, no. A ese lo retrató un tal Segura. Se hizo rico, aunque ya antes de la guerra tenía un buen pasar. Lo había dicho Franco en Lugo el 21 de agosto de 1942: «Nuestra Cruzada es la única lucha en la que los ricos que fueron a la guerra salieron más ricos».

El aburrimiento... ¿Cómo explicar todo el fastidio, tedio, monotonía, desgana, bostezo y sopor que sentí en aquellos años? Claro que estaban Concha Piquer y los Vieneses y

Alfredo Mayo y Rina Celi y Miguel Ligero y Manolo Caracol y el Coyote y Roberto Alcázar y Pedrín y el TBO y Zarra-Paínzo-Gaínza y Lola Flores, pero no eran muy divertidos, la verdad. Lo más grave es que me aburría sin saberlo. Es una lata empezar la vida teniendo como meta la posibilidad más o menos remota de poder comprarte un topolino. O quizás, quizás, un 4-4. El colegio era aburrido, el instituto era aburrido, la Universidad era aburrida y Manolete era aburridísimo. Sólo quedaban los billares, el Anís del Mono, el onanismo y la Legión. Excepto en esto último, en lo demás hice lo que pude. Hasta que un cura me advirtió un día que las carambolas me iban a desriñonar, el anisete me llevaba seguro al delirium tremens y la masturbación me podía atacar la médula y yo me lo creí. De la Legión, en cambio, habló muy bien, aunque le dije enseguida que lo sentía muchísimo pero que yo, por desgracia, era estrecho de pecho. Para mi que no se lo creyó del todo y que le puso un cirio a San Pancracio para ver si me cambiaba de opinión. Pues ni por esas. Yo prefería seguir tarareando por las esquinas —estupendo y salido— aquello de: *"te he buscado por donde quiera que voy / y no puedo hallar / para qué quiero tus besos / si tus labios no me quieren ya besar"*.

Esta es otra. Desde que a Celia Gamez le dió por cantar la moralina de *"la española cuando besa / besa siempre de verdad / y a ninguna le interesa / besar por frivolidad"*, el asunto se puso dificilísimo. En cuanto a una chica la querías acomodar en las últimas filas de un cine de sesión contínua, gritaba como loca por los pasillos que ella era la Carmen de España y no la de Mérimée. De manera que entre "Isabela de Castilla", y"La Infanta Torera", "Catalina de Aragón", "Doña María de Pacheco" y el "Romance a María Cristina" no había quien se llevara al huerto a Aurora Bautista. Bueno, a lo mejor lo había pero no era yo. La represión sexual de los primeros años del franquismo fue algo que limitaba al norte con Cifesa y al sur con el padre Venancio Marcos. En medio estaba Pedro Escartín.

Existía lo imposible: el extranjero. Ahora, contado así, parece una bobada, pero entonces cruzar la frontera —incluso legalmente— tenía sus riesgos. Unas navidades —creo que fue la primera vez que salí de mi ciudad— tardé en ir desde Barcelona a Bilbao treinta y tres horas aproximadamente. Vamos, como para pensar en acercarse a Estocolmo... Como por lo demás el mito de "las suecas" aún no había llegado a este país, pues uno se lo tomaba con resignación. Todavía faltaba mucho para que Luis Aguilé explicara: *"eres sueca, francesa / o quizás eres de aquí / sólo sé que estás muy bien / sé que el sol español / te ha traído hasta aquí / mírame, no seas así"*. El sol... Torremolinos era un pueblecillo de pescadores que se despertaba en la Carihuela, Mallorca un nocturno de Chopín entre dos ensaimadas y Palomeras un nombre a inventar para que se bañara en su playa Manuel Fraga Iribarne. Nadie hubiera apostado un duro por José Banús.

En el extranjero estaban Sartre, Camus, Juliette Greco y los existencialistas. También esta Gilda, pero pillaba más lejos. Cuando leí "La Náusea" supuse que había descubierto el mundo y cuando interpreté un pequeño papel en "A puerta cerrada" supe que era mucho más apasionante que la primera comunión. Me dió por la literatura para no aburrirme tanto. La lectura —una cierta lectura, por supuesto— era una forma de trasgredir las reglas. En este sentido, los censores se portaron. Entre el índice eclesiástico, la calificación moral de los espectáculos que publicaban los periódicos y las tijeras administrativas, las tentaciones eran múltiples. "Yo seré la tentación", cantaba Arias Salgado asomado a las ventanas del Ministerio de Información y Turismo. Luego, José Antonio Girón pasaba el platillo.

Estudié Derecho porque en el Examen de Estado me preguntaron qué idioma se habla en Chile, no lo supe y me aprobaron. En agradecimiento decidí apuntarme a Leyes. De lo que más me acuerdo —al margen de lo mucho que me suspendieron en Procesal— es de una mañana en que los estudiantes decidimos hacer una especie de huelga. Aclaro lo de "especie" porque una huelga-huelga era impensable. Nada en aquellos tiempos era como se supone que debería ser: el jabón era una especie de jabón, el aceite una especie de aceite y la chuleta una especie de chuleta. El café, encima, era achicoria. Yo también era una especie de mi mismo.

La especie de huelga consistió en parar la circulación de los tranvías en la Plaza de la Universidad. La gente se sorpendió muchísimo porque lo normal en Barcelona era que la circulación la parase Carmen de Lirio. De Carmen —*"en la noche de bodas / que haya en tu cama / colcha de seda / colcha de seda"*— se rumoreaba que tenía amores con el Gobernador Civil. No sé. Puede que fuera para compensar lo de aquel Gobernador que perdía las condecoraciones y lo otro detrás de las flechas y pelayos. El caso es que los tranvías se detuvieron media hora aproximadamente y que a nosostros la policía nos dió la manta de palos. Lo curioso es que no recuerdo el motivo: ni de los palos, ni de los tranvías, ni de la huelga. No creo que fuera por una razón política. La Universidad que yo viví estaba absolutamente dominada por el SEU. Los disturbios estudiantiles en serio fueron una modernidad que llegó después cuando yo ya hacía oposiciones para cabecera de cartel en los teatros.

La divisa era: Patria, Justicia

y Pan. No estaba mal traído. Las pegas venían del gasógeno. Claro que luego llegó el biscuter y pareció que todo en este país iba a marchar más rápido. Mientras lo de la Patria, el Pan y la Justicia se ponía en funcionamiento los españoles soñaban con tener un teléfono blanco. Lo habían visto en las películas italianas, cuando Amadeo Nazzari llamaba a Assia Noris y Vittorio de Sica le compraba rosas rojas a Alida Valli. En casa no había teléfono. Ni siquiera negro. De cuando en cuando mi madre me mandaba a la farmacia de la esquina a telefonear al primo Vicente que tenía un enchufe en Abastos y que en lo de ayudar a la familia se hacía el "longuis". El farmacéutico sufría del estómago y se pasaba las horas muertas dándole al bicarbonato Torres Muñoz del que se supone le harían algún descuento. Durante la guerra, como no tuvo forma de guardar régimen, mejoró bastante, pero después, en cuanto las cosas se normalizaron más o menos y ya no comía lo que teóricamente le debía sentar fatal, se puso otra vez malísimo. Se llamaba Don Antonio y guardaba el teléfono en una caja de Cerebrino Mandri. Lo malo era que se veía cable. Cuando me veía entrar, disimulaba y escondía la caja del Cerebrino debajo del mostrador. Entonces yo le pedía una botella de Agua de Carabaña y, cuando se marchaba a buscarla, tiraba del cable para que el teléfono no rodara por el suelo hasta llegar a mis manos. En el primer momento en que Don Antonio volvía con la Carabaña, yo le explicaba que estaba llamando a la policía porque mi tía Consuelo había visto a un rojo saltando por los tejados. El primo Vicente —que estaba al otro lado del hilo telefónico— se daba por enterado, con esta contraseña, de que o nos enviaba un saquito de materias primas o la familia iba a cascar el día menos pensado. Mientras, todos los teléfonos blancos de Roma pasaban por las guapísimas señoritas del 09. Era otra forma de vivir "pericolosamente".

Los primeros síntomas de prosperidad llegaron con los guateques. Yo iba bastante a unos que organizaba una chica de mi Academia que se quería casar conmigo. Yo me dejaba querer porque su familia tenía dinero y su madre preparaba unos bocadillos de pan y tomate con jamón impresionantes. Aún no estaban de moda los canapés: ese fue un invento posterior, de cuando los planes de desarrollo, el Opus y el museo de bebidas de Perico Chicote. Se llamaba Montserrat —como todas las niñas de entonces que no se llamaban Nuria— y vivía lejísimos, al pie del Tibidabo allá donde Jacinto Verdaguer dió las tres voces. Nunca me comprometí demasiado. Lo único que tenía que hacer —a cambio de los bocadillos y la cerveza— era cogerla de la mano un ratito en el jardín y después marcarme un lento a los acordes de la guitarra de Bonet de San Pedro cuando éste se arrancaba con aquello de *"mira que eres linda / que bonita eres"* y todo el festival. Con Glenn Miller descansaba. "En forma", por ejemplo, lo acostumbraba a bailar Montserrat con un chico muy alto y con gafas que se movía un rato bien. Se acabaron casando, tuvieron tres niños, él dirige un Banco en Barcelona y sólo van al teatro cuando estrena Antonio Gala.

Yo me seguía aburriendo. Y eso que llegó de repente el technicolor. Fue como saber que se podía soñar en colores. Y que en el sueño había una enorme piscina para que Esther hiciera el salto del ángel. Entre el technicolor y las sulfamidas todos los milagros parecían posibles. Hasta que Xavier Cugat le tocara una samba a Carmen Miranda y Mario Cabré descubriera, al destapar la caja de Pandora, que estaba llena de productos sulfamídicos para curarle los catarros a Ava Gardner. El turismo corrió a oler los fetiches cinematográficos de la Costa Brava y la Guardia Civil preparó sus fusiles para disparar sobre los primeros bikinis. En San Sebastián ponían multas a los caballeros que no usaban trajes de baños completos y a las señoras que, al salir del agua, no se tapaban inmediatamente con albornoz. Y, claro, luego pasaba lo que pasaba: el día que Jorge Negrete llegó a Madrid, las admiradoras le arrancaron los botones de la bragueta por la calle de Alcalá. Un cronista de la época escribió que eso debió de ser porque se les habían subido las sulfamidas a la cabeza, pero no se yo.

Los actores de la posguerra se sentaban muy bien. Adelantaban un poquito la pierna derecha al tiempo que retrasaban la izquierda hasta formar con los talones de los pies casi un ángulo recto procurando mantener el busto erguido en el respaldo del asiento a la vez que dejaban caer elegantemente las manos sobre los muslos, que no me acuerdo ahora si estaba permitido que se llamaran así. No era fácil. Se necesitaba mucha práctica y, generalmente, venir además de una familia de cómicos. Una vez sentados decían sobre todo textos de Adolfo Torrado. Si, encima, podían decirlos con acento gallego el éxito era seguro. Isabelita Garcés —en graciosa— y María Fernanda Ladrón de Guevara —en elegante— estaban de moda. "Chiruca" y "La madre guapa" barrieron las taquillas de los teatros. También Tina Gascó y Fernando Granada con "Rumbo". Y José Alfayate y Rafaela Rodríguez con "Manda a tu madre a Sevilla" y "Los 4 ases" con "...Y amargaba". Y —en sus dos olimpos inalcanzables— Rafael Rivelles y Jacinto Benavente. Faltaban algunos años para que Joaquín Calvo Sotelo estrenara "La muralla". Y para que los actores se pusieran en pie para pedir en las asambleas su derecho al día de descanso y a la expresión corporal. Ahora

han mejorado mucho. Ya no se sientan como antes para hablar. Lo único un poquito incómodo es que no se les entiende cuando hablan.

Me hice actor para poder sentarme como se sentaban los intérpretes antiguos, para conquistar la Puerta del Sol, "El Gato Negro", "Las cancelas", "La India", "El café Gijón" y una chica que trabajaba en la compañía de Irene López Heredia. No lo conseguí. En cambio tuve que soportar "Cabalgata fin de semana", las retransmisiones de Matías Prats y los capítulos lacerantes de "Lo que nunca muere". Y es que la posguerra fue mucha posguerra. Algo tan decisivo en mi vida que a veces tengo la impresión de que no ha terminado, de que aún torea en Las Ventas Carlos Arruza, Concha Piquer canta "Tatuaje", Ramallets para golpes en Las Corts, Yvonne de Carlo estrena película en el Palacio de la Prensa, Agustín de Foxá escribe en ABC, Glenn Ford le zurra a Rita Hayworth, José Carioca es "el más simpático lorito del Brasil", Luis Miguel Dominguín se casa con Lucía Bosé. Irma Vila canta corridos mexicanos, el Padre Peyton organiza rosarios, Carossone le pone música a "Marcelino Pan y Vino", se abre Pasapoga en la Avenida de José Antonio, acaba de publicarse "La Codorniz" y Franco inaugura pantanos para el No-Do.

A lo mejor son manías pero como todo continúa siendo tan aburrido tengo la impresión de que seguimos —o de que sigo yo— en la posguerra. De lo que si estoy seguro es de que la guerra terminó. Lo sé porque a mi abuelo —ese que cuando los bombarderos prefería quedarse en casa— lo descubrimos muertos entre los dos colchones víctima de una sobredosis de "okal, okal, el lenitivo del dolor".

Y también porque en el sitio donde estaba el refugio hay ahora la terraza de un café. ■

A. M.

Una escena de:

"Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?

de Adolfo Marsillach

CHICA.—Y mientras mi marido en su juventud tenía una historia lamentable con Maruja, la cabaretera, yo iba en trolebús a la Universidad. *(Cambio de luces. Sonido de trolebús. La* CHICA *mima que va sentada en uno de ellos. Continúa hablando.)* El 23. Y un libro. *(Saca un libro y finge que lee.)* Siempre el 23 y siempre un libro. En parte porque me gustaba leer y en parte también para disimular. Me daba vergüenza. Todo me daba vergüenza y cuando el catedrático me preguntaba: «A ver, señorita, a ver qué sabe usted del despotismo ilustrado», me entraba como un ataque y no sabía si el lema era «todo con el pueblo, pero sin el pueblo» o «nada para el pueblo, pero con el pueblo». Luego me enteré de que venía a ser lo mismo.

(Un chico joven —el HOMBRE *de siempre porque lamentablemente no disponemos de otro actor— sube al tranvía.)*

HOMBRE.—¿Está libre este asiento?

CHICA.—Pues... no sé...

HOMBRE.—¿Cómo no sabes?

CHICA.—Es que...

HOMBRE.—¿Está libre o no?

CHICA.—Sí... sí lo está.

HOMBRE.—Gracias.

(Se sienta a su lado. La CHICA *explica al público.)*

CHICA.—No es que fuera tímida, es que era tonta del culo, lo cual no es exactamente lo mismo.

HOMBRE.—¿Qué lees?

CHICA.—Nada.

HOMBRE.—¿Nada?

CHICA.—Es una novela que se llama así... «Nada».

HOMBRE.—*(Riéndose de una forma absolutamente idiota.)* Vaya un título.

CHICA.—La ha escrito una mujer. Hace tiempo.

HOMBRE.—¿Una mujer? ¡Qué curioso!

CHICA.—Carmen Laforet. Primer premio Nadal.

HOMBRE.—Carmen... ¿qué?

CHICA.—Laforet. La-fo-ret.

HOMBRE.—No conozco. *(Y se*



Conchita Velasco y Adolfo Marsillach en una escena de "YO ME BAJO EN LA PROXIMA, ¿Y USTED?".

tira de risa sin el menor motivo.)

CHICA.—*(Al público.)* Yo podía ser tonta del culo, pero él, desde luego, era retrasado mental. De manera que nos hicimos novios.

HOMBRE.—¿Qué estudias?

CHICA.—Filosofía y Letras.

HOMBRE.—Eso no sirve de nada.

CHICA.—Lo mismo dice mi padre. El quería que estudiase corte y confección, inglés, francés y piano.

HOMBRE.—Lógico.

CHICA.—Pero yo que no, que tenía que ser Filosofía y Letras. Mi padre me encerró en casa y a mí de resultas me entraron unos mareos espantosos y me pasaba el día vomitando; por culpa de los nervios, no vayas a pensar otra cosa.

HOMBRE.—Ya, ya.

CHICA.—Es que él si lo pensó y antes de que me quedara embarazada en serio y además siguiera poniendo perdida la moqueta, me dejó que me matriculara en la Facultad.

HOMBRE.—Pues has hecho fatal porque lo del corte y confeción, inglés, francés y piano estaba un rato bien.

CHICA.—Puede ser, pero a mí es que me apetecía enterarme de lo del despotismo ilustrado.

HOMBRE.—Lo del... ¿qué?

CHICA.—Olvídalo.

HOMBRE.—Pues yo estudio Económicas. Ahí si que hay un porvenir.

CHICA.—¿Tú crees?

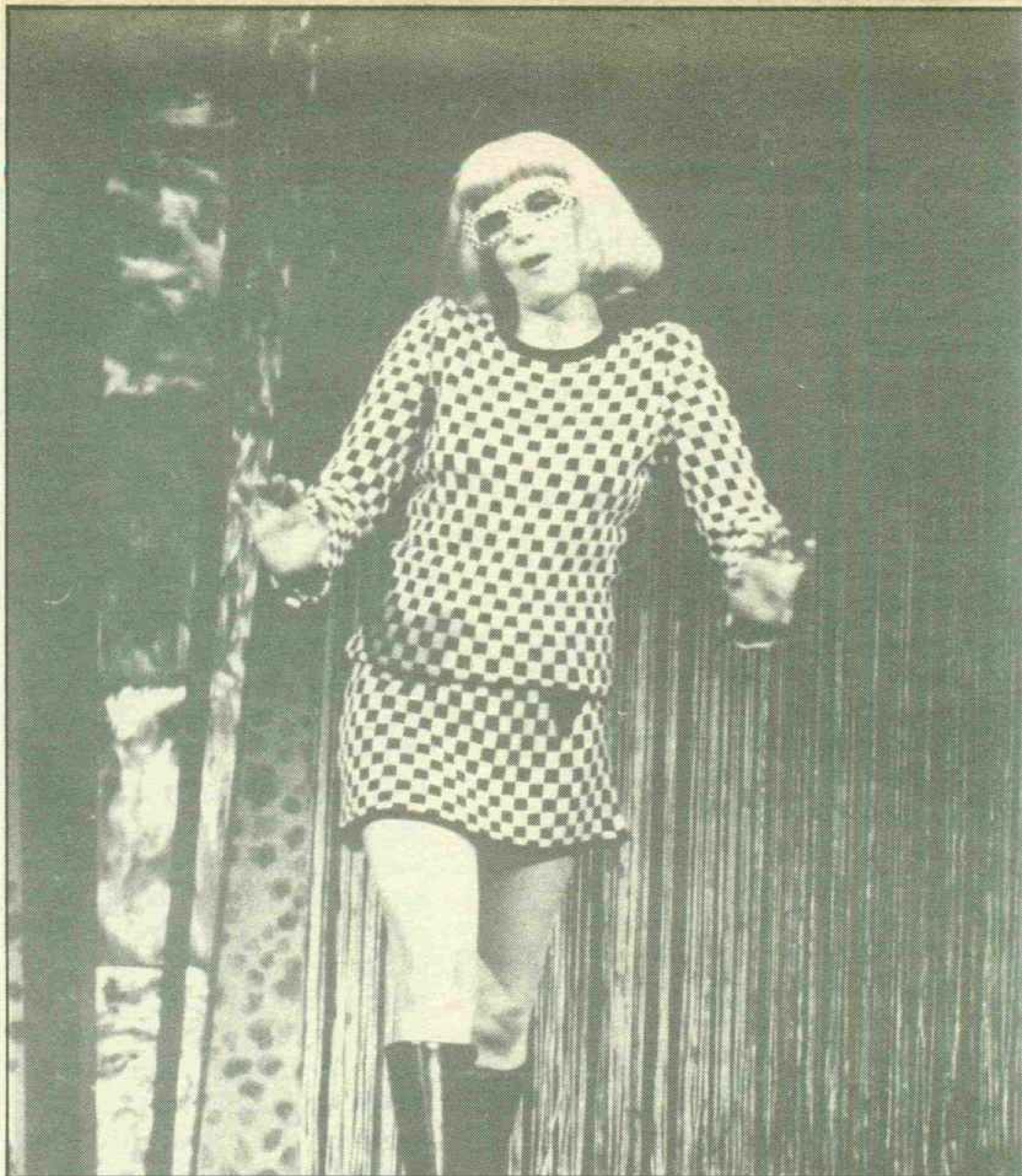
HOMBRE.—Lo que yo te diga. Ya verás cuando en este país empiecen los planes de desarrollo.

CHICA.—Oye, por casualidad, ¿tú te llamas López Rodó?

HOMBRE.—No, que yo sepa. *Le da otro ataque de risa que por poco se cae del asiento. Después se queda bruscamente serio.)* Perdona, pero es que yo a mí me hago mucha gracia.

CHICA.—Ya veo.

HOMBRE.—Te contaba que o acabo de ministro o de Presidente del Banco de España. *(De repente mira por la »ventanilla». Comprueba a que altura del trayecto están.)* Discúlpeme, pero...



CHICA.—Tú te bajas en la próxima, ¿no?

HOMBRE.—Sí, ¿cómo lo sabes? *(Efectivamente. El trolebús para y el* HOMBRE *se apea.)* Adiós.

CHICA.—Hasta la vista. *(El tranvía vuelve a ponerse en marcha. La* CHICA *sigue explicando a los espectadores.)* No acabó de ministro ni en el Banco de España. Terminó en la cárcel. Pero, claro, ésta es otra historia. *(Cesa el sonido del trolebús. La* CHICA *continúa hablando.)* Ibamos a meternos mano en unos mesones a propósito que había allá por la Cava Baja. Como además, él, mi novio, ese imbécil que acaban ustedes de ver, tenía un padre con coche de importación, pues alguna vez se lo pedía prestado y me llevaba a la carretera de Burgos a hacer manitas. Bueno, ustedes me entienden. Lo de «hacer manitas» es una manera de hablar porque allí, excepto manitas, hacíamos de todo. Menos «lo irreparable» como decían en los seriales de Sautier Casaseca. Eso no. Primero porque aquello estaba lleno de ortigas y resultaba de lo más incómodo, y segundo, porque mi madre me había dicho que me fuera con mucho ojo porque como volviera a tener mareos y esta vez no tuviera la culpa la neurosis, me iba a meter en Coros y Danzas, hasta que cambiara el Régimen. Así que cualquiera. *(Empieza a oírse bajito »Only you». La* CHICA *deja la narración para escuchar con cierta nostalgia irónica. Luego continúa hablando.)* ¡Ah, sí! Los Platters... Nat King Cole... Pepino di Capri... Manolo y Ramón. El dúo Dinámico... Esa curiosa mezcla del primer gin-fizz, la braguita negra, Lola Flores, Ben-Hur, Juana la Loca y la canción del Cola-Cao. *(Sube la*



Una escena de "YO ME BAJO EN LA PROXIMA, ¿Y USTED?".

música. Después baja para que la CHICA *pueda seguir.)* Un día, en el segundo curso de la Faultad, al salir de clase, vi a unos policías, pegando a un chico. Y sin saber por qué empecé a gritar insultándoles. Me vi rodeada de un grupo de estudiantes. Estábamos furiosos... exaltados... De repente, la policía cargó contra nosotros. Corrí como creo que no he vuelto a correr en mi vida. Al subir por una travesía de San Bernardo, tropecé y estuve a punto de caerme. Alguien —un estudiante— me tomó del brazo y me metió en un portal. Un viejecito vendía libros de segunda mano. Cuando la policía pasó sin vernos, el muchacho me dio un beso pequeño y me regaló un libro: «El segundo sexo» de Simone de Beavoir. Aquel libro y aquel beso cambiaron mi vida. Envié a mi novio y a los Platters a hacer puñetas.

(Entra el hombre.)

HOMBRE.—*(Al público.)* No la hagan caso. Le gusta presumir de intelectual, de comprometida, de tía cojonuda. Nada. Palabras. Unas cuantas frases mal dirigidas dichas sin convicción.

CHICA.—Yo estuve en el primer Sindicato Libre de Estudiantes que hubo en la Universidad.

HOMBRE.—Sí, claro, y yo en la batalla del Ebro.

CHICA.—Tú no has estado en ningún sitio porque eres un miedica.

HOMBRE.—Sin insultar, eh, sin insultar.

CHICA.—Además firmé varios documentos pidiendo la libertad de los presos políticos y una vez di mil pesetas para Comisiones.

HOMBRE.—Falsas. Diste mil pesetas en un billete falso que fabricaba ese novio que tenías y que por eso acabó en la cárcel.

CHICA.—Eres un...

HOMBRE.—No hables mal. Es una costumbre feísima.

CHICA.—En el año 74 asistí a una reunión secreta de la Junta Democrática.

HOMBRE.—Mentira. En el año 74 ya estabas separada de mí y adonde asistías era a los pases de modelos de Pertegaz.

CHICA.—Eres un pedazo de...

HOMBRE.—Te he dicho que no seas mal hablada. No me gusta.

CHICA.—Yo nunca hablo mal, lo que pasa...

HOMBRE.—Siempre, siempre habias mal. En cuanto se te da la más mínima oportunidad. Te crees que hace más moderno.

CHICA.—Es mejor presumir de moderna que ser tan antiguo como tú.

HOMBRE.—Ah, ¿sí?

CHICA.—Sí. ¿O es que no te acuerdas de como nos conocimos?

HOMBRE.—Claro que me acuerdo. Las catástrofes no se olvidan fácilmente.

CHICA.—Un amigo te había dado una llave.

HOMBRE.—La de su estudio.

CHICA.—Para que te acostaras conmigo.

HOMBRE.—No, para que me acostara contigo, no. Entre otras razones porque no te conocía.

CHICA.—Entonces...

HOMBRE.—Mi amigo —que era lo que ahora se llama un pragmático— tenía la teoría de que para ligar a una chica lo único que se necesita es tiempo.

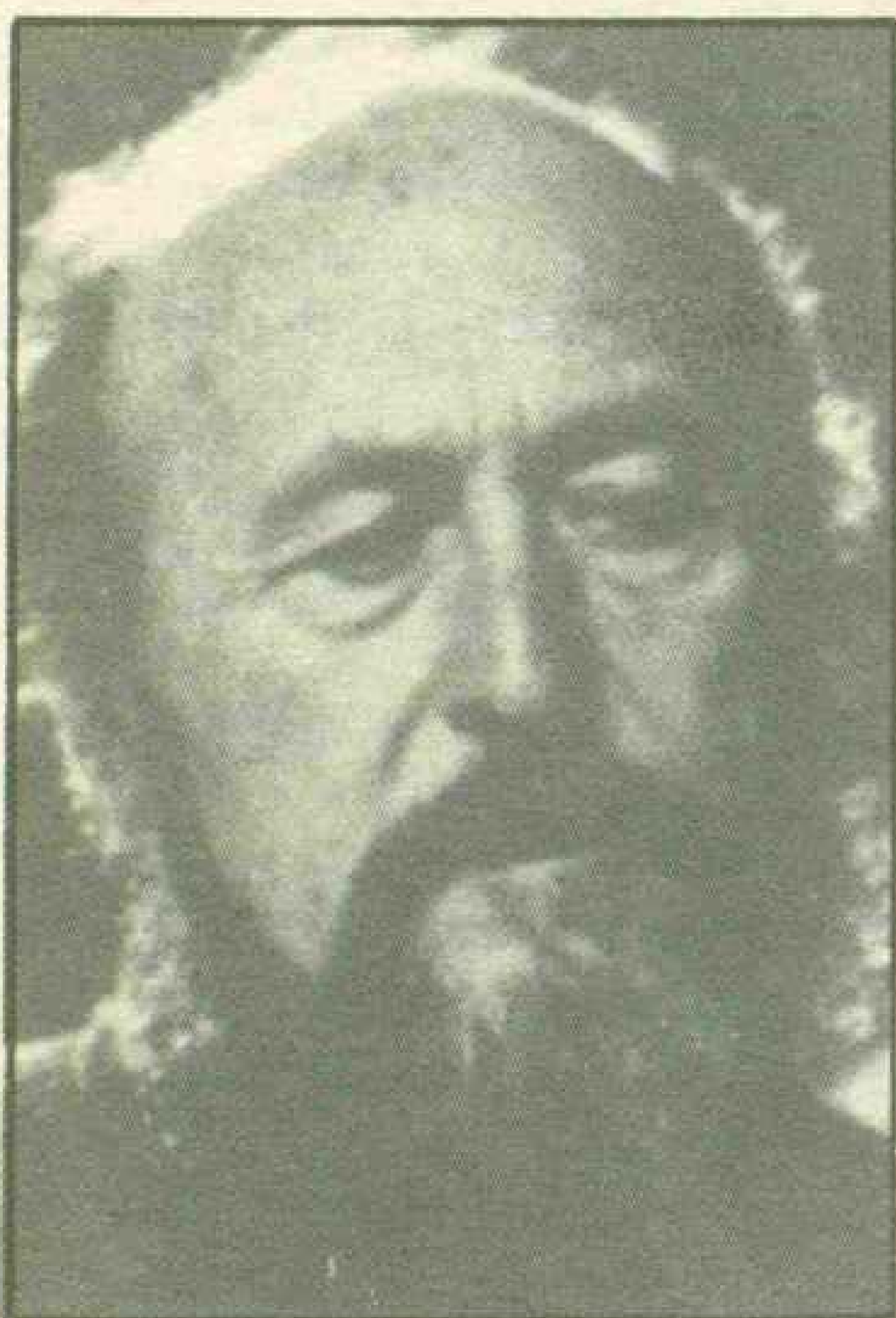
CHICA.—Falso.

HOMBRE.—Será falso, pero a él le daba unos resultados fastuosos. Explicaba científicamente que no había más que acercarse a la primera chica que se encontrara uno en el metro y decirle con voz insinuante: «Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?». Normalmente no contestan, pero la que contesta... ¡al estudio!

CHICA.—Conmigo no funcionó.

HOMBRE.—Sí, contigo también funcionó. De otra manera, pero funcionó.

Recuerdos de un Divisionario Azul:



Luis Romero

La Historia se hace recuerdo

DURANTE la guerra civil yo no había sido bien tratado y aunque desde hace muchos años no dejo de reconocer que las causas de cuanto me ocurrió entonces, que fue mucho e ingrato, cabría buscarlas en mi propia actitud, un análisis desapasionado de causas y efectos nos llevaría demasiado lejos. Tampoco deseo extenderme en detalles sobre determinados aspectos que, por lo menos referidos a mí, prefiero no recordar, hicieron que me sintiera belicoso y "justiciero" dos años después de acabar nuestra guerra cuando cumplí veinticinco años. A lo largo de 1940 la victoria presentaba perfiles agrios y decepcionantes que nos resistíamos a reconocer. La contienda había terminado, y sobre media España, sobre mi ciudad, sobre antiguos amigos y compañeros, sobre los "cautivos y desarmados" planeaba un ambiente de derrota, de incertidumbre y angustia que inducía al descontento y a buscar caminos para escapar. *¡Rusia es culpable!* se había dicho y no es que la frase me empujara a tomar peligrosas resoluciones pero estaba vibrando en el aire. ¿De dónde, en verdad, habían llegado tantos aviones, tanques, artillería, armas automáticas? ¿Quién indujo y encuadró a aquellos extranjeros a luchar sobre nuestro suelo? ¿Quién había inventado aquellas prisiones que se llamaron *checas*? En situaciones extremas no se razona fríamente ni se analiza; para establecer juicios, de manera automática se seleccionan los datos que mejor se acomodan a nuestras posturas apasionadas. También, entre móviles que quizá uno no se formulaba con lucidez plena,



SERRANO SUÑER HA DICHO

RUSIA es CULPABLE

Aquella mañana en que España demostraba una vez más su fina sensibilidad —24 de junio de 1941—, el ministro Presidente de la Junta Política, camarada Serrano Suñer, desde la Secretaría General del Movimiento, habló a la vibrante multitud con estas claras y rotundas palabras:

Camaradas: No es hora de discursos. Pero sí de que la Falange dicte en estos momentos su sentencia condenatoria: ¡Rusia es culpable! Culpable de nuestra guerra civil. Culpable de la muerte de José Antonio, nuestro fundador. Y de la muerte de tantos camaradas y tantos soldados caídos en aquella guerra por la agresión del comunismo ruso.

El exterminio de Rusia es exigencia de la Historia y del porvenir de Europa.



Página propagandística del primer Cuaderno de la División Azul, editado por la Vicesecretaría de Educación Popular.

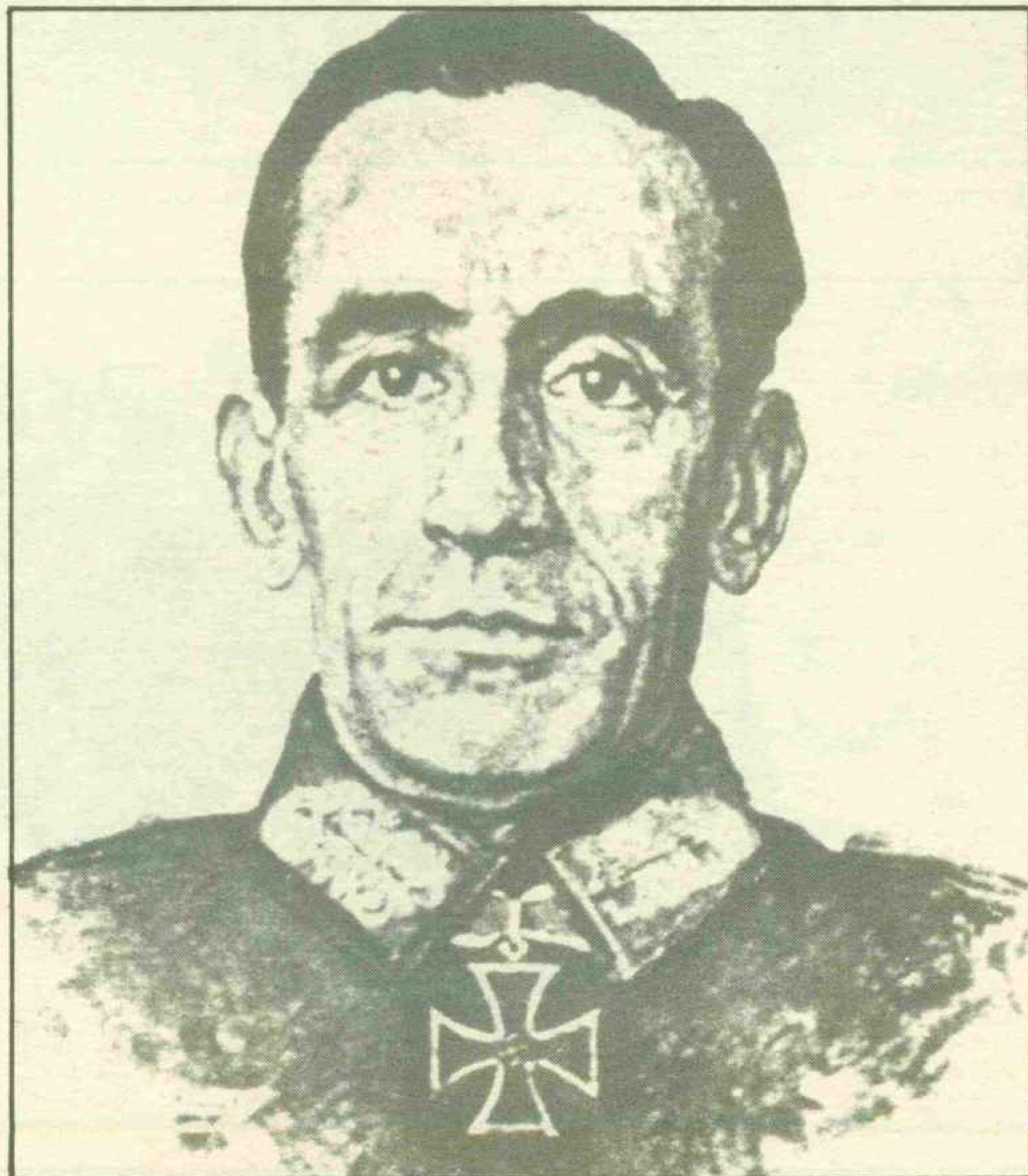
intervenían los deseos de participar en un acontecimiento histórico, de hacer turismo bélico, de probarse más ante uno mismo que ante los otros, de vivir una aventura extraordinaria. Huir de la tétrica posguerra y situarse en vanguardia de aquellas corrientes místico-heroicas que soplaban con evidente y generosa fuerza, era cuestión de una palabra, de decisión. Sin discursos, gritos ni canciones, en el cuartel de artillería donde cumplía mi servicio militar pidieron voluntarios; me alisté, nadie me forzó a hacerlo. Que cada mes en campaña equivaliera a dos de guarnición también debí tomarlo en cuenta ahora que lo recuerdo porque, de salir vivo, en un año estaría licenciado.

En aquellos días en una librería de viejo hallé un diccionario español-ruso; por dos pesetas adquirí aquel volumen que trajo de la URSS un asesor militar, un tanquista o aviador, un policía o un agente político; cualquiera que desde allá había venido a hacer la guerra a nuestro país. Devolvería la visita que pocos años antes nos hizo aquel desconocido y lo haría llevando en el macuto el mismo diccionario que se me aparecía como simbólico y justificador.

Cuando el viernes 13 de diciembre de 1941 por la noche vi destacar sobre la blancura la granada de mano a menos de un metro, me arrojé con rapidez al suelo, hundí el rostro contra la nieve, hasta el fondo, y sentí la explosión y que una ráfaga de aire y metralla pasaba rozándome el casco. El golpe, el frío en la cara y lo comprometido de la situación me hicieron saltar en pie; seguía vivo, magníficamente vivo y entero. Una hora después estábamos de nuevo en el interior de aquella ermita o iglesia que creo llamaban "Capilla Vieja", una posición avanzada sobre la orilla del Wolchov, al norte de Novgorod. Había salido indemne sin explicarme las causas y aunque la vida en aquellos días y en aquella situación valía



La marcha de los Divisionarios al frente ruso



Agustín Muñoz Grandes, jefe de la División Azul.



El autor del trabajo con un diacono de la Iglesia Ortodoxa rusa en Staraya Rákoma, en julio de 1942.

poco, no dejaba de apreciarse. A nadie podía achacar la culpa de hallarme en aprietos; me había ofrecido voluntario entre los voluntarios para defender aquella posición batida por tadas las armas enemigas que nos cosían los muros a cañonazos. Durante la interminable noche los guardias se montaban en poco profundas trincheras cavadas entre las tumbas del pequeño cementerio, cuyas cruces ortodoxas parecían patrullas entre la niebla. En los cortos descansos dormitábamos alrededor de una hoguera que producía más humo que calor. Ya no sentíamos el miedo, ni el hambre, ni el frío ni el cansancio. Un compañero había perdido la vista cegado por la nieve, el humo o la debilidad, a otros se les habían helado los pies, y un catalán a quien le castañeteaban los dientes de continuo se esforzaba entre tembleque y tembleque en convencernos que *tremolaba* de frío y no de miedo. Los pocos que quedábamos más o menos útiles acercábamos los cerrojos del fusil a la hoguera para evitar que se congelara la grasa anticongelante y poder, llegando al caso, defendernos a

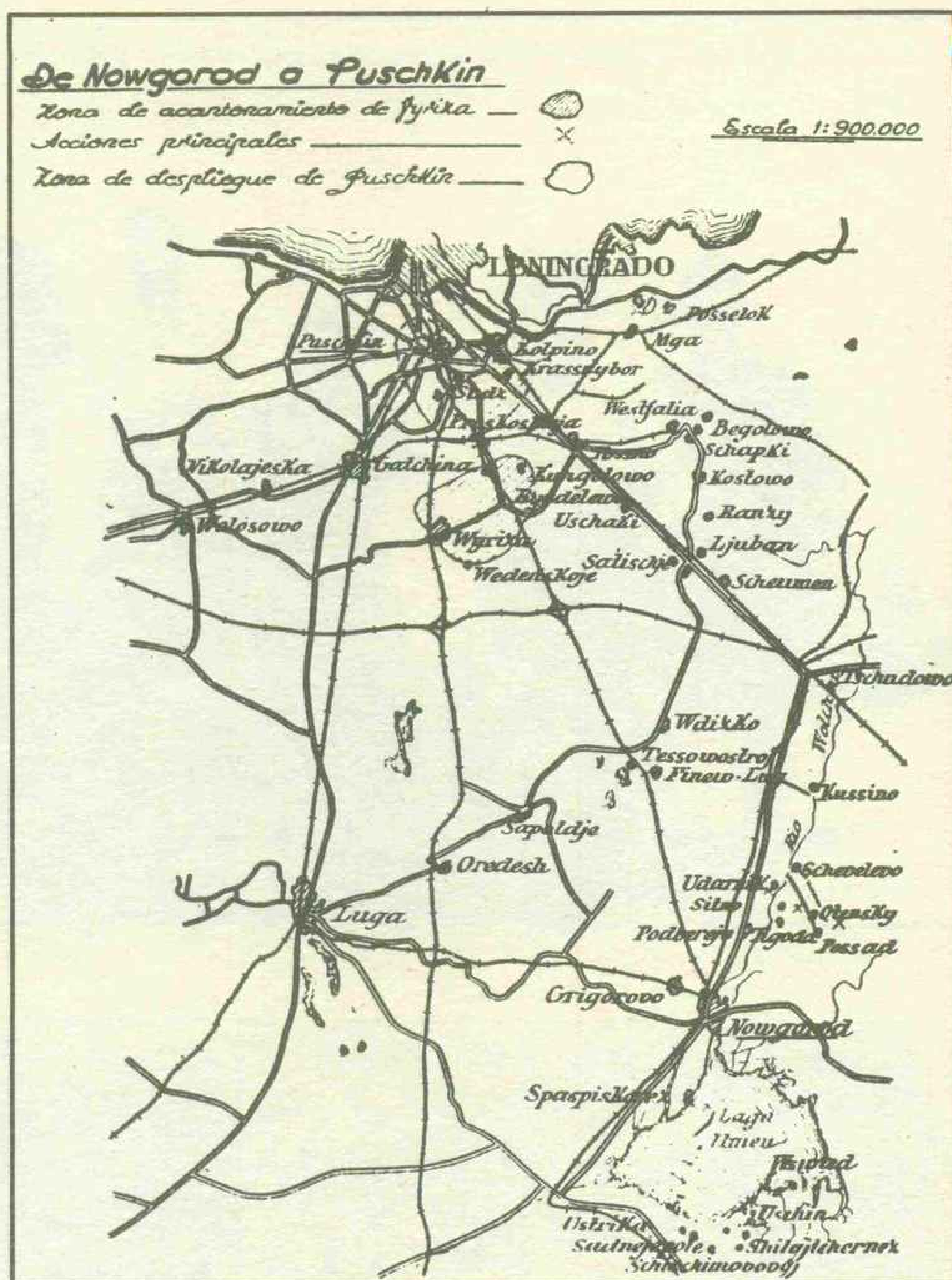


Los Divisionarios recorrieron cerca de mil quinientos kilometros a pie, antes de llegar al frente de combate.

tiros y no a culatazos. Tres días después nos relevaron de aquella posición; ninguno de los que lo hicieron salió vivo.

La llegada a Alemania cinco meses antes nos había impresionado muy favorablemente. Para empezar, nos cambiaron de los vagones de ganado o carga en que salimos de España por otros de pasajeros. Desde las ventanillas descubríamos un paisaje amable, verde, con grandes bosques y tierras perfectamente cultivadas; las casas bien pintadas presentaban un aspecto confortable y estaban rodeadas de jardines floridos, y las calles de los pueblecillos aparecían pavimentadas y limpias. Y por añadidura, mujeres rubias, vistosas, ataviadas con vestidos de colores y niños sanos, bien vestidos y alimentados, agitaban las manos en señal de saludo y bienvenida. En las estaciones chicas adscritas a cualquier servicio nos obsequiaban y atendían y además muchas de ellas nos daban su nombre y dirección para que les escribiéramos desde el frente.

En Grafenwhör, de Baviera, nos facilitaron complicados pero inmejorables uniformes que no admitían ni lejana comparación con los que en el ejército español vestían los soldados. Lo único malo eran los caballos; quienes soñaron con unidades morizadas como las fotografiadas en "Signal" o las que se veían en los noticiarios Ufa, quedaron decepcionados. La división 250, llamada entre nosotros y nuestros amigos División Azul o Blau División, era hipomóvil. Los artilleros en plantilla sumábamos dos mil setecientos noventa y tres, y nos soltaron dos mil trescientos noventa y dos caballos de todos los tamaños, pelajes y humores. Y ¿quién sabía algo de caballos entre nosotros? Medio millar o poco más de campesinos y algunos veteranos de artillería o caballería, porque los estudiantes del SEU, algunos con el bachillerato recién terminado, los empleados, los ex-cautivos y



Plano general de las operaciones de la División Azul, en el que aparecen los frentes de Novgorod (en el que combatió el autor) y Leningrado.

algún que otro obrero más o menos nacional-sindicalista o sindicalista a secas, los falangistas y los aventureros que, gracias a Dios, no faltaban aunque su número fuera poco elevado, conocían los caballos sólo de lejos y más que nada a través de la pantalla. Los malditos jacos soltaban coces, se mostraban tercos, desmontaban a los incautos, no se dejaban atalajar ni almohazar, escapaban a galope arrastrando un carro regimental, sembraban el terror y el desconcierto. Los falangistas aseguraban que habían venido a pegar tiros no a pelear contra aquellas bestias enfurecidas. No tardaríamos en comprobar que pegar tiros —que es también recibirlos— era mucho peor. Por las orillas del Wolchov iban a quedar diseminadas cruces de madera con nombres escritos sobre el travesaño; aquellos eran Díaz, Molina, Llonch, Aspiroz, García, Colmeiro, Moleres, Barranco... Y aún otros quedarían sin sepultura porque en los peores momentos del invierno y bajo el fuego del enemigo no había manera de cavar tres palmos en aquella tierra helada; a veces se hacía arder un grueso madero y cuando el calor deshelaba la superficie de la tierra, se excavaba medio palmo y otra vez fuego y otro medio palmo, y así sucesivamente.

Aquel invierno lo más importante era disponer de una buena chabola; nosotros heredamos una excelente de los hacendosos artilleros alemanes a quienes relevamos en el frente. Seis éramos los sirvientes de la pieza

El autor (cuarto por la izquierda, de pie) y otros compañeros ... con un soldado alemán y un niño ruso. Junio de 1942

ИСПАНСКО-РУССКИЙ СЛОВАРЬ

СОСТАВИЛИ

С. С. ИГНАТОВ и Ф. В. КЕЛЬИН

40.000 СЛОВ

СО ВКЛЮЧЕНИЕМ ОСОБЕННОСТЕЙ ИСПАНСКОГО ЯЗЫКА ЦЕНТРАЛЬНОЙ И ЮЖНОЙ АМЕРИКИ

С ПРИЛОЖЕНИЕМ

ГРАММАТИКИ ИСПАНСКОГО ЯЗЫКА

СОВЕТСКАЯ ЭНЦИКЛОПЕДИЯ

АКЦИОНЕРНОЕ ОБЩЕСТВО «СОВЕТСКАЯ ЭНЦИКЛОПЕДИЯ»

МОСКВА 1930

amiga — amoroso 102

amiga f 1) любовница, наложница; 2) учительница школы для девочек; 3) школа для девочек; ~ de noche M бот ночная красавица, индейский жасмин.

amig|abilidad f склонность к дружбе, дружественность; **~able** a приятельский, дружеский; располагающий к дружбе; фиг близкий, сходный.

amigajar vt уст превращать в крошки, крошить.

amigarse = amancebarse.

amigdala f анат миндалина, миндалевидная железа.

amigdalitis f мед воспаление миндалин.

amigo a, m дружественный; друг; любитель; **~te** m разг дружище.

amiláceo a содержащий крахмал.

amilan|ado a малодушный, ленивый, вялый; **~ar** vt фиг ужасать; **~arse** падать духом.

amillar|amiento m пропорциональное распределение налогов; **~ar** vt распределять налоги.

amillonado a очень богатый; миллионер.

aminorar vt = minorar.

amir m эмир (титул арабского князя, вождя).

amist|ad f дружба; наложничество; покровительство, любезность; уст дружественный союз; hacer las ~es помириться; romper las ~es поссориться; **~ar** vt сближать; мирить; **~arse** подружиться; помириться; **~oso** a дружеский, дружественный.

amnis|tía f амнистия; **~tiar** vt амнистировать.

amo m глава дома или семьи; господин; хозяин, владелец; управляющий; ser el ~ del baile, del cotarro быть первым в деле.

amodorr|amiento m сонливость, спячка; **~arse** делаться сонливым, впадать в спячку.

amohinar vt раздражать, возмущать, сердить.

amojam|amiento m худоба, сухость; **~ar** vt солить тунцов; **~arse** фиг худеть.

amojon|amiento m размежевание; размежёвывание, передел; **~ar** vt размежёвывать.

amol|adera f точильный камень; **~ado** a наточенный; Ч потерпевший убытки, разорившийся; **~ador** m точильщик; **~ar** (24) vt точить, оттачивать; фиг разг упорно досаждать, изводить.

amold|ador m литейщик, формовщик; **~ar** vt отливать, формовать; фиг образовывать, совершенствовать.

amollar 1. vi ослаблять, отпускать, отступать; уступать; 2. vt мор травить (снасть).

amollentar vt размягчать, делать рыхлым.

amondongado a разг жирный, толстый (о человеке).

amone|dación f чеканка монеты; **~dado** a богатый; **~dar** vt чеканить монету.

amonest|ación f замечание, выговор; навещение, уведомление; рел оглашение (о браке); **~ar** vt предупреждать, уведомлять; делать выговор; оглашать, объявлять о вступлении в брак.

amon|íacal a аммиачный, нашатырный; **~íaco** m аммиак, нашатырь.

amontar vi, **amontarse** убегать (уходить) в горы.

amontillado a, m сорт хереса.

amonton|adamente adv вместе; грудой, кучей; **~amiento** m собирание, скопление, нагромождение; **~ar** vt собирать, сваливать; нагромождать без разбора; **~arse** фиг разг 1) негодовать, упрямиться; 2) сожительствовать вне брака; 3) M объединяться в шайку для нападения на одного.

amor m любовь, склонность; страсть; нежность, ласка; любимый человек; старание, тщательность; pl любовь, любовная связь; ~ propio самолюбие; ~ con ~ se paga пог долг платежом красен; con mil ~es разг с удовольствием, от всего сердца; hacer el ~ влюбляться, ухаживать; por ~ de ради, из-за; tratar ~es иметь любовные связи.

amora|tado a фиолетовый, лиловый; **~tar** vt делать фиолетовым.

amordazar vt затыкать рот; засовывать кляп; фиг не давать говорить.

amorfo a аморфный, бесформенный, безобразный.

amoricones m pl разг выражение, проявление дружбы или любви.

amorío m разг любовь, страсть, влюблённость.

amoriscado a похожий на мавра.

amormado a больной сапом.

amoro|samente adv любовно, страстно; **~so** a любящий; любовный; нежный, ласковый; фиг:

*4

Portada de un diccionario ruso y página del mismo. El pequeño diccionario de bolsillo le sirvió en sus contactos con la población civil


"Plena de juventud, Kátia, muchacha rusa, entre los trigos-tú"...

del 10'5 que habíamos bautizado, sin otra causa aparente que la evocación femenina, con el nombre de Maripepa. Con seis caballos —tronco, cuartas y guías— la veníamos arrastrando desde Grafenwhor donde nos la entregaron reluciente. Más de mil kilómetros hicimos a pie circulando por carreteras polacas primero y rusas después, carreteras de adoquines, de barro, o perfectamente asfaltadas como la pista Stalin que pasaba por Minsk y Smolensko camino de Moscú. Caminábamos con lluvia, con nieve, con ventisca. En menos de un mes los voluntarios habían conseguido dominar a los caballos y manejar las armas. Nosotros rebajamos el tiempo que los instructores alemanes, que eran amigos de cronometrar, consideraban mínimo para poner la pieza en condiciones de efectuar el primer disparo. Caminábamos o cabalgábamos veinticinco; treinta y hasta cerca de cuarenta kilómetros diarios, a lo largo de aquellas rutas cuya mitad izquierda dejábamos despejada para que nos adelantaran las enviadas divisiones motorizadas, las espectaculares "panzer" y los camiones o vehículos ligeros que pronto se perdían de vista. Avanzábamos con los pies aspeados, el cansancio a cuestas, las maldiciones de boca para adentro y para afuera, y con las nostalgias nos acompañaban; también con las ilusiones, que así era aunque parezca extraño hoy, de combatir. Pasábamos por lugares desconocidos y por otros cuyo nombre traía recuerdos. Una mañana neblinosa de lluvia terca por un puente de madera cruzamos el anchuroso Beresina. Nos íbamos acostumbrando al paisaje, a las casas, a los bosques, a los hombres, a los carros, al clima, a los rodillos de madera que cubrían las carreteras más embarradas. Muchos de los pueblos estaban totalmente destruidos, sólo quedaban en pie los hornos de ladrillo y la estructura de las chimeneas; la madera, de la



La visita del Divisionario



Los Divisionarios en el partido Alemania-España, en Berlin.

cual estaban construidas las casas, había ardido. Otros pueblos estaban bien conservados y en ellos la vida parecía casi normal. Mujeres, niños y viejos desde la calle o asomándose a puertas y ventanas nos miraban pasar sin aparente hostilidad. En los altos o en los descansos algunos cambiaban tabaco por huevos, chocolate por patatas, y requebraban a las chicas o trataban de entenderse con los paisanos. En algunos lugares se habían librado combates y en las cunetas y los campos próximos se veía multitud de tanques volcados, quemados, rotos, cañones retorcidos, camiones y motos destrozados. Y muchas tumbas. Sobre las cruces de las que señalaban el enterramiento de los alemanes habían colocado el casco. Las sepulturas rusas las señalaban con un palo vertical y sobre él el gorro y hasta veces una bota a falta de mejor documento de identidad. Y debían haber grandes fosas comunes. Un poco más allá recomenzaban las granjas intactas, con sus cercas de madera, los pozos de pértiga, mujeres y hombres trabajando en el campo y niños sonrientes a quienes algún soldado obsequiaba con caramelos. A los paisanos nadie podía considerarles enemigos y probablemente nuestra actitud hacia ellos contrastaba con la de los alemanes y eso hacía que nos acogieran de buen grado ¿quiénes éramos nosotros y qué pintábamos allí? Con independencia de lo anormal de la situación entre Alemania y Polonia se observaba un descenso de nivel de vida, de indumentaria, del cultivo de los campos, de las carreteras, de la limpieza; y entre Polonia y Rusia el descenso se hacía más patente.

En un momento dado de las iglesias barrocas se pasaba a las ortodoxas de cúpulas bulbosas rematadas por cruz de doble travesaño. Lo más penoso y deprimente era cruzarnos con columnas de prisioneros. Sucios, rotos, algunos heridos



Esteban-Infantes, sucesor en el mando de la División de Muñoz Grandes, caballero de la Cruz de Hierro, se despide de Hitler, "un hombre clarividente".

con trapos sanguinolentos envolviéndoles la cabeza o una mano, en ocasiones un pie. Nos pedían tabaco, pan, quizá sólo un poco de compasión ; algunos les lanzaban un cigarrillo o los restos de un chusco. Las enormes columnas iban vigiladas por un par de soldados que, en general, se echaba de ver que no les trataban bien.

Ibamos descubriendo un mundo desconocido pero no extraño. Recuerdo muchos nombres y recuerdo imágenes muy precisas: Augusto, Skidol, Solezniki, Radoskowize, Molodezkno. Lida era una pequeña ciudad casi completamente destruída cerca de la cual descansábamos. Me paseaba solo por aquellas calles en las cuales sólo algunas casas quedaban en pie. Al pasar ante una de ellas sonaba un piano; tuve intención de llamar a la puerta; ¡qué insólito y patético aquel Chopin en medio de la ruina, el caos y el vacío! ¿Una anciana, un viudo, un perseguido, una muchacha tullida?

Cuarenta años después en Estados Unidos conocí a un profesor de español de apellido judío; era nacido en Molodezkno. Le dije que recordaba perfectamente su ciudad de origen y le precisé en qué época y circunstancias pasé por ella. Se halla a un centenar de kilómetros de Minsk, capital de la Rusia Blanca.

Algo que chocó desagradablemente a casi todos los soldados de la división, pues verlo de cerca no era lo mismo que tener vagas referencias de los periódicos, fue el trato que se daba a los judíos. Es posible que ya entonces —septiembre de 1941— hubiese campos de concentración pero en Polonia sobre todo, y en algunos pueblos y ciudades más que en otros, se veían multitud de judíos. Llevaban cosido a la ropa un parche amarillo o blanco con la estrella de David, y éso lo mismo los viejos que los jóvenes, las mujeres que los niños. En apariencia hacían vida normal y algunos grupos trabajaban en las carreteras pero también los había formados por polacos o rusos sin que fueran judíos. Algo anormal percibíamos en ellos; andaban temerosos, huidizos, la tez pálida, enflaquecidos. Donde más judíos había era en Grodno, a orillas del Niemen; aparentaban serlo casi la mitad de la mitad de la población. Como íbamos a pernoctar allí, dieron permiso para salir a los que no estaban de servicio. El capitán nos mandó formar y, con evidente embarazo, recordó que formábamos parte de la Wermacht y que estaba prohibido confraternizar con los judíos, y hasta dirigirles la palabra. Todos, y él probablemente también, habíamos visto al cruzar las calles, muchachas de indiscutible belleza. Aquellas cosas, cuya tragedia tardaríamos años en comprender y descubrir en su verdadero alcance, nos parecían tonterías. Nadie atendió observación hecha tan a desgana y en Grodno los españoles se comportaron como en cualquier otra ciudad. Entre mis mejores amigos venía un barcelonés


Superabrigo y superbotas para los centinelas de la División...



La revista "Signal", presentaba en su edición en castellano de octubre de 1943, y en portada a tres miembros de la División Azul.

alto, rubio, mujeriego y emprendedor. No tardó en conocer a una chica que exhibía la estrella de David; con la urgencia propia de la guerra las relaciones se precipitaron y ella le llevó a su casa. De origen balear, mi amigo tenía un segundo apellido inconfundible. Sólo por la mañana a punto de tocar diana, se presentó en el campamento. Por las venas de muchos divisionarios circulaba también sangre judía. Nadie admitía que viejas, niños, personas no combatientes pudieran ser enemigos en razón sólo de su nacimiento.

La única ciudad grande que visité fue Minsk; estaba muy destruida y despoblada. Me mandaron en un camión a suministrar en unos almacenes de intendencia. Me recordaba las ciudades devastadas durante la guerra europea que había visto en el cine. Minsk se me apareció como la trágica antesala de la guerra. Todavía anduvimos muchos kilómetros pero en Orcha abandonamos el camino de Smolensko que conducía a Moscú y tomamos dirección Norte. En Witebsk, donde embarcamos en el ferrocarril, nos bombardeó la aviación soviética.

Pasé el largo invierno en una posición situada entre una aldea llamada Motorowo y el cauce helado del Wolchov. Otra aldea también a nuestra retaguardia era Witka, ambas sobre la carretera que de Novgorod llevaba a Leningrado. Una vez aproximadamente cada diez días visitaba Witka; nos turnábamos los artilleros de la chabola para tomar un baño ruso en aquellas deliciosas saunas. Al mismo tiempo las altas temperaturas que se producían junto al techo mataban los piojos de la ropa. La interior me la lavaba una mujer que vivía con su hija, la joven Anna; su casa era pobre pero confortable gracias al gran horno que mantenía la temperatura agradable, quizá excesiva. Cuando salían a la interperie las mujeres calzaban altas botas de fieltro, vestían abrigos acolchados y sobre el pañuelo que llevaban anulado a la cabeza se enrollaban toquillas de lana. Dentro de las casas se quedaban ligeras de ropa; nos parecían atractivas. Solían mostrarse simpáticas y amables con nosotros. Les llevábamos mermelada, miel, queso, margarina, lo que cada

Falangistas y flechas reciben a los Divisionarios, procedentes del Frente Ruso

cual conseguía ahorrar de su menguada ración. Si había hombres en la casa les obsequiábamos con tabaco que liaban en un pedazo de papel de periódico; los cigarrillos más gruesos que he visto liar en mi vida. Lejos, hacia Possad y el monasterio de Otensky, en las noches sin viento se oían las explosiones de la artillería y hasta el enloquecido ladrar de las ametralladoras. Los rusos apenas comentaban, como si aquello no fuera con ellos.

Hice amistades en aquellos pueblos, recuerdo de Motorowo a la familia Kárpava, un viejo bien plantado y su hija que tenía un niño, recuerdo a Nyura y a Katia. El diccionario me resultaba útil y aprendí bastante ruso empezando por su alfabeto. En general ellos aprendían canciones españolas y refranes, y nosotros las suyas. Palabras rusas mezcladas a algunas polacas aprendidas por el camino, palabras castellanas y algún término alemán, compusieron una especie de lengua franca en la cual resultaba fácil entenderse sobre cualquier tema. Los hombres solían ser más discretos y reservados, sólo algunos viejos de carácter comunicativo nos explicaban



Alumnos de la Academia de Infantería, procedentes de las filas divisionarias.



Primer retorno de falangistas divisionarios, en 1942, "victoriosos" en Rusia.

que habían servido en el ejército del zar, nos mostraban fotografías y agradecían un trago de vodka; las mujeres hablaban de sus hijos y de sus maridos que estaban luchando contra nosotros —o, mejor dicho, nosotros contra ellos— con naturalidad. Se daban indentificaciones sentimentales díficiles de explicar pero no de comprender.

Entre otros tipos singulares que vinieron con nosotros estaba un catalán llamado Rizos, disponía de un trineo y un buen caballo; era indisciplinado y eficaz. Su misión consistía en llevar munición y la marmita con el rancho caliente desde el segundo escalón a la línea de piezas y al observatorio. Se colocaba el fusil en bandolera y se metía una bomba de mano en cada bolsillo; lo mismo si nevaba que si la temperatura descendía a treinta o cuarenta grados bajo cero, lo mismo si cañoneaban los rusos o se infiltraban partisanos, lo mismo si la nieve o la ventisca borraba los caminos, Rizos, canturreando, llegaba a su hora con el rancho caliente o las municiones necesarias. Cuando el invierno presentó sus caracteres más agudos nuestro uniforme y nuestro calzado resultaron insuficientes. La *máma*, que así llamábamos a las rusas viejas, en cuya casa se alojaba Rizos, le llevó con cierto misterio ante un arca. Sacó de ella un magnífico gorro de piel con orejeras, un confortable abrigo y un par de botas de fieltro; eran las ropas de paisano de su hijo que luchaba en las trincheras opuestas. Desde entonces Rizos vistió de ruso y andaba mejor protegido del frío que los otros. Los alemanes no veían con buenos ojos tan extrañas relaciones pero los oficiales españoles hacían la vista gorda; todos procuraban hacerse con alguna prenda rusa, el caso era abrigarse.

En una casa de Witka de mayor tamaño que las demás los artilleros del segundo escalón establecieron un cuartel con cocinas, polvorín, cuadras y demás pero muchos dormían en casas que ellos mismos se habían buscado. En el improvisado cuartel instalaron literas y una enorme estufa de hierro. Además de los soldados se alojaban varios rusos, prisioneros de guerra o paisanos que se dedicaban a partir leña, efectuar pequeñas reparaciones o trabajos, descargar los camiones de provisiones o munición. Los caminantes que circulaban por la carretera helada, en ocasiones viejos o mujeres con niños, eran siempre bien acogidos junto a la estufa y, si se terciaba, se quedaban a dormir; incluso se les auxiliaba con un cucharón de rancho o un trozo de pan si no eran muchos. Como aquel frente era muy abierto y estaba infestado de partisanos siempre sospeché que más de uno se acogería a la hospitalidad española; también acudirían los espías aunque poco podían averiguar allí. Nunca atacaron personalmente a los españoles ni se produjeron en el sector acciones guerrilleras. Cuando me trasladaba al pueblo, salvo si se trataba de cumplir algún servicio, iba desarmado, sólo con el machete en el cinto. Nadie rechazaba la hospitalidad de una casa rusa ni dormir en ella si la ocasión lo requería. Estábamos convencidos, y en aquella zona no se produjo un fallo, de que en caso de una sorpresa nocturna, aquellos rusos nos hubieran provenido a tiempo para escapar; o nos hubieran ocultado.

En lo más crudo del invierno considerables efectivos de Ejército Rojo atacaron la cabeza de puente; se perdieron Possad, Otensky, Russa, Sitno. Allí pelearon los españoles con sin igual bravura pero murieron muchos. Yo vi llegar algunos supervivientes a las nuevas líneas que, de manera débil y discontinua, nos esforzábamos en recomponer; venían con los pies helados envueltos en trozos de manta, sirviéndose del fusil a guisa de bastón; otros cargaron con una ametralladora que les había llegado el hombro, muchos heridos; todos ellos con la barba crecida y los ojos hinchados y febriles. Los había que

arrastraban un pequeño trineo con un compañero herido o enfermo, con cajas de munición o con los fusiles de los muertos. La edad de aquellos hombres iba desde los dieciocho a los treinta años; parecían viejos. Les vimos llegar entre la niebla, indiferentes ya al peligro y al cansancio; se tumbaban en cualquier cuadra junto a la primera hoguera que vieran encendida. Al día siguiente iban evacuando hacia Kutrik por el camino del bosque.

Cuando tanteando las frágiles líneas que habíamos establecido, una patrulla de esquiadores soviéticos se presentó en la Casa del Señor, hubo que rechazarlos a bombazos; algunos de los evacuados ni podían moverse, otros con agilidad y energías inesperadas y haciendo gala de mayor veteranía que nosotros los artilleros, emplazaron la ametralladora en el lugar más adecuado. Una de las noches ardió Sitno. La nieve helada relucía de rojos resplandores; era un espectáculo sobrecogedor, bárbaro y bello. Con los últimos españoles llegó un gran trineo arrastrado por dos jacos peludos; venía cargado con sacos de patatas, fardos, colchones, y seguido por un perro que se enterraba en la nieve. Era el *starasta* de Sitno; le hubieran fusilado de atraparle. Envuelta en abrigos, toquillas y trapos venía la que supusimos era su hija. En aquel ambiente desgarrado, cruel y masculino, todavía le quedaron ánimos para sonreirnos desde su carita helada.

Cuando a principios de agosto de 1942 me llegó el relevo, abandonamos Witka y Motorowo. La *máma* Dunia me regaló un icono para que se lo llevara a mi madre. Desde el deshielo nos alojábamos en su casa los sirvientes de la pieza; tenía un hijo de nuestra edad enfemo del corazón y nos habíamos portado bien con él; se llamaba Xurca. La despedida de Rizos fue la más patética que recuerdo; la vieja vino abrazada a él hasta el camión. De nuevo vestía Rizos el uniforme reglamentario; la indumentaria rusa había sido restituida al arca. Se abrazaban y besaban y ambos lloraban. Rizos le decía en ruso que cuando terminara la guerra él volvería a visitarla. La vieja entre sollozos contestaba que no sería posible. El camión esperaba con el motor en marcha y todos les mirábamos enternecidos porque sabíamos que Rizos mentía y que ella sabía que mentía. De un salto Rizos subió al camión, se limpió lágrimas y mocos de un solo golpe de manga, y permaneció unos minutos silencioso con los ojos enrojecidos. La rusa quedó a lo lejos levantando el brazo. Después nos pusimos a cantar, Rizos, que era un hombre bronco, también cantaba.

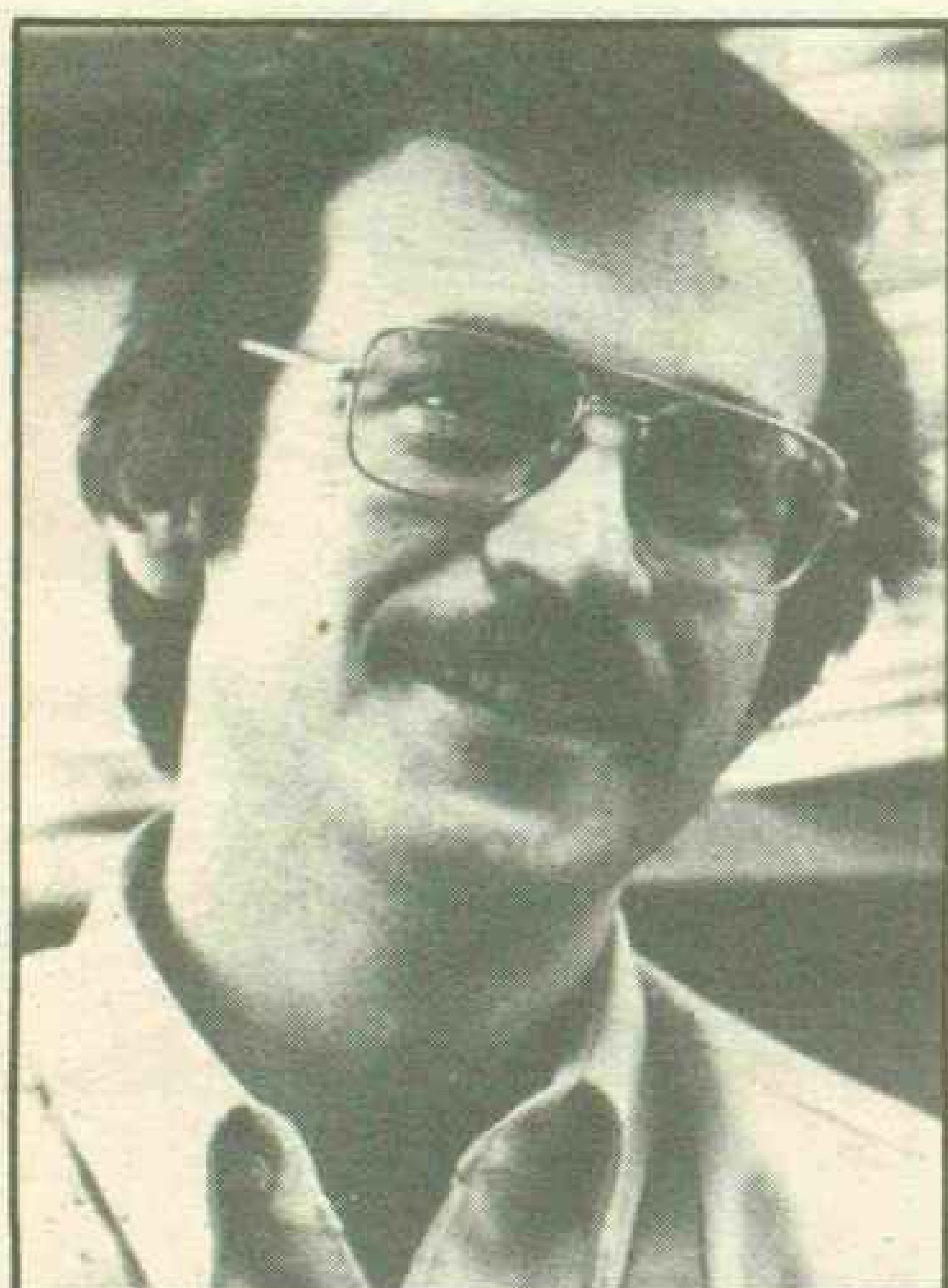
Permanecí en Rusia aproximadamente un año. Al finalizar el invierno el ejército soviético había roto las líneas en el enlace de nuestra división con los alemanes; lanzaron muchos miles de hombres con intención de coparnos. Oíamos los estampidos de la lucha y por la noche observábamos no sin inquietud el resplandor de las explosiones; habían rebasado nuestras líneas en muchos kilómetros, y avanzaban. Allí se luchó de firme y la bolsa acabó por estrangularse; no nos coparon. Más adelante, la división, en la cual quedaron los más jóvenes de la primera expedición que iba reforzándose con los batallones de marcha que llegaban de España, en cuyas filas no eran pocos los veteranos licenciados que regresaban, fue trasladada más al norte. En aquel nuevo frente quedaron también muchos muertos. Yo no lo viví; en Barcelona me había reincorporado a mi antiguo empleo mal renumerado en la misma compañía de seguros en la cual trabajaba desde antes de la guerra. A veces rememoraba aquellos amaneceres cuando me tocaba el último puesto de la guardia nocturna: sobre la blancura absoluta de la estepa veía salir humo de las chimeneas sobre los nevados tejados



Luis Romero, en mayo de 1942.

de Motorowo y la torre de la iglesia que utilizábamos como punto de referencia para el tiro, o recordaba "Katiusha" la canción que tanto se popularizó entre nosotros, que oí cantar por primera vez a un prisionero que se acompañaba con la balalaica, ante un fuego llameante, en Kutrik, en una casa llena de heridos, furrieles y otras gentes de paso, en la cual entré para calentarme. Recordaba a Viera, a Raya, a la hija del diácono de Staraya Rákoma cuyo nombre he olvidado. Y sobre todo sufría por mi hermano que había seguido mi camino y hubiese podido estar bajo tierra mientras en Barcelona seguíamos recibiendo sus cartas.

Desde posiciones políticas muy distantes a las de entonces, reconociendo errores y horrores, mentiría si escribo la palabra arrepentimiento. Para que pudiera sentirlo en medida condicionada y con matizaciones, millones de hombres de los que vivían, luchaban y sufrían entonces, tendrían que arrepentirse también conmigo. ■ L. R.



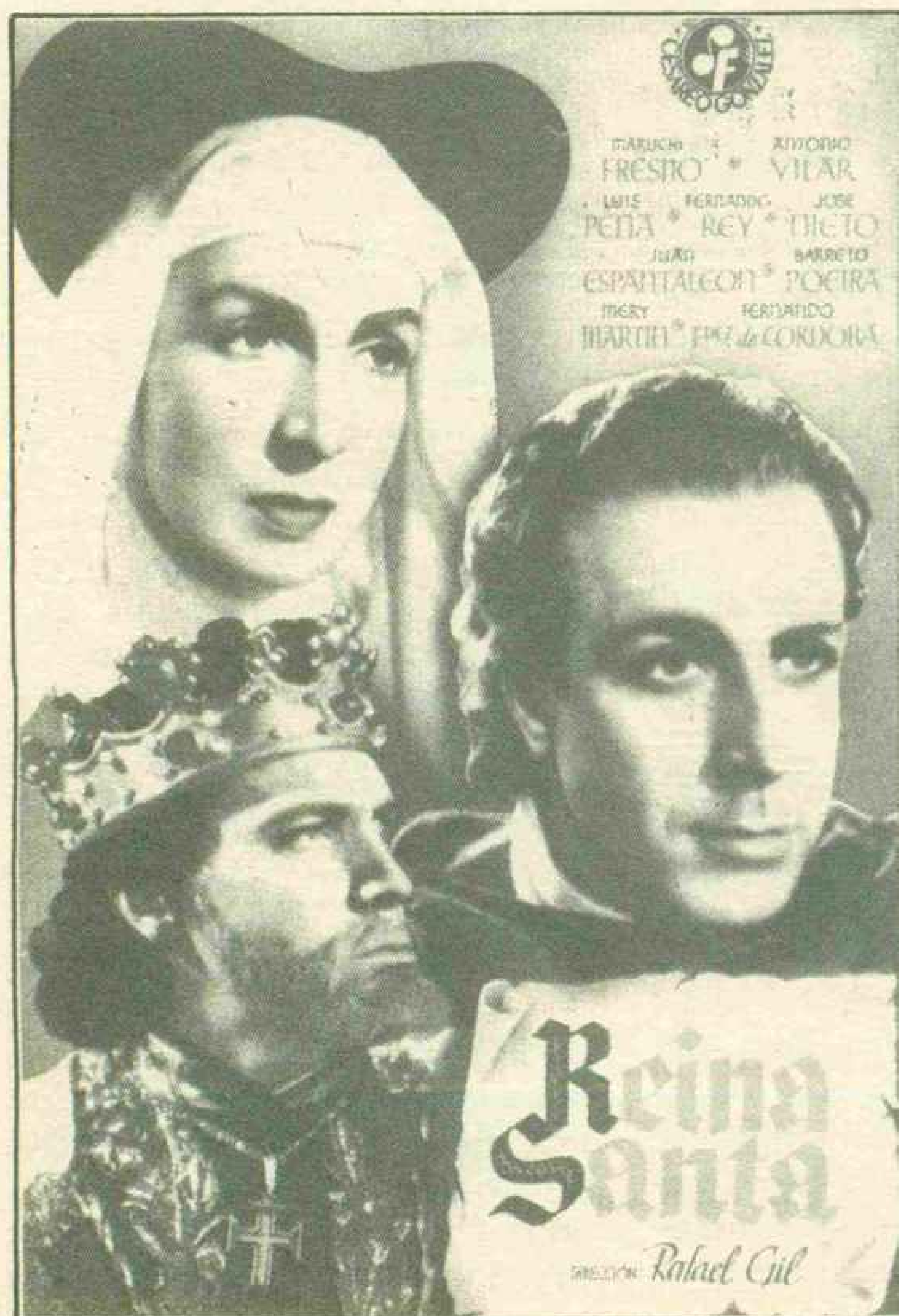
Diego Galán

Los cines eran calentitos

CON el frío en las casas, se notaba más el hambre. Y no era cuestión de encerrarse en la cama y fabricar más hijos ni de salir a la calle, gastar en cañas y exhibirse mucho. El cine fue la gran solución de los acongojados españoles de posguerra. Barato, caliente y a oscuras: nadie daba tanto por tan poco.

Era costumbre verse las películas varias veces. La mujer, con los niños, esperaba la llegada del marido. Un bocadillo de mortadela durante la proyección constituía la cena; así se pasaba la tarde. Es una imagen familiar que el propio cine ha repetido con frecuencia y que muchos recordamos de las cada vez más lejanas infancias.

Lo malo, claro, es que había que ver alguna que otra película nazi, soportar el No-Do cuando se agotaron los noticiarios del Eje, recibir las monocordes consignas del cine español, tan empeñado siempre en que no se olvidara quién había ganado la guerra. Se podía ver







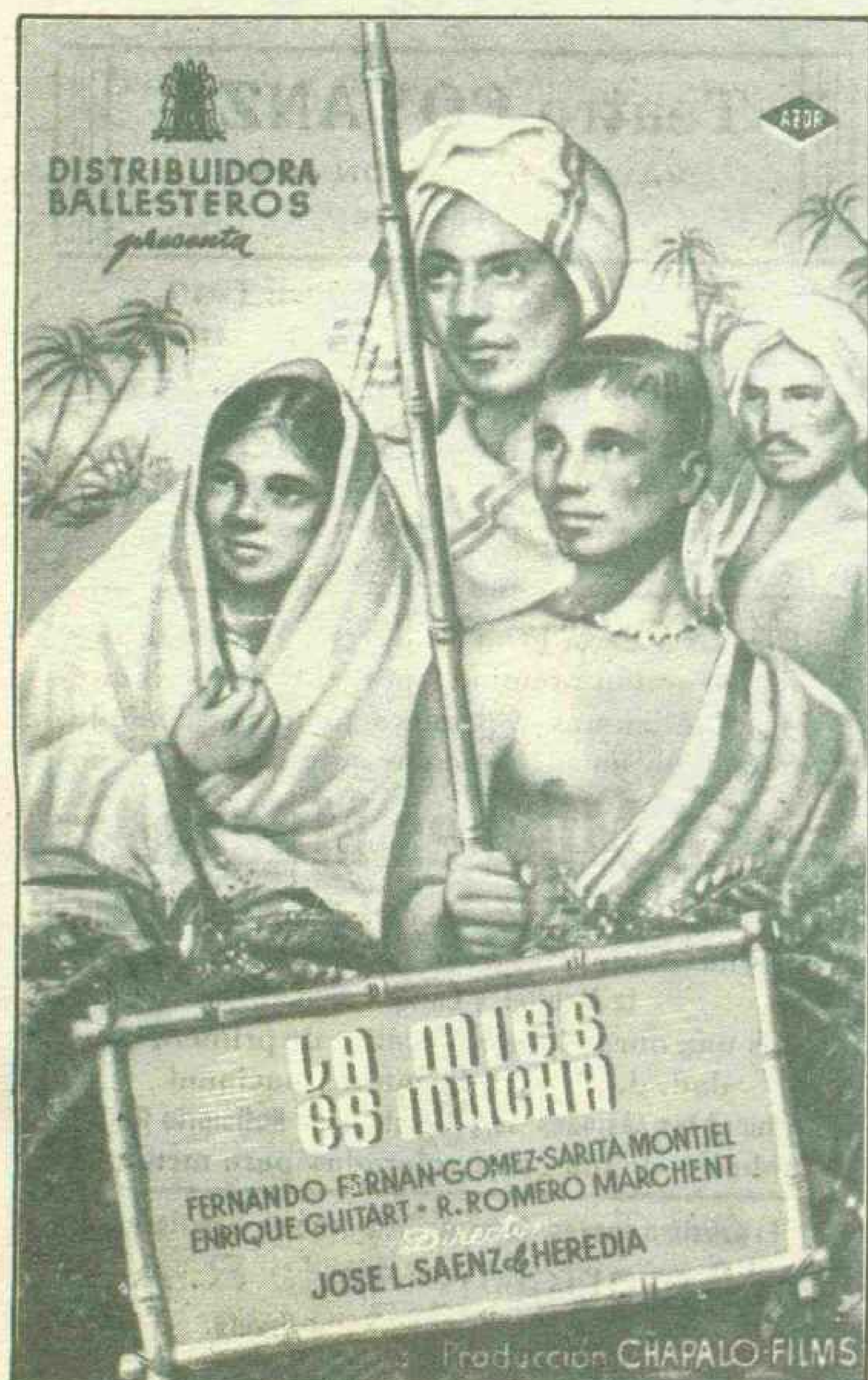
¡EL Santuario NO SE RINDE!

2º PREMIO
DEL CONCURSO NACIONAL
DE CINEMATOGRAFIA



Alfredo MAYO • Beatriz de AÑARA
Tomás BLANCO • F. Fernández de CORDOBA • Mary LAMAR
CON LA COLABORACION ESPECIAL DE
JOSE MARIA LADO Y EDUARDO FAJARDO
DIRECTOR: Arturo Ruiz Castillo TOLERADA





también alguna película italiana, alemana o yanqui, pero venían cortadas. Aunque todo el mundo lo sabía, el calor del cine era una buena compensación al fraude. Luego, en el frío de la cama, con la mortadela en las tripas, se recomponían las películas, se añadía lo que les faltaba, se doblaba otra vez a los actores haciéndoles decir lo que era obvio o lo que secretamente se deseaba oir.

Las películas americanas no hablaban aún de la guerra que estaban viviendo en Europa, esa guerra lejana que aquí se había perdido sin entrar en ella, por no entrar en ella. Una guerra que vería después technicolor, bien lejos de la sordidez que aún se recordaba en las calles españolas... El cine americano, como todos, se entretenía entonces en contar historietas de amor, de gente rica que resolvía sus enredos en los campos de golf.

Era una época en la que todos se empeñaban en ofrecer una imagen boba de la vida, de pobres que alcanzan el triunfo y de ricos con corazón de oro. El cine español era, naturalmente, peor que el otro, pero venía a decir lo mismo. A sus actores se les había quedado el latiguillo de las películas imperiales y lo decían todo con tintineos que sonaban falsos. Les costaba más trabajo que a los extranjeros porque mentían más. De la misma forma que el cine español se había inventado un pasado que nunca existió, se empeñaba en hacer creer que el presente se componía de lujos y artificios. Había películas de cruceros y herencias *(Deliciosamente tontos),* de ricos arruinados que encuentran el amor *(Ella, el y sus millones).* de aristócratas ariscas que se consuelan en la despensa *(Un marido a precio fijo).* España se veía así en el cine, absortos los espectadores de tanto cinismo.

Los dramas cumplían puntualmente su labor de contrapunto. Maridos que abandonan el hogar por una cupletista *(Un alto en el camino),* soltera embarazada de rojo que no encuentra la paz *(Porque te vi llorar)* o solterona muerta por enamorarse de cura *(La fe)*, hacían llorar lo necesario, alimentado el clima por ese cine oscuro donde cada uno podía, por fin, pensar lo que quisiera. El español medio supo zafarse a tiempo de la pantalla. Calificó tímidamente de "españolada" TODA aquella barbarie cultural y utilizó el cine como lugar de desahogo, de llantos reprimidos o de polvos complicados. No había lugar más caliente ni más barato.

Las películas históricas arreciaron cuando los nazis sufrieron Stalingrado. Había que preparar a los españoles para lo peor. De siempre, decía el cine, los males de España vinieron de fuera. Moros vengativos o rojos mal pagados fueron la base de una retahila de suplicios engolados que no dejaron hueco histórico que resolver si en él podía encontrarse un extranjero con mantón de manila. Teníamos que defendernos de todos ellos porque envidiaban nuestra paz; debíamos

04.-



COLUMBUS FILMS PRODUCCIONES NORMAECHEA

presenta

CE del IELO

con el

Padre Venancio
MARCOS

Patricia
MORAN

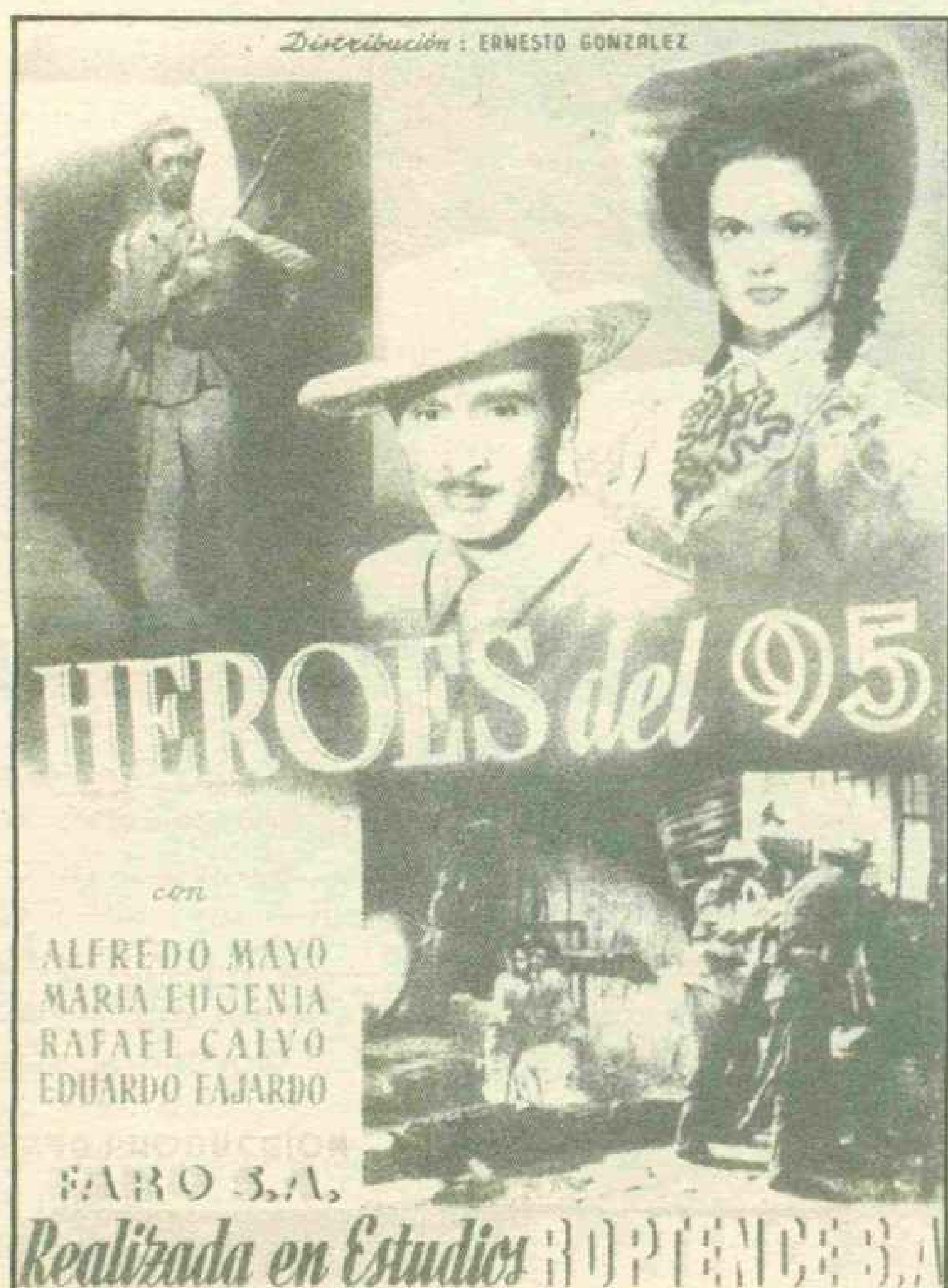
Gustavo
ROJO

DE INTERES NACIONAL

desconfiar de cualquier idea fuera de canon. Las agustinas e isabeles, reinas santas y leonas entretejieron su rimbombancia con películas de guerra, uniformes y gritos, que acojonaron a España. La gente salía con el corazón en un puño y se alejó espantada. Aquello no había quien lo aguantara.

Para engañar al personal, esas películas se disfrazaron con folklóricas y monjas. Tanto cantaban fandangos a un soldado de Napoleón como curaban a un ateo. Se suavizó con ellas el tono de las consignas, las gitanas andaluzas hicieron más soportable el atontamiento. Las monjas y curas del cine, por tu parte, relevaron a los militares de sus discursos; habían sido, después de todo, una importante baza de la Victoria. No cambió pues, nada. *Raza* dió paso a *La guerra de Dios: El abanderado* a *Lola Piconera*.

El cine español tardó mucho tiempo en enterarse de que el mundo estaba transformándose. Siguió empeñado en sus modelos sin advertir que la gente quería pensar de otro modo. Hay quienes aseguran que la culpa la tiene directamente el dinero del Estado, que obligaba a toda la producción española a obedecer sus órdenes, a cumplir fielmente el rodaje encargado. Otros, con conocimiento de causa, advirtieron en su día que la espontaneidad de los aduladores fue una causa más frecuente: no necesitaban control. A la mayoría de los negociantes del cine les importaba un bledo el resultado de sus trabajos; bastaba con que gustaran a los funcionarios: ellos otorgaban las licencias de importación. Era tan penoso el cine español que su supervivencia se





garantizaba por la colonización, es decir, un éxito se premiaba con licencias. Es un drama del que aún no ha podido liberarse. Hay herencias que matan.

La minindustria cimentada en la Victoria se vino, pues, abajo, machacada por la corrupción, que empezó en los guiones y se ha prolongado ya hasta las butacas del salón. Se había fabricado un cine contra el tiempo para beneficiar negocios suicidas. Gracias a que los cines, entonces, eran más confortables que la vida. Nadie hubiera visto una película española en otras condiciones.

Porque se prefería, lógicamente, el cine americano. Ya digo que no contaba, en honor a la verdad, cosas realmente distintas. Sus comedias y dramones hablaban también de la obediencia debida, de la tradición, del respeto y el orden, pero tenía al menos la ventaja de venir de lejos, de hacer verosímil con ello tanta elegancia, tanto buen sentimiento. Y no ofrecía cine histórico; al menos, no era sádico.

Fueron las estrellas americanas las que acapararon el interés del público. Hubo, claro, actores españoles que también consiguieron transformarse en divos, prolongando de algún modo el éxito de las figuras del cine de la República, pero no lograron penetrar en el público de la misma forma. Al margen de su calidad (fueron en muchos casos actores improvisados con esa urgencia del nuevo Régimen, que quería cambiar la cara de todo), aquellos actores podían difícilmente ser creíbles, recitando diálogos que chirriaban en los oídos de cualquiera. Sólo los secundarios, que mantuvieron vivo el aire de sainete heredado del teatro, llenaron de humanidad sus tipos, los actores protagonistas, no



tenían más remedio que cargar con el mochuelo de la consigna. Muchas veces, incluso, tenían que hacerlo con la coartada de interpretar héroes sacados de novelas clásicas. La gola del cine histórico se hizo literatura.

El cine "literario", pues fue el séptimo gran género de la España de posguerra. A la comedia, el drama, el cine militar, religioso, folklórico o histórico, se añadió, mezclándolos todos, auspiciando su desarrollo, un buen número de películas que ilustraban la anécdota de algunos novelones decimonónicos o al textito de algún escritor adicto. Con los libros en la mano, se pudo amenizar la Historia, el dramón ejemplar o la comedia didáctica, pero se aumentó la rigidez de cuanto se filmaba, con ese falso respeto que la cultura da a quienes fingen amarla. Los actores fueron sus víctimas, quedando la mayoría marcados para siempre con la ceja enarcada y la voz con eco. La productora "Cifesa" Pretendió propiciar un "star system" a la americana, sin saber que cuando ella desapareciera, sus actores serían olvidados con rapidez. Muy pocos continuaron en activo.

"Cifesa" había creído que la ayuda que recibía del Estado le granjeaba sus simpatías para siempre. No pudo suponer que algunos errores ideológicos le separarían de las altas esferas ni que éstas, algún día, quisieran cambiar de rumbo cuando las cosas en el extranjero se pusieron definitivamente feas para los no demócratas. "Cifesa" coronó sólo una década del cine español. En los cincuenta, el pastel empezó a repartirse entre otros convidados.

El espectador no llegó ya con buen humor. El cambio le cogió harto de grandezas fílmicas y subdesarrollo real. Las películas que habían abierto un caminito entre el oropel, llegaron en condiciones anónimas al comercio de la pantalla. Algunos autores (Serrano de Osma, Antonio del Amo, Neville, Román y pocos más) quisieron salirse de las normas e inventaron películas aisladas que proponían un aire más libre, pero no pudieron superar los límites que el público exigía para no elegir otro cine calentito donde pusieran americanas.

Las primeras películas que se distinguieron por su originalidad no importaron a los espectadores que habían abandonado ya el cine español ni a los que, por devoción provocada, se entusiasmaban con cuanto estuviera realizado en los confines del imperio: un cine tan raro no podía ser nuestro.

Sin embargo, las normas estéticas de "Cifesa" y sus imitadores, de los productores tramposos y las subvenciones incalificables, tenían que variar. Así lo entendieron también los directores que tomaron el relevo en los primeros cincuenta sacando sus cámaras a la calle, retratando lo que pensaban. Recuperaron así una tradición cultural que venía catapultada desde el neorrealismo italiano pero que tenía en España su decorado ideal.

No todo fue tan perfecto, desgraciadamente. Si, por un lado, el cine español desterró su pobreza conceptual, por otro, abrazó definitivamente una pobreza de medios de la que ya nunca saldría. El "nuevo" cine español tenía menos poder de captación entre un público ya abobado definitivamente por la cinematografía americana cuyo esplendor parecía intrínseco al cine. Las necedades narradas desde Hollywood, intermitentemente salpicadas de películas realmente serias, habían acostumbrado a tolerar

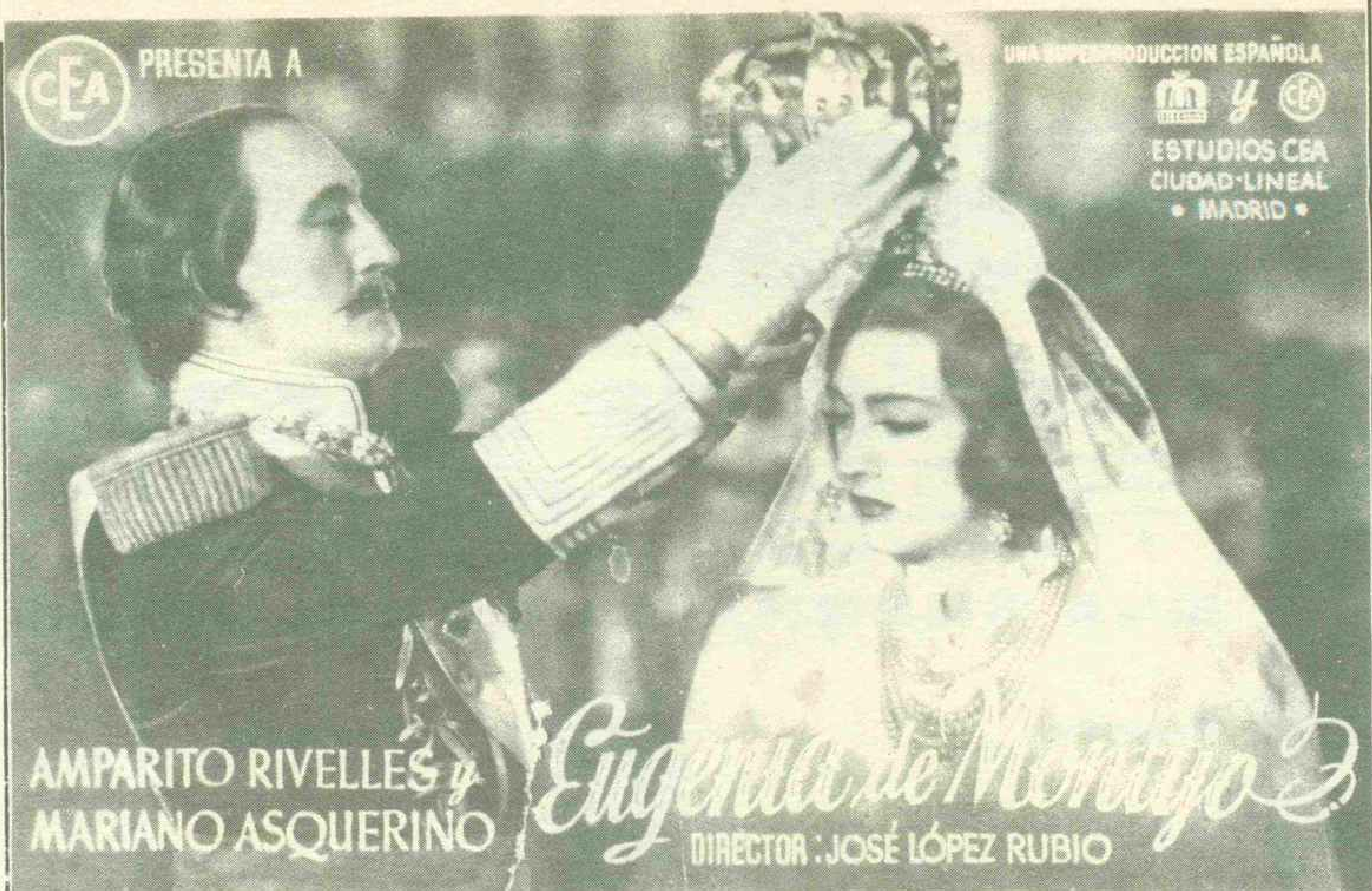


sólo la comedieta, el drama ajeno o el espectáculo circense. Bardem y Berlanga, Ferreri y Fernán Gómez no podían competir en brillantez. El cine español se había quedado sin dinero porque el Estado le perdió confianza. Nunca lo había ganado por sí mismo.

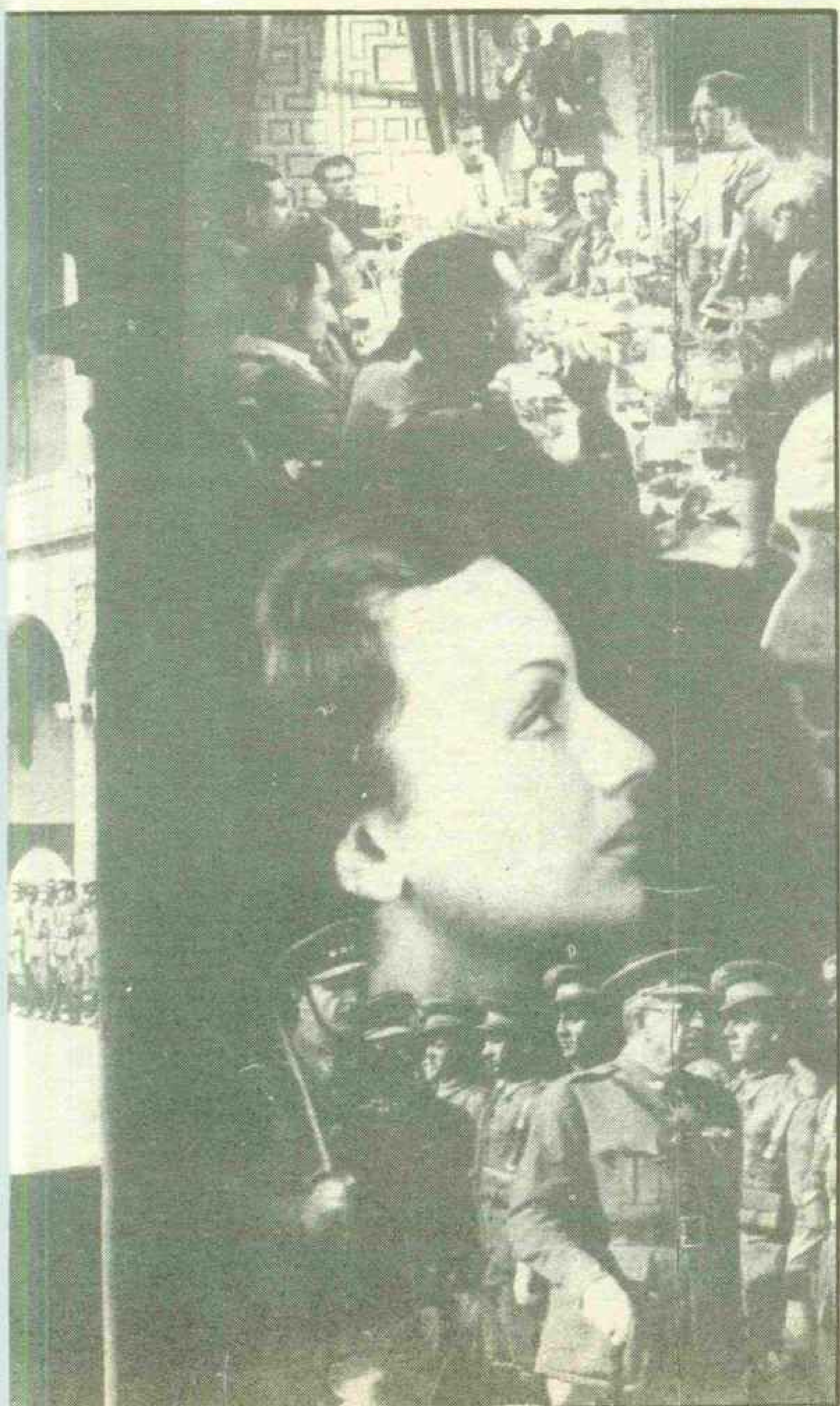
Dicen por ello algunos de estos nuevos realizadores de los cincuenta que equivocaron su postura al no respetar la tradición cinematográfica iniciada en la posguerra. Piensan ahora que debían haber mantenido los mismos rostros, algunos ya populares, la misma estructura narrativa, en lugar de entronizar el humor negro, las caras nuevas, el subdesarrollo. Al espectador amante de la sala confortable, le parecía menos elegante el cine si se veía a los pobres de alrededor transformados en estrellas.

Pero no había más remedio. Los años han demostrado que ese cine crítico era el único posible, calentara o no a espectador friolero. ¿Quién iba a seguir creyendo que en el imperio nunca se había puesto el sol cuando el hambre y la cárcel merodeaban por nuestras esquinas? ¿Por qué se iba a creer la felicidad andaluza de las folklóricas orondas cuando se veía allí la picaresca que nace del paro?

Una cosa es que la gente, en el calorcito del cine, prefiriera ver lujos ajenos e historias de



amor increible y otra que se les tomara el pelo. El boato americano era mejor recibido, por mas ostentoso y más distante. Pero el español, ese lujo epañol de cartón-piedra, de frases que sonaban a púlpito, de consignas que atemorizaban, no tenía futuro. No lo tenía el sistema político, ¿cómo iba a tenerlo su cine?



De cualquier forma, se perdió la baza. A la gente, poco a poco, le fue importanto menos el frío o encontró nuevos lugares donde cobijarse. Todo, menos seguir viendo películas españolas. Los americanos supieron atraerse las simpatías del personal, engatusándole con espectáculos irrepetibles; ellos sobrevivieron en España, o se hacía un cine obediente que el Estado pagara o se arriesgara uno al negocio ruinoso y a la censura implacable de quien no comía ni dejaba comer. Las tijeras colgaron implacables de cualquier proyecto de película española. Sin dinero, sin público y con censores, el cine que aquí se realizaba era, de continuo una apuesta contra lo imposible.

Se pudo sobrevivir, sin embargo, ahora, aún, para sorpresa de muchos, sigue habiendo cine español. Lo malo es que hay que verlo en butacas incómodas, con frío cuando hace calor o con frío cuando hace frío. Quienes se enriquecieron en los cuarenta dando confort y consignas, han descuidado ya sus negocios, acostumbrados a olvidar al público. Ahora, es incómodo ir al cine. Y uno se tiene que quedar en casa, viendo por televisión las mismas viejas películas de antes, descubriendo de nuevo que se han pasado la vida intentando engañarnos. O tiene que arriesgarse y salir porque, de vez en cuando, algún director español realiza una película admirable, aunque haya que verla con las patas encogidas, sin bocadillo, a deshora. Suele valer la pena.

A veces, incluso, el público también se entera. Como se enteró en su día de que el cine de Cruzada no valía la pena. ■ **D. G.**

ESPAÑA 1939

LOS VENCEDORES...

Diario de Burgos

Año XLIX. Núm. 19.938.–Burgos. ‖ Apartado 46. Calle de Vitoria, 16, bajo. Teléfono 2015 ‖ Domingo 1 de Abril de 1939. ‖ Año de la Victoria

Hoy, más que nunca, nuestros gritos de victoria y de promesa: ¡Viva España! ¡Arriba España! ¡Viva Franco!

¡¡¡LA GUERRA HA CONCLUIDO!!!

Franco, Franco,

Caudillo Caudillo

victorioso victorioso

EN EL HOGAR DEL CAUDILLO

Cómo escuchó S. E. el Jefe del Estado el último parte de guerra

En unión de su esposa, su hija Carmencita y el ministro de la Gobernación

La hora histórica que para España significó el momento inolvidable en que por Radio Nacional se dió lectura al último parte de guerra del Cuartel General del Generalísimo, en la residencia de S. E. el Jefe del Estado se vivió en medio de intensa emoción.

Cuartel General del Generalísimo.–Estado Mayor

PARTE OFICIAL DE GUERRA

correspondiente al día 1 de Abril de 1939.–III Año Triunfal

En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares.

LA GUERRA HA TERMINADO

BURGOS 1 de Abril de 1939.-Año de la Victoria.-EL GENERALÍSIMO, Franco.

La victoria y la paz

Telegramas cruzados entre S. S. y el Generalísimo

Ante las jornadas que nos aguardan

El invicto Caudillo de España se dirigirá a todos los españoles, con ocasión de la victoria

Así lo anunció anoche el señor ministro de la Gobernación

El general Queipo de Llano hablará esta noche por radio

Esta noche, a las diez y media, el excelentísimo señor general jefe del Ejército del Sur don Gonzalo Queipo de Llano, se dirigirá por radio a toda España para, con motivo de la victoria de nuestro Glorioso Ejército, hacer un llamamiento para la reconstrucción del Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza.

La escuadra española saldrá hoy de Bizerta

(«Diario de Burgos», 1-IV-1939)

Memoria de España

RITO PERMANENTE DE RECUERDO PARA LOS CAIDOS

Todas las noches, a las once, los españoles escucharán, brazo en alto, la consigna, la voz de mando y el himno nacional

ESPAÑOLES, dijo el conde de Haro a nuestro César que "la memoria debe ser la primera de las virtudes imperiales". Queremos una España que no vuelva jamás a languidecer en el olvido. Imperar consiste ante todo en no languidecer. Esta hora del parte de guerra ha sido la hora española de emoción más profunda y de más elevado estilo, porque en ella, el verbo de España se hacía carne heroica y victoriosa; esta hora del parte de guerra ha sido como el Angelus de la España en memoria de esta primera gesta cumplida. Por la resurrección de la Patria se mantiene este rito de la noche española, para honor y memoria de nuestros muertos, para alerta de vivos y presentes, para esperanza sin desmayo frente a lo futuro. Todos los días, a las once en punto de la noche, la radio de España hará oír el himno nacional y unas breves palabras de alerta y de recuerdo a los españoles, para que, brazo en alto y en pie allá donde hallen, den testimonio de la nueva Patria y se muestren dispuestos a seguir inexorablemente el camino que con el alma y la espada nos abre nuestro caudillo Franco. Es necesario que nuestras almas sigan arriba, adelante, con un ritmo marcial, por el camino de la Historia, y es necesario que repitan todos los días las palabras del impulso y del orden.

¡Españoles, alerta! La paz no es un reposo cómodo y cobarde frente a la Historia; la sangre de los que cayeron por la Patria no consiente el olvido, la esterilidad, ni la traición. ¡Españoles, alerta!

Todas las viejas banderas de partido o de secta han terminado para siempre. La rectitud de la justicia no se doblegará jamás ante los privilegios ni ante la criminal rebeldía. El amor y la espada mantendrán con la unidad de mando victoriosa la eterna unidad de España.

¡Españoles, alerta! España sigue en pie de guerra contra todo enemigo del interior o del exterior, perpetuamente fiel a sus caídos; España, con el favor de Dios, sigue en marcha. Una, grande, libre, hacia su irrenunciable destino. ¡¡¡Arriba España!!! ¡¡¡Viva España!!!

(«Arriba», 4-IV-1939)

EL SALUDO NACIONAL

Se ha dispuesto:

"Artículo 1.° Se establece como saludo nacional el constituído por el brazo en alto, con la mano abierta y extendida y formando con la vertical del cuerpo un ángulo de 45 grados.

Art. 2.° Al paso de la enseña de la Patria y al entonarse el himno y cantos nacionales, en los casos previstos en el decreto número 226, se permanecerá en posición de saludo.

Art. 3.° El personal del Ejército y de la Armada conservará su saludo reglamentario en los actos militares."

(Nota oficial del 3-V-1939)

¡Emilio Mola! ¡Presente!

Por MANUEL MACHADO

Morir por la Patria no
es morir.
Con que no se ha de decir
que Emilio Mola murió
ni se diga que cayó
quien se ha alzado eternamente
a la gloria refulgente
de la Historia...
Mientras repite la gloria:
«¡Emilio Mola! ¡Presente!»

(«La Gaceta del Norte», 3-VI-1939)

LA ENTRADA DE LOS CAUDILLOS EN LAS CIUDADES

Por Alvaro Cunqueiro

EN uno de los más preciados textos que dió a la medida del verso la caballería bretona, quedó el elogio del héroe entrando en la ciudad, con un grupo sonoro de jinetes abriendo la calle —"gastándola" es la declaración castellana del garbo de aquel galope—, con cintas de verde esperanza en las lanzas y cantando una canción que decía que con el alegre tiempo del verano volvía el gozo al corazón. Y el cronista de aquel París no contiene su entusiasmo y cuenta que ni Alejandro el rey, llegando a las fuentes de los grandes ríos, sobre su carro real la blanca cigüeña que ahuyenta las tempestades, pudo decir que llevaba tanta felicidad. «Porque no hay más preciado bien que dormir a la sombra de paz que da la espada de un gran señor». Y atendez que el mismo poeta ha escrito que es la espada como huerto feraz, solana de todo fruto, vigilia de toda abundancia.

Cuando atravesaban la Argólida los poderosos reyes antiguos, amados de los dioses, temblaban los muros de las ciudades y, a veces, se les oyó graves palabras, como aquella advertencia de que cada ciudad tiene su ley, y ¡ay del vencedor que mezcle! «Una la justicia, y sí o no, como Cristo nos enseña», quería nuestro Santo a Fajardo. Y hay detallada noticia de naciones destruídas por olvido de que su fundación es su destino y de que los ecos de los vítores antiguos se albergan perpetuamente en las ciudades. «Mi escudo es mi memoria y la acreciento», decía el príncipe Eugenio de Saboya, *der edde Ritter*, el buen caballero. Y entraba en Belgrado venciendo al turco —aliado del francés—, atronando sus dragones el aire, con su sonsonete de flauta nacido de batallas españolas en la fértil ocasión del Milanesado. Y se cuenta que Belgrado se alumbró de hoguerras y en Varsovia se quemaron seis judíos y dos relajados en acción de gracias, rezando el pueblo a Nuestra Señora por la conversión de Inglaterra, aquella isla que la España de don Felipe II no puedo quemar... Durante doscientos años se rezó en el *Pickielko* —el "pequeño infierno"— de Varsovia por la conversión de Inglaterra, y allí iban a santiguar la hoguera con agua bendita, en el mismo día de su entrada, los cristianísimos reyes de aquel poco pacífico país.

Entrar el Caudillo en la ciudad es disponer la Historia para la escritura. El campo da centeno, albergue y batalla, pero la ciudad da la letra y el estilo, «cosa numeral que no rige por las estrellas». Antes al contrario: naturaleza no es Historia, que la memoria de Dios sobre la tierra de los hombres es Cultura. Ya Micer Marcos Polo, súbdito de la Señoría, habla de que el Gran Khan quería que quedase memoria de sus hazañas, y no vió nada mejor que fundar una ciudad en el cruce de cuatro caminos, que sería como trompeta peregrina de su fama. Así, bien puede ser para nuestro Caudillo este Madrid, camapamento en la meseta. Y su solemne entrada, repique de gloria.

Bien puede, en verdad, ser resucitado el ceremonial con que entró en Toledo por la señora puerta Visagra, don Alfonso VI, Rey de Castilla y de León. Venga de Cataluña, la que doró puerta en Poblet para don Felipe, soltó palomas en Santas Creus para don Fernando y para este mismo Rey Católico pidió que acudiera a una calle de Barcelona Nuestra Señora del Pilar a detener un cuchillo regicida. Nuestro Señor de Lepanto y el Cardenal Primado de las Españas bendiga la victoria. No cabe pensar sino que aquí, ese día, se funda una edad y alza sus torres perpetuas un alcázar. Lleven los jinetes banderas de rojo, color de la Fe, y sus labios enciendan el "¡Cierra España!" de las gestas.

Lo que más turbó a un melancólico Emperador, asomado a un ventanal de su castillo borgoñón, fué el ver que sus caballeros guardaban las armas, codiciando descando, ya que tenían noble y fuerte señor. Y aquella misma tarde, volando los faisanes trídos de Hungría por la umbrosa soledad del bosque imperial, se prometió el emperador crear una orden de caballeros despiertos, que ni aún al día siguiente de los festejos por la elección imperial tuvieran solaz y sueño. Y sería privilegio que aquellos "caballeros despiertos" acompañaran al emperador el día de la coronación y fueran guarda constante de su persona. Cuando nuestro Caudillo contemple, desde un balcón de su palacio, la noche estrellada, haya en el gran patio de armas de España una milicia de caballeros despiertos, esos que habrán estado a su lado el día de la coronación y serán guarda segura de su persona. Con que esta milicia sea muchedumbre, sólo quedará el alabar a Dios el día en que el Caudillo Franco pase las puertas de la capital de las Españas.

(«ABC», 2-V-1939)

Normas a que en lo sucesivo habrá de ajustarse la expedición de salvoconductos para circular por el interior del territorio nacional

"PRIMERA. Toda persona mayor de dieciséis años que necesite salir de la localidad donde habita para trasladarse a cualquier otra de España solicitará verbalmente autorización para ello en la Comisaría de Investigación y Vigilancia del distrito o población de su residencia, y no habiéndola, en la Alcaldía correspondiente, la que les será concedida, si procede, en el más breve plazo posible, por los gobernadores civiles en las capitales de provincia y por los alcaldes en las demás poblaciones.

Esta autorización, que será valedera por un mes, no exime de llevar consigo los documentos acreditativos de la personalidad, y costará 50 céntimos, por gastos de expedición, debiendo, además, ser reintegrada con una póliza de una peseta de "subsidio pro combatiente". A las personas indigentes se les expedirá completamente gratis.

Segunda: Será facultativo de las personas que necesiten autorización para viajar por el territorio nacional obtener la valedera por seis meses; pero en este caso deberán solicitarla por instancia al gobernador civil de la provincia donde residan, quien, con su informe, cursará la petición a la Jefatura del Servicio Nacional de Seguridad, donde se consultarán los antecedentes del interesado y se expedirá la autorización cuando lo estimen procedente. La instancia será, como actualmente, reintegrada con una póliza de 1,50 pesetas y otra de 10 de subsidio al combatiente, y la autorización llevará la fotografía y las huellas dactilares del interesado, cuyas circunstancias personales se harán en la misma.

Tercera. Los funcionarios públicos no necesitarán proveerse de la autorización que se refiere esta orden, bastándoles ir provistos del "carnet" que acredite su condición de funcionarios o de permiso de su jefe para efectuar el viaje.

Cuarta. Tampoco necesitarán autorización para viajar los familiares de funcionarios públicos que vayan acompañados de éstos, y, aun sin ir acompañados, cuando efectúen el viaje por razón de destino y vayan a incorporarse al del cabeza de familia, lo que acreditarán mediante autorización expedida por el jefe del servicio a que pertenezcan.

Quinta. En los despachos de billetes de ferrocarriles y líneas de autobuses de territorio nacional se exigirá al viajero la exhibición de la autorización para emprender el viaje, sin cuyo requisito no le será facilitado el billete.

Sexta. En lo sucesivo los agentes de la autoridad detendrán fuera del lugar de su residencia sin la debida autorización para ello, poniéndola a disposición de la autoridad civil del lugar de su procedencia o destino, según la proximidad, para la oportuna información o sanción.

Séptima. Quedan derogadas cuantas autorizaciones oficiales para circular han sido concedidas hasta ahora, a excepción de los salvoconductos extendidos por tres meses, que caducarán al finalizar el plazo de validez por el que fueron expedidos.

Madrid, 9 de junio de 1939. —Año de la Victoria."

(Nota oficial del 9-VI-1939)

Reincorporación de los excombatientes al trabajo

LA liberación de la zona "roja" obliga a divulgar las obligaciones de los patronos que tienen o han tenido obreros o empleados combatientes en el Ejército nacional, que se sujetan a las siguientes normas:

Primera. Los patronos y empresas radicantes en la que fué hasta última hora zona "roja", tienen obligación de cumplir la orden de 14 de octubre de 1938 y, por tanto, de presenciar las declaraciones de su personal asalariado que haya prestado o preste servicio en el Ejército nacional.

Si por cualquier conducto tienen noticias de la incorporación correspondiente, deben presentar la declaración jurada, y desde luego en cuanto se les presenten licenciados los ex combatientes del Ejército Nacional para reincorporarse al trabajo, si exhiben las pruebas correspondientes, bien sea la orden de su licenciamiento u otro documento bastante. En este caso, además de la declaración habrán de readmitirlos al trabajo.

El plazo para las declaraciones será de ocho días, a contar de la presentación del personal ex combatiente a sus patronos.

Segunda. Los obreros que no perteneciendo a las plantillas de las empresas en 18 de julio de 1936 fueran admitidos con posterioridad a esta fecha por imposición de algún Comité o autoridad revolucionaria, carecen de derecho para reingresar a los puestos que por tal mediación hayan tenido. Si el patrono les hubiera dado trabajo de forma libre y voluntaria después del 18 de julio de 1936, deberán también readmitirlos y declararlos cuando acrediten su condición de ex combatientes nacionales.

Tercera. Los obreros que estando trabajando en una empresa hayan sido movilizados después del 23 de diciembre de 1938, por las llamadas de quintas que hayan tenido o *tengan lugar en lo sucesivo,* **también deberán ser declarados por los patronos, pues tienen dereho a la comunicación de su contrato de trabajo. De esta forma, el día de su licenciamiento podrán incorporarse sin discusión a sus puestos, que deben ser conservados o cubiertos** *con caracter provisional* **por sustítulos, debiendo cesar éstos al presentarse el licenciado.**

(Nota oficial del 24-VI-1939)

REORGANIZACION DE LOS SERVICIOS DE ORDEN PUBLICO

CONVOCATORIA DE 7.000 PLAZAS PARA POLICIA ARMADA Y TRAFICO

EL «Boletín Oficial del Estado» publicará hoy la siguiente orden del ministro de la Gobernación:

«Con arreglo a los dispuesto en el decreto de 8 de septiembre actual («B. O. del Estado» número 253), por el que se autoriza a este departamento para la celebración de una o más convocatorias de personal con que atender a la reorganización de servicios de Orden Público, este ministerio, con el fin de lograr una recluta bien seleccionada, ha de atender de modo preferente al patriotismo de los aspirantes, acreditado por su conducta en relación con el Movimiento nacional antes y durante la guerra.

En su virtud, se acuerda una primera convocatoria para la provisión de siete mil plazas con destino a los efectivos de Policía armada y tráfico, con arreglo a las siguientes bases:

1.ª Podrían tomar parte en ella todos los ex combatientes españoles (sargentos, cabos y soldados del Ejército y Milicia nacional) que reúnan seis meses de frente, y los ex cautivos que por tal condición no hubieran tomado parte en la guerra, pero que hayan cumplido con anterioridad el servicio militar, siendo condición indispensable para unos y otros tener veintiún años de edad, sin pasar de treinta y cinco; carecer de antecedentes penales reunir las condiciones de aptitud física necesarias, y alcanzar una estatura no inferior a 1.670 metros, con arreglo a la prelación siguiente:

a) Caballeros de la Orden Militar de San Fernando.

b) Condecorados con la Medalla Militar.

c) Sargentos efectivos.

d) Voluntarios incorporados a filas con una antelación superior a tres meses al primer llamamiento de su reemplazo.

e) Recompensas militares obtenidas en orden de mayor a menor importancia.

f) Mayor número de frente y número de heridas sufridas.

g) Hijos o hermanos de muertos en acción de guerra o de sus resultas en defensa de la Patria o víctimas de la Revolución.

h) Mayor tiempo de cautiverio.

i) En igualdad de condiciones será razón de preferencia poseer el empleo de cabo y pertenecer a unidades de voluntarios. En caso de coincidencia se atendrá a la mayor edad.

j) Para los comprendidos en los apartados *a)* y *b)* no será indispensable la talla mínima establecida; en casos excepcionales, por méritos extraordinarios que concurran en el aspirante, podrá asimismo ser dispensada por acuerdo del ministro.

2.ª Acreditar inmejorables informes politicosociales así como la adhesión entusiasta al Movimiento nacional.

El plazo para el canje de billetes se amplía hasta el día veinte

NOTA DEL BANCO DE ESPAÑA

"Se pone en conocimiento del público que el servicio de canje de billetes circulantes en 18 de julio de 1936 por los emitidos en la España Nacional, queda ampliado en la plaza de Madrid hasta el día 20 del actual, tanto en el Banco de España como en los demás establecimientos que colaboran en esta labor.

Elementos desaprensivos pretenden circular unos billetes de emisiones antiguas e incluso de la fechada en Burgos en 21 de noviembre de 1936, que fueron TALADRADOS para su inutilización. La maniobra consiste en disimular con papel superpuesto, los huecos del perforado, o en agrandar éstos simulando orificios producidos por quemadura.

Toda persona a la que se intente entregar un billete en tales condiciones, está en el deber de formular inmediatamente la denuncia ante los agentes de la autoridad.

(Nota del Banco de España de 7-V-1939)

Importantes acuerdos de la hotelería madrileña

Se considerará huéspedes de honor a los jefes y oficiales del glorioso Ejército español.—Los hoteleros rompen toda relación con los colaboradores de la causa "roja". — La hotelería madrileña suscribirá una "ficha azul" de 5.000 pesetas mensuales. — En los hoteles se consumirán solamente artículos de producción nacional

(Nota publicada el 18-IV-1939)

3.ª Poseer la preparación cultural y profesional determinada por un programa elemental, que será dado a conocer oportunamente. Los que aspiren a pertenecer a la especialidad de tráfico, habrán de poseer, además la documentación oficial que acredite su aptitud.

4.ª Los admitidos disfrutarán, en tanto otra cosa no se disponga, de igual retribución y emolumentos que actualmente tiene asignados el Cuerpo de Seguridad y Asalto.

5.ª El régimen de ascensos se ajustará provisionalmente al existente para las fuerzas mencionadas en la regla precedente.

6.ª Por la Dirección General de Seguridad se adoptarán las disposiciones convenientes para el desarrollo y celebración de la convocatoria que se anuncia en la presente orden.

Burgos, 15 de septiembre de 1939 —Año de la Victoria.

(Nota publicada el 16-IX-1939)

El uniforme de F. E. T. y de las J. O. N. S., prohibido en cafés, bares, bailes y otros lugares de diversión

La Jefatura Provincial de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. de Madrid ha hecho pública la siguiente nota:

«Siendo, a juicio de esta Jefatura, el estado moral de falangista, así como el respeto a sus atributos, de una continua superación en disciplina y comportamiento ordeno a todos aquellos que estén bajo su mando la abstención absoluta del uso de uniformes en cafés, bares, «dancings» y otros sitios de diversión.

Se invita a todos los camaradas militantes y adheridos a que velen por el cumplimiento de estas disposiciones, por Dios, por España y su Revolución Nacionalsindicalista.—Manuel Valdés.»

(Nota oficial del 28-VII-1939)

ORGANIZACIONES JUVENILES

Las Organizaciones Juveniles encuadran en sus filas a toda la juventud de España. Muchachos de todas las clases sociales están unidos bajo el mismo uniforme y obedientes a igual disciplina. De las centurias de la juventud saldrán a los dieciocho años al partido hombres con una preparación entera, con fortaleza física y temple espiritual, capaces de cumplir sin vacilaciones ni flaquezas el destino universal de España.

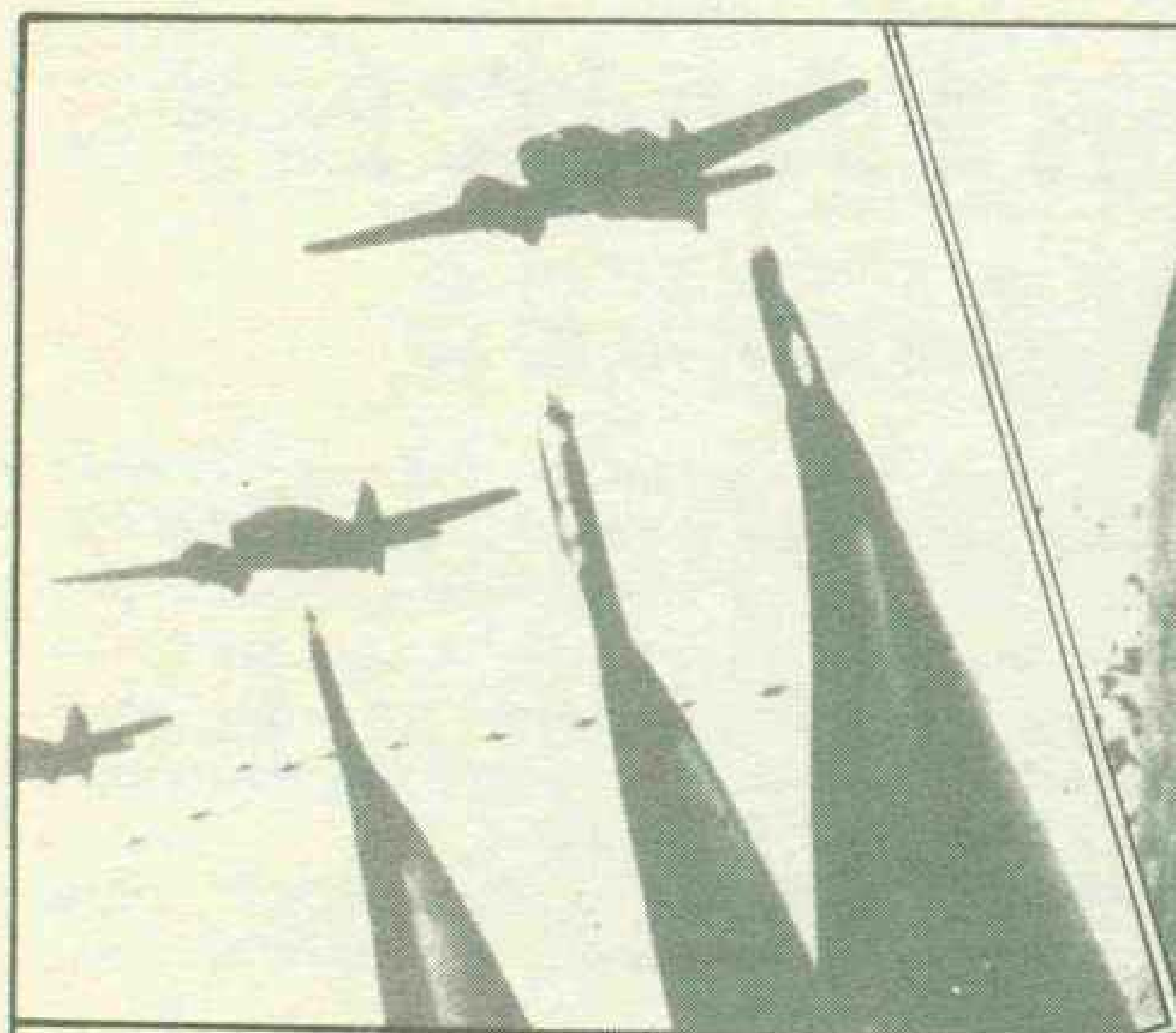
Esta es la misión de las Organizaciones Juveniles. Y para llenar sus filas queremos una juventud resuelta, con ímpetu y entusiasmo.

Nuestra tarea es de selección, y por eso no se hace en modo alguno obligatorio incorporarse a ella.

Queremos voluntades decididas, ardor e impulso. Escuadras prietas, cuyo avance arrolle las pandillas anárquicas de un lado y los bandos inofensivos del otro.

Una empresa, un ideal, una bandera, la misma voz de mando del Caudillo, son nuestros guiones. Para la juventud que quede fuera de ellos faltará muy pronto el sitio, porque habrá de llenarlo todo la Organización Juvenil de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

(Nota publicada el 5-V-1939)

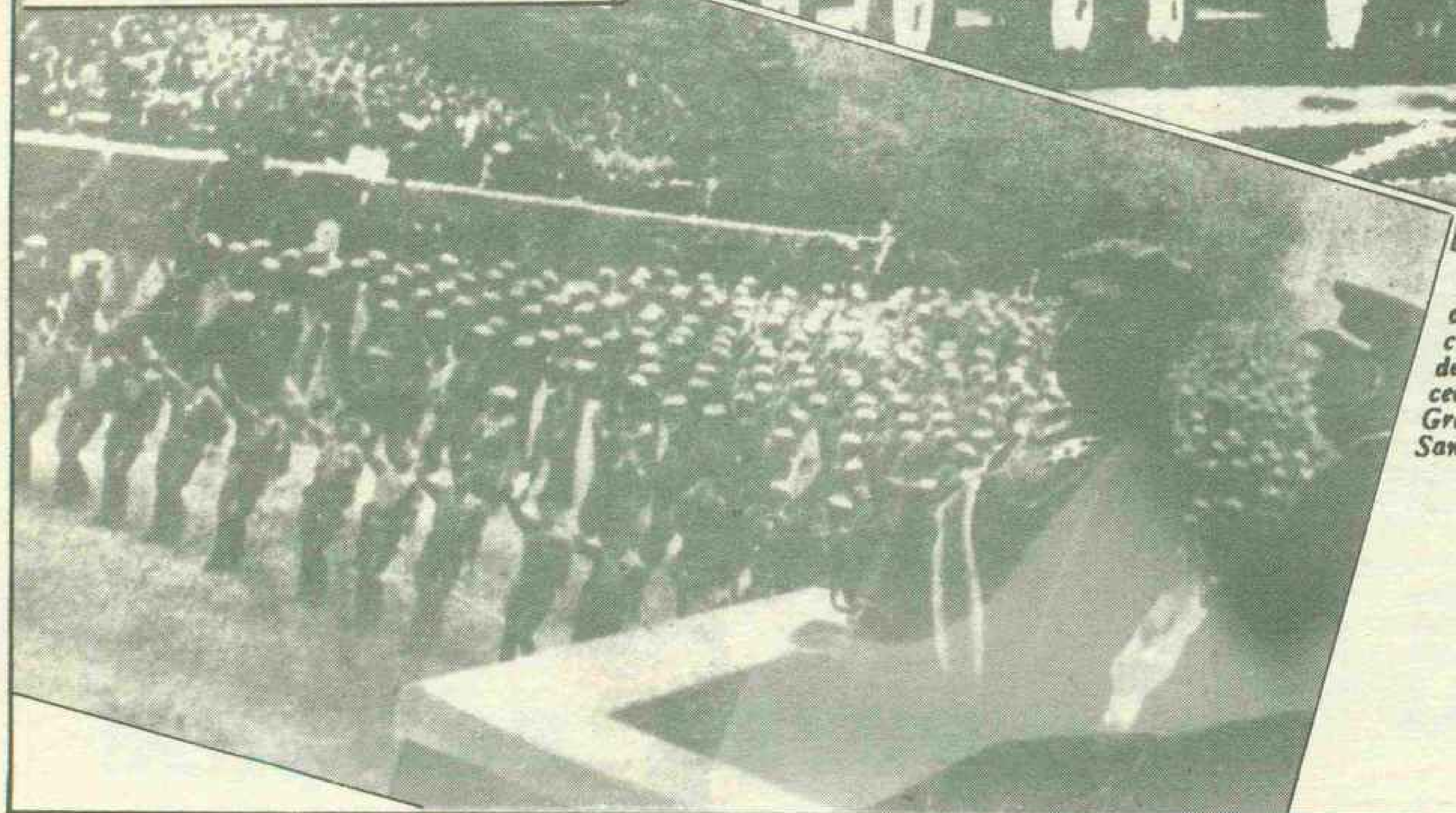


España en el mundo

La presencia viva de un Caudillo "vencedor en más de cien combates"; la animación de su Ejército victorioso, que no conoció el cansancio y que se presenta con el mejor material guerrero de nuestra época, bastaría para prestarle al desfile de ayer un carácter extraordinario y respetable de orden europeo.

Pero, ateniéndonos sólo a lo nacional, a nuestro marco, hemos de levantar los corazones a la altura de la mirada de Franco, que de las ruinas de la guerra ha sabido sacar esta eficaz y admirable máquina guerrera, completamente española—todo el material que hemos visto es de España—con el cual la Patria cobra rango de gran potencia y con ello disfrutará tranquila de su tesoro de libertad, que será inmediatamente aplicado a fines de reconstrucción y de engrandecimiento.





Antes de comenzar el desfile de la Victoria, el conde de Jordana leyó el decreto por el que se concedía al Generalísimo la Gran Cruz Laureada de San Fernando.

(«ABC», 20-V-1939)

¡FRANCO! ¡FRANCO! ¡FRANCO!

España, en la posesión de la paz que va a engrandecerla, conmemora hoy la Victoria forjada por el Caudillo

¡Viva España! ¡Gloria al Ejército! ¡Arriba España!

Esta Fiesta de la Victoria no puede desvanecerse entre revolar de flámulas y exaltaciones de entusiasmo. Más propio le es el examen crítico, sereno, que nos muestra la victoria misma como una razón suprema de la guerra que ella ha culminado. Es, en efecto, la razón intrínseca de la justicia de nuestra guerra, porque sin la guerra, y, por lo tanto, sin su consecuencia la Victoria, España sería a estas horas la estepa desolada y caótica que han sido hasta hace pocos meses las pobres provincias irredentas, aún postradas bajo la inercia del terror, del crimen y de la muerte.

Es hoy, además, la Fiesta de la Unidad española, porque la Victoria se logró por la inmanente justicia de la Causa española, por el genio del Caudillo, por el heroísmo del Ejército y por las asistencias fervorosas y palpitantes de la nación entera. Unidad, en suma. Magnífica unidad que es más bien fusión, en la cual si se aciertan a distinguir los ingredientes espirituales que la determinan, es para valorar en unos con respecto a otros, un es ímulo, un afán de superación, una emulación noble y entusiasta que constituye un verdadero paradigma histórico en esta clase de reacciones de un pueblo.

Victoria y Unidad son una misma cosa en la conmemoración de hoy, y deben serlo en el pórtico de la paz en que nos hallamos bajo las guirnaldas triunfales y los arcos de apoteosis. Unidad y Victoria que aseguran a la Patria redimida la posesión plena de sus destinos y la inconmovible soberanía de su independencia. Bastaría este último postulado histórico para que la Unidad nos estrechase en aquella entrañable fusión; pero, es que, además, la Unidad la imponen, como han impuesto la Victoria, el sacrificio de nuestros mártires —antes que ninguno el de los Precursores—, la sangre de nuestros combatientes, las penalidades de los cautivos en la zona roja durante meses y durante años; todo el acervo, en fin, de tragedias y de glorias fecundas que entretejen la corona de esta Fiesta que hoy conmemoramos.

Y sobre la Unidad y sobre la Victoria, como artífice de ellas, como su apóstol y su misionero, el Caudillo, que es también su más leal cumplidor. La Fiesta d[illegible] Victoria que hoy engalana nuestras alm[illegible] nuestra vida nacional, es también la Fiesta d[illegible] Franco. Porque si él nos dió la Victoria en la guerra con su genio militar, y nos la da en la paz con su genio de gobernante, él fué antes certero intérprete del anhelo público al instituir una Unidad que estaba en las conciencias, porque estaba en la consubstancialidad de las convicciones y de los sentimientos de cuantos españoles sentimos la altivez de serlo. Fiesta española como ninguna en los anales de esta guerra de redención. Fiesta española, en la cual el Credo del Movimiento glorioso, la fe en el Caudillo, la adhesión inquebrantable de perenne gratitud al Ejército y la afirmación resuelta de acrecentar los bienes que la Victoria nos depara, han de ser las mejores luminarias y los mejores gallardetes con que nuestro espíritu de españoles se exorne en la jornada de hoy.

¡Viva España!

¡Gloria al Ejército libertador!

¡Viva Franco!

¡Arriba España!

La Victoria prometida y la Victoria lograda

Es oportuno evocar hoy palabras preciosas del Generalísimo, que son palabras proféticas henchidas de una convicción y de una fe seguras en la victoria, y del afán resuelto de lograrla. Nos referimos a las que, en respuesta al Presidente de la Junta de Defensa Nacional, general Cabanellas, pronunció S. E. el Generalísimo cuando aquél le entregó el día 1.° de octubre de 1936 los poderes del Estado, al conferirle la Jefatura del mismo. Si entonces el Generalísimo pudo afirmar: «La victoria está a nuestro lado», hoy es España la que puede rendir ante el forjador supremo de la Victoria, también la fe, la convicción y el sentimiento de que donde está Franco y está la Victoria, están España y su irremisible voluntad de prevalecer.

He aquí las palabras del Caudillo:

«Mi general. Señores generales y jefes de la Junta: Podéis estar orgullosos; recibisteis una España rota y me entregáis una España unida en un ideal unánime y grandioso. La victoria está a nuestro lado.

Ponéis en mis manos a España, y yo os aseguro que mi pulso no temblará, que mi mano estará siempre firme. Llevaré a mi Patria a lo más alto o moriré en mi empeño. Quiero vuestra colaboración. La Junta de Defensa Nacional seguirá a mi lado. ¡Viva España! ¡Arriba España!»

Los Soviets exigen de Inglaterra una alianza militar absoluta

Caso contrario, amenazan con aislarse de los países democráticos

Londres, 18. — He aquí cómo se considera la situación en los círculos políticos responsables de esta capital, en lo que concierne al estado de las negociaciones anglosoviéticas.

La Unión Soviética, colocando a Inglaterra ante el terrible dilema de obtener un apoyo al precio de una completa alianza o de verse negar toda ayuda, ha desbaratado el juego británico y puesto al claro la tentativa inglesa de arrastrar a la U. R. S. S. a un eventual conflicto, del que Inglaterra hubiera podido perfectamente librarse en el último momento, mediante cualquier subterfugio en la interpretación de sus compromisos.

El Gobierno de la Gran Bretaña, al otorgar a Rumania y Polonia una garantía militar y al negarse a extender esta a los países balcánicos, buscaba utilizar a Rusia para dar consistencia y valor a la efímera garantía; pero los soviets, que han olido el cebo, exigen de Inglaterra que se comprometa en una verdadera y absoluta alianza, con el inmediato intercambio de informaciones y apoyos milita[illegible] objeto de que Londres quedara ligado [illegible] al carro ruso.

De ahí el violento choque entre dos puntos de vista tan contradictorios y la imposibilidad de un acuerdo, a menos que una de las partes, o ambas, hagan considerables [illegible].

Desde luego nadie [illegible] terra ni en solo momento [illegible] Molotof al embajador [illegible] dole que la substitu[illegible] ría cambio alguno [illegible] tica, ya que los resultados [illegible] trario se tiene el convenc[illegible] Unión Soviética seguirá [illegible] minos o alianza completa [illegible] Francia y con Inglaterra [illegible] la acción anglofrance[illegible]

Las fiestas de la Victoria

Las de ayer quedaron aplazadas para el domingo

El día de ayer, víspera del de la Victoria, pareció querer desmentir que nos hallemos en plena primavera. Amaneció nublado y poco después cayeron sobre la ciudad verdaderas mangas de agua, prosiguiendo la lluvia sin interrupción hasta primeras horas de la tarde.

El tiempo impidió, pues, la celebración de los diversos actos que habían sido organizados y que hubieron de ser aplazados para pasado mañana. La fiesta de ayer quedó limitada simplemente cuando lució el sol a que la mayoría de los balcones lucieran colgaduras y banderas único acto que pudieron realizar los barceloneses para testimoniar su adhesión a la fiesta que hubiera debido celebrarse.

En los edificios públicos y también en numerosas casas comerciales ondeó el pabellón nacional, como igualmente ostentaron gallardetes los tranvías y autobuses y los postes de dichos servicios. En el puerto, los buques estuvieron empavesados.

A las 12 del mediodía, las campanas de nuestra Santa Iglesia Catedral Basílica fueron lanzadas al vuelo y segundos más tarde lo eran igualmente las de todos los templos barceloneses, repique general que se repitió a medianoche, acompañado de un toque de sirenas.

Las fiestas que han sido anunciadas para el día de hoy, Día de la Victoria, no han sufrido cambio ni modificación ninguna.

El recinto del Pueblo Español

El recinto del Pueblo Español, de los jardines de Montjuich, permanecerá cerrado hasta el domingo, en que se celebrará el gran festival que ayer fué suspendido a causa del mal tiempo.

Con motivo de las Fiestas de la Victoria todos los buques surtos en el Puerto, así como todas las fábricas de esta ciudad, tocarán las sirenas a las 12 del mediodía y 12 de la noche de hoy, día 19.

Tedéum en la Catedral

Esta mañana, a las 11, en la Catedral se cantará un solemne Tedéum en acción de gracias al Altísimo.

A esta fiesta religiosa asistirán todas las autoridades y jerarquías del Movimiento.

El último parte de guerra

Al terminarse la función religiosa de la Catedral, las autoridades asistirán al emotivo acto de descubrirse en la fachada del Palacio Municipal una lápida con el texto del último parte de guerra dado por el Cuartel General del Generalísimo.

(«La Vanguardia Española», 19-V-1939)

DEL PRESIDENTE DE LA CAMARA DE COMERCIO A TODOS LOS COMERCIANTES E INDUSTRIALES DE MADRID

Normas e instrucciones en relación con el desfile del Gran día de la Victoria

Se ocuparán todos los establecimientos de decorar uno de sus escaparates a base de un retrato del Caudillo y algunas de las siguientes leyendas: "¡Franco, Franco, Franco!", "¡Arriba España!", "¡Viva España!", "¡Gloria al Caudillo!", "España, Una, Grande y Libre" y "Por la Patria, el pan y la Justicia". Lo que realizarán con arreglo a la sobriedad y sencillez clásica de la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

Las industrias y establecimientos de alguna importancia (almacenes, "cines", teatros, cafés, etc.) pueden, por iniciativa suya, decorar también exteriormente la portada con arreglo a los bocetos que ellos confeccionarán, y que presentarán a aprobación en el Servicio Nacional de Propaganda, Departamento de Plástica, establecido en Serrano, 71. Esta decoración tendrá también como tema fundamental la figura del Caudillo y la de José Antonio, ayudada con las banderas nacionales y del Movimiento, el emblema de éste y algunas de las leyendas antedichas.

Al objeto de poder realizar en el breve plazo que media hasta la fecha del día de la Victoria, presentarán sus proyectos a la mayor brevedad.

El presidente de la Cámara de Comercio de Madrid.—Firmado: Manuel Aleixandre.

(Nota publicada el 6-V-1939)

Los hombres y los días

HABLAR COMO FRANCO

Por Luis de GALINSOGA

ESTARIA bien, y sería encantadora la multiplicación del caso, que en cada tienda de España un políglota aguardase tras el mostrador la llegada de los eventuales compradores de cualquier nacionalidad del mundo. Lo que no está bien en este momento, sangrante todavía España de la guerra feroz que nos ha costado arrancar su soberanía y su unidad a las garras de las Internacionales difusas y de algunas naciones muy concretas, es exhibir como un título y un mérito preferente el uso más o menos chapurrado de los idiomas que no son el nacional de España. Es esa guantería, por ejemplo, en que yo vi días pasados el cartelillo pedante, y con tan sospechoso resabio de los tiempos señoreados por el signo liberal, "On parle francais", es enternecedor que haya un dependiente que en efecto hable francés. Al fin y al cabo se trata de un adorno que nunca va mal a la marca de una guantería. Pero, sobre ser pedante, no es necesario mostrar con tanto retintín esta suficiencia filológica. ¿No recuerdan la deliciosa crítica aquella de Eca de Queiroz?: Una vieja dama portuguesa, que sin poseer más que su idioma vernáculo, cerrado o intransigente, anduvo por todo el mundo y en ningún hotel, pasados por agua que solía tomar como cena; jamás supo nombrar los huevos sino en su hermético portugués "miñoto"; y jamás se preocupó de aprenderlo de otra manera, porque siempre, indefectiblemente y sin fallo, le bastó dirigirse al camarero, ahuecar sus manos batiéndolas como las alas de una gallina y modular esta universal onomatopeya: "quiqui-ri-quí". El francés o la francesa que entren en la guantería en donde "On parle francais",

APOSTOL, MISIONERO Y GOBERNANTE

Sea bienvenido a Barcelona, gloria y eficacia de España, Serrano Súñer, que da eficacia y gloria a la Patria grande y unida.

LA VANGUARDIA ESPAÑOLA

(«La Vanguardia Española», 14-VI-1939)

necesitarán aun mucha menos mímica, aunque no sepan una palabra de español, para adquirir unos magníficos guantes.

No, no. Mucho cuidado con estas licencias respecto al lenguaje y con este ceder posiciones del enérgico, inexorable y altivo espíritu nacional que incumbe a esta hora. Nos ha costado demasiada sangre, demasiada ruina y demasiadas torturas el rescate de nuestra personalidad una e indivisa, para que no estemos resueltos a esgrimir toda intransigencia y todo empeño y toda fiereza para defender el legado de los muertos por España. No haya con esto equívocos, ni trampas, ni regateos miserables, ni reservas taimadas respecto a la unidad y soberanía del verbo. Ustedes, señores míos de la guantería, pueden hablar en su trato íntimo como les acomode y será a todas luces provechoso que el dependiente que habla francés les ilustre sobre tan dulce lengua. Pero ustedes tienen su tienda en pie y venden guantes y pueden permitirse el lujo de sostener a ese dependiente tan leído, porque hay un Ejército en España que ha redimido la ciudad en donde ustedes negocian. Y la ha redimido, como a España entera, para que España recobre una personalidad histórica que intentaron escindir en mil trozos para repartirse la vestidura de su unidad, como la túnica del Señor los judíos. Y esa personalidad tiene su atributo externo más diferencial e histórico y, por lo tanto, más claro en el verbo. Quédense para la recóndita intimidad los coqueteos lingüísticos, la expansión más o menos romántica o más o menos reticente de otras lenguas. Pero en la presencia de un español ante sus compatriotas y ante el mundo —usted, señor de la guantería, se presenta ante el mundo y ante sus compatriotas cuando vende sus guantes— tenga usted la dignidad de su propia redención y haga usted el honor debido a su redentor. Porque la consigna es clara y no tiene efugio: Si queremos ser dignos de esa redención y honrar a quien nos ha redimido, todos los españoles debemos hacer estas tres cosas: pensar como Franco, sentir como Franco y hablar como Franco que hablando, naturalmente, en el idioma nacional ha impuesto su Victoria...

(«La Vanguardia Española», 8-VI-1939)

Arriba

UNA GRANDE Y LIBRE

PLVS

A FRANCISCO FRANCO, GENERALISIMO

Tragedia y flor tranquilamente erguidas
apretándole a España frente y pecho.
Viento de sangre ardiente en grave acecho,
alzándose entre sombras encendidas.
Nacimiento de auroras emprendidas
cuando la espada arrojase del techo
y confirman las rosas el estrecho
perfil de los clarines y las vidas.
Por la gracia del puño, en ti, la espada
se hizo corcel de imperios y de mares.
El litoral del sueño desempañan
las bayonetas en su furia alada.
Canta el laurel tu senda sin azares
Y el Ebro, el Duero, el Tajo te acompañan.

José María ALFARO

(«Arriba», 18-V-1939)

Los Ministros brazo en alto



(«Fotos», n 117 de 27-V-1939)

EL GOBIERNO DE ESPAÑA

BURGOS.—Su Excelencia el Jefe del Estado ha firmado Decretos de ceses y nombramientos de Ministros. En su virtud, el Gobierno queda constituído en la siguiente forma:

PRESIDENTE: GENERALISIMO FRANCO.

Asuntos Exteriores: don Juan Beigbeder Atienza.

Gobernación: don Ramón Serrano Suñer.

Ejército: General Varela.

Marina: Vicealmirante don Salvador Moreno.

Aire: General Yagüe.

Justicia: don Esteban Bilbao Eguía.

Hacienda: don José Larraz López.

Industria y Comercio: don Luis Alarcón de la Lastra.

Agricultura y Encargado de la Cartera de Trabajo: don Joaquín Benjumea Burín.

Educación Nacional: don José Ibáñez Martín.

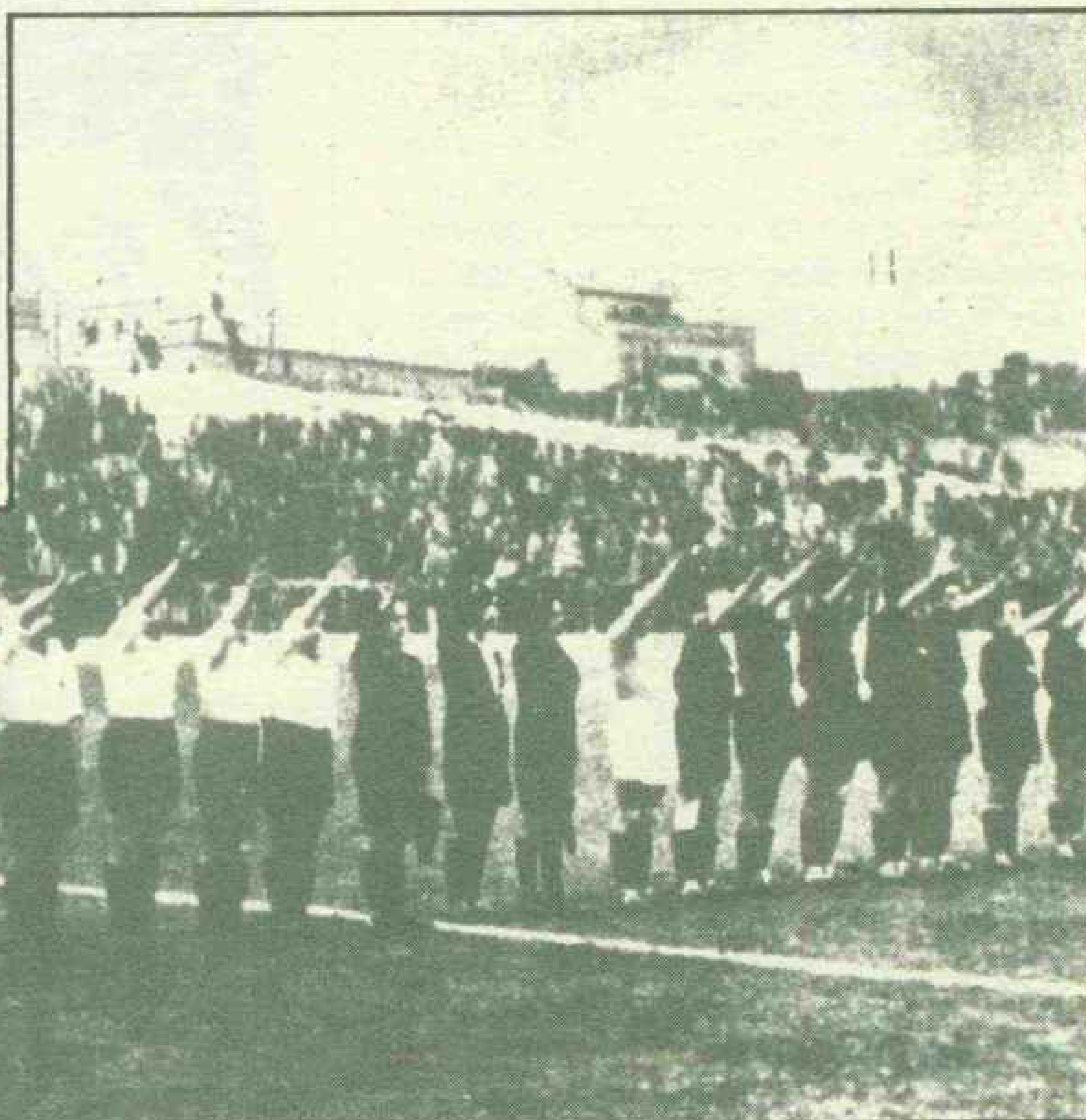
Obras Públicas: don Alfonso Peña Boeuf.

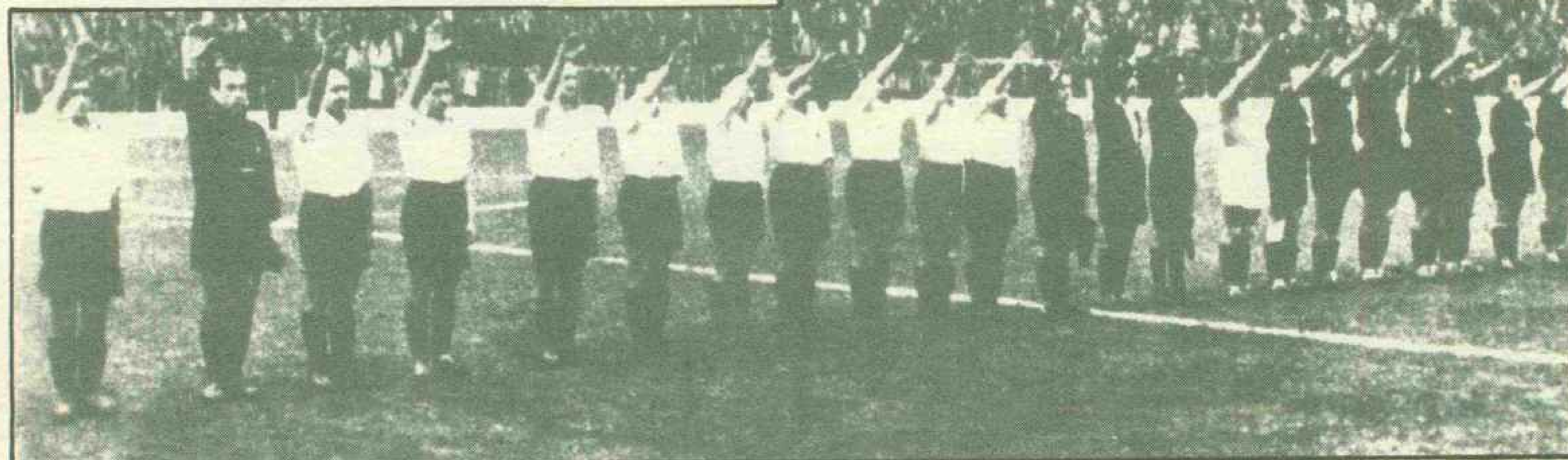
Ministro secretario del Partido: General Muñoz Grande.

Ministros sin cartera: don Rafael Sánchez Mazas y don Pedro Gamero del Castillo.

Los nuevos Ministros jurarán el cargo el sábado, día 12, a las ocho de la tarde. (Cifra.)

(Agencia «Cifra», 10-VIII-1939)





(«Fotos», n 116 de 20-V-1939)



(«Fotos», n° 111 de 15-IV-1939)



(«Fotos», n° 111 de 15-IV-1939)

¡¡Bilbao, por Franco, para España!!

Al conmemorar el segundo aniversario de su liberación, la Villa ha querido y ha sabido hacer una profesión maravillosa de su fe en la Patria y en el Caudillo

"Yo os aseguro que no temblará mi mano en las tareas de la paz, como tampoco tembló en las horas de la guerra"

Bilbao sabe obedecer el mandato de nuestros Héroes

El Caudillo, contestando el domingo al mensaje que Bilbao le elevó por medio de su Alcalde, en el Palacio Municipal pronunció estas palabras:

«Alcalde, Corporaciones vizcaínas, generales, jefes y oficiales que me escucháis:

Vuestras palabras, camarada alcalde, han reflejado el paso de un siglo. Reflejan el paso del liberalismo, con nuestras luchas intestinas, con todas las rencillas de lugar y de aldea; pero recordábais también el camino de los mares, la fortaleza de los montes, la riqueza del suelo y el fruto del trabajo. Y esto ya no es lugareño. Esta ha de ser la vida de la futura España. Si nosotros hemos de empalmar la actualidad con el pasado, hemos de saltar por encima de ese siglo de recelos que nos llenaban de luchas y de rencores que minaron nuestra espiritualidad y nuestros ideales y que nos cerraban el camino de los mares.

Decíais bien que en la Villa de Bilbao hubo una minoría selecta. Hubo una minoría magnífica, hubo hombres de empresa de los que necesita la Patria que, al empuje de sus manos, labraron una riqueza y crearon factorías que llevaron por los caminos de Europa, el nombre de España.

Yo os aseguro que no temblará mi mano en las tareas de la paz, como tampoco tembló en las horas de la guerra. Veo el horizonte claro, un horizonte de trabajo, de unidad. Veo también que ha de ser de fe. Que los españoles, con fe, con honor, con disciplina, en la evocación de las grandezas pasadas, del recuerdo de nuestros gloriosos Caídos, forjaremos a España.

Alcalde de Bilbao: España será grande, y Bilbao progresará con ella, porque tiene espíritu de trabajo, y porque obedece al mandato de nuestros Héroes y de la sangre de esos Mártires.

Señores: ¡Arriba España!»

La victoria de Bilbao ha sido decisiva en la guerra

La historia vizcaína es netamente española

A nuestro solo nombre, el mundo siente respeto, admiración y, tal vez, miedo

Desde el balcón central del Ministerio de Industria y Comercio, al terminar el grandioso desfile militar de ayer, el Generalísimo pronunció este discurso:

«Bilbaínos:

Hoy hace dos años que el Ejército español, en marcha victoriosa, cruzaba vuestra ría para liberar a los hermanos vizcaínos de la barbarie roja.

Habéis visto desfilar por vuestras calles una representación de aquél.

Han venido los galones de las tropas que rompieron vuestro «Cinturón», pero detrás de ellas, en todos los rincones de España, se encuentra el Ejército entero de la Victoria. Ejército de la Victoria que es este pueblo español, que si a unas tropas tocó la gloria y el honor de romper el cerco del «Cinturón» bilbaíno, otras hacían de yunque y aguantaban el empuje de la horda para que las demás triunfasen.

Esta hermandad, este sacrificio de los jefes, este desprendimiento de los oficiales y soldados, ha sido la Victoria, la victoria de Bilbao, que ha sido decisiva en esta guerra.

Aquí, en las aguas de esta ría, empezó a sumergirse el comunismo y el liberalismo destructor. Aquí se daba la primera gran batalla gloriosa de la guerra, a la que sucedieron las otras de Aragón, de Madrid, Andalucía (Ovación). Era la batalla en la que sepultábamos siglos de ignominia y era la coronación de un proceso, del proceso del siglo pasado, de aquel proceso del liberalismo que dejaba todo muerto, y mientras en los talleres y en las fábricas entraba el marxismo destructor, iba también forjando, a la sombra de la fe, otros venenos y otras destrucciones.

Varias veces, durante el siglo pasado, los anhelos del pueblo español salieron a la superficie, pero varias veces, también, fueron defraudados por la indiferencia de los más.

Y aquí mismo, las piedras antiguas y vetustas bilbaínas son mudos testigos de cómo en estas verdes colinas y en esas cumbres se enterraba una esperanza con la muerte de aquel insigne general carlista que, al entregar su vida, dejaba Bilbao en manos de la horda liberal.

Al amparo de estas banderías se fué amañando y falseando la Historia de España.

La historia de vuestra tierra no es distinta a la de otras regiones españolas. Las tierras de España recibieron con las invasiones el choque de otras civilizaciones, que asimilaron, modificaron e hicieron florecientes. Lo mismo en las regiones andaluzas que en el Norte. Era la raza española la que daba carácter y forjaba la historia del Occidente europeo, y en ella tenéis vosotros vuestro lugar. No erais distintos a otros. La vida de España discurría con sus divisiones de pueblos, con sus fronteras en constante movimiento. Venían los hombres de España de una región a otra; se trasvasaba la sangre de un valle a otro, y vosotros, vascos, con navarros, aragoneses y castellanos, os fundíais en una sola raza. Porque se da el caso paradójico de que con esa historia amañada se oculta que cuando la cabeza de Vasconia estaba en Navarra, sus brazos estaban en Jaca y Aragón.

En ningún orden había separación entre las comarcas españolas. No había fronteras geográficas, étnicas, filológicas ni religiosas: la única frontera que teníamos era el macizo pirenaico, que no era barrera tampoco porque nuestros hombres, los de la raza española lo cruzaba y dejaba a su Norte recuerdos étnicos de nuestro paso.

En el orden filológico, vuestra región, como las otras regiones españolas, conocieron el tesoro de sus caros dialectos. En ellos encontramos las fuentes de la tradición, pero las encontramos debajo de la lengua madre, de la lengua con que nos dió unidad a Castilla, la lengua en que llevábamos el Evangelio hacia América, la lengua con que a vuestros navegantes se conocía por el mundo, la lengua en que nos expresamos hoy y que todos comprendemos.

Y en el campo religioso, tampoco España [illegible] fue dividida. En lo religioso, España marchaba a la [illegible] con su unidad. Y en la Religión española no [illegible] mezquinas y ridículas fronteras que [illegible]. Y vuestras tierras vascas se repartían en las dos grandes diócesis de Pamplona y Calahorra. Y cuando se quiso forjar aquella [illegible] de Iglesia vasca, fracasaron en su propósito, porque la Historia verdadera le daba un mentís con sus realidades.

En las glorias de España tenéis los vizcaínos [illegible] de honor, porque vascas eran parte de las tropas con que la reina Isabel marchaba a clavar su pendón en Granada, [illegible] eran los que escribían la Historia de España en el [illegible] vascas fueron las naves que dieron por primera vez [illegible] al planeta, y si esto es así, tenéis que enorgulleceros de la historia.

Hoy la Historia de España tiene un bello resurgir, que hace que a nuestro nombre sienta el mundo el respeto, admiración y tal vez miedo. (Gran ovación que dura largo rato).

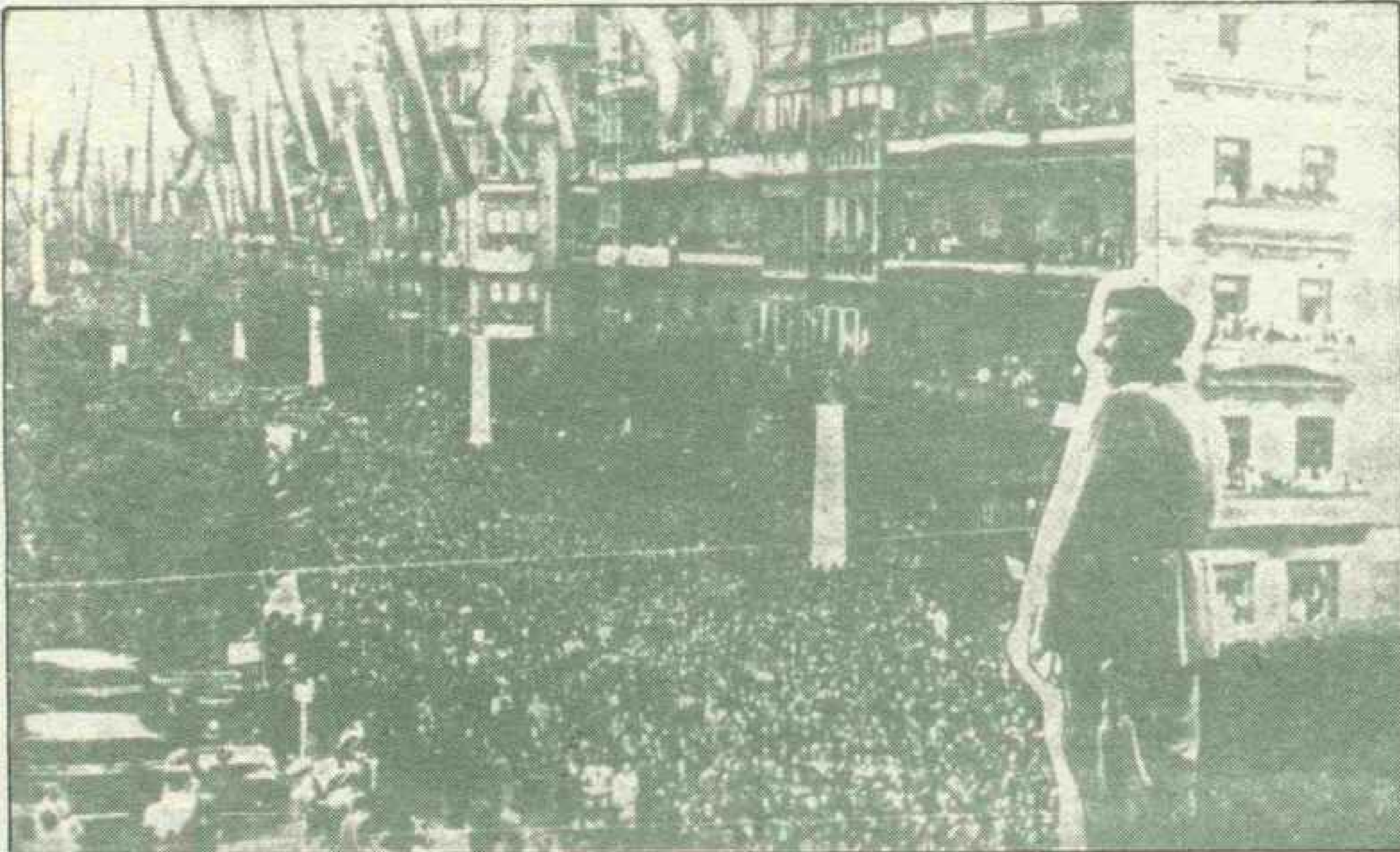
Crédito logrado en las duras tareas de la guerra, escritas con sangre de sus hijos, igual ha de ser en las tareas de la paz.

Una paz y una unidad que han sido fundadas para siempre y que han sido fundadas en vuestra comarca al amparo de la generosidad española y con la que obtuvisteis vuestros fueros y vuestras franquicias otorgadas a la pobreza de vuestro suelo, y bajo aquella unidad se iba creando la riqueza de Vizcaya, surgiendo las fábricas y talleres, poblando vuestra ría, y España entera abría su regazo para recibir los productos.

Al amparo de la unidad, de la paz y de la grandeza surgió la riqueza que hoy atesoráis.

Esa unidad y fortaleza de España, esa confianza que en sus hijos tenemos, hacen que hoy, empezadas las tareas de la paz, permanezcamos indiferentes ante la artificiosa atmósfera de guerra que en Europa se crea, y demos este ejemplo de sereno juicio aprestándonos a nuestras labores de reconstruir y engrandecer España, seguros de que en la región bilbaína

(TERMINA EN LA PAGINA 16)



Esta fué la gran fecha de Bilbao

«Se abren las horas» escribíamos en la mañana del domingo de la gran fecha de Bilbao». No era la frase sino síntesis de un colectivo presagio jubiloso. Porque la capital vizcaína, cuando se cumplía el segundo aniversario de su renacer para España, iba a tener bajo su cielo al hombre providencial que nos sacó de la opresión y rehizo el hilo del destino histórico de las tierras españolas de Vizcaya, entroncándolas, con fuerza maravillosa de perennidad, con amor y con sangre de hermanos, al entrañable afán total de la Patria unida al universal destino español.

Llegaba a Bilbao el Generalísimo Franco, Capitán de privilegio, auténtico Cruzado de empresas trascendentes de Patria y de Fe, y nunca fue, para nosotros, el honor tan alto ni tan generosa la merced.

Por eso esas horas de anteayer y de ayer, vestidas de fervor delirante, de gloria y de luz, nos han producido satisfacción [illegible] y emoción profunda, [illegible] jamás. Conocíamos el pulso cordial del pueblo bilbaíno, su calor español y católico, su reverencia al Caudillo. Que no en vano hay [illegible] [illegible] [illegible] de la pasión pasada. Y las gentes españolas de Vizcaya sienten premura [illegible] y santa prisa de ir ganando con su trabajo y su entusiasmo [illegible] [illegible] la virtud que quisieron [illegible] [illegible] los [illegible] de quienes

(Continúa en la página 16)

(«La Gaceta del Norte», 20-VI-1939)

Telegramas cruzados entre S.S. el Papa y el Caudillo

Pío XII da las gracias al Señor por la victoria de España, y el Generalísimo le expresa la gratitud del pueblo por la apostólica Bendición.

BURGOS 1.—Su santidad el Papa Pío XII ha dirigido al Generalísimo Franco el siguiente telegrama:

"Levantado nuestro corazón al señor, agradecemos sinceramente con V. E. deseada victoria de la católica España. Hacemos votos por que este queridísimo país, alcanzada la paz, emprenda con nuevo vigor sus antiguas y cristianas tradiciones, que tan grande le hicieron.

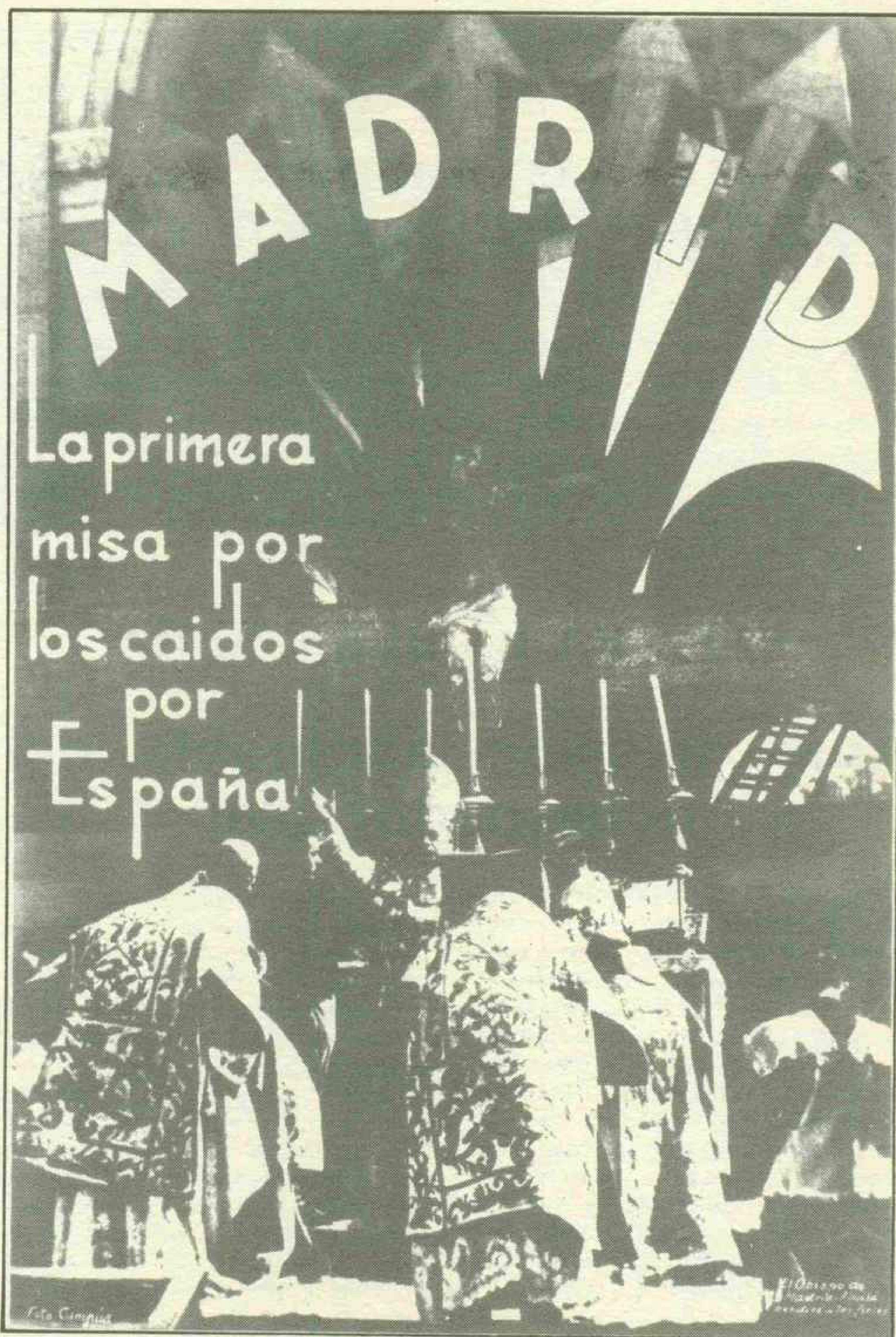
Con esos sentimientos, efusivamente eviamos a V. E. y a todo el noble pueblo español Nuestra apostólica bendición.—PIO PAPA XII."

El generalísimo Franco ha contestado a su vez al telegrama del Papa con el siguiente:

"Intensa emoción me ha producido paternal telegrama de Vuestra Santidad con motivo victoria total de nuestras armas, que en heroica cruzada han luchado contra enemigos de la Religión, de la Patria y de la civilización cristiana.

El pueblo español, que tanto ha sufrido, eleva también, con Vuestra Santidad, su corazón al Señor, que le dispensó su gracia, y le pide protección para su gran obra del porvenir, y conmigo expresa a Vuestra Santidad inmensa gratitud por sus amorosas frases y por su apostólica bendición, que ha recibido con religioso fervor y con la mayor devoción hacia Vuestra beatitud.—FRANCISCO FRANCO, Jefe del Estado Español."

(Agencia «Cifra», 1-IV-1939)



(«Fotos», nº 112 de 22-IV-1939)

Se ha puesto a la venta en Barcelona la obra más interesante sobre motivos carcelarios:

"PRESOS DE LOS ROJOS SEPARATISTAS"

Vivida y escrita por el periodista F. CARASA TORRE

«El libro que merece ser traducido a las lenguas de los países democráticos que dan oídos a las propagandas rojas, sin querer enterarse del terror que a sus presos prodigó la horda marxista.» (De «A B C», Sevilla)

332 páginas de texto, 14 ilustraciones, por el comandante E. LAGARDO

¡Es el único libro! Es una historia llena de dramatismo y de insuperable amenidad, como lo atestiguan las excelentes críticas que ha publicado toda la Prensa nacional.

Precio: 6 Ptas. Pídalo en librerías, quioscos y bazares (sección libros)

LAS FIESTAS DE LA VICTORIA

EL CAUDILLO IMPETRA LA AYUDA DE DIOS PARA LA FORJA DEL IMPERIO Y ES UNGIDO CON LAS PALABRAS SACRAMENTALES DE LA IGLESIA

La impresionante ceremonia de ayer en la iglesia de las Salesas Reales. La oración del Caudillo y la bendición del cardenal primado. En El Escorial, el Generalísimo se postra ante la tumba de Carlos V y ora unos momentos, rodeado de sus ministros. Luego se celebró la recepción diplomática. Homenaje a García Morato en el aeródromo de Griñón. Palabras del Caudillo a los jefes y oficiales en la fiesta celebrada en el Banco de España. Otros actos. Las fiestas en provincias y en el extranjero.

(«ABC», 21-V-1939)

CONTRA LA BLASFEMIA

Una decisión admirable del gobernador civil

DON Luis Alarcón de la Lastra, teniente coronel de Artillería, gobernador civil de la provincia de Madrid.

Hago saber: La realidad ha venido a probar que al ser liberdo un territorio, suge inmediatamente a la luz el sentimiento religioso, tan arraigado en el alma española, que no pudieron contra él persecuciones ni martirios; pero nada ofende más al oído de un católico o simplemente de una persona digna, que la blasfemia, palabra soez proferida en injuria de Dios o de los Santos.

Asimismo, la convivencia social y el máximo esfuerzo con que todos, cada cual en su actividad, contribuímos al renacer nacional, exige el mutuo respeto al enjuiciar cada uno la obra de los demás. Por ello, y en cumplimiento de disposiciones vigentes, ordeno y prevengo:

En el territorio de mi mando quedan terminantemente prohibidas la blasfemia y la difamación de las personas, ya sean autoridades o particulares, ora se dirijan individuos o contra colectividades. Y serán rápida e inflexiblemente castigados, conforme a la ley, aquellos que infringan lo que dispongo, aun cuando sean menores de edad, ya que entonces se extenderá la responsabilidad a sus padres o tutelares; mas creo y espero que el espíritu animador de nuestra cruzada, infiltrándose sin excepción, me evitará proceder con la energía, que estoy seguro emplear, si llegase el caso.

Madrid, 5 de abril de 1939.—Año de la Victoria.—Luis de Alarcón.

(Nota oficial del 5-IV-1939)

EL DEPARTAMENTO NACIONAL DE TEATRO Y MUSICA

PRESENTA

EL TEATRO NACIONAL DE LA FALANGE

LOS DIAS 22 y 23, A LAS ONCE DE LA NOCHE, EN EL PASEO DE LAS ESTATUAS, DEL RETIRO

CON

LA CENA DEL REY BALTASAR

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

REALIZACION

LUIS ESCOBAR

Escenografía y Figurines: VICTOR MARIA CORTEZO
Música: FERNANDO MORALEDA
Coreografía: NADINE LANG
Luminotecnia: F. BENITO DEL GADO
Sonido: SERVICIOS TECNICOS DEL MINISTERIO DE LA GOBERNACION

●

NOTA: Las localidades pueden recogerse en el Departamento Nacional de Teatro y Música, Medinaceli, 4. Teléfono 10273, y en la Jefatura Provincial de F. E T. y de las Jons, Avenida del Generalísimo, 5 (antes Castellana).

LA AUTARQUIA ESPAÑOLA

Por JOSE MARIA DE AREILZA

NO estará de más perfilar el concepto de lo que la autarquía, o, más propiamente dicho, la política autárquica ha de significar en la nueva economía española. Entienden algunos, en efecto, esta palabra, excesivamente usada por cierto, como la hermética conversión de nuestro patrimonio y vida nacionales en un ciclo cerrado, sin contacto alguno exterior, alcanzando la satisfacción de las necesidades del consumo con la exclusiva producción del país. De antemano hay que proscribir semejante interpretación simplista. Para ello nada mejor que analizar a la luz del principio de función los límites de la autarquía, para, una vez conocidos los móviles, estable er la esfera a que deba alcanzar su vigencia.

La política autárquica ha sido llevada a su desarrollo actual en Europa por imperativos militares y políticos. Su origen no es, por consiguiente, hablando en rigor, económico, ni puede decirse tampoco que se trate de un sistema en teoría perfecto o apetecible. La necesidad de bastarse a sí mismas es ante todo una exigencia para las naciones en tiempos de guerra y una capacitación efectiva para resistir bloqueos y asedios. Como fórmula potencial e instrumento defensivo en caso de conflicto, es como la idea autárquica se originó. También es hoy argumento dialéctico en las luchas comerciales de los países, singularmente atizadas desde la Gran Guerra y en la hiperestésica paz armada presente. Pero llevada al límite la teoría, y convertidas todas las naciones en compartimientos estancos, resultaría un caos absurdo que yugularía el comercio internacional, dando probablemente al traste con la propia civilización. Ni piensa nadie en alcanzar semejante utopía. La autarquía es siempre un medio, nunca un fin en sí. Su aceptación es, por consiguiente, en nuestra nación, temporal y oportunista, debido a circunstancias o vicisitudes históricas. Por ejemplo, el enorme impulso y esfuerzo que el Imperio italiano ha realizado en ese sentido se debe principalmente a las sanciones que Ginebra decretará a raíz del problema abisinio. La inicua decisión de las democracias sirvió precisamente al fascismo de estímulo para emprender su impresionante política de autonomía económica, hasta entonces llevada en ritmo lento y pausado.

España, pues, tendrá que mirar previamente a los fines propuestos para poner consiguientemente en práctica los oportunos medios. Nuestro objetivo esencial exterior —el de la guerra y revolución triunfante—, insuperablemente definido en varias ocasiones por el Caudillo, es el de recobrar para España con plenitud la independencia, el honor y la libertad nacionales. Para ello necesitamos ante todo ser militarmente fuertes. Cuanto sea indispensable a esa fortaleza ha de ser, indeclinablemente, la primera tarea de nuestra política económica. Aparte la construcción del propio armamento, naval, terrestre u aéreo, es urgente capacitarnos para lo que de modo indirecto sirva a la guerra y a su sostenimiento. Citaremos tres capítulos, que acaso sean los de mayor volu-

La obra realista del CAUDILLO

Hace 48 horas dimos cuenta de que había SUBIDO EL PRECIO DEL TRIGO Hoy damos cuenta (pág. 5.ª) de que ha BAJADO EL PRECIO DEL PAN

500 gramos COSTABAN EN MADRID 0,40 PESETAS. 1.600 gramos COSTARAN AHORA 1,20 PESETAS.

El bienestar de los labriegos favorece la economía de todos los TRABAJADORES ¡ESTA ES LA POLITICA DE FRANCO!

(«Informaciones», 7-VII-1939)

Los días 4 y 5 de AGOSTO

SUMINISTRO de azúcar, aceite, café y lentejas a toda la población

Segun nota facilitada por la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes, durante los días 4 y 5 del próximo mes de agosto se efectuará a toda la población un suministro de aceite, azúcar, café y lentejas.

Asimismo, y durante los indicados días, se realizará un reparto de bacalao a las cartillas afectas al distrito de Buenavista.

La entrega de dichos productos se hará mediante corte de los correspondientes cupones de las cartillas de abastecimiento.

El racionamiento sera el siguiente: aceite, un decilitro por persona; azúcar, cien gramos por persona; lentejas, 50 gramos por persona; cafe, 30 gramos por persona, y bacalao, 75 gramos por persona.

(«Informaciones», 31-VII-1939)

men e importancia: carburante, transporte automóvil, nitrogenados. Hay, naturalmente, infinidad de otros productos necesarios; pero mencionamos los anteriores por tratarse, además, de factores que juegan en el normal desenvolvimiento de la economía de paz. Si queremos bastarnos en esos tres aspectos, será preciso desarrollar una política industrial de envergadura diversa para cada uno. En materia de carburantes no se puede ir sino muy despacio a los ensayos sintéticos en gran escala. Alemania misma, que se halla a la cabeza en esta clase de realizaciones industriales, no ha logrado forzando su producción, sino llegar al millón doscientas mil toneladas, y ello, en condiciones óptimas para el coste de la materia prima. Nuestro consumo aproximado de unas 400.000 toneladas anuales no sería abastecido sintéticamente sino tras largo y costoso proceso, y ello, con resultados todavía inciertos o dudosos. La prospección metódica del subsuelo español, como es sabido, todavía sin realizar, llevará asimismo años para ser verificada adecuadamente. Una solución de emergencia sería probablemente exigida, mientras tanto, por nuestra política autárquica: la de establecer grandes *"stocks"* de carburante en depósitos convenientemente protegidos en la forma que hoy lo realizan numerosas naciones europeas. En punto a la fabricación del motor y del automóvil, es imprescindible acometer el problema, cosa además perfectamente factible. La guerra de liberación ha servido a este respecto de fecundísima experiencia, ya que los Servicios Automovilistas del Ejército han demostrado la posibilidad de obtener de nuestra industria y de nuestros obreros todas las piezas necesarias en las calidades exigidas. En lo que a nitrogenados se refiere, base de la industria explosiva y del municionamiento en guerra, tampoco hay nada que se oponga al establecimiento en España de plantas industriales de síntesis amoniacal, e incluso, según creemos, se hallan a punto de iniciarse los trabajos de alguna. Con lo enumerado quedarían cubiertas las más importantes etapas de la autorquía militar española.

Y llegamos al otro aspecto de la política autárquica. ¿Hasta qué límites o dentro de qué margen deben nacionalizarse los productos hoy importados, desapareciendo como factores negativos en la balanza comercial? La pregunta es compleja y tan importante que toda la futura economía orientada por el nuevo Estado la tendrá seguramente presente como guión de su política. España tiene después de la Victoria que realizar un inventario de su patrimonio y un programa de su norma comercial exterior. Cinco naciones ocupan los primeros lugares en el volumen del intercambio de productos con España: Alemania, Inglaterra, Estos Unidos, Italia y Francia. Hablamos, claro está, de la normalidad anterior al 36, ya que actualmente, por ejemplo, el comercio con la República vecina se halla supeditado a la ejecución de otros compromisos previos. Nuestras balanzas privativas con cada uno de ellos, eran distintas: favorable con Francia e Inglaterra: sensiblemente niveladas con Alemania e Italia; enormemente desfavorable con Estadps Unidos. Tratados comerciales, señalaban en general la pauta de estos intercam-

bios. Ello quiere decir que venían en gran parte condicionadas las importaciones a la colocación de nuestros productos en los mercados exteriores. Regla tan elemental y obvia no podrá ser ignorada o desdeñada tampoco en la hora presente. Con todas las modificaciones que la voluntad humana realice, las inmutables constantes de nuestra riqueza nacional llamarán siempre al gobernante a la realidad. España es y será país exportador considerable de productos agrícolas y minerales. Podrá el Estado mejorar las condiciones y el rendimiento de esa exportación o aumentar los grados de transformación, manufactura y elaboración de las mismas, pero nunca oponerse a lo que la naturaleza dispuso como invariante constitucional de nuestra economía. He aquí, pues, un primer motivo a considerar. El despojo del oro realizado por la canalla "roja" con las complicaciones exteriores, es un segundo factor, ya que al desposeer de reservas metálicas a nuestra divisa, quedó ésta exclusivamente respaldada por el trabajo y la productividad de todos los españoles. El oro está ahora, como quien dice, en nuestros brazos y en nuestra inteligencia, en el esfuerzo de cada día, y en la labor cotidiana. La compensación rigurosa de productos, será por consiguiente, en general, el límite desfavorable hasta el que se pueda llegar en nuestras relaciones comerciales exteriores. Se impone, pues, la nacionalización gradual de importantes partidas hasta hoy procedentes del exterior, a fin de alcanzar la indispensable nivelación, objetivo que a nadie podrá parecer demasiado lejano ambicioso, cuando todos saben que todavía el mismo año 1930 nuestra balanza de pagos nos era ligeramente favorable. Por no indicar sino un grupo a modo de ejemplo, la maquinaria, el material eléctrico, la pasta de madera, los productos farmacéuticos, la celulosa y sus derivados, serán total o parcialmente, según los casos, objetivos probables de la política autárquica. El algodón, clave de nuestra balanza de importación, es problema aparte de extraordinario relieve. La gran importancia de las cifras que supone, gravitando, además, sin contrapartida en nuestro intercambio exterior, dada su habitual procedencia (Estados Unidos, Egipto, India), hace que sea estudiado con el máximo interés; sirviendo, por otra parte, de materia prima al más fuerte y vigoroso núcleo de industria española, la cuestión algodonera se proyecta, con trazos singulares, como asunto de primer plano en nuestra política. Las directrices autárquicas aconsejarían, seguramente, un sistema mixto en lo que a esta teoría se refiere: de un lado, intensificación racional del cultivo en España; de otra parte, sustitutivos artificiales en la medida conveniente y posible. Y acaso, para completar ambos esfuerzos, fomento de la exportación de tejidos nacionales.

Tales son, a grandes rasgos, y en esquema brevísimo, los que a mi juicio pueden ser caracteres fundamentales de una política autárquica española. Consecuencia lógica de una Victoria lograda para que España pueda de nuevo realizar en el Mundo su misión histórica y sus fines transcendentales.

(«Arriba», 22-VI-1939)

Implantación del »Día del Plato único» en Barcelona

●*Entrará en vigor a partir del 6 de julio*

Una nota del general jefe de los Servicios de Ocupación

SUPONDRIA una simplicidad de criterio, mejor diríamos inconsciencia, creer que la terrible guerra que los enemigos de España impusieron no ha dejado huellas profundísimas.

La infrahumana conducta de los rojos que precediendo la guerra y a través de ella han cometido miles de asesinatos; la destrucción sistemática de muchísimas fuentes de riqueza por perversidad o estulticia; el robo y expoliación de que hicieron víctimas a la nación y a los particulares, y tantas otras causas que la maldad roja, muy en consonancia con el credo marxista, creo, han incrementado de modo nunca visto en guerra alguna el número de huérfanos, viudas y mutilados, así como el de familias que por haber sido arruinadas gemirían en el desamparo si el Caudillo pudiera permitirlo. Toda la gama del dolor humano, en la plenitud de sus aspectos y derivaciones, ha sido volcada sobre España por los anti-Patria.

Esas amargas realidades, que no pueden ignorar, ni menos olvidar, los patriotas, han obligado al Gobierno de nuestro glorioso Caudillo a arbitrar recursos en consonancia con la extensión y profundidad de las necesidades someramente enumeradas, que no serán nunca excesivos si la razón se identifica con el sentimiento de hermandad entre los españoles.

Entre esos recursos figura el "Día semanal del Plato único", que en cuantas provincias ha sido aplicado ha obtenido el resultado magnífico de que no cabía dudar, no sólo por su objetivo sino por lo que de generoso sacrificio tiene.

En cumplimiento, pues, de las órdenes cursadas por el Ministerio de la Gobernación sobre ese importante particular, el Día Semanal del Plato único se implantará en Barcelona el día 6 de julio próximo, circunscrito, de momento, a los hoteles, restaurantes, bares, pensiones, tabernas y en general todos los establecimientos, por modestos que sean, que sirvan comidas al público.

La Junta Provincial de Beneficencia actuará como el Organismo oficial encargado de llevar a la práctica el «Día semanal del Plato único» en Barcelona y cuanto con él se refiera.

Barcelona, 26 de junio de 1939, Año de la Victoria.—El General jefe de los Servicios de Ocupación. Eliseo Alvarez Arenas.

(Publicado en la Prensa de Barcelona, el 27-VI-1939)

Ayer comenzó la campaña contra los mendigos

40, fueron recogidos

De acuerdo con las últimas disposiciones de las autoridades, ayer dio comienzo en Madrid una intensa campaña para terminar, en el más breve plazo, con la mendicidad callejera.

Fueron recogidos 40 mendigos, los cuales, después de ser llevados a la Oficina de Clasificación y desinfectados convenientemente, fueron distribuidos de la siguiente forma: ancianos de ambos sexos, niños y las restantes mujeres naturales de Madrid, a diferentes establecimientos benéficos; los de fuera de la capital, a sus provincias de procedencia, y el resto, con un total de 14 hombres aptos para el trabajo, a la finca agrícola de Boadilla del Monte.

La campaña contra la mendicidad se intensificará de modo extraordinario.

(«Informaciones», 6-VII-1939)

La batalla de la revolución nacionalsindicalista

LA ORGANIZACION SINDICAL EN MARCHA EXTIRPA LAS CAUSAS FUNDAMENTALES DE LA LUCHA DE CLASES

●

Estas eran esencialmente el marxismo y el Estado burgués

(«Arriba», 28-IV-1939)

ESPAÑA 1939

EL NUEVO IDEAL DE LA ESCUELA ESPAÑOLA

●*Instrucciones para su mejor desarrollo*

Nota de la Inspección de 1.ª Enseñanza

"EL nuevo curso escolar, que se inició tan felizmente con la reposición del Santo Crucifijo en la Escuela, exige de modo imperioso un cambio en la actuación del Magisterio primario de Barcelona.

El oprobio de una escuela laica ha terminado, para formar españoles hondos, creyentes y patriotas austeros.

España resurge, gloriosa, por el esfuerzo decidido y gigante de sus hijos, de los que murieron alegremente por ella, de los que por ella se sacrificaron y quisieron rendirle lo mejor y más espléndido de su vida.

La Escuela tiene que recoger el ambiente heroico de las juventudes, guiadas por el Caudillo a la victoria y la cooperación de figuras insignes como la de Josá Antonio, genial alentador de la juventud española en horas de desconcierto; Calvo Sotelo, asesinado cuanto tanto prometía su talento; Sanjurjo, luchador contra los hombres que encarnaban el 14 de abril, sin olvidar aquellos otros soldados de la Tradición, batalladores constantes

Gorras militares y civiles

HIJOS DE RUBIO

Calle Mayor, 35 (moderno)

Saluda a sus clientes y amigos

¡VIVA FRANCO!
¡ARRIBA ESPAÑA!

¡Franco!...
¡Franco!...
¡Franco!...

¡Arriba España!

La Sevillana

Manuel Fernández y González, 6 (antes Visitación).
Se servirán la rica manzanilla y los platos especiales de la tierra de María Santísima.

Saluda cariñosamente a sus clientes y amigos.

¡¡Viva España!!

EL PERSONAL DOCENTE DE LAS PROVINCIAS LIBERADAS

VITORIA.—El ministro de Educación Nacional, ha firmado una orden referente a la depuración de todo el personal docente de las provincias recientemente liberadas.

En su consecuencia quedan suspendidos de empleo y sueldo todo el personal docente, debiendo dirigirse en el plazo que se determina a las autoridades que se mencionan, para obtener su rehabilitación provisional, primero y después su depuración.

(Agencia «Faro», 20-IV-1939)

contra ideologías extrañas, que desviaron la esencia y ser de la Patria. Todos rindieron su tributo a la muerte, antes de ver cubiertos los claros celos de España por auroras de triunfo y de gloria definitiva.

Por ello esta Inspección se dirige a todo el Magisterio primario para el mejor cumplimiento de las disposiciones de la Jefatura del Servicio, contenidas sobre todo en su circular de 5 de marzo de 1938 y en órdenes anteriores, para hacer las indicaciones siguientes:

1. — La reposición del Santo Crucifijo marca la apertura del curso, que será rápida e inmediata.

2. — Además del retrato del Caudillo, habrá en el salón de clase una imagen de la Virgen, con preferencia de la Inmaculada, y en sitio preferente.

3. — El Mes de María se celebrará ante su imagen y según ha indicado el Excelentísimo y Reverendísimo Administrador Apostólico de esta Diócesis recientemente.

4. — A la entrada en la Escuela, los niños saludarán con el tradicional «Ave María Purísima» siendo contestados por el maestro: «Sin pecado concebida».

5. — El crucifijo sería conveniente tuviese como fondo la Bandera de la Patria.

6. — La ceremonia de colocar la Bandera antes de empezar las clases, y arriarla al terminar, mientras se entona el Himno Nacional, es obligatoria para todas las escuelas. Deberá efectuarse en el patio de la Escuela o en su interior si carece de él.

7. — Con el fin de cumplir el precepto de oír misa los domingos, asistiendo los niños, con sus maestros al frente, acudirán a la iglesia en que la celebren, las Organizaciones Juveniles y con los niños no enclavados en éstas, que asistirán con ellas.

8. — La sesión escolar comprenderá seis horas: de nueve a doce y de tres a seis las niñas; de ocho y media a once y media, y de dos y media a cinco y media, los niños.

9. — Hasta la publicación de los programas escolares se atendrán los señores maestros a lo prescrito en la Circular de la Jefatura en 5 de marzo de 1938.

10. — Los maestros que por rehabilitaciones sucesivas hayan de abrir sus Escuelas, se atendrán estrictamente a estas normas.

11. — La lista de libros escolares permitidos por el Ministerio, obra en la Sección Administrativa y en la Inspección. Los excluidos en ella no podrán usarse, debiendo ser retirados, sin destruirlos por ningún concepto, y en espera de órdenes oportunas: y

12. — Los colegios privados podrán pasar por la Inspección, de doce a una, la próxima semana, a recoger la Circular de la Jefatura, dejando comprobante que así lo acredite.»

(Nota Oficial del 6-V-1939)

PALACIO DE LA PRENSA
(NUEVA EMPRESA)
Hoy, Sábado de Gloria, inauguración
LA BANDERA
(en español)
Exaltación de la Legión creada por el glorioso mutilado general Millán Astray
¡ARRIBA ESPAÑA! AÑO DE LA VICTORIA

Se suprime la coeducación en los grupos escolares de Madrid

Vitoria 3, 2 madrugada. En virtud de una orden del ministerio de Educación nacional, queda suprimida la coeducación en los grupos escolares de Madrid. La parte dispositiva de dicha orden, dice:

Artículo 1.° En los grupos escolares Andrés Manjón, Leopoldo Alas, Luis Vives y Marcial Usera, se crea una plaza de director en cada uno de ellos, a base de las secciones número 1 de cada grupo.

Art. 2.° En cada uno de los grupos escolares Amador de los Ríos, José Calvo Sotelo, Claudio Moyano, Emilia Pardo Bazán, Víctor Prádera, Goya, Joaquín Sorolla, José Echegaray, Lope de Vega, Miguel Unamuno, General Mola, José Antonio, Padre Poveda, Tirso de Molina, se crea una plaza de directora, a base de la secciones número 1 de los respectivos grupos.

Art. 3.° Las referidas plazas se proveerán en la forma reglamentaria y serán desempeñadas con los derechos correspondientes al número de grados de cada grupo de niños y de niñas.

(Agencia «Faro», 3-V-1939)

PROFESORES DESTITUIDOS

VITORIA.—El jefe del Servicio Nacional de Primera Enseñanza, señor Toledo, ha manifestado que con esta fecha y a reserva de los que pueda resultar en su expediente correspondiente de la Comisión depuradora, había suspendido de sueldo y destituído al director y a la mayor parte del profesorado del Colegio Nacional de Ciegos, del colegio de Sordomudos y de la Escuela de Anormales, focos en los que el marxismo actuó con verdadera intensidad.

(Agencia «Faro», 24-IV-1939)

El Portugués
CRUZ, 3
Vinos finos
y licores
Saluda al Ejército Nacional
¡Viva el Generalísimo Franco! ¡Arriba España!

EXALTACION DE LA ESCUELA CATOLICA

El Gobierno de FRANCO recoge el espíritu tradicional de España

14 fundiciones madrileñas trabajan en la construcción de 25.000 crucifijos.

En los talleres penitenciarios de Alcalá, los rojos construyen las cruces de madera.

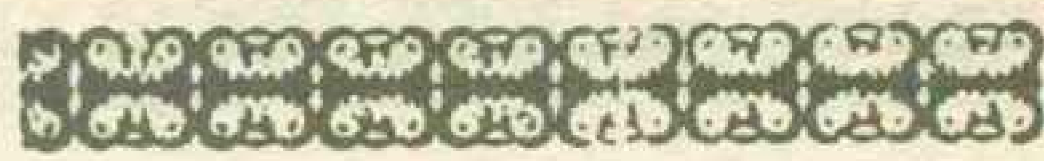
(«Informaciones», 14-IX-1939)

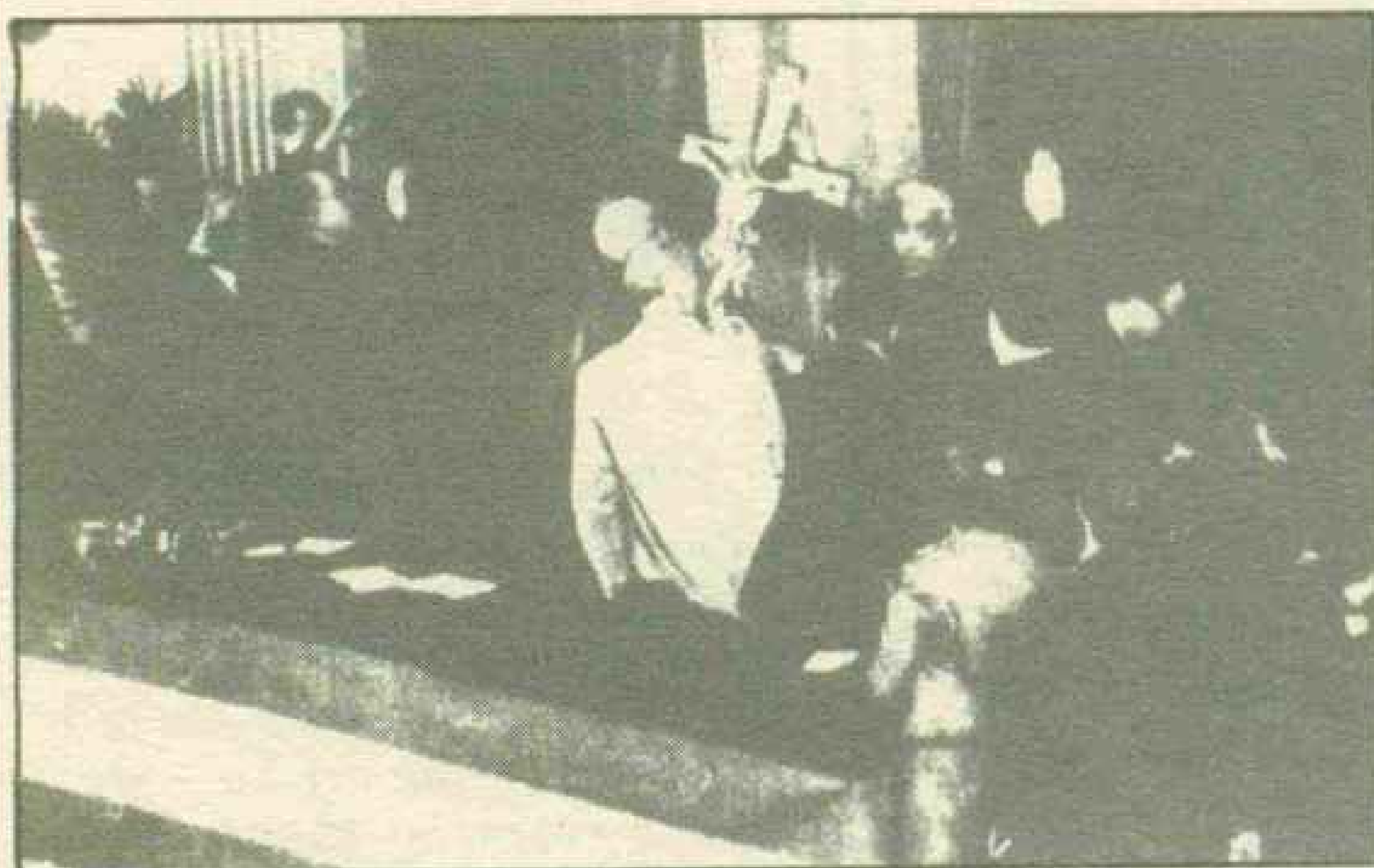
LA MARQUESINA
Tetuán; 16
Tremendos bocadillos de jamón
"Gran Marquesina", series 1.ª y 2.ª
¡A DESQUITARSE!

AVENIDA
reanuda su temporada cinematográfica hoy, SABADO DE GLORIA, 8 de abril del Año de la Victoria, con el
ESTRENO
de la película todo interés y emoción
ESPAÑA HEROICA
realizada por la gran marca nacional CIFESA durante la guerra y en la guerra misma
La película de éxito indiscutido
que admirará todo Madrid

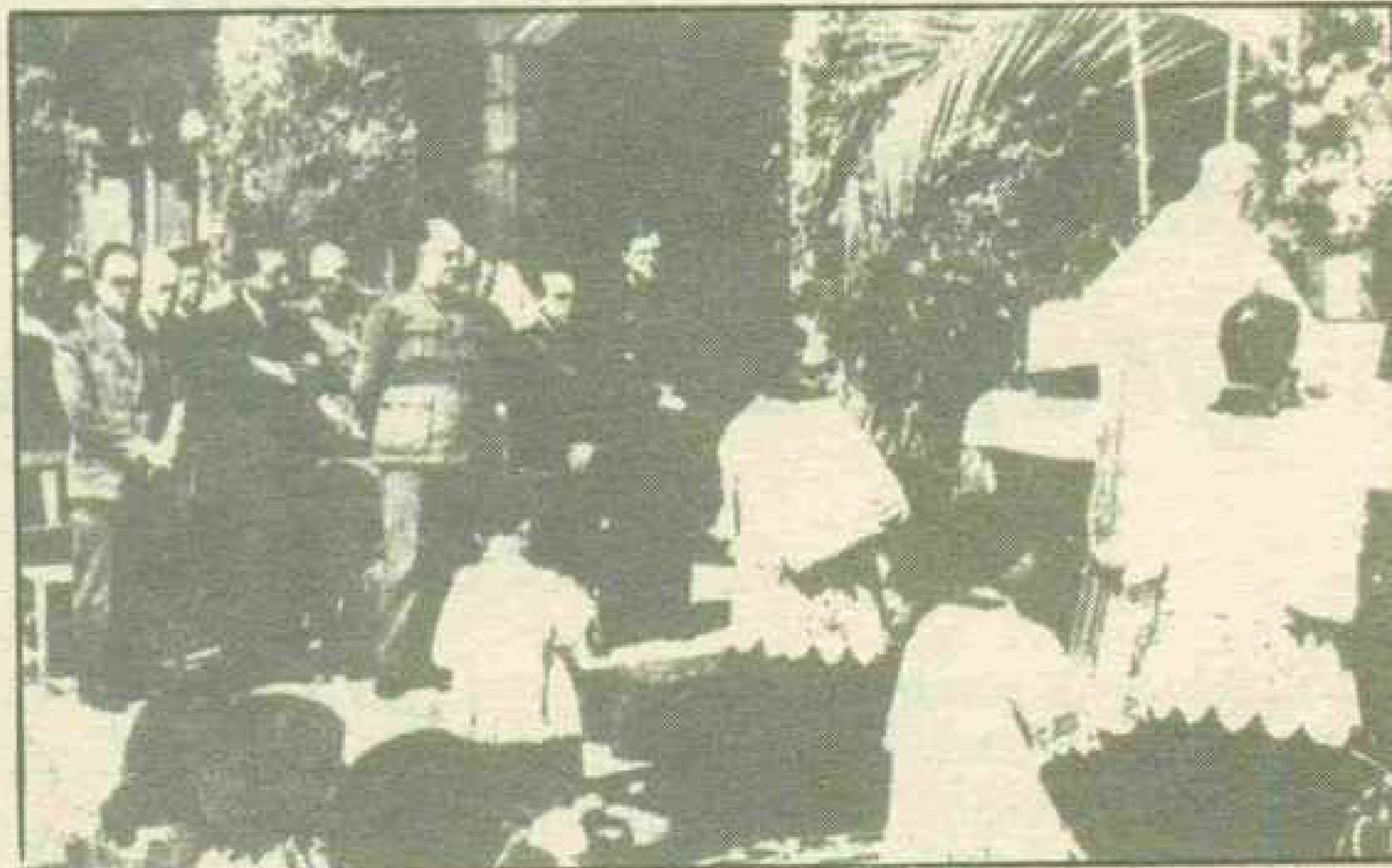


ESPAÑA 1939





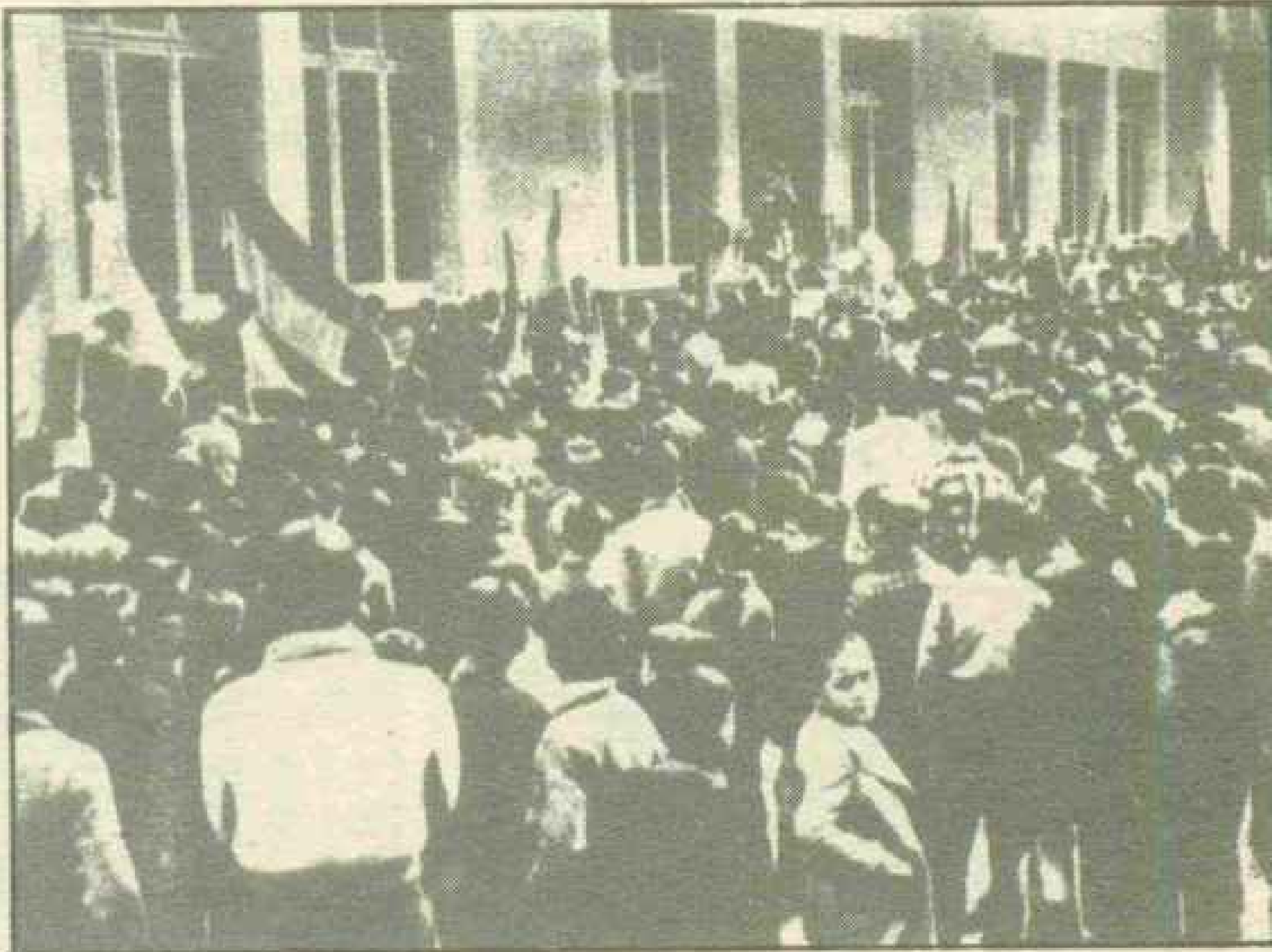
Barcelona.—En la Catedral Basílica se celebró el solemne acto de bendición de los Crucifijos destinados a ocupar el sitio dé honor que les corresponde en las Escuelas primarias de la ciudad. Instantánea del emocionante acto de colocar el Santo Crucifijo en el Grupo Escolar «Pedro Vila»



Las autoridades en el Grupo Escolar «Duran y Bas», durante la misa de camapaña



Grupo de niños portantes de los Crucifijos para ser solemnemente repuesto en las diferentes aulas



Aspecto que presentaban, durante la misa de campaña, las Escuelas de la barria de San



Pequeños escolares cantan, brazo en alto, los gloriosos himnos del Movimiento, en presencia de las autoridades.

(«La Vanguardia Española», 7-V-1939)





PASQUIN DEL S. E. U.

LA UNIVERSIDAD DE FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS J. O. N. S.

PUEDE decirse y debe proclamarse a los cuatro vientos del mundo —acompañando a la voz suprema del Caudillo— que la guerra no ha terminado, en cierto modo. Que han de seguir dispuestas las inteligencias y los músculos en tensión. Que han de perdurar las virtudes guerreras de la disciplina y del sacrificio. Que hay que continuar viviendo con lo imprescindible, porque nos falta por ganar para España todo lo que imprescindiblemente necesita para figurar como un pueblo rector en la Historia.

Y la Universidad —como órgano cultural indispensable de nuestro pueblo en marcha— tiene que estar, asimismo, informada por aquellos valores nacionales que la Falange y el Ejército de Africa guardaban para hacernos brillar en el Alzamiento del 18 de julio de 1936 —instante en que unos grupos que había despertado la voz de José Antonio hicieron ponerse en pie, definitivamente, a las juventudes de España.

Estos valores —subversivos y edificantes— residen, ante todo, en el acatamiento a una jerarquía y una disciplina; en el servicio alegre y el desinteresado sacrificio. En esas seis virtudes falangistas —obediencia y alegría, ímpetu y paciencia, gallardía y silencio— que nos hacen ser de otro modo que los demás. Tener un estilo impar e inimitable.

Nuestras falanges universitarias van a llegar muy pronto a los claustros y las aulas de los Centros docentes, con este modo de ser, que impone y exige la unanimidad. Como una sola alma, como un solo hombre es necesario que acudan los estudiantes españoles a la llamada que la Patria les hace junto a las cátedras y los campos de deporte, las bibliotecas y los laboratorios. La Universidad con profesores y alumnos distanciados, la escolaridad con rencillas entre los unos y los otros y el abandono por todos de su labor, las luchas intestinas y los grupitos disidentes, ha terminado de hecho para siempre. De derecho terminará también, actuando en este sentido unificador y totalitario de modo incontestable.

Luchamos desde hace mucho tiempo por la Universidad unánime, en la que los universitarios españoles que merezcan serlo. Sin más excepciones. Sin más camarillas profesionales. Sin más secesiones políticas.

Así será la Universidad de la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

LA JEFATURA NACIONAL DEL S. E. U.

ESTUDIO Y ACCION. ¡Saludo a Franco! ¡ARRIBA ESPAÑA!

(Nota del S. E. U., del 20-V-1939)





CINE

COLGADURAS DE GLORIA

Por LUIS GOMEZ MESA

MORIR erguidos el alma y el cuerpo por la fe, el pensamiento y el corazón en alto, fijos en Dios y en la Patria, es alcanzar la gloria eterna. Nuestros caídos hicieron realidad sublimemente sencilla esta afirmación. Y el gozo, de la valentía y la generosidad con que sacrificaron sus vidas rechazan los crespones de luto. El blanco fulgor de su conducta desconoce la negrura. Ellos llevaban en su ímpetu demasiada luz para amar la oscuridad. Se extasiaban en el sol de la alegría y en el más radiante y azul de los cielos, como el de los días felices de Madrid, y por lo mismo que nuestra ciudad se halla en pleno disfrute de la dicha inmensa de su reciente liberación, no debemos olvidar en estos instantes venturosos a quienes perecieron por lograrnos tan supremo anhelo. ¡Loer a su memoria! Pero no al modo usual del lloriqueo, de las lágrimas femeninas, sino al estilo viril y falangista de la emoción contenida, de la promesa callada y sincera —brazo en alto y la mano extendida— de seguir su ejemplo. Y en vez del luto, las colgaduras de gloria, ¡a su gloria inmarcesible!

Así, como una colgadura de triunfo puesta en la pantalla del Cine Avenida, y movible y admirable, es la película titulada "España heroica". ¿Y no es una redundancia este adjetivo, si el nombre de España significa ya —desde nuestro renacer el 18 de julio de 1936— heroicidad, bravura, abnegación y cuanto es decisión de victoria.

Constituido ese documental por escenas filmadas en la zona "roja" y en la de Franco, de la simple comparación entre una y otra resultan muy provechosas enseñanzas. En aquélla, el crimen, el pillaje, el robo, la desorganización, el hambre, el materialismo más grosero: un caos de maldades, y en la nacional, el orden, la disciplina, la justicia, el pan, el trabajo, la espiritualidad más elevada: un éxito de bondades.

¿Qué mejores pruebas de convencimiento que esos fotogramas contundentes, irrefutables? ¡Sobrio y expresivo lenguaje el del cine, empleado como documento histórico! ¿Podrán dudar las generaciones futuras de la razón de nuestro movimiento? ¡Nunca, ante los cuadros terribles —de saqueos y asesinatos— de las turbas marxistas y los prodigiosamente heroicos de los nacionales!

Empieza la película con el ambiente hostil de odio a la Patria y a la religión del Frente Popular. Indencios de iglesias, inmolación,

CARTELERA MADRILEÑA

PROGRAMAS OFICIALES DEL DEPARTAMENTO NACIONAL DE CINEMATOGRAFIA DEL MINISTERIO DE LA GOBERNACION

BARCELO.—(Dedicado a las organizaciones juveniles de F. E. T. y de las J. O. N. S.): Desde las 4, Noticiario español número 17 y los documentales Juventudes de España y Desfile militar en Barcelona.

CAPITOL.—A las 4 y a las 6: Noticiario español números 2, 8, 10 y 17 y los documentales Juventudes de España y Liberación de Barcelona.

CARRETAS.—Continua desde las 11: Noticiario español números 2, 4 y 15 y los documentales Dieciocho de julio y el Desfile militar en Barcelona.

CHAMBERI.—A las 4 y a las 6: Noticiario español números 10, 14 y 15 y el documental Liberación de Barcelona.

HOLLYWOOD. — A las 4 y a las 6: Noticiario español números 4, 11 y 12 y los documentales Liberación de Barcelona y La batalla del Ebro.

BILBAO.—A las 4 y a las 6: Noticiario español números 3, 5, 7 y 8 y La batalla del Ebro.

FIGARO.—A las 4 y a las 6: Noticiario español números 2, 4, 5, 7 y 15 y Prisioneros de guerra.

GENOVA.—A las 4 y a las 6: Noticiario español números 1, 11 y 16 y los documentales Dieciocho de julio y Ciudad Universitaria.

MADRID-PARIS.—Desde las 11: Noticiario español números 9, 16 y 17 y los documentales La batalla del Ebro y Desfile en Barcelona.

MONUMENTAL.—A las 4 y a las 6: Noticiario español números 1, 5 y 7 y los documentales Dieciocho de julio y Ciudad Universitaria.

PALACIO DE LA MUSICA.—A las 4 y a las 6: Noticiario español números 9, 16 y 17 y los documentales La batalla del Ebro y Desfile militar en Barcelona.

PROYECCIONES.—A las 4 y a las 6: Noticiario español números 10, 11 y 12 y los documentales Prisioneros de guerra y La batalla del Ebro.

PROGRESO.—A las 4 y a las 6: Noticiario español números 2, 7, 10 y 15 y La batalla del Ebro.

RIALTO.—A las 4 y a las 6: Noticiario español números 1, 3, 5 y 14 y los documentales Dieciocho de julio y Ciudad Universitaria.

ROYALTY.—A las 4 y a las 6: Noticiario español números 1, 11 16 y los documentales Dieciocho de julio y Ciudad Universitaria.

SALAMANCA.—A las 4 y a las 6: Noticiario español números 1, 3, 7 y 15 y Prisioneros de guerra.

TIVOLI.—A las 4 y a las 6: Noticiario español números 1, 9, 10 y 17 y Ciudad Universitaria.

(Publicado en la Prensa madrileña el 4-IV-1939)

La obra póstuma del inimitable
WARNER OLAND

CHARLIE CHAN EN LA OPERA

SE ESTRENA HOY, SABADO DE GLORIA, en

Palacio de la Músira

(4 y 6 tarde)

y en

CINE SALAMANCA

(4 y ½ y 6 y ½ tarde).

Una producción 20th Century Fox.

Completará programa en ambos locales, el documental del Departamento Nacional de Cinematografía

La liberación de Madrid

(estreno)

por mandato del propio Gobierno masónico, del mártir Calvo Sotelo. Y se produce el Alzamiento Nacional. En Madrid se rinde el cuartel de la Montaña, y las hordas perpetran las primeras matanzas. Luego... ¿Y para qué detallar el desarrollo entero de los diferentes episodios? Toda la película sigue el proceso ascendente hacia las cumbres de la perfección —como exige nuestro brioso ¡Arriba España!— de la guerra contra la barbarie soviética, que intentaba "incautarse" de nuestra Patria, sin saber que la Providencia había ungido para la potentosa empresa de salvar la civilización, el Generalísimo Franco.

La gesta del Alcázar toledano —fortaleza de nuestro poderío imperial—, la conquista de Málaga por Queipo del Llano, las campañas en el Norte de los Ejércitos de Mola y Dávila, el asedio de Madrid con la toma de la ciudad Universitaria, la Casa de Campo, los carabancheles...

Tales son las jornadas principales que refleja "España heroica", buen documental de largo metraje sobre nuestra guerra, y que es como una colgadura de gloria para nuestros caídos en los campos de batalla y en las "checas" y cárceles de los "rojos" o asesinados por éstos, que el cine ofrece en su homenaje.

(«Arriba», 11-IV-1939)

EL FUERO DEL FUTBOL NACIONAL

Habla el Coronel Troncoso

TENIENTE coronel Troncoso... ¡A la orden! Su orden del día referente a lo que tiene que ser el fútbol nacional, del cual es usted rector, nos parece admirable en el fondo y en la forma. A la vista de sus términos, nos apresuramos a trascribir el extracto para conocimiento de todos: jugadores, Clubs, directivos y aficionados. Para conocimiento y cumplimiento.

El Fuero del Fútbol Nacional pudiera decirse que se encuentra concretado en unas cuantas frases, todas las cuales se resumen en dos: El fútbol ya no mandará como antes. El fútbol habrá de someterse a la férula de la institución oficial que ha de regir todos los deportes. En consecuencia, el trazo ordenatorio se expresa así:

En el fútbol habrá una disciplina férrea. Féderaciones de pocos directivos; Clubs de pocos directivos.

Se señalarán a los Clubs los sueldos de los jugadores. Y no podrá haber trampas.

Los Clubs no tendrán beneficios económicos.

No habrá entrenadores extranjeros mientras los haya nacionales.

Los árbitros serán pocos... y buenos. Esto lo deseamos nosotros y todos los aficionados.

Se quiere que la Copa se dilucide en Madrid. Es cuestión de campo.

Los campeonatos regionales comenzarán en Septiembre.

Habrá campeonato nacional por eliminatorias a doble vuelta.

Por el momento no habrá campeonato de Liga.

Cada Club deberá hacerse sus propios jugadores.

Lo que quiere decir que no se permitirá la pesca de arrastre.

Se fijará la edad para las competiciones de categoría.

No se permitirá que en ellas haya jugadores de dieciséis o diecisiete años.

Los jugadores turistas por el Extranjero, no volverán...

No volverán a jugar al fútbol como españoles.

Cuando vuelvan, la justicia dirá si son o no culpables.

En cuanto al fútbol internacional se estudia el torneo de selecciones regionales.

Como base de la formación del equipo nacional representativo.

El primer partido internacional en Valencia, en Mestalla.

Jugarían Recuperación contra una selección militar italiana.

Las próximas charlas de García Sanchíz

La del domingo por la tarde

Como reiteradamente hemos anunciado, el gran artista de la palabra y eficaz paladín de la causa española ante el mundo, Federico García Sanchíz, dará su primera charla el próximo domingo, 18 de junio, a las seis y cuarto de la tarde, en el Palacio de la Música.

Versará sobre «Los maravillosos caminos del Santo Grial», cuyo programa dimos en nuestro número del domingo.

La del viernes, 23, por la noche

La segunda charla de García Sanchíz, será el viernes 23, a las diez de la noche, y teniendo por tema «La batalla de Teruel», con arreglo al siguiente guión:

(Análisis y descripción de esta batalla, la más grande de la guerra, seguida en todos sus tiempos desde la línea de fuego. Informaciones especiales de las Baterías Antiaéreas y la Aviación.

I.—Registro policial.—Aquella charla del general Queipo de Llano.—Propaganda en el Extranjero.—Revelación de dos nuevos frentes.—Importancia militar del episodio.—Curiosidades inéditas sobre el consumo de proyectiles, volumen económico, número de combatientes y bajas.—Mi prestación personal.—«A Zaragoza».—El Pilar.—Gran Hotel.—Panorama turolense y los celos de Huesca.—Vísperas.—El escenario.—Prólogo de la batalla.—Diálogo armado con el enemigo.—Exito que ya parece ser el triunfo.—Impresiones en un puesto de mando: el de Aragón.—Sesión extraordinaria en un Cuartel General.—La nieve, la neveda.—Embrujamiento ruso.

II.—Aliento impuro en la retaguardia.—Avance del frente internacional.—La caída de Teruel.—Por primera vez suenan las palabras: incapacidad y traición.—Los evadidos.—En la Venta del Cardo.—La testa de Goya.—Emanación eslava en el campo.—El cañón de la carretera.—La dama de la quinta de Caudé.—Muerte de unos corresponsales.—Equipos quirúrgicos.—Pasa el general Moscardó.—Un acordeón.—Exorcismo.—Los caballeritos Guido y Kemp.—Feria moruna.—Mujeres de la Legión Extranjera.—Una pescadería en el bosque.—Al sol.—Presentimiento del Generalísimo.—La batalla.—Tres actos y en el último la reconquista de Teruel.—Figuras y servicios excepcionales.—La Aviación y la famosísima cadena del comandante García Morato, As de Ases.—Batería antiaérea.—Esto queda de Teruel...—El mar.—Tedeum Laudamus.

O contra el equipo de Portugal.

Como fecha, el domingo anterior a la final de la Copa.

El fútbol cobrará un esplendor infinitamente mayor que antes de la guerra.

Todo lo cual rubrican en deseo, en esencia y en potencia todos los buenos aficionados.

(«Arriba», 26-V-1939)

 ESPAÑA 1939 

EL OLOR MARXISTA

Por W. FERNANDEZ FLOREZ

(De la Real Academia Española.)

ALEJADO de Madrid, no sé lo que en él ocurre ahora. Me han dicho que mejora sorprendentemente bajo los cuidados de hombres expertos y en la atmósfera favorable del nuevo régimen. Pero, cuando yo estuve ahí, olía a rojo.

Son muchas las personas que lo han advertido, pero creo que me corresponde el orgullo de ser el primero que proponga este tema de estudio a los hombres de ciencia. ¿Las ideas politicosociales tienen olor cuando se presentan en grandes masas? ¿Está en ellas mismas o se produce por su estímulo sobre las cosas o sobre algunas glándulas del cuerpo humano? Si yo no tuviese tanto que hacer, no vacilaría en dedicar a esta investigación los años precisos; pero no quiero abandonar la cuestión sin suministrar a quines acaso lo intenten los datos que poseo.

El olor a rojo no puede ser encasillado entre ninguno de los olores conocidos. Es algo especial. Descompuesto, se encontraría en él el olor a bravío de las bestias montaraces, el de las sentinas, donde viajaban los emigrantes, que es dulzón y se agarra a la garganta, el olor a botica de las chinches gordas, el olor triste y húmedo de las rendijas donde anidan las cucarachas y otro elemento un elemento especial, característico, que los funde a todos: algo que por no haber comparación, resulta, naturalmente indescriptible.

Todo Madrid olía a eso: las casas particulares desde los palacios hasta las más humildes; los tranvías, el *Metro*, la calle, las plazas, las personas, los trajes, el aire... No se podía confundir con nada. No se decía: "¿A qué huele aquí?", sino que, después de la primera inspiración se definía:

—Aquí huele a rojo.

Vamos a reconocer que en ese hedor colaboraban causas de índole material, física. En Madrid se han llegado a utilizar como combustible zapatos viejos y alpargatas fuera de uso. La alpargata de un miliciano tiene aproximadamente, un radio de fetidez de quince metros, pero, sometida a altas temperaturas, no se supo nunca a dónde podía llegar, porque hasta que las necesidades y privaciones de la guerra, no lo impusieron, nadie se atrevió jamás a quemar ese objeto, intuyendo que ocurría lgo insoportable. También hay que admitir que muchos millares de seres que comen hierbas y conservas rusas no dejan de influir con su hálito en las condiciones de la atmósfera. Hasta aquí, es comprensible, y aún pueden añadirse a estos ejemplos algunas parecidas razones más.

Tampoco seria muy difícil explicar la solidaridad de las chinches y de las cucarachas con el marxismo. De las primeras, especialmente, es posible afirmar que tuvieron su paraíso en esos tres años, hasta el punto de que son escasísimas —si hay alguna, porque no se han hecho estadísticas escrupulosamente severas— las casas que quedaron en Madrid libres de esa plaga asquerosa. Si el marxismo sirve para asegurar la dicha de alguna comunidad, es la de las chinches. La chinche debe ser su animal simbólico.

¿Qué es el marxismo? Un miserable que sube —para robar, para matar, para ocupar en cargo que no entiende— por una escalera, y una chinche que baja por una pared. ¿Simpatizan por una análoga tendencia sanguinaria? ¿Hay un nexo misterioso entre las diferentes hediendeces? Sólo una respuesta puedo extraer de mis cavilaciones: el marxista respeta a las chinches por un confuso totemismo. La chinche es tabú para ellos como lo es el tigre para algunas tribus indias

Se hará una gran campaña para desinfectar Madrid de la miseria que dejó el marxismo

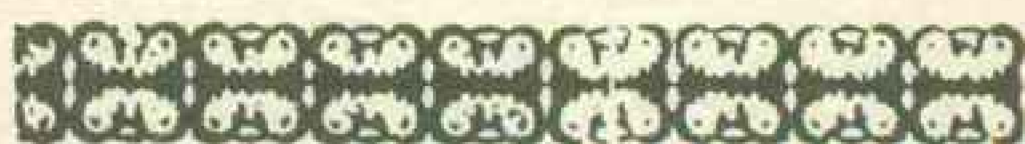
La dirigirá el Laboratorio Municipal con la cooperación de todos los médicos madrileños

Es necesaria la ayuda de todo el vecindario para que en dos meses sea extirpada la mugre que dejaron los "rojos"

(«Arriba», 23-V-1939)







Letra de "¡Ya hemos pasao!"

I

Era en aquel Madrid de hace dos años,
donde mandaban Prieto y Don Lenín;
era en aquel Madrid de la cochambre,
de Largo Caballero y don Negrín.
Era en aquel Madrid de milicianos,
de hoces y de martillos y soviet,
era en aquel Madrid de puño en alto,
donde gritaban todos a la vez:
No pasarán,
decían los marxistas
No pasarán,
gritaban por las calles
No pasarán,
se oía a todas horas
por plazas y plazuelas,
con voces miserables.
No pararán,
la burla fué, y el reto
no pararán,
pesquín de las paredes.
No pasarán,
gritaban por el «micro»,
chillaban en la Prensa
y en todos los papeles.
No pasarán.

II

Este Madrid es hoy de Yugo y Flechas
es sonriente, alegre y juvenil.
Este Madrid es hoy brazos en alto,
que signos de paz llevan cual nuevo abril.
Este Madrid es hoy de la Falange
siempre garboso y lleno de su fe.
a este Madrid, que creee en la Paloma,
hoy que ya es libre, así le cantaré:
Ya hemos pasao,
deciamos los «facciosos».
Ya hemos pasao,
gritamos los rebeldes.
Ya hemos pasao
y estamos en el Prado,
mirando frente a frente
a la señá Cibeles.
Ya hemos pasao.
Ya hemos pasao
y estamos en la Cava.
Ya hemos pasao,
con alma y corazón.
Ya hemos pasao
y estamos esperando
pa ver caer la bola
de la Gobernación.
Ya hemos pasao.

(«Fotos», n° 114 de 6-V-1939)

o la serpiente para otras del Africa.

Hasta aquí aun hay batante luz. Todo se oscurece si tratamos de precisar el origen de ese algo peculiar que atufa en las emanaciones rojas y que quedará para siempre ligado con el recuerdo de la miseria, de la infelicidad y del crimen. Sin duda, es olor de alma putrefacta, de corrupción espiritual, de sentimientos en carroña, pero no se sabe aún su quimismo.

Así olían ya las Casas del Pueblo, los mítines del Frente Popular, las porterías y hasta infinidad de "honradas blusas", por muy bien lavadas que fuesen, pero nunca hasta ahora se dió el caso de una populosa capital entera encharcada en esa peste.

El olor a rojo es tan fuerte y típico, que creo posible distinguir a un marxista y aun seguir su rastro con un olfato muy poco ejercitado. El marxismo —religión de presidiarios, de fracasados de enviciosos, de contrahechos, de vividores, de perezosos, de cubil— tenía que oler así, precisamente: a conciencia podrida que huele peor que una ballena muerta.

Porque el marxismo, materialista, es una doctrina intestinal, y sus eclosiones resultan mefíticas.

O... quizá nos estamos apretando los sesos por buscar una explicación científica, ya todo el secreto resida en lo más conocido y evidente: que aquellos pobres cerdos no se lavaban nunca.

(«ABC», 28-V-1939)



(«Fotos», n° 112 de 22-IV-1939)





MADRID RECOBRADO

El rencor de las mujeres feas

Por José VICENTE PUENTE

CON la noticia de tanto martirio, Madrid, como todo lo que fué España "roja" —negación de Patria—, nos ha mostrado una fauna que llevábamos entre nosotros, rozándonos diariamente con ella, y sin que su pestilencia trascendiese por encima de nuestra ignorancia respecto a su maldad.

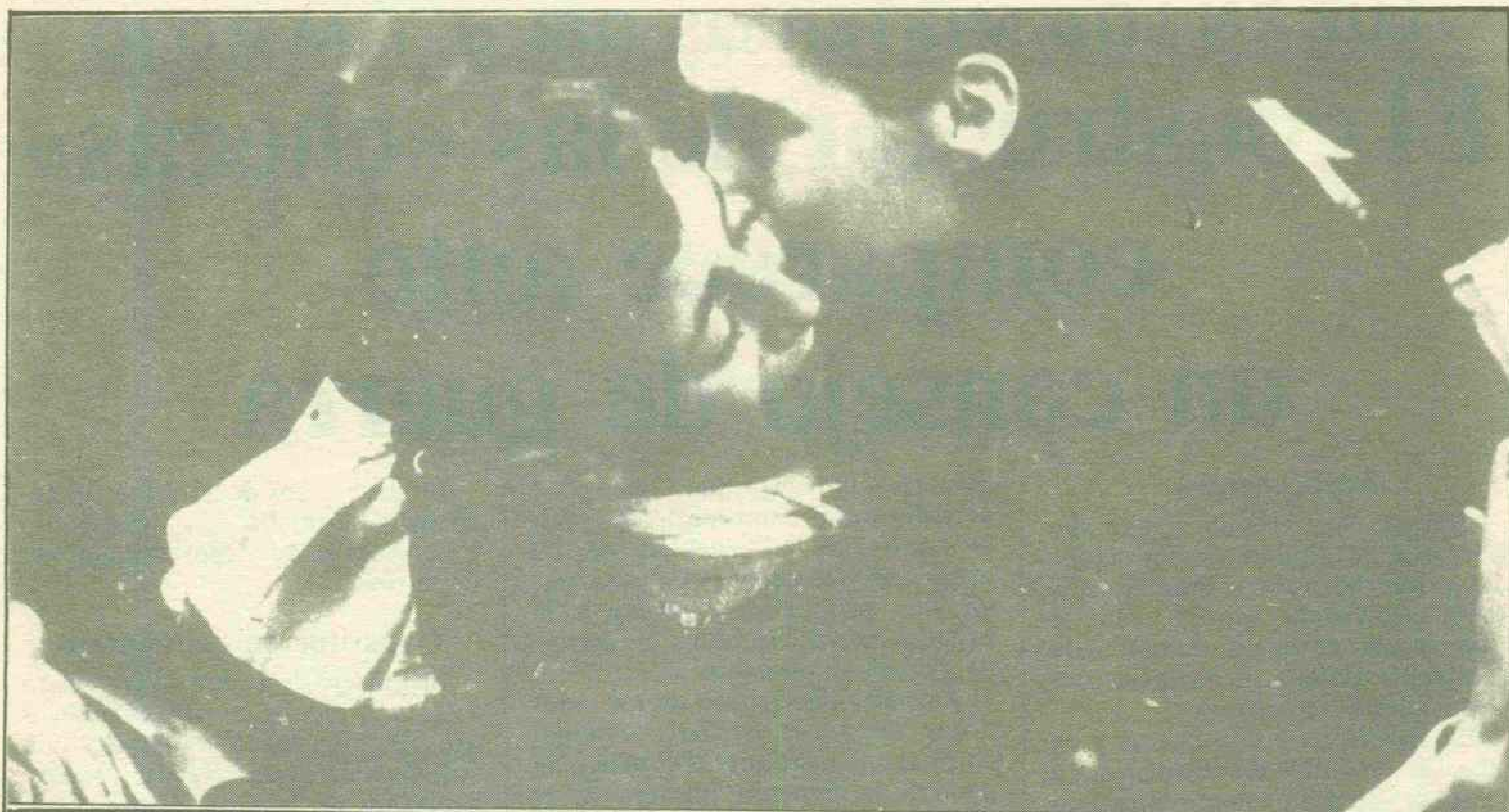
Es indudable que la revolución "roja" ha sido la revolución de los cucufates, de los miserables, y, sobre todo, de los rencorosos. No se ha pretendido cambiar las posiciones —ahora, tu abajo y yo arriba— ni modificar una estructuración social. Lo que se ha querido hacer es aplastar la minoría. Segar cuanto podía elevarse por encima del anonimato y sepultar para siempre la selección y la unidad. La revolución de la venganza, en que se ha cotizado para morir ser cortés amable; tener pequeños éxitos; haber ganado unas oposiciones; tener dos tresillos cómodos donde leer y charlar con los amigos; afeitarse todos los días...

La mujer no podía parecer pasiva. Ni ha querido ni se la ha dejado. Para lo bueno y para lo malo, la mujer formó parte de las legiones en lucha. Con el genio del bien y entre las hordas del mal. Una de las mayores torturas del Madrid caliente y borracho del principio fué la miliciana del mono abierto, de las melenas lacias, la voz agria y el fusil dispuesto a segar vidas por el malsano capricho de saciar su sadismo. Junto a la ínfima mujer, que se subió a los camiones para detener a los nacionales en la Sierra y confundió la batalla con una dominguera excursión de pan y tortilla, ha existido la pedante intelectual de izquierdas, la estudiantilla fracasada, la empleada envidiosa del jefe. Sexos helados, fatigosas angustias ante el olvido. Han sido peores. Han servido su escasa superioridad sobre las otras —las hoscas y rudas que ofrecían todo en una quimérica imaginación del comunismo libertario— para que el suplicio de nuestras gentes fuese mayor. En el gesto desgarrado, primitivo y salvaje de la miliciana sucia y desgreñada había algo de atavismo mental y educativo. Quizá nunca habían subido a casas con alfombras ni se habían montado en un "siete plazas". La atmósfera cinematográfica ni la habían rozado. Se dormían en los cines y no leían ni los periódicos. Sus fiestas eran comilonas terminadas en peleas de vecindad y comadreo. Odiaban a lo que ellas llamaban señoritas; pero en su interior comprendían que nunca serían ni podrían llegar a ser señoritas. Las aburría la vida de las señoritas. Ellas tomaban té cuando les dolía el vientre, y preferían bocadillos de sardinas y pimiento a chocolate con bizcochos.

No así las pedantillas del querer y no poder. Entontecidas por el cine, por las novelitas histéricas, tuvieron unos años que esperaban la llegada del príncipe encantado, que se apearía de un negro y silencioso coche. Quizá tuvieron un fracaso. Un sueño y un amargo despertar. Con los días que pasaban con pasos silenciosos, un día el espejo les enseñó que nada podían esperar de sus encantos. Se dieron cuenta de que sus piernas eran gordas, deformes. Que la dentadura prognata alejaría a los amables diálogos. Ni las fajas, ni los colores tornasolados en el pelo. Eran feas. Bajas, parizambas, sin el gran tesoro de una vida interior, sin el refugio de la religión, se les apagó de repente la feminidad, y se hicieron amarillas por la envidia. El 18 de julio se encendió en ellas un deseo de vengarse, y al lado del olor a cebolla y fogón, del salvaje asesino, quisieron calmar su ira en el destrozo de las que eran hermosas. Y delataron a los hombres que nunca las habían mirado. Sobre cientos de cadáveres, sobre espigas tronchadas en lozana juventud, el rencor de las mujeres feas clavó su sucio gallardete defendido por la despiadada matanza de la horda. Y Dios las castigó a no encontrar consuelo a su rencor.

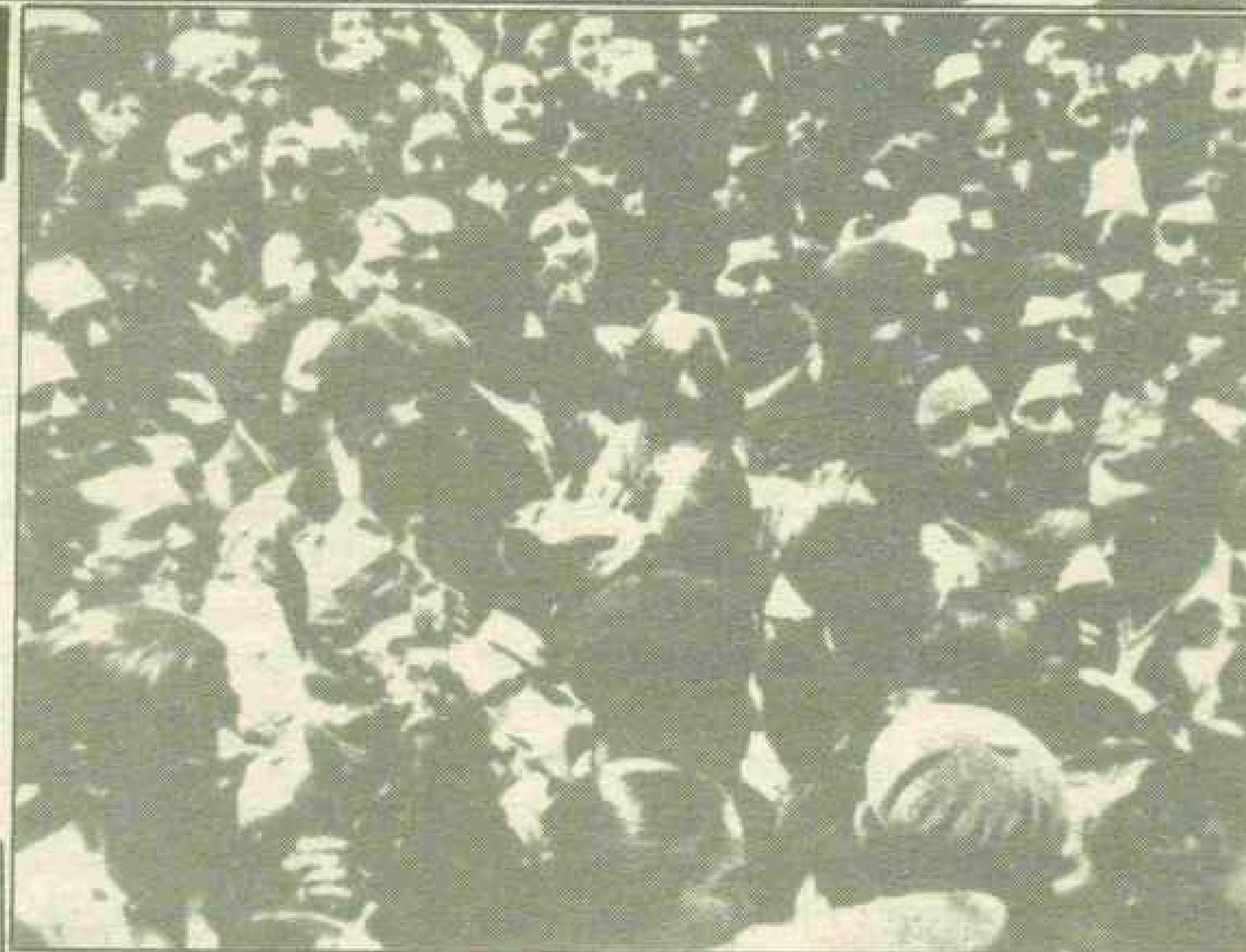
(«Arriba», 16-V-1939)





LA MALDAD REPARADA

Los niños que nos robaron los rojos vuelven a sus hogares





OBRA personal del Caudillo — exponente de su españolismo y de su espíritu humanitario — es la reincorporación a la Patria de los niños que la brutalidad roja exportó al extranjero.

Hace unos días han llegado a Madrid tres centenares de criaturas en cuya carne inocente y tierna se cebó el rencor marxista.

Dentro de poco, llegarán otros contingentes. En este aspecto, como en tantos otros epidodios y hechos de los que esmaltaron la contienda, se acusa y pone de manifiesto la sustancial diferencia que nos separó de nuestros enemigos. Ellos, con vesánico egoísmo enviaron fuera del ámbito español este dúctil material humano, ajeno a la disputa de los hombres, destinado, en el comienzo de la vida, a conocer la privación, el éxodo, el áspero rodar por tierras y por ambientes extraños. Franco, con su característica generosidad, los recoge y los atrae para integrarlos, de nuevo, en la colectividad nacional. De este modo, se hace la gran obra de

Arriba: Emocionante abrazo entre la madre y el hijo al encontrarse al fin en España. Los familiares de los pequeños llenan el amplio andén, esperándolos con ansiedad incontenible. El tren que les trae a Madrid, llega a la estación, donde les aguardan impacientes sus familiares

(«Fotos», nº 121 de 24-VI-1939)

LUZ EN LOS MISTERIOS DEL S. I. M ROJO

El constructor de las «checas» comparece ante un consejo de guerra

Antecedentes

Cuando las tropas nacionales liberaron la ciudad de Barcelona del poder bárbaro y cruel que la tenía esclavizada, salió a la luz lo que hasta entonces había sido solamente materia de rumores confidenciales y temerosos.

En Barcelona había checas y en ellas los detenidos eran sometidos a torturas, científicamente imaginadas. La policía roja no disponía tan sólo de aquellos procedimientos enérgicos y expeditivos que tienen todas las policías del mundo, sino que había hallado una serie de instalaciones, un verdadero sistema para quebrar la voluntad —y con la voluntad los huesos— del hombre más firme y más tenaz. Aquellos rumores habían llegado a los consulados y a las agencias informativas extranjeras, pero a pesar de ello no habían logrado trasponer la frontera.

Fue preciso que las armas de Franco conquistaran la ciudad, para que se destapara ante Europa, ante el mundo entero, aquella ignominía de un Poder que se decía apoyado en normas constitucionales y que se mantenía, solamente, gracias a unos métodos que no habrían imaginado las tribus más salvajes y crueles. No era solamente el martirio por el martirio. No era la incultura valiéndose de su resorte primario, la fuerza, para hacer que su voluntad predominara. Era, por el contrario, la crueldad de un grupo de «técnicos», que para servir sus propósitos apelaba a la pseudociencia y la ponía en manos de agentes desalmados.

Acusado de ser uno de los creadores de aquel bárbaro sistema, compareció ayer ante el Consejo de guerra permanente número 2, el súbdito yugoeslavo Alfonso Laurentcik.

El público

El consejo de guerra había despertado gran interés, muy justificado. En él iban a conocerse detalles y pormenores que no han trascendido al público por ello no es de extrañar que la sala se viera totalmente ocupada cuando la presidencia dió la voz de audencia pública.

Los bancos reservados estuvieron ocupados por numerosas señoras y señoritas. Muchas de ellas habían conocido los procedimientos del S. I. M. no por el comentario público sino, tristemente en sus inquietas horas de cárcel y de persecución policiaca, durante la dominación roja.

En las tribunas estaban representaciones extranjeras, no tan sólo periodísticas, sino también diplomáticas o consulares de distintos países europeos.

En los bancos de letrados, oficiales del Cuerpo Jurídico del Ejército y de la Armada y representaciones de la toga.

Constitución del consejo

El consejo de guerra da comienzo a las seis menos cuarto, presidiéndolo el comandante de Asalto, don Adolfo Fernández Navas; vocales, capitanes de Infantería don Nicanor Fernández, don Mariano Argüelles; capitán de Caballería, don Felipe Torral, y ponente, el jurídico don Carlos Alvarez Martínez. Actuó de fiscal el capitán don Emilio Rodríguez, y de defensor don Alfonso Ibáñez.

El procesado.— Lectura del apuntamiento

El procesado, Alfonso Laurentcik, cuenta 37 años de edad, de estado casado, nació en Francia, de padres austríacos, y al dividirse el imperio austro-húngaro pasó a ser súbdito yugoeslavo.

Abierto el consejo, el secretario de lectura al apuntamiento en el que constan las circunstancias personales del procesado y la referencia a los viajes que el acusado hizo a España en 1921, 1923 y por último en 1933. Trabajó en diversos oficios. En 1933 se afilió a la C. N. T. y en julio del 36 a la U. G. T. Al lilberar las tropas nacionales el territo-

En Madrid

Sigue la policía trabajando con gran actividad

Ayer detuvo a un desalmado que denunció a una hermana suyo

(Agencia«Faro», 27-IV-1939)

CAPTURA DE MALHECHORES

LAS MUJERES "ROJAS" DE QUE HABLÓ UNAMUNO DAN UN GRAN CONTINGENTE A LA DELINCUENCIA

Una, vestida de miliciano, ordenó prender la mecha que voló el monumento del Sagrado Corazón en el Cerro de los Angeles

(Agencia«Faro», 24-IV-1939)

rio caralán se encontraba en El Collell y allí se presentó a la Legión «Cóndor».

Se da lectura a diversas declaraciones suyas en las que consta que construyó las celdas de castigo y tortura de los llamados preventorios de Vallmajor y de la calle de Zaragoza, ya que estando en abril de 1938 en la factoría del Palacio de Misiones en calidad de preso del S. I. M. fué destinado a aquel cometido, después de recibir instrucciones para que aquellas construcciones reuniesen determinadas condiciones que presionaran y forzaran el ánimo de los detenidos, sin llegar a matarles. Entre las que figuran construídas por el acusado figuran las llamadas «psicotécnicas», o sean las conocidas con el nombre de «neveras», de «las campanillas» y las «de inútil reposo». Los gráficos que acompañan el sumario demuestran la perversidad puesta en la ejecución de aquellos procedimientos, propios de grupos infrahumanos.

En el apuntamiento se menciona que bien hubiera podido ser el procesado comandante de las milicias del P. O. U. M., pero este cargo no llega a concretarse.

En una de las declaraciones ante el juez instructor del sumario consta la declaración expresa del acusado de que las checas eran organismos oficiales del gobierno rojo, que toleraba su existencia y

Entre los detenidos ayer figura la secretaria de la "Pasionaria", que tenía un buen depósito de alhajas

También ha sido encarcelado un matrimonio que asesinó a don Luis Aguilar y a sus dos hijos

(Agencia«Faro», 20-IV-1939)

tenía conocimiento pleno y minucioso de su funcionamiento.

Al sumario van unidas 217 cuartillas suscritas por el procesado en defensa suya y exponiendo las causas y motivos por lo que llevó a cabo la misión que le fué confiada, así como los servicios que dice haber prestado a la Causa Nacional, como supuesto agente del espionaje blanco pero sin conexión con ninguna persona conocida.

Interrogatorios del acusado

El fiscal interroga al procesado, y éste dice que la primera vez que vino a España fué en 1921, ingresó en la legión en 1923 y después viajó por el extranjero, en calidad de director de orquesta. El 20 de julio ingresó en la Comisaría de Orden Público, en su calidad de antiguo sargento de la Legión. Como poseía siete idiomas, fué nombrado intérprete, y con el título de escolta de extranjeros, acompañó a éstos por diversos lugares.

Pero fué algo más: agente del servicio de contraespionaje rojo, el número 29, que le dió el jefe del Estado Mayor. A finales de abril de 1937 fué ascendido a teniente del ejército rojo.

—¿En los sucesos de mayo de 1937, intervino usted? —pregunta el fiscal.

—Si y no. Depende de la forma que usted dé a su pregunta. En aquella fecha fui de barricada en barricada, pero sin tener contacto con nadie, porque trabajaba como un solitario.

Después explica cómo trabajaba en la factoría del Palacio de las Misiones. Ofreció sus servicios como arquitecto, y fue requerido por Santiago Garcés, a quien da el título de jefe del S. I. M.

—¿Se dio cuenta del por qué construía aquellas celdas de castigo? —pregunta el fiscal.

—Sí —contesta—, y hubiera construído cien más.

Las hizo por mandato de Garrigós, un elemento de influencia en el S. I. M., antiguo empleado del Banco de España en Madrid, y también por cuenta de un tal Dueñas.

Entre evidentes contradicciones dice que el no terminó las checas de la calle de Zaragoza y sí las de Vallmajor.

El defensor interroga al procesado. En Segorbe —dice— pesaban doce penas de muerte sobre él. Allí pidió ser nombrado voluntario del Ministerio de la Gobernación.

El procesado, a preguntas del ponente, declara que el mismo día del Movimiento visitó los cuarteles y sindicatos y lugares donde se mataba.

—¿Cuántas veces compareció usted ante los interrogadores?

—Sesenta y dos —contesta.

—¿Y pudo engañarlos siempre?

—Sí. Siempre. Lo hice bastante bien, quitándome de encima la mitad de los cargos que se me hacían

El secretario da lectura, a instancia del fiscal, a una relación de lo que era y cómo funcionaba aquel terrible antro de dolor y de martirio que fué el chalet de Vallmajor. En estas declaraciones se habla de lo que fueron los «armarios», lugar de tortura en el que todo el peso del paciente cargaba sobre las rodillas, que siempre resbalaban y el cuerpo se encontraba presionado por otras partes.

Una permanencia de cinco o diez minutos en el «armario» vencía al más recalcitrante y al cabo de ellos salían desmayados. Una vez un preso rompió, por su fuerza gigantesca, todas las tablas, en estado de locura.

También se citan en esta declaración las celdas llamadas «psicotécnicas» y la esférica del mausoleo, todas ellas en la iglesia del convento. Explica el régimen de vida que allí había, la poca limentación que se les daba, la miseria de que se veían llenos los presos, el afinamiento en que habían de vivir y el trato que los agentes daban a los presos. Desde luego no existían más que nueve camastros para más de setecientos detenidos, y éstos pasaban, por lo menos, unos tres meses de detención.

En otras declaraciones se trata de los elementos de que se dotaban las celdas para impedir que el peso pudiera buscar el descanso. Se trata del efecto que producen en el preso las líneas rojas, verdes, amarillas,

Detención de un rojo, autor de la muerte de setecientas cincuenta personas

Santander, 12 noche. La Guardia civil hâ detenido al prisionero de guerra José del Amo Calme, de veintiún años, y de oficio albañil. A los dieciséis años se afilió al partido socialista, y tomó parte en hechos delictivos en Santander al estallar la revolución de octubre del año 1934, trasladándose luego a Madrid, donde formó parte voluntariamente en las Milicias antifascistas, que tenían su cuartel en la casa Gal, que desvalijaron, tomando parte en varios atentados contra personas de orden de la barriada de Cuatro Caminos.

Al iniciarse el Movimiento nacional, formó parte en un grupo de diez individuos, en Madrid, estableciendo su sede en una casa de la calle del Reloj, a la que denominaron "Checa Roja", y a la que llevaron 3.500 detenidos, pertenecientes a la barriada de Argüelles y El Escorial, fusilando a 750 e incautándose de cuantos objetos de valor tenían los cadáveres. También formó parte de los fusilamientos de la Cárcel Modelo. Con tal cinismo, que mostró a la Guardia civil unos zapatos que llevaba puestos, y que declaró pertenecían a una de la víctimas que había matado.

(Agencia«Cifra», 6-V-1939)

etc. De otro sistema también: del reloj que adelanta cuatro horas cada 24, con lo que se logra que el preso aguarde inútilmente la hora del rancho y se consuma cuatro horas esperándolo.

La celda esférica fue construída en el mausoleo. Parecía el interior de un cilindro y se perseguía hacer perder el sentido de la orientación pero la utilidad que con ella se buscaba la desconoce el acusado.

La lectura de estas declaraciones causa evidente impresión en el público.

LOS TESTIGOS
El secretario del Colegio de Abogados

El primer testigo que compadece es don Manuel Goday Prats, secretario del Colegio de Abogados. Etuvo detenido en el S. I. M. y fué martirizado en las celdas llamadas «verbenas, neveras y de colores». El mismo día de su detención fué apaleado, pinchado con tijeras, rociado con bencina, hasta que a costa de golpes perdió el sentido. Al recobrarlo fué llevado al «armario» donde una luz potentísima hacía inútil que se quisiera cerrar los ojos, y en una matraca que funcionaba eléctricamente causaba una impresión de ahogo casi de asfixia.

El señor Goday explica los martirios dados al también abogado Gallart, quien tenía en el cuerpo 18 enormes cicatrices producto de otras tantas quemaduras hechas con un hierro candente.

En su calidad de secretario del Colegio de Abogados pudo influir para que este denunciara al Gobierno la existencia de las checas, y al hacerlo así el ministro Iruju dijo que acabaría con las checas o éstas con él. Y fué esto último, cuando las checas no fueron suprimidas. El Colegio denunció este inícuo hecho al fiscal del Tribunal Supremo, sin ningún resultado tampoco.

A preguntas de la defensa contesta que durante la dominación roja hubo de actuar como abogado y que durante una vista que hubo ante el Tribunal de urgencia tuvo que informar entre dos agentes, que no apartaron las pistolas de sus costados durante la vista. Dice que tiene noticias particulares de que los Gobiernos francés e inglés fueron informados de lo que venía

ocurriendo en Barcelona con el funcionamiento de las checas.

Declaraciones de otras víctimas del S. I. M.

Después declaró don Juan Juncosa, que estuvo detenido en Vallmajor. Explicó su funcionamiento y para demostrar la legitimidad de éste dice que allí actuaba una llamada asesoría jurídica y que tienen la impresión de que los tribunales de Justicia roja imponían las penas de acuerdo con las instrucciones que recibían de dicha asesoría.

Otro testigo es don Julio Degollada, que aporta el detalle de que el acusado por el trato que recibió durante su permanencia en el S. I. M. no parecía propiamente detenido.

No comparecen don José García Core y don Antonio Pérez Manzanares.

Don Guillermo Borgue conoció las checas de la Tamarita y el «Villa de Madrid». Fué sometido a la fortuna de la silla eléctrica que le deformó las manos y allí conoció al capitán rojo Alegría y a los agentes Meana y Monroig, entre otros.

Comparecieron también con Jaime Escoda, que perteneció a la quinta columna y por ello fue detenido así como toda su familia, haciendo constar el triste hecho de que su pobre esposa estuvo por espacio de tres meses como loca: don Joaquín Gay, que estuvo ocho

meses detenido y dice que vió dar a los detenidos sanos unas inyecciones determinadas, a consecuencia de lo cual fueron muchos los que fallecieron; y doña Rita Bermejo que recorrió un calvario de varias checas y conoció la «carbonera», las duchas, las palizas etcétera, etc.

Deja de comparecer doña Anita Bermejo y el fiscal renuncia a varios otros testigos.

La defensa pide la lectura de varios folios del sumario en los que consta que el acusado contrajo matrimonio el 16 de diciembre de 1926 en Austria y que vino con su esposa a España en 1933 y actuó de artista. Consta también una información del Consulado en el sentido de que el 14 de julio de 1937 fue detenido Laurentcik y más tarde trasladado a Sagorbe, donde trabajó de pico y pala como preso; que el 15 de noviembre volvió a Barcelona y que el 25 de mayo de 1938 fué libertado, para ser detenido un mes después, fecha en que volvió a escribir a su Consulado. Uno de los agentes de éste hizo algunas gestiones cerca del entonces jefe superior de Policía Burillo y éste le dijo que el asunto Laurentcik era muy complicado y muy largo.

LOS INFORMES

La acusación fiscal

El fiscal comienza a formular su acusación en un ambiente de impresionante expectación en la sala.

Pide un recuerdo a cuantos españoles cayeron por Dios y por España en las cárceles rojas y con el recuerdo una oración. Dedica párrafos de encendido elogio a los soldados de Franco que rescataron todo el territorio español hasta la frontera para restablecer la Ley y la Justicia y dice que el Consejo se halla ante un delito contra el Derecho de gentes. Cita las checas que funcionaron en Madrid, en Santa Ursula, de Sagorbe; en los bajos del Gobierno Civil de Murcia; en Albacete y tantas otras, pero ninguna de ellas revistió la perversidad de las de Barcelona.

El acusado construyó las de la calle de Zaragoza y de Vallmajor. ¿Qué delito ha cometido? Un delito vasto y terrible contra los españoles dignos.

Cita las distintas clases de tormento que en aquellos antros se daba y divide el funcionamiento de las checas en dos períodos. El segundo período que se distingue por la presencia en Barcelona de Negrín, es el más terrible.

Apoyándose en las manifestaciones hechas por el acusado en el sumario, explica a la sala, en un delato escalofriante lo que fueron las celdas de los colores, las de verbenas o campanillas, la diabólica combinación del agua, luz, color y frío para lograr efectos devastadores del ánimo del recluso.

Estas cárceles —agrega— constituyen el principal cargo que puede hacerse contra el gobierno rojo, que decía apoyarse en una pretendida legitimidad, a pesar de que mataba frailes y monjes, y atormentaba brutalmente en sus cárceles. Y no se diga que no se sabía todo eso en el extranjero. Lo ha dicho el señor Goday, quien ha afirmado que hubo un Consejo de ministros para tratar exclusivamente de ello. ¿Por qué no se enteraron las Comisiones frentepopulistas, ni el deán de Canterbury ni las ligas internacionales? La voz de todos aquellos torturados no la escuchó más que el corazón de oro de nuestro Caudillo.

¿Es autor de aquellas celdas el acusado? Lo ha reconocido en sus declaraciones y lo atestigua la prueba testifical y la documental. El fiscal comienza el análisis de la participación del acusado en el delito y va perfilando su actuación de gran revolucionario, de dirigente marxista que le da la confianza de los gobernantes rojos. Estamos —dice— ante un aventurero internacional que se mueve a la perfección en las aguas encharcadas que era la Cataluña rojo-separatista. Traicionó a una Sindical con otra Sindical y fué de una barricada a otra, llevando confidencias.

Desmiente lo afirmado en su alegado por el acusado respecto a los servicios que dice haber prestado y termina pidiendo que de acuerdo con el Código de Justicia Militar y el Bando declaratorio del estado de guerra en toda España, se condene al procesado a la pena de muerte, sufrida en garrote vil.

La defensa

El defensor dice que acude al Consejo en virtud de una orden que le ha sido dada por su jefe, el auditor, y que pondrá en la defensa todo el empeño que pondría si en vez de haberle mandado defender al procesado, se le hubiera ordenado defender una trinchera.

Dominando toda su figura —dice—, hay la sinceridad del acusado.

La alegación del acusado

Terminados los informes, el procesado usa de la palabra que le concede el presidente.

Final

Terminada la alegación del acusado, el presidente da por visto el Consejo, y éste pasa a reunirse para dictar sentencia.

(«La Vanguardia Española», 13-VI-1939)

LA LEY SE HA CUMPLIDO

Los asesinos del Comandante Gabaldón, de su hija y del conductor, han sido ejecutados

Antes fueron juzgados los inductores

MADRID.—La Justicia se ha cumplido, con serenidad y firmeza, en los autores, inductores y cómplices del triple asesinato de la carretera de Extremadura. La Prensa publica, en relación con el hecho, la siguiente nota:

«En la mañana del 5 tuvo lugar la vista del sumarísimo de urgencia contra los autores materiales y cómplices que tomaron parte directa en el horrendo crimen de que fueron víctimas por España el comandante de la Guardia civil señor Gabaldón, su hija y el agente conductor José Luis Díez.

La opinión fué informada de que toda la banda, de inductores morales y políticos del crimen había sido juzgada el pasado viernes. El fallo terrible quedó cumplido en la madrugada del sábado.

Tras los inductores fueron juzgados y condenados en Consejo de Guerra los autores y cómplices. Tramitado el sumarísimo con escrupulosa observancia del procedimiento judicial, ayer, de madrugada, se dió cumplimiento a la sentencia dictada por las autoridades militares.

De todo cuanto se refiere a las actividades criminales que los bajos fondos comunistas quieren poner en práctica, y concretamente han puesto en el asesinato de la carretera de Extremadura, nada queda por descubrir. Inductores y autores directos han pagado ya el inexcusable tributo a la Justicia.

La tranquilidad pública de un Estado fuerte como el que actualmente se instaura en España no puede quedar afectada en lo más mínimo por sucesos de esta índole, que no son sino episodios demostrativos de la necesidad ineludible de actuar con la máxima justicia y con absoluta energía. Así ha sido en este caso y así sucederá siempre.

Entre los sumariados del crimen a que aludimos, aparte de los que han sido condenados, podemos informar que la procesada Sofía Núñez Mayoral ha quedado sentenciada a treinta años de prisión, y la procesada Herminia González Chaqués ha sido absuelta.»

(Agencia «Cifra», 18-VII-1939)



SIMPATICA FIESTA EN LA PRISION PROVISIONAL DE LA CALLE DEL BARCO

Entrega de una imagen donada por los presos. —Una charla del P. Pérez del Pulgar— El Orfeón de reclusos cantó la misa

En la prisión provisional de la calle del Barco se ha celebrado hoy una simpática fiesta, con motivo de la entrega y bendición de una imagen de San José, donada por los detenidos en el establecimiento.

El régimen carcelario en el nuevo Estado tiene notas emotivas de lo religioso y de la bondad en el trato que es compatible con la disciplina. Y basta sólo ver a los presos bien atendidos, limpios de cuerpo y en trance de serlo de espíritu, cuando no lo son ya, para que todos sintamos, y de manera especial sus familias, el consuelo que se deriva de la buena justicia.

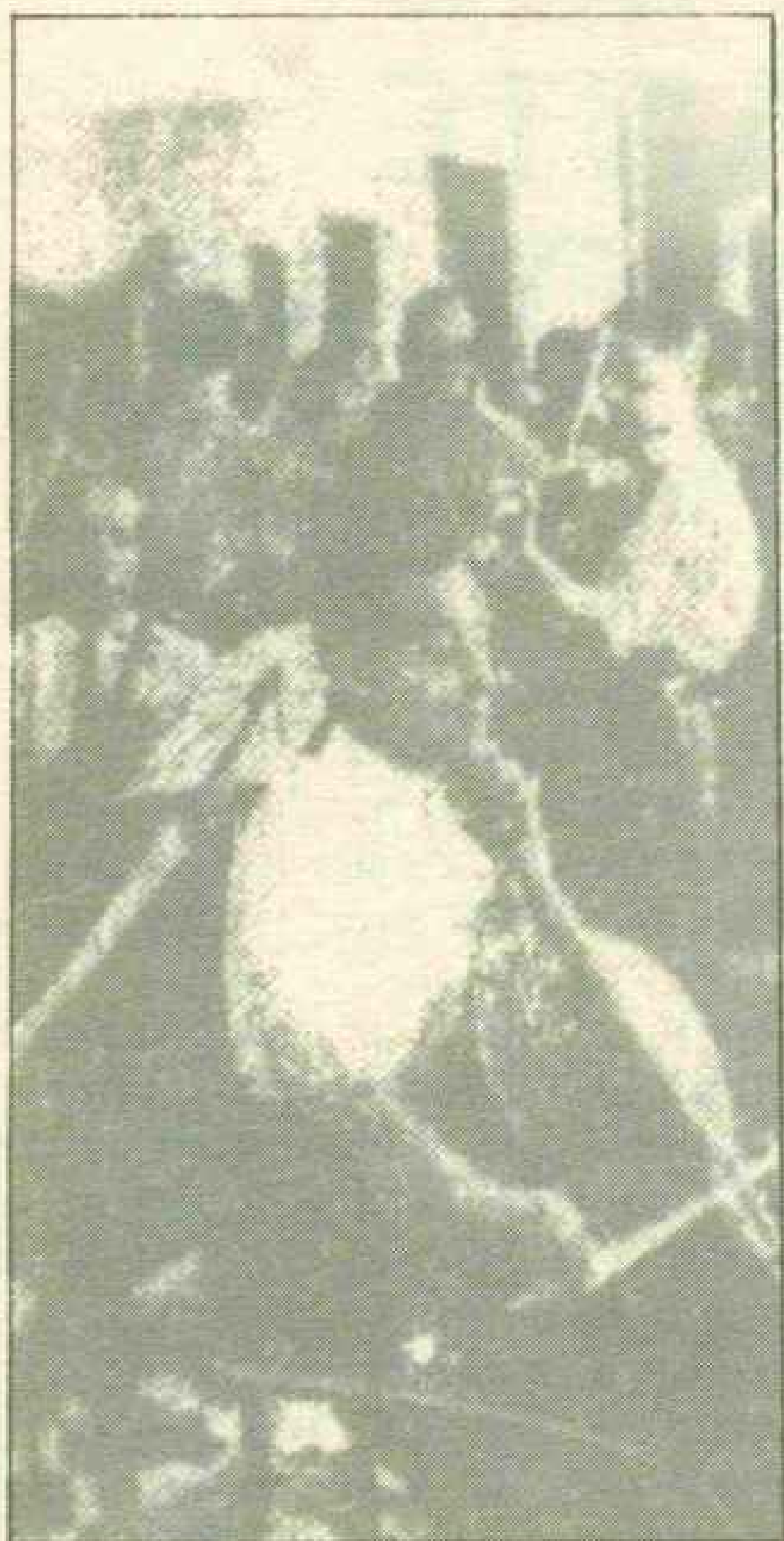
Han asistido a la fiesta el inspector y director de las cárceles de Madrid, don Amancio Tomé, cuya actuación sólo elogios merece; el sabio jesuíta padre Pérez del Pulgar, que sabe aunar lo humano con su función religiosa, en un verdadero sacerdocio; directora de la cárcel de Ventas, doña Carmen Castro; director de la prisión, don Manuel Casares; subdirector, don Salvador Salmerón; médico, don Mario Alonso, y el capellán del establecimiento, don Hermenegildo García, que ofició en la misa cantada.

También han asistido algunos periodistas extranjeros, que pudieron apreciar, como nosotros, el buen estado de los reclusos y, en general, la bondad del régimen a que se hallan sometidos, pues la prisión provisional, esto es, habilitada en un edificio a propósito, está adaptada a las necesidades del servicio, y en ella hay gran higiene y relativa comodidad.

Desde las galerias de la casona oyeron la solemne misa centenares de detenidos, hallándose muchos de ellos en el patio donde se levantó el altar, al que daba guardia un piquete de soldados, y que estaba adornado con banderas, advirtiéndose en lugar de honor unos grandes retratos del Caudillo y de José Antonio.

Cantó durante la misa, de modo admirable, por cierto, la Masa Coral que dirigen el maestro J. Cañete, acompañando al piano el maestro

La generosidad del Caudillo



Reducción de condena hasta una tercera parte por medio del trabajo

Hoy, centenares de presos, han aclamado a FRANCO y a ESPAÑA en la Penitenciaría de Alcalá de Henares

(«Informaciones», 1-VIII-1939)

Rica. En el momento de alzar interpretó el Himno Nacional una afinada rondalla, dirigida por J. Aragón. El sacerdote dió la comunión a varos reclusos, y merece también anotarse el hecho de que fuesen leídas las amonestaciones de los presos Arturo Alonso y Julio Nieto, que van a contraer matrimonio canónico con dos señoritas cuyos nombres sentimos no recordar.

Terminada la misa, habló a los presos, en el tono amistoso y humano que en él es peculiar, el padre Pérez del Pulgar, quién señaló el contraste de que ahora unas multitudes que no serán las mismas, pero que se parecen mucho a las que antes incendiaban iglesias y destruían imágenes, se muestran con exaltada fe religiosa, y es que la verdad divina podrá ser objeto de ataques de unos y otros, de los incultos y de los intelectuales, pero siempre florece con su propia gracia y esplendor. «Yo os invito —dijo— a pensar en esto, para que, como decía San Agustín, os dejéis vencer por la verdad voluntariamente, para que ésta no os arrolle al venceros. De este modo haréis más llevadera vuestra estancia en estas casas, que Dios querrá sea lo más breve posible, aunque, por desgracia, han ocurrido tantas cosas que la justicia, una justicia serena como es la del Caudillo, ha de cumplirse.»

Las palabras del sabio religioso, vocal del Patronato de Redención de Penas por el Trabajo, fueron aplaudidas con gran entusiasmo.

Finalmente, el Orfeón cantó recogidas canciones, y la rondalla dió un concierto, interpretándose canciones y recitados por «Clemen», Sanz, Huerta, Ramos, Gómez y otros artistas, siendo todos ellos aplaudidísimos. Y la fiesta emocionante y simpática terminá cantándose los himnos y con vivas a Franco y a España.

A los reclusos les ha sido servida una comida extraordinaria, recibiendo muchas felicitaciones el director de la prisión, señor Casares, de modo especial por parte de los representantes de la Prensa extranjera, que recorrieron detenidamente todas las dependencias, pudiendo confirmar cuanto decimos respecto a la bondad y cuidados del régimen interior del establecimiento.

(«Informaciones», 15-VIII-1939)

BAR

ZARAGOZA

EL MAS POPULAR DE MADRID

ESPAÑOL: Siente el orgullo de lo tuyo: España. Piensa en tiempos pretéritos. Jamás el sol oscureció en sus dominios. El pasado espléndido vuelve.



RIALTO

HOY, SABADO DE GLORIA, vuelve triunfante en su 543 proyección

MORENA CLARA

(COPIA NUEVA)

Magnífica interpretación de IMPERIO ARGENTINA y MIGUEL LIGERO

Creación de **FLORIAN REY**

Producción **C. I. F. E. S. A.**

Normas para la depuración de periodistas

EL GOBIERNO HA DE CONOCER LA CONDUCTA DE LOS PROFESIONALES ANTE EL MOVIMIENTO NACIONAL

BURGOS.—El ministro de la Gobernación, Prensa y Propaganda ha dictado la siguiente orden: "Orden de 24 de mayo de 1939 sobre la depuración de la conducta de periodistas en relación con el Movimiento Nacional. El carácter de institución nacional que a la Prensa periódica se atribuye en la ley de 22 de abril de 1938, y en virtud de la cual encarga al Estado la vigilancia y contral de la institución y la reglamentación del periodismo, obliga a este ministerio a intervenir en la depuración de quienes la ejercen y a examinar sus conductas en relación con el Movimiento Nacional. A dicho efecto, este ministerio dispone:

Artículo 1.º Los periodistas residentes en territorio que haya sido liberado con posterioridad al 31 de diciembre de 1938, están obligados a formular a este ministerio, por conducto de la Jefatura Provincial de Prensa, donde estuviere constituida, o en su defecto, por el gobernador civil, una declaración jurada que contenga los siguientes extremos:

a) Nombre y apellidos del interesado.

b) Periódicos en que trabajaba el 18 de julio de 1936 y clase de servicio que prestaba.

c) Periódicos en que ha prestado servicio con posterioridad a dicha fecha hasta la liberación de su residencia o evasión, con expresión de la índole de los mismos.

d) Partidos políticos y entidades sindicales a que fué afiliado, indicando la fecha de la inscripción, y, en su caso, la cuota voluntaria y forzosa en favor de partidos y entidades sindicales que safisfacía, incluyendo en ellos los hechos a favor del Socorro Rojo, Amigos de Rusia y entidades análogas, aunque no tuvieran carácter de partido político.

e) Si perteneció a la masonería, grado que en ella hubiera alcanzado y cargos que hubiera ejercido.

f) Si prestó adhesión al Gobierno marxista o a alguno de los autónomos que de él dependian o a las autoridades "rojas" con posterioridad al 18 de julio de 1936 y en qué circunstancias. También indicará si lo hizo en forma espontánea o en virtud de alguna coacción.

g) Si ha ejercido algún cargo político u otro servicio de la Administración pública dependiente del Gobierno "rojo", explicando cuáles, en qué tiempo y demás circunstancias.

h) Si ha prestado alguna colaboración o servicio al Movimiento Nacional.

i) Si ha padecido algún encarcelamiento, detención, etc.

j) Testigos que puedan corroborar la veracidad de sus afirmaciones y documentos de prueba que pueda presentar o señalar.

Artículo 2.º las declaracione juradas indicadas seráan comprobadas por este ministerio y si de ellas resultasen méritos suficientes, se dictará resolución razonada o se suspenderá al interesado en el ejercicio de su profesión de periodista.

Artículo 3.º A partir de la publicación de esta orden, toda solicitud de carnet de periodista deberá ser acompañada de la declaración jurada a que se rfiere el artículo 1.º. Se denegará la expedición de aquel documento si de la comprobación de las declaraciones resultasen motivos para ello.

Burgos, 24 de mayo de 1930.— Año de la Victoria.— Serrano Suñer." (Cifra).

(Agencia «Cifra», 25-V-1939)

En la zona recientemente liberada no pueden rehacerse los sindicatos y asociaciones de cáracter profesional existentes en 1936

Un telegrama de adhesión, a España y su Caudillo, de los peregrinos ingleses

(Agencia «Faro», 23-V-1939)

Una nota de la Agencia "Efe"

El reinado del bulo

No es así como se cicatrizan heridas bien hondas y recientes

BURGOS.—La Agencia Efe hace pública la siguiente nota:

«Creíamos —y teníamos derecho a esperar— que los muchos fallos que a ciertas Agencias y periódicos extranjeros había deparado durante nuestra pasada guerra, su excesiva tedencia al sensacionalismo insolvente, sería motivo de una mayor moderación y de una más patente honradez informativa al ocuparse de los asuntos españoles. No ha sido así. Durante la guerra se nos ha calumniado vil e insistentemente; ahora, en la paz de la Victoria Nacional, vuelve la mentira a remover recuerdos y a reavivar heridas que no estaban ni mucho menos cicatrizadas.

En los últimos días han circulado, entre otras muchas, las siguientes: Huída del General Queipo de Llano al extrajero, precisamente en los momentos en que el mencionado General Queipo de Llano recibe en Burgos a la representación de una importante Agencia norteamericana, a la que hace declaraciones por todo el mundo ya divulgadas:

Detención del General Yagüe, coincidiendo también con su patriótico discurso de despedida a los Jefes y Oficiales del Cuerpo del Ejército Marroquí en Madrid; discurso que, por cierto y para hacer más patente la mentira de la detención, no hemos visto publicado en los periódicos extranjeron que se suelen decir bien informados.

Destitución de otros ilustres generales que conocen bien las obligaciones que el patriotismo impone a todos.

Para que la mala fe de aquellas Agencias y periódicos no merezcan ni justificación ni paliativos, se ha pretendido relacionar con no sabemos qué imaginadas alteraciones de orden público, una reciente disposición mediante la cual, para la celebración de manifestaciones y actos de propaganda, se hace preciso el permiso previo del Ministerio de la Gobernación. Es esta una medida que suele figurar en todas las Leyes de Orden público del mundo, incluso en la de los países más democráticos. Sólo en España, por lo visto, obedece a remotas y peligrosas causas lo que es normal y corriente en todas partes.

No merecen estas mentiras que nos paremos a rectificarlas. Sólo sí, nos interesa advertir a todos que no es esta manera, burda e inmoral de informar sobre España, como se cicatrizan heridas bien hondas y recientes y como se ayuda a nuestra Patria a olvidar agravios que aún están presentes en la memoria de un pueblo que, a costa de sacrificios y heroísmos sin cuento, cree hoy merecer un mayor respeto que el que se le otorga por aquellos mismos que hoy nos reclaman un prematuro olvido.

(Agencia«EFE», 28-VII-1939)

La depuración del personal del Ayuntamiento

Será realizada por regidores y letrados consistoriales

ENTRE los asuntos de interés del Orden del Día de la sesión que celebrará el próximo viernes, la Comisión municipal permanente, figuran un crédito de 26.000 pesetas para reparación del tercer Parque de Incendios de la Ronda de Segovia; otro de 28.394 pesetas, para adquisición de uniformes con destino al personal de Talleres generales y Transportes; diversos créditos para obras en varias oficinas municipales; licencias de obras; propuesta de concesión a la Masa coral de Madrid; diferentes dictámenes de la Junta Municipal de Primera Enseñanza; aprobación de las normas para evitar el consumo en Madrid de verduras, cuyo riesgo procede de aguas de los colectores, y reintegración si el Obispado de Madrid-Alcalá lo estima pertinente, de las Hermanas de la Caridad al Colegio Internado Antonio de Solís.

También figura un decreto de la Alcaldía-Presidencia de gran interés, por el cual se establece que diversos regidores y letrados consistoriales, auxiliados por el personal necesario, procedan a la mayor brevedad, como instructores, a examinar los diversos expedientes de depuración de los funcionarios y personal obrero municipal. Con ello se dará un gran paso para terminar lo más rápidamente posible la depuración.

(«Informaciones», 29-VIII-1939)

DIARIO DE LA NOCHE
Redacción, Administración y Talleres: Trafalgar, 31. Madrid.

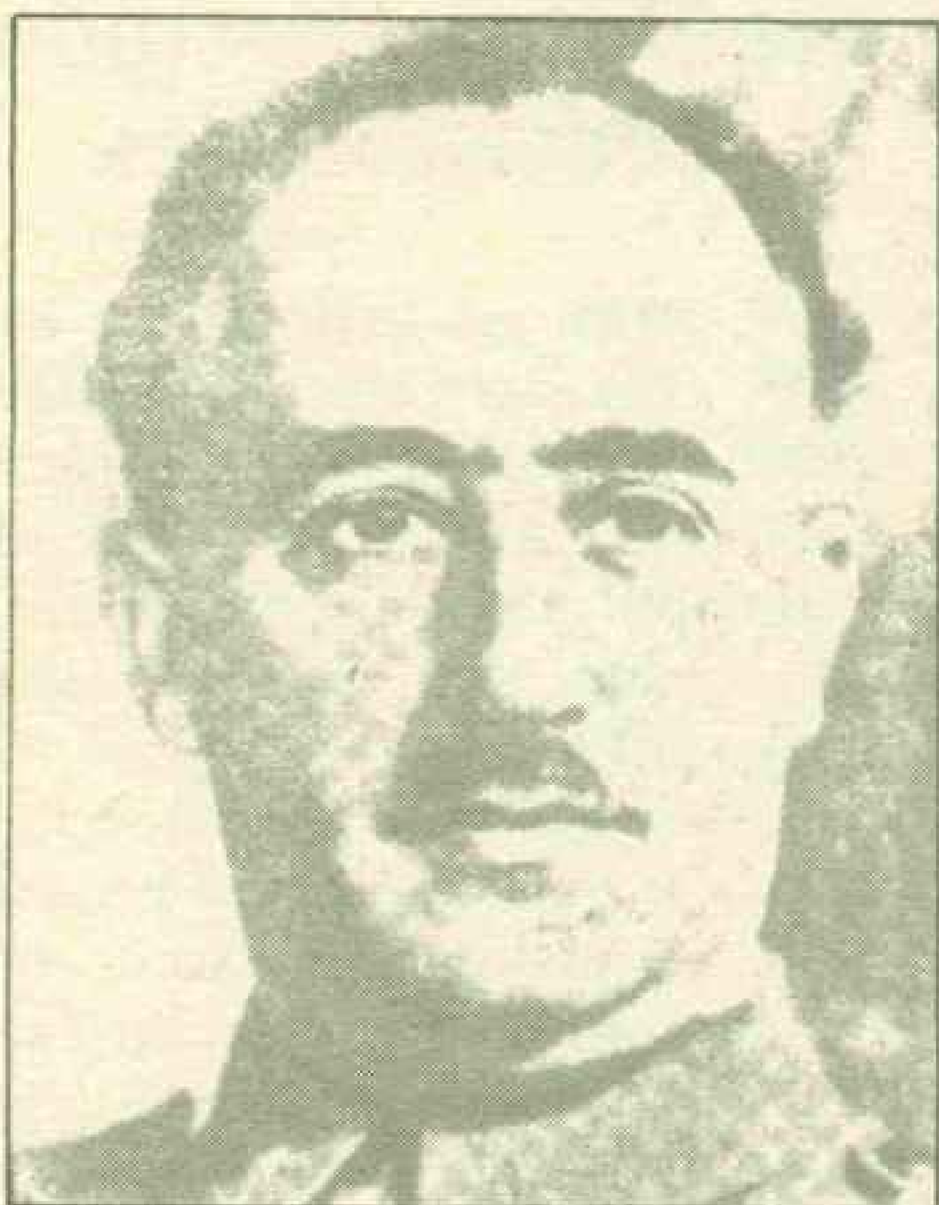
INFORMACIONES

Director: VICTOR DE LA SERNA
Subdirector: Alfredo Marquerie

MADRID.—AÑO XV.—NUMERO 4.602 | MARTES, 5 DE SEPTIEMBRE DE 1939. AÑO DE LA VICTORIA | PRECIO DEL EJEMPLAR: 15 CENTIMOS

ESPAÑA, NEUTRAL

ASI LO ORDENA EL CAUDILLO



EL DECRETO

BURGOS, 4.—El «Boletín Oficial del Estado» publica hoy el siguiente decreto:

«Constando oficialmente el estado de guerra que, por desgracia, existe entre Inglaterra, Francia y Polonia, de un lado, y Alemania, de otro, ordeno por el presente decreto la más estricta neutralidad a los súbditos españoles, con arreglo a las leyes vigentes y a los principios del Derecho Público Internacional.

Dado en Burgos, a 4 de septiembre de 1939. Año de la Victoria.—FRANCISCO FRANCO. El ministro de Asuntos Exteriores, JUAN BEIGBEDER.»

La voz de mando del Caudillo nos ordena hoy por un decreto «la más estricta» neutralidad. Con el acento de la palabra que señala caminos y el tono militar de las batallas recientes aún, el Caudillo y Generalísimo de España nos dice a los españoles cuál ha de ser nuestra postura en esta hora áspera de Europa. Reparemos que no es este un decreto que nace y queda fríamente muerto sobre las páginas oficiales. Tiene, más bien, el tono de la orden del día, de la ordenanza para el bien de España, de la ordenación de la voluntades en la disciplina acatada con gozo, para caminar hacia el logro del bien de todos. Por eso, España entera y los españoles hemos de obedecer duramente el decreto por el que se dispone nuestra conducta en relación a los problemas planteados sobre el escenario europeo.

Ya anteayer aún cuando el Caudillo Franco, con la profundidad que otorgaba a sus palabras la experiencia reciente de casi tres años de batallas, hacia su llamamiento en favor de la paz. Y las frases concisas y sin retórica de la tarde del domingo han impresionado en todas las latitudes. Porque España —que acaba de demostrar con el argumento de las armas que sabe hacer la guerra y no siente temor de la muerte— invocó a la paz, no por endengue pacifismo, no por temor de lo difícil, sino por pensamiento de los dolores que han de seguir a la contienda empeñada. Que [illegible] sendimos [illegible] nuestra [illegible] las heridas que abre una guerra, tenemos sobra de generosidad para no desear para otros pueblos un daño que sería mayor aún. Por eso también, puesto que las llamas están ya encendidas, apeló el Caudillo a la responsabilidad de los hombres que rigen esta hora grave, pidiendo la limitación del conflicto. Por bien de todos —y hasta de los mismos que luchan—, es preferible y de conciencia no extender las conmociones de la guerra ni un milímetro más lejos de lo indispensable.

Obedeceremos disciplinadamente, militarmente, esta pacífica voluntad varonil de España expresada por el Caudillo. Franco nos guía y sabemos que en sus órdenes, en sus mandatos, en su ordenación de la conducta de los españoles radica el bien y la suprema conveniencia de la Patria.

Presencia de aviones

Cuatro HORAS de ALARMA en PARIS

PARIS, 5.—A las tres treinta, las sirenas han anunciado la presencia de aviones sobre la región de París. Inmediatamente, toda la población bajó a los refugios. El alarma se ha prolongado hasta las siete y cinco, hora en que resonaron de nuevo las sirenas para anunciar que podían volver a sus domicilios, pues el peligro había pasado.—EFE.

VARSOVIA OYE EL CAÑONEO

Los alemanes, a 72 kilómetros de la CAPITAL

Y a 60 de LODZ, segunda ciudad polaca

VARSOVIA, 5. (Especial para INFORMACIONES.)—Desde las afueras de esta ciudad se escuchan ya los cañonazos de la artillería que combate contra las columnas alemanas que desde Przasnyz avanzan hacia la capital de Polonia por el Norte. Se dice que las vanguardias alemanas han llegado ya al río Narew.

COMBATE AEREO SOBRE LODZ

BERLIN, 5.—Las escuadrillas aéreas de caza, en un combate que han tenido sobre la ciudad de Lodz, han abatido cuatro aviones de bombardeo polacos y dos aviones de caza. Los aviones polacos que se encontraban en el campo de aviación intentaron huir, siendo abatidos nueve aviones polacos.

QUINCE MIL PRISIONEROS EN SILESIA ORIENTAL

BERLIN, 5.—La emisora oficial de la radio anuncia que las tropas alemanas, en su rápido avance hacia la Silesia Oriental, han hecho quince mil prisioneros polacos, persiguiendo las fuerzas alemanas a las tropas de Polonia, que se retiran desordenadamente.

DESALIENTO EN LOS FUGITIVOS

KAUNAS, 5.—Por las fronteras de Lituania pasan diariamente bastante fugitivos de Polonia, que llegan bastante desmoralizados ante la rapidez de los avances alemanes. Parece ser que con las restricciones y racionamientos hay bastante escasez de muchos artículos algunos de ellos de primera necesidad. Además, dicen que los polacos temen que la ayuda de Inglaterra y Francia no llegue a tiempo de serles útil.—EFE.

EL AVANCE ES VERTIGINOSO

BERLIN, 5.—De fuente oficial alemana se comunica que el avance de las tropas en Polonia se lleva con la máxima celeridad, como lo prueba el hecho de que entre los prisioneros hay muchos oficiales de Estado Mayor. El avance de ayer fué tan rápido que el general que mandaba la División polaca que intentaba oponerse al avance, fué hecho prisionero.—EFE.

EL PARTE FRANCES

PARIS, 5. (Urgente.)—Comunicado de guerra número 2, del 5 de septiembre (mañana). «Los movimientos se desarrollan normalmente por el conjunto de las fuerzas terrestres, marítimas y aéreas».—EFE.

INSTRUCCIONES A LA POBLACION ALEMANA

BERLIN, 5.—El mariscal Goering, en su calidad de comandante general del Ejército aéreo, ha lanzado dos proclamas. La primera al Instituto de Defensa Antiaérea, y la segunda a la población del Reich, en las que se indican la responsabilidad y el deber de cada ciudadano, a los que se invita a observar la disciplina necesaria en los actuales momentos, ya que ésta es la garantía del éxito.

LOS QUE VOLARON SOBRE HOLANDA. — MENTIS ALEMAN

BERLIN, 5.—La Legación de Alemania en los Países Bajos ha hecho público lo siguiente: «La radio holandesa ha declarado, el lunes por la noche, que unos aviones alemanes habían volado sobre territorio holandés. Esta información no corresponde a los hechos. Se ha comprobado que eran aparatos de bombardeo ingleses los que volaron sobre Holanda cuando hacían después de un infructuoso ataque contra Wilhelmshaven. Casi la mitad de los aparatos ingleses que participaban en este raid fueron destruidos por los alemanes».—EFE.

ALARMA EN ROUEN

ROUEN, 5.—De las seis y quince a las siete y quince ha estado la ciudad en estado de alerta.—EFE.

OTRA VEZ SOBRE HOLANDA

AMSTERDAM, 5.—Hoy ha sido señalada la presencia de aviones sobre el cielo holandés. No ha podido comprobarse la nacionalidad de los aparatos, contra los cuales la artillería antiaérea hizo intenso fuego.—EFE.

UN AVION FRANCES CAPTURADO EN BELGICA

BRUSELAS, 5.—Han llegado noticias de que los guardias fronterizos belgas de Quievrain obligaron a tomar tierra a dos aparatos de caza franceses que habían rebasado la frontera. La tripulación de los aparatos, compuesta de un teniente, un suboficial y dos soldados, ha sido internada.—EFE.

EL PARTE DE GUERRA ALEMAN

Avance en todos los frentes

BERLIN, 5.—El Mando supremo del Ejército alemán publica el siguiente parte: «El 4 de septiembre, el Ejército alemán del Este venció la resistencia encarnizada y continuó su avance en todos los frentes. El adversario se retira en desorden y seriamente castigado. Nuestras fuerzas han hecho muchos prisioneros, y el botín recogido es considerable.

UN ESTADO MAYOR, PRISIONERO

Al sudeste de Tschenstochau, fué diezmada la séptima División polaca y su Estado Mayor fué hecho prisionero.

HACIA CRACOVIA. — LA ALTA SILESIA, EVACUADA

En el Sur, el Ejército alemán continúa la persecución del enemigo en dirección a Cracovia. En el distrito de Skawa, ha sido rebasado Wadovice, y en el Norte ha sido ocupado Jaworzno. El enemigo está evacuando precipitadamente la región industrial de la Alta Silesia oriental. En Sieradz, nuestras tropas han cruzado el Warthe.

EL EJERCITO POLACO DEL NORTE, COPADO EN EL «CORREDOR»

Al Norte, el Ejército polaco, encerrado en el Corredor, ha intentado una serie de tentativas desesperadas para romper el círculo de hierro. Desde ayer se han apreciado muchos síntomas de que esas fuerzas reconocen que su situación no hace mantener esperanzas. Las fortificaciones de Graudenz han sido ocupadas.

BAJO LA MIRADA DEL FÜHRER

Las tropas que atravesaron el Vístula cerca de Culm y al sur de esta ciudad, bajo la mirada del Führer avanzan rápidamente por la orilla oriental del río. Las tropas de Prusia Oriental se apoderaron, después de un encarnizado combate, de la ciudad y fortificaciones de Mlava. El enemigo, derrotado, se bate en retirada hacia el sur.

EN EL MAR Y EN EL AIRE.—CUARENTA AVIONES DESTRUIDOS

La Marina de guerra ha puesto en ejecución metódicamente las medidas para la seguridad del litoral. Las fuerzas aéreas dominan el cielo polaco. Cuarenta aviones polacos han sido destruidos, quince de ellos derribados en combates aéreos. La retirada organizada del adversario es impedida por los ataques aéreos contra las columnas enemigas en marcha y contra las vías férreas.

BOMBARDEAN LOS INGLESES EL MAR DEL NORTE Y PIERDEN LA MITAD DE SUS APARATOS

En la costa del mar del Norte, aviones de combate ingleses, de construcción moderna, han atacado Wilhelmshaven y Cuxhaven, y los barcos que se hallaban en las embocaduras de los puertos. Los aviones de caza y la artillería antiaérea contraatacaron tan rápidamente y con tal eficacia, que impidieron el ataque contra Cuxhaven, y consiguieron que las bombas lanzadas sobre Wilhelmshaven no causaran daños. Más de la mitad de los aviones enemigos fueron derribados. EFE.

Con la casa a cuestas

Están EVACUANDO Varsovia

BELGRADO, 5. — Los corresponsales de los periódicos en Varsovia señalan que ha producido gran impresión la eficacia de los bombardeos de los objetivos militares de la capital polaca. La población desaloja la ciudad, llevándose los enseres domésticos a cuestas, ya que los transportes militares están todos al servicio de la tropa.—EFE.

El avance

Con un mapa a la vista puede sorprenderse el lector de la rapidez del avance alemán, que en sólo cuatro días, ha logrado resultados significativos. Con la ocupación de Sieradz y paso del Wartha por este punto, registrado en el parte de guerra alemán de ayer, las tropas germanas se encuentran a 60 kilómetros de la importante ciudad de Lodz, centro de la industria textil polaca, y población superior a los 600.000 habitantes. Sieradz, situado en el ferrocarril de Kalisch a Varsovia, será, seguramente, el punto de arranque para un ataque sobre Lodz, donde la aviación alemana ha obtenido ya importantes victorias sobre la enemiga.

A su vez, en la Galitzia, los alemanes han ocupado la villa de Jaworzno, en el distrito de Chrzanow, con una población de 15.000 habitantes.

De todas formas, la línea más acentuada del frente alemán en relación con la capital polaca, es la de Przasnyz. Esta ciudad ha sido alcanzada ya en el día de ayer por las tropas que salieron de la Prusia Oriental, y se halla solamente a 72 kilómetros de Varsovia. Przasnyz fué ya, durante la última guerra, en la primavera de 1915, un teatro de encarnizadas luchas entre las tropas rusas y alemanas.

Posiblemente el parte de mañana acusará más aún el avance de estos dos extremos del compás: Sieradz, por el Sur, a 170 kilómetros de Varsovia, y 60 de Lodz, y Przasnyz solamente a 72 kilómetros de la capital polaca.

Desde este momento puede presentirse ya que la gran tenaza iniciada por el Ejército alemán tiende al avance hacia Varsovia. En la capital polaca podrían converger las dos flechas más acusadas del avance: la que ahora se halla a la altura de Sieradz y la que rebasó Przasnyz, dejando entre una formidable bolsa. Si la operación se completase así, el éxito sería de una magnitud que salta a la vista.

Los movilizados de la Marina [illegible]

(«Informaciones», 5-IX-1939)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA

Libros recibidos

El teatro en la Valencia de finales del siglo XVIII. Arturo Zabala. Instituci Alfons el Magnanim. Diputacio provincial de Valencia. Valencia, 1982. 468 págs.

De economia crítica. (Premio "Príncipe de Asturias"): Román Perpiñá Grau. Instituci Alfons el Magnanim. Diputacio provincial de Valencia. Valencia, 1982. 408 págs.

La guerra civil y los poetas españoles. Fernando Días-Plaja. Editorial San Martín. Madrid, 1982. 284 págs.

Introducción a los problemas de la historia. Alianza Editorial. Madrid, 1982. Rafaél Arrillaga Torrens. 220 págs.

Textos y documentos completos de Cristobal Colon. Prólogo y notas de Consuelo Varela. Alianza Universal, Madrid. 1982. 356 págs.

Mi último suspiro. Luis Buñuel. Plaza & Janes. Barcelona, 1982. 252 págs.

El futuro de la vida. Michel Salomon. Prólogo de Eggar Morin. Planeta. Barcelona, 1982. 354 págs.

La droga, potencia mundial. Hans-Georg Behr. Planeta. Barcelona, 1982. 264 págs.

Historia de la literatura española. Angel del Río. (II Vols). Bruguera. Barcelona, 1982. 800 y 714 págs.

La frustación de un imperio. (1476-1714). Historia de España, dirigida por Manuel tuñón de Lara. (Tomo V). Jean-Paul le Flem, Joseph Pérez, Jean-Marc Pelorson, Jose M López Piñero, Janine Fayard. Labor, Barcelona 1982. 508 págs.

Roma. Claude Nicolet. Labor: "Nueva Clio". Barcelona, 1982. 420 págs.

Las invasiones, las oleadas germánicas. Labor: "Nueva Clio". Barcelona, 1982. 280 págs.

Las invasiones, el segundo asalto contra la Europa cristiana. Labor "Nueva Clio". Barcelona, 1982. 270 págs.

Europa cultural y religiosa. Labor: "Nueva Clio". Barcelona, 1982. 342 págs.

Palabras en libertad. Francisco Fernández Ordóñez. Argos-Vergara. Barcelona, 1982. 270 págs.

La algarabia. Jorge Semprún. Plaza & Janes. Barcelona, 1982. 380 págs.

Dulce jueves. John Steinbeck. Plaza & Janes. Barcelona, 1982. 240 págs.

El valle del Issa. Czeslaw Milosz. Plaza & Janes. Barcelona, 1982. 282 págs.

Marxismo abierto. Ernest Mandel. Crítica, grupo editorial Grijalbo. Barcelona, 1982. 158 págs.

Historia, análisis del pasado y proyecto social. Josep Fontana. Critica, grupo editorial Grijalbo. Barcelona, 1982. 346 págs.

Historia contemporanea de Cuba: de Batista a nuestros días. Hugh Thomas. Grijalbo. Barcelona, 1982. 568 págs.

Una hitoria del mundo. Hugh Thomas. Grijalbo. Barcelona, 1982. 882 págs.

La reacción y la revolución. F. Pi y Margall. Anthropos. Barcelona, 1982. 460 págs.

Misiones discretas. Vernon A. Walters. Plantea. Barcelona, 1981. 364 págs.

El último héroe. (Una biografía de Gary Cooper). Larry Swindell. Planeta. Barcelona, 1981. 378 págs.

Una golfa subió a los cielos. Emilio Romero. Planeta. Barcelona, 1981. 202 págs.

Cinco años después. Pilar Franco. Planeta. Barcelona, 1981. 218 págs.

Poker de Papas. Laszlo Passuth. Editorial Luis de Caralt. Barcelona, 1981. 600 págs.

Reforma y contrarreforma. Historia Universal (Biblioteca gráfica Noguer). Barcelona, 1981.

El sistema fiscal valenciano. Jordi Romeu Llorach. Vinaros, 1981. 172 págs.

La lengua absuelta. Elías Canetti. Muchnik Editores. Barcelona, 1981. 338 págs.

Masa y poder. Elías Canetti. Muchnik Editores. Barcelona, 1977. 492 págs.

Auto de fé. Elías Canetti. Muchnik Editores. Barcelona, 1981. 420 págs.

El orden psiquiatrico. Robert Castel. Las Ediciones de la Piqueta. Madrid, 1980k. 344 págs.

La educación en la España revolucionaria. (1936-1939). Ramón Safón. Las ediciones de la Piqueta. Madrid, 1978. 184 págs.

Trabajos elementales sobre la escuela primaria. Anne Querrien. Las Ediciones de la Piqueta. Madrid, 1979. 198 págs.

Espacios de poder. Foucault. Donzelot Grignon, de Gaudemar, Muel y Castel. Las Ediciones de la Piqueta. Madrid, 1981. 166 págs.

El panoptico. Jeremias Bentham. Las Ediciones de la Piqueta. Madrid, 1979. 146 págs.

El cura Galeote asesino del Obispo de Madrid-Alcala. Julia Varela y Fernando Alvarez-Uría. Las Ediones de la Piqueta. Madrid, 1979. 238 págs.

La autogestión de la España revolucionaria. Frank Mintz. Las Ediciones de la Piqueta. Madrid, 1977. 436 págs.

Revista de occidente. Extraordinario I. (Noviembre 1981). 50 aniversario. La segunda república española. Varios. Fundación Ortega y Gasset. Madrid, 1981. 268 págs.

Luchando en tierras de Francia. Miguel Angel Sanz. Prólogo de Jean Cassou. Edicones de la Torre. Madrid, 1981. 254 págs.

Una vida para un ideal. Nieves Castro. Ediciones de la Torre. Madrid, 1981. 160 págs.

Tregua para la orquesta. Fania Fenelon. Noguer. Barcelona, 1981. 372 págs.

Historia del P.C.E (1), prólogo de Fernando Claudín. Joan Estruch. El viejo topo. Barcelona, 1978. 196 págs.

La era del capitalismo. E. J. Hobsbawm. Guadarrama. Punto Omega. 2ª Edición, 1981. 486 págs.